

RAYCO CRUZ

LA
MALDICION
DE AILENA

se

Lectulandia

En el lugar menos esperado, el poderoso hechicero Árgoht Grandël es atacado y herido de gravedad. Solo la ayuda de tres guerreras legendarias evita su muerte. A partir de ese momento, se verá envuelto en una aventura inesperada que le hará recorrer el sur de Thera en una carrera contrarreloj para salvar su vida mientras trata de saldar su deuda ayudando a las guerreras en su misión: encontrar el objeto sagrado que llaman *La Maldición de Hilena* y destruir a su poseedor.

Lectulandia

Rayco Cruz

La maldición de Hilena

La senda del destino-0

ePub r1.0

Titivillus 19.01.18

Rayco Cruz, 2011
Ilustraciones: José Gabriel Espinosa

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

por Víctor Conde

La literatura es un viaje.

Muchos dicen que es la forma más barata de viajar, pero yo creo que, a su modo, resulta terriblemente cara. Cara de sentimientos, de riesgos y de aventuras. De opciones y desafíos. Yo nunca me siento tranquilo cuando un libro desconocido cae entre mis manos, porque sé que si la prosa me atrapa y me arrastra con ella a los mundos que puedan estar ocultos entre las páginas, voy a experimentar miedo, y amor, y soledad, y una extensa pléyade de sensaciones que no sé si me acabarán conduciendo a buen puerto.

La Fantasía es un tipo de literatura particularmente idónea para arrastrarte a esos viajes dolorosos, cautivadores y llenos de peligro (peligro real, para el lector), porque te arranca de la vida cotidiana y, sin red, te lanza hacia los cielos de mundos sin límite cuyas reglas suspiras por conocer, y cuyos habitantes te suelen abrir las puertas sin pedir nada a cambio. Este género literario, tan denostado en la vulgar España desde los tiempos en que un viejo con una escupidera en la cabeza y un caballo famélico llamado Rocinante se lanzaron a buscar suerte en los caminos, es el género por antonomasia del siglo xx. El que más lectores ha tenido, y el que más campo abre para la experimentación en todas sus formas. Por supuesto, no toda la fantasía que se escribe es buena, igual que no toda la poesía ni todo el drama de denuncia social lo son. En este campo, como en cualquier otro, tienes que escarbar un poquito entre la basura para extraer alguna joya que realmente colme tus expectativas. «El 90% de todo lo que se escribe es basura», sentenció un conocido editor americano de los setenta. Y si no, que me lo digan a mí cuando salgo del cine de ver una película romántica especialmente tonta.

Cervantes se reía en su conocida (y sobrevalorada) obra de lo que luego hizo grande a Tolkien o Ende, la apertura de puertas que conducen a otros mundos donde la imaginación humana carece de límites y fronteras. Él se burlaba del pobre españolito de a pie que busca la magia en un terreno árido y donde ninguna flor mitológica puede crecer, el de la España pobre y rural, no necesariamente carente de

sus propios mitos, pero sí que enfocados de otra manera muy distinta a como lo enfocan los anglosajones o los poetas de los países nórdicos en sus majestuosas Sagas.

España siempre ha sido España, y el «efecto Don Quijote», ese sentir la épica como algo muy ajeno a nosotros, algo que solo sucede en el extranjero (algo incluso dañino para el intelecto, capaz de volverte loco a la primera de cambio), siempre ha formado parte de nuestro bagaje cultural. Pero Cervantes se equivocaba, lamento decirlo. Los seres humanos somos perfectamente capaces de soñar con otros mundos sin necesidad de confundirlos con este. Podemos enamorarnos de princesas de cuento que suspiran tejiendo banderas mientras aguardan el regreso de su amado, y podemos sufrir con las aventuras de pequeñas personitas que van recorriendo mundos increíbles con alguna misión a cuestas. Todos podemos ser Don Quijote, pero al que habría sido ideal, sin tener que renunciar al tan querido sentido común, y sin ponernos escupideras sucias en la cabeza. Podemos disfrutar de los libros y de su magia sin que esta nos arrebathe la cordura, porque somos jóvenes y capaces.

En la actualidad, los españoles le han perdido el miedo al terreno de la fantasía, tanto literaria como pictórica o cinematográfica. Rayco Cruz pertenece a esa generación privilegiada de jóvenes que pueden, porque se los permite el mercado, renunciar al miedo a perder el contacto con el suelo y volar en alas de la imaginación hacia mundos solo entrevistos por ellos. Rayco ha crecido con referentes de la segunda mitad del siglo veinte, y eso se nota en sus textos. Igual que Spielberg se ha convertido en el dios que muchos cineastas hispanos tratan de imitar sin pudor ninguno, y sin que nadie les critique por ello, Tolkien ha hecho lo mismo con los escritores. *La maldición de Hilena* es una odisea de espadachines y magos, de panorámicas a vista de águila sobre paisajes de ensueño, de campos y murallas, de búsquedas y conflictos. Porque ya lo hemos dicho: para que haya literatura debe haber una búsqueda. Esta puede ser interna o externa, breve o dilatada en el tiempo, inocua o letal, pero el protagonista siempre se sorprende a sí mismo, en cualquier momento dado de su existencia, buscando algo. Esto puede ser una persona, un sentimiento o un objeto específico que para él, y para el mundo en el que habita, trasciende la importancia material y se convierte en algo *legendario*, algo que posee importancia dramática y substancial en sí mismo, y sin la cual ese mundo no podría existir. Igual que en las Sagas de antaño, en cuyas estrofas también encontré inspiración el padre de los hobbits que tantos muñequitos venden hoy en día.

Dentro de los cánones que marca la literatura fantástica actual, a los que Rayco rinde sentido homenaje, sus personajes van más allá de los estereotipos y alcanzan una identidad propia, alejada del cliché básico del guerrero que en el fondo es héroe a su pesar, y de la hechicera que tiene una misión en la vida que no la deja ver nada más. La novela que tenéis entre las manos es fresca y original, avanza sin dar tregua al lector y te atrapa en escenarios y secuencias que podrían perfectamente ser visualizadas en una pantalla grande. Así de cinematográfica es la escritura de los

jóvenes talentos que hoy en día despuntan entre tanto libro enlatado que nos llega del extranjero. Puede que esa sea la fórmula necesaria para acercar aún más la literatura fantástica al público masivo: verla desde un prisma único y alejado del tan cacareado estilo anglosajón.

Yo le deseo toda la suerte del mundo a Rayco y a su obra, porque él, como forjador de su propia mitología, está empezando a adentrarse en un terreno maravilloso en donde muchas sorpresas le aguardan. Deseo que este viaje no acabe nunca, y que él, como escritor, y al igual que hizo el campechano Quijote, persista en su esperanza de crear y explorar nuevos mundos hasta que la misma muerte le sorprenda un día entre sábanas. O mejor aún, entre libros.

Víctor Conde, (Santa Cruz de Tenerife, 1973) es uno de los escritores más prolíficos del género fantástico en España, con diecisiete obras ya publicadas con gran éxito. La prueba de este éxito se encuentra en el Premio Minotauro ganado en 2010 por la novel de Ciencia Ficción Crónicas del Multiverso, obra también ganadora del Premio Ignotus 2011.

Bibliografía:

Los nuevos mitos de Cthulhu, 2012
Heraldos del Bien y del Mal, 2012
Malpaís, 2012
Heraldos de la oscuridad, 2011
Oniromante, 2011
Hija de lobos, 2011
Heraldos de la luz, 2010
Los relojes de Alestes, 2010
Crónicas del Multiverso, 2010
El libro de las almas, 2010
Naturaleza muerta, 2009
El teatro secreto, 2008
El dragón estelar, 2007
Mystes, 2005
El tercer nombre del emperador, 2002
Piscis Arena, 2002
Piscis de Zhintra, 2002



PRÓLOGO



Kleria sabía que aquello iba a ser complicado. Llevaba meses preparando el discurso con el que tenía que convencer al Consejo Carmesí y, por tanto a la Reina misma, de que aquello era necesario.

Y ese era el día. Llevaba ya un buen rato en la cama, despierta y mirando al techo, reuniendo ánimo para levantarse y ponerse en marcha. Era temprano, lo sabía por lo difuso de la luz que entraba en su dormitorio, con ese tono grisáceo que tiene la mañana cuando el sol aún no ha extendido sus brazos sobre Thera. Se levantó con mucha parsimonia, se acercó a la ventana, y la abrió de par en par. Una ráfaga de aire fresco procedente del norte le agitó los ya de por sí desordenados cabellos castaños. La ligera túnica que cubría sus brazos bien definidos se agitó en torno a su cuerpo, marcando cada una de sus curvas con la delicadeza del más exquisito de los amantes. Dilató el momento todo lo que pudo mientras observaba la ciudad que se despertaba a sus pies. Se encontraba en la Torre de la Guerra, un nombre tan estúpido como apropiado. En ella vivían las guerreras y las aspirantes a serlo, por lo que funcionaba como hogar y como escuela. Ella había aprendido allí las artes del combate, a pie y montada, a manejar la lanza, la espada, el escudo y un sinfín más de armas de todas las clases y tamaños. Era su casa, el único hogar que conocía.

Y ahora, si conseguía convencer al Consejo, tendría que abandonarlo para siempre.

Abajo, en el patio, las alumnas más jóvenes formaban ya en varias filas alineadas a la perfección. Desde la altura, Kleria no podía saber si tenían o no cara de dormidas, pero eso daba igual. Sus días comenzaban siempre de la misma manera, como lo habían hecho los suyos propios durante años. Lo primero era la formación y durante ese rato recibían las instrucciones del día. La que impartía la clase de esa mañana era Bedisha, lo que significaba que tocaba clase de estrategia. Kleria se descubrió a sí

misma intentando entender las palabras que llegaban a sus oídos, pero estaba demasiado lejos y solo podía distinguir sonidos incoherentes. Una sonrisa de nostalgia se dibujó en sus labios, pero solo durante un segundo. No iba a tolerar una debilidad semejante en un día como ese. Lo importante era el futuro, no el pasado.

Y, sin embargo, iba a tener que hablar mucho del pasado si quería lograr su objetivo.

Dejó la ventana abierta y fue a cambiarse de ropa. Se puso unos pantalones de seda marrón y una corta túnica gris con las mangas abiertas. A la cintura se ciñó un cinto de piedras procedentes de las Islas Doradas que le parecía demasiado ligero sin el peso de una espada colgada de él. Y es que ese no era día de espadas. Ese día tendría que ganar la batalla con las palabras y la razón, algo que no se le daba demasiado bien. Se recogió el largo cabello castaño en una cola alta y, tras un último vistazo al espejo, uno de los pocos objetos decorativos con que contaba aquella humilde sala, salió del dormitorio.

Casi lanza un grito de sorpresa al ver a Anteria esperándola en el umbral.

—¡Madre! Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento, querida. Estaba a punto de tocar en la puerta. Venía a ver qué tal te iba. ¿Estás preparada?

Kleria dudó un momento.

—Supongo que sí.

Anteria tomó el brazo de su hija y juntas recorrieron los pasillos y escaleras de la Torre de la Guerra en dirección a la Torre de la Reina, donde se celebraría el consejo. Kleria pudo verla a través de una ventana en un quiebro antes de abordar la escalera que las llevaría al piso inferior. Era una estructura inmensa, mucho más alta que esa en la que se encontraba y su piedra blanca brillaba con las primeras luces del día. Adosada a ella y de construcción posterior, se encontraba otra obra de enorme magnificencia: el Salón del Consejo Carmesí.

—¿Estás segura de lo que haces? —le preguntó Anteria a su hija. Su voz no denotaba preocupación alguna. Era una mujer fuerte que había vivido mucho a pesar de que pocos cabellos blancos teñían aún su larga melena negra.

—Quiero creer que sí. Quiero hacerlo, pero temo no estar preparada.

—¿Por qué estás tan empeñada? No tienes ninguna garantía de éxito.

—Lo sé madre, pero siento que debo hacerlo. Tú mejor que nadie sabes que el exterior llama con fuerza. Más allá de nuestras fronteras hay un mundo enorme que quiero conocer. Pero reconozco que me da mucho miedo.

—Quiero que recapacites una vez más. Fíjate en mí, lo que he sufrido por ese afán de salir. No me ha traído más que desgracias.

—¿Así que yo soy una desgracia? —preguntó Kleria en tono de broma.

—Tú eres lo único bueno que me traje del exterior —respondió Anteria—. Thera es un mundo frío y los Hombres son despreciables y pendencieros, sucios y peligrosos. Piénsatelo bien. Yo llevo veinte años sin poder entrar a un templo, sin

poder participar en los festejos. Soy una Paria. ¿Quieres eso para ti?

Se encontraban ya frente a la entrada del Salón del Consejo Carmesí. Un pequeño grupo de mujeres esperaba el momento adecuado para entrar, nerviosas y agitadas. Kleria se detuvo y se giró hacia su madre con la determinación grabada en su rostro.

—Prefiero ser una Paria que una presa, madre. Me arriesgaré. Si consigo mi propósito no se atreverán a negarme la entrada en ningún sitio. Jamás.

Kleria no había estado nunca en el interior del Salón del Consejo Carmesí y, como le pasa la primera vez a todo el que tiene el privilegio de verlo, se quedó sin aliento. Era una sala enorme cuyas paredes de piedra de color marfil estaban decoradas con infinidad de tapices exquisitos en los que se contaban las más festejadas victorias de su pueblo. Eran obras de arte de incalculable valor. El techo del Salón se encontraba a muchos metros sobre su cabeza coronado con una enorme cúpula que dejaba entrar el sol de la mañana iluminando toda la estancia sin que quedara resquicio de sombra. Según contaba El Libro de los Hechos, la mujer que diseñó la sala tenía el encargo específico de que ningún punto quedara sin luz para evitar que algún malintencionado pudiera usar las sombras como parapeto. Lo había conseguido y su nombre era recordado muchos siglos después.

Kleria tuvo ocasión de apreciar cada detalle del Salón, pues antes que su petición había otros asuntos de estado que atender. Este tiempo le sirvió para calmar sus nervios y conseguir algo de aplomo. Una vez superada la impresión causada por la magnificencia del lugar, pudo volver a concentrarse en lo que tenía que decir y aprovechó para intentar analizar a los miembros del Consejo para ver cuál podía ser más receptiva a su petición y cuál le pondría más problemas. No conocía el nombre de ninguna de ellas así que solo tenía sus palabras al emitir los juicios previos al suyo y sus expresiones al escuchar las explicaciones y peticiones que recibían. Pero por mucho que se fijó, no consiguió obtener ninguna conclusión. No sabía cómo podían reaccionar.

Por fin llegó su turno. Ahora sentía esa calma fría y tensa que experimentaba justo antes de comenzar un combate o una batalla. Era la tranquilidad que le proporcionaba el saber que se aproximaba lo inevitable y que a partir de ese momento todo dependía exclusivamente de lo que ella fuera capaz de hacer. En combate, su voz era el sonido de su espada cortando el aire, de su arco, alto y delicado, haciendo silbar una flecha con penacho de pelo de morsa, pero allí su voz era real y era la habilidad que peor usaba. Su madre siempre le había dicho que era demasiado impulsiva y, si bien eso era una virtud en la guerra, en la oratoria era un grave inconveniente. Mientras subía al estrado, sentía muchos ojos fijos en ella. Anteriormente había tenido que quedarse fuera debido a su condición de Paria, que le prohibía formar parte de cualquier acto público. Para hacer cumplir la Ley, las zágheras eran un pueblo muy estricto.

Tomó la palabra Medrixa, portavoz del Consejo Carmesí, poniéndose en pie. Era una mujer más joven que las demás, aunque no por ello menos sabia. Era alta, de

largo cabello castaño y rostro severo que enmarcaba unos profundos ojos negros. El cargo de portavoz se otorgaba a los miembros más jóvenes debido a que su participación era más activa y necesitaba estar más tiempo de pie. Ocupaba la posición más adelantada y cercana al estrado en el que se había situado Kleria, también erguida. Detrás de Medrixa y de cara al atril sobre el que se situaba la mujer que necesitaba hacer oír su voz, se encontraba sentado el resto del Consejo en completo silencio: las veinte zágheras más sabias y experimentadas situadas en graderío para poder tener una visión perfecta de lo que allí ocurría. Todas sin excepción vestían túnicas color carmesí, de ahí el nombre con el que se conocía al grupo desde su instauración siglos atrás.

—Toma la palabra Kleria Hurgol, hija de Anteria Hurgol. Puedes empezar.

Kleria había esperado en vano que, por una vez, el protocolo hiciera una inesperada excepción y no se mencionara a su madre. Aunque todas sabían quién era ella, su mención había generado un murmullo entre las asistentes.

Un sirviente varón, menudo y calvo se acercó con una bandeja y una jarra de agua cristalina que depositó en una mesa baja junto a su atril y se alejó de nuevo sin siquiera levantar la mirada hacia ella. Sabía que, de hacerlo, se arriesgaba a un severo castigo.

—Doy gracias al Consejo Carmesí —comenzó Kleria consiguiendo a duras penas que no le temblara ni la voz ni el pulso— por permitir que me dirija a vuestras mercedes para exponer mi petición.

—Se aceptan —respondió Medrixa siguiendo el protocolo—. Comienza, por favor.

—Pido permiso formal para abandonar temporalmente Krahedia —Ya estaba dicho. Ya no había vuelta atrás.

Un nuevo murmullo de los asistentes llenó el Salón.

—Tú mejor que nadie —respondió Medrixa cuando se hizo otra vez el silencio— conoces bien la opinión del Consejo sobre ese asunto, Kleria. ¿Qué motivo podrías tener para realizar tal petición?

—Deseo partir en busca del Libro de los Nombres.

Esta vez lo que surgió no fue un murmullo, sino un rugido procedente de los asistentes mientras se preguntaban unas a otras si habían oído bien, si aquella insensata había mencionado la Maldición de Hilena.

Medrixa tuvo que hacer uso de la pequeña campana dorada que reposaba apacible sobre su atril para imponer el silencio. Después se dirigió a la audiencia.

—Al próximo escándalo se desalojará el Salón y continuaremos en privado.

Nadie quería perderse el final de aquella vista, así que el silencio se restableció de inmediato. Medrixa retomó la palabra con calma y se dirigió a Kleria.

—El Libro lleva siglos desaparecido, Kleria, ¿qué te hace pensar que podrás encontrarlo? Otras antes que tú lo han intentado en vano.

—He estudiado a fondo la Historia en lo referente al Libro. Creo saber todo lo

necesario desde su origen hasta su desaparición a manos del Despreciable. Creo que es un objeto sagrado que debe ser devuelto. Además, quiero matar a ese hombre más que a nada en el mundo. Jugó con nosotras y se aprovechó de nuestra debilidad. Debe ser castigado.

—¿Eres consciente de que eso ocurrió hace casi quinientos años? Su propietario debe haber muerto ya. El Libro puede estar en cualquier parte.

—El Despreciable era un poderoso hechicero. Se dice de ellos que pueden vivir varias vidas, así que puede seguir respirando en algún sitio. En cualquier caso, alguien pagará por sus pecados, si no él, lo harán sus descendientes.

Estas palabras fueron aplaudidas por la concurrencia, pero recordando la advertencia de Medrixa, el silencio se restableció en un instante.

—¿Tienes alguna pista sobre dónde debes comenzar la búsqueda?

—Solo sé donde vivía el Despreciable antes de acudir a nuestra llamada. Empezaré por ahí. Seguiré sus pasos, pues estoy convencida de que en algún sitio estará reflejada su historia. Debe haber dejado alguna huella en el mundo.

La determinación que mostraba la voz de Kleria era la propia de una gran guerrera. Sus nervios habían desaparecido del todo, su pulso era firme y hablaba con la convicción de quien está seguro de hacer lo correcto.

—¿Eres consciente del riesgo que supone salir de Krahedia?

—Sí, su merced. El exterior me ensuciará, por lo que a la vuelta seré considerada impura y se me impedirá la entrada a los lugares sagrados y no se me permitirá participar en los actos públicos. Me convertiré en una Paria.

—¿Y estás dispuesta a realizar ese sacrificio a pesar de todo?

—Sí, mi señora. Creo que la búsqueda que me dispongo a iniciar es importante para nuestro pueblo, para restituir el honor que vilmente se nos robó.

Medrixa miró a Kleria largamente. Por fin, habló de nuevo.

—El Consejo ha escuchado tu petición. Ahora debe deliberar. Por favor, abandona el estrado y vuelve a tu sitio. Serás llamada de nuevo.

Dicho esto, Medrixa se reunió con el resto de mujeres y comenzó la deliberación. Sus rostros eran inescrutables, por lo que Kleria no fue capaz de distinguir en ellos pista alguna sobre el resultado de la consulta. Por fin lo había hecho. A su alrededor, la gente susurraba su nombre. Una mujer se le acercó y le deseó suerte con ojos llenos de admiración. En el fondo, a la zághera le habría gustado que la vista se hubiera hecho privada. Sabía de sobra la polémica que suscitaría su petición y no quería adquirir ningún tipo de notoriedad.

Después de un largo rato, Medrixa volvió a su puesto y llamó a Kleria al estrado.

—El Consejo se ha pronunciado respecto a tu petición: tu solicitud queda denegada. Una guerrera valiosa y experimentada es más útil en Krahedia que vagando por toda Thera en busca de un mito, de un objeto cuya existencia a día de hoy se pone seriamente en duda.

Kleria no podía creer lo que escuchaba por mucho que creyera estar preparada

para ello.

—El Consejo ha hablado. Puedes retirarte.

Pero la zághera se quedó donde estaba.

—No puedo creerlo.

Medrixa se puso en pie con una mirada feroz.

—No tienes permiso para hablar. Retírate Kleria.

—¡No!

El silencio se hizo en el Salón. Aquello prometía y todos los espectadores sabían que la cosa se iba a poner fea. Las decisiones del Consejo no eran apelables y su palabra era única. En muy raras excepciones se contradecían una vez dado el veredicto.

Kleria se dio cuenta de que estaba a punto de cometer un grave error, así que bajó la cabeza y dijo en voz baja:

—Pido disculpas al Consejo por mi tono. Solo deseo un turno para hablar, por favor.

Medrixa dudó un instante y miró a su espalda. El destino de su mirada era una mujer anciana situada en el centro del grupo. Aunque su rostro estaba surcado por centenares de arrugas, sus ojos eran vivos y jóvenes, llenos de luz. Medrixa esperaba la decisión de la presidenta del Consejo, Galexia, para otorgar a Kleria un sorprendente turno de réplica. Con un asentimiento, la anciana consintió.

—Kleria —dijo Medrixa— se te ha concedido algo rara vez otorgado. Usa bien el tiempo que este Consejo te concede.

—Gracias de todo corazón, sus mercedes. Solo quiero haceros una pregunta, si tenéis a bien: ¿ninguna está dispuesta a restablecer el honor de nuestra primera reina, Hilena, que fue vilmente engañada por el Despreciable, que aprovechó su muerte para robarnos el mayor don que nos otorgaron nuestros dioses? ¿Es que nadie quiere venganza? ¿Qué importa que aquello ocurriera ayer o hace miles de años? El daño se hizo y alguien debe repararlo. Todas conocemos la historia de Hilena, su valor y su bondad. Su sentido del honor y su fuerza. Y sabemos que su muerte fue voluntad de los dioses. Pero en ella no hubo honor, no hubo bondad. El Despreciable se aprovechó de nuestro dolor y nuestro luto para robarnos ante nuestra puerta y desapareció para siempre. ¿Es que lo vamos a permitir? Se nos conoce por nuestra ferocidad en la guerra, por nuestra valía en el combate. Nuestros enemigos se rinden ante nosotras solo con vernos. ¿Vamos a tolerar esta mancha en nuestra historia? ¿No reclamaremos venganza?

De pronto ocurrió algo increíble. El público asistente comenzó a susurrar en respuesta a las palabras de Kleria. No como en ocasiones anteriores mostrando incredulidad, sino diciendo una palabra concreta. Al principio Kleria no podía entenderla, pero a medida que más gargantas se les unían, la palabra fue cobrando vida: ¡Venganza! ¡Venganza!

En unos instantes, todo el Salón vibraba con esa palabra reverberando en las

blancas paredes hasta que no se escuchó ninguna otra cosa. Medrixa no hizo nada por aplacar a la multitud, pero el silencio se hizo de pronto.

Galexia se había puesto en pie. Kleria se quedó sin palabras. Nadie recordaba que aquella venerable mujer se hubiera pronunciado jamás en público. Aquello era inaudito. Le costó algo de esfuerzo, pero finalmente consiguió que sus piernas añejas la sostuvieran ayudada por sus dos asistentas, que acudieron raudas a su lado. Parecía que la mismísima piedra estuviera esperando sus palabras.

Cuando habló, su voz sonó débil pero nítida.

—¡Venganza!

PARTE PRIMERA

VIAJE Y SUEÑOS



El sol ya brillaba entre los pliegues de las cortinas del dormitorio cuando Nerak abrió los ojos al nuevo día. Permaneció tendido aún un rato más, disfrutando de la sensación de aturdimiento que se iba desvaneciendo mientras la conciencia ocupaba su sitio. Por fin, se desperezó y se sentó en la cama cuyas sábanas estaban esparcidas por el suelo. Había sido una noche movida. Se levantó y comenzó el ritual de todos los días. Se aseó en la jofaina con agua fresca que descansaba junto a la cómoda y se vistió con unos pantalones de seda marrón y una túnica corta del mismo material en color gris. Se echó al cuello una ligera capa y salió a los pasillos. Era temprano aún y apenas había nadie que escuchara el eco de sus pasos.

El sótano estaba tan fresco como siempre y tan oscuro como a él le gustaba. Era una sensación muy curiosa, una gran contradicción vital, que fuera luciera un sol espléndido mientras allí se cernía la más negra de las noches. Y era en ese lugar donde más a gusto se encontraba, entre sombras apenas horadadas por la luz de las antorchas imprescindibles para poder ver. A veces, las apagaba todas para quedarse a oscuras, quieto en su gastado sillón escuchando el silencio. El resto del castillo le resultaba, con frecuencia, demasiado ruidoso. Prefería estar allí, entre sus libros, sus estudios y sus amigos de verdad.

Como cada día, se sentó en su escritorio y acercó una vela al enorme libro que tenía delante. Estaba encuadernado con unas espléndidas tapas de piel natural, aunque él no sabría decir a qué animal o persona habían pertenecido. Sus páginas de color marfil tenían la textura y el olor del papel recién escrito. Era un gran placer sentarse allí y mirarlo, simplemente, antes de abrirlo y consultarlo una vez más. Podía pasarse horas así, mirando solo las tapas, pero ese día tenía otras cuestiones que atender y no podía entretenerse mucho, por más que quisiera haber relegado todas sus obligaciones con tal de poder quedarse todo el tiempo que deseara.

Con exquisito cuidado, abrió el libro. Sería como cada día: echaría un vistazo, comprobaría que todo estaba como debía y volvería a su vida, incluso olvidaría que existía hasta el día siguiente. En ocasiones, no tenía oportunidad de bajar. Esos días, el tiempo transcurría más lento, como si se arrastrara. Era una agonía constante que solo se aliviaba cuando por fin podía acudir allí y abrir su libro.

Pasó algunas páginas, muy despacio, disfrutando del momento, mientras buscaba lo que necesitaba. Allí estaba de nuevo. Nada había cambiado. Sus planes debían ir por buen camino, pero la fecha se acercaba y no parecía que terminaran de concretarse. Se preguntó si estaba haciendo lo suficiente, si estaba dando los pasos necesarios. De pronto, su mirada se clavó en un dibujo muy llamativo y una pregunta se instaló en su mente. ¿Podría ser...?

Se puso en pie de un salto y cerró el libro de un manotazo. Se había retrasado mucho. Una gota de sudor cayó por su sien derecha. Había estado cerca, a pesar de que solo había sido un instante. Tenía que tener más cuidado. Sin embargo, la tentación era terrible y empezó a asustarse. Comenzó a escuchar un susurro a su alrededor, una voz sugerente que le decía que entre aquellas páginas podía encontrar lo que anhelaba, que todas sus dudas se resolverían. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para resistir la llamada.

Un escalofrío le erizaba el vello de los brazos.

Salió corriendo de su estudio como si la mismísima muerte lo estuviera persiguiendo.

Un buen rato más tarde, aún con el miedo en el cuerpo, Nerak recorría las calles de Quindarst escondiéndose en cada esquina para comprobar que nadie lo seguía ni reconocía su rostro. Se había cambiado de ropa, vistiéndose con una camisola gastada y unos viejos pantalones de cuero que usaba para viajar y que terminaban en el interior de unas botas ajadas. Se cubría el rostro con la capucha de una gruesa capa de piel que dejaba en sombras sus facciones. Estaba casi seguro de que nadie lo reconocería, pero aún así prefería no arriesgarse.

Tuvo que caminar un buen rato hasta que salió del Barrio de la Esperanza, o simplemente, Esperanza, el pomposo y estúpido nombre que le habían puesto a la zona que albergaba el castillo y los jardines reales, hasta llegar a otra zona con un nombre más propio: La Mugre. Este nombre englobaba a una amplia zona de la ciudad y su denominación era de lo más adecuado, pues las ratas y el moho eran los gobernantes absolutos.

No conocía demasiado bien La Mugre, pero se movía por sus calles con soltura y la confianza de quien sabe a dónde va. Por el camino se cruzó con todo tipo de gente: vendedores de baratijas viejas y sucias, mendigos, prostitutas, borrachos tirados por el suelo... Y aún era temprano. El verdadero movimiento comenzaría al caer el sol.

Nadie reparó en él, pero no podía dejar de mirar a todas partes, sabedor de que su

presencia allí sería discutida si alguien se fijara en su rostro. Por fin, llegó a su destino, un oscuro callejón donde parecía no querer entrar la luz, y se detuvo ante una casa de madera que tenía aspecto de estar a punto de dejarse llevar por la llamada de la tierra. De hecho, solo se mantenía en pie porque las construcciones de los laterales, más fuertes y modernas, la mantenían erguida.

Nerak tocó suavemente con los nudillos y la puerta se abrió con un crujido, puesto que ninguna cerradura la mantenía fija. Dentro, la oscuridad era casi total, a pesar de ser plena mañana. La estancia no tenía ventanas y la única fuente de luz era la producida por una pequeña estufa alimentada con leña. Un tubo medio podrido extraía el humo y le daba salida al exterior a través de un agujero en el techo. La casa era apenas un cuartucho que parecía haber sido invadido por la mugre que le daba nombre al resto del barrio. Nerak prefería no tocar nada ni averiguar lo que quedaba fuera de la pequeña zona iluminada. Lo que le interesaba estaba justo ante él. Recortada contra la luz de la estufa, una mecedora se balanceaba lentamente, sin hacer ruido alguno. No se distinguía ningún detalle, ni del mueble ni de la persona que se sentaba en ella, de espaldas a la puerta.

—¿Qué haces aquí? —la voz era aguda y rota, como si la generase una garganta poco acostumbrada a hablar. Nerak creía poder oler el hedor de su aliento desdentado desde allí, a varios metros de distancia, pero no estaba seguro de que no fuera un engaño de sus sentidos fruto de la repugnancia que le producía aquel lugar.

—Te arriesgas mucho viniendo aquí. Ya no recuerdo cuando fue la última vez.

—Eso no importa —dijo el hombre—. Necesito saber que todo va según lo previsto. La fecha se acerca y nada ocurre. Algo va mal.

Hubo un rato de denso silencio antes de que la mujer volviera a hablar.

—Sabes cuál es el precio.

Nerak sacó un fardel tintineante y lo arrojó a los pies de la mecedora. Al caer se abrió y, a la luz de la llama, brilló al esparcirse por el suelo un puñado de monedas.

Con extrema lentitud, la mujer se agachó para recogerlas una por una y volver a meterlas en la bolsa. El hombre pudo ver las manos de una anciana de piel arrugada y oscuras venas que sobresalían como peñascos. Las uñas, largas y rotas, arañaban el suelo de madera podrida.

—Bien —dijo girando poco a poco la mecedora hasta situarse frente a su visitante—, ¿para qué podrías necesitar la ayuda de la vieja Krega esta vez?

La mujer estaba aún más envejecida que la última ocasión que la había visto. Su piel parecía papel mojado, arrugada y pálida, dejando entrever todas sus venas. Casi podía verse la sangre palpitando a través de ellas. Su sonrisa era una cueva oscura de la cual los dientes habían desaparecido a saber cuándo. El pelo era apenas una mata de hilos blancos desperdigados por el cuero cabelludo. Vestía una capa polvorienta y llena de parches, tan vieja como su dueña.

—Necesito que mires en tu... bola —Nerak no podía evitar sentirse nervioso ante aquella mujer, a pesar de todo.

—¿No consigues ayuda de tu... amigo? —el tono de la vieja estaba rozando la burla.

—Esto no puedo pedírselo a él, no confío en su discreción.

—¿En la mía sí?

Nerak prefirió no contestar la pregunta capciosa. No le preocupaba lo que aquella pobre desgraciada pudiera decir de él.

—Hazlo —dijo él en un tono más duro.

—Vaya, el guapetón viene con energías hoy —se burló la vieja. A pesar de ello, comenzó a levantarse muy lentamente. Nerak tuvo la sensación de estar observando a un árbol mientras crecía. Parecía que nunca terminaría de ponerse en pie y, aún cuando consiguió sostenerse, apoyada en un bastón de madera basta, su espalda permaneció arqueada de tal forma que no podía erguirse del todo. Nerak no sabía decir si le inspiraba más asco, desprecio o pena. El tiempo parecía haberse detenido en aquel antro cuando, por fin, la mujer llegó a su destino. De un pequeño mueble sacó una masa de trapos que envolvía un objeto del tamaño de un melón mediano. Con él en la mano y con otro largo periplo, volvió a su mecedora y se sentó con un suspiro de cansancio.

—¿Qué necesitas ver, exactamente?

El hombre relató a la anciana lo que había ocurrido esa misma mañana. Un nuevo latigazo de temor recorrió su espalda, poniendo todos sus nervios de punta.

—Así que el Libro te ha hablado y no te han gustado sus palabras.

Krega rio y su risa era como papel de lija rozando un bloque de granito. Entonces, puso las dos manos sobre el amasijo de trapos y comenzó a tirar de varias puntas con exquisito cuidado. A pesar del aspecto y de los años que debía tener, su pulso era firme y sereno como el de una jovencueta. En unos minutos quedó a la vista lo que escondían aquellas sucias telas. Sobre su regazo reposaba una perfecta bola de cristal, negra como la noche y sin brillo alguno. Más que reflejar la escasa luz, parecía absorberla.

La mujer posó de nuevo las manos sobre la esfera y la acarició con cariño mientras una sonrisa boba se le dibujaba en el rostro y una gota de saliva se escapaba de ella para ir a caer entre los trapos y perderse para siempre.

En un segundo, la bola cambió. Un punto de luz apareció en el centro, en lo que parecía ser muy al fondo, difuso y apenas perceptible. Pero enseguida la luminiscencia creció y poco a poco se fue extendiendo por todo su volumen hasta congregarse en torno a las palmas de las manos de la anciana. Cuando el resplandor hubo ocupado toda la bola, Krega lanzó un breve gemido y sus ojos se pusieron en blanco. A pesar de eso, miraba el objeto con tal intensidad que parecía querer comprender todos los misterios de Thera solo mirándola. Nerak, sin embargo, no veía nada. El fulgor fluctuaba como si una densa niebla estuviera contenida en el interior de la esfera, pero sus ojos no distinguían nada en ella. Si la mujer estaba observando algo, a él no se le mostraba y su inquietud crecía a medida que pasaba el tiempo y

Krega no despegaba sus manos. Seguía allí clavado, de pie, sin atreverse a moverse ni hablar por miedo a romper el trance.

De pronto la mujer comenzó a agitarse. Empezó con un breve fruncimiento de la frente, como si estuviera viendo algo que no podía entender. Sus manos, hasta ese momento apoyadas relajadamente sobre el cristal, se crisparon resaltando aún más sus venas oscuras. De pronto, lanzó un grito y soltó la bola que cayó al suelo con un golpe seco y se quedó allí, quieta, sin rodar en ninguna dirección. El cuerpo de Krega comenzó a convulsionarse y apoyó la espalda bruscamente en el respaldo del sillón. Sus ojos seguían con la mirada perdida.

Nerak se asustó, pero no por la salud de la mujer, sino por el temor de que muriera sin decirle lo que había visto. Superando su repugnancia, apoyó las manos sobre sus hombros para intentar detener los temblores.

—¡Krega! ¡Reacciona! —el hombre la sacudió con más fuerza de la que esperaba, pero no obtuvo respuesta. La mujer parecía estar a muchos kilómetros de allí.

Volvió a sacudirla, golpeando su espalda contra el sillón. Tan frágil era la mujer que con sus manos Nerak solo sintió huesos bajo la piel. Parecía no tener músculos y temió romperle el cuello con las sacudidas.

Por fin, Krega reaccionó. Su iris y pupilas volvieron a su sitio y las convulsiones remitieron. La respiración de la mujer se fue tranquilizando poco a poco y Nerak la soltó con el alivio de poder quitar sus manos de aquellos hombros que parecían sostenerse en un cuerpo muerto.

—Krega, ¿me oyes? ¿Qué has visto?

La mujer tardó tanto en responder que el hombre pensó que se había ido para siempre. Pero de pronto sus manos hasta ahora firmes comenzaron a temblar y su ojos a moverse en todas direcciones. Nerak temió que hubiera perdido la razón.

—¿Qué has visto? —volvió a preguntar ansioso.

Esta vez Krega respondió con un hilo de voz apenas audible.

—Un hombre. Un gran poder.

Entonces la vieja recuperó la cordura y fijó la mirada en su visitante. En sus ojos Nerak creyó ver un profundo miedo.

—He visto unos ojos de color violeta... y ellos me han visto a mí.



De nuevo, Árgoht se recordó a sí mismo por qué prefería no dormir. Ahora, tendido bajo la gran roca que le había servido de refugio para pasar la noche, se resistía a ponerse en pie y comenzar de nuevo la marcha. Le quedaba apenas media jornada para llegar, y no sabía qué iba a encontrar cuando lo hiciera. Se giró sobre sí mismo para mirar al cielo que se vislumbraba más allá de las ramas peladas del bosque que lo cubría. Pudo deducir que era aún temprano y que el sol apenas comenzaba su viaje por el cielo. El movimiento quebró la fina capa de escarcha que se había adherido a sus ropas. Por suerte el invierno tocaba a su fin, pues estaba aburrido de caminar por la nieve.

Estaba cansado y había pasado mala noche. Intentó recordar el sueño que le había hecho dormir mal, pero apenas pudo recordar imágenes difusas y sin sentido, aunque nada era insignificante en sus sueños. Habitualmente prefería recuperar fuerzas estableciendo contacto con La Madre mediante el *gehvaal*, el estado de fusión con ella y con el que recargaba todas sus energías sin tener que dormir. Pero esa noche estaba especialmente cansado después de muchas jornadas de viaje y su cuerpo necesitaba verdadero sueño, aún a sabiendas de que se arriesgaba a que las pesadillas se adueñaran de su descanso. Lo que había tenido, aunque no había sido una pesadilla en sí, le había dejado mal sabor de boca. Lo único que era capaz de recordar con claridad era unos ojos ancianos que se clavaban en él, una mirada llena de maldad y oscuridad. Alguien había intentado establecer contacto con él, estaba casi seguro. Quizás despierto se le habría pasado por alto la intrusión, pero dormido su cerebro era más receptivo. No recordaba nada más.

En cualquier caso, eso no tenía importancia ahora. Debía llegar a su destino cuanto antes. La sensación que había nacido en su pecho semanas atrás se hacía más y más fuerte, hasta tal punto que en ocasiones casi le dificultaba respirar. Ella estaba

en peligro y él debía llegar a su lado lo antes posible.

En aquella ocasión no había sido un sueño, visión o premonición alguna lo que le había hecho reaccionar. Al principio se había limitado a un pensamiento. Después de llevar años sin pensar en ella, de pronto se pasaba horas rememorando el pasado. Poco a poco fue creciendo en su pecho una angustia extraña, impropia de él. Finalmente concluyó que algo grave ocurría. Dejó cuanto estaba haciendo y se puso en marcha. Igual que hacía ahora.

Con todas sus pertenencias ya sobre su fiel caballo *Karzan*, Árgoht se dirigió de nuevo hacia el suroeste mientras el sol, a su espalda, comenzaba a caldear el día.

Tardó poco en salir de la arboleda en la que se había introducido el día anterior y que lo había resguardado en la oscuridad. Si bien eran las horas nocturnas sus preferidas para viajar, en este caso prefería llegar a su destino con la luz del día, y para ello tenía que descansar durante la noche.

Por fin tuvo a la vista Narmanthia, tras una pequeña agrupación de colinas que *Karzan* sorteó sin problemas a pesar del hielo que empezaba a derretirse creando una fina película húmeda sobre la superficie de las piedras que hacía resbalar sus cascos. Una fuerte ráfaga de aire obligó al hechicero a cubrirse el rostro con la capucha de la capa.

Narmanthia era una apartada aldea de casas apiñadas alrededor de una pequeña plazuela. En verano se podía ver algunos campos cultivados con verduras y frutales, pero como el invierno congelaba las tierras, el sustento principal de sus habitantes era la caza. El principal contacto con las localidades vecinas lo establecían con Ändur, una ciudad situada a una jornada y media en dirección oeste que suponía la entrada a la región de Êndoris, con la que comerciaban con pieles y carnes. Quedaba fuera de toda ruta de comercio hacia otras regiones, por lo que no estaban acostumbrados a recibir forasteros. Por ello, las pocas personas que se cruzaron con el meledino lo miraron con una mezcla de sorpresa y desconfianza. La cordillera Gangher-oth, cuyas primeras estribaciones se alzaban algunos kilómetros al este, era la principal fuente de alimento de los narmanthinos, pero también su maldición. Árgoht dirigió hacia sus escarpados picos la mirada, intentando recordar cuántos conocidos suyos habían dejado la vida en la caza del *makor*, un increíble animal cuyas pieles se vendían a precios desorbitados, pero que solo habitaba en las más escarpadas cimas de la cordillera. Además, por sus pendientes bajaba en ocasiones lo que los aldeanos llamaban Viento Muerto, un aire tan frío que las piedras se resquebrajan y las maderas estallaban. Ocurría raras veces, pero cuando lo hacía era mejor quedarse en casa con puertas y ventanas bien cerradas y no dejar que el fuego se apagase. La consecuencia podía ser dormir y no despertar jamás.

Árgoht se apeó del caballo para no llamar más la atención y siguió su camino a pie llevando a *Karzan* de las riendas. Pasó junto a una taberna aún cerrada, así como a varias tiendas cuyo cometido no supo distinguir. La aldea había crecido mucho desde la última vez que él había estado allí. El *makor* debía estar dándose bien en esa

época.

Por fin, el hechicero llegó a su destino. Amarró a *Karzan* a una estaca y se acercó a la puerta de una destartada casita de madera. La pintura estaba descascarillada y los marcos de puertas y ventanas estaban descolocados, pero seguía siendo la misma casa. Él, que se había enfrentado a toda clase de criaturas y enemigos, que había sobrevivido a multitud de experiencias cercanas a la muerte, tuvo que tomar aire antes de atreverse a golpear en la puerta con los nudillos.

Tras unos instantes de silencio, Árgoht escuchó pasos al otro lado y un pestillo que se corría. La puerta se abrió con cierta dificultad y tras ella apareció una anciana, menuda y con el pelo completamente blanco, que llevaba en la mano una taza de barro. Su piel estaba arrugada y colorada, mucho más delgada que nunca. La mujer lo miró como si tuviera delante un fantasma.

—Madre... —dijo Árgoht con suavidad.

Las manos de la anciana se aflojaron y dejaron caer la taza. Con un rápido movimiento, Árgoht la cogió antes de que tocara el suelo y se hiciera añicos.

—No deberías ir tirando la loza así como así —dijo el hechicero con una sonrisa.

Entonces la mujer se lanzó a su cuello presa de las lágrimas y los hipidos.

—Hijo mío. Pensé que jamás volvería a verte.

Árgoht dejó que la mujer se desahogara unos instantes antes de apartarla con suavidad. Ella no iba vestida adecuadamente para soportar el frío del exterior, así que la tomó de la mano y la introdujo en la casa. En el momento en el que cruzó el umbral y cerró la puerta tras de sí, infinidad de recuerdos se agolparon en su cerebro. El olor a madera quemada no había cambiado en todos aquellos años y, aunque la estufa era más moderna, estaba en el mismo lugar y su fuego otorgaba a la estancia una luz y un calor propios que no había podido encontrar en ningún otro lugar. La casa necesitaba serias tareas de mantenimiento, pero estaba tal cual él la recordaba.

—Estaba preparando caldo para el desayuno —dijo la anciana con voz entrecortada—, ¿quieres un poco?

—Me vendría de maravilla, madre, gracias.

Árgoht observaba a la mujer intentando encontrar algún síntoma de la urgencia que le había nacido en el pecho, pero a simple vista se encontraba bien. Tenía buen color de piel y se movía con ligereza a pesar de su edad.

¿Se había equivocado con su presentimiento? No podía ser. Había sentido que ella estaba en serio peligro, lo había experimentado en la piel, en los mismísimos huesos. Era imposible que se hubiera equivocado. Sin embargo, allí estaba ella, entera y sana.

La mujer le tendió una taza humeante que el meledino cogió con las dos manos, sintiendo el agradable calor en sus palmas heladas. No había comido caliente desde hacía dos días, cuando había parado en Ändur, y su estómago gritaba pidiendo calidez. Mientras se lo bebía, la anciana no dejaba de mirarlo embelesada.

—¿Qué te ha traído hasta aquí? —le preguntó.

Árgoht dudó un instante. No sabía si debía decirle la verdad.

—Tenía que verte.

La mujer pareció conformarse con la respuesta.

—¿Cómo estás de salud, madre?

—Me encuentro muy bien. Hace dos días se me cayó otro diente, pero ya estoy acostumbrada —acompañó estas palabras con un gesto despreocupado.

Efectivamente, la boca de la mujer estaba prácticamente vacía ya. Los pocos dientes que le quedaban estaban negros y no parecía que fueran a durarle mucho más.

Árghoht seguía sin tener explicación a sus sensaciones. La conexión que tenía con ella venía de muy atrás, a pesar de no ser su madre natural. Esta había muerto al dar a luz, y la matrona que la asistió se había quedado con el niño que nadie más quería. En Meledel, donde había nacido, sabían que sería diferente, que era especial. Y para un pueblo tan supersticioso, especial quería decir raro, y raro quería decir temible y despreciable. Durante un tiempo vivieron en la ciudad más o menos tranquilos, pero desde que el chico empezó a demostrar ciertas habilidades, comenzaron a mirarlos con malos ojos y a hablar mal de ellos. Su madre había decidido entonces que debían abandonar Meledel y buscaron otro sitio, más tranquilo, en el que el joven Árghoht pudiera aprender a manejar su poder con mayor discreción. Ella le había tenido miedo durante un tiempo. Al fin y al cabo también era meledina y la superstición le corría por la sangre hasta el punto de que, de no haber sido porque ella misma había presenciado su nacimiento, lo habría mirado tan mal como los demás. Pero cuando lo tuvo en brazos fue incapaz de deshacerse de él, y su madre le había hecho prometer que lo cuidaría. Una vez superada su aprensión hacia sus habilidades, comprendió que el destino del chico estaba muy lejos de allí y siempre supo que moriría sola. Aún así, habían mantenido un lazo poderoso que hacía que Árghoht acudiera a su lado cada vez que estaba en peligro.

Pero ella estaba perfectamente.

¿Qué había hecho saltar sus alarmas?



Vâhlere se despertó después de una plácida noche sin sueños. Se levantó y describió las cortinas que cubrían las ventanas de su dormitorio. La mañana había llegado fría y lluviosa, como si quisiera llevarle la contraria a su estado de ánimo. Estaba de un excelente humor. Su vida estaba en el punto que él quería, y había luchado mucho para conseguirlo.

Siempre le había gustado ver Quindarst a través del fino velo de la lluvia. Los tonos grises le iban muy bien al decorado compuesto por el palacio, la ciudad y los canales que recogían esta misma lluvia para verterla al mar en el Puerto de Tardos. Era una ciudad hermosa y llena de luz, con infinidad de matices y contrastes. Un sencillo paseo por sus calles era ejemplo suficiente: ciudadanos de diversas razas y colores de todas las clases sociales, mercaderes, artesanos... Era la ciudad más desarrollada y mejor gestionada del reino y capital de la región de Lahmna, a pesar de los esfuerzos de sus vecinos de Clemthan por acaparar esa atención para ellos.

En el salón se encontraban ya la mayor parte de los invitados habituales. Su puesto de Gestor del Tránsito le obligaba a participar en la ceremonia informal del desayuno. En ella, la familia real se reunía con todos los Consejeros y Gestores para dar la bienvenida a la jornada. Aunque la asistencia era obligatoria, la puntualidad no era imprescindible. De hecho, ese día él llegaba de los últimos, aunque aún quedaba algún sitio vacío. Todavía no conocía a todos los presentes, pues apenas llevaba unos meses en el cargo y el palacio era muy grande, pero saludó a cuantos pudo antes de sentarse en su sitio.

En la mesa principal, sobre una tarima, la familia real charlaba alegremente. El rey Kreón Taren III era un buen tipo, de aspecto bonachón y risa fácil. Era alto, de piel morena y pelo negro, con el cuerpo bien moldeado aunque ya algo reblandecido por verse obligado a pasar más tiempo en el trono que en el bosque. Y es que cuando

apenas era príncipe imberbe, mostró un excelente don para la caza y el rastreo, por lo que pasó en el bosque gran parte de su tiempo libre. Ese día vestía un peto de piel curtida sobre una camisa holgada con exquisitos bordados en los puños. Su esposa *Lady Fasila Lond* era una mujer impresionante tanto en belleza como en porte y espíritu. Llevaba la nobleza en la sangre y había heredado la piel clara y el cabello castaño de los Lond de Lehar, la ciudad que hacía frontera con el Desierto de Sal y que servía de entrada sur del reino de Lahmna. Tenía los ojos color avellana y ese día vestía una larga y holgada túnica solo ceñida en la cintura. Como de costumbre, llevaba el pelo recogido en una larga trenza que le caía a plomo por la espalda.

Pero si algo brillaba con luz propia en el salón era la princesa Loena Taren. Con diecisiete años y de aspecto delicado, tenía la piel clara y el pelo cobrizo largo y recogido en una trenza, al igual que su madre. Sus ojos almendrados eran grandes y de mirada inteligente. Vâhlere no pudo evitar quedarse mirándola mientras se reía de una broma de su padre con una sonrisa perfecta. Para completar la familia, al lado de la princesa se ubicaba la segunda heredera, la princesa Leicar, una muchachita de nueve años, muy alta para su edad y de mirada curiosa.

—Despierta, chaval —le dijo con un codazo Tremio, el Gestor del Agua. Era una de las pocas personas a las que podía considerar amigo—. Si la miras tanto la vas a gastar.

—No digas tonterías —respondió Vâhlere quitándole importancia—, estaba mirando los tapices.

Como excusa no era del todo mala. La pared tras la mesa real se encontraba adornada con exquisitos tapices de grandes dimensiones. Dos enormes vidrieras otorgaban al salón una luminosidad tal que solo durante la noche eran necesarias las antorchas. Aún en un día oscuro como aquel, había luz suficiente.

—Como tú digas —terminó Tremio poco convencido.

El resto del día lo dedicó Vâhlere a sus diferentes tareas. Como Gestor del Tránsito, su deber era diseñar las zonas de crecimiento de la ciudad para que los nuevos ciudadanos que llegaban a diario pudieran instalarse con un cierto orden. Además, tenía que gestionar el cobro de aranceles de mercancías destinadas a los mercados así como establecer los precios de aquellas. Esto último lo hacía en consonancia con el Gestor de la Moneda, de tal forma que su presencia en ese menester era poco menos que simbólica. Le gustaba mucho su trabajo y había tenido mucha suerte al conseguirlo. Llevaba relativamente poco tiempo en la ciudad, era un hombre joven y había logrado un buen puesto. Además, trabajaba en el castillo, lo cual le permitía dedicar tiempo a la ocupación del día que más placer le proporcionaba.

Cuando ya todo el palacio estaba en el más absoluto silencio de la noche, él aún estaba despierto y esperando.

El sonido de unos pasos sigilosos llegó hasta sus oídos y se detuvieron frente a su puerta. Había dejado una antorcha encendida, así como la chimenea, para que ella

supiera que estaba despierto y entrara sin llamar. Y así lo hizo. Una noche más, la princesa Loena acudía a él. Vâhlere admiró sus facciones perfectas, más aún a la tenue luz de las llamas procedentes del hogar. Tenía el pelo revuelto y vestía solo con un camisón de gasa, bajo una pesada capa que ahora descansaba a sus pies, que acariciaba su piel con delicadeza.

Vâhlere la tomó entre sus brazos y comenzó a besarla con pasión. Ella respondió con igual intensidad.

—Cada día sin verte es una tortura —le dijo él jadeando de ansiedad.

—Lo sé, amor mío, para mí es peor. Cada día tengo que recibir a pretendientes con los que mi padre quiere casarme. Tengo que soportar sus estúpidos halagos cuando en lo único lo que pienso es en tus manos sobre mi cuerpo.

—Temo que un día alguien te descubra.

—He dicho que venía a la biblioteca. El guardia no se atreverá a cuestionarme.

—Hagámoslo público —dijo él de pronto.

—¡No! —ella se separó de él—. Debes prometerme que no se lo dirás a nadie. Mi padre no lo aprobaría. Tengo que encontrar el momento.

Él prometió y volvieron a fundirse en un abrazo.

Como cada noche, las estrellas fueron testigos de su unión. Como cada noche, el fuego acabó por consumirse en la chimenea sin que ninguno llegara a sentir frío alguno.

Ya comenzaba a clarear el alba cuando Vâhlere agitó el brazo de Loena para despertarla.

—¿Ya es de día? —preguntó ella—. Estaba teniendo un sueño hermoso.

—Debes irte. Está a punto de salir el sol.

—Mi padre estará demasiado ocupado con sus invitados de Clemthan como para fijarse en si estoy en mi lecho o no. Podría estar tres días fuera y no se daría ni cuenta.

—La amistad de esa gente es ahora lo único que importa —adujo el joven.

—No —respondió ella con una sonrisa pícaro—, no hables como él, tú eres lo único que importa.

Con estas palabras ella se abalanzó sobre él para cubrir su cuerpo de besos.



El rey Kreón Taren III era un buen hombre, eso lo sabían todos en la corte. Llevaba años intentando culminar la labor de su padre y antecesor como rey de Lahmna de conseguir la paz con sus vecinos de Clemthan. La II Guerra de Hermanos había durado cincuenta años, y la cantidad de víctimas fue innumerable. Después de eso la paz era débil y quebradiza, con continuos conatos de conflicto y una sucesión de escaramuzas lamentables. A lo largo de todo ese tiempo había habido diversas treguas e intentos de tratados de amistad, pero ninguno había sido duradero y las viejas rencillas habían acabado por imponerse. Desde que era apenas un príncipe imberbe, esta paz había sido su única obsesión. Y ahora estaba a punto de conseguirla.

Se había levantado antes de alba, pues las preocupaciones le habían despertado y no había sido capaz de volver a dormirse. Había dejado a *Lady Fasila* durmiendo y había salido del dormitorio. Ahora estaba con los codos apoyados sobre el alféizar de la ventana, sintiendo el aire fresco de la mañana en el rostro y observando su ciudad. El sol que comenzaba a salir le ofrecía una espléndida vista de las tierras aledañas, tapizadas con el verde oscuro de las copas del Ti-Ergonian en dirección este. Sabía que más allá en esa dirección se encontraba Clemthan, capital de la región de mismo nombre y, al pensar en sus vecinos, tuvo la certeza de que estaba haciendo lo correcto. Las altas murallas de la ciudad quedarían como inútil testigo de un tiempo pasado, cruel y peligroso. El futuro se le presentaba brillante y en paz.

Al otro lado podía ver la costa oriental del Tar-Anmir, el Mar Gris. Desde su posición podía ver el puerto, uno de los más activos y prósperos, situado estratégicamente al final de todas las rutas marítimas que unían el norte con el sur a través del mar. Ya fuera en dirección a Junkai, muchísimos kilómetros al norte, o en dirección a los Hielos del Sur, cualquier barco que quisiera hacer una travesía larga tenía que acabar en Quindarst. La ciudad era la puerta de entrada por mar al sur del

continente de Kisea en dirección a los tres Grandes Reinos del Sur.

El puerto perteneció en un principio a la dinastía Clem, al igual que toda la región de Lahmna, siendo entonces apenas una pequeña ciudad de pescadores. La primera Guerra de Hermanos entre los clemhitas y los quindu, que consideraban legítimos gobernantes a la dinastía Taren, acabó con la concesión de aquellos, puesta de manifiesto con la firma del Tratado de Hermanos en la zona del bosque conocida como el Cuerno de Gan. Al fin y al cabo, Clemthan era una región mucho más rica, salpicada de numerosas minas. El rey Graegar Clem vio en la cesión un precio menor.

Pero, poco a poco, Quindarst fue cobrando relevancia gracias a su posición y fue aumentando su popularidad y riqueza. Clemthan se vio obligada a pagar aranceles por transportar sus minerales a otros puntos más allá del mar, lo que otorgaba una ventaja a sus rivales quindu.

Finalmente, tras doscientos años de paz tensa, Clemthan decidió reclamar de nuevo la soberanía de la ciudad portuaria alegando que el tratado que se la había concedido a los Taren no era válido, que había sido firmado bajo falsas presiones y amenazas.

Entonces comenzó la segunda Guerra de Hermanos, que terminó repentinamente con la muerte de Asteran de Clem, el rey en aquel momento, en la batalla conocida como El Cisma. Se firmó un débil armisticio, roto continuamente a lo largo de los años mediante pequeñas escaramuzas a lo largo y ancho del Tir-Ergonian que ninguna de las dos capitales se atrevía a reivindicar.

«No habrá una tercera Guerra», pensó Kreón decidido.

Un ruido en el pasillo le hizo salir de sus ensoñaciones. Era una puerta que se abría y volvía a cerrarse al otro lado del corredor, en dirección al dormitorio de su hija Loena, pero no le prestó más atención, pues las sirvientas comenzaban a esas horas su actividad, y volvió a concentrarse en la ventana. Más abajo, la población despertaba. Pronto las puertas se abrirían para dejar entrar a los comerciantes que habían llegado durante la noche y cuyas tiendas de campaña conseguía distinguir establecidas más allá de los muros a la espera de poder acceder a Quindarst.

Una mano se apoyó entonces en su hombro, se deslizó por su costado y le abrazó el torso. Sintió el calor de los pechos desnudos de *lady* Fasila, que hacían presión contra su espalda, y el roce de sus cabellos alborotados le hacía cosquillas en la piel.

—Buenos días, querido. ¿Qué haces tan temprano en pie? —le preguntó la mujer. Su voz era suave como la seda.

—No podía dormir.

Ella obligó a su marido a girarse para encararse con él. Le abrazó de nuevo y le dio un breve beso en los labios. Su piel estaba aún caliente y las sábanas habían dejado pequeños rastros en su piel como si fueran inmensas líneas de la vida como las que leían las videntes en las manos durante las ferias.

—Todo saldrá bien. Está casi hecho. Nada puede ir mal.

—Eso espero. ¿Loena lo entenderá?

—Es la princesa, ella lo sabe y comprende su deber y el compromiso que tiene con el reino. Lo hará.

Cuando el heraldo de la reina Marsila de Clem llegó hasta el palacio, el rey Kreón lo estaba esperando en la Puerta Soberana, con cierta ansiedad, en la cumbre de la ancha escalera que daba acceso al patio principal. A partir de ese momento comenzaban los tres días más importantes de su reinado. Tendría que hacer uso de toda su diplomacia, su carisma y su talante para conseguir el objetivo que se había marcado.

La seguridad de la ciudad se había multiplicado, de forma que había soldados por toda ella para garantizar la buena convivencia entre sus súbditos y los que, a buen seguro, la regente de Clemthan traería en su séquito. Estaba convencido de que ambos pueblos deseaban lo mismo, pero también conocía muy bien cómo pensaban las masas. Entre políticos, las rencillas pueden dejarse a un lado pensando en el bien común. Pero el pueblo era diferente. Hermanos muertos en la guerra, hijas ultrajadas, insultos ancestrales... Había cientos de motivos que podían provocar la pequeña chispa que encendería el fuego. Había sido proclamado un bando en el que se ordenaba a la población recibir y atender a los invitados con la mayor cordialidad posible, pero el rey estaba seguro de que, aunque lo pretendieran de veras y con toda su voluntad, acabarían habiendo disturbios.

El heraldo era un joven serio y remilgado, eunuco a simple vista, vestido de la manera colorista tan típica de la corte clemhita. Lucía una larga túnica naranja que arrastraba por el suelo, decorada con cientos de inscripciones en el borde de los puños, el cuello y los bolsillos cosidas con hilo dorado. Su presencia sería meramente simbólica, aunque de trascendencia vital para el buen cumplimiento del protocolo. La reina Marsila esperaría con todo su séquito a las puertas de la ciudad hasta que el heraldo regresara con el permiso expreso del rey. La tardanza de este en conceder la autorización era una demostración de lo bien o mal recibida que sería la visita. En el pasado, cuando el desencuentro entre ambos pueblos era más pronunciado, esta espera podía alargarse durante semanas solo como muestra de desprecio y burla hacia el visitante.

Pero no era ese el caso. El rey dejó pasar un tiempo prudencial para que no se percibiera su ansiedad y, tras unas horas en las que se hizo esperar al eunuco en un estudio, cómodamente instalado, concedió el beneplácito por escrito con el sello real. El heraldo corrió de regreso y un buen rato después, las puertas de la ciudad se abrieron de par en par para dejar entrar a la reina Marsila de Clem, sentada en un enorme carro tirado por poderosos caballos y escoltada por un centenar de soldados. Era una mujer alta y muy delgada con una larga melena negra y lacia que le enmarcaba unos rasgos duros y afilados, con unos labios muy finos que forman apenas una línea roja en su rostro, con una mandíbula recta y expresión adusta. Llevaba una larga túnica, ricamente decorada, del color del vino tinto. Marsila nunca

usaba corona. En cambio, llevaba un tocado muy vistoso de plumas de colores.

El vehículo era impresionante, tanto en tamaño como en ornamentación, movido por un tiro de seis enormes caballos negros. Con forma de abanico invertido, estaba plagado de piedras preciosas y láminas de oro. Marsila tenía intención de demostrar toda su riqueza, y no tenía mejor forma de hacerlo que exhibiendo su mejor producto: las profundidades de la tierra seguían siendo generosas con sus minas. Armados de la cabeza a los pies, los soldados lucían sus corazas decoradas con los escudos de los clanes a los que pertenecía cada soldado. Con penachos en los cascos y los codos, y yelmos con extrañas formas de animales legendarios, Kreón nunca podía evitar una sonrisa al verlos, tan alejados del estilo formal y práctico de su propio ejército, pero hizo un esfuerzo por contener su expresión.

De cualquier manera, el pequeño grupo que acompañaba a la reina, a pesar de que su aspecto podía ser discutible, estaba perfectamente preparado y eran fieros guerreros experimentados en la batalla. El rey quindu lo sabía, y verlos entrar en su ciudad, desfilando en perfecta formación, le provocaba mucha inquietud aún sabiendo que era un encuentro amistoso. Le tranquilizaba pensar que todos, salvo la guardia personal de Marsila, quedarían establecidos a las afueras de la ciudad, en un campamento solo para ellos. Por supuesto, durante estos tres días las puertas permanecerían abiertas durante la noche como prueba de que, si fuera necesario, podrían entrar en cualquier momento.

Detrás de los soldados venía otro centenar de personas, servidores y cortesanos que se habían unido a la comitiva; todos querían estar presentes en lo que se antojaba un acontecimiento histórico.

El desfile se le hizo eterno a Kreón, que estaba deseando comenzar la jornada. Todavía quedaba bastante para que se iniciaran las conversaciones, pues ese día se dedicaría a la recepción de los invitados. Se celebraría un banquete en ese momento y una gran fiesta al caer el sol que se extendería a toda la ciudad. Este era un momento delicado, pues Quindarst tenía que mostrarse como una ciudad fuerte al tiempo que generosa, divertida y elegante con los invitados. Cada paso del protocolo, cada palabra dicha, cada plato servido serían estudiados con toda meticulosidad. Kreón solo esperaba que el día fuera bien y que pasara lo más rápidamente posible.



Los dos días siguientes a su llegada a Narmanthia los pasó Árgoht recluido en casa de su anciana madre, Erna. Cuando esta le preguntó, le dijo que era porque necesitaba descansar pero, aunque era cierto, el verdadero motivo era otro. Algo había despertado en él un poderoso instinto, una sensación de peligro inminente que no se había materializado. Había recorrido cientos de kilómetros para llegar hasta allí, pero su madre estaba sana como una roca. Se defendía a la perfección en su pequeño mundo, que se reducía a su casa y a algún paseo por el pueblo para comprar o estirar las piernas. Se había preguntado muchas veces cómo era posible que la mujer hubiera vivido tantos años y la única explicación que conseguía encontrar era que la cercanía con él y el poder que manejaba le habían alargado la vida. ¿Cómo si no explicar su buena salud a sus ciento dos años? Eran muchos años para una mujer en aquella región en la que apenas se llegaba a los cincuenta y cinco.

Pero Árgoht no quería creer que lo que lo había llevado hasta allí fuera una falsa alarma y por eso no le quitaba ojo de encima. Algo iba a ocurrir, y tenía que estar preparado. Mientras, ayudaba arreglando lo que ella ya no podía acometer. El primer día ajustó las puertas y ventanas, con lo que esa noche durmieron un poco más calientes. Al día siguiente arregló algunas goteras que tenía el techo. Aunque necesitaba descansar, no podía estar quieto sin hacer nada. Además, el esfuerzo físico le sentaba bien.

Su presencia allí estaba suscitando más curiosidad de la que a él le habría gustado. Lo notaba en las miradas de aquellos que pasaban por las proximidades de la vivienda y que intentaban observar algo del interior. El día que estuvo enfrascado en el arreglo de las ventanas notó cómo la gente se desviaba de su ruta para acercarse a la casa. Llegado el caso, saludaba con la cabeza, pero en muy rara ocasión le devolvieron el saludo. Eran los mismos vecinos que le vieron crecer, aunque fuera

unos pocos años, sabían qué era capaz de hacer y sospechaban que era su influencia la responsable de la longevidad de Erna, pues había escuchado algunos comentarios perdidos. No le tenían ningún cariño, pero tampoco motivos para temerle o despreciarle.

Él fue narmanthino de adopción durante cinco años, tiempo en el que causó algunos destrozos con su aprendizaje de las artes arcanas. Los demás habitantes del pueblo comenzaron a hacer muchas preguntas, algunas discretas y otras no tanto, pero su madre se limitaba a responder que era un niño raro, nada más. Árgoht sabía que era mucho más que eso, y lo supo desde que tuvo uso de razón.

Finalmente, tuvo que abandonar la aldea. Por un lado, quería evitarle problemas a su madre, pero por el otro, Narmanthia se le había quedado pequeño. Se había despertado en él la llamada del Destino, ese impulso que, desde entonces, lo mantenía viajando por toda Thera a la búsqueda de aquel acontecimiento en el que su presencia sería imprescindible y que daría sentido a su existencia. El mismo impulso que le obligaba a ponerse en marcha, a no permanecer mucho tiempo en ningún lugar.

Al tercer día de estancia sin que su madre diera signos de tener problema alguno, empezó a plantearse que tal vez se hubiera equivocado, sin entender cómo era eso posible. Si todo seguía igual, al siguiente día se pondría de nuevo en camino.

Esa tarde decidió que necesitaba coger aire y estirar las piernas, por lo que acompañó a su madre a dar un paseo por el pueblo. Según le dijo ella, cada día tomaba una ruta distinta para no aburrirse y ver cosas y gente diferente cada vez.

El meledino se vistió con su capa de viaje y su fiel espada Êralin y salió al exterior. El invierno comenzaba a dar muestras de retirada y empezaba a notarse en el aire, en el calor de sol. Varios riachuelos comenzaban a formarse gracias al hielo derretido y los témpanos se quebraban en un baile de colores al recibir el impacto de los rayos solares.

—¿Alguna vez echas de menos todo esto? —le preguntó de pronto Erna.

—Alguna —mintió el hechicero.

La respuesta pareció ser suficiente para la mujer. Ella le conocía bien. Desde niño había sido callado e introspectivo, por lo que entendía sus silencios mejor que nadie. Nunca le había forzado una conversación o una respuesta. Sabía que él hablaba cuando le apetecía.

Árgoht, por su parte, aunque había mentido al decir que echaba de menos el pueblo, no lo hacía del todo, pues sí que en ocasiones extrañaba aquella vida tranquila y sencilla junto a su madre.

El paseo de ese día les había llevado a las afueras del bosque por un sendero antiguo cubierto de nieve. Su respiración se convertía en nubecillas de vapor ante sus bocas.

De pronto, Árgoht sintió algo. Fue una perturbación ligerísima, lo suficiente para poner sus sentidos en alerta.

—¡Madre! —gritó el hechicero dándole un empujón a la anciana—. ¡Al suelo!

Erna cayó y rodó sobre la nieve presa de la sorpresa. Alzó la mirada hacia su hijo a tiempo de ver cómo este decía unas extrañas palabras y un resplandor crecía desde la palma de su mano. En ese momento escuchó un silbido, el mismo ruido que hacía su atizador cuando sacudía las sábanas. Al primero le siguieron varios más. No supo lo que eran hasta que vio un trozo de madera afilado que sobresalía del muslo de su hijo. El resplandor siguió creciendo hasta que cubrió por completo su cuerpo y el de ella.

Árgoht había terminado su hechizo, pero por poco no lo consigue. El dolor de la pierna era abrumador y estuvo a punto de romper su concentración y destrozar el hechizo. La flecha estaba tan bien clavada justo sobre la rodilla, que la punta sobresalía un poco por la parte trasera. Con un esfuerzo, echó mano del puño de la espada y la sacó de su vaina con un movimiento ágil. Dedicó un segundo a observar el arma, brillante bajo el sol vespertino, tan perfecta como el primer día que la viera, seis años atrás. Êralin, *la Cazadora*, volvía a pedir sangre. Era una espada espléndida en todos los sentidos que antaño perteneciera al rey Manlor El Temible, regente del reino de Ereth y que fuera muerto dos veces, la segunda de ellas por la misma espada y la misma mano que ahora la empuñaba. La protección estaba formada por dos aves con las garras en posición de ataque enfrentadas entre sí y la empuñadura forrada de cuero y culminada con una oscura joya verde casi negra. La hoja, antes brillante y plateada, se había oscurecido y se había vuelto opaca tras la muerte de su anterior dueño y aún podía sentir en su interior la energía oscura que había absorbido de él. Desde aquel día apenas la había vuelto a empuñar, temeroso de la sombra que podía percibir en ella.

Enseguida sintió la corriente de energía que invadió su cuerpo procedente de aquella arma magnífica. Sentía cada partícula de su ser vibrar y casi resplandecer, pero aún permanecía el dolor que la flecha le provocaba en la pierna, como un recordatorio infausto de un profundo penar.

De la arboleda comenzaron entonces a salir hombres armados, arco en ristre. Otra flecha salió disparada hacia él, pero pudo desviarla con el poder del hechizo que lo protegía. Sus atacantes aún lanzaron algunas más antes de convencerse de que era en vano.

Tenía ante él al menos a quince hombres. Por su actitud pudo ver que, si hubieran sido menos, podría haberlos derrotado fácilmente. Y es que esta demostraba la peor de todas las debilidades: le tenían miedo. No eran salteadores de caminos. Por alguna razón, lo buscaban a él. Sabían quién era, lo que podía hacer y le temían por ello.

Soltaron los arcos y sacaron sus espadas. Si hubieran aprovechado la sorpresa para seguir lanzando flechas o hubieran intentado un ataque masivo de primeras, probablemente ya estaría tendido en el suelo cubierto de nieve empapada en sangre. Pero habían sido demasiado precavidos y ahora él estaba preparado para defenderse. Aún así, no sabía si podría con todos ellos.

—¡Rendíos! —gritó el que parecía el cabecilla del grupo. De todos, era el único

que mostraba cierta presencia de ánimo. Vestía una cota de mallas bajo una sobrevesta de caballero ajada, sucia y rota.

Árgoht sentía que la pierna le golpeaba cada vez que pasaba sangre por la zona herida. Eso dificultaría mucho su capacidad para hacer hechizos complicados ya que le impedía concentrarse todo lo debido.

—¿Quién lo dice? —respondió él sin gritar.

El hombre ignoró su pregunta y habló de nuevo.

—¡He dicho que os rindáis!

Árgoht analizó la situación con toda la sangre fría que pudo. Quince hombres en torno a él, armados pero indecisos, bien protegidos con armaduras medias y cotas de malla. Unos diez metros les separaban de él, por lo que tendría algo de tiempo antes de que le alcanzaran. Su pierna herida y su madre tendida obedientemente le impedían huir.

—No —respondió Árgoht con toda tranquilidad.

En ese momento el cabecilla dio la orden de atacar y varios hombres comenzaron a avanzar hacia él. En sus rostros se leía con claridad la misma falta de convicción que en el de su capitán. Todos sabían que podían no salir con vida de allí, y no hay nada peor para un soldado que el miedo a morir.

Árgoht lanzó entonces un hechizo muy sencillo que había aprendido precisamente en aquel lugar, en aquella aldea, durante su infancia. Le parecía de lo más apropiado usarlo en ese momento. Pronunció las palabras en voz muy baja: *Kermack-ti-emnoth*.

De pronto, cinco de los hombres más cercanos a él se detuvieron en seco. Aquellos a los que no había afectado el hechizo no tuvieron más remedio que quedarse mirando cómo sus compañeros caían al suelo sin causa aparente y se quedaban allí, agitándose pero sin poder moverse.

—¡Pesa mucho! —exclamó uno entre jadeos—. ¡Ayudadnos!

Pero no parecía que ninguno de sus amigos estuviera dispuesto a hacerlo.

—¡A por él! —gritó entonces el capitán—. ¡No le dejéis pensar! ¡A por él!

—¡Vaya! Hay alguien inteligente entre vosotros —se burló el meledino con una sonrisa tensa.

Varios hombres hicieron caso de la orden y se lanzaron contra él con las espadas en alto. El miedo es un acicate peligroso.

Árgoht tuvo que usar la espada para desviar varios ataques. La pierna le impedía en gran parte el movimiento, así que tenía que evitar el contacto directo todo lo posible. Usó un hechizo de protección que hacía que muchos de los ataques fueran fallidos, pero debía detener otros y devolver las estocadas para mantener a sus rivales a raya.

Tenía a tres hombres encima y se acercaban más.

—*Lenvar-ont* —gritó al tiempo que alzaba la mano izquierda contra sus atacantes.

Los tres salieron despedidos hacia atrás hasta chocar con los árboles cercanos.

Ninguno de ellos se levantó, pero pronto llegaron cuatro más desde la retaguardia. Con un gran esfuerzo, consiguió dar algunos pasos hacia su derecha, alejando el combate de su madre para evitar que sufriera daños y logrando con ello evitar la embestida de dos de los hombres, al tiempo que golpeaba a uno de ellos con la espada, haciéndole un feo tajo en la espalda. A pesar de que en los últimos años había aprendido algunos trucos y había mejorado mucho, seguía sin ser un buen espadachín. Por suerte, Êralin parecía pensar por él. Era tan ligera y sencilla de manejar que incluso alguien no versado en el arte de la esgrima podía usarla y hacer mucho daño con ella.

«Creo que ya va siendo hora de aprender», se reprendió mentalmente.

El segundo atacante casi consigue romper su defensa y a duras penas logró esquivar su estocada hasta el punto de que sintió el filo acariciar su peto de cuero. Después de intercambiar algunos golpes, Árgoht consiguió impactar en el torso del hombre y perforar su cota de mallas, atravesando sus intestinos, que quedaron colgando de su abdomen cuando el meledino retiró la espada justo a tiempo de detener otro ataque.

Las fuerzas le abandonaban con rapidez. Aquellos hombres eran mucho más fuertes que él y solo el hechizo de protección evitaba que estuviera muerto ya. Aún quedaban cinco en pie, y el que ahora se le enfrentaba lo hacía con todas sus energías. Cada golpe detenido hacía que Êralin se agitara en su mano con un gran dolor y temía agotarse en cualquier momento sin tiempo para lanzar ningún hechizo más. Sus atacantes lo estaban haciendo bien no dándole tiempo para pensar ni concentrarse.

Entonces, al dar un paso hacia atrás a ciegas, golpeó la pierna herida contra una roca. Un latigazo de dolor le subió hasta los hombros haciéndole caer de rodillas en la nieve con un grito. La espada escapó de sus manos, inútil como un caramelo. Ahora estaba a merced de su enemigo, que alzaba su arma para asestar el golpe definitivo. Árgoht se agarraba el muslo intentando mitigar su dolor. Cuando el hombre dio el tajo final, el hechicero se hizo a un lado con agilidad, evitando por poco el filo, que fue a clavarse en la nieve. Rápidamente, antes de que fuera retirada, puso su mano izquierda sobre la espada y dijo unas palabras. Al instante, la hoja se congeló en una oleada de frío que llegó hasta el puño y siguió subiendo para congelar los brazos de su portador hasta los codos, que cayó al suelo lanzando dolorosos gritos al aire de la tarde.

Pero aún quedaban cuatro contrincantes en pie. Árgoht sabía que estaba todo perdido. Además, algunos de los que habían caído con el primer hechizo descubrían que bastaba con quitarse todo el hierro que llevaban encima para liberarse y dos de ellos estaban de nuevo en pie. Siete hombres, estando él herido, dolorido y débil eran demasiados. Ni siquiera tendrían que rematarlo. Si lo dejaban un rato más, moriría desangrado.

Había llegado su final antes de haber podido conocer su Destino. Abatido, se tendió sobre la nieve con la esperanza de que la Madre le otorgara algo de su fuerza,

energía con la que terminar la lucha. Pero no era su poder lo que estaba fallando, sino su cuerpo. El dolor le embotaba el cerebro y le impedía pensar con claridad.

El rostro del capitán apareció sobre él, recortado contra el cielo gris, en el momento en que comenzaba a nevar. Recordó entonces tantas otras nevadas en aquel mismo sitio en el que ahora yacía. Sin una palabra, el capitán alzó su espada dispuesto a acabar con aquel combate.

En ese momento, su rostro se contrajo en una mueca de dolor al tiempo que aparecía en su abdomen la punta de una flecha. El hombre cayó desmadejado junto a Árgoht. Había una gran agitación entre el grupo de mercenarios que se miraban unos a otros sin saber de dónde procedían las flechas que iban haciéndolos caer uno a uno. Entonces, del mismo modo que hicieran ellos, de la arboleda surgieron tres nuevos guerreros. Tal era el ímpetu de su descarga, que los cuatro hombres que consiguieron sobrevivir al primer ataque salieron despavoridos de nuevo hacia el bosque, dejando tras de sí los cuerpos de sus compañeros muertos.

Árgoht aún tuvo fuerzas, justo antes de desmayarse debido a la pérdida de sangre, para observar cómo uno de sus salvadores se acercaba corriendo hasta él mientras se quitaba el yelmo y dejaba libre una larga cabellera castaña.

El guerrero que acababa de salvarle la vida era una mujer.



Vâhlere se había contagiado de la inquietud en la que parecía inmersa toda la ciudad. No se hablaba de otra cosa que no fuera la visita de Marsila de Clem y de la posibilidad de entablar una paz real y duradera. Él mismo había perdido un familiar en la última guerra y un acuerdo con sus vecinos clemhitas sería muy beneficioso para todos.

Cuando la mensajera llegó hasta él se encontraba a las afueras, tomando notas sobre un posible emplazamiento destinado al crecimiento de la ciudad que se había previsto en el caso de que la paz se hiciera efectiva. Lo había comentado con otros colegas y todos coincidían en que si había entendimiento entre Quindarst y Clemthan, se desataría una riada de movimientos entre las dos poblaciones y la que más gente recibiría, dado su mayor potencial de crecimiento, sería la costa. Habría que ampliar las murallas y crear nuevas torres. Mientras tomaba notas, por fuera de los muros y junto al Bastión del Este, nombre que recibía la gigantesca puerta flanqueada de dos enormes torres que daba a ese punto cardinal, veía entrar y salir a mucha gente que tomaba el Camino de Piedra, un sendero pavimentado de adoquines que llevaba hasta el mismo corazón de Clemthan atravesando el Tir-Ergonian, el Bosque de los Hermanos. Se llamaba así porque en él, justo en su centro, se había firmado la paz que había puesto fin a la primera Guerra de Hermanos.

Los comerciantes esperaban también que se llegara a un acuerdo satisfactorio. Tenían la esperanza de que, de esa forma, se terminaran los eternos registros de sus mercancías y la enorme cantidad de sobornos que tenían que pagar en ocasiones para introducir determinados cargamentos en ambas ciudades.

Aunque la mañana estaba recién comenzada, ya el sol calentaba con fuerza las piedras de los muros, reflejando ese calor hacia él, que le llegaba sumado al que recibía del cielo. Solo la brisa del mar lograba atajar un poco el bochorno.

Se estaba secando el sudor de la frente con la manga de la camisa cuando una voz le habló.

—Mi señor Vâhlere —dijo en tono frágil, temerosa de interrumpir su tarea.

Este se dio la vuelta para encararse con la joven, casi una niña, que había sido enviada a buscarle.

—Su majestad desea veros de inmediato.

Dicho esto se marchó a toda prisa por donde había venido. Que no le hubiera dado la posibilidad de responder significaba que la respuesta no podía ser otra que acudir a toda prisa ante el rey Kreón. Guardó su cuaderno de notas y se puso en marcha con un suspiro, preguntándose qué podía necesitar de él, pues nunca había sido reclamado a su presencia antes ni tenía, que él supiera, ningún asunto pendiente con la casa real. Por un momento temió que se hubiera enterado de su relación con la princesa Loena, y no era capaz de imaginar las consecuencias que podría acarrearle: destierro, tortura, muerte... «No pienses en eso», se decía a sí mismo mientras atravesaba la ciudad en dirección a Esperanza.

Tenía la espalda empapada en sudor cuando llegó al salón de recepciones, lugar en el que se le había indicado que el rey esperaba su presencia. Se peinó con la mano el cabello castaño que caía en ligeras ondulaciones sobre sus hombros y se situó ante los dos guardias, vestidos con la indumentaria oficial de la Guardia Real, que le cerraban el paso al salón. Su aspecto era impresionante, ataviados con una pesada coraza de brillante acero sobre un jubón azul oscuro, decorado con motivos en color plata. En el pecho lucían el emblema del reino, formado por dos espadas cruzadas bajo la quilla de un barco visto de frente y una torre almenada al fondo. Vâhlere pensó que bajo el elaborado yelmo tenían que estar asándose.

—El rey, nuestro amado Kreón, desea verme. Me ha mandado llamar.

Vâhlere sabía que esta frase, que sonaba muy pretenciosa, funcionaba bastante bien y, en efecto, uno de los guardias se giró y abrió un poco la pesada puerta de madera. Entró por la rendija y se perdió en el interior. El joven escuchó el susurro de unas palabras y, un instante después, el mismo guardia abrió la puerta un poco más para franquearle el paso.

El rey se encontraba en plena reunión con el Consejo, cosa que sorprendió a Vâhlere. Esas reuniones eran inviolables y nadie se atrevía a interrumpirlas salvo en situaciones de extrema urgencia. El por qué lo habían hecho llamar en un momento como ese se le escapaba por completo. Volvió a su mente el temor ciego de que hubiera sido descubierto y fuera a recibir un castigo ejemplar. La respuesta le llegó en un instante.

Alrededor de la mesa había cinco hombres además del rey, más dos asientos vacíos. El primero, a la derecha del regente, era un sillón honorífico que, por tradición, nunca se ocupaba. Con él se representaba la presencia del rey anterior al presente, Trenón Taren II, padre de Kreón. El otro se encontraba dos puestos a la derecha de aquel, y Vâhlere sabía que pertenecía a Trëmoneas, uno de los más

ancianos consejeros y amigo íntimo de Kreón y, sobre todo, de su padre.

El resto de consejeros era un grupo variopinto, formado por tres militares veteranos, dos sabios y el tesorero. Conocía sus puestos, pero no todos sus nombres.

—Vâhlere —dijo el rey con voz grave—. Acércate.

El aludido dio unos pasos para alejarse de la puerta y acercarse a la mesa. Al llegar, hizo una reverencia. En Quindarst, el rey no obligaba a sus súbditos a arrodillarse ante él.

—Su majestad.

—Vâhlere Denhon, tengo un problema y quizás tú puedas ayudarme.

Estaba sorprendido ya por el mero hecho de que el rey conociera su nombre. El trabajo se lo habían asignado a través de funcionarios de segundo orden y nunca hasta ese momento había estado en presencia del regente.

—Estoy para servirlos, mi rey —respondió el joven.

—Pues ahora necesito que me sirvas y quiero saber si estarás a la altura. Mi fiel Trêmoneas ha caído enfermo debido a su edad y no podrá estar en mi mesa durante algún tiempo. El resto de mis consejeros, aquí presentes, me han hablado muy bien de tu trabajo en el poco tiempo que llevas con nosotros. Dicen que eres un hombre serio y responsable, que asumes tus tareas sin queja y que eres leal y firme. ¿Eso es cierto?

Vâhlere estuvo a punto de tartamudear, pero consiguió controlarse para responder. No sabía quién podía haber dicho cosas tan valiosas de él.

—Me gusta pensar que lo es, mi señor.

—Necesito alguien que supla a Trêmoneas hasta que se recupere o hasta que encuentre un sustituto más experimentado, pero no tengo ahora el tiempo que hace falta para buscarlo. Alguien discreto y honrado. Esta misma tarde comienza la negociación con la reina Marsila y no puedo permitir que haya un hueco vacío en el Consejo. El resto de mi personal está muy atareado con sus propias labores y sacarlos de ellas podría ser un perjuicio más grave que el de sacarte a ti. Tu posición sería solo de observador, casi como un espectador, sin voz ni voto. Serás secretario, tomando nota de todo lo que se diga. De hecho, no quiero oírte hablar. Por supuesto, desde que Trêmoneas vuelva, te ocuparás de nuevo de tus funciones y olvidarás todo lo que se haya dicho aquí, bajo pena de muerte. ¿Entiendes lo que te pido y estás de acuerdo?

Vâhlere no podía creer lo que estaba escuchando. ¡Un puesto en el Consejo!

—Entiendo y acepto con toda humildad, mi señor. Será un placer servirlos.

—De acuerdo pues; preséntate ante Ertundias —Kreón señaló a uno de los consejeros, menudo y totalmente calvo, que se sentaba a su izquierda— esta tarde tras el almuerzo. Tendrá que darte algunas directrices antes de que comience el jaleo.

Algunos de los consejeros sonrieron por lo bajo, quizás previendo lo que estaba por venir. El rey despidió a Vâhlere y este abandonó el salón incapaz aún de creer lo que acababa de ocurrir.

Las cosas no podían irle mejor.



Cuando Árgoht recobró el conocimiento estaba aún tendido en la fría nieve sobre la que se había desarrollado la lucha. Sentía un dolor penetrante en la pierna, como si alguien hurgara en ella con un cuchillo muy poco afilado. Pero lo que más le llamaba la atención del meledino era el rostro que se inclinaba sobre él, despojado ya del yelmo que había ocultado sus facciones. Era una mujer joven de piel morena y ojos verdes enmarcados por una melena castaña bien recogida en una cola. Sentía la nieve caer sobre su cara, refrescándolo.

—¿Estáis bien? —oyó que le decía en su idioma, aunque con un acento tan marcado que le costó entender las palabras. Él no fue capaz de responder—. Es necesario que os estéis completamente quieto ahora, pase lo que pase. Dolerá.

En ese momento el dolor pasó de penetrante a insoportable. Árgoht gritó e intentó erguirse, pero la mujer lo sostuvo por los hombros con sorprendente fuerza. Después de lo que pareció una eternidad, el sufrimiento remitió ligeramente, aunque siguió sintiendo la pierna como si fuera parte de otro cuerpo que no era el suyo.

—Os la he dormido lo que he podido con nieve, pero no debíamos esperar demasiado si no queríamos que la herida se ensuciase —la joven ayudó entonces al hechicero a alzarse un poco de forma que pudiera apoyarse sobre los codos y pudiera ver lo que estaban haciendo. Otras dos mujeres, ataviadas con armaduras que eran mitad metálica y mitad de cuero, se esmeraban en recoger los pertrechos de los caídos—. Habéis tenido bastante suerte, pues la flecha perforó la pierna. La punta asomó por la parte trasera y nos resultó más fácil sacarla. Esperemos que no haya quedado ninguna astilla dentro.

La mujer comenzó a vendar la herida con manos hábiles y veloces.

Poco a poco el dolor fue remitiendo hasta límites soportables, pero aún así sabía que no podría levantarse él solo. La mujer le ayudó a hacerlo, pero la pérdida de

sangre le provocó un mareo que le obligó a sentarse sobre una piedra. Su mente se cubrió de una niebla densa y gris que lo cegó por unos instantes. Por fin, su visión se despejó. Hacía mucho tiempo que no lo herían y ya casi había olvidado lo que se sentía.

—Gracias —atinó a decir.

—Que Ezäg te guíe —respondió la joven muy seria. Las otras dos se acercaron y saludaron con un frío gesto de cabeza.

El hechicero no reconoció aquella respuesta, pero le sonaba vagamente, como un recuerdo olvidado, muy atrás en el tiempo.

—¿Dónde está mi madre?

La mujer no respondió y se limitó a bajar ligeramente la cabeza. Árgoht sabía lo que eso significaba, pero aún así, reacio a creerlo, volvió a preguntar.

—He preguntado que dónde está mi señora madre.

Fue la joven de ojos verdes la que respondió por fin.

—Ha muerto.

En ese momento las tres se apartaron de él y pudo ver, unos metros más allá, un bulto sobre la nieve que no dejaba de caer. Se acercó cojeando hasta el lugar en el que el cuerpo de la anciana había caído. Una flecha negra asomaba de su abdomen y bajo ella había un gran charco de sangre y nieve derretida. Tenía los ojos cerrados y el rostro sereno. Árgoht intentó encontrar sentido a todo lo que había pasado, pero nada cuadraba en su cabeza. Aquella mujer le había dado todo cuando el resto del mundo lo había rechazado, le había tendido la mano cuando los demás le habían dado la espalda y le había querido cuando todos lo despreciaban. Y ahora sin causa que lo justificase, estaba muerta entre sus brazos. A pesar de su enorme poder, el mismo que había prolongado su vida más allá de lo imaginable, su sangre manchaba la nieve de su pueblo de adopción. A pesar de todos sus conocimientos, no era capaz de entender por qué aquella flecha sobresalía de su vientre señalando al cielo blanco.

Árgoht no lloró, pero sintió una ira oscura inflamar su corazón, una rabia como no había sentido jamás. A pesar del dolor, tomó en brazos el cuerpo de la anciana y se dirigió hacia el pueblo. Aunque no se percató en ese momento, las tres mujeres le siguieron los pasos en silencio. La nieve arreciaba y los copos comenzaban a acumularse sobre sus cabezas, convirtiendo sus cabellos en matas encanecidas. Ninguna de ellas abrió la boca durante el tiempo que duró la caminata del hechicero de vuelta al poblado. Antes de entrar en él, un vecino se cruzó en su camino.

El hombre se quedó clavado en el suelo con la mirada prendida en el alto hechicero de ojos violeta. En su rostro mostraba la duda entre quedarse allí o salir corriendo. Árgoht llegó a su posición y le tendió el cuerpo de la mujer, liviano como un copo de la nieve que los cubría. El hombre extendió los brazos instintivamente para recogerlo.

—Entiérrala como se merece —le ordenó el meledino al anonadado aldeano.

Este no pudo hacer otra cosa que asentir en silencio y con la boca abierta. Por fin,

miró a la mujer que tenía en brazos y pareció reaccionar.

—Erna... ¿qué ha ocurrido?

—La han asesinado. Asegúrate de que sea dignamente enterrada.

—Por supuesto —atinó a decir el hombre—. ¿Qué haréis vos?

Árgoht miró a las mujeres que lo acompañaban como si fueran su cortejo fúnebre y el aldeano siguió su mirada hasta clavarla también en aquellas guerreras impresionantes como nunca antes había visto. En verdad eran asombrosas, con sus armaduras, las botas altas hasta media pierna, las capas de viaje y, sobre todo, los yelmos con forma de animales alados que cubrían sus facciones.

—Yo debo encontrar a alguien.

Y dicho esto, dio media vuelta y se encaminó de regreso al bosque sin mirar si las mujeres le seguían, aunque estaba seguro de que así era. Había muchas preguntas que hacer, muchas respuestas pendientes. Y todas ellas las tenían los hombres que habían sobrevivido a la escaramuza.

«Supervivientes...», pensó Árgoht sintiendo de nuevo la ira sorda invadir su pecho.

«¡Por poco tiempo!».



Por fin había llegado el momento, y Kreón estaba nervioso. Había llevado a cabo cientos de negociaciones a lo largo de su reinado, pero esta era diferente. Ahora suponía la diferencia entre la paz y la guerra, y una palabra fuera de lugar o en el tono equivocado podía dar al traste con todo.

El día anterior había sido agotador y aún sentía en la cabeza la pesadez etílica de la cantidad de vino ingerida, pero todo había salido a pedir de boca. La recepción consistió en un banquete en el que se sirvieron productos típicos de ambas regiones. Quindarst era muy conocida, como ciudad costera que era, por sus pescados y mariscos. Semanas atrás ya había ofrecido un pago especial al pescador que le trajera el ejemplar más grande de *calchoan*, un pez muy raro que solo se consigue en las aguas más profundas del Mar Gris. Es una especie muy peculiar y muy venenosa. Sin embargo, una vez cocinado por las manos adecuadas, el veneno pierde su poder agresivo y le da un sabor único en toda Thera. Y Kreón contaba con uno de los mejores cocineros de *calchoan* del mundo. Le había traído un ejemplar de ciento cincuenta kilos y más de dos metros de largo que había expuesto en el centro del salón durante la recepción para admiración de todos los invitados. La propia Marsila de Clem, poco dada a las muestras gratuitas de cortesía, había halagado el plato y había mandado felicitar al cocinero.

Pero el pescado fue solo el plato principal. Antes y después, fueron servidos infinidad de productos de lo más variopintos, así como multitud de bebidas a cual más exclusiva. Para cuando llegó el momento del baile oficial, el alcohol de las bebidas se había subido a muchas cabezas y quedó algo desvirtuado y, cuando la fiesta terminó, a muchos hubo que despertarlos con agua fría.

Lo que más satisfacía a Kreón era que, a pesar de la gran cantidad de bebida que se había servido, no habían tenido que lamentar ningún incidente entre su gente y los

invitados. Y aunque esto era lo que él había esperado, no pudo evitar sentir alivio cuando se fue a la cama esa noche.

El primer día había salido a la perfección, y el rey quindu esperaba que el segundo fuera igual de bueno. Se había vestido de nuevo con ropa de gala: una túnica de seda gris plata, ceñida con un cinturón de cuero negro del que pendía la espada ceremonial. Se cubría los hombros con una pesada capa de piel en color carmesí y plata, los colores de su familia. Ceñida en su cabeza, la corona lanzaba destellos de colores al reflejar sus diamantes la luz de las cristaleras. Era la corona real, no la diadema que usaba para los asuntos rutinarios. Normalmente se encontraba a buen recaudo en la tesorería, pero para ocasiones como aquella era necesario todo el boato posible.

Ahora esperaba a las puertas del salón de recepciones a que llegara su invitada. Era el mismo que la noche anterior había servido de sala de banquetes, y había discutido mucho con su reina sobre la idoneidad de aquella estancia para celebrar el encuentro de ese día.

—Debería hacerse en el salón del trono —le había dicho ella.

—Esta reunión debe hacerse lo más informal posible, aunque respetemos a rajatabla el protocolo.

—Pero eso te situaría a su nivel en tu propia casa. Ella nunca lo haría si la situación fuera la inversa.

—Alguien tiene que romper la costumbre, o nunca alcanzaremos la paz. Alguien tiene que salirse del círculo y probar nuevas sendas.

Lady Fasila tuvo entonces que reconocer la verdad de sus palabras y no dijo nada más al respecto.

A pesar de que estaba, como le había dicho a su esposa, dispuesto a respetar el protocolo a toda costa, se lo estaba saltando desde el principio. En vez de esperar en el interior del salón y recibir a su invitada ya sentado en su sitio, lo hacía frente a las enormes puertas de madera maciza, cerradas aún a cal y canto. No eran tiempos de sentirse superior a nadie. La conversación tenía que ser distendida e informal, como si fueran familia.

Si sus planes salían como él deseaba, pronto lo serían en efecto.

Marsila de Clem estaba lista desde hacía un buen rato. Se encontraba mirando por la ventana en dirección oeste, hacia el Mar Gris que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Sabía que más allá estaba el continente de Tasea, el segundo más grande después de Kisea y que ella aún no había visitado. Veía el mar y sentía un profundo deseo de poseerlo, de ser dueña de todos aquellos barcos que ahora se mecían anclados en el puerto. Envidiaba el trajín de los pescadores reparando las redes, disponiendo aparejos y limpiando los barcos. Los envidiaba porque sabía lo que significaban, la fuerza y el poder estratégico que esos pescadores y comerciantes

otorgaban a Quindarst. Quería ser dueña de todo aquello.

Pero sabía que sería imposible sin derramar mucha sangre. Kreón había consolidado su poder en toda la costa lahmiana y revocar su poder significaría recrudecer una guerra fratricida y sin garantías de victoria. No, no podía poseer el Puerto de Tardos, pero al menos conseguiría una posición privilegiada sobre él.

Se había vestido con sus colores favoritos, el rojo y el gris diamante. Este era muy poco conocido y solo en Clemthan había maestros tejedores capaces de lograrlo pues imitaba perfectamente a la más famosa joya que les otorgaban las minas clemhitas: el diamante gris. Era una piedra excepcional de una belleza deslumbrante de color natural casi negro que, al incidir sobre él la luz del sol, adquiría un tono gris único en el mundo.

Tocaron a la puerta de su dormitorio con suavidad y, cuando ella dio paso, en el umbral apareció Amtar, capitán de su guardia personal y encargado de su seguridad mientras estuviesen fuera de su ciudad.

—Si estáis lista, podemos irnos —dijo con una leve reverencia.

En el pasillo le esperaba un pequeño séquito formado por dos de sus consejeros y varios guardias. Estos vestían las armaduras recias y de colores que tan llamativas resultaron durante su entrada en la ciudad. Su imagen era imponente, pues eran hombres grandes y fuertes, de aspecto peligroso. También estaban sus doncellas, pero solo esperaban para poder entrar en el dormitorio a ordenar y limpiar.

—Vamos —dijo ella en tono solemne—, veamos lo que estos estúpidos están dispuestos a ofrecernos.



Kleria estaba desconcertada. Lo que había empezado siendo un buen día se había torcido, quizás de forma irreversible. Y ahora caminaba junto a sus dos compañeras sin atreverse a quebrar el silencio que aquel hechicero había levantado entre ellos.

Las zágheras siempre habían tenido facilidad para la magia y, aunque para Kleria era un terreno ignoto, sentía su presencia. Lo llevaba en la sangre aunque nunca hubiera aprendido nada al respecto. Y ese hombre... Su poder llegaba hasta ella, haciendo que se le erizara el vello de los brazos. Irradiaba energía, una fuerza terrible que, liberada, podría resultar aterradora.

Habían llegado de nuevo al lugar en el que se había desarrollado el combate. Era consciente de que su presencia en el momento justo había sido crucial. De no haber intervenido, el hechicero estaría muerto.

De pronto, él se giró y clavó en ella su mirada de iris violeta. A pesar de su experiencia, su entereza y su confianza en sí misma, no pudo evitar sentirse intimidada por aquellos ojos y el poder que bajo ellos era capaz de adivinar. Aún así, consiguió no desviar la mirada.

—¿Quiénes sois? —preguntó el hechicero de pronto con un tono duro.

—Eso no es importante —respondió ella en el mismo tono inquisitivo. No iba a tolerar que aquel hombre le hablara como si ella fuera un animalillo doméstico—, y mejor haríais en cuidar vuestro tono cuando habléis con nosotras.

El hechicero pareció sorprenderse por un momento ante la reacción de Kleria, pero fue muy fugaz y pronto estaba serio de nuevo.

—Me habéis salvado la vida y no es de buen gusto interrogaros. Realmente mi interés se centra en esos hombres —Árgoht señaló los cadáveres casi cubiertos de nieve esparcidos su alrededor—, y en por qué me han atacado.

—Solo puedo responder a la primera parte de la cuestión —Kleria comenzó,

mientras hablaba, a rebuscar entre los cadáveres—, pero no tengo la menor idea de por qué os han atacado.

—¿Y quiénes eran, pues?

—Llevamos siguiendo su rastro desde Ändur, y el motivo es este —Kleria hizo una pausa para agacharse junto a uno de los cuerpos. Con un tirón, desgarró un trozo de tela que el hombre llevaba prendido al cinturón.

La mujer se acercó hasta el hechicero y le tendió el retal. Este lo tomó sin saber muy bien qué hacer con aquel trapo sucio y ajado hasta que vislumbró entre sus pliegues algo que podía ser un dibujo. Lo extendió y pudo ver, muy gastado por el uso y la suciedad, lo que parecía ser un emblema formado por una elipse que contenía un rayo en primer término y, en segundo, la garra de algún ave rapaz.

—Es el emblema de Nerak el Despreciable. Un hombre al que buscamos desde hace mucho tiempo ya. En Ändur reconocieron el dibujo cuando lo enseñamos en una taberna, tras meses de vagar sin pista alguna, y nos pusieron en la senda correcta. Un camino que nos ha llevado hasta aquí, hasta este mismo instante en el que nos encontramos. Ahora os toca responder a vos, ¿quién sois?

—Me llamo Árgoht Grandël. Mucho más no hay que contar, salvo que estaba aquí de paso. Esos hombres no me conocían de nada ni yo a ellos. Me han atacado sin más y no creo que fuera para robarme.

—Yo tampoco —dijo Kleria. Aquel hombre, a pesar del desprecio innato que le inspiraba, también despertaba en ella una curiosidad irrefrenable. En otras circunstancias ni siquiera habría intervenido en la refriega, pero una anciana inocente se había visto involucrada y eso no lo podía permitir. Le había costado convencer a las otras de que tenían que intervenir, de que tenía un presentimiento. La discusión fue breve pero intensa. Hertania no estaba de acuerdo y le costó un poco convencerla, escondidas entre los árboles.

—Parece que sabe defenderse solo —dijo en tono despectivo.

—Es una buena oportunidad, estarán distraídos. Es hora de dejar de seguirles, podemos actuar.

El combate no parecía ir a durar demasiado, y Kleria no podía quitarle ojo a aquel hombre que derrotaba a sus enemigos con el poder de sus palabras. Lo reconoció como hechicero solo con verlo. Era fascinante. En ese momento, una flecha perdida había impactado en la anciana y a Kleria se le inflamó la sangre en las venas. Notó como sus compañeras reaccionaban de forma similar y ya no hubo que decir nada más.

Pero ahora lo más importante era no perder la pista de los supervivientes. Les había costado mucho encontrar un indicio, algo que les acercara al rastro del Despreciable que buscaban desde hacía más de un año. Un año lejos del hogar, de sus cálidas tierras de Krahedia, un año desterradas y, con toda seguridad, olvidadas. Ahora no podía dejar escapar la única oportunidad que se le ofrecía.

—Me llamo Kleria Hurgol, ellas son Hertania y Ondriva, y nuestra prioridad

ahora es localizar a esos hombres.

—Iré con vosotras —dijo el meledino fríamente—. Necesito respuestas.

Kleria notó de inmediato la mirada de sus compañeras clavada en su nuca. Sabía muy bien cómo iban a reaccionar, y aún así respondió.

—De acuerdo, pero no nos estorbéis.

Árgoht no tuvo tiempo de responder, pues las otras dos mujeres tiraron con muy poca sutileza de su brazo para llamar su atención. Kleria se giró hacia ellas esperando encontrar justo lo que encontró: los rostros de estupor y desconcierto de sus compañeras.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Ondriva, mientras se apartaban unos pasos del hechicero.

—¿Es que no lo sentís? —les preguntó Kleria.

Las compañeras de Kleria eran mujeres de la misma edad que ella, pero muy diferentes entre sí. Hertania era una mujer grande y alta, de fuertes brazos y muslos gruesos. Tenía un rostro rocoso, el pelo negro rizado y muy largo, amarrado en una larga cola que se balanceaba a su espalda siguiendo el alocado ritmo de sus brazos gesticulantes.

Por el contrario, Ondriva era más menuda y delgada, de aspecto felino. Tenía el pelo rubio y lacio, recogido también y, aunque no hablaba tanto como la otra, su rostro demostraba su disconformidad con la decisión de la que se mostraba hasta ahora como líder del pequeño grupo.

Árgoht estuvo un buen rato de pie esperando a que sus salvadoras decidieran, oyéndolas hablar en su propio idioma, uno de los pocos de los que no entendía ni una palabra. No había que ser un gran observador para saber que tenía ante sí a tres legendarias zágheras.

Nunca antes había tenido ocasión de estar en presencia de ninguna y le resultaba muy gratificante. Intentó recordar con exactitud lo que sabía de ellas, pero solo logró recuperar de su memoria que eran mujeres guerreras que debían su nombre a su dios de la guerra, Ezäg, y su grito de batalla: *¡Ezäg-ahera!*, que en su idioma podría significar: *¡Ezäg, dame fuerzas!*

De ellas surgía una fuerza y una autoridad innatas. Si era cierto lo que decía la Historia, a aquellas mujeres les costaría mucho aceptar su presencia. Los hombres eran poco apreciados por ellas, y su compañía sería mirada con muy malos ojos.

Solo esperaba que el rastro de sus asaltantes no se perdiera entre la capa de nieve que rápidamente borraba toda impureza de la tierra y la cubría con un denso encaje blanco y azul. Si tardaban mucho, se iría solo, como siempre hacía. Si esperaba era por la enorme curiosidad que aquellas mujeres le inspiraban. Nadie sabía exactamente donde vivían, pero se decía que su hogar se encontraba en mitad del Hielo del Sur, que eran mujeres de piedra que no sentían el frío. ¿Qué hacían allí, en

mitad del continente de Kisea?

—No voy a ir con él —le espetó Hertania a Kleria con su voz ronca.

—Yo tampoco iría si fuera un hombre corriente, Hertania, pero algo me dice que no lo es. Tú has visto lo que es capaz de hacer. Quizás pueda ayudarnos.

—¡No necesitamos ayuda! Hasta ahora nos hemos valido muy bien solas. Ningún hombre vendrá a decirme lo que tengo que hacer.

—Llevamos un año vagando —dijo Kleria paciente—, saltando de un lugar a otro sin hallar nada que nos indique dónde está el Despreciable. Cuando por fin damos con una pista, aparece este hombre extraordinario en nuestro camino. Me niego a creer que sea casualidad. Beckäla lo ha puesto ahí por alguna razón.

Ahora fue Ondriva la que intervino, mucho más sosegada que su compañera.

—De los hechiceros solo hemos obtenido traición y dolor. ¿Por qué confías en él?

—No confío en él, aún no. Pero siento algo que me dice que este hombre es importante para nuestra misión. Y si resulta que me equivoco, separamos nuestros caminos y seguimos cada uno por su lado. No tenemos nada que perder.

Las tres mujeres guardaron un silencio reflexivo mientras se miraban entre ellas, sabiendo con exactitud lo que pensaba cada una de las otras, fruto de la convivencia durante años.

Por fin, Hertania miró al hechicero y, con un gesto de infinito desprecio, asintió con la cabeza.

—De acuerdo, pero solo lo hago porque confío en ti y en tu criterio. Cualquier mal gesto, cualquier mirada fuera de lugar y te doy mi palabra sagrada de que tendrás que recogerlo del fondo de un río con una piedra atada al cuello.

Kleria miró también al hechicero, que les esperaba sentado en una roca. Se acariciaba el muslo como si le doliera mucho más de lo que quería admitir.

—Vamos —dijo Kleria sin mediar más palabra—. No perdamos el rastro.



Vâhlere no podía creer la suerte que estaba teniendo. Había llegado a Quindarst hacía dos años sin tener nada, solo sus planes, y ya estaba sentado en un sillón del Consejo a punto de presenciar la que posiblemente fuera la reunión más importante de la historia del reino. Estaba nervioso, ansioso por empezar. Sabía que no podía pronunciar palabra, que su puesto era meramente ceremonial, que pronto sería retirado de allí... Pero estaba en el Consejo, algo que muchos pagarían y hasta matarían por conseguir.

El dolor de cabeza no se iba del todo y le dolía detrás de los ojos, como si sus ideas quisieran salir de su cerebro a través de las pupilas. Se sentía así desde hacía dos días. La noche que había estado con Loena lo sintió por primera vez. Fue de repente, como si le hubieran introducido un clavo ardiente por la nuca. Por la mañana se le había calmado, pero cuando se alteraba un poco, como en ese momento, la migraña volvía con fuerza.

Un movimiento a su izquierda lo extrajo de sus cavilaciones. Se encontraba en el pasillo que daba acceso al salón en el que fuera recibido por el rey esa misma mañana. Todos esperaban fuera, algo totalmente contrario al protocolo, pero que según el monarca serviría como muestra de buena voluntad. Vâhlere, si bien se cuidaría mucho de decirlo en voz alta, creía que solo servía para mostrarse débiles frente a la mujer clemhita.

El séquito de Marsila de Clem se acercaba ya por el pasillo y todos los presentes hicieron una reverencia como muestra de respeto hasta que llegó al lugar donde le esperaba el rey Kreón. Ambos estaban serios y, viéndolos juntos, el recién elegido consejero vio la enorme fuerza que irradiaba cada uno de ellos. Si la negociación se torcía ambos tenían energía suficiente como para pelear durante días.

Otra prueba de la variación del protocolo era lo que Vâhlere veía con sus propios

ojos y que, de no ser así, se habría negado a creer: Kreón se situaba junto a Marsila, dejando a la reina tras de sí, con el fin de entrar juntos en el salón. «Este rey será recordado, no sé si como el Valiente, o el Estúpido, pero esto quedará registrado en las memorias y se cantará dentro de cientos de años. Y yo lo estoy presenciando», pensaba.

Nada más entrar en el salón ambos regentes, un grupo de cinco bardos comenzó a interpretar una melodía dulce y suave que llenaba cada rincón alzándose hasta el techo, muchos metros sobre sus cabezas. Tras ellos, entraron los consejeros de ambos reinos y más atrás, los escribas, los testigos y los guardias. En esto sí que Kreón había sido coherente. A pesar de que se les había permitido el acceso a cuatro guardias de Marsila, el resto de los soldados presentes serían quindu. Se apostó uno en cada columna del salón, bajo cada ventana y varios más en la puerta, que quedó cerrada cuando todos hubieron entrado. Los hombres de la clemhita se situaron tras el sillón que para ella se había dispuesto. Este estaba situado justo frente al de Kreón y al otro extremo de una larga mesa de madera recia y vetusta. Cuando todos estuvieron en su sitio se hizo el silencio y el rey se levantó. Ante cada una de las personas situadas en la mesa se había dispuesto una copa. En el centro había una única botella del mejor vino de Lahmna. Un sirviente tomó la botella, la abrió y comenzó a servir a cada uno de los presentes, comenzando por Kreón. A continuación sirvió a Marsila y continuó alternativamente con un miembro de cada uno de los consejeros hasta concluir de nuevo en el rey, en cuya copa cayeron las últimas gotas. Entonces, se puso en pie y la alzó mientras decía:

—El vino está servido. Brindemos por la buena voluntad de esta reunión, por el bien que podemos extraer de ella y por la vida de todas las personas que dependen de nuestro entendimiento.

Todos los presentes alzaron la copa y bebieron en silencio.

Vâhlere había recibido indicaciones sobre el ritual antes de entrar. Se realizaba para demostrar a los invitados que podían confiar en sus anfitriones. Compartir la botella demostraba que no había venenos de los que preocuparse y se comenzaba y terminaba en el rey porque se habían conocido casos de venenos que se mantenían en la capa superficial o se hundían en los posos. Era una muestra de buena voluntad tras la cual comenzó la reunión propiamente dicha.

Y se alargó lo que a Vâhlere le pareció una eternidad. Se trataron temas de lo más variado y en diversos grados de intensidad. Al principio todo fueron muestras de cortesía, halagos y buena voluntad, pero a medida que los temas espinosos fueron saliendo a la luz, la seriedad se fue imponiendo en la sala. Marsila de Clem parecía dispuesta a sacar a la palestra temas muy antiguos, intentando que fueran justificadas actitudes para las que ninguno de los presentes podía tener explicación. Sin duda, se había leído muy bien los libros de historia antes de la reunión.

Pero a pesar de todo lo que se decía, Vâhlere estaba seguro de que lo más duro de la negociación estaba por llegar. Hasta ese momento se habían tratado asuntos

menores, como libertad de tránsito y trabajo, o el intercambio de prisioneros de guerra. Pero había algo escondido tanto en la mirada de Kreón como en la de Marsila, y Vâhlere se preguntaba cuánto tardarían en dar el primer tajo.

Llegó un momento en el que pensaba que ya no iba a aguantar más. No era capaz de entender la mitad de lo que se decía y, por supuesto, nadie le pedía opinión sobre nada. Así pues, no era más relevante que la silla sobre la que sentaba sus posaderas. Por fin, cuando creía que se iba a quedar dormido, con el consiguiente castigo real, Kreón anunció un descanso. El grupo en peso se levantó y salió a una pequeña salita contigua en la que se había preparado un ligero tentempié formado por vino, pastas y cortezas de cerdo. Vâhlere se lanzó a por el vino, deseando que este le espabilara un poco para poder aguantar el resto de la reunión. El rey se reunió en un aparte con algunos de sus consejeros y, aunque no podía escuchar lo que decían, era algo grave, pues todos estaban muy serios y asentían con la cabeza.

«Será ahora», pensó.

Efectivamente, nada más volver a sentarse, con el estómago algo más lleno y la cabeza despejada, el rey Kreón puso sobre la mesa el asunto más importante de todos.

—Mi querida Marsila, ya está bien de jugar. Los temas que hemos tratado hasta ahora podían haberlos resuelto nuestros consejeros. Sin embargo, lo que te voy a proponer creo que será el punto de inflexión que la relación entre nuestros pueblos necesita.

El rey hizo una pausa con la intención de dar tiempo a la clemhita a responder, pero esta permaneció en silencio y mirándolo expectante.

—Te propongo una doble unión en matrimonio —dijo Kreón por fin—. Uniremos a mi hija mayor, la princesa Loena, con tu segundo hijo, Kleinan, y mi segunda hija, Leicar, con tu primogénito, Theronar. Tu hijo gobernará Quindarst como consorte de Loena y mi hija Leicar hará lo mismo en Clemthan. El poder quedará equilibrado entre nosotros, pues ninguna de las uniones prevalecerá sobre la otra. Creo que es justo.

Marsila se había quedado de piedra. Había esperado una propuesta de matrimonio de algún tipo, pero ninguna tan atrevida. ¡Un doble matrimonio! No se lo había planteado nunca de esa forma y no era para nada mala idea. Pero ¿garantizaría aquella solución la paz? ¿Aceptaría el pueblo esas uniones?

Pero si la reina de Clemthan se había sorprendido con la propuesta, Vâhlere sintió como si le hubieran golpeado con un garrote en las costillas. Si en ese momento la atención no hubiera estado concentrada en Marsila y alguien hubiera visto su expresión, habría tenido que responder alguna pregunta. Tuvo que soltar la pluma de ganso que empleaba para tomar notas a fin de no hacer un rayón en el pergamino, pues sus manos comenzaron a temblar.

Tras unos instantes de reflexión, Marsila respondió con lentitud y voz grave. Desde su posición Vâhlere pudo apreciar que hacía un esfuerzo por controlar la voz. Lo que no sabía era si lo que la atenazaba era emoción o ira.

—Tu sugerencia no es descabellada, Kreón. Y quizás, como bien has dicho, sea el revulsivo que necesitamos, pero ¿aceptará el pueblo esos matrimonios?

—El pueblo desea la paz tanto como nosotros. Han muerto muchos ya y están deseando alcanzar por fin la estabilidad. Debemos hacérselo ver como un paso adelante, y no como una claudicación ante la voluntad del otro. Tenemos que convencerlos de que es una decisión conjunta, como realmente será.

Marsila reflexionó unos instantes más.

—Debo reconocer que me has sorprendido gratamente Kreón, no esperaba una solución tan audaz. Creo que la alternativa es válida.

Kreón sonrió visiblemente aliviado por la respuesta de Marsila. Habría muchas cuestiones previas que resolver, pero a la larga sería una unión fuerte entre dos pueblos poderosos.

—Juntos podemos gobernar toda la Costa Gris, Marsila. Esta unión nos convertirá en el pueblo más poderoso al norte de las Dender-oth. Cualquiera que desee enviar mercancías a través del mar o fabricar una espada tendrá que pedirnos permiso a nosotros. Seguiremos siendo ciudades y capitales independientes, pero juntos seremos imbatibles. Los Tres Grandes Reinos del Sur tendrán que establecer nuevos acuerdos comerciales con nosotros si quieren sobrevivir. Hemos perdido mucho tiempo y esfuerzo en matarnos mutuamente, pero ahora podemos usar esos recursos para crecer y hacernos más fuertes.

Marsila no pudo evitar sonreír ante la perspectiva, muy halagüeña, que se le presentaba.

—¿Dónde se celebrarán las bodas? —preguntó en cambio.

—Debe ser un lugar neutral. Yo propongo un punto intermedio entre ambas ciudades: el Cuerno de Gan, en el centro del Tir-Ergonian. Organizaremos una fiesta como jamás se ha visto en todo el continente, que todos sepan que Clemthan y Lahmna son una única nación, que nuestra fuerza no tendrá rival. El bosque será testigo del más importante evento de nuestra historia reciente, al igual que lo fue para nuestros antepasados. Homenajaremos a nuestros padres al mismo tiempo que a nuestros hijos.

Kreón se puso en pie y alzó de nuevo su copa.

—Será algo apoteósico.

El resto de los presentes se alzó siguiendo el ejemplo del rey, tal como marcaba, esta vez sí, el protocolo. Marsila también, alzando al tiempo su propia bebida.

—¡Seremos más grandes que nunca!

Los consejeros comenzaron entonces a aplaudir emocionados, dejándose llevar por la euforia y las expectativas que se abrían ante ellos.

—¡Por Kreón y Marsila! —gritó uno.

Y todos corearon sus nombres.



Todo estaba saliendo terriblemente mal. La parte difícil ya la habían hecho, pensaba Torgal mientras corría entre los árboles sin mirar ni siquiera en dónde ponía los pies. ¿Cómo era posible que todo se torciera de aquella manera?

El encargo era sencillo y de lo más habitual: encontrar a un hombre y matarlo. Lo habían hecho cientos de veces. Pura rutina. Les había costado un poco encontrarlo, pero las indicaciones iniciales fueron buenas y las preguntas realizadas en los pueblos cercanos habían sido certeras y discretas. Pronto se habían puesto en el camino correcto. Y esa senda les llevaba directamente a Narmanthia. Casi no podía creer la buena suerte que habían tenido cuando, nada más llegar, se tropezaron a las afueras del pueblo con su objetivo. Habían atacado como tantas otras veces, compenetrados como una ballesta bien equilibrada gracias a años de fechorías juntos.

Y entonces todo se había ido al garete. Nadie les había avisado de lo que el hombre de los ojos violeta era capaz de hacer. De todas formas habían conseguido doblegarlo, en parte gracias al factor sorpresa que con tanto éxito usaban habitualmente. Pero cuando parecía que estaba todo hecho, las cosas se torcieron aún más. Por poco no conseguía escapar de aquellas tres locas que habían salido de la nada. Pudo ver cómo mataban a Engörthel, su capitán, sin pensárselo dos veces, justo cuando iba a dar el golpe de gracia a su objetivo. Los sorprendidos habían sido ellos, y pronto Torgal se había dado cuenta de que una retirada a tiempo sería mejor que una muerte segura.

Era consciente de dos cosas de vital importancia mientras corría. La primera era que ahora estaba él a cargo del grupo, de los pocos supervivientes que quedaban. La segunda, que estaba muerto. Sí, había escapado con vida de la encerrona de las mujeres, pero sabía que si llegaba ante aquel que los había contratado con las manos vacías, estaría muerto de todas formas. En ese momento decidió que lo mejor sería

desaparecer para siempre. Thera era grande, había otros lugares donde empezar de nuevo.

Los pulmones comenzaron a dolerle y cada paso que daba le costaba un poco más respirar. Por fin, completamente perdido y agotado, se detuvo a tomar aliento. El chico que corría tras él a punto estuvo de golpearle, sorprendido por el repentino cambio de ritmo. También él se detuvo entonces, apoyando las manos sobre las rodillas y doblándose por la cintura para coger aliento.

Cuando hubo recuperado algo de aire, le preguntó a Torgal.

—¿Dónde estamos?

El aludido aún jadeaba cuando respondió.

—No tengo ni idea.

—¿Cómo que no tienes ni idea? —preguntó el otro casi a voz en grito—. Yo te seguía porque pensaba que sabías a dónde ibas.

—No grites, idiota, y recuerda que ahora estoy yo al mando. Estaré sin aliento, pero aún puedo cortarte esa cabeza de novato con solo un movimiento.

Torgal le sacaba al menos quince años al chico. Este se había incorporado al grupo solo unos meses atrás, y había demostrado mucha habilidad con el arco y la ballesta. Tenía la mirada aguda y el pulso firme.

El chico aceptó la sugerencia de Torgal y guardó silencio mientras se sentaba en una piedra helada. Su respiración agitada creaba densas nubecillas ante su boca.

—¿Dónde están los demás? ¿Solo quedamos nosotros?

—He visto a por lo menos tres más huir hacia el bosque —respondió el joven, Fergund—, pero no sé qué dirección han tomado. Si su sentido de la orientación es tan bueno como el tuyo, pueden haber acabado en cualquier parte. No sé nada de los demás.

Torgal hizo caso omiso del comentario y sacó de su petate un pequeño cuerno de madera de un marrón tan oscuro y gastado que casi parecía negro. La primera vez que intentó soplarlo apenas pudo insuflarle aire, lo que provocó la risa de su compañero. La segunda, tras coger una buena bocanada, sonó mejor. El cuerno lanzó un sonido grave y bajo, aunque no sopló demasiado fuerte. No quería llamar la atención si alguien los estaba persiguiendo. Unos instantes después, un segundo cuerno resonó en la quietud del bosque, algo más al norte.

—No están lejos, vamos.

Fergund se levantó y se puso en marcha tras su compañero mercenario.

—¿Solo vosotros?

Torgal no podía creer lo que estaba viendo. Del grupo inicial de quince hombres solo quedaban seis. En un principio, dada la naturaleza del encargo que habían recibido, Engörthel había querido llevar solo a cinco, pero el que los había contratado había insistido en que debían ser más. Y aún así no habían sospechado nada...

—Eskhortian también logró huir —dijo Argundis, el más viejo y feo de todo el grupo—, pero estaba herido y murió al poco rato. No me detuve a llorar por él —quería ser un comentario jocoso y mostró una media sonrisa para demostrarlo, pero nadie le rio la gracia.

—Ya no podemos hacer nada —dijo Torgal sin hacerle mucho caso—, debemos seguir. Quizás nos persigan, y no tengo ganas de volver a encontrarme con esos —dijo esto señalando hacia atrás con el dedo gordo por encima del hombro—. Juntos podemos seguir trabajando, pero no volveremos a la ciudad. Si aparecemos por allí sin haber cumplido el encargo, estamos muertos.

Aunque sucios y algo desastrados, aún seguían pareciendo peligrosos. Torgal y Argundis estaban ataviados con cotas de malla algo oxidadas y espadas largas de buena factura. Fergund y Heloas, eran arqueros y vestían petos de grueso cuero y botas altas del mismo material, armados con un arco largo el primero y una robusta ballesta el segundo. Pero este presentaba una fea herida en el brazo izquierdo que le incapacitaría para usarla durante un tiempo. Para sustituirla, lucía colgada del cinto una vieja espada corta, gastada y de poco filo.

Por supuesto, de los caballos con los que llegaron a la aldea no había ni rastro.

—Pongámonos en movimiento —dijo Torgal—, quiero alejarme de aquí lo más posible.

La tarde caía con rapidez y sus pasos a través de la nieve que cubría el suelo del bosque eran más lentos de lo esperado. Cuando quisieron darse cuenta, ya la noche se les había echado encima.

—No es buena idea caminar de noche con esta nevada —dijo de pronto Argundis mirando al cielo casi negro—. Hará mucho más frío a medida que pasen las horas. Paremos.

Todos estuvieron de acuerdo, así que buscaron un sitio resguardado donde sentarse a descansar. Les costó un buen rato, ya que el bosque era muy llano y los árboles no demasiado grandes, pero lograron dar con un saliente rocoso en la base de una pequeña colina que les ofrecía el resguardo suficiente para evitar lo peor de la ventisca que podría levantarse durante la noche.

Cuando Fergund sacó la yesca y el pedernal y se levantó con intención de ir a buscar leña, Torgal lo detuvo con brusquedad.

—¿Qué crees que haces? No vamos a encender fuego.

Los otros lo miraron como si vieran un fantasma.

—No pretenderás pasar una noche aquí sin fuego, ¿verdad? Esas montañas —señaló hacia el oeste, aunque ya no se veía nada en la oscuridad—, son las Gangheroth, si el viento se levanta y baja por esas faldas, moriremos antes de saber que nos estamos congelando. Tenemos que encender un fuego como sea, aunque sea la mismísima muerte la que nos persiga.

Torgal no supo qué responder a eso y Fergund se alejó un poco tratando de encontrar algunas ramas lo suficientemente secas como para que prendieran.

—Pues sí que es buena —se quejó Torgal haciendo un mohín—, si tenemos suerte y no nos morimos de frío, nos encuentra ese brujo loco y nos convierte en ratones.

—Contra el brujo podemos pelear —adujo Argundis sombrío y arrebujándose en su capa—. El frío no te dará la alternativa.



El rastro casi había desaparecido por culpa de la nieve caída desde el momento en que los supervivientes del ataque habían huido. A pesar de que Ondriva era una excelente rastreadora, les costó mucho no perderse. De hecho, llegaron a seguir una pista equivocada en dos ocasiones, por lo que perdieron un tiempo precioso en volver sobre sus pasos para recuperar el camino correcto. Además, la búsqueda tenía especial dificultad dado que los hombres habían huido a lo loco, sin una ruta determinada, por lo que sus pasos eran erráticos e imprevisibles. La única ventaja que tenían era que esa misma indeterminación hacía que no hubieran tenido cuidado con sus pasos y que fueran quebrando hojas y ramas en la carrera. De no ser por esto, si hubieran tenido que guiarse únicamente por las huellas, ya habrían tenido que desistir debido a que la nevada había cubierto ya la mayor parte de ellas.

Árgoht observaba alternativamente al cielo, cada vez más gris y descargando copos más y más gruesos, y a Ondriva que los había hecho detenerse intentando decidir si la rama rota que tenía frente a su nariz había sido quebrada por un animal o por sus perseguidos. El dolor de la pierna lo estaba atormentando y había tenido que apoyarse en el tronco de un árbol para descargar el peso de ella. Había usado algunos sencillos hechizos que le exigían poca concentración para aliviarle el dolor y acelerar la curación, pero no habían tenido mucho éxito. A pesar del intenso frío reinante, sentía una gota de sudor recorriendo su columna bajo la camisa, el peto de cuero y la pesada capa de piel.

No sabía hasta qué punto podía confiar en aquellas mujeres, pues aún no tenía claras sus intenciones. Sabía que perseguían a los hombres que le habían atacado, pero no habían dicho nada más. Si ese hombre, Nerak, los había enviado a por él, necesitaba saber cuál era el motivo. No recordaba haberse cruzado nunca con nadie que ostentara ese nombre o el emblema que Kleria le había mostrado, así que no

podía adivinar qué motivos podía tener para atacarle. También era posible que el asalto tuviera alguna otra finalidad ajena a las intenciones del hombre que los contrató. Era muy común entre los mercenarios hacer varios trabajos pequeños al mismo tiempo. Quizás habían decidido hacer un alto en su camino para asaltar y robar a un hombre que pasea tranquilamente con una anciana, un objetivo muy tentador para unos bandidos. En cualquier caso, el meledino estaba dispuesto a encontrarlos y extraerles las respuestas del modo que fuera necesario. Habían asesinado a su madre, una mujer inocente cuyo único delito había sido encontrarse en el lugar menos adecuado, y eso era algo por lo que tendrían que responder, con sangre si era necesario.

—Creo que es por aquí —dijo por fin Ondriva poniéndose en pie.

—Esta vez tienes que estar segura, hermana, no podemos perder más tiempo siguiendo un rastro falso.

—Las ramas están quebradas bruscamente y no hay restos de pelo, ni escamas, ni plumas de aves, así que quién lo hizo no tenía ninguna de esas cosas. Ha sido un ser humano. Y los únicos que han podido provocarlo son nuestros amigos. ¿Crees que es una buena deducción?

Kleria miró a su compañera con el ceño fruncido y Árgoht supo que estaba intentando decidir si responder a la provocación o pasarlo por alto. Finalmente, bajó la cabeza y sin decir nada, se puso en marcha siguiendo la dirección que había sugerido Ondriva. El hechicero vio en aquel pequeño intercambio muestras del cansancio que debía pesar en las mujeres si llevaban persiguiendo alguna pista sobre ese Nerak tanto tiempo como decían. La frustración era un peligroso enemigo, casi más que la espada en manos de un guerrero. Es un sentimiento que provoca nerviosismo, inquietud y desconfianza entre un grupo de personas por muy unidas que estén. Árgoht lo había visto en otras ocasiones. Si no se evaporaba rápido el motivo de la frustración, las cosas podían ponerse feas.

Sin embargo esta vez el rastro se mostró con claridad durante algún tiempo y el clima entre las mujeres se relajó. Llevaban ya casi todo el día en el bosque, y pronto tendrían que detenerse a descansar. La noche caía con rapidez y las temperaturas lo harían más rápido aún.

Pero la noche cayó sobre el bosque antes de que hubieran alcanzado al grupo de hombres. Kleria se detuvo entonces, escudriñando las sombras.

—No podemos seguir en la oscuridad. Nos perderíamos de nuevo.

Pero Árgoht pareció no escucharla y avanzó aún algunos metros más. Él no era explorador, pero podía ver bajo la luz de la luna casi tan bien como si fuera de día.

—Árgoht, ¿dónde vais? No podemos seguir a oscuras.

Pero el hechicero había visto algo. Con un gesto de la mano, ordenó silencio. En efecto, unas decenas de metros más al este comenzó a brillar un punto de luz, pequeño al principio, que fue creciendo por segundos. Era una hoguera.

Árgoht hizo un gesto para que Kleria se acercara.

—Ahí están —dijo ella en un susurro cuando llegó a su altura—. Los hemos alcanzado.

Con sumo cuidado, los cuatro se bajaron de sus caballos y los amarraron. La misma nevada que hasta ese momento les había perjudicado borrando huellas ahora les ayudaría a llegar hasta ellos con el máximo sigilo. Aún así, sin que nadie dijera una palabra, Ondriva se adelantó, silenciosa como un felino mientras los demás se ocultaban entre los árboles. Desde su posición vieron cómo la pequeña zághera llegaba a escasos metros de la hoguera y se detenía a observar.

Unos instantes más tarde estaba de regreso junto a ellos.

—Son seis, y dos de ellos están heridos, aunque no de gravedad. Se han refugiado entre unas rocas, por eso han conseguido encender una hoguera a pesar de la nevada. Deben haberse detenido hace poco, pues están aún despiertos.

—Perfecto —dijo Árgoht—, vamos. Será fácil.

—Vos no vendréis —dijo Kleria muy seria poniéndole la mano en el pecho.

El meledino se detuvo, impactado por la sorpresa. Hacía mucho tiempo que nadie le hablaba de esa forma. Su mirada se volvió más fría que la noche que los rodeaba cuando miró a la mujer. Esta, sin embargo, le sostuvo la mirada sin amedrentarse.

—¿Quién lo dice? —preguntó Árgoht controlando la furia que quería abrirse paso en su pecho.

—Yo lo digo. Y tengo buenas razones. La primera, es que vos estáis herido, y esto provoca que perdáis toda vuestra ventaja como hechicero. He observado que os cuesta concentraros incluso para curaros a vos mismo. Si no podéis hacerlo estando sereno y relajado, menos aún en el fragor del combate. Por la misma razón, no estoy segura de que podáis manejar vuestra magnífica espada con la habilidad que presenciamos antes de ayudaros en Narmanthia. Nos estorbaréis.

El tono de Kleria no dejaba lugar a dudas y, aunque a regañadientes, el hechicero tuvo que reconocer que tenía razón. Además, las otras dos mujeres asentían en silencio dándole la razón a su compañera. No tenía nada que hacer. Tendría que quedarse mirando cómo se desarrollaban los acontecimientos, algo que detestaba profundamente.

La mirada furiosa desapareció de sus ojos y suspiró. Quería vengar a su madre, pero tenía que reconocer que no estaba en las mejores condiciones. Ellas lo harían por él.

—Estamos hechas para esto —intervino Hertania mientras sacaba su espada larga, una preciosa hoja decorada con infinidad de motivos como hojas y ramas finamente talladas. Al mismo tiempo, Kleria sacaba una exquisita espada larga y Ondriva extraía de su bolsa un cinturón del que colgaban una docena de pequeños y ligeros cuchillos. Además, se ajustó las vainas de dos espadas cortas tan hermosas como la de Kleria. Las tres disponían de un arco largo, unas hermosas armas de madera blanca de ricas tallas que llevaban colgadas del hombro.

Árgoht se apartó un poco de las mujeres y se apoyó contra una roca. La pierna le

ardía muchísimo y no pudo evitar una mueca de dolor. Las zágheras se reunieron en un círculo para decidir la estrategia y se pusieron en marcha. Era consciente del desprecio que ellas parecían sentir hacia él, aunque estaba seguro de que se controlaban, quizás recordando lo que era capaz de hacer. Serían orgullosas, pero no estúpidas. No se enfrentarían a él solo por el legendario odio de las zágheras hacia los hombres, un desprecio profundo, muy arraigado en su cultura y sus corazones.

Árgoht había escuchado muchas historias sobre esas mujeres, casi todas exageraciones y leyendas, pero ahora las veía actuar y eran impresionantes. Se movían al unísono, sin hacer el más mínimo ruido al avanzar por la nieve. Controlaban tan bien sus movimientos que conseguían evitar que la luz de las estrellas se reflejara en las hojas de sus armas. En unos segundos estaban perfectamente camufladas entre las sombras de los árboles de tal forma que incluso a él le costaba distinguirlas.

Aquellas mujeres no eran leyendas, pero sus actos sí podían llegar a serlo.

Árgoht se relajó, sentado en la piedra y frotándose la pierna herida en un vano intento de mitigar el dolor. Se quitó la capucha para permitir que la nieve acariciara su rostro, derritiéndose un instante después de entrar en contacto con su oscura piel, que sentía caliente por la fiebre.

Después de tantos años de viajar, de luchar, de sufrir las más variadas heridas y seguir adelante, Árgoht se había puesto enfermo por primera vez en su vida.



Tres días después, el mismo desfile que Kreón viera llegar a Quindarst, abandonaba la ciudad. Era un réplica exacta de aquel momento, solo diferente por la dirección que seguía el estrafalario carro que portaba a Marsila de Clem. Habían despedido a sus invitados con otro banquete y con una serie de representaciones de diversos artistas quindu. A Kreón le pareció una ceremonia mucho más amena y divertida que aquel otro celebrado con motivo de la llegada de la comitiva, pero sabía muy bien que se debía al diferente estado de ánimo con el que había afrontado uno y otro. Tres días atrás todo era incertidumbre. Ahora todo era júbilo. Aún no se le había anunciado a la población la oferta que Kreón le había hecho a Marsila pues habían decidido que ambos pueblos tenían derecho a saberlo al mismo tiempo. Por lo tanto, lo que se sabía hasta el momento era que la reunión había sido satisfactoria y que la paz estaba más cerca que nunca. Era suficiente motivo para que la gente estuviera contenta.

Pero a pesar de su satisfacción, Kreón estaba aliviado de que hubieran acabado aquellos tres días que se le habían antojado interminables. Estaba harto de falsas sonrisas, de comilonas y de aguantar a consejeros impertinentes. Además, estaba la propia Marsila. Quería alcanzar la paz con ella sobre todas las cosas, pero no la soportaba. Era una mujer arrogante e intempestiva que tenía la fea costumbre de mirar por encima del hombro. En el fondo de su corazón, tenía la certeza de que acabaría jugándosela, pero cada vez que lo pensaba se recriminaba a sí mismo y trataba de apartar esos negros pensamientos.

Cuando el Bastión del Este se cerró tras la comitiva clemhita, Kreón, junto a su esposa y sus hijas, entraron de nuevo en la fortaleza. Tuvieron que traspasar el arco principal, La Puerta Soberana, para acceder al núcleo central, donde se encontraban las Tres Torres. El conjunto era impresionante, con las tres enormes estructuras rodeadas por otras seis que se intercalaban entre la muralla que rodeaba todo el

recinto, separándolo del resto de la ciudad. El edificio que albergaba los aposentos reales era la Torre del Rey, donde se ubicaban sus habitaciones privadas y las de sus hijas, así como una pequeña biblioteca personal, una pajarera, y algunas otras salas más a las que ni siquiera *Lady Fasila* había conseguido dar uso aún. Pero aquella no era la más grande del complejo, pues ese honor lo ostentaba la Torre del Trono, en la que se encontraba el salón de recepciones que tanto visitara el rey durante esos días, así como la armería y el despacho del monarca. Era un edificio imponente, pero el rey prefería su torre, más discreta y aislada. En la tercera, la Torre Gris, se encontraban las habitaciones para invitados, las mazmorras, los dormitorios del servicio y la magnífica biblioteca del reino. Debía su nombre al color de la piedra con la que había sido fabricada, a diferencia de las otras dos y todo el resto de las torres y murallas de la ciudad que eran de piedra amarilla. Nadie había podido dar una explicación a esa curiosidad arquitectónica.

Kreón entró, acompañado de su familia, en la Torre del Rey y enseguida la princesa Loena se lanzó hacia las escaleras para dirigirse a sus habitaciones, pero el rey la hizo detenerse.

—Loena —le dijo—, ¿puedes acompañarnos un momento a la biblioteca?

La princesa los miró algo sorprendida. Había esperado que todo hubiera acabado y que por fin pudiera desprenderse por un rato del protocolo, pero parecía que su padre aún tenía algo que decir.

Lady Fasila dejó a la pequeña Leicar con la aya y se dirigió junto a su marido y su hija mayor en dirección contraria a la de la escalera, hacia una gran puerta de madera maciza que daba acceso a la biblioteca.

La biblioteca de la Torre del Rey era mucho más pequeña que aquella que albergaba la Torre del Trono, pero aún así era admirable. Altas estanterías acogían centenares de tomos de las más variadas temáticas. Allí se encontraban aquellos por los que Kreón y su familia sentían especial predilección, y eran muchos.

En el centro de la sala, en una gran chimenea circular, crepitaba una poderosa hoguera que caldeaba toda la estancia. A su alrededor, varios sillones invitaban a descansar, coger un buen libro y olvidarse por un rato de la difícil tarea de gobernar.

Los tres se sentaron. El matrimonio en uno y Loena en otro individual frente a ellos. Aquello empezaba a extrañar mucho a la princesa.

«¿Habrían descubierto su relación con Vâhlere por fin? ¿Le obligarían a dejarlo?». Empezaba a ponerse nerviosa. Intentó controlarse.

—Loena —comenzó el rey en voz baja— ya eres una mujer adulta, ya tienes capacidad para entender ciertas cosas del gobierno de un reino.

—Sí, padre.

—Algunas veces es necesario sacrificar ciertas cosas, sobre todo personales, para mayor bien y gloria del pueblo. ¿Conoces bien las Guerras de Hermanos?

«¿Esto va a ser una lección de historia?», se preguntó la princesa.

—Las he estudiado a fondo con el maese Tendra. Conozco la historia.

—Bien, entonces sabes lo duras que han sido y la cantidad de amigos, padres e hijos que han muerto en ellas —Kreón se puso de pie, lo que despertó todas las alarmas en su hija. Significaba que aquello iba para largo—. Ha sido objetivo primordial de nuestra familia alcanzar la paz con Clemthan durante siglos, pero por unas razones u otras, ha sido siempre muy complicado. Ahora también, pero esta vez hemos encontrado algunos puntos de acuerdo que serán suficientes para lograr una tregua permanente, una hermandad definitiva que puede favorecer a ambos pueblos.

—Me alegro mucho, padre —dijo Loena dubitativa.

—Se va a firmar un nuevo Pacto de Hermanos, como ocurriera hace ciento cuarenta años, de nuevo en el Tir-Ergonian. Ya sé que el nombre no es muy original, pero lo importante es su trascendencia, y será un acontecimiento que pasará a los anales de la historia. Marcará la unión de dos pueblos poderosos y la Costa Gris estará bajo nuestro control absoluto y unificado.

—Entiendo —dijo Loena. Aunque en verdad apenas entendía nada. Sabía que aquello era importante, pero el tono en el que su padre lo estaba contando denotaba que había algo más. Lo que decía no era el fin, sino el preludio de algo que vendría después. Su madre la miraba también de forma extraña, con una sonrisa en su rostro difícil de identificar. Le recordaba un poco a su infancia.

—Tú vas a jugar un papel determinante en esta paz —continuó Kreón e hizo una pausa para observar la reacción de su hija.

Loena comenzaba a asustarse.

—¿Y cuál será ese papel? —preguntó sumisa.

El rey y la reina se miraron por un segundo y Loena entendió de pronto. La sonrisa de su madre había desaparecido y ahora se miraba las manos, enlazadas en su regazo. Y la princesa recordó que aquella sonrisa era la que le mostraba cuando tenía que decirle algo que sabía que ella no quería oír, como cuando le comunicaba que tenían que salir de viaje oficial dejándola a ella y a Leicar con la aya. Pero ya no era una niña, y solo había una noticia lo suficientemente mala para ella como para que su madre le mostrara aquella expresión. Por fin, su padre lo soltó.

—He acordado con Marsila una unión en matrimonio —los ojos de Loena se abrieron como si hubiera recibido una bofetada. Sus peores temores se habían confirmado—. Te casarás con el segundo hijo de Marsila, el príncipe Kleinan de Clem. Es un chico apuesto e inteligente...

Loena interrumpió a su padre.

—No puedo creer lo que estoy oyendo, padre. ¿Me estás hablando en serio?

Su padre bajó la mirada y la clavó en la hermosa piedra pulida del suelo sobre el que se erguía, justo tras el sillón que ocupaba *Lady Fasila*. Y eso fue suficiente respuesta.

—¿Por qué no me lo habéis consultado primero? —casi gritó la princesa.

—No podíamos —fue la respuesta de su madre, pero pronto se arrepintió de haberlo dicho, pues la mirada feroz de su hija se había clavado ahora en ella.

—Soy vuestra hija, ¡claro que podíais!

—No hasta que no estuviera decidido, y no grites. Compórtate —continuó el rey.

—¿Qué me comporte, padre? ¡Habéis concertado mi matrimonio con un niño de doce años que ni siquiera es el primogénito! ¿Cómo debo sentirme?

—Necesitamos que lo entiendas. Tu hermana se casará con Theronar.

Ahora sí que Loena estaba anonadada de verdad. Había comprometido también el futuro de Leicar.

La princesa sintió cómo su furia se transformaba en decepción y se puso en pie de un salto.

—No puedo creer lo que habéis hecho. Nos habéis vendido a las dos.

—La paz tiene un precio, y este no es demasiado alto. Seguirás viviendo aquí y me sucederás en el trono como reina. No cederás el poder, pues Kleinan será rey consorte. Tú tomarás las decisiones. Y no te voy a permitir que actúes como una niña. Debes asumir tu papel en el reino. La historia te ha situado en una posición privilegiada por la que serás recordada siempre, y tu nombre se cantará en boca de los bardos durante generaciones. La paz está en tus manos.

Loena estaba cada vez más asombrada.

—¿Por qué me cargas a mí con ese peso?

—Es tu responsabilidad, y ya eres mayor para entenderlo y asumirlo.

—¡No! ¡No podéis casarme con quién vosotros deseéis! ¡Tengo derecho a elegir! El abuelo no te obligó a ti, ni su padre a él.

Loena no podía dejar de pensar en Vâhlere. En un segundo, todo se había echado a perder. Se había imaginado una vida feliz a su lado, a pesar de las dificultades que sabía surgirían de su unión. Su mente se había desbordado de sueños en los que estaba rodeada con los hijos que él le daría, y más tarde, con sus nietos. Ahora todos se rompían en un segundo.

—Eran otras circunstancias —fue la respuesta de su padre.

—¡No! —gritó de nuevo la chica—. ¡Me niego! ¡No lo aceptaré!

Dicho esto se dio la vuelta y echó a correr en dirección a sus aposentos con los ojos llenos de lágrimas.

Kreón la llamó a gritos, pero su hija no le escuchaba y no detuvo su carrera. Cuando se disponía a ir en pos de ella, sintió la cálida mano de su esposa sobre su brazo y se contuvo.

—Déjala —murmuró ella con voz cansada—. Dale tiempo para asumirlo. Es solo una niña, y necesita ser consciente de su responsabilidad.

Kreón miró a su mujer. Ella estaba serena, o eso aparentaba, al contrario que él. La conversación, la actitud de su hija... No le gustaba enfrentarse a ella, y eso lo había dejado muy inquieto.

Su mujer tiró de él para que se sentara en el sillón. A regañadientes, Kreón cedió. Bajo la cálida mirada de Fasila se fue serenando y notó cómo su angustia disminuía. Entonces ella le dio un abrazo, como cuando eran novios y tenían toda la vida por

delante.

—Lo entenderá —susurró la reina—. Lo superará. Lo hará por nosotros.



—Debemos dejar uno con vida —dijo Kleria en voz baja cuando las tres zágheras se reunieron, dejando al hechicero aparte. «Por lo menos», pensó, «se ha tragado su orgullo y lo ha aceptado dignamente». Había otra razón aparte del hecho de que Árgoht estuviera herido para dejarlo fuera del ataque. Aunque ella misma reconocía que podía ser útil para su búsqueda, no estaba segura de que fuera de fiar ni de si debían confiarle cuál era el objeto de esa búsqueda. Cuanto más tardara en saber sobre El Libro, mejor para ellas. Por ello, tenía la esperanza de poder interrogar a alguno de aquellos hombres antes de que apareciera el hechicero.

—No te prometo nada —dijo Hertania con una sonrisa pícara.

—Lo digo en serio. Ahora mismo, esos hombres repugnantes, que no usaría ni para limpiar mis botas, son la única pista que tenemos sobre el paradero del Despreciable. Contengamos el filo antes de rematarlos, pues tienen cosas que contarnos.

Dicho esto, se pusieron en marcha. Kleria echó un último vistazo al hechicero y vio lo que le costaba sentarse en una roca con la pierna herida. Parecía que le dolía mucho, y un mago dolorido quizás no fuera tan buena compañía como ella pensara en un principio. Tal vez tuviera que replanteárselo, pero tendría que ser más tarde. Sus dos compañeras ya se habían puesto en marcha. Como siempre, Ondriva abría la marcha examinando su entorno con exquisito cuidado, buscando posibles trampas. Detrás iban Hertania con su gran espada y ella misma con su arco dispuesto y una flecha cargada. Aquello iba a ser un juego de niñas. Cualquier alumna de Bedisha podría acabar con ellos sin ayuda, pero no podían arriesgarse. Harían las cosas bien para evitar sorpresas.

En unos minutos, llegaron al límite de la zona iluminada por la hoguera de los bandidos. Habían sido silenciosas como sombras y ninguno de ellos se había

percatado de su presencia. Ondriva hizo detenerse a sus compañeras mediante señas y Kleria dedicó unos instantes a observar a sus objetivos. Los seis hombres descansaban tras la huida. Se les veía mala cara y estaban ateridos por el frío de la noche. Dos de ellos estaban medio dormidos apoyados en las rocas que les cobijaban, mientras que otros dos velaban observando el bosque en actitud alerta. Kleria supuso que estos eran los más experimentados. Estos serían los únicos capaces de plantarles cara, pues de los otros dos uno estaba herido y ambos eran arqueros, lo que con toda seguridad reduciría sus habilidades en el cuerpo a cuerpo. Los dos restantes roncaban a pierna suelta a pesar de las difíciles circunstancias.

De nuevo con señas, Kleria indicó a sus compañeras quiénes serían los objetivos prioritarios y quién debía vivir para responder a sus preguntas. Una vez obtuvo la aprobación de ambas mujeres, tensó la cuerda de su arco y se dispuso a soltar su primer dardo.



Torgal no podía creer lo rápido y brutalmente que había bajado la temperatura. Si los inviernos eran siempre así por estas tierras, se alegraba mucho de vivir mucho más al norte, en las cálidas orillas del Mar del Ocaso. A pesar de llevar casi toda la ropa que tenía disponible, incluida la cota de malla, seguía teniendo frío, y la hoguera que en principio él no había querido encender era lo único que le calentaba la piel.

—El problema —le sugirió Argundis, más veterano que él y con el pelo entrado en canas, más acostumbrado a los inviernos duros—, es que los de tu país tenéis la sangre muy caliente. No estáis acostumbrados a un poco de aire que no provenga del mar.

—Tenemos otras cosas calientes, y por eso nuestras mujeres son tan fértiles.

Los dos hombres rieron por el chiste.

De pronto, el viento se desplazó en una ráfaga emitiendo un ruido peculiar, más agudo de lo habitual. Torgal reconoció el sonido enseguida y, para confirmar su temor, Argundis convirtió su risa en una tos con la que salpicaba sangre. Se había llevado las manos al vientre, donde sostenía una larga flecha gris que le había atravesado el abdomen y le asomaba por la espalda. Sin hacer ningún otro ruido que no fuera su sangre al borbotear en la garganta, cayó de lado y su cabeza se enterró en la nieve.

Torgal se puso en pie de un salto.

—¡Fergund! ¡Heloas! En pie ¡Nos atacan!

Pero ninguno de los dos hombres respondió a sus palabras. Entonces escuchó el sonido familiar de un filo al desenvainarse y una silueta saltó desde las sombras del bosque hasta situarse a tres metros de él. Sin mediar palabra, le lanzó una estocada con una espada corta que manejaba con gran agilidad. Torgal siempre había despreciado las armas pequeñas. Él prefería una buena espada larga, pesada y dura

que hiciera daño no solo con el filo sino también con el golpe, pero reconocía un arma magnífica cuando la veía. No necesitó sino un segundo, el tiempo que tardó en esquivar, para evitar el impacto y ver la luz de las llamas reflejada en la hoja, para apreciar que aquella era extraordinaria.

Superando la sorpresa, lanzó su propia espada contra su agresor, que repelió el ataque y se desplazó con velocidad felina para quedar de nuevo fuera de su alcance. A pesar de estar cubierto por una capa era evidente que su contrincante era una mujer. Rara vez había combatido contra una y casi siempre acababa en la cama con sus rivales, pero esta vez no sería así. Estaba seguro de que era una de las personas que había ayudado al brujo en la aldea. Les habían alcanzado, así que sus compañeras no debían estar lejos. En efecto, en uno de los giros de tanteo en el peculiar baile que mantenía con aquella mujer cuyos rasgos quedaban ocultos por la sombra que proyectaba su yelmo, pudo ver por qué ni Heloas ni Fergund habían respondido a sus palabras. Todos sus compañeros yacían muertos a los pies de otras dos mujeres, que parecían limitarse a observar una vez que habían cumplido su parte en lo que parecía ser un plan muy bien tramado o un enorme golpe de suerte.

Así pues, ahora lo superaban en orden de tres a uno. Aún así no podía rendirse. No sabía por qué aquellas mujeres los habían seguido y dado caza. El hechicero no estaba con ellas, y nadie parecía haberlas invitado al baile. Así que los motivos debían de estar por encima suyo, en aquel que los había contratado. Torgal era un hombre de mundo, y estaba convencido de que aquellas guerreras no hacían aquello por justicia. Tenían que tener un motivo importante para estar allí.

Pero a él lo único que le importaba era tener ocasión de huir. Aunque las dos observadoras no parecían tener interés en participar de la charla, no estaba seguro de poder batir a aquella hembra que se movía como una sombra. El viento arreció por un momento, agitando su pelo recogido en una cola. Sorprendentemente, se descubrió a sí mismo pensando cómo serían sus rasgos sin las sombras del casco.

La mujer le lanzó una finta hacia la izquierda que consiguió engañarlo mientras que con la mano libre le asestaba un puñetazo de lleno en la mandíbula que provocó que por un instante se le nublara la visión. Aunque a duras penas, consiguió bloquear el ataque posterior, más por instinto que a conciencia. Tuvo que retroceder varios pasos para conseguir alejarse de ella. Tenía que pasar al ataque si quería tener una oportunidad. Ella era muy rápida, pero él era más fuerte y debía usar eso como ventaja.

Recuperado del golpe que había recibido en el rostro, cogió aire y se lanzó a la carga. Blandió la espada intentando aprovechar la mayor longitud de su hoja. La mujer se vio ligeramente sorprendida por su arremetida, pero consiguió alzar su arma para desviar el golpe. Torgal golpeó con más fuerza aún. Esta vez sintió cómo el brazo de su contrincante cedía más con el impacto. Una tercera vez cargó, con todas sus fuerzas esta vez, viendo que tenía la opción de ganar el combate, pero enseguida se dio cuenta de que había cometido un error fatal. Un leve movimiento de la mujer

fue suficiente para quitarse de la ruta descendente del filo y con un suave empujón en las costillas le hizo perder el equilibrio y salir despedido a trompicones hacia delante hasta ir a chocar con un árbol. La espada se le cayó de la mano al tratar de evitar impactar de cara contra el tronco.

Cayó al suelo como un saco de patatas y se sintió como un estúpido incompetente. Vio cómo la mujer se acercaba de nuevo y sacaba del cinto una pequeña daga, apenas un cuchillo grande. Tratando de sorprenderla de nuevo, se dio la vuelta lo más rápido que pudo y se abalanzó con un grito contra su rival. Se enzarzaron en una lucha cuerpo a cuerpo en la que los puñetazos iban y venían. Sintió cómo el filo de la mujer cortaba su carne en varios puntos mientras que en otras ocasiones lo sentía impactar contra su cota de mallas. Su velocidad era asombrosa y él empezaba a cansarse. Fruto de este cansancio, levantó su arma un segundo demasiado pronto en el último ataque. Ella vio la oportunidad, la defensa abierta, e introdujo por ella la punta de la daga que él sintió penetrar por su abdomen y subir por las costillas. Había sido un golpe perfecto.

Sus dedos se debilitaron y dejó caer el cuchillo. Al llevarse la mano a la zona herida vio que manaba sangre con profusión. Las piernas le fallaron y cayó de rodillas sobre la nieve. Sintió los copos caer en su rostro cuando elevó la mirada para observar a aquella asombrosa guerrera que se le acercaba despacio. Le reconfortó sentir ese frescor en contraste con el terrible calor que comenzaba a subirle desde el vientre hasta la garganta.

La mujer se quitó el yelmo y Torgal pudo, por fin, ver los rasgos de quien había conseguido lo que hombres mucho más grandes y fuertes no habían podido.

—¿Quién te envía?

Torgal intentó responder que aquello nada tenía ver con ellas, que no sabía qué hacían allí, pero de su garganta apenas salió un gemido.

La mujer se agachó frente a él y no vio en su mirada ni odio ni placer en la victoria. Vio piedad.

—Dime lo que quiero saber y acabaré con tu vida rápidamente y sin dolor. La herida que te he infligido te hará agonizar un buen rato, pero yo puedo ponerle fin. Dime quién te ha enviado a por el mago.

Por un segundo, Torgal deseó poder contarle todo, ganarse la piedad que la mujer le ofrecía, pero entonces recordó las amistades que él poseía, aquellos que le otorgaban poder y temió la muerte más que el dolor. Él podría encontrarle y descubriría que había cantado. Entonces la eternidad será peor que la propia muerte.

—No... puedo —consiguió murmurar al tiempo que un esputo de sangre le surgía de la boca.

—¡Dímelo! ¿Te envía Nerak, verdad? ¿Dónde está?

Torgal sintió como si le hubiera golpeado con una piedra en la cabeza. Allí, a docenas de días de viaje, aquella mujer conocía su nombre. ¿Cómo era posible? En ese momento se sintió como lo que realmente era. Él, Engörthel y todos los demás no

eran más que peones, marionetas de un espectáculo mucho más complejo, y si alguno pensó por un solo instante que era de otra forma se había equivocado por completo.

Algo debió ver la mujer en su mirada moribunda, porque relajó el ceño en muestra de reconocimiento.

—Ha sido él —dijo dirigiéndose tanto a él como a sus compañeras, que se habían acercado también—. ¿Dónde está? ¡Debes decírmelo!

—No... puedo... —sentía cómo las fuerzas se le escapaban con cada palabra—. Piedad... por favor...

El dolor comenzaba a ser insoportable. Sentía miles de cuchillas desgarrar su piel mientras la vida se le escapa con la sangre que manaba de sus heridas. La mujer lo miró a los ojos y supo que iba a hacerlo. Le puso una mano en un hombro.

—Me llamo Kleria Hurgol, hija de Anteria, del pueblo de las zágheras. Ahora sabes quién te ha dado muerte. Búscame en el más allá para saldar deudas.

Sin una palabra más, Kleria clavó la espada en el pecho del moribundo, arrebatándole el último soplo de vida. Su cuerpo cayó muerto sobre la nieve.

—Podría haber dicho algo más, Kleria —le dijo Ondriva—, aún podría haber aguantado un poco.

Kleria se puso en pie mientras sacaba un trapo para limpiar de sangre la hoja de la espada y volver a guardarla en su vaina.

—No soy una torturadora.

—Seguimos sin ninguna pista —intervino Hertania—. Debimos dejar con vida a alguno de los otros.

—Ahora no sirve de nada lamentarse. Seguiremos buscando como hasta ahora. Empezaremos de nuevo.

—No hará falta —la voz del hechicero surgió clara de entre los árboles. Las ráfagas de viento, cada vez más fuertes, no parecían distorsionarla—. Sí ha dejado una pista.

Las tres mujeres se giraron en la dirección de la que provenía la voz y vieron como Árgoht salía de entre las sombras, cojeando visiblemente. Kleria se preguntó cuánto tiempo llevaría allí, observando sus movimientos sin intervenir. ¿Lo habría hecho si el combate se hubiera inclinado en su contra? ¿Habría salido en su ayuda? Nunca lo sabría.

—Ha muerto —replicó Hertania a la defensiva—. Nada nos dirá su cuerpo frío que no haya dicho su lengua caliente.

—Y sin embargo tiene algo que contarnos —replicó el meledino sin hacer caso del tono de la mujer.

Llegó hasta donde reposaba el cuerpo del mercenario y se agachó con evidentes muestras de dolor. Sabía que ninguna de ellas se agacharía por él, así que ni siquiera se molestó en solicitarlo.

Con un brusco tirón, desprendió del cinturón del muerto lo que parecía ser un amuleto. Consistía en un simple cráneo de un pájaro pequeño que mostraba dos pequeñas crestas óseas que partían de la parte alta de los ojos y alcanzaban los cinco o seis centímetros de altura hacia la parte posterior de la cabeza.

—Esta es vuestra pista.

—¡Un simple hueso de un pájaro! —casi gritó Hertania—. ¿Pretendéis reiros de nosotros, brujo?

Árgoht sintió cómo las palabras de la mujer le penetraban el corazón. Odiaba por encima de todo que lo llamaran así y clavó sus ojos violetas en los de la enorme zághera. Por un momento ella le sostuvo la mirada, pero finalmente acabó por ceder y bajar la vista hacia el cuerpo del hombre con evidentes muestras de desprecio. Se dio la vuelta y fue a reunirse con su compañera Ondriva, que se ocupaba de registrar los cadáveres de los otros dos mercenarios muertos.

—Perdonadla —intervino Kleria más calmada—, tiene un temperamento fuerte. Sin embargo no había error en sus palabras. ¿Cómo puede ayudarnos un hueso viejo en nuestra búsqueda?

Aplacado, Árgoht respondió.

—Este cráneo pertenece a una especie de *lethur* que solo vive en los húmedos bosques de las laderas de las montañas Urmak-oth, a unos días de viaje de aquí en dirección este. Eso nos da un lugar por donde empezar a buscar.

—¿Eso significa que vendréis con nosotras? Vuestra presencia podría ser de gran ayuda.

—No creo que ellas piensen lo mismo.

—Lo harán. Desconfían de todos los hombres, sobre todo de los que son más poderosos que ellas. Dadles tiempo. ¿Vendréis?

—Sigo sin saber por qué me perseguían y por qué ha tenido que morir mi madre. Iré.

—Bien —dijo Kleria. Aquel hombre la impresionaba. Gracias a las historias que le contaba su madre, ella no tenía tan arraigado el odio a los hombres, pero aún así tenía que hacer grandes esfuerzos por confiar en él. Si insistía en que viajara con ellas era porque reconocía en él un poderoso aliado cuando llegara el enfrentamiento final con Nerak el Despreciable.

—Kleria —llamó Ondriva de pronto. La guerrera se levantó y se acercó a ellos con un pequeño saco en las manos.

—¿Qué es?

—Este hombre era uno de los arqueros del grupo y tenía este saquito en uno de sus bolsillos.

—¿Y qué?

La mujer introdujo un dedo en el paquete y lo extrajo manchado con un finísimo polvo negro. Sin mediar palabra, lo acercó a la nariz de Kleria. El olor era tan desagradable, como a materia largo tiempo descompuesta, que dio un respingo hacia

atrás. Incluso Árgoht, a unos metros de distancia, pudo apreciarlo.
—Es veneno —respondió Ondriva—. Yo diría que de los fuertes.



Loena llevaba casi tres días encerrada en sus aposentos y cada vez que su padre o su madre se acercaban les gritaba que se fueran. Esa actitud, más que irritarle, apenaba a Kreón, que no había esperado una reacción así en su hija. Era cierto que a él se le había permitido elegir. Su padre nunca intentó concertar un matrimonio, aunque él se había enamorado muy joven de Fasila que, aunque no era princesa, sí era de familia noble. No había sido necesario buscarle esposa porque él encontró una muy pronto y con el total beneplácito de sus padres. Ahora se preguntaba si en el caso de que hubiera sido necesario, su padre le habría obligado a casarse contra su voluntad y si él lo hubiera aceptado o si por el contrario habría adoptado una actitud similar a la que ahora mostraba Loena.

Sabía que estaba bien porque sus damas de compañía le informaban cada día. Aunque apenas comía y lloraba con frecuencia, estaba bien de salud. Aún así, ella tenía obligaciones que atender, y era muy perjudicial para el reino que la princesa tuviera una pataleta escandalosa a la vista de todos, aunque nadie supiera el verdadero motivo.

Kreón comenzaba a perder la paciencia. El día había sido largo y estaba cansado. El sol se había ocultado un rato antes y solo deseaba llegar a sus aposentos y relajarse ante una buena copa de vino. Una vez más, se acercó a la habitación de la princesa. Golpeó con los nudillos en la maciza puerta de madera y esperó una respuesta, pero solo el silencio se hizo eco de su llamada.

Volvió a tocar al tiempo que cogía aire para intentar controlar su irritación. Aquella actitud no era propia de su hija. La habían educado con un buen sentido de la responsabilidad y el deber. ¿O es que habían hecho algo mal?

—Loena, abre ahora mismo.

De nuevo, el silencio. Kreón pegó la oreja a la puerta, pero nada. Había obligado

a marcharse a todos los presentes en los pasillos por si tenía que dar una voz para hacerse oír. No quería que hubiera decenas de testigos para llevar el chisme a cada confín del reino.

—Se me está agotando la paciencia. ¡Abre enseguida! —esta vez no tocó con los nudillos, sino que golpeó con el puño. El eco del golpe resonó unos instantes por el pasillo antes de desaparecer.

—No —la voz de Loena le llegó trémula, como en un sollozo, aunque claramente audible. Kreón se apaciguó un poco. Odiaba ver a su hija contrariada, le ocurría desde que era un bebé. Siempre había tenido que ser Fasila la que le negara las cosas, porque a él se le derretía el corazón cada vez que lo miraba con sus verdes ojos llorosos. Le resultaba muy difícil enfadarse con ella, pero en esta ocasión se estaba pasando de la raya. No negaba que tuviera motivos para enojarse, pero no podía comportarse como lo estaba haciendo. Era una princesa y tenía que aprender a guardar las formas.

—Princesa, abre la puerta. —El rey tomó de nuevo el tirador e intentó abrir, pero seguía firmemente trancada por dentro—. Sabes que no me gusta que cierres.

—Vete.

—No me iré hasta que no abras la puerta y hables conmigo.

—Ya dijiste todo lo que tenías que decir. Yo lo único que quiero escuchar es que revocas tu decisión sobre el matrimonio.

—Eso no puedo hacerlo —respondió el rey con un suspiro.

A esas palabras siguieron varios minutos de silencio en los que Kreón temió que su hija se hubiera encerrado de nuevo en el mutismo. Sin embargo, de pronto escuchó cómo se descorría el cerrojo y la puerta se abría para mostrar su rostro demacrado y su pelo descuidado. Kreón sintió que se le rompía el corazón.

—Eres el rey, así que puedes hacerlo si quieres.

—Las cosas no son tan sencillas. No todo se basa en mis deseos personales. Tengo que tener en cuenta muchas cosas más y tú lo sabes bien.

—¿Y qué pasa con mis deseos? —Loena estaba a punto de llorar de nuevo—. También tengo sentimientos, ¿sabes?

—Lo sé, cariño —Kreón sentía un casi incontrolable deseo de abrazar a su hija, consolarla y decirle que se retractaba de todo, que ella era aún más importante que el reino. Pero sabía que eso no era posible—. Llegarás a amar a Kleinan de Clem, ya lo verás.

Desde que las palabras salieron de su boca, supo que eran las equivocadas.

—¡No!

Loena rompió a llorar y cerró de nuevo la puerta en las narices de su padre. Este estuvo tentado de interponerse para que no pudiera hacerlo, pero desistió. No quería montar una escena de ese calibre y solo conseguiría empeorar las cosas. Debía dejarla reflexionar, que se diera cuenta de que aquella era la única salida posible, que la paz dependía de su aceptación...

En ese momento sintió un movimiento a su izquierda. Se giró bruscamente y se encontró con Arguedes, su asistente personal. Estaba sudando copiosamente y traía un trozo de pergamino en las manos que le ofrecía haciendo una torpe reverencia. Le temblaba la mano extendida.

—¿Qué haces aquí? Dije que todo el mundo se mantuviera lejos.

Arguedes titubeó.

—Lo siento mucho, alteza, pero creo que debéis ver esto.

Casi a punto de estallar de ira, Kreón cogió lo que el anciano le ofrecía. En un segundo, su ira se convirtió en la furia más feroz. Sin decir nada más, se dio la vuelta y se dirigió casi a la carrera hacia sus aposentos.



Loena no sabía cómo debía afrontar aquella situación. Llevaba tres días encerrada en su dormitorio sin ganas de salir ni hablar con nadie, y mucho menos con sus padres. Se sentía dolida por lo que ella consideraba una traición, una puñalada por la espalda. Tenía dieciséis años, sabía que estaba en edad de contraer matrimonio, pero siempre había estado convencida de que sería con alguien a quien ella amase, y no con un extraño impuesto por la política. Ella no era tonta, sabía que el mundo funcionaba de esa manera. Habían pasado por su ciudad multitud de invitados de su padre y muchos de ellos habían establecido matrimonios de esa clase. Ella había tenido oportunidad de hablar con algunas jóvenes parejas. Recordaba una conversación en concreto con una joven de una ciudad del sur, Mandeia, que le decía que cada noche era una agonía al pensar que un hombre completamente extraño para ella le pondría las manos encima. Se había echado a llorar solo de pensarlo y disfrutó de dos semanas de libertad en Quindarst, lejos de su marido y sus caricias repulsivas. Se habían hecho muy amigas y, al separarse, se habían llamado hermanas y se habían despedido entre lágrimas. Todavía seguían escribiéndose, aunque hacía tres años que no se veían y, aunque en sus últimas cartas le contaba que comenzaba a aceptar al hombre que era su marido, siempre le decía cuánto la envidiaba porque sus padres no la obligaban a casarse.

Recordando aquellas palabras, se apoyó en el alfeizar de la ventana y comenzó a llorar de nuevo.

—No lloréis más, os lo ruego —Yindala, su sirvienta personal y amiga, se acercó a su lado y la abrazó por la espalda. Aunque era unos años mayor que ella, tenían casi la misma altura. Tenía la piel clara y una larga melena negra y ondulada que le caía libre por la espalda. Los grandes ojos marrones se le cuajaron de lágrimas, conmovida por el dolor de la princesa.

Loena emitió un hipido quejumbroso.

—Es que no sé qué va a ser de mí. Amo a otro hombre y es con él con quien quiero envejecer.

—Lo sé, alteza, y no sé cómo aliviaros ese peso —la joven tenía una voz suave y amable que tenía la virtud de tranquilizar a Loena, pero esta se unió a su llanto y ambas permanecieron así, llorando juntas, hasta que la princesa se separó de la ventana y se secó el rostro con la manga del vestido. El sol, más allá de las murallas, comenzaba a esconderse reflejando su anaranjada luz en los verdes ojos de la muchacha, creando una peculiar combinación de colores.

—Tengo que verle —dijo entonces.

—Señora, habéis hecho bien en mantenerlo al margen —dijo Yindala preocupada—. Si vuestro padre os descubriera ataría cabos rápidamente.

—No me importa. Tengo que verle y hablar con él.

Loena esperó a que la luna estuviera bien alta en el cielo antes de salir. Había dejado que la chimenea consumiera sus llamas para dar más verosimilitud a su falso sueño. Yindala, siempre inseparable y cómplice, abrió la puerta despacio, intentando que nada crujiera. Se asomó al exterior y pudo comprobar que todo estaba tranquilo. Solo dos antorchas, una al principio y otra al final del pasillo, serían testigos de su paseo.

—Ahora, no hay nadie.

Loena se echó sobre los hombros una pesada capa negra con capucha y se cubrió el rostro con ella. Después salió al pasillo y su amiga cerró la puerta tras de sí con el mismo cuidado con el que la abrió. Sin dudarle un segundo, la princesa se puso en marcha, silenciosa como una sombra.

El recorrido hasta los aposentos de Vâhlere era peligroso, pues le obligaba a abandonar la Torre del Rey y dirigirse a la Torre Gris, atravesando el patio. Despistar a los guardias era siempre una aventura. Sin embargo, esta vez no estaba para juegos. Normalmente ideaba alguna argucia para distraerlos o simplemente les decía que quería salir a pasear, pero a veces los encontraba durmiendo apoyados en la pared y se limitaba a cruzar las puertas sin hacer ruido. En una ocasión, entró y salió de ambas torres sin que ninguno de los guardias dejara de roncar ni por un momento. Por supuesto, si ella hubiera contado a su padre aquello, los cuatro soldados, dos de la Torre del Rey y dos de la Gris, habrían acabado en la mazmorra. Pero eso significaba que tendría que explicar su presencia en el exterior a aquellas horas, algo que el rey no iba a aceptar de buena gana.

Cuando llegó a la planta baja encontró a los dos guardias en su puesto. Eran muchachos jóvenes y conversaban entre ellos sin preocuparse de que sus voces sonaran demasiado altas. En ese momento Loena dudó. Alguien le había comentado que la torre tenía una salida secreta, pero una vez estuvo dos semanas buscándola, mucho antes de que su aventura fuera siquiera un sueño, y no la halló por ninguna

parte. Por supuesto, no era algo que pudiera preguntar a su padre. Ahora no sabía cómo reaccionarían aquellos chicos, que no la conocían. En ocasiones, se había encontrado con guardias amigos que se habían compinchado con ella para que pudiera salir a pasear, pero hoy no tenía esa suerte. Aún así se dirigió directamente hacia ellos con paso decidido bajándose la capucha para que pudieran verle bien el rostro.

Los guardias escucharon pasos y se pusieron en guardia con un crujido de cota de malla contra el cuero, pero al ver y reconocer a la princesa, bajaron las lanzas que habían alzado e hicieron una reverencia.

—Buenas noches, alteza —dijo uno de ellos, el más alto—, perdonadme pero debo preguntaros a dónde vais.

Loena suavizó al máximo su rostro y dijo con la voz más dulce que pudo sacar de su garganta.

—No puedo dormir, y necesito dar un paseo. Pensaba subir a la muralla para ver la luna.

Los muchachos se miraron entre ellos sin saber muy bien cómo actuar.

—Tenemos orden de no permitir que nadie entre ni salga.

—¿Y ese «nadie» me incluye a mí?

De nuevo, los guardias se quedaron sin palabras. Nadie les había especificado nada al respecto de la familia real.

—Supongo que no, alteza, perdonad mi torpeza.

—No os preocupéis. Respeto a quienes cumplen celosamente con su obligación. Sobre todo si entre esas obligaciones están el silencio y la discreción.

Loena sabía que se arriesgaba mucho, pero tenía que evitar en la medida de lo posible que se extendieran rumores sobre sus salidas. No quería que llegaran a oídos de su padre, puesto que ya se había llevado más de una regañina por ello cuando era niña y ahora le pediría más explicaciones y le daría un sermón sobre la importancia de su seguridad y su responsabilidad. Solo de pensar en el rey su humor empeoró muchos puntos.

—Claro, alteza, podéis contar con ello.

—Estaba segura —respondió con una sonrisa mientras volvía a cubrirse la cabeza y salía al fresco de la noche. La brisa le reconfortó tras tres días encerrada, por lo que prolongó peligrosamente el trayecto a través del patio de tierra hasta la Torre Gris, cuyo acceso, por fortuna para ella, se encontraba orientado en la dirección opuesta a la del Rey. Había escuchado muchas veces quejarse a su padre de esa disposición, alegando que la más acertada habría sido que las tres puertas miraran hacia el mismo punto convergente del patio. Cuando comenzaba a hablar de eso ella se desconectaba de la conversación hasta que Kreón llegaba a la conclusión de siempre: no se podía hacer nada y el castillo era como era.

Loena sabía que la entrada en la Torre Gris sería mucho más complicada. Su presencia allí sí que levantaría rumores y preguntas, por lo que siempre tenía que

buscar la forma de acceder. Solo había ido allí tres veces antes de esa y, salvo una, había conseguido entrar sin que la vieran. En aquella ocasión, consiguió controlar sus nervios y se inventó la excusa de que quería ir a la pequeña biblioteca de que disponía la torre para buscar un tomo concreto que no podía encontrar en la Biblioteca Real. Por supuesto, al día siguiente tuvo que dar explicaciones a su padre.

Ocultándose en las sombras de una galería, observó por un momento a los guardias que tendría que superar esa noche. No pudo creer su suerte al ver que uno de ellos dormía plácidamente escondido en la penumbra de la arcada. El otro tampoco estaba demasiado espabilado, pero estaba despierto. Dedicó un buen rato a intentar encontrar un truco que sirviera para alejarlo lo suficiente de la puerta como para poder colarse. Había utilizado algunos en las otras ocasiones, pero se le habían agotado las ideas.

Entonces se le ocurrió la más peligrosa de todas. Llevaba puestas unas zapatillas de tela basta muy fina que apenas hacían ruido con sus pisadas. Con todo el sigilo que pudo, buscó dos piedras pequeñas y, arrancando unos hilos de su vestido, las amarró a sus pies. La galería que rodeaba el patio de tierra estaba adoquinada, lo que le sería muy útil en ese momento.

Caminó de puntillas hasta situarse a un lado de la torre, fuera de la vista del guardia, pero lo suficientemente cerca como para que la viera solo con asomarse. Entonces apoyó las piedras y comenzó a caminar con normalidad en dirección a la parte trasera del edificio. Como sospechaba, hacía un ruido lo suficientemente fuerte para que fuera audible en el silencio de la noche. Aún permaneció escondida en las sombras, pero comenzó a murmurar en voz muy baja.

—¿Quién anda ahí? —oyó preguntar al guardia. Loena sonrió de satisfacción. Siguió andando y susurrando hasta que escuchó cómo el guardia se movía y comenzaba a avanzar hacia ella. Seguía estando oculta por la oscuridad, así que tendría que guiarse por el oído. Pisó un poco más fuerte mientras aceleraba el paso.

—¡Alto! —dijo el guardia sin alzar mucho la voz. Loena supuso que no estaba muy seguro de lo que oía, por lo que no daría la alarma por miedo a quedar como un idiota si solo era un gato o el viento quienes emitían los ruidos. Sin embargo, pudo escuchar cómo aceleraba un poco el paso en su dirección. Ahora él también estaba bajo la galería, lejos de la puerta. En ese momento se quitó las piedras de los pies y comenzó a correr en silencio para alejarse todo lo posible del guardia. Había conseguido distraerlo, pero ahora necesitaba cruzar de nuevo el patio y llegar hasta la cara contraria de la torre y ello significaba exponerse a la luz de la luna. Se apoyó contra una gran columna circular de las que sostenían la galería y observó los movimientos del soldado. Estaba casi en sombras también, pero pudo ver que intentaba abrir las puertas que daban a las despensas y algunas cocinas. No podría estar segura de que no miraba en su dirección, así que tenía que arriesgarse. Esperó unos instantes, hasta que la luna se escondiera tras una nube que velara su brillo y salió al patio en dirección a la torre, lo más aprisa que pudo pero sin correr. Una gota

de sudor le corrió por la espalda. Si el guardia miraba, tendría que responder a muchas preguntas. Cada paso se le hizo eterno hasta que llegó al ángulo muerto que formaba la torre y quedó oculta por sus muros. Con un suspiro, pasó junto al otro guardia, que seguía profundamente dormido y se internó en las sombras de la Torre Gris. Sus manos temblaban de la tensión y temió que sus pasos resonaran demasiado fuertes, así que se escondió tras un enorme armario del vestíbulo y cogió aire varias veces hasta que su corazón se tranquilizó.

A su alrededor pudo ver el familiar vestíbulo en cuyo centro se alzaba la escalera de piedra que ascendía hacia los pisos superiores. Una enorme alfombra cubría casi por completo el suelo, lo que favorecía su discreción. Una vez hubo recuperado el aliento, se lanzó escaleras arriba, no sin antes echar un rápido vistazo para asegurarse de que el guardia no había vuelto a su puesto y que el otro seguía a los suyos.

Tres pisos más arriba estaban los aposentos de su amado. Llegó ante su puerta sudorosa y agitada, pero nerviosa y emocionada como cada vez que se encontraba en los instantes previos a encontrarse con él. Tocó con los nudillos y esperó, pero no obtuvo respuesta. Insistió, esta vez con un poco más de energía.

La puerta se abrió despacio.

Vâhlere escuchó el sonido de la puerta, pero pensó que era su sueño que seguía atormentándolo. Veía extrañas imágenes en su cabeza a las que no era capaz de encontrar explicación. Voces, susurros... Cuando despertaba se sentía angustiado y con terribles jaquecas. En ocasiones, despertaba más cansado de lo que se había acostado. Era como si alguien se introdujera en su cabeza y le hablara durante toda la noche sin dejarle dormir. Esa noche era algo así, y estaba agotado.

Aún así, se puso en pie y fue a la puerta.

—¡Loena! —Vâhlere temió que, en efecto, siguiera soñando—. ¿Qué haces aquí? Te he mandado mensajes con Yindala, ¿por qué no me has respondido?

—Le pedí que no me los diera. Necesitaba pensar.

La princesa entró en el dormitorio como una exhalación y Vâhlere cerró tras cerciorarse de que nadie los había visto. El pasillo de piedra gris estaba completamente a oscuras, salvo por la antorcha solitaria que permanecía encendida a unos metros de su puerta y la escasa luz de luna que conseguía entrar a través de las ventanas. Una vez dentro, Vâhlere encendió algunas velas. Después, se abrazó con todas sus fuerzas a Loena y juntos permanecieron un buen rato. Estaba despierto y, si no lo estaba y aquello era fruto de su imaginación, esperaba no despertar aún. El dolor de cabeza, aquella pulsión que se había instalado en su sien, no desaparecía.

—No sabía qué pensar. Como no sabía nada de ti llegué a la conclusión de que tu padre había descubierto lo nuestro y que te había encerrado, o algo similar. Estaba asustado.

—No sabe nada, Vâhlere.

—No sabes cuánto me alegro —besó a la princesa en los labios. Tras unos instantes, ella se separó de él haciendo un gran esfuerzo. Quería permanecer allí, abrazada a él todo el tiempo del mundo.

—Es peor de lo que piensas.

—¿A qué te refieres?

—La alianza que mi padre le ha ofrecido a Marsila de Clem para alcanzar la paz... —Loena dudó un momento mientras sentía que las lágrimas volvían a sus ojos.

—¿Si? —Vâhlere le puso la mano en la barbilla y la obligó a alzar la mirada hacia él. Ella lo hizo a duras penas.

—Será mediante un matrimonio concertado.

Loena se quedó esperando la respuesta del joven pero no se mostró sorprendido por la noticia, al contrario de lo que ella esperaba.

—Ya lo sabía —dijo él abatido.

La princesa necesitó unos segundos para asimilar sus palabras.

—¿Cómo que ya lo sabías? ¿Cómo podías saberlo?

—Hace tres días que no hablamos, así que aún no lo sabes. Tu padre me ha nombrado Consejero para sustituir a Trêmoneas mientras esté convaleciente. No había tenido oportunidad de contártelo, con el jaleo que ha habido estos días. Estuve presente en la reunión en la que el rey le comunicó la oferta formalmente a Marsila de Clem.

Loena se alejó unos pasos de su amante.

—Lo sabías... ¿y no me dijiste nada?

—No he podido acercarme a ti. La Torre Gris ha estado llena de la gente de Clemthan. Eran demasiados como para intentarlo siquiera.

—¡No me lo puedo creer! ¿Es que todo el mundo a mi alrededor piensa traicionarme? ¡Podías haberme enviado una nota con Yindala! Si le hubieras dicho que era importante ella habría insistido en dármela.

—Baja la voz, por favor. Era demasiado peligroso, amor mío —Vâhlere intentó acercarse a ella, pero la joven se apartó de él—. En estos días no he deseado otra cosa que no fuera verte para contártelo, pero no he tenido ni un segundo de paz. El Consejo se ha reunido todos los días para tratar los términos del acuerdo. No está aún firmado, falta la confirmación definitiva de Marsila. Como secretario, he tenido que estar presente en todas las conversaciones para dar fe de ellas.

Loena se dio la vuelta para ocultar sus lágrimas y se dirigió a la ventana. En aquel llanto estaban contenidos todas sus frustraciones y sus miedos.

Vâhlere abrazó con fuerza a Loena por detrás. Lo hizo muy despacio por miedo a que ella lo rechazara, pero ella se dejó y se dio la vuelta para enterrar el rostro contra su pecho. Aquello iba en contra de todo con lo que había soñado, de tantos planes... Todos echados a perder.

Permanecieron así, en silencio, un buen rato.

—No quiero casarme con otro que no seas tú —dijo ella—. Entiendo que mi

deber es para con el reino, pero no lo puedo aceptar. ¡No es justo!

—Quizás si lo hacemos público, Kreón se apiade... —dijo él.

—Lleva toda su vida persiguiendo una tregua con Clemthan, no desperdiciará la ocasión ahora que la tiene tan cerca.

Vâhlere no supo qué responder. Se limitó a abrazar de nuevo a la joven, besarla y acariciarla. Consiguió que Loena dejara de llorar y le enjugó las lágrimas con la manga de la camisa.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó a su amante.

—Ya se nos ocurrirá algo... —pero Vâhlere sabía que había muy poco que ellos pudieran hacer.

Ella respondió con dulzura a sus atenciones y la conversación terminó por el momento. Loena cogió a Vâhlere de la mano y lo llevó hasta la cama, ya más serena.

—Ahora te necesito más que nunca —musitó mientras le besaba en los labios con firmeza.

Vâhlere gimió cuando una punzada le atravesó los ojos.

—¿Estás bien? —le preguntó Loena—. Estás muy pálido.

—Estoy bien, es que me duele la cabeza.

Vâhlere ignoró el dolor y abrazó a la princesa. Como si fueran una única persona, se enredaron entre las sábanas aún calientes y dejaron que las lágrimas se mezclaran con el sudor y que la angustia se convirtiera en pasión. Entonces, todo dejó de existir: Kreón, Marsila, Kleinan...

Hasta el tiempo dejó de tener importancia.



Hay muy pocos hechiceros en Thera. Esto lo descubrió Árgoht desde muy joven, cuando ya sabía que algo en él era distinto, cuando aprendió que dormir era innecesario y que La Madre le hablaba con mayor claridad desde la extrema concentración. Cuando entraba en *gehvaal* para recuperar su cuerpo y recargar la energía perdida, se abría ante él un nuevo mundo, oculto para todos los demás, uno en el que todo tiene importancia, todo está interrelacionado y cada vida tiene su valor y trascendencia. Era en esos momentos de comunión con La Madre cuando recibía gran parte del conocimiento que necesitaba. Aún hoy, ella le habla de formas muy distintas. Utiliza metáforas, visiones, acertijos... Cada nuevo conocimiento requiere un gran esfuerzo y, una vez Ella se lo ha facilitado, es su deber desentrañarlo, practicarlo y mejorarlo en la medida de lo posible.

Pero, por muy poderoso que fuera y por muchos conocimientos que Ella le hubiera proporcionado con el paso de los años, sus poderes estaban limitados. La Madre era una fuerza terrenal y era de la propia Thera de quién él extraía su energía. Podía convertir agua putrefacta en pura y cristalina, podía cambiar el clima y manejar la luz a su antojo... Pero no podía curar. Los conocimientos necesarios para poner en práctica esos hechizos no le eran revelados. Apenas conocía algunas palabras básicas con las que podía ayudar a cerrar una herida o combatir una infección y, cuando lo hacía, el consumo de energía que le exigía lo dejaba agotado. La sanación era algo extremadamente delicado y solo había conocido a un mago que la practicara. Había personas dotadas de cierta capacidad de sanación, pero sin ser hechiceros propiamente dichos.

Por ello, cada vez que Árgoht intentaba ayudar a su cuerpo a combatir el sufrimiento, el efecto que conseguía era mínimo en comparación con el gran esfuerzo que le suponía. Además, el agotamiento posterior no hacía sino debilitar su

resistencia al propio mal. Finalmente, decidió dejar de intentarlo y confiar en que su cuerpo fuera capaz de sobreponerse, aunque parecía que aquello iba a alargarse. La herida supuraba un feo líquido blancuzco y el dolor en ocasiones se volvía insoportable.

Aún así, apenas se le veía quejarse mientras montaba a *Karzan* en dirección oeste, hacia la región de Turmhan. Si no recordaba mal, era una zona algo despoblada con aldeas pequeñas desperdigadas por las faldas de las Urmak-oth e inmersas en el Tir-Alôn. La capital era Lúrmanis, una pequeña ciudad amurallada a la orilla del río Gâlon de gran interés comercial por estar situada a la entrada de las Llanuras Azules desde el oeste y ser la primera parada de la ruta comercial que cruzaba la planicie. Aparte del comercio y lejos de los mercados, sus habitantes originarios vivían en paz de lo que les daba la tierra, cultivando los campos y pescando en el lago Lúrman. Era buena gente que no molestaba a nadie.

Cuando Árgoht les contó todo esto a sus nuevas compañeras de viaje, se limitaron a asentir.

—Si son gente tan apacible, un grupo de mercenarios pendencieros no debió pasar desapercibido —Kleria se mostró muy animada.

De aquello hacía ya casi dos días, y él no se sentía nada optimista.

Había vuelto a Narmanthia tras la escaramuza de Kleria y sus compañeras para asegurarse de que su madre había sido enterrada y había cerrado su casa a cal y canto. No disponía de tiempo para ordenar, así que tendría que volver en otra ocasión. Nunca se habría imaginado que la muerte de su madre le fuera a dejar aquel extraño vacío que sentía en el pecho. Necesitaba comprobar si podría llenarlo con sangre. Sabía que el camino hasta Lúrmanis sería especialmente duro para él, pero si ese Nerak al que las zágheras buscaban era en verdad un hechicero, quizás supiera lo necesario para sanarle. Si no, tal vez tuviera el antídoto para el veneno que le corroía la pierna. Si no era así, si la ponzoña era algo propio del arquero mercenario, podía darse por muerto o rezarle a la Madre porque hiciera que algún Pastor se cruzara en su camino.

En cualquier caso, Árgoht necesitaba un acontecimiento excepcional para salvarse, y no parecía que fuera a producirse pronto. Y es que el meledino sentía cómo el veneno le iba enfermando la pierna, casi podía escuchar el sonido de sus músculos al anquilosarse, y oler el hedor de su piel al pudrirse. No se lo había dicho a las tres mujeres, pero debajo de la venda el aspecto de las laceraciones no era nada prometedor: la piel alrededor de la herida se estaba poniendo negra y comenzaba a apestar. Además, nuevas úlceras aparecían en zonas antes no afectadas, sangrando y deteriorándole aún más la función motora de la pierna. Si el progreso del mal continuaba a ese ritmo, en unos días no podría caminar. Quizás con su magia consiguiera retrasar el proceso, pero tarde o temprano, si no encontraba una solución, aquel veneno le mataría.

El ritmo de los caballos era bueno y viajaban casi sin descanso. Aunque los

animales de las zágheras, fuertes y de constitución recia, eran formidables y más jóvenes, el veterano *Karzan* superaba su falta de energía con una mayor resistencia. El animal de Kleria era *Bonder*, un ejemplar alto y poderoso, marrón oscuro salpicado de manchas blancas con las crines largas amarradas en elaboradas trenzas. La montura de Hertania se llamaba *Tarsion* y era negro, enorme y de patas gruesas y peludas, un animal digno de una guerrera. El de Ondriva se llamaba *Fesdar*. Era gris oscuro con manchas negras, más bajo que los otros dos, de aspecto más delicado pero más ligero y veloz.

Al contrario de lo que el meledino acostumbraba a hacer, casi todo el trayecto lo efectuaban de día, pues las zágheras no eran muy amigas de la noche, y desconfiaban de la falta de luz. Árgoht, encontrándose en clara inferioridad numérica, no podía discutir ninguna decisión.

Tras dejar atrás Narmanthia, el viaje en dirección oeste les había llevado a atravesar el Tir-Erois, el bosque que rodeaba la ciudad y que Árgoht conocía como la palma de su mano. Dejaron atrás la ciudad de Ändur y se encontraron inmersos en las Llanuras Azules, llamadas así por el extraño color que la hierba que allí crecía adquiría al amanecer. Árgoht había oído alguna vez que tenía ciertas propiedades que calmaban el dolor, pero las cataplasmas que se hizo con ellas no le hicieron el menor efecto. Eran una enorme extensión de tierra completamente llana, sin colinas ni montañas, cuyo único accidente orográfico de importancia era la brecha abierta justo en su centro por el río Man-Êrgolon, cuyo caudal corría ancho y lento, permitiendo una fácil navegación que lo había convertido en una importante ruta de comercio entre el norte y el sur del continente. La vegetación estaba formada por algunos árboles achaparrados, muy escasos y débiles que aportaban poca sombra. Solo algunos afloramientos rocosos proporcionaban cierta sombra a los viajeros en las horas en que los rayos del sol eran más inclementes.

Sin motivos para esconderse, habían tomado la Ruta de la Llanura, que era el principal camino que atravesaba la planicie, aunque tuvieron que abandonarlo en el momento en que este comenzaba a desviarse notablemente hacia el sur, pues ellos necesitaban seguir dirección oeste.

El sendero se desviaba justo después de un enorme puente, construido con grandes bloques de piedra blanca, que salvaba la gran anchura del río gracias a tres ojos con sus impresionantes columnas, en cuyas bases se acumulaban restos de árboles y maderos que la corriente arrastraba lentamente en dirección sur. Sus pilares estaban ricamente decorados con infinidad de motivos en bajorrelieve y, aunque muchos de ellos estaban desgastados debido al paso de los siglos, seguían conservando su belleza. El puente no solo era largo, sino que también era muy ancho. Al formar parte de las rutas comerciales, estaba preparado para que sobre él cupieran varios carromatos. El nombre de Puente Grande era simple pero preciso.

A su derecha, una vez cruzado el torrente, una pequeña torre de piedra anaranjada se alzaba como inerte guardiana del paso. Estaba en desuso y semiderruida, pero su

base representaba un buen lugar en el que detenerse a descansar a la sombra. La humedad del río proporcionaba un alivio al calor de las horas centrales del día.

Allí descansaba una pequeña caravana de mercaderes. Los cuatro cruzaron despacio y, cuando llegaron al otro lado, Kleria se dirigió directamente a ellos. Un hombre menudo y calvo se desmarcó del grupo para interceptarla. Antes de que ella pudiera hablar, él se le adelantó alzando un ancho sombrero de dos alas a modo de saludo.

—Buenos días, mi señora.

Kleria desmontó y, con toda cortesía, les preguntó si podrían venderles algo de comida. El hombre no pudo evitar una gran sonrisa. Quizás esperaba problemas de aquellos cuatro viajeros, y no hacer una venta imprevista. Les hizo aproximarse a una de las carretas y destapó uno de los costados para mostrarles un amplio surtido de frutas y verduras.

—Sois nuestros primeros clientes en varios días —comentó el hombrecillo mientras Kleria elegía la fruta de entre las que le mostraba—. Venimos del sureste, de Tarhna, y algo raro debió de ocurrir por allí, porque vimos a muy poca gente en el camino.

—El invierno ha sido duro —respondió Kleria, distraída tocando con los dedos la fruta.

Pero el comerciante no quedó satisfecho con la explicación.

—Precisamente por la cercanía del invierno la gente debería haber acudido a nosotros a comprar provisiones. Pero fueron pocos los que lo hicieron y eran hombres de aspecto derrotado, como si estuvieran enfermos. Cuando les pregunté si iba algo mal, me respondieron que en el sur la tierra estaba agotada, como si estuviera enferma también. Dicen que las cosechas han sido horribles y que la tierra se ha vuelto negra. Algunos de aquellos desgraciados llevaban días sin comer. Habían atravesado al Paso de Arthün con lo puesto en busca de algo que echarse a la boca, esperando que aquel mal no hubiera cruzado Dender-oth.

—Una mala cosecha la tienen todos los pueblos —intervino Hertania—. No creo que sea para preocuparse.

—Supongo que tenéis razón... —el hombre dio por zanjada la conversación, pues ya Kleria se había surtido y se disponía a pagar. Al meledino le habría gustado hacerle alguna pregunta más, pero en ese momento sintió un ramalazo de dolor que le recorrió el muslo y dejó esas cuestiones para otro momento. Con algo de esfuerzo, se apeó de *Karzan* para estirar un poco las piernas.

Kleria pagó la comida con unas extrañas monedas de plata que Árgoht no había visto nunca y, por la expresión de su mirada, el mercader tampoco. A pesar de la sorpresa inicial, pronto desaparecieron entre los pliegues de la larga túnica que vestía bajo la capa de lana.

Se despidieron al otro lado del río y la compañía continuó rumbo sur, hacia la ciudad de Tas, siguiendo el camino mientras que el hechicero y las zágheras seguían

en dirección oeste.

Árgoht detestaba las llanuras. No podía olvidar el último incidente que había tenido en una de ellas, cuando unos lobos mestizos casi matan a un joven compañero de viaje por una imprudencia atravesando una mucho más pequeña que aquella. Hacía años de aquello, pero seguía fresco en su memoria.

Ninguno de los viajeros habló demasiado durante la travesía. Pero Kleria parecía tener un extraño interés en él y se acercaba a preguntarle sobre su magia y sus habilidades. Él hacía todo lo posible por no responder, aún a riesgo de parecer descortés.

—Esa espada vuestra tiene un aspecto magnífico —le dijo en un momento determinado, durante un descanso—, pero he observado que no la afiláis ni la limpiáis.

Caía la noche sobre la pradera y querían avanzar un poco más aún. Algo más lejos habían divisado unas ruinas que podrían servirles para acampar esa noche, pero aún faltaban algunos kilómetros. Se habían detenido al encontrar un pequeño arrollo que les permitiría abreviar a los caballos.

—No soy hombre de espadas. En mi caso, las palabras son más útiles. Y esta no necesita muchos cuidados.

—Ya, pero estoy segura de que llegado el caso, os defenderéis con ella tan bien como cualquiera.

Árgoht prefirió no responder a esa afirmación. Que la zágghera pensara lo que quisiera, pero su habilidad con la espada dejaba mucho que desear y no era comparable a la de ella.

—Quizás queráis aprender un poco más sobre el arte de esgrimir una belleza como esa.

Árgoht miró a la mujer, sorprendido.

—¿Os estáis ofreciendo a enseñarme?

La zágghera asintió con la cabeza.

—Eso es. Si vos queréis, por supuesto, y lo consideráis necesario.

—Reconozco que me queda mucho por aprender, así que acepto. ¿Qué pedís a cambio?

Kleria sonrió.

—Que me contéis más sobre vos y el mundo que nos rodea. He pasado mi vida entre cuatro paredes y ahora tengo ganas de conocer la tierra sobre la que camino.

—Trato hecho, pues.

Un leve apretón de manos cerró el pacto. Tras un nuevo rato de silencio, fue el meledino el que quiso preguntar.

—Vos conocéis el motivo de mi viaje pero ¿por qué perseguís vosotras a ese hombre, Nerak?

El rostro de Kleria se volvió sombrío en un segundo, desapareciendo el buen humor que mostrase hasta ese momento. Árgoht detectó en la mirada un odio

ancestral y casi se arrepintió de preguntar. Los puños de la mujer se crisparon levemente y se tensaron los músculos de su mandíbula.

—Ese hombre le robó a mi pueblo su posesión más valiosa. Un verdadero regalo de los Dioses.

—¿Por qué lo llamáis *despreciable*?

—Porque jugó con nuestra confianza. A pesar de ser un hombre y de que muy pocos han formado realmente parte de nuestra sociedad, él consiguió el favor de nuestra reina. Y, cuando realmente lo necesitamos, nos traicionó y nos robó. Se ha mantenido la idea de que nos hizo un favor, ya que aquel objeto era muy peligroso, pero en cualquier caso era nuestro y no tenía ningún derecho a llevárselo.

Kleria parecía enfadarse con cada palabra que pronunciaba.

—Mi pueblo ha preferido dar la espalda a nuestro legado abandonando la búsqueda. Yo tuve que pedir un permiso especial y tuve la fortuna de tener dos buenas amigas, hermanas, dispuestas a sacrificarlo todo por acompañarme. Saben muy bien lo que se juegan y aún así han decidido venir conmigo —la furia de la mujer se diluyó un poco al hablar de ellas—. Nunca podré pagarles lo que están haciendo por mí.

—¿Y qué objeto es ese tan valioso, si se puede saber? —preguntó Árgoht.

Kleria se esperaba esa pregunta, pero incluso ahora que ya estaba hecha no sabía si debía responderla. El hechicero le inspiraba confianza, pero no lo conocía de verdad. Estaba metido en aquel viaje, pero no se había involucrado en su búsqueda, aunque estaba segura de que podría ayudarles mucho más de lo que él mismo pensaba. Pero si quería conseguir su apoyo, tendría que contárselo todo. Era un hombre reservado y taciturno, pero Kleria pudo ver en sus ojos el destello que provocó la curiosidad más recóndita que le inspiraba su historia. Había preguntado como quien no quería la cosa, pero estaba deseoso por saber.

—Nosotras lo llamamos La Maldición de Hilena, pero siempre fue...

—¡Kleria!

Hertania se había detenido unos metros por delante de ellos y la miraba muy seria. Había estado escuchando la conversación. Kleria tendría que haberlo sospechado. Sus compañeras no compartían su confianza en el hechicero y la mirada de la zághera no dejaba lugar a la discusión.

—Creo que me voy a llevar un rapapolvo —le dijo a Árgoht en voz baja con una sonrisa y aceleró un poco el paso para ponerse a la altura de sus compañeras.

Árgoht sonrió a su vez en respuesta. Se podría decir que estaba allí por casualidad, que el Destino que marcaba su camino le había puesto esa senda delante y que él había acertado al seguirla pero ¿qué podía ser tan importante como para sacar a tres zágheras de su secreto escondite y lanzarlas a recorrer Thera sin apenas pistas? Él quería vengar la muerte de su madre y conseguir una cura para su mal pero, de no ser así, habría sido capaz de involucrarse en aquel viaje solo por saber a dónde conducía aquella búsqueda.

Árgoht siguió al mismo paso al tiempo que una fina llovizna comenzaba a mojar su rostro y aliviar con su frescura el calor de su herida. Si sus ojos no lo engañaban e interpretaba bien el color de las nubes que empezaban a cubrir las llanuras, esas débiles gotas se convertirían en breve en un buen chaparrón. Así que les tocaría mojarse si no llegaban a las ruinas a toda prisa. Un poco más al sur, en el punto en el que el río Gâlon confluía con el Man-Êrgolon, se encontraba la ciudad de Tas, pero llegar allí les obligaría a desviarse más de lo que deseaban y no llegarían a tiempo de evitar la tormenta.

—Nos vendría bien para comprar más provisiones —le había dicho Kleria cuando se enteró de la existencia de la ciudad.

—Tas no es un lugar muy agradable de visitar si no es estrictamente necesario —le explicó Árgoht—. Es la ciudad más importante de esta región, y está en un punto de vital importancia comercial, pero allí se reúne gente de todos los tipos, clases y colores. Marineros de los ríos, comerciantes, esclavistas... Es un lugar bullicioso con un mercado impresionante, pero en él es más fácil encontrar una pelea que un buen trozo de cerdo curado. Demasiada gente en muy poco espacio y todos queriendo ganar lo máximo posible. Es una mala combinación. Prefiero seguir de largo.

—Vos conocéis estas tierras mejor que yo, así que escucharé vuestras palabras.

Así pues, aceleraron el paso. El chaparrón comenzó a descargar toda su fuerza en el preciso instante en el que se ponían a cubierto. Las ruinas correspondían a un caserón del que apenas quedaban algunas paredes y los muros exteriores con el aspecto de haber sido algún tipo de estación de paso. Gracias a que algunos restos de techumbre permanecían en su sitio pudieron evitar la mayor parte del aguacero, pero aquel lugar distaba mucho de estar del todo seco. Aún así les proporcionaba un lugar aceptable y seguro donde pasar la noche.



Vâhlere estaba a punto de irse a la cama cuando Argueldes tocó en su puerta portando la llamada del rey.

—Lamento molestaros, señor, pero el rey ha convocado al Consejo.

—¿Tan tarde? —Vâhlere intentó que no se le notara la contrariedad, pero no lo consiguió del todo. Argueldes no dio muestras de apreciar su tono y no se dignó a responder.

—Claro, claro. Enseguida voy, dadme tiempo a vestirme adecuadamente.

Argueldes se retiró silencioso como una sombra, seguramente en busca de algún otro miembro del Consejo. En el poco tiempo que llevaba cerca del rey había aprendido que Kreón respetaba mucho sus horas de intimidad, lejos de las disputas del gobierno. Por ello, Vâhlere se esmeró en vestirse con una túnica limpia de color gris, y acudir raudo al Salón ya que, si el rey los había hecho llamar a esas horas intempestivas, era por algo grave.

Cuando llegó encontró a un jovencito que les esperaba.

—El rey ha pedido que acudáis a su estudio privado.

En ese momento llegaba Garles de Mir, uno de los ancianos sabios, apoyado en su bastón y ayudado por un muchacho. De no ser por él, que se ofreció a guiarle al nuevo punto de reunión, habría tenido que preguntar y buscarlo él mismo, lo que le habría provocado un retraso lamentable.

—¿Qué habrá ocurrido? —preguntó Vâhlere a Garles.

—No lo sé, muchacho, llevaba horas dormido —la voz de Garles era ronca y antigua, y caminaba tan despacio que temió llegar a la reunión cuando hubiera terminado.

No tuvieron que salir al patio ni abandonar la Torre del Trono, pues Kreón disponía de un estudio privado en aquella misma torre. Vâhlere intentó recordar el

camino, tres plantas y muchos pasillos por encima del Salón, por si se volvía a producir un encuentro allí. Cuando llegaron, el resto del grupo esperaba ante la puerta de madera tachonada de acero negro. Vâhlere ya conocía a todos los miembros. Los tres sabios eran Garles de Mir, el más anciano de todos, Ertundias Feger, menudo y totalmente calvo y Luthar Then, el más joven de los tres, aunque ya llevaba muchos inviernos sobre los hombros. Este último había sido asistente personal del rey Trenón, el padre de Kreón, y creía saberlo todo sobre la corte y el reino, lo que le confería un porte arrogante. No había visto con buenos ojos el rápido ascenso de Vâhlere, y lo demostraba siempre que podía.

Los dos militares eran el general Klarsus Aminar y Hambrik Martsar. El primero era un hombre recio y de carácter duro. Hablaba poco, pero cuando lo hacía se hacía el silencio para escucharle. Respecto al segundo, Vâhlere no sabía bien qué cargo ocupaba antes de ser consejero, pero era un hombre mayor retirado de la actividad militar. A falta de Trëmoneas, Hambrik se había erigido como mano derecha del rey.

El sobrino de Hambrik, un joven fornido y de ojos vivaces llamado Lurs, era el tesorero real. Al igual que Vâhlere como secretario, Lurs apenas tenía voz en los asuntos del Consejo salvo que se trataran temas eminentemente económicos. Aún así, la presencia de ambos era imprescindible, pues ninguna decisión tomada tenía validez sin la comparecencia de sus siete miembros.

Por fin, apareció el rey Kreón pasando entre ellos como una exhalación y entrando en el estudio dejando la puerta abierta tras de sí para dar paso a sus consejeros. Uno a uno, accedieron a la estancia, quedándose último Vâhlere. Al entrar, un ligero cosquilleo le recorrió la columna, pues nunca había visto ninguna estancia privada del monarca. Trató de que no se le notara el asombro, pero se fijó en que era una sala grande, llena de libros y con una enorme chimenea en su extremo más alejado. En ese momento se encontraba recién encendida y un sirviente atizaba los troncos que la alimentaban. En el centro había una gran mesa en la que, aunque el rey no se sentó, ordenó a los demás tomar asiento. Lo hicieron en silencio. Todos se habían contagiado del aspecto circunspecto de Kreón.

—Amigos, siento haberos sacado de la cama, pero hay un tema de vital importancia que debemos tratar con premura.

Kreón tendió un manuscrito sobre la mesa con gesto brusco.

—Lurs, por favor, ¿puedes leer el mensaje para todos los presentes?

El aludido se puso en pie y tomó la carta. Desde su posición, Vâhlere pudo ver y reconocer en el sello roto el escudo de la casa de Clem.

Lurs leyó rápidamente el mensaje antes de leerlo en voz alta, como siempre hacía para no fallar después en la exposición a los demás. En su rostro se mostró una profunda indignación justo antes de dar a conocer el contenido al resto de consejeros.

—La carta dice así:

Estimado Kreón,

Me siento enormemente feliz por haber podido encontrar por fin tantos puntos de entendimiento con la casa Taren y por haber hallado el camino hacia la paz. La felicidad de nuestros pueblos es prioritaria para mí, y por ello doy mi consentimiento por escrito a la unión sugerida por vos entre nuestros respectivos hijos. La casa de Clem pagará su parte de la boda y será la fiesta más fastuosa que se recuerde y los bardos cantarán sobre ella durante generaciones.

Esta unión será próspera para todos, otorgando paz, estabilidad y riqueza a nuestros respectivos pueblos. Para ello, a la libre circulación de mercancías ya acordada por nosotros, estoy segura de que no será ningún inconveniente añadir una reducción notable de los aranceles para el movimiento de mercancías a través del puerto de Quindarst, nuestra principal puerta al mar y a las rutas con Junkai y el resto del Mar Gris. Es un precio pequeño a pagar por una paz verdaderamente duradera. Creo que al ser un asunto de relevancia menor, apenas si merece discusión entre nosotros y no supondrá piedra alguna en el camino de la concordia.

Espero ansiosa vuestra respuesta.

*Siempre suya:
Marsila de Clem.*

Un rumor de incredulidad recorrió la mesa cuando Lurs terminó de leer la misiva. De hecho, el murmullo surgió en el momento en el que Marsila reclamaba su supuesto derecho a una reducción de los aranceles, por lo que Lurs tuvo que alzar la voz para concluir la lectura. También él respiraba agitado, presa de la indignación.

—¡Esa mujer es una insolente! —dijo Ertundias airado, una vez concluida la lectura.

—La dignidad se le perdió en alguna de sus minas putrefactas —añadió Garles de Mir poniéndose en pie—. Es un insulto a nuestra buena voluntad.

Los comentarios de ese calibre continuaron aún un rato antes de que el rey, que había permanecido en silencio, escuchando, tomara de nuevo la palabra.

—Marsila nos ha lanzado una manzana envenenada. Ha accedido sin condiciones a nuestra oferta y hace exigencias ahora, cuando nada se puede discutir.

—Las condiciones para el matrimonio cambian —intervino Luthar—, debemos convocar un reunión y negociar con ellos de nuevo.

A Kreón se le erizó el vello de los brazos solo de pensar en reunirse otra vez con aquella mujer y empezar todo desde cero. En un minuto, todo su entusiasmo y optimismo se habían venido abajo.

—Lurs, ¿cómo nos afectaría aceptar la propuesta?

Todos los presentes comenzaron entonces a hablar al mismo tiempo.

—¿No os planteareis aceptar? —preguntó Luthar, airado.

—Tenemos que estudiarlo primero —respondió Kreón más sereno, intentando imponer una calma que a duras penas sentía él mismo—. Lurs, por favor.

El aludido se aclaró la garganta antes de comenzar a hablar.

—Este asunto debería tratarse a fondo, majestad, os ruego que no me obliguéis a decir una cantidad concreta. Pero sí diré que, teniendo en cuenta que Clemthan es el segundo mayor usuario, después de nosotros mismos, del tránsito de mercancías desde nuestro puerto, las pérdidas pueden ser terribles. Ahora mismo controlamos el movimiento a través de los aranceles. Si aflojamos nuestras exigencias en ese aspecto, Clemthan adquirirá el poder que hasta ahora le hemos negado. Prosperará mucho más rápido que nosotros y en unos años podría ser económicamente muy superior. Si me permitís la licencia, Marsila ya nos mira por encima del hombro, si le concedemos esto tendrá que ponerse en un escalón más alto para poder mirarnos.

El rey guardó silencio un buen rato, pero sus consejeros murmuraban entre sí, estudiando las consecuencias de la exigencia de la clemhita. Cuando Kreón salió de su mutismo, todos callaron para escucharle.

—¿Qué hacer pues? Quiero escuchar todas las opciones.

Luthar fue el primero en dar su opinión.

—Yo digo que la rechazamos de plano. Esa exigencia es inadmisibile.

—Sabes muy bien qué consecuencias nos traería esa decisión, Luthar.

—La guerra, pero...

—La guerra abierta —corrigió Kreón—. Marsila nos ha lanzado un desafío para conocer nuestras fuerzas y hasta dónde estamos dispuestos a llegar.

—Y es una buena pregunta —intervino Klarsus con voz ronca. Sus intervenciones eran escasas pero valiosas—. ¿Hasta dónde estaremos dispuestos a ceder?

Luthar retomó la palabra.

—Hoy es una reducción en los aranceles, en unos años puede exigirnos una supresión total. Y entonces sí que estaríamos completamente en sus manos.

—¿Y qué sugerís? ¿Rechazamos la petición?

—¡Sí! —dijo Luthar casi gritando. Habitualmente era el más belicoso de todos ellos, pero ese día estaba especialmente airado.

—No sabes lo que dices —dijo el rey—. Esta guerra se haría interminable y nos costaría más dinero del que ganamos con los aranceles. Soldados, armas... Mantener una guerra es caro, y eso sin contar el precio en vidas humanas.

Los consejeros se miraron unos a otros inseguros de haber interpretado bien aquellas palabras.

—Señor, reconsiderémoslo un momento —dijo Hambrik—. Nadie quiere la guerra, pero tampoco la paz a cualquier precio. Sobre todo si este es ceder nuestro control económico. Clemthan ha visto una oportunidad de oro, pero debemos mostrarnos firmes. La oferta de matrimonio y los acuerdos ya establecidos son los más beneficiosos para ambos. La propuesta de Marsila solo le beneficiaría a ella.

El rey suspiró y bajó la cabeza hasta apoyar el mentón sobre los nudillos de las

manos cruzadas.

Lo tenía tan cerca... Y todo se había desviado en un segundo. Si aceptaba la exigencia, se enfrentaría a su Consejo, y si no, estallaría una guerra, con toda seguridad más feroz que nunca. La negativa sería tomada por Marsila como una ofensa, una prueba de que la paz no era tan importante para él. No lo podía permitir.

—De acuerdo, pensemos un poco más. ¿Cómo podemos darle la vuelta a la situación?

—No podemos —se apresuró a responder Luthar.

Sin hacer caso del comentario, Lurs tomó la palabra, algo poco habitual en él.

—Señor, quizás nosotros también podamos plantear nuevas exigencias. Si ella quiere negociar, pues que así sea.

—¡Pero no queremos negociar! —Luthar se estaba exaltando.

El rey lo miró con desaprobación, pero él no se dejó amilanar.

—Hoy negociamos esto y mañana estamos cediendo en cosas mucho más graves. Marsila quiere hacerse con el control de la Costa Gris, y pasarnos la vida negociando cada minucia debilitará nuestro gobierno y seremos débiles de cara a enemigos exteriores. Y todos los presentes sabemos que el puerto de Quindarst es un tesoro demasiado valioso. A la menor muestra de debilidad, se nos echarán encima como lobos hambrientos. Debemos cortar por lo sano.

—Yo tampoco quiero negociar —dijo Kreón más sereno que Luthar, mirando a los demás—, pero tampoco voy a rechazar de plano la sugerencia. No provocaré a Marsila si no es imprescindible. Y si no queda más remedio y es el único camino para alcanzar la paz, seguiremos dialogando.

—Lo sé señor. Sería una forma de hacer ver a Clemthan que no nos vamos a quedar de brazos cruzados mirando cómo nos desangran. Propongo que les pidamos como contrapartida una rebaja en el precio del hierro de sus minas. Eso compensaría en parte el descenso de ingresos, aunque reconozco que no del todo. Además, ahora que podemos dejar de comprar el acero a otros reinos, con el consiguiente ahorro en transportes y esa supuesta reducción de precios, abarataría considerablemente los costos de producción de armas y armaduras.

—No es mala idea... —Kreón reflexionó durante unos instantes. Finalmente, levantó la cabeza. Había tomado una decisión—. Creía que la paz estaba al alcance de nuestra mano, pero veo que aún tardará un poco más de lo esperado. Vâhlere —este dio un respingo cuando el rey se dirigió a él. Hasta ese momento nadie le había prestado la más mínima atención, y se había limitado a tomar notas de todo lo que se decía, como era su deber—, redacta la carta según las indicaciones de Lurs y envíala con urgencia. Si esto va a ser una negociación comercial, que empiece cuanto antes. Al alba quiero al mensajero en camino. Amigos, podéis estar tranquilos. Deseo la guerra tan poco como el que menos y haré todo lo posible por evitarla, pero puestos a negociar, el precio será alto.

El Consejo aplaudió aliviado. Solo Luthar dejó de mostrarse complacido con la

medida. Vâhlere lo notó en su mirada. Era un hombre curtido en este tipo de asuntos, y en estas situaciones tendía a dejarse llevar por el belicismo. Su rostro duro se mostraba serio y poco convencido. Ver a este hombre en el gobierno de una nación debía de ser una experiencia muy poco agradable. «Menos mal que Kreón tiene el carácter adecuado y un Consejo sólido, porque si se dejara llevar por la opinión de Luthar, se convertiría en un tirano».



Apesar de que la Ruta de la Llanura se desviaba hacia el sur, en dirección a la ciudad ribereña de Tas, un camino bastante aceptable seguía en dirección oeste casi en línea recta. Estaba más descuidado que el anterior, pero era claramente visible y el grupo de Árgoht no tuvo que estar buscando senderos entre las malezas bajas y las pequeñas arboledas que salpicaban la llanura con frecuencia. Los árboles eran de una variedad extraña, con muy pocas hojas y muchas espinas, casi más propios de climas desérticos, ya que en las horas de mediodía las temperaturas subían considerablemente y los rayos del sol quemaban la piel del incauto que llevara los brazos descubiertos.

Después de cruzar el Man-Êrgolon estuvo lloviendo un día entero. El cielo se volvió oscuro y divisaron grandes nubes de tormenta al oeste, encima de donde debían estar las montañas Urmak-oth. Los caballos se contagiaron de la oscuridad del día y no aceleraron el paso más allá de un trote muy ligero por más que sus jinetes se lo pidieron. Intentaban refugiarse bajo los extraños árboles, pero apenas si daban cobijo para el aguacero. Pocas palabras se cruzaron los viajeros durante todo ese día.

Por fin la lluvia cesó y consiguieron mejorar el ritmo. El agua dejó paso a un sol inclemente que no tardó en secar la tierra empapada el día anterior y que se había convertido en barro bajo los cascos de los animales.

A cada hora que pasaba, el dolor de la pierna del meledino empeoraba. Aunque lentamente, la podredumbre de la piel pasó a estropear también los músculos y la negrura se extendía por la pierna, tanto hacia la ingle como hacia la rodilla. Caminar era un suplicio y montarse en *Karzan* pronto sería una tarea imposible.

La compañía de las zágheras era asombrosa. Eran mujeres inteligentes, llenas de fuerza y vida. Ondriva y Hertania apenas se dirigían a él y, cuando lo hacían, era de forma altiva y arrogante, rozando la grosería. Él lo toleraba porque conocía el

ancestral odio de su raza hacia los varones.

Pero Kleria era diferente. Su actitud hacia él era más abierta. Intentaba entablar conversación con él y cuando acampaban procuraba que se sintiera cómodo a pesar de sus dolores. Árgoht intentaba evitar que ellas vieran el verdadero alcance de su herida y su sufrimiento, pues no estaba dispuesto a convertirse en una carga, pero ella le preguntaba con frecuencia por su estado mostrando un sincero interés.

—Déjame verla —le dijo en una ocasión. La tarde comenzaba a caer más allá de los picos que se vislumbraban en el oeste, rodeados de esa luz difusa en la que la distancia envuelve a los objetos.

Árgoht se sorprendió por el tono con que lo dijo, seco y directo, como si fuera una orden. Además, no se le pasó por alto el cambio en la forma personal. Pretendía cogerlo desprevenido, pero él no se dejó intimidar.

—La herida está bien —respondió él secamente, tratando de dejar zanjado el asunto.

—Os duele —de nuevo volvió al tratamiento cortés, viendo que la otra forma no le había dado resultado—, se os nota en la cara. A estas alturas no debería doleros tanto. Tendría que estar curándose, siempre que el veneno lo permita, claro.

—No lo permite.

Aquello terminó con la conversación, pero en el fondo el meledino se sintió reconfortado por la preocupación de la zághera. Llevaban algunos días ya montando juntos, y si ella hubiera mostrado el mismo escaso interés en él que sus compañeras, habría sido un trayecto más duro aún.

Él no volvió a preguntar por Nerak, y ninguna de ellas hizo el menor comentario al respecto.

Las Llanuras Azules quedaban atrás con rapidez mientras se internaban cada vez más en la región de Turmhan. Hacía tiempo que las Urmak-oth asomaban sus picos más altos en el horizonte, creciendo más y más a medida que se acercaban a ellas. La vegetación había cambiado considerablemente, así como el clima. El frío del invierno que se alejaba se sentía más intenso a medida que se acercaban a las montañas, cuyos picos nevados brillaban bajo la tenue luz del sol cuando se dejaba ver entre las nubes.

Seguían dirección oeste cada vez más cerca del curso del río Gâlon, que iba trazando una tenue curva de oeste a sureste que les llevaría directamente a la ciudad de Lúrmanis.

Cuando la tarde amenazaba con convertirse en noche, divisaron unos tenues resplandores a poca distancia.

—Lúrmanis —dijo Árgoht sin más—. No llegaremos antes de que cierren las puertas, así que es mejor acampar y entrar en la ciudad con el sol de la mañana.

Así pues, montaron el campamento al pie de una colina chata que se alzaba en mitad de la nada. En la base había un pequeño grupo de peñascos que les proporcionaron cierto resguardo del viento de la madrugada. Aunque por el día hacía mucho calor, durante la noche la temperatura descendía considerablemente,

obligándoles a cubrirse con sus capas y resguardarse todo lo posible. Era un aire frío y penetrante que solo podían evitar si cubrían, al igual que durante el día con el calor, cada centímetro de su piel.

Tras la cena, Árgoht se alejó cojeando del campamento con el fin de relajarse con el silencio de la llanura. Solo se escuchaba el viento al agitar los arbustos y la hierba. Las estrellas como únicos testigos de su presencia allí. Ese día no había luna, así que la oscuridad era especialmente penetrante. Árgoht buscó una piedra donde sentarse, pues la rigidez había llegado a la articulación y cada vez que doblaba del todo la rodilla sentía un latigazo de dolor.

Cogió aire y puso las manos sobre la piedra, a los lados del cuerpo. Se quitó la capucha y se soltó el largo pelo negro. El viento agitó sus cabellos y sintió una grata sensación al notar el aire frío, casi cortante, acariciar sus mejillas. Quería sentir a La Madre a través de ellas, a través del tacto con la roca, del aire que respiraba, pero en ese momento sintió un movimiento a su espalda. Se giró bruscamente y encontró a Kleria, que se había acercado hasta él. Había hecho ruido a propósito, pues de lo contrario ni siquiera él la habría oído acercarse.

—Una oscura noche para perderse por estas llanuras —dijo cuando llegó hasta él—. Muy peligroso.

—Cierto —respondió Árgoht al tiempo que pensaba que él nunca se perdería allí.

Un silencio incómodo se estableció entre ellos mientras la zágghera esperaba de pie junto a él. Fue Árgoht quien lo rompió.

—Sentaos, Kleria Hurgol, no necesitáis mi permiso.

—No quiero molestaros. Si os importuno, solo tenéis que decirlo.

El hechicero sintió la tentación de decir que sí, que quería estar solo, pero no era necesario mostrarse grosero.

Ella se sentó en el suelo, sobre la hierba ya húmeda por el rocío de la noche, y se arrebujó entre los pliegues de su estupenda capa de piel. Desde unos metros de distancia y con la oscuridad, podría haberse confundido con una roca.

Durante un largo rato, ninguno de los dos dijo palabra alguna, enfrascados cada uno en sus propios pensamientos.

—Qué extrañas son las estrellas aquí —dijo Kleria por fin, rompiendo el silencio. Se le unieron los grillos escondidos entre la hierba. Con su canción nocturna eran las únicas criaturas que parecían acompañarles.

Como toda respuesta, Árgoht la miró inquisitivamente.

—En mi país, Krahedia, se ven de forma completamente diferente, situadas de otra forma —señaló al cielo—. La Hermana está situada mucho más al sur, y hay estrellas del firmamento que yo conozco que han desaparecido. ¿Cómo es Meledel?

La pregunta pilló por completo desprevenido a Árgoht, que miraba al cielo tratando de adivinar desde qué posición podía verse La Hermana más al sur y preguntándose qué estrellas serían esas que ella no conseguía encontrar. Según algunos libros que había podido leer, las zággheras vivían en algún país muy al sur y

eran muy pocos los afortunados que veían sus tierras. De hecho, los realmente afortunados eran los que las veían y sobrevivían para contarlo.

—Hagamos una cosa —dijo Árgoht viendo una oportunidad—. Yo os hablo de Meledel y vos me habláis de Krahedia.

Kleria miró al hechicero con cierta desconfianza. Tras unos instantes de duda, asintió.

—Me parece justo.

—De acuerdo, pues. ¿Qué queréis saber?

—Todo. No conozco estas tierras. Nunca había salido de Krahedia hasta que he iniciado esta aventura y todo esto es nuevo para mí. Los ríos, las ciudades, las montañas... Literalmente, estoy descubriendo un mundo nuevo.

—Había oído decir que vosotras sois poco dadas a abandonar vuestro país, y veo que es cierto. ¿Vuestras compañeras son primerizas también?

—He preguntado yo primero —dijo Kleria sonriendo—, no me llevéis a vuestro terreno.

Árgoht no pudo evitar una carcajada. No había tenido intención de darle la vuelta a la conversación ni de evitar responder a una pregunta tan simple.

—Meledel es una ciudad muy grande, sucia y desordenada. Es la capital del reino que lleva el mismo nombre y bajo su protección se encuentran decenas de pequeñas aldeas y pueblos que la nutren de productos agrícolas y ganaderos. La ciudad está coronada por un enorme castillo, erigido sobre la Colina del Rey, desde el que gobierna con mano dura el rey Gerinald dan VanEidern. Su familia lleva dirigiendo los destinos del reino con mayor o menor fortuna desde tiempos inmemoriales, pero nunca han sido buenos regentes. Tienen tendencia a la egolatría y la psicosis, lo que les lleva a centrarse en ellos mismos más que en el pueblo. Por suerte, el Consejo ha sabido siempre encauzar al rey por el camino correcto.

—¿Cómo es la ciudad, su gente, sus montañas?

Árgoht pensó en ese momento que Kleria parecía una niña pequeña, descubriendo el mundo a cada paso que daba. Parecía una mujer fuerte y decidida, pero en el fondo estaba muy perdida en aquella tierra tan lejana de la que le vio nacer.

—El río Man-Urganiön atraviesa la ciudad de oeste a este pasando justo bajo el castillo VanEidern y bordeando la Colina. Cuando subes a la parte más alta de la Torre del Río, puedes ver los picos lejanos de las impresionantes Mertam-oth, las montañas que le sirven de cuna, hasta su desembocadura en el puerto de Mel. Apiñadas en ambas orillas, crecen las casas que forman el corazón de la ciudad y le dan vida. Es un espectáculo impresionante, sobre todo al amanecer, pero si algún día pisáis esa ciudad, no se os ocurra meter un pie en el río después del Puente Verde. Solo con el olor que desprende ya os podríais hacer una idea del por qué.

Kleria lo escuchaba embelesada.

—¿Echáis de menos vuestra tierra?

—No —no era del todo cierto, pero tampoco una mentira. Lo que de verdad

sentía era un profundo anhelo por establecerse, por encontrar un lugar donde descansar. Pero sabía perfectamente que eso no sería posible hasta que no hallara y diera forma a su Destino. Ya le había contado a Kleria más de lo que acostumbraba—. Os toca.

—No sé si podré satisfacer vuestra curiosidad tanto como quisierais, pues se me tiene completamente prohibido dar la localización de Krahedia a nadie bajo pena de muerte —al decir esto miró hacia atrás por encima del hombro, por temor a que sus compañeras pudieran escucharla, pero ambas dormían ya envueltas hasta el cuello en sus mantas al pie de la hoguera—. Pero sí puedo deciros que es un lugar maravilloso para vivir, con un clima benigno y buenas cosechas.

Aquello no encajaba con la idea que él tenía de que Krahedia se encontraba muy al sur. Según esa teoría, debía estar muy cerca de los Hielos del Sur, donde sería imposible que existiera un lugar como el que describía la zághera. Aún así, prefirió no interrumpir.

—El aire es cálido y dulce, y el agua limpia y pura. Es un lugar fantástico para vivir, sin preocupaciones ni problemas.

La zághera sonreía al recordar, pero Árgoht creyó leer en su expresión que había algo de falsedad en aquellas palabras.

—¿Cómo es posible —se aventuró a preguntar— que en una tierra tan maravillosa vivan mujeres guerreras, perfectamente adiestradas en el arte de la lucha, y no doncellas virginales que se pasen el día tocando la flauta y recogiendo flores?

Kleria lo miró repentinamente seria, tratando de detectar en el tono de voz si el meledino se estaba burlando de ella. Se puso seria cuando respondió.

—Precisamente la perfección es lo que nos obliga a convertirnos en lo que somos. Durante siglos estuvimos expuestas a las invasiones, a los ataques desde el exterior que veían en una sociedad de mujeres una víctima fácil. Tuvimos que aprender a defendernos solas, y eso nos hizo fuertes —Kleria cerró el puño. Toda su ensoñación se había convertido en vehemencia—. Que vivamos en un lugar idílico no significa que seamos estúpidas muchachas que no saben hacer nada.

Con estas palabras, Kleria se levantó y se alejó de Árgoht hasta reunirse con sus compañeras. El hechicero había visto la fiereza en la mirada de la zághera, un fuego poderoso y ardiente. Debía medir mejor sus palabras si no quería ver ese poder actuando sobre su garganta. Aquellas mujeres no eran fáciles de tratar, pero a él le fascinaban.

Así pues, pensó, Krahedia está en algún punto al sur, con clima benévolo y que con el paso de los siglos ha conseguido pasar cada vez más desapercibido hasta el punto de que la humanidad casi ha olvidado que existe.

El hechicero hizo un esfuerzo por sentarse en el suelo. Estiró la pierna dolorida y dobló la otra debajo y cerró los ojos al tiempo que recitaba el *Terh-arhak*, la breve letanía que le haría entrar en trance para establecer contacto con la Madre. Si alguien, aparte de aquel que poseyera el antídoto del veneno que le corroía la pierna, podía

curarle, era ella.

Unos minutos después, Árgoht estaba muy lejos de allí.

La mañana llegó tan fría como lo había sido la noche. Árgoht estaba ya en pie cuando el sol comenzó a despuntar, envuelto en una bruma húmeda que le daba un aspecto denso y oscuro. Había recuperado energías y la pierna le dolía un poco menos, por lo que su humor también mejoró sensiblemente. El aire, que parecía denso y estático, estaba preñado del olor de la tierra húmeda y el silencio era aún más notorio que durante la noche. El mundo parecía haberse detenido en aquel instante eterno.

Cuando las zágheras despertaron, ateridas y hambrientas, Árgoht las esperaba con un fuego y un desayuno a base de fruta seca, pan duro y queso. Las tres lo miraron sorprendidas, pero no hicieron ningún tipo de comentario. Especialmente difíciles de interpretar fueron las miradas de Ondriva y Hertania, quizás poco acostumbradas a que un hombre les mostrara aquel tipo de atenciones. Kleria apenas si se dirigió a él, salvo por un leve agradecimiento. Aún se mostraba molesta por su comentario de la noche anterior.

Cuando los cuatro estuvieron bien comidos se dispusieron a ponerse en marcha de nuevo. Recogieron lo poco que habían sacado para su pequeño campamento y prepararon los caballos. Árgoht ajustaba las cinchas de la silla de *Karzan* y le acariciaba el costado cuando se dirigió a Kleria, que muy cerca terminaba de preparar a *Bonder*.

—Mi comentario de anoche fue inapropiado y fruto de la ignorancia, que es la peor de las ofensas. Espero que sepáis entender que no pretendía insultaros.

Por unos instantes Kleria permaneció en silencio, cerrando su petate con gestos bruscos. Árgoht temió que no fuera a responderle y lo dejara allí plantado como a un idiota.

—También es mi culpa —dijo ella en cambio—. Mía y de mi pueblo. Vivimos encerradas en nuestro propio mundo, ignorando qué hay más allá de las fronteras, haciendo oídos sordos a todo aquello que no nos afecte directamente. El mundo se está moviendo y lo está haciendo sin nosotras. Eso es algo que me llena de frustración, y una parte de ella se me ha escapado por la boca.

—Estamos en paz —concluyó el meledino tirando con fuerza de la última cincha para ajustarla en su sitio.



Nerak llegó como una exhalación. A pesar de su enfado, había conseguido mantener su nivel de alerta habitual y comprobó que nadie le observaba cuando se desplazó hasta allí. Con brusquedad, encendió todas las antorchas de la sombría sala, pero la piedra negra absorbía la mayor parte de la luz, dejando grandes zonas en sombras.

Al pasar junto a una mesa cubierta de libros y polvo, no pudo evitar la tentación y la rabia le hizo tirar con un movimiento del brazo cuanto se encontraba sobre la ella al tiempo que gritaba de impotencia. Durante un buen rato se paseó dando vueltas como un perro enjaulado, nervioso y sin saber muy bien qué hacer.

—Pareces preocupado —dijo alguien tras él. Era una voz grave y ronca. Cada vez que Nerak la escuchaba le daba la sensación de que era *densa* y casi esperaba ver las palabras que surgían de aquella garganta sin forma caer al suelo y romperse como cristal.

El nigromante, que no se esperaba aquello, se sobresaltó y dio un pequeño grito.

—¡Te he dicho que no aparezcas si no te invoco! —le espetó, casi contento de poder desahogar su furia con alguien.

—Mis disculpas —respondió el espíritu con un tono de voz que no denotaba el menor arrepentimiento—. ¿Algo va mal?

Nerak no supo qué responder. Efectivamente, algo iba mal, muy mal. Sus planes amenazaban con convertirse en polvo. La situación en el reino había cambiado radicalmente en los últimos días y ahora mismo todo lo que había logrado en los duros años de maquinaciones se estaba viniendo abajo.

—Ese estúpido de Kreón va a echar por tierra todo mi trabajo.

—¿Por qué? Si puede saberse...

Nerak no dejaba de pasearse. Sabía que estaba gritando sin necesidad, pero no podía evitarlo. Uno de sus pasos le acercó más de lo normal al espíritu, que puso su

mano etérea y gris en su hombro. El nigromante dio un salto al sentir el contacto helado y se desprendió de él, pero su cuerpo había reaccionado al tacto de aquel ser inhumano. Se le había dormido el lado izquierdo del pecho, desde el cuello hasta las costillas, incluyendo el pulmón de ese lado, por lo que de pronto se vio necesitando más aire del que podía aspirar en una bocanada. Sentía que se iba a asfixiar, pero consiguió tranquilizar su respiración y la sensación se hizo menos acuciante. Se sentó en una silla intentando recuperar el aliento.

—Gracias por sentarte —dijo el ente irónicamente—, me estabas poniendo nervioso.

La burla de sus palabras era evidente y no pasó desapercibida para el nigromante. Sabía que ninguna emoción afectaba a aquella criatura, excepto la ira, como había tenido ocasión de comprobar.

Solo otra vez, algún tiempo atrás, había sentido aquel frío sobre su piel y, al igual que entonces, notó cómo poco a poco, al mismo tiempo que su respiración volvía a la normalidad, su cuerpo recuperaba su temperatura.

No pudo evitar sonreír.

—El rey pagaría muy bien por este servicio durante las audiencias con el pueblo. Siempre hay alguien que se altera más de la cuenta.

Margahelar no mostró el menor atisbo de sentido del humor. Nerak se quedó observándolo durante unos segundos. Era una criatura imponente, mucho más alta que ningún humano y de una consistencia tal que oscilaba entre la opacidad total y la transparencia, con la textura del humo de una chimenea. Su rostro también cambiaba como si estuviera azotado por las mareas, ondulando y transformándose continuamente de tal forma que en un momento parecía un rostro humano y al instante siguiente era una criatura horrenda o algo sin forma, difícil de asimilar como algo vivo para el ojo humano. Nerak nunca sabía cómo se le iba a mostrar. Lo que sí sabía es que emanaba de él un poder casi palpable. Aunque tenía mecanismos suficientes para controlarlo, pues el hechizo que le había abierto las puertas a esta realidad le daba autoridad sobre él y le obligaba a la obediencia, lo había visto furioso en una ocasión y a punto estuvo de romper sus cadenas mágicas.

—Estoy cansado —dijo de pronto Nerak con un susurro.

—Los años te pesan cada vez más. El Soplo cada vez dura menos en ti. Algún día tendrás que dejar que el Tiempo te alcance.

—¡Ya lo sé! Pero no será hoy. ¡Hazlo, Margahelar! Te lo ordeno —su voz sonaba agotada, y la falta de aire en los pulmones no le ayudaba.

—No malgastes tus energías ni tus órdenes, pues te necesito en plena forma. Pero antes me hablarás y me dirás qué ha ocurrido, pues presiento que me afecta de alguna forma.

Nerak no podía permitirse que el espíritu se echara atrás, así que no tuvo más remedio que contárselo.

—Kreón ha decidido casar a la princesa Loena con el segundo hijo de Clem como

pacto de amistad para terminar con la Guerra. Además, la fecha se acerca y no ocurre nada.

—Eso es malo —subrayó el espíritu con su voz cavernosa.

—Muy malo.

—Tienes que impedirlo. Nuestros planes se desviarían demasiado y nuevos jugadores entrarían en nuestra partida —Margahelar se concentraba en lo referente a Loena, sin dar importancia a lo que más preocupaba a Nerak.

—Eso es más fácil de decir que de hacer. El rey jamás aceptaría ninguna otra opción. Si no me equivoco, nada de lo que yo haga le hará cambiar de opinión.

—No necesitamos que cambie de idea. Si algo os caracteriza a vosotros, patéticos humanos, es que tenéis cierta tendencia a morir.

Nerak se sobresaltó al oír aquellas palabras pero un segundo después ya estaba convencido de que era una magnífica alternativa y se reprendía a sí mismo porque no se le había ocurrido a él. Pero enseguida cayó en la cuenta de las infinitas dificultades que aquello podía acarrear. El rey estaba muy bien protegido y sería muy difícil acercarse a él lo suficiente como para cometer un asesinato.

—No tendrás que acercarte a él —le dijo el espíritu—, no mucho, por lo menos. ¿Sabes lo que es la Muerte Negra?

Nerak negó con la cabeza, pero se le pusieron los vellos de punta.

—No me extraña, pues muy pocos conocen de su existencia.

—Cuéntame —pidió Nerak, ansioso por nuevos conocimientos.

Y el espíritu le explicó en qué consistía. El nigromante escuchó sus palabras entusiasmándose por segundos ante las nuevas expectativas que se le abrían en el horizonte. Finalmente, explotó en una carcajada de satisfacción.

En el momento en que terminó de hablar, Margahelar se desvaneció en el aire como si una brisa hubiera disipado la niebla que le daba forma, pero Nerak sintió que seguía allí y cerró los ojos para dejarle hacer.

Un instante después sintió una corriente de aire que le revolvía el cabello y supo lo que estaba ocurriendo. Un torrente de energía empezó a recorrerle la columna vertebral, primero lentamente para después ir incrementándose hasta que todo su cuerpo estuvo recorrido por una fuerza vital que alejaba de él todo el cansancio, preocupaciones y hasta el peso de los muchos años que ya cargaba sobre su espalda. Se sintió rejuvenecer y se miró las manos, cerrando y abriendo los puños varias veces, percibiendo el poder de sus músculos y la fuerza de aquellos dedos. Toda su furia había desaparecido cuando notó que el Espíritu se alejaba de él. Como siempre, no volvió a materializarse. Tardaría aún algún tiempo en recuperar las fuerzas necesarias para volver a mostrarsele, por lo que no podría recurrir a él en algunas semanas, pues ninguna invocación le haría aparecer.

Nerak permaneció aún algunos minutos sentado en la silla, esperando a que su corazón se aplacase y que su respiración se serenase. Se sentía renovado, listo para actuar y afrontar los nuevos retos que se le planteaban.

En ese momento observó algo en el suelo de la catacumba. Apenas se distinguía entre las piedras negras y gastadas. Se levantó, fue a una estantería y cogió de ella una pequeña bolsa de terciopelo negra como la noche.

«El color apropiado», pensó.

Se agachó y recogió del suelo lo que el espíritu había dejado para él. Cuando hubo terminado, tenía las manos manchadas de polvo negro y una gran sonrisa de satisfacción en el rostro.



Lúrmanis era la puerta de entrada del oeste a las Llanuras y punto de escala para toda caravana de mercaderes que desearan tomar la Ruta de la Llanura en dirección este o norte. Árgoht solo había estado en ella una vez y la recordaba muy ruidosa y sucia. Estaba regentada por el anciano rey Tragos, pero tenía entendido que se encontraba senil y poco distinguía ya amigo de enemigo. Por tanto, tras la muerte de la reina unos años atrás, el verdadero poder estaba en manos del Caballero del Lago, un enorme guerrero, mano derecha del rey, que hacía cumplir la ley en su nombre con mano dura. El reino de Turmhan no era especialmente rico, ni así su capital Lúrmanis pues, aunque muchos mercaderes pasaban por ella, solo lo hacían temporalmente y eran pocos los que sacaban allí sus mejores mercancías a la venta y preferían reservarlas para las grandes ciudades del este y el norte, como Meledel o Maleghar.

Todo esto le contaba Árgoht a Kleria a medida que avanzaban, llegando ya la mitad del día, entre bajos arbustos y rocas rotas. Al fondo y algo hacia el norte, un tenue brillo rielaba en la distancia. Kleria señaló en aquella dirección mientras se cubría los ojos del resplandor del sol que había asomado.

—¿Y aquello qué es?

A veces, Árgoht se limitaba a refunfuñar para no tener que seguir respondiendo a sus preguntas, pero ese día el dolor de la pierna le estaba dando un respiro y estaba de buen humor. Aún así, era una punzada constante que parecía querer clavársele hasta el hueso y le dolía toda la extremidad, desde la punta del pie hasta la cadera. Bajarse del caballo era un sufrimiento para él, pero seguía disimulándolo cuando sabía que las mujeres lo observaban.

—Eso es el lago Lúrman, al pie de las montañas Urmak-oth. Es un lago de agua dulce en el que anidan esos...

Árgoht señalaba una bandada de pájaros que revoloteaba muy por encima de sus

cabezas. Eran del tamaño de gorriones, con plumajes de diversos tonos de gris, que zigzagueaban sin rumbo fijo, cambiando constantemente de dirección, como si erraran por el cielo en vez de avanzar por él.

—Esas son las aves que venimos buscando, ¿no es cierto?

—Así es. Son *lethures* grises, una variedad que solo habita en esta región.

Sacó de un pequeño saco el cráneo que había cogido el cuerpo del mercenario. Kleria miró de nuevo al cielo y vio que las aves habían descendido un poco, de tal forma que pudo distinguir claramente en ellas las dos crestas que mostraba el hueso que el hechicero le enseñaba.

—Esta es su seña de identidad —dijo pasando la yema enguantada del dedo índice de su mano izquierda sobre una de las protuberancias—. Viven en los alrededores del lago y, aunque existen otras variedades en otras zonas, solo esta tiene esta característica.

—Es posible que ese hueso sea viejo, hechicero —intervino Ondriva, que se les había acercado por detrás—. Quizás estuvo de paso diez años atrás o creció aquí de niño. Hemos hecho este viaje en vano, estoy segura. Ese hueso es una pista demasiado débil como para haber gastado tres días en seguirla.

—Por lo menos es una pista —intervino Kleria antes de que Árgoht pudiera responder.

Ondriva clavó en su compañera una mirada en la que se reflejaba una mezcla de ira e incomprensión. No comprendía por qué Kleria había entablado tan buena relación con aquel hombre ni por qué lo defendía. Árgoht comenzó a temer que se abriera entre ellas una brecha demasiado grande al mismo tiempo que él mismo se planteaba por qué ella no mostraba hacia él el mismo odio que sus compañeras.

En ese momento, un latigazo de dolor le recorrió toda la pierna, naciendo en la herida y extendiéndose hacia arriba y abajo como una culebra de mar bajo la piel. Árgoht no pudo evitar un quejido angustioso. Su frente se perló de sudor y tuvo que apretar los dientes para no seguir gritando. El cráneo del *lethur* cayó al suelo cubierto de hierba.

—¡Por la diosa! —exclamó Kleria acercándose a él sin desmontar—. Estáis muy enfermo, se os nota que tenéis fiebre a simple vista.

Kleria alargó la mano para tocar la pierna de Árgoht, pero este la apartó bruscamente.

—Dejadme —le espetó con los dientes aún apretados—. ¡Estoy bien!

Pero lo cierto era que no estaba nada bien. Estaba pálido y grandes ojeras violáceas le enmarcaban los ojos dándole un aspecto sombrío.

Por fin, el dolor remitió y el meledino recuperó el control. Para entonces, tenía la camisa empapada en sudor, así como los cabellos negros que casi le cubrían el rostro.

—Debo encontrar a ese Despreciable vuestro —Árgoht jadeaba tratando de recuperar el aliento—. Con un poco de suerte, él tendrá el antídoto de este veneno.

—Si es así, habrá que arrancárselo de sus manos muertas, pues nunca os lo dará

voluntariamente.

Árgoht alzó la mirada hasta clavarla en la de la mujer. En ella se veía la más dura de las determinaciones, como una tormenta cuyo avance es imposible detener.

—Que así sea —dijo entre dientes agarrándose de nuevo la pierna.

—¿Podéis seguir hasta llegar a la ciudad? No me gustaría tener que cargar con vos. Si no podéis hacerlo, decídmelo ahora.

—Sí —lo que no le dijo fue que quizás se desmayara por el camino. Su orgullo le impedía aceptar que aquella mujer volviera a salvarle la vida. Tendría que aguantar hasta llegar a Lúrmanis. Si no encontraban pronto al hombre que perseguían, quizás encontrarán algún curandero que pudiera al menos aliviarle el dolor y el avance de la enfermedad—. Sigamos.

Se pusieron de nuevo en marcha. Tanto Ondriva como Hertania habían permanecido observando la situación sin intervenir y se pusieron a la cabeza de la marcha, en tanto que Kleria permaneció junto al hechicero, aunque a una distancia prudencial. Árgoht esperaba en su fuero interno que no se encontraran con ningún problema o peligro en la ciudad, pues no se hallaba con fuerzas suficientes ni para realizar el más simple de los sortilegios.

Por fin, llegaron a Lúrmanis. Se dirigieron a un enorme arco abierto en la muralla que la rodeaba y en cuyo punto más alto se veían asomar los dientes negros de un gran rastrillo. El muro medía muchos metros de altura y en su cumbre se podían ver varios soldados patrullando sin dejar de prestar atención a cuantas personas pasaban bajo ella. También a ambos lados de la puerta había varios guardias vigilantes que de cuando en cuando daban el alto a quienes consideraban sospechosos para registrarlos a ellos y sus carromatos. El control era aleatorio y, aunque no tenían nada que esconder, Árgoht temió el retraso que supondría que los detuvieran allí con preguntas estúpidas sobre a dónde iban o de dónde venían.

El flujo de personas que caminaban en la misma dirección que ellos fue aumentando a medida que se aproximaban. Procedían de todas direcciones excepto del este, de donde ellos llegaban, ya que la ruta habitual pasaba por Tas, lo que hacía que el origen estuviera en dirección sureste. Había gente de todas clases: soldados, caballeros, monjes, mercaderes... Formando grupos de personas a cual más diferente del anterior. Árgoht miró con disimulo a Kleria y pudo observar que tanto ella como sus compañeras estaban visiblemente nerviosas ante tanta gente. Si había entendido bien lo poco que ella le había contado de su viaje hasta el día en el que se encontraron, intentaban evitar en la medida de lo posible las ciudades, lo que sin duda había evitado que su investigación avanzara como debía. Rodeadas de gente desconocida se sentían fuera de lugar, incómodas y violentas. Como respondiendo a los pensamientos del hechicero y casi al unísono, se pusieron sus yelmos de combate, quizás en un intento inconsciente de protegerse de la amenaza que aquellas personas extrañas y diferentes suponían para ellas. Lo que no parecieron percibir es que los yelmos, ricamente labrados y muy llamativos, conseguían justo el efecto contrario al

que pretendían, pues tenían un aspecto digno de ser observado: tres imponentes mujeres, ataviadas con petos de cuero, botas altas, tupidas capas de viaje y casco, a lomos de animales recios y de buena cría.

—Kleria, quizás deberíamos entrar a pie. Llamamos mucho la atención y, si la persona que buscamos se encuentra aquí y tiene alguna noticia de vuestra persecución, no debe saber de nuestra presencia hasta que sea imprescindible.

La zághera meditó durante un instante y asintió. Les dirigió unas palabras a sus compañeras y las tres bajaron del caballo y siguieron a pie. También se quitaron los yelmos y se cubrieron más con las capas a fin de esconder lo más posible las armas que portaban. Árgoht también se apeó de *Karzan*, y se arrebujó en su capa, no solo para evitar miradas, sino porque sentía mucho frío. El aire bajaba helado de las montañas y la fiebre que le recorría el cuerpo no hacía sino empeorar su situación. Le castañeteaban los dientes.

A pesar de sus temores, llegaron bajo el arco y lo traspasaron sin que ninguno de los guardias les echara una segunda mirada. Por lo menos a él. Las zágheras sufrieron un escrutinio algo mayor, pero el meledino sospechaba que se debía más a su condición de mujeres que a su posible desconfianza en ellas.

Una vez cruzado el arco se encontraron en una gran explanada de piedra gris y forma circular en cuyo centro destacaba una gran estatua. Varias calles se abrían a partir de ella en todas direcciones y los viajeros que se agolpaban a la entrada se iban dispersando por unas u otras según sus propios destinos. Árgoht se sintió perdido. Había estado allí en otra ocasión, muchos años atrás, pero debió de ser en otra zona, pues no recordaba nada de lo que veía. Hacia el interior, podía verse la torre desde la que el Caballero del Lago vigilaba la ciudad. Era una mole prismática sin ningún adorno y de aspecto inexpugnable.

—¿A dónde vamos? —le preguntó Hertania a Kleria, que se encogió de hombros y trasladó la pregunta al hechicero. Este imitó el gesto de la mujer al tiempo que detenía a un hombre para preguntarle.

—¿Posadas? —respondió el ciudadano—. Para tomar y regalar. ¿Es la primera vez que visitáis la ciudad?

—Algo así.

—Dependerá de cuánto dinero deseéis gastaros, señor, y de las compañías que os gusten —entonces miró a las tres zágheras y sonrió con picardía—. Aunque veo que vos ya venís muy bien acompañado.

Árgoht hizo caso omiso del comentario y observó por el rabillo del ojo cómo Kleria contenía la mano de Hertania que ya se dirigía al puño de su espada.

El hombre interpretó correctamente la situación y la sonrisa se borró de su rostro. Tragó saliva antes de volver a hablar.

—En aquella dirección —dijo señalando al norte— encontraréis dos posadas bastante decentes aptas para un señor como vos. Limpias y calientes, con buena comida. En aquella otra —ahora el suroeste— hay varias más, aunque son más sucias

y sus clientes más vulgares. Encontraréis muchas más, pero a no ser que busquéis pelea, contrabando o prostitutas, con las que os he señalado os irá bien. Si elegís alguna de las buenas, os recomiendo *El tocino rojo*, el establecimiento de un primo segundo mío que no os defraudará. Decidle que vais de parte de Tirmo y os tratará bien.

Árgoht se despidió con un gesto y tomó la dirección que les había señalado inicialmente. Tras recorrer algunas decenas de metros y tal y como les había dicho el hombrecillo, dieron con un local sobre cuya puerta colgaba un cartel de madera algo raído en el que se leía *El tocino rojo* en letras rojas sobre el hocico de un cerdo que parecía sonreír. Del interior del establecimiento les llegó el sonido de risas y el olor de la carne cocida. Nada más cruzar la puerta Árgoht se relajó al sentir el calor de la gran chimenea encendida al fondo del local; era una estancia muy amplia con varias mesas de madera, casi todas ocupadas con pequeños grupos de clientes. El suelo era de madera oscura, como la escalera ubicada frente a la puerta y al otro extremo del salón, que conducía a los dormitorios de la planta alta. A la izquierda, Árgoht vio la barra desde la que un hombre joven y fornido servía jarras y platos a diestro y siniestro. De una puerta lateral, situada tras el joven, salía un agradable olor a cerdo cocinado. Solo entonces se dio cuenta el meledino de lo cansado que estaba y el hambre que tenía.

Las mujeres no parecían compartir los sentimientos del hechicero. Se las veía tensas y en alerta, y Árgoht no tardó en deducir por qué: la gran mayoría de los clientes de la posada eran hombres y las pocas mujeres que había a la vista eran sirvientas o amantes descocadas. Para las zágheras aquello era como entrar en territorio enemigo y se les notaba los músculos contraídos. Árgoht supo que estaban a punto de atacar al primero que se dignara dirigirles tan siquiera la mirada.

—Conteneos —les dijo intentando atajarlas. Ninguna de las tres lo miró—. No es momento para esto. No estamos en Krahedia, aquí las cosas son distintas. Si no podéis aceptarlo y asumirlo, mejor será que esperéis fuera de la ciudad.

Kleria miró al hechicero y él pudo ver en aquellos ojos un odio antiguo y denso. Aunque a él ella le había mostrado respeto y lo había tratado bien, no sería igual con todos los hombres y las costumbres de su pueblo estaban muy arraigadas en su corazón.

Cogió aire y habló con voz contenida.

—Lo haremos.

Árgoht se acercó a la barra y pidió dos habitaciones. El joven musculoso miró al grupo con curiosidad y, por segunda vez en poco tiempo, su configuración inspiró una sonrisa pícaro.

—¿Seguro que desea dos? Por lo que veo con una le iría mejor...

El hombre rio abiertamente.

—Tirmo me advirtió de tu lengua, posadero, pero pensé que sabrías comportarte.

—¿Os envía Tirmo? —el tono y el rostro del hombre cambiaron radicalmente.

—Sí. Me dijo que sabías distinguir a alguien importante de la chusma y que sabrías tratarnos como merecemos.

—Por supuesto, señor, solo estaba bromeando.

—Pues no lo hagas de nuevo —el tono del meledino y sus profundos ojos violetas no dejaron lugar a respuesta alguna—. Necesito dos habitaciones.

Un minuto más tarde se encontraban en la planta superior. Árgoht notó el esfuerzo que les supuso a las zágheras atravesar discretamente y sin altercados el atestado local. Cuando llegaron arriba, sus respiraciones se habían calmado un poco, aunque no así sus ánimos.

—Nos estás provocando, brujo, al traernos a este sitio infecto e impropio —dijo Hertania acercándose a Árgoht hasta casi juntar su rostro al de él.

Este la miró largamente antes de responder, tratando también de contenerse ante lo que para él era un serio insulto. El hechicero no se amilanó y mantuvo la postura y la mirada sin parpadear.

—Os repito que ahora no estáis en vuestra casa. Si no estáis dispuestas a mezclaros con la gente mejor os hubierais quedado en vuestra tierra. En toda Thera hay hombres, por mucho que os cueste aceptarlo. Y no todos están buscando la ocasión de dañaros.

Las tres mujeres guardaron silencio, inseguras de cómo responder. Estaban poco acostumbradas a que alguien les llamara la atención.

—Tiene razón —intervino Kleria—, tenemos que relajarnos. Estos hombres no nos harán ningún daño. Debemos centrarnos en nuestra misión.

—Tranquila, Kleria, Hertania se va a relajar enseguida. Además, sabe que si quiere una pelea de verdad, con sangre manchando el suelo, solo tiene que llamarme *brujo* de nuevo.

La zághera dudó un segundo ante la impávida amenaza del meledino, pero Kleria intervino antes de que el orgullo la llevara a cometer un error.

—Basta, hermana, déjalo ya —la tomó por los hombros y la empujó en dirección al dormitorio, donde ya le esperaba Ondriva. Hasta el último instante mantuvo su mirada fija en el hombre, aunque su intensidad había disminuido notablemente.

—Debemos descansar —dijo Kleria, y entró en la habitación en pos de sus compañeras.

Árgoht tuvo que estar de acuerdo con la zághera y se dirigió también al dormitorio que el posadero, que resultó llamarse Grendio, le había asignado. Los caballos quedaron a resguardo en un pequeño establo situado en la parte trasera del edificio.

Su habitación era un cuarto pequeño pero limpio, con una ventana que daba a la calle posterior. Desde ella se podía distinguir con claridad la silueta de la fortaleza del Caballero del Lago. Abrió la ventana para dejar que entrara el aire. Se sintió tentado de acostarse, pues la cama no parecía demasiado incómoda, pero necesitaba comer algo primero, por lo que salió cojeando del dormitorio y bajó al salón atraído por el

fragante olor de la carne cocida.

El posadero se mostró muy amable con él, sirviéndole en la barra un buen pedazo de carne asada con coles de Tas, muy valoradas en la zona, y regado con un fuerte vino del este. Árgoht estaba tan hambriento que incluso el dolor de la pierna pareció desaparecer mientras daba cuenta de la cena. Aprovechó el tiempo para observar a los clientes presentes en la sala, muy mezclados y de muy diferentes nacionalidades a la vista de sus ropas y colores de piel. Un monje de Gis, fácilmente reconocible por su cráneo marcado de cicatrices, algunos soldados de permiso, un bufón intentando ganarse algunas monedas sin mucho éxito, hombres de piel oscura procedentes del norte... El ambiente era agradable y tranquilo, aunque las voces empezaban a alzarse a medida que el vino iba haciendo efecto.

Árgoht llamó al posadero con una seña y, puso el cráneo de *lethur* sobre la barra al tiempo que pedía una segunda copa de vino que le calentaba las entrañas y le aliviaba el dolor.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó al posadero.

Grendio lo miró con cara de extrañeza, como intentando adivinar si aquel hombre peculiar, que clavaba en él sus impresionantes ojos violetas, le estaba tomando el pelo.

—Claro que lo sé. Es un *lethur*. Aquí hay a miles.

—¿Eres bueno para recordar rostros?

—No sabría decirlo, por aquí pasa mucha gente y son muchos rostros para acordarme de todos...

Árgoht echó mano de un pequeño saco y extrajo el pedazo de tela con el emblema del Despreciable, sucio y medio roto, que le habían quitado al cadáver del mercenario abatido en Narmanthia. Lo extendió sobre la barra hasta el punto de que fuera reconocible y puso sobre él una moneda de plata de Meledel, muy raras y valiosas. Grendio, que la reconoció al instante, abrió mucho los ojos, que se le habían llenado de codicia.

—Esta moneda vale lo que valga tu información.

Grendio asintió sin dejar de mirar la moneda. Desde el otro lado de la barra, un cliente lo llamaba a gritos pidiendo otra jarra de licor. El posadero se giró y le hizo un gesto obsceno para que se callara.

—¿Qué queréis saber?

—Quiero saber si en las últimas semanas habéis visto este emblema en alguno de vuestros clientes.

El meledino clavó la mirada en el rostro del posadero, presto a distinguir en su respuesta la verdad de la mentira. Grendio comenzó a sudar y a mover mucho los ojos, como si estuviera rebuscando en su cabeza la información que necesitaba para ganarse una moneda de plata. Árgoht sabía que, si no recordaba, inventaría.

Tras unos segundos de vacilación y secándose el sudor con la manga de la ya sucia camisa, respondió con evidente fastidio:

—No, mi señor, no lo he visto, y si ha pasado por aquí alguien portando ese emblema, yo no lo recuerdo.

Árgoht supo entonces lo cerca que había estado de mentirle, y el gran esfuerzo que había hecho para no hacerlo, quizás temiendo represalias de algún tipo. Con un gesto rápido de la mano, guardó la moneda de plata y sacó tres de bronce que depositó sobre la barra.

Tras la mirada desconsolada del joven, se vio obligado a explicarse.

—Dado que no me has aportado dato alguno, el precio de vuestra información es nulo. Pero aprecio vuestra sinceridad y la comida es buena.

Dicho esto, se despidió y se dirigió a su dormitorio. El efecto del vino sobre el dolor casi había desaparecido, por lo que tuvo que subir la escalera agarrándose a la barandilla para no apoyar el peso sobre la pierna herida.

Su cuarto disponía de un pequeño catre y una jofaina con agua limpia. Árgoht cerró los postigos de madera y comenzó a desvestirse. Se quitó cuanta ropa llevaba encima y se estremeció al sentir el aire frío sobre su piel. Tuvo que agarrarse la pierna cuando se sentó en el suelo de madera, con la espalda apoyada en el catre. Hizo un esfuerzo enorme por ignorarlo, cerró los ojos, y comenzó el *Terh-arhak*.

Precisamente debido al dolor, le costó mucho más de lo normal alcanzar el estado de concentración necesario, pero aún así, para su sorpresa, lo consiguió. En ese momento, el mundo cambió a su alrededor. Los colores de la habitación se disolvieron, quedando todo en gris y blanco. Árgoht paseó la mirada por la estancia buscando la puerta que necesitaba. La encontró en un pequeño resquicio entre dos tablones, un agujero casi imperceptible por el que apenas si habría pasado un ratón. De él comenzó a surgir una luz de color ámbar muy brillante que destacaba sobre los apagados tonos del resto de la habitación. Supo que había encontrado su puerta al tiempo que la intensidad del brillo aumentaba hasta ocupar por completo su visión. Por un momento se sintió cegado por aquella luz que lo bañó y le dio calor, como si unas manos enguantadas le acariciaran todo el cuerpo con dulzura. Árgoht se dejó llevar y su cuerpo se relajó. Notó cómo la intensidad de la sensación aumentaba en la zona herida mientras el dolor remitía con un cosquilleo.

La luz se despejó a su alrededor, aunque se mantuvo en su pierna, como si se hubiera concentrado allí. Frente a él todo había cambiado. La habitación había desaparecido y se encontraba en una alta montaña, mirando más abajo al resto del mundo. Podía sentir el aire gélido en su rostro, si bien su piel no percibía el frío como algo negativo, sino que, por el contrario, lo reconfortaba. La negra cabellera negra se agitaba a su espalda al mismo tiempo que su capa, que ondeaba como un látigo. Veía las nubes moverse ante él, recorriendo el cielo azul en todas direcciones, como si cada una siguiera su propia corriente de aire. El silencio era total y absoluto.

Cada vez que entraba en *gehvaal*, el escenario cambiaba de alguna manera. Podía estar en una montaña, como en esa ocasión, o en una playa, desierto, selva... A veces no estaba en ningún lugar concreto, pero esto era muy desconcertante para él y rara

vez ocurría. Su condición humana le pedía tener los pies en el suelo, aunque fuera de forma simbólica.

Ya había estado antes en aquella montaña, y sabía lo que encontraría cuando se diera la vuelta. Sin embargo, notaba algo diferente. Aunque todo podía cambiar de una ocasión a otra, esta vez la modificación era más profunda, era *esencial*. Había algo en el aire, en su manera de percibir su entorno, que le inquietaba, como un picor bajo la piel, tenue pero real.

Árgoht se dio la vuelta. Al girarse, el viento se detuvo de pronto, de forma que tanto su pelo como su capa cayeron a su espalda, inertes como si hubieran muerto de pronto. Ante él se le mostró la boca de una gruta. A pesar de ser pleno día, en su interior no entraba la luz, y la oscuridad era absoluta, de tal forma que, cuando avanzó y penetró en ella, pareció como si, literalmente, se lo hubiera tragado la tierra.



Anímate —le dijo *Lady Fasila* a la princesa *Loena*. Le había pedido a su hija que la acompañara aquella mañana a pasear por los jardines reales, una amplia extensión de terreno cuidado con exquisitez y sembrado con las más variadas especies de vegetales. En aquel momento, los árboles estaban aún deshojados debido al frío, pero aún conservaban la magnificencia que en verano demostrarían en forma de colores brillantes. *Loena* había aceptado de mala gana, pero una vez se pusieron a caminar, se relajó y empezó a disfrutar del paseo—, no me gusta verte tan alicaída y triste.

El conjunto que formaban la fortaleza y los jardines era conocido por el pueblo como el Barrio de la Esperanza, pues el que entraba en él solía portar el deseo de ser recibido por el rey para que escuchara y estudiara alguna petición. El nombre venía de antiguo y la reina aún no sabía si le gustaba o no.

—No puedo estar de otra forma, madre.

—Sé que estás dolida, y lo comprendo perfectamente.

Loena se detuvo en seco con fuego en la mirada.

—No creo que lo entiendas. A ti te permitieron elegir, te dieron tiempo para enamorarte y aceptaron tu decisión.

—Eso es cierto, pero el amor es un juego de azar que se sabe cómo empieza pero nunca cómo termina. A lo mejor este matrimonio no es lo que tú habrías elegido, pero eso no significa que no pueda ser un matrimonio largo, fructífero y lleno de amor sincero.

—Perdóname, madre, pero lo dudo.

—Eres joven y te cuesta aceptarlo, pero el amor se consigue con esfuerzo y constancia, no solo con un impacto de los dioses y una aventura a escondidas.

Loena apenas pudo contener una exclamación de sorpresa. Su madre la miraba con unos ojos inquisitivos y muy elocuentes.

«¡Lo sabe!», pensó la princesa a punto de caer presa del pánico, pero *Lady Fasila* siguió hablando sin dar más trascendencia al comentario.

—Aprenderás a amar al príncipe Kleinan y lo harás con gran satisfacción en tu corazón, pues sabrás que estás haciendo lo mejor para el pueblo al que representas. Y te puedo asegurar por experiencia que no hay nada más grato que saber que tus actos son beneficiosos para muchas personas que confían en ti.

Loena no fue capaz de responder y casi había perdido el hilo de la conversación. Su corazón se había acelerado y hacía esfuerzos por retomar el ritmo de su respiración y calmar sus palpitaciones antes de que su madre sospechara, si no lo hacía ya.

—Entiendo cuál es mi situación para con mi reino —consiguió decir tras un rato de silencio que la reina respetó—, pero no me quito de la cabeza las manos de ese chico sobre mi cuerpo y es algo que me repugna.

—Tienes que estar por encima de todo eso, hija mía. Tendrás que ser fuerte. Además, a lo mejor ha heredado de la sangre de Clem alguna otra cosa grande aparte de los ojos.

Su madre soltó una risita nerviosa al tiempo que le hacía un guiño. Loena no podía creer lo que acababa de oír y también se echó a reír. La tensión entre ambas desapareció de pronto llevada por el viento y el aire que salió de sus pulmones.

Lady Fasila tomó a su hija entrelazando sus brazos.

—Te irá bien, cariño, estoy segura. El sacrificio que harás no se olvidará en los anales del tiempo.

Loena no respondió. Ella no quería formar parte de la historia, no buscaba que su nombre fuera recordado. Ella solo quería vivir su vida a su manera y ser feliz junto al hombre que amaba.

Se giró y hundió la cabeza entre los pechos de su madre mientras sus lágrimas empapaban su corsé y escuchaba las palabras amorosas que le decía para consolarla sin éxito alguno.

Ya en sus habitaciones, la princesa Loena no sabía qué pensar de lo que su madre le acababa de decir. Debía interpretar de aquellas palabras que ella estaba al tanto de su relación con *Vâhlere*, pero no había querido hablar de ello abiertamente. Podía haber cientos de razones para ello, pero el caso era que ella lo sabía. ¿Haría algo al respecto? ¿Lo sabría también su padre? No, si fuera así ya habría venido a aporrear su puerta hasta sacar de ella una confesión.

Las lágrimas, fruto de la impotencia y la incertidumbre, se agolpaban en sus ojos y a duras penas lograba contenerlas. Solo lo conseguía paseándose arriba y abajo en su habitación como un pájaro enjaulado. Y en verdad, así se sentía. Se acercó a la ventana y la abrió de par en par. La temperatura había mejorado un poco a medida que se acercaba el mediodía, pero seguía haciendo bastante frío. Desde su dormitorio

se veía el patio de armas y el puerto, muy ajetreado a aquella hora de la mañana. Sintió deseos de coger uno de aquellos barcos y perderse en el mar, atracar en cualquier puerto desconocido para poder vivir su propia vida y tomar decisiones por sí misma. Porque eso era lo que ella necesitaba: controlar sus pasos y su destino. Su mirada se perdió durante unos instantes en el horizonte lejano, y entonces se le ocurrió una idea. Era descabellada, pero le hizo sonreír de oreja a oreja.

—¡Yindala! —llamó a voz en grito.

La muchacha apareció desde la estancia contigua a su dormitorio. Cuando entró encontró a la princesa reclinada sobre su escritorio y redactando una breve nota en un pedazo de pergamino.

—Llévale esta nota, Yindala. Con la mayor discreción.

—Sí, señora.

Y dicho esto abandonó la habitación. Loena se echó por encima su pesada capa de piel de makor y se dispuso a salir. Uno de los criados esperaba órdenes sentado junto a su puerta y se puso en pie desde que sintió abrirse la puerta.

—Ve a preparar mi caballo. En silencio.

El criado se limitó a asentir y salió raudo en dirección a la escalera que le llevaría al patio y las caballerizas. Ella volvió a entrar en el dormitorio. Su montura necesitaría algunos minutos para estar preparada y no quería que nadie la viera allí esperando.

Pasado un buen rato, Yindala volvió, agitada y sudorosa.

—He tenido suerte, mi señora, pues estaba en el castillo. Hará lo que le pedís.

Loena esbozó una sonrisa nerviosa.

—Bien. Vamos.

—¿Vamos, mi señora?

—Sí, te vienes conmigo —Loena cogió de la mano a su asistente y tiró de ella hasta el pasillo. Ambas bajaron a toda prisa las escaleras, aunque intentando llamar la atención lo menos posible. En el patio estaban entrenando la estocada con la espada ancha un grupo de jóvenes soldados bajo la atenta supervisión de Jandros, el maestro de armas, y algunos maestros más, todos ellos hombres curtidos en cientos de batallas y marcados como prueba de ello por infinidad de cicatrices que mostraban como si de trofeos de guerra se trataran.

Se dirigían a las caballerizas a paso ligero. Una vez allí tomarían sus monturas y saldrían por La Puerta Soberana, la más transitada, pues no tenía intención de ocultar su salida, aunque sí su destino. No era extraño que saliera a cabalgar a horas inapropiadas y nadie se sorprendería por ello, si bien sus padres se lo tenían prohibido. Se llevaría una bronca después, pero habría logrado su objetivo primero.

Sin embargo, ya con la puerta de las caballerizas a la vista, tropezaron de frente con su madre, que se encontraba haciendo un reconocimiento de las necesidades de reparación de una zona de la fachada sur de La Torre del Trono.

—Loena, ¿a dónde vas tan aprisa?

La princesa no pudo evitar balbucear mientras buscaba una excusa razonable. Su madre se fijó en la ropa de abrigo que ambas llevaban y la dirección que seguían en su carrera, que les llevaba directamente hacia los establos. *Lady Fasila* no era tonta y estaba ya prevenida ante esta actitud, así que ató cabos con facilidad.

—Dejadnos —dijo a los sirvientes que la acompañaban, entre ellos el maestro constructor—. Tú no —le dijo a Yindala cuando esta se dio la vuelta para retirarse también. Cuando se hubieron alejado lo suficiente, volvió a hablar dirigiéndose a su hija—. ¿Se puede saber a dónde ibas? Más te vale no mentirme.

La mirada de su madre no dejaba lugar a la discusión.

—Íbamos a cabalgar —Loena bajó la cabeza sabiendo lo que venía a continuación, y la reina no la sorprendió.

—Sabes muy bien lo que tu padre y yo pensamos de que salgas sola a cabalgar —dijo *Lady Fasila* con tono severo.

—No iré sola. Yin vendrá conmigo —al princesa trataba de moderar el tono y controlar sus nervios.

La reina miró a la criada y amiga de la infancia de su hija, que no levantaba la vista del suelo.

—Yindala, te creía más lista. No le puedes permitir cada cosa que se le ocurra.

—Lo siento, mi señora.

—No la tomes con ella —intervino Loena, comenzando a enfadarse—. Fue idea mía y de nadie más. Ella solo me obedecía. Quiero ir a cabalgar, madre, necesito tomar aire.

La reina se encontraba de buen humor, y era consciente del estado de tensión al que estaba sometida su hija, así que, ahora sí, la sorprendió al responder:

—De acuerdo, pero no irás sola. ¡Jandros!

El hombre se giró hacia las tres mujeres y dio unas instrucciones rápidas al soldado que se encontraba junto a él para que continuara con el entrenamiento. Después, se acercó. Una vez frente a ellas, les dirigió una breve reverencia.

—Mis señoras...

—Necesito que me prestes dos de tus hombres para que acompañen a mi hija a cabalgar.

La mirada de Loena, consternada y avergonzada, lanzaba chispas. No se atrevería a replicar a su madre en presencia de un subordinado, pero cuando Jandros se retiró, tras otra reverencia, para ir a buscar a un par de guardias, no pudo evitar explotar.

—Puedo ir yo sola. ¡No necesito escolta!

—Sí la necesitas, y no se hable más.

—Pero madre...

Loena contuvo su lengua, pues dos jóvenes soldados se acercaban a ellas. *Lady Fasila* los observó de arriba abajo. Jandros los acompañaba.

—No os fijéis en su juventud, mi señora —dijo el veterano soldado—, pues son hombres preparados y leales que darán su vida por la princesa y el reino.

—Espero que así sea —la reina no se fiaba demasiado. Parecían recién salidos de la instrucción—. Si mi hija sufre cualquier tipo de daño pagaréis con vuestra sangre. ¿Ha quedado claro?

Los dos hombres respondieron al unísono con un sí rotundo.

Loena observaba sin poder creer lo que estaba ocurriendo. La presencia de aquellos soldados podía estropear su plan, pero ya no podía echarse atrás, pues podría levantar sospechas en su madre.

Aún así, la reina no se dio por vencida y trató de convencerla por las buenas.

—Estamos viviendo unos días complicados. Hay mucha más gente, aparte de ti, que no ve con buenos ojos lo que tu padre pretende hacer. Tememos por tu seguridad y, si bien no esperamos ningún tipo de ataque directo, si algún desalmado te encontrara sola en el bosque podrían ocurrírsele ideas peligrosas.

—De acuerdo, madre —Loena solo quería irse, así que no pensaba discutir ni una sola palabra más.

Así pues, aceptó y retomó su camino en dirección a las caballerizas seguida por Yindala y su nueva escolta. Se había esfumado cualquier posibilidad de discreción, pero no estaba dispuesta a montar un espectáculo para salir de la ciudad. Cuando los cuatro estuvieron montados, salieron por la Puerta Soberana pero, en vez de dirigirse al Bastión del Este, que era la salida de la ciudad que más próxima se encontraba al bosque, llevó su montura hacia la puerta sur, mucho menos transitada. Aún así, fueron muchos los que la reconocieron y la saludaron con la mano al pasar. Alguno intentó que tocara a su bebé, al que casi le ponían sobre el regazo, llorando y agitándose, para que le diera su bendición. Pero Loena sabía que aquello era una pequeña parte de lo que habría sido si hubiera intentado salir por el este.

Por fin, se encontró fuera de los muros de la ciudad y sintió el aire con olor a tierra mezclado con la brisa marina, lo que le daba un perfume peculiar. Se arrebujó en su capa y se dirigió hacia el bosque con paso sereno, intentando controlar las ansias que sentía de encontrarse con su amado.



El resto de la tarde y la noche se habían hecho largos para Kleria, intranquila mientras cientos de pensamientos rondaban por su cabeza. Habían decidido descansar hasta el día siguiente antes de comenzar a recorrer las posadas y tabernas en busca de alguna pista sobre los mercenarios. A ella le había tocado dormir en el suelo, tras jugárselo con sus compañeras al azar. Se había hecho como había podido un hatillo con las mantas de viaje, sucias y salpicadas de hojarasca. Sus hermanas ocuparon las dos camas de que disponían. En ningún momento se planteó seriamente acudir a la habitación del hechicero para preguntarle si tenía una cama libre, si bien se le pasó por la cabeza. Oía la respiración de las dos mujeres y sabía que estaban profundamente dormidas, pero ella no conseguía conciliar el sueño reparador que necesitaba tanto como respirar. En su mente aún vagaban las palabras de la última conversación que había mantenido con sus hermanas antes de dormirse.

—No estoy muy segura de que ese hombre tenga que venir con nosotras —había dicho Hertania de pronto, muy seria con su voz grave. Se había cambiado de ropa, quitándose las prendas de viaje y poniéndose una túnica ligera.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó Kleria con un suspiro. No se había sorprendido por la pregunta.

—Ahora estamos cansadas y no es momento para una discusión —intervino Ondriva, mediando como siempre entre las dos—, pero tiene razón, Kleria. Él no debe participar en esto más de lo que lo ha hecho ya.

En efecto, la conversación había quedado aplazada, hasta el día siguiente, pero a ella le preocupaba mucho lo que sus compañeras pudieran opinar al respecto.

Su madre le había enseñado, gracias a sus años fuera de Krahedia, que no todos los hombres son unos inútiles y unos vagos que apenas sirven para perpetuar la especie. Ella misma se había enamorado de quien sería su padre y había tenido una

hermosa historia de amor. De no ser por aquello, quizás nunca hubiera regresado a la Isla y ella nunca habría sido una zághera. Anteriormente no se había arrepentido de volver, a pesar de quedar convertida en una Paria, pero se le notaba en el rostro la pena que siempre cargaba por el amor que había perdido.

Desde que nacen, a las zágheras les enseñan el desprecio por los hombres, su escasa relevancia en el orden jerárquico e histórico de su sociedad. Les decían que eran seres crueles y pendencieros para nada dignos del amor de una mujer orgullosa. Pero por otro lado estaba su madre, contándole mil historias preciosas sobre su padre muerto, de lo bien que la había tratado, consiguiendo que su odio ancestral quedara al margen. Si un sentimiento pudo desterrar esa inquina antigua y enraizada, es que era algo puro y digno de conocerse. Kleria no buscaba algo así en aquel viaje, pero si alguien le hubiera preguntado, no habría podido ocultar que, en el fondo, sentía mucha curiosidad por ello.

Y ahora se encontraba con este hombre, Árgoht, un poderoso hechicero que había conseguido que su búsqueda tuviera sentido, que hubiera un sitio en el que buscar, aunque fuera algo vago y casi irrisorio. Pero era más de lo que tenían un mes atrás. Beckäla había querido que sus caminos se cruzaran, y ella no era capaz de desentrañar el motivo si no era otro que ayudarlas en el sendero de su venganza. Estaba segura de que formaba parte de todo aquello de una forma o de otra.

Con este pensamiento último, por fin, se quedó dormida.

A la mañana siguiente, se despertó a la espera de que sus compañeras reanudaran la conversación que habían dejado pendiente la noche anterior, pero se mantuvieron en silencio mientras se vestían y se preparaban para bajar al salón a comer algo. Tenían agua en una jofaina, pero sucia y turbia. Al mirar por la ventana, pudo ver los carámbanos de hielo en que se habían convertido las gotas de rocío nocturno.

Ondriva se puso a su lado.

—Qué diferente a nuestra tierra, hermana.

—Sí —Kleria tenía la mirada perdida. Más allá, sobre los tejados de los edificios chatos que les rodeaban, se veían los picos blancos de las Urmak-oth, envueltos en bruma.

—No sé si me gusta.

Ondriva se dio la vuelta para terminar de preparar su petate y colocarse el peto de cuero, dejando a Kleria sola con sus pensamientos.

«A mi sí que me gusta», pensó.

Cuando llegaron al salón, Árgoht ya estaba sentado a una mesa y daba cuenta de lo que parecían tortas de harina con miel y un vaso de vino dulce y muy oscuro. Kleria se dispuso a acercarse a una silla a la mesa en la que se encontraba con la boca hecha agua por el exquisito olor que desprendía la comida, cuando Hertania la interrumpió.

—No, nos sentaremos aquí —señalaba otra mesa, algo más alejada y aislada.

Kleria se quedó bloqueada sin saber qué hacer.

—¿Por qué? —consiguió preguntar.

—Ya hemos compartido bastante con este hombre —la palabra «hombre» siempre resultaba despectiva de labios de la enorme zághera.

Un tenso silencio se estableció entre los cuatro. Árgoht depositó un trozo de torta que estaba a punto de llevarse a la boca en el plato y se limpió las manos en un pañuelo.

—No soy persona paciente, *mujer* —con esta palabra imitó el tono despreciativo que ella había usado— y creo que os estáis pasando de la raya. No os conviene poner a prueba mi paciencia ni mi buena voluntad. Os acompaño en este viaje, pero estad bien segura de que podría hacerlo solo.

—Si estás aquí es porque nosotras te salvamos la vida.

—Y si vosotras estáis aquí es porque yo supe entender lo que vosotras no. Podría decirse que estamos en paz.

Esto exaltó aún más a Hertania.

—No te debemos nada ¡Métetelo en la cabeza, brujo!

En ese momento Kleria sintió miedo. La mirada de Árgoht se encendió de pronto con un brillo oscuro y opaco al tiempo que se levantaba de un salto y, antes de que pudiera tan siquiera parpadear, ya se encontraba ante Hertania y la agarraba por la camisa, justo bajo el cuello, y la alzaba un palmo del suelo. El hechicero tenía los dientes apretados y los músculos de los brazos tensos bajo la fina camisa de manga corta que se había puesto esa mañana.

El brillo de los ojos aumentó de intensidad y se volvieron de un violeta intenso.

—Es la segunda vez que me llamáis así —dijo Árgoht con voz queda. Se estaba controlando a duras penas—. Os he pedido amablemente que no pongáis mi paciencia a prueba. Hacedlo una vez más y vuestras hermanas tendrán que cargar con un peso muerto de camino a casa.

Hertania tragó saliva y Kleria notó que el salón había quedado en silencio. Ondriva sacó una daga e iba a acercarse a Árgoht cuando ella le puso un brazo delante. Aquello tenían que resolverlo ellos solos. Hertania se enfadaría mucho si se atrevían a intervenir.

—Tu poder te ha hecho arrogante —consiguió decir Hertania con la voz ronca debido a la presión que el hechicero ejercía sobre su cuello—, pero es un defecto peligroso.

En ese momento, Kleria vio que, a pesar de lo rápido que se había movido Árgoht, ella había tenido tiempo de sacar un pequeño cuchillo y lo apoyaba entre sus costillas, directo al corazón. El meledino sintió la presión. Tras unos instantes de silencio absoluto en los que nadie en toda la estancia se atrevió siquiera a respirar, Árgoht sonrió con malicia.

—No negaré que sois buena, pero si creéis que un tajo, aunque sea en el corazón, me detendrá la próxima vez, id dejando dicho cómo queréis el funeral. Estáis avisada.

Árgoht depositó de nuevo a la zághera en el suelo, que cayó sobre sus rodillas

mientras se llevaba las manos al cuello y abría mucho la boca al tiempo que aspiraba grandes bocanadas del aire hasta ese momento negado. Ahora sí, Ondriva se acercó a ella, pero su hermana la apartó bruscamente mientras clavaba la mirada en el mago. Kleria notó que no era solo odio lo que había en ella, como había ocurrido hasta ese momento. Ahora, en el fondo de su mirada se encendía la chispa del miedo, y sabía que eso la hacía más peligrosa aún. Hertania notó que ella la miraba, y bajó la vista por fin, concentrándose en coger aire. Ondriva la ayudó a levantarse y la llevó a la mesa más apartada del hechicero que encontró.

El sonido regresó al salón una vez que la diversión se hubo disipado y Árgoht volvió a su comida como si nada hubiera pasado. Notó cómo Kleria lo miraba de forma extraña, entre sorprendida y asustada. Y es que ella también había temido el poder que sintió nacer de él. Sin decir una palabra, acudió junto a sus compañeras.

—¿Estás bien? —preguntó cuando llegó junto a ellas.

—Sí —respondió Hertania con la mirada baja—. Siento haberos dejado en evidencia, hermanas. Mi comportamiento no ha tenido excusa. Le he atacado sin motivo y he merecido el aviso. Y gracias por no intervenir, habría sido vergonzoso.

Ondriva puso la mano en su hombro.

—Tranquila, ahora come —alzó la mano y Grendio acudió raudo. Unos instantes después tenían ante ellas el mismo plato que Árgoht—. No te disculpes.

—Gracias.

Después de eso, comieron en silencio durante un rato. Fue la misma Hertania quien lo rompió.

—¿Lo habéis notado?

—¿El qué?

—Su poder —las tres miraron al meledino, que había terminado de comer y bebía un sorbo de vino distraídamente—. Me sentí envuelta en él y se me erizó todo el vello del cuerpo. Ese hombre es un peligro, para nosotras y para todos. Es una aberración que Ezäg, debería destruir. Ojalá la pierna se le pudra, y con ella el corazón.

La voz y la mirada de la zághera estaban teñidas de odio y frustración.

—Es un monstruo.



Árgoht terminó de comerse las tortas y se entretuvo en beber el vino con lentitud. El encontronazo con la zághera le había afectado más de lo que le habría gustado admitir. No quería problemas con ninguna de ellas, pero Hertania parecía no aceptar su presencia y respondía exageradamente ante cosas triviales. A él no le había gustado su propia reacción, pues era poco dado a las exhibiciones públicas que podían llamar en exceso la atención sobre su persona. Quería pasar lo más desapercibido posible en toda situación, pero esta vez se había excedido. De todas formas, se dijo a sí mismo, esa mujer necesitaba una llamada de atención y no pudo aguantar más sus provocaciones.

Las miradas de los presentes no dejaban de recaer en él con curiosidad mal disimulada. Árgoht estaba seguro de que la mayoría de ellos no estaba del todo seguro de lo que había visto, y dentro de algunos días estarían convencidos de que el brillo extraño de sus ojos era en verdad un error de su propia percepción. En un mes, nadie hablaría del asunto.

Pero ahora no podía preocuparse de lo que ocurriría en un mes, pues era el presente más inmediato lo que le preocupaba. Aunque el vino lo mitigaba un poco, el dolor de la pierna iba en aumento. No había querido quitarse la venda esa mañana, pues temía lo que podía encontrar debajo. Sentía la piel reseca y tensa, lo cual le causaba gran inquietud. Además, el enfrentamiento con la zághera le había supuesto una dosis extra de dolor. Pidió otra jarra de vino a Grendio con la esperanza de que el alcohol le aliviara un poco más antes de empezar la jornada de búsqueda del *lethur* al que perteneció el hueso que guardaba en el saco.

Cuando solo le faltaba un trago para terminar la jarra, Kleria se acercó y se sentó a su lado.

—Tenemos que ponernos en marcha.

Árgoht se puso en pie, se echó la capa sobre los hombros y se quedó quieto con la esperanza de que no se le notaran ni el dolor que le producía cualquier movimiento ni el desequilibrio que las dos jarras de vino le habían dejado en la cabeza. Sabía que el efecto duraría poco, así que intentó disfrutarlo todo lo que pudo.

Solo cuando llegó a la puerta vio a las otras dos zágheras ponerse en pie y acercarse hacia la salida. Ninguna le dirigió la palabra, aunque sus miradas fueron elocuentes cuando pasaron ante él y salieron al exterior.

La mañana era luminosa y clara, y la luz que bañaba la ciudad le obligó a cubrirse los ojos. Grendio tuvo la amabilidad de indicarles las principales posadas y tabernas de la ciudad, con lo que se ahorraron dar muchas vueltas sin sentido. Decidieron separarse en dos grupos para abarcar el número máximo de establecimientos en el menor tiempo posible. Ondriva y Hertania se fueron por un lado y Árgoht y Kleria por otro. Se encontrarían de nuevo en *El tocino rojo* al caer el sol.

La ciudad estaba formada por casas bajas de madera y paja que configuraban estrechas callejuelas oscuras y, en muchos casos, malolientes. En una de esas casas encontraron la primera taberna que Grendio les había indicado. Era un local pequeño y sucio cuyos dueños se aplicaban en limpiar los destrozos de la pelea que había habido allí la noche anterior, con la puerta cerrada a cal y canto. Árgoht golpeó con los nudillos y, unos instantes después, un hombre gordo y casi calvo, tan sucio como su local, abrió un poco la puerta y asomó la cabeza para ver quién era con cara de muy pocos amigos.

—¡Está cerrado!

—Lo sé. Solo deseo haceros una pregunta.

—Ahora estoy muy ocupado.

Y dicho esto cerró la puerta en las narices del hechicero, que volvió a tocar con insistencia.

El posadero volvió a abrir. Árgoht notó cómo agarraba con fuerza el palo del cepillo que llevaba en las manos y con el que hasta un instante antes estuviera barriendo el suelo del salón, sospechando que quizás lo necesitara para echarle de allí. Pero algo debió encontrar en la expresión del hechicero que le hizo cambiar de actitud.

—¿Qué necesita saber exactamente?

Árgoht sacó del pequeño bolso tanto el cráneo del pájaro como la tela con el emblema.

—Necesito saber si recuerda que alguno de sus clientes de los últimos meses llevara alguna de estas dos cosas encima, o ambas.

El hombre se echó a reír con estrépito mientras su prominente tripa subía y bajaba al son.

—Muy gracioso. ¿Pretendéis que recuerde el nombre de un cliente que pudo estar aquí meses atrás? Estáis loco.

Árgoht sacó una moneda de plata de su bolsa.

—Seguro que podrá hacer el esfuerzo.

El posadero miró alternativamente a la moneda y al rostro del hechicero. Tras unos instantes, cogió los dos objetos y los analizó sin mucho interés.

—No los había visto en mi vida. Bueno, el hueso sí, hay miles de pájaros de esos por aquí, pero la tela no.

Y dicho esto tendió la mano abierta hacia arriba. Árgoht tardó unos instantes en poner en ella lo que el gordo esperaba, intentando, como hiciera con Grendio, deducir de su expresión la verdad que podía haber en sus palabras. Finalmente, colocó en la palma la moneda de plata.

Sin una palabra más, el tabernero cerró la puerta y les dio la espalda. Kleria miraba a Árgoht algo desconcertada.

—¿Así, sin más? —preguntó cuando echaron a andar de nuevo—. Podía haberos mentido fácilmente.

—Podría haberlo intentado —replicó el meledino.

—¿Y vos lo habríais descubierto si mentía?

Árgoht tardó unos instantes en responder.

—El rostro es la puerta hacia el corazón si se sabe leer en él lo que quiere decir. Solo hay que conocer las señales. Este hombre decía la verdad.

Kleria no sabía qué responder. Quizás todo fuera una patraña, pero no tenía forma de comprobarlo. Sin embargo, sí pudo hacerlo a lo largo de toda aquella mañana, pues le vio interrogar a varias personas más y con todas ellas hizo lo mismo. Sin la moneda de plata en casi todos los casos, fueron de posada en posada, más propensas a abrir a aquellas horas que las tabernas, y la pregunta era siempre la misma. Ninguno de los consultados supo darles pista alguna, y Árgoht no insistió con ninguno de ellos. Cuando se alejaban del lugar, se limitaba a decir:

—Decía la verdad.

Y con eso zanjaba la cuestión y se dedicaban a buscar el siguiente establecimiento.

En una de las vueltas que dieron toparon de frente con la puerta norte de la ciudad, era casi mediodía y a través de ella, más allá de las murallas, pudieron ver la luz del sol reflejada en las aguas cristalinas del lago Lúrman. Ambos salieron de la ciudad para verlo mejor, pues era un espectáculo hermoso. El lago aparecía sereno al pie de las montañas como un animal dormido. Una fina capa de hielo sobre la superficie reflejaba el sol como si fuera un espejo, hasta el punto de que casi molestaba a la vista. Brillaban también los picos de la cordillera, a cuyo pie se mostraba el Tir-Alôn, el bosque que abrigaba tanto al lago como a la ciudad. Todo el lugar despedía una calma que llenaba de paz el corazón del hechicero. Apenas si había viento, por lo que las copas de los árboles estaban tan quietas como las heladas aguas del lago, formando un conjunto inmóvil como las montañas que lo enmarcaban.

—Vamos —le apremió Kleria—, sigamos.

Árgoht se demoró algunos instantes, pero finalmente reanudó el paso. Apenas hubieron cruzado el acceso norte, sintió de nuevo un fuerte pinchazo en el muslo que le hizo perder la fuerza en la pierna y tuvo que apoyarse en la rugosa piedra ocre de la muralla para no caerse. Kleria se apresuró a acudir a su lado.

—¿Estáis bien?

Árgoht apoyó la espalda en la pared y se dejó resbalar por ella hasta que quedó sentado en el suelo. Tuvo que agarrarse con ambas manos el muslo y apretar con fuerza los dientes hasta que el dolor se mitigó un poco.

—Esto es ridículo, Árgoht, debemos buscar un sanador para que os vea esa pierna.

En ese momento, apareció junto a ellos un hombre. Kleria, sorprendida, se giró hacia él. Era casi un anciano de cuyo rostro plagado de arrugas colgaba una espesa barba blanca. Vestía de gris plata, la tela opaca y gruesa, muy apropiada para aquellas temperaturas.

—¿Necesitáis ayuda?

Kleria tardó unos segundos en reaccionar, pero ya el hombre se había acercado al hechicero.

—No importa. Ayudadme a levantarlo.

Sin pensárselo, el hombre se agachó cerca del hombro izquierdo de Árgoht.

Kleria miró largamente al hombre, indecisa.

—Por si no lo habéis notado, soy un anciano. No podré alzarlo yo solo. ¿Os importa...?

La zághera reaccionó por fin y se situó bajo el hombro derecho de Árgoht que había empezado a sudar y a temblar debido a la fiebre. Parecía a punto de perder el sentido.

Kleria introdujo su brazo bajo una de las axilas del hechicero y el hombre de la barba hizo lo propio con la otra. Árgoht no hizo ademán alguno de impedirlo o de oponerse. Cuando lo tuvieron bien sujeto, el anciano comenzó a andar hacia un pequeño edificio de dos plantas que se encontraba a una decena de metros a su derecha.

—Habéis tenido suerte de que mi paseo matutino no me hubiera llevado ya más lejos —dijo el anciano entre jadeos, pues le costaba cargar el peso de Árgoht que Kleria llevaba sin ningún esfuerzo—. Hoy me he rezagado un poco.

El hombre rio por lo bajo con su propio comentario, si bien ella no le vio ninguna gracia. Unos instantes más tarde, entraban en un edificio cálido, íntegramente de madera y accedían a un salón amplio con una gran chimenea encendida justo en el centro que no terminaba de ahuyentar las sombras que gobernaban el espacio vacío. Al fondo se apreciaba una escalera que ascendía hasta el piso superior y a ambos lados de la estancia, decenas de puertas con el interior a oscuras. Había más gente allí, otros hombres con túnicas como las del anciano y otras personas vestidas de manera común que entraban y salían de las habitaciones.

—¿Sois un sanador? —preguntó Kleria.

—Sí señora, lo somos —una sonrisa enmarcó el rostro del anciano.

Otro hombre se acercó a ellos cuando los vio e intentó ocupar el puesto de Kleria, pero la mirada de esta le dejó muy claro que no necesitaba ayuda alguna. De hecho, estaba sorprendida de lo poco que le pesaba el cuerpo del hechicero. Estaba más débil de lo que él mismo había querido admitir.

El anciano les hizo pasar a una de las estancias laterales y se acercó a una pared para prender una antorcha. Ante los ojos de Kleria, se mostró un pequeño dormitorio con solo un catre y una mesilla baja.

Kleria depositó sobre la cama el cuerpo de Árgoht sumido casi en la inconsciencia. El hechicero se dejó hacer con un quejido. Poco después apareció una muchacha joven, casi una niña, también vestida con una túnica gris, que traía una jofaina con agua fresca y un trapo. La depositó en el suelo con expresión seria y abandonó la habitación como un suspiro que se pierde en el aire. El anciano tomó el trapo, lo empapó en agua y lo apoyó en la frente del enfermo.

—Creo que debería ver esto —le dijo Kleria.

La zághera sacó una daga y rasgó el pantalón del meledino a la altura de la herida, que estaba cubierta con un vendaje hecho de trapos y que se encontraba empapado en una especie de sustancia marronosa con aspecto sucio. Enseguida llegó hasta ellos el olor de la carne corrompida.

El anciano dio un paso atrás, sorprendido, pero enseguida se repuso y cogió la antorcha para acercarla y ver mejor la herida.

—Esto es peor de lo que esperaba.

Antes de retirar la venda, salió al exterior y Kleria escuchó cómo llamaba a voces a alguien que le trajera más antorchas, pues necesitaba ver mejor. Unos instantes después apareció otro muchacho con dos teas que encendió usando la ya existente y se quedó con ellas en la mano sobre el cuerpo del hechicero.

El anciano comenzó entonces a retirar los vendajes con aspecto concentrado y la nariz arrugada. Kleria temía lo que pudieran encontrar, y sus peores temores se vieron confirmados cuando quedó a la vista la fea herida que Árgoht había soportado en silencio durante todo aquel tiempo. El muslo era una masa sanguinolenta de piel y músculo ennegrecido y putrefacto impregnado de pus. Toda la zona estaba oscura, desde la ingle hasta la rodilla y las venas se marcaban en ella como ríos negros que portaran la misma muerte.

—Es increíble que siga vivo —se asombró el viejo mientras le retiraba el paño de la frente y lo empleaba en limpiarle la herida del pus que parecía supurar a cada segundo. La fiebre había dejado de tener importancia—. ¿Qué le ha pasado?

Kleria se limitó a explicarle que había sido herido con una flecha que sospechaba que estaba envenenada.

—En efecto, es algún tipo de veneno, pero sus efectos son desconocidos para mí, que conozco miles de ellos.

—¿Sois un Pastor? —preguntó Kleria.

El hombre seguía concentrado en la limpieza mientras la niña iba y venía trayendo agua fresca a medida que se iba emponzoñando con los restos que el trapo dejaba en ella cada vez que lo enjuagaba.

—Lo fui. Hace mucho tiempo.

Kleria no preguntó nada más y se apartó para dejar al anciano trabajar. No sabía lo que tendría que esperar, así que salió al salón de la chimenea a calentarse las manos. Era una estancia muy amplia cuyas paredes estaban cubiertas de tapices, aunque sus dibujos no se apreciaban bien en la penumbra. Había otras personas rondando por allí, también a la espera. De uno de los cuartos comenzaron a surgir gritos de dolor que se le clavaban en el oído. Cuando ya no pudo aguantar más y empezó a sentirse agobiada, salió al exterior a que le diera el aire. Agradeció el contacto del aire fresco en las mejillas y se acercó de nuevo al lugar en el que se habían detenido a contemplar el lago, apenas unas decenas de metros más allá. Cuando llegó, aspiró una profunda bocanada de aire y se deshizo el lazo que amarraba su pelo en una cola alta. La melena castaña ondeó unos instantes antes de caer por su espalda como una cascada. En momentos como aquel se preguntaba cómo era posible que su pueblo hubiera decidido encerrarse voluntariamente en Krahedia y desconectarse de todas las bellezas que poblaban Thera. Aún no había pisado sino una pequeña parte de ella y había visto maravillas de todas las formas y colores. Un cosquilleo de regocijo le recorría la espalda al pensar en cuánto le quedaba aún por ver, cuántos lugares por visitar.

Un buen rato después, la niña seria que ayudaba al anciano se acercó hasta ella.

—Disculpe, señora, pero el maestro Voluthan os manda llamar, si sois tan amable.

Kleria se amarró de nuevo el pelo y regresó al edificio de madera. Aquel al que la niña había llamado maestro Voluthan la esperaba a las puertas de la habitación en la que reposaba el hechicero. En su rostro se reflejaba la preocupación.

—Está muy mal —le dijo nada más verla—. He limpiado la herida lo mejor que he podido, pero está muy corrompida y ha perdido masa muscular. Temo que pueda llegar al hueso. Le he aplicado algunas mezclas de hierbas muy potentes que deberían frenar el avance, pero dudo mucho que pueda detenerlo. Se nota a simple vista que es un hombre poderoso, pues de lo contrario ya estaría muerto. Su cuerpo consigue luchar contra el veneno, pero no eliminarlo. Por ello, no sé cómo reaccionara al ungüento ni cuánto más podrá vivir si este no tiene efecto.

Kleria prefirió no confirmar ni negar nada, pues no sabía cómo podía sentarle al hechicero que se supiera su verdadera condición.

—Entonces solo nos queda esperar y ver qué pasa.

—En efecto, mi señora. Le cambiaremos el vendaje y el ungüento tantas veces como sea necesario hasta que deje de supurar, si es que llega a dejar de hacerlo antes de que su vida se extinga. Le recomiendo que lo deje aquí hasta mañana para que pueda descansar. Estará bien atendido.

Kleria dudó un momento, pero concluyó que no tenía alternativa. Muerto, el hechicero no le serviría para nada.

—Gracias, maestro Voluthan.

El sanador hizo una pequeña reverencia y dejó sola a Kleria con sus pensamientos mientras se dirigía al cuarto desde el que un rato antes surgieran los gritos y que ahora estaba en silencio. Antes de decidir qué debía hacer vio cómo dos fornidos hombres sacaban un cuerpo de allí envuelto en una mortaja gris. A Kleria, a pesar de estar acostumbrada a la experiencia de la muerte, se le erizó el vello de los brazos.

Dentro de la habitación, la niña seria atendía a Árgoht poniéndole un paño en la frente para refrescarlo y bajarle la fiebre. Kleria le pidió que saliera un momento y se quedó en silencio observándolo. Parecía mucho más delgado ahora que unas horas antes, como si la fiebre y el veneno le estuvieran consumiendo el cuerpo igual que lo hacía con su vida. Tenía la piel pálida y los labios secos y agrietados. Se agachó en la penumbra y mojó el trapo en el agua fresca. Lentamente lo acercó a la cabeza del hechicero, nerviosa ante el posible contacto. No sabía cómo interpretar aquel cosquilleo, aquella curiosidad que despertaba en ella aún estando inconsciente y herido. Sentía ganas de tocarlo, de salvar esa distancia que él siempre mantenía con respecto al resto del mundo. Por fin, su mano llegó a la frente. Estaba ardiendo y lo notaba aún a través del trapo húmedo. Árgoht gimió bajo el contacto y Kleria retiró la mano bruscamente temiendo que pudiera despertarse. Pero no fue así y un momento después la niña seria entró de nuevo, tomó el paño de manos de la zághera y continuó con los cuidados.

Kleria llegó a la conclusión de que allí no había nada que ella pudiera hacer y regresó a la posada. Era temprano, por lo que sus hermanas aún no habían vuelto y se tendió en uno de los catres que no pudo disfrutar la noche anterior, decidida a descansar un rato. Sin embargo, no podía dejar de darle vueltas a lo que había sentido al entrar en contacto con Árgoht. La fuerza que desprendía le asombraba y el calor de su piel no parecía solo producto de la fiebre. Sentía en lo más hondo de su ser que aquel hombre tenía un papel trascendental que jugar en el futuro, no solo de su misión, sino de algo mucho más grande e importante.

Con este pensamiento en la cabeza, se quedó dormida casi sin darse cuenta.



De nuevo se encontraba frente a la oscura boca de la caverna. Todo se repetía igual que la vez anterior en cada mínimo detalle, cosa poco frecuente ya que lo más común era que el escenario cambiase en cada ocasión. Así pues, se dispuso a entrar en la cueva. Al igual que la otra vez, notó que había algo distinto, como si un olor ajeno hubiera invadido la escena. Miró hacia abajo y pudo ver algo que sí era realmente extraño. La pierna la tenía vendada y la tela estaba sucia y pegajosa. Por primera vez en toda su larga vida se había traído al *gehvaal* algo del exterior. Dedujo de ello que el daño que aquel veneno le estaba causando debía ser más profundo de lo que él mismo pensaba. Por primera vez se le pasó por la cabeza seriamente que pudiera llegar a matarlo. Aún así, no le dio más importancia, como si fuera algo ajeno a él.

La entrada de la cueva era amplia y estaba completamente a oscuras. Todo sonido desaparecía, de forma que solo se escuchaba el que él generaba con sus pasos y que le llegaban ampliados, como si hubiera un eco muy fuerte.

De pronto se le puso la piel de gallina y un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Había alguien más allí. Podía sentirlo igual que el aire que respiraba, pero no debería de haber nadie, pues aquel lugar era suyo y solo suyo.

Decidido a ignorar esa presencia que no podía ver, aunque la percibía con toda claridad, hizo lo que siempre iba a hacer allí. Se sentó en el suelo y apoyó la espalda contra la fría roca. Sus ojos parecían haber muerto, pues ninguna información le llegaba a través de ellos. Tal era la densidad de la oscuridad que lo rodeaba. Cruzó las piernas y apoyó las manos contra el suelo duro y húmedo. Sintió bajo sus dedos el tacto del musgo.

—Hola Madre.

La oscuridad desapareció y la caverna se llenó de colores que bailaban, primero lentamente y cada vez más rápido ante sus ojos cerrados. Al principio fue solo un

punto de luz, pero poco a poco se fue ampliando el espectro hasta que infinidad de luces, colores y movimientos llenaron el aire que lo rodeaba. El tiempo pasó indescifrable, como una marea imprevisible, cuando de pronto una figura invadió su campo visual. La Madre tenía intención de decirle algo, como casi siempre. Al mismo tiempo, sintió un cosquilleo en la punta de los dedos y una corriente de energía comenzó a subir por sus brazos, llenando su cuerpo de vida nueva y fresca.

La figura que se materializaba ante él era un anciano decrepito y arrugado. Le recordó un árbol centenario, plagado de pliegues y con la piel seca y marchita. Estaba sentado en el suelo frente a él, en su misma posición y lo miraba con los ojos blancos, sin iris ni pupila, de forma que no sabía si realmente lo miraba a él o solo en su dirección. El viejo no hacía movimiento alguno, solo se limitaba a estar allí. Sus contornos se difuminaban y se aclaraban, como si la imagen intentara enfocarse a sí misma sin conseguirlo.

De los blancos ojos del anciano comenzaron a surgir lentas lágrimas de roja sangre. Recorrieron sus mejillas a la misma velocidad hasta que llegaron a sus quijadas, se detuvieron allí un instante ganando peso, y se soltaron a la vez para ir a caer en la ajada túnica blanca que le cubría el cuerpo. Árgoht siguió con la mirada el recorrido de las lágrimas, que parecieron tardar una eternidad en impactar contra las piernas dobladas. Cuando volvió a mirar su rostro, este se estaba difuminando. El meledino creyó que se estaba disolviendo, desapareciendo, pero en verdad se estaba transformando. Bajo las arrugas apareció muy despacio una piel joven y morena. El pelo blanco y mustio se cayó para ser sustituido por una espesa mata de cabello negro. Los ojos se abrieron mucho y en ellos apareció un iris de color avellana. Después de lo que parecieron muchas horas, había un niño sentado ante él. La imagen vibraba y parpadeaba, como si no tuviera tanta energía con la que permanecer estable como la del anciano.

El niño lo miraba fijamente con aspecto serio. De pronto, alzó una mano muy despacio con la palma hacia arriba y el brazo estirado, como si fuera a pedir algo. Su boca se abrió para mostrar unos dientes perfectos y blancos. Justo en el momento en que iba a hablar, otra voz se interpuso. El niño se disolvió en el aire, como barrido por el viento. La voz que había interferido era la de la persona que no debería estar allí. La oscuridad se hizo de nuevo. Esta vez sí que tenía a un viejo frente a él. Estaba muy serio y no sentado tranquilamente, sino de pie y con los brazos en jarras, como si fuera a llamarle la atención. En efecto, un instante después le dijo con voz amable aunque inflexible:

—¿Qué haces aquí? Tienes mucho que hacer.

—No puedo salir.

—Aún no lo has intentado.

—Estoy atrapado.

—Ya no. Levántate.

—Mi pierna está muerta. No me levantaré más.

—Tu pierna aún vive, aunque respira con dificultad. Quizás no dependa de ti que vuelva a la vida.

—Has interrumpido un mensaje importante.

—Este también lo es. ¡Álzate!

—No puedo.

—Puedes.

—No.

—¡Álzate!

—No.

En ese momento recibió un fuerte golpe en el lado derecho de la cabeza. Sintió que salía despedido y un instante después estaba de nuevo en el exterior de la cueva deslumbrado por la luz del sol de invierno. Aquella persona que no debería estar allí le había ayudado a salir. Había conseguido interactuar con él hasta el punto de establecer contacto físico. O todo lo físico que podía ser algo en aquel lugar.

De pronto, un terrible cansancio se cernió sobre él. No podía apenas mantener los ojos abiertos. Sin darse cuenta, en un instante se había quedado dormido con la cara sobre la dura piedra de la montaña.



Loena tuvo que templar sus ánimos y controlarse para no poner su caballo al galope y lanzarse al encuentro de Vâhlere. Se suponía que solo estaban dando un paseo, por lo que aquello podía resultar sospechoso y sus acompañantes la seguirían para no perderla de vista. Así pues, se entretuvo en observar el paisaje, charlar de cosas intrascendentes con Yindala y bromear con los dos jóvenes guardias que las acompañaban hasta que llegaron al Tir-Ergonian. En ese momento, una vez internadas algunos metros bajo la arboleda, la princesa detuvo el caballo y se giró para dirigirse a ellos.

—A partir de este punto seguiremos un rato Yindala y yo solas —ordenó. Los dos guardias se miraron sin saber qué hacer—. No os preocupéis, conozco esta zona como la palma de mi mano y este animal —acarició con cariño el cuello de su caballo—, me sacará de cualquier apuro.

Así pues, Loena dejó atrás a la escolta, que no se atrevió a replicarle, y continuó por un viejo sendero, que llevaba años sin desbrozarse, con Yindala tan inquieta como los guardias detrás de ella a poca distancia. No podía dejar de mirar a todas partes, convencida de que aquello era una locura innecesaria y que podían ser atacadas en cualquier momento. Pero nada ocurrió y siguieron avanzando con algo de dificultad hasta un pequeño claro atravesado por un arroyo que formaba un meandro en el que se estancaban las aguas, limpias y cristalinas, antes de seguir su curso en dirección este. Aquel había sido su refugio desde niña y acudía a él cuando se sentía triste o sola, o simplemente a jugar lejos del jaleo de la corte. Pero llevaba mucho tiempo sin ir y las malas hierbas se habían apoderado del lugar.

—¿Estáis segura de esto? —le preguntó Yindala con gesto compungido.

—Amiga, me conoces desde que no éramos más que dos mocosas asustadizas. ¿Me has visto alguna vez más convencida de algo?

—No, y eso es lo que me asusta. Quizás deberíais meditarlo un poco más.

Loena reflexionó unos instantes antes de responder.

—¿Qué harías tú por amor, Yin? ¿No lucharías por Gelion hasta agotar todas las opciones posibles?

Yindala no tuvo más remedio que asentir con la cabeza.

—Pues esto es igual. Pretenden arrebatarme dos cosas al mismo tiempo: mi libertad y mi amor. Por lo tanto mi pena es doble y no puedo permitir que me pisen de esa forma. Debo hacer algo.

Yindala vio tan segura de sí misma a su amiga, tan convencida de estar haciendo lo correcto, que no se atrevió a objetar nada más. Se limitó a arrebujarse en su capa de lana basta y guardó silencio.

Tuvieron que esperar un buen rato antes de escuchar el sonido de cascos de un animal que se acercaba desde el noreste. Las dos mujeres se pusieron en tensión, pero se relajaron desde que vieron aparecer al otro lado del pequeño arroyo a Vâhlere sobre su caballo mestizo. Tenía el rostro sudoroso y una de las mangas de la camisa desgarrada. Llevaba sobre ella una pesada capa de viaje para abrigarse del frío y un gorro de lana calado hasta las orejas. Tenía las mejillas ruborizadas debido al aire cortante. Se bajó de un salto del caballo, cruzó el riachuelo de un paso y estrechó a Loena entre sus brazos. Ella lo abrazó con fuerza y besó sus labios con pasión. Yindala, discreta, se retiró hasta el borde del claro, a la sombra de los árboles, para dejar intimidad a la princesa y su amante.

—Siento el retraso —dijo él—, pero me ha costado un poco encontrar este lugar. Está muy apartado...

—Esa es la intención.

—¿Habéis venido solas?

—Tenemos una escolta, pero la he dejado a la entrada del bosque.

Vâhlere le respondió con un beso antes de preguntarle:

—¿Por qué me has traído aquí? ¿Ha ocurrido algo?

—El castillo tiene muchas orejas y necesitaba preguntarte algo.

—Por supuesto, lo que quieras.

Ella guardó silencio un segundo y se apartó del joven. Comenzó a pasear por el claro, con el ceño fruncido, como si intentara tomar una importante decisión.

—¿Qué ocurre, Loena? ¿Estás bien?

—Sabes de sobra que no. ¿Me quieres, Vâhlere?

Este se sobresaltó un poco por la intensidad de la mirada de la princesa al hacerle esta pregunta.

—Por supuesto que te quiero.

—Necesito que hagas algo por mí, algo que no he pedido nunca a nadie ni creo que vuelva a hacerlo.

Vâhlere asintió con la cabeza a modo de respuesta, pero empezaba a ponerse nervioso por la actitud tensa de su amada. Observaba cómo su pelo se agitaba a su

espalda, acariciando aquella piel tersa y delicada del cuello y tuvo que reprimir el impulso de dar un salto hacia ella para aferrarla entre sus brazos.

Por fin, ella se detuvo por un instante y comenzó a hablar.

—Quiero irme lejos de aquí, marcharme sin dejar rastro y vivir mi vida. Quiero marcar mi propio camino, tomar mis decisiones y arriesgarme a cometer errores. Quiero experimentar la vida fuera de los muros que me tienen enjaulada... Y quiero que tú vengas conmigo.

Por fin lo había dicho. Ya no había vuelta atrás para ella. En ocasiones había fantaseado con aquello, dándole vueltas a la idea, pero nunca fue nada más que eso, una fantasía. Hasta ahora. Quería dejar atrás las presiones de la corte, el agobio que suponía ser la heredera, aunque fuera de un reino relativamente pequeño como Lahmna. Su hermana bien podría ocupar su puesto, sería educada y se le prepararía a conciencia. Sería tan buena reina como podría serlo ella. Quizás tampoco tuviera ganas de cargar con ese peso, pero entonces le correspondería a ella decidir qué hacer al respecto.

Vâhlere casi se cae de la sorpresa.

—Piénsalo —se anticipó Loena dando un paso hacia él—, podremos casarnos y vivir nuestras vidas sin que nadie nos imponga nada ni decida por nosotros. Si nos quedamos aquí estaremos supeditados siempre a la voluntad de otros. Piénsalo...

Vâhlere se recuperó un poco de su conmoción, lo suficiente para poder responder.

—¿Qué estás diciendo? Irte así, sin más...

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo. Cargaremos con lo justo, y nos instalaremos en un lugar en el que nadie nos conozca. Es más —Loena se entusiasmaba cada vez más y ya no era capaz de controlar sus gestos. Sus manos se movían abarcando todo el espacio que la rodeaba—, iremos a un sitio en el que ni siquiera hayan oído hablar de nosotros. Seremos invisibles, una pareja más.

Esta vez fue Vâhlere el que comenzó a pasearse nervioso.

—Es una locura, princesa, no te permitirán escapar así, por las buenas.

Loena fue muy consciente de que había dicho «te permitirán» sin incluirse él mismo. Prefirió ignorarlo de momento.

—Soy consciente de que no lo harán, por eso voy a escaparme. Ahora mismo si es necesario. Estoy dispuesta a hacer lo que haga falta.

Esta vez lo que recibió Vâhlere fue un *shock*, como un golpe en la mandíbula que le dejó con los ojos muy abiertos, presa del más completo desconcierto. Estuvo balbuceando un buen rato antes de ser capaz de volver a hablar.

—No puedes decirlo en serio.

—Sí, Val —ella se mostró seria e insensible a la inquietud de su amado—, pero sola no podré llevarlo a cabo. Te necesito a mi lado, pues de lo contrario no podré sacar fuerzas suficientes como para afrontarlo.

—No puedo creer lo que oigo. ¡Es una completa locura! Vayamos a hablar con el rey, digámosle lo que sentimos y dejemos que se ablande su corazón.

Loena se puso seria de pronto. Solo oír mencionar a su padre la puso de mal humor.

—Y tú dices que mi proposición es una locura. No te escuchas a ti mismo, y a mí tampoco, por lo visto. Mi padre jamás dará marcha atrás en la decisión que ha tomado, y mis lágrimas no hacen mella en su corazón. Está decidido a alcanzar la paz con Clemthan y está convencido de que este matrimonio concertado es el mejor modo.

—Tiene que haber otra forma de hacerlo que no signifique abandonarlo todo, todo lo que he conseguido. Que no signifique echar por la borda el trabajo de años. Esta no es una decisión que debemos tomar a la ligera.

Loena se quedó mirándolo largamente. Vâhlere acababa de definir sus prioridades.

—Tienes razón, no es justo que no te de tiempo para pensarlo. Hazlo, y cuando reúnas el valor suficiente como para demostrarme el amor que dices sentir, házmelo saber. Pero antes de pensar en lo que tendrás que sacrificar tú, recuerda bien lo que estoy sacrificando yo.

Y dicho esto se dio la vuelta y se dirigió a paso ligero al lugar donde le esperaba Yindala y los caballos. Justo antes de introducirse en la arboleda, se giró. Vâhlere se había quedado inmóvil y conmocionado.

—Eso sí —dijo por último—, procura decidirte antes de la fecha de la boda, no vaya a resultar entonces demasiado tarde.

Se subió al caballo y recorrió enfadada el camino por el que habían llegado, flanqueado su paso por su inseparable Yindala.



Enseguida supo que estaba despierto, pues sintió el catre de paja blando y mullido bajo su cuerpo en vez de la fría y dura roca de la montaña. Antes de abrir los ojos intentó recordar lo ocurrido y cómo había llegado allí, pues lo último de lo que tenía constancia era de estar mirando el lago Lúrman con las montañas al fondo. Sentía el cuerpo cálido bajo las mantas y enseguida supo que la fiebre que lo había estado hostigando los últimos días había desaparecido o, al menos, había remitido bastante. Se sentía más fuerte y lleno de energía, aunque sumido en un placentero sopor. No era capaz de recordar la última vez que se sintió tan confortablemente.

Abrió los ojos y vio que se hallaba en una pequeña celda de madera alumbrada con una chimenea con la llama enjaulada y una salida de humo que se perdía en el techo. El aire era cálido y acogedor. Hizo un esfuerzo y, a regañadientes, se sentó en la cama. A pesar de que hizo el movimiento lentamente, tuvo que sostenerse la cabeza, cuando esta le dio un vuelco que le provocó una ligera náusea. Permaneció inmóvil unos instantes hasta que se le pasó el mareo. En ese momento cayó en la cuenta de que el dolor de la pierna herida había disminuido. Levantó la ligera túnica de tela basta de color gris que alguien debía de haberle puesto mientras estaba sin conocimiento, y vio cómo la venda con que él la tenía cubierta, sucia y maloliente, había sido sustituida por un vendaje limpio, fuerte y mucho más amplio y bien amarrado que el que él había usado. Aún sentía dolor, pero la agonía que padeciera días atrás había remitido junto con la fiebre. El *gehvaal* y el contacto con La Madre habían hecho bien, pero allí habían intervenido otras manos aparte de las suyas.

En ese momento acudieron a su mente todas las imágenes vividas durante el trance. Recordó la caverna, la oscuridad, el anciano... Le llegaban como escenas inconexas y difuminadas, pero era vagamente consciente de que había estado a punto de conocer algo de especial trascendencia. Sintió como si en esa ocasión, quizás fruto

de la convalecencia prolongada, el *gehvaal* hubiera sido más profundo que nunca, más íntimo. Tenía la sensación de que algo de vital importancia debía habersele revelado, pero le habían interrumpido. Alguien rompió su concentración y eso le producía una gran inquietud. El *gehvaal* era algo íntimo y extremadamente personal, por lo que no entendía cómo pudo alguien haber interferido, pero no tuvo tiempo de reflexionar sobre ello pues, en ese momento, la puerta del dormitorio se abrió y por una rendija asomó el rostro pálido y serio de una niña. Al ver que Árgoht estaba despierto, salió sin hacer ruido, pero no cerró bien la puerta y pudo escuchar murmullos al otro lado que sus excelentes sentidos convirtieron con facilidad en palabras.

—Ha despertado.

—Gracias, Tilda, ya me ocupo yo. Vete a buscar a la mujer. Querrá saberlo.

Unos instantes después la puerta se habría de nuevo para dejar paso a un anciano con una túnica gris. Árgoht lo reconoció enseguida como el hombre que se le había aparecido en el trance y que le había golpeado. Se sintió violado en su intimidad y se puso en pie, dispuesto a exigir explicaciones, si bien su furia era comparable a su curiosidad, pues nunca había tenido constancia de que nadie hubiera sido capaz de interferir directamente en el *gehvaal* de un hechicero.

—No digáis nada, mi señor Árgoht, pues yo me disculparé antes de que me reprendáis. Mi nombre es Voluthan y me he visto obligado a intervenir por vuestro bien.

Árgoht escuchaba sin dar crédito.

—Acompañadme, por favor, pues necesitáis reponer fuerzas, y nada mejor que comer algo para conseguirlo.

El meledino no se sentía amenazado por aquel hombre, a pesar de todo, y tenía el estómago completamente vacío. Decidió dejar las explicaciones para más tarde y lo siguió hasta una estancia amplia de techos altos muy mal iluminada con largas mesas de madera y bancos en la que otras personas comían en silencio. En cada una de las paredes ardía una gran chimenea de piedra. No conocía nada de lo que veía, ni la gente con las que se cruzaba, ni el lugar. El anciano que se hacía llamar Voluthan se sentó en una mesa, sobre un banco alargado y señaló un sitio frente a él. Árgoht lo ocupó y enseguida le pusieron delante un plato de guiso de carne acompañado de queso y pan. Olía de maravilla y empezó a comer sin el menor miramiento.

—Como os decía —comenzó a hablar el anciano—, tuve que intervenir, pues algo me decía que quedaríais atrapado en el *gehvaal*.

Árgoht dejó de comer por un instante y levantó la vista.

—¿Qué sabéis vos de eso?

—Sé mucho. Sé que muchos hechiceros obtienen su energía vital de los trances mediante los cuales se ponen en contacto con el elemento que les otorga el poder. Pero las cosas que se ven y se aprenden son tan maravillosas, que en ocasiones se convierten en una tentación demasiado poderosa y el hechicero se pierde en su propio

gehvaal.

»He sabido que erais un hechicero apenas veros, y cuando alguien como vos cae en la inconsciencia es muy común acudir al trance. En esta ocasión, mi instinto me dijo que necesitarías ayuda para volver. Y no me equivoqué. Me costó traeros, pues no queríais venir. Os habíais rendido al dolor.

Árgoht escuchaba atentamente a pesar de que no quitaba la vista del guiso y el queso. En verdad se había sentido muy atado al trance en aquella ocasión, pero el mensaje que iba a recibir era muy importante, aunque en ningún momento pensó haber perdido el control. Si hubiera sido así, ¿lo habría sabido, o habría seguido perdido e ignorante por toda la eternidad? ¿Habría merecido la pena escuchar aquel mensaje aún a riesgo que perderse para siempre? Por un momento se vio tentado a pensar que sí, que era tal la trascendencia que tenía para él.

—¿Cómo habéis conseguido entrar?

—Tengo algunos secretillos.

El hombre rio por lo bajo mostrando unos dientes desiguales y manchados.

—¿Quién me ha curado?

—Temo que también he sido yo, pues tengo algún conocimiento sobre venenos.

Un silencio tenso se estableció entre los dos hombres. Y la ausencia de palabras dijo más que un largo discurso.

—Sois un Pastor.

—Exacto —el hombre rio de nuevo. La barba le subía y le bajaba con cada carcajada—, eso fui, aunque no lo he olvidado del todo. Hubo una época en que mis conocimientos eran muy apreciados y recorría el mundo aprendiendo los misterios de la naturaleza. Ríos, bosques, océanos... Cada rincón tenía sus secretos, sus hierbas y plantas con las que hacer pócimas y ungüentos con las más variadas utilidades. Llegué a crear alguno de los más famosos y mortíferos venenos que ha conocido el hombre —el anciano hizo una pausa antes de continuar—. Y el conocimiento que poseo me permite deciros esto: moriréis de todas formas.

Árgoht levantó la mirada, sorprendido y casi tira la cuchara que se disponía a llevarse a la boca. El anciano continuó como si nada hubiera pasado.

—El veneno que os consume la pierna es desconocido incluso para mí, lo que me induce a pensar en la presencia de alguna clase de poder maléfico tras su concepción.

El meledino soltó la cuchara, pues de repente había perdido el apetito. Aquel hombre que tenía delante decía ser un Pastor y, si él no conocía remedio para el mal que le había invadido, podía darse por muerto. La noticia cayó como una losa sobre él.

—¿Cuánto tiempo?

—Dado que no conozco el veneno que os han inoculado, no me es posible hacer una predicción y sería imprudente por mi parte intentarlo. Además, vuestro propio poder ha modificado su actividad, lo que lo hace más impredecible aún.

—Lo entiendo.

Ahora solo le quedaba la opción de encontrar al Despreciable y sacarle, aunque fuera por la fuerza, el antídoto que le salvaría la vida. Y eso si es que existía.

—Decidme una cosa, maestro Voluthan, ¿cómo habéis entrado?

El anciano lo miró largamente. Por fin, apoyó los codos en la mesa y se acercó a su interlocutor, como si fuera a compartir con él un gran secreto. Árgoht imitó el gesto. La respuesta surgió de los labios del Pastor como una brizna de hierba mecida por el viento.

—Magia.

Voluthan enmarcó esa palabra con una gran sonrisa. Árgoht no pudo evitar sonreír a su vez ante lo inesperado de su respuesta. ¿Realmente había esperado que aquel hombre, un Pastor, perteneciente a uno de los gremios más celosos con sus conocimientos y secretos, compartiera así como así una información como esa? Sin poder evitarlo se echó a reír a carcajada limpia. Él tampoco habría respondido si la situación hubiera sido al revés. El anciano se unió a él y pronto sus risas llenaron el silencio del comedor.

Cuando volvieron a quedar en silencio, Árgoht miró a aquel hombre que tanto parecía saber.

—Os agradezco que hayáis ido a buscarme, pero en el preciso instante en el que escuchaba vuestra voz, la Madre estaba a punto de comunicarme algo que creo es de trascendental importancia. ¿Pudisteis ver u oír algo?

El maestro Voluthan se puso serio de pronto.

—Creo haber visto algo que no debía ver —dijo en tono seco como una rama en el desierto—. ¿Vos mismo no sabéis lo que se os mostraba?

—Recuerdo un anciano y un niño, pero no consigo que signifique nada para mí.

—En este mundo hay personas más sabias y poderos que vos o que yo, mi señor Árgoht. No sé si está en vuestra mano descifrar esas imágenes, pero desde luego que no está en las mías. Quizás encontréis alguien en vuestros viajes que pueda ayudaros. Pero de una cosa estoy seguro: debéis encontrarles sentido, pues al igual que vos he sentido un apremio que me acongojaba el corazón. Algo terrible va a suceder y esas imágenes podrían ser una pista importante.

El anciano guardó silencio. También había sentido una sombra que se abatía sobre él cuando vio al anciano con lágrimas de sangre pero, al igual que Voluthan, no le era posible interpretar la visión.

—Siento no haberos podido dar respuestas, pero si algún día las conseguís, no dejéis de venir a contármelas, pues podremos pasar un rato agradable junto a un plato de sopa compartiendo nuestra propia perspectiva de las cosas.

Cuando Árgoht fue a responder, el anciano se le adelantó.

—Ahora debéis iros. Es primordial que encontréis quien pueda curaros esa pierna, pues yo he hecho todo cuanto he podido. Además, ya vienen a por vos.

Con una sonrisa pícara, el hombre miró hacia la puerta justo en el instante en que esta se abría y asomaba por ella la niña de rostro serio.

—La señora ha llegado.

—Hazla pasar, por favor.

Al instante entró Kleria por la puerta del comedor. Vestía con pantalón de cuero fino y una holgada camisa de lana blanca bajo un peto también de cuero. El pelo lo llevaba recogido en una larga cola y la luz de las chimeneas ardía en sus pupilas.

—Mis saludos, maestro Voluthan —dijo. Se dirigió después a Árgoht—. Me alegro de veros en buen estado. ¿Estáis curado?

Árgoht se sintió tentado de seguir mintiendo y ocultando su estado real, pero por alguna razón creyó que era mejor decir la verdad. Las cosas podían ponerse feas y Kleria debía conocer a fondo la situación.

—No —dijo tras unos instantes de reflexión—, estoy mejor, pero el maestro no ha podido eliminar el veneno de mi sangre. Si no encuentro la manera de hacerlo, moriré.

Kleria se sorprendió del tono sereno con el que el hechicero hablaba de su propia muerte.

—Lo siento —se limitó a responder.

Árgoht se puso en pie dispuesto a irse.

—Gracias por todo, maestro Voluthan, ha sido un auténtico honor y un placer conoceros.

—Para mí también, mi señor Árgoht. Creo que podríamos aprender mucho el uno del otro si las circunstancias fueran más favorables, pero no voy a pedirlos que malgastéis vuestras últimas horas dando conversación a un viejo como yo —Voluthan acompañaba a ambos hacia la puerta exterior.

—Os las dedicaría con gusto, pero lo haré cuando me haya curado y tenga toda la vida por delante.

—Os tomaré la palabra.

Y con una sonrisa, despidió a Árgoht y Kleria en la puerta del edificio de madera y la cerró tras ellos.

El meledino tardó un segundo en acostumbrarse a la luz del sol tras la oscuridad del interior. El aura de trascendencia vital que había tenido su estancia allí le acompañó durante el viaje de regreso a la posada. No podía dejar de pensar en las palabras del anciano.

—¿Estáis lo suficientemente fuerte como para seguir viaje? —la voz de Kleria le sacó de sus cavilaciones—. Lleváis dos días fuera de combate.

—Sí, partiremos enseguida.

¿Dos días? Él no tenía consciencia de que hubiera pasado tanto tiempo, pero intentó no mostrar su sorpresa. Había estado mucho más tiempo en la caverna del que pensaba, pues para él solo habían sido unos instantes. Ahora entendía mejor por qué Voluthan se había decidido a ir a buscarlo. Ahora estaba seguro de que, de no haberlo hecho, habría quedado atrapado en aquella silenciosa oscuridad.

En ese momento llegó corriendo hasta ellos Tilda, la asistente del Pastor.

—Mi señor Árgoht, el maestro olvidó daros esto —Tilda le tendió un frasco transparente con un líquido parduzco en su interior—. Me dijo que debías tomarlo cuando el dolor fuera demasiado o la herida tuviera mal aspecto. No es mucho, pero no tenía más.

El meledino tomó el recipiente de manos de la niña.

—Gracias, Tilda, y da las gracias al maestro Voluthan de mi parte.

La niña hizo una pequeña reverencia y se fue por donde había venido sin una palabra más. Árgoht le siguió los pasos con la mirada hasta que se perdió en el interior de la casa de madera.

—¿Habéis descubierto algo? —preguntó a Kleria una vez reanudaron el paso mientras se guardaba el frasco en un bolsillo.

—Hertania y Ondriva consiguieron dar con un posadero que recuerda haber visto a un grupo de hombres especialmente escandalosos. Por lo menos dos de ellos llevaban prendas en las que figuraba el emblema del Despreciable y recuerda perfectamente cómo uno cazaba con sus manos un *lethur* herido, le partía el cuello, y se lo entregaba entre risas para que lo cocinara y se lo sirviera. Por lo visto les escuchó contar con claridad que venían de Quindarst, una ciudad a varias jornadas de camino en dirección noroeste.

—La conozco.

—Sé que no es una pista muy consistente y no sé si debemos fiarnos de la memoria del posadero, pero algo es algo.

—Algo es algo.

Árgoht no podía evitar cojear cuando por fin llegaron a la posada y Kleria fue consciente de ello. El dolor había remitido, pero seguía estando muy presente y sabía que iría a peor.

En el salón se encontraban las otras dos zágheras. No mostraron ningún sentimiento al ver al meledino recuperado y algo le decía que si aún estaban allí era porque Kleria había ganado alguna fuerte discusión al respecto.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Ondriva. Estaban ansiosas por ponerse de nuevo en marcha.

—Sí, enseguida.

Las dos zágheras se pusieron en pie.

—Pero volvemos a casa.

Hertania y Ondriva se quedaron clavadas en el suelo como si el tiempo se hubiera detenido. Si Árgoht no estuviera tan sorprendido como ellas, se habría echado a reír al ver la expresión que se instaló en el rostro de las dos.

—¿Puedes repetir eso, Kleria? —saltó Hertania—. A ver si es que he tenido un sueño despierta y te he escuchado decir que, después de tanto tiempo viajando y cuando por fin encontramos una pista seria, vamos a volver a Krahedia.

—Eso he dicho.

—¿Y por qué, si puede saberse? —esta vez hablaba Ondriva.

—Sé que habéis soportado mucho y que os embarcado en este viaje solo gracias a la amistad que me profesáis. Este hombre necesita de nuestra ayuda. El veneno que le pudre la pierna lo matará si no encontramos a alguien capaz de eliminarlo de su cuerpo. Un auténtico Pastor no ha podido, lo cual me lleva a pensar que nadie en esta tierra, salvo el mismísimo Nerak, podrá deshacer el mal que le ha sido introducido. Pero no sabemos cuánto más tardaremos en encontrarle, si bien sí sabemos cuánto tardaríamos en llegar a Krahedia. Allí, nuestras hermanas sanadoras podrán curarle lo que los hombres no han sabido.

Árgoht se quedó de piedra, pues sabía muy bien cómo reaccionarían las dos mujeres.

—¿Pretendes llevarlo a él a nuestro hogar? —Hertania ya gritaba, presa de la ira.

—¿Estás loca? —intervino Ondriva—. Jamás le dejarán entrar y ni mucho menos encontrarás a sanadora alguna que se preste a ayudarle.

Árgoht, viendo el cariz que tomaba la conversación, decidió retirarse a fin de que las zágheras resolvieran aquello por su cuenta. Sin hacer ruido, desapareció escaleras arriba en dirección a su dormitorio para preparar su petate. Kleria no había consultado con él aquella decisión, pero tenía que aceptar que solo no podría vencer la oscuridad que le afectaba. Necesitaba ayuda, y la mujer le había dado la oportunidad de recibirla sin que su dignidad se viera afectada teniendo que pedirla.

—Me niego —Hertania estaba roja de rabia—, no pienso dar por perdido cuanto hemos avanzado para salvarle la vida a un hombre como este. Por mí, como si se muere en este preciso instante. No giraré la cabeza ni para escupir sobre su cadáver.

—Este no es un hombre común, Hertania. Su fuerza es tal que ha conseguido sobrevivir al veneno solo con su poder, si el Pastor estaba en lo cierto, y no dudo de que fuera así. Lo siento en las venas: este hechicero tiene un papel esencial que jugar en nuestra búsqueda y sin él no la llevaremos a buen puerto. Si muere antes de que encontremos a Nerak, entonces sí que todo nuestro esfuerzo habrá sido en vano.

—No nos vas a convencer —Ondriva estaba más serena que su compañera, pero también enfadada—. Hemos hecho esto por ti, no puedes pedirnos más.

—Y no lo haré. Será lo último que os pida. Cuando llegemos a Krahedia seréis libres de decidir vuestro camino y no intentaré convenceros de que me acompañéis de vuelta. Ya habéis hecho mucho por mí y me avergonzaría de por vida seguir abusando de vuestra confianza. Concededme este último favor y no permitáis que mi obstinación os haga tomar una mala idea de mí, pues os quiero con todo mi corazón y moriría antes que enturbiar nuestra amistad.

Las dos mujeres se miraron, indecisas pero sabedoras de que eran incapaces de negarle nada a su hermana.

—Una vez más consigues lo que deseas —le dijo Hertania seriamente—, y de nuevo es en nombre de nuestra amistad. Espero que nunca vuelvas a usar ese argumento, pues dejará de tener validez para mí. Haremos lo que dices, pero no esperes que mueva ni un músculo para ayudar o salvar a ese hombre. Eso será pedir

demasiado.

Y sin una palabra más, le dio la espalda para dirigirse también al dormitorio. Ondriva se quedó un instante más. Su mirada no era tan dura como la de Hertania, pero pesaba igual que la de la enorme guerrera. Antes de girarse para seguir a su hermana, suavizó la expresión y alzó la mano para presionar con suavidad el hombro de Kleria en muda señal de amistad. Aquel gesto significaba muchas cosas, pero la que más importaba era que demostraba que aquellas tres mujeres estarían unidas hasta la muerte. Kleria se quedó sola en mitad del salón con muchos ojos curiosos clavados en ella.

Con un suspiro, también ella se dirigió escaleras arriba hacia la habitación.

El silencio se había apoderado del comedor mientras el grupo discutía, pero poco a poco se fue disolviendo la tensión y los comensales volvieron a sus platos, sus jarras o sus partidas de naipes. En unos instantes el ajetreo había regresado al lugar y lo que acababa de ocurrir se desplazó con rapidez de la memoria de todos. Pero de entre todos los ojos que se habían clavado en las tres mujeres durante la discusión, dos en concreto le habían puesto especial atención a su conversación. Aunque no había entendido bien lo que decían, sí había escuchado ciertas palabras suficientemente sospechosas como para que merecieran la pena ser transmitidas.

Como uno más y sin que nadie le prestara la más mínima atención, un hombre sucio y flaco, con poco pelo y menos dientes, se ponía en pie y salía de la posada a paso ligero.



El sol que comenzaba a aparecer más allá de los muros de Lúrmanis fue recibido por Árgoht completamente despierto y alerta. Después de la experiencia reciente, había preferido no recurrir al *gehvaal* y trató de dormir normalmente. Sin embargo, su cuerpo, quizás por la falta de costumbre, quizás porque se encontraba descansado, rechazaba el sueño. Además, no dejaba de darle vueltas, tanto a las palabras del maestro Voluthan como a la conversación de las zágheras. No estaba muy convencido de que debiera ir con ellas hasta Krahedia, y no le agradaba en absoluto que Kleria hubiera tomado esa decisión sin consultarle. Estaba claro que no era su bienestar lo que la movía a hacerlo. Ella creía que tenía un papel importante que desempeñar en su misión, pero él lo único que deseaba era borrar de su cuerpo todo rastro aquella ponzoña maldita. Cada uno tenía sus propios intereses y así debía de seguir siendo. Ella parecía convencida de que en Krahedia podrían curarle, pero él no estaba tan seguro. Quizás lo más coherente fuera continuar la búsqueda de Nerak, como habían previsto en un principio, pero también era cierto que la pista de Quindarst era muy endeble y podían perder varios días siguiéndola para toparse con un callejón sin salida. Si eso llegaba a ocurrir, podía darse por muerto. Todo su conocimiento y poder no le servirían para nada. Él no sabía dónde se situaba aquella tierra mítica, pero gastar el tiempo que fuera necesario en ese viaje tenía más garantías que el trayecto hasta Quindarst, si en verdad las sanadoras de Krahedia eran tan poderosas como Kleria insinuaba. No le agradaba seguir viajando en compañía de aquellas mujeres, pues estaba acostumbrado a viajar solo, pero podía ser su única opción para sobrevivir.

Se sentó en la cama y su mirada tropezó con la espada Êralin, envuelta en telas. La había sacado del petate la noche anterior sin ningún motivo consciente. Solo quería tenerla cerca. Se preguntó entonces si, en el caso de que él muriera, Kleria

sería capaz de percibir su poder, de apreciar aquella oscuridad que se había apoderado de ella después de los acontecimientos ocurridos en Ereth. Estaba convencido de que no. En sus manos, al igual que en las del rey Manlor, su anterior dueño, sería una espada más. Hermosa y distinguida, de perfecta manufactura, pero solo un arma con la que pelear. Ella no sería capaz de extraer de su filo todo cuanto almacenaba en su interior. Él tampoco lo había conseguido, pero al menos sabía que había algo dentro, algo terrible, a veces luminoso y a veces perverso.

Por un momento sintió la tentación de retirar las telas, sacarla de la vaina y aferrarla con fuerza para sentir una vez más su energía recorriendo cada célula de su cuerpo. Y de nuevo, tuvo que reprimirse para contener el impulso.

Alejando esa imagen de su cabeza, se puso en pie y se dirigió a la ventana. Abrió los postigos y la luz del sol impactó en su torso desnudo y su rostro haciéndole parpadear. La ciudad no había despertado aún y un silencio expectante se había apoderado de ella. El pelo suelto ondeó movido por una brisa helada procedente del lago, si bien no podía verlo desde su posición.

Al pensar en las quietas aguas del Lúrman, las vio en su mente rielando bajo los primeros rayos de luz de aquel día y se sintió sucio. Se puso una camisa y la capa de viaje, se calzó las botas y escondió su petate y sus armas bajo la cama. Sabía que nadie subiría allí, pero era mejor asegurarse. Salió y bajó a la calle en dirección al lago.

Cuando llegó allí se encontró a un buen número de personas que entraban y salían por la puerta norte, conocida como la Puerta del Lago por razones evidentes. La muralla era allí más baja, pues la cercanía del lago impedía un ataque desde ese punto cardinal. Para compensarlo, la presencia de guardias era más notoria. Al pasar bajo el arco, coronado en su parte más alta por gran cantidad de adornos grabados en la piedra que despedían al visitante, varios guardas clavaron sus miradas desconfiadas en el meledino, pero ninguno hizo movimiento alguno por cerrarle el paso. Cuando hubo salido al exterior y se encaminaba en dirección al lago Lúrman sintió en su corazón una imperiosa necesidad de introducirse en él, como si necesitara sacarse de encima el polvo acumulado en su cuerpo y en su corazón, si bien se encontraba limpio tras su estancia en la casa de Voluthan. La suciedad que sentía era interior y no conseguía encontrarle un sentido claro. Solo sabía que necesitaba meterse en el agua y que estaba a punto de echarse a correr. De hecho, se habría dejado llevar si no fuera porque había otras personas en el camino y no quería llamar la atención.

Se desvió del sendero de tierra que serpenteaba en dirección al noreste y descendió una ligera pendiente que le llevó hasta la ribera del Lúrman. Buscó un lugar apartado, oculto de la vista por un puñado de árboles y arbustos suficientemente densos y se despojó de sus ropas y de la venda que le cubría la herida para introducirse en las aguas heladas. La piel se le erizó y le castañetearon los dientes, pero le invadió una placentera sensación de bienestar, una relajación que hacía mucho que no alcanzaba. Se sintió en contacto con la Madre, en una comunión fuerte y viva.

Pensó que tal vez ella pudiera darle su mensaje desde allí, pero eso no ocurrió. Aún así, sintió cómo sus preocupaciones desaparecían mientras el agua purgaba su piel morena y curtida, extinguiendo de ella todo vestigio de suciedad. Sobre la otra ribera se alzaban las cimas nevadas de Urmak-oth reflejando en sus cumbres los primeros rayos de la mañana y lanzando al mundo sus destellos en todas direcciones. En los picos más altos, las nubes se enredaban y avanzaban perezosas por el cielo, como si, al igual que el hechicero, quisieran quedarse en el lago un rato más. Las montañas no tenían mucha altura, pero eran muy abruptas y parecían cortadas por una enorme hacha sin afilar.

Árgoht se acordó entonces de otras montañas heladas mucho más al este, en Narmanthia. Y pensó en su madre muerta a manos de los hombres supuestamente enviados por aquel a quien Kleria llamaba el Despreciable. Los acontecimientos se habían precipitado y, como para recordarle en qué estaba metido, un latigazo de dolor le recorrió la pierna. Aún necesitaba vengar esa muerte, así que las razones para seguir adelante eran dobles para él. Cada vez que pensaba en Erna le asaltaba una furia tan fría como el agua que le lamía la piel. Llegaría hasta donde fuera necesario para conocer las razones que llevaron a una anciana inocente a la tumba. Pero había otra pregunta que le inquietaba: ¿por qué había sentido su dolor? Aún no había encontrado explicación para aquello.

Salió del agua con la piel erizada y amoratada por el frío, pero renovado por dentro y por fuera con una nueva energía vital y pura.

En el momento en que estiraba el brazo para tomar sus ropas apareció Kleria tras los arbustos. Por un instante se quedaron ambos mirándose en silencio, conscientes de la desnudez del hechicero pero sin que ninguno de los dos diera muestras del más mínimo pudor.

—Buenos días —dijo él secamente.

—Siento interrumpiros, pero necesitaba encontraros.

—Pues ya lo habéis hecho.

Árgoht comenzó a vestirse con parsimonia.

—Quería disculparme por lo ocurrido ayer. Debí consultaros mi decisión.

—Es cierto, dado que me afectaba directamente —antes de introducirse los pantalones, Árgoht dedicó un buen rato a volver a colocarse la venda. La herida se mostraba en buenas condiciones, pero sabía que aquello no duraría. Pronto comenzaría a oscurecerse de nuevo y el dolor se agravaría. Se vestía con lentitud con la secreta y divertida intención de sonrojar a la zágghera, pero no parecía dar resultado. Podría bailar la danza del fuego ante ella en aquel estado y ella no le daría mayor trascendencia.

—Pero no debéis disculparos conmigo, pues no me ofendo fácilmente. Iré con vos a vuestra tierra, si en verdad creéis que allí tengo alguna opción de curación. Lo contrario podría significar una muerte lenta y agónica para mí.

—En Krahedia tenemos algunas de las más sabias sanadoras de toda Thera y

remedios que son desconocidos fuera de nuestras fronteras. Sí, pienso que hay opciones. Pero debéis saber algunas cosas sobre mi pueblo: no seréis bienvenido y no puedo garantizar que se os ofrezca ayuda. Tengo amigas, pero ahora soy entre ellas una Paria y dudo incluso del recibimiento que puedan otorgarme a mí. No pienso engañaros: cabe la posibilidad de que lleguemos allí y nadie mueva un dedo por vos.

Árgoht se había terminado de vestir y se echó la capa sobre los hombros. El cabello mojado empapó rápidamente la zona de tela más cercana al cuello.

—Lo asumo —dijo—, y entiendo los riesgos. No deseo ponerlos en peligro ni ser un estorbo. Agradezco el ofrecimiento y lo acepto a sabiendas de que puede ser un viaje en vano. Sin embargo, prefiero un largo viaje en pos de una lejana esperanza que una búsqueda dudosa en pos de un milagro ignoto.

—De acuerdo. Y ahora, ¿querréis desayunar conmigo? Mucho me temo que mis compañeras tardarán aún algunos días en dirigirme la palabra y no me gusta comer sola.

Aquello relajó un poco la tensión entre ellos y Árgoht aceptó. También él estaba hambriento. Estaba espabilado y con fuerzas para seguir luchando contra el dolor, pero ahora quien reclamaba su atención era el estómago.

—También debo advertiros —continuó de pronto Kleria mientras pasaban de regreso bajo la muralla en dirección al hostel— de que mis hermanas no están conformes con mi decisión y si se prestan a ello es en virtud del amor que me profesan. No esperéis de ellas ayuda ni conversación.

Árgoht la miró serio. Nunca esperaba esas cosas de nadie, así que no sería novedad para él.

—No os preocupéis por eso. Soy parco en palabras.



Vâhlere entró en sus aposentos como una exhalación dando un portazo tras de sí. Una vez dentro, comenzó a pasearse de un lado para otro intentando relajar los nervios que le atenazaban, la opresión en el pecho que le producía la rabia que había despertado en él la conversación con Loena. Hacía grandes esfuerzos por no romper cuanto se ponía ante sus ojos. No quería armar un espectáculo y quizás debería haberse quedado en el bosque en vez de volver a la ciudad hasta que se hubiera calmado un poco.

Todavía no podía creer las palabras de la princesa. Y sin embargo la vio tan seria, tan madura... ¡Tan capaz de hacer lo que decía! Creía conocerla bien, pero aquello era algo completamente imprevisto. Le había costado mucho llegar a donde estaba, sacrificios y sudor para alcanzar la posición que ocupaba. Y ahora ella le pedía que lo tirara todo por la borda. Pero había algo más: ahora formaba parte del Consejo, y un acto como aquel sería considerado Alta Traición. Tendría que esconderse bajo las piedras para que nadie lo reconociera, pues sería condenado a pena de muerte.

No podía hacerlo.

Fruto de la frustración, golpeó con el puño la pared de fría piedra. Un latigazo de dolor le recorrió el brazo hasta el hombro y comenzaron a sangrarle los nudillos allí donde se le había abierto la piel, pero en vez de gritar comenzó a reírse con carcajadas histéricas.

Se sentó en la cama sujetándose con fuerza la mano y, con un trozo de tela que descansaba junto a la jofaina, se limpió las heridas. Siguió riéndose un rato más, hasta que la tensión de su cuerpo se hubo relajado.

Tantos planes, tanto trabajo... Todo para nada. Loena se había convertido en una niña caprichosa, pero él tenía que conseguir que desistiera de aquella idea absurda. Él sabía que contarle lo suyo al rey era una estupidez, una solución demasiado drástica,

pero debía encontrar la forma de impedir que la princesa llevara a cabo su plan.

Tenía que conseguir que entrara en razón. Si él pudiera mantener el puesto en el Consejo obtendría una posición de poder que quizás le diera presencia suficiente como para que el rey viera con buenos ojos una posible boda con la princesa. Pero mientras Trëmoneas siguiera aguantando, a pesar de su avanzada edad, él no tendría el puesto. La fecha estaba próxima y se le acababa el tiempo.

Tiempo era lo que le hacía falta. Aunque la boda aún no tenía fecha establecida, Kreón y Fasila no dejarían pasar demasiado por miedo a que la voluntad de alguno de los dos flaqueara. Parecía que todas las puertas que poco a poco había ido abriendo se cerraban de golpe, como si una ventisca se hubiera levantado de pronto a su alrededor, y le frustraba mucho perder el control de cuanto le rodeaba. Tenía que hacer algo para recuperar ese control.

De alguna forma, tenía que convencer a Loena para que no se fuera y, después, encontrar la forma de que la boda no se celebrara.



El sol comenzaba a declinar cuando emprendieron la marcha.

La discusión de la noche anterior había calado hondo y el grupo formado por Árgoht y las tres mujeres guerreras apenas había hablado entre sí en todo el día, intentando evitar confrontaciones que enrarecieran aún más el ambiente. Árgoht estaba decidido a ignorar en lo posible a las zágheras por el bien de todos. Cuanto menos se cruzaran sus miradas, mejor.

Las mujeres se habían vestido con sus armaduras, como preparadas para acudir a la batalla. Los yelmos reflejaban la luz de la luna vespertina mientras que las capas de viaje cubrían los petos de cuero y los cintos de los que pendían las diversas armas. Su mera presencia intimidaba, y Árgoht lo percibía en cómo los miraban aquellos que se cruzaban en su camino hacia la puerta este de la ciudad. Por un momento se imaginó a aquellas formidables mujeres acudiendo por millares al campo de batalla y se le erizó el vello de los brazos. Debía ser una estampa digna de presenciarse.

El frío de la noche se abatía rápidamente sobre ellos. Árgoht sentía que en los dos días que había pasado fuera de este mundo el invierno había recuperado terreno, en vez de retroceder para dejar paso a la primavera. Las calles estaban heladas y los árboles no terminaban de romper con los nuevos brotes por lo que seguían convertidos en esqueletos enredados y grotescos a los lados de los caminos. Incluso aquellos que sobrevivían en las faldas de las Urmak-oth se los veía grises y apagados. La temperatura bajaría aún más a lo largo de la noche, pero habían decidido partir a esa hora para evitar cuantas miradas curiosas pudieran.

Después de franquear la muralla, vio cómo cerraban las puertas tras ellos para recibir la noche. A partir de ese momento, toda persona que quisiera entrar o salir tendría que dar explicaciones, por lo que el hechicero se congratuló de haber pasado justo a tiempo.

El frío era una incomodidad, pero nada que no pudiera vencerse con el abrigo adecuado. Su herida, en cambio, empeoraba mucho a medida que la temperatura descendía. A veces no podía evitar frotarla con las manos enguantadas a fin de calentar la zona. La poción proporcionada por el maestro Voluthan era muy efectiva, pero el dolor estaba siempre presente y, aunque más lentamente que antes, sentía la enfermedad crecer dentro de sí. ¿Llegaría a tiempo a Krahedia? ¿Podría algunas de aquellas mujeres increíbles salvarle? Dentro de él se despertaba una sensación extraña, pues era la primera vez que necesitaba poner su vida en manos de otra persona y perder por completo el control de sus pasos. Era una sensación que le irritaba profundamente, lo cual, unido al dolor perenne, le ponía de muy mal humor.

Por eso, estuvo tentado de ignorar la pregunta de Kleria, pues no tenía ganas de hablar con nadie.

—¿Estáis bien? ¿Necesitáis descansar? —le preguntaba cuando apenas llevaban una hora de camino y volvían a internarse en las Llanuras Azules en dirección sureste.

Si algo le irritaba más que el dolor, el frío y la sensación extraña, era que le estuvieran preguntando constantemente cómo estaba.

—Bien. ¿Cuántas veces más me lo preguntaréis antes de llegar a nuestro destino?

Árgoht sabía que estaba siendo injusto, pues era la primera vez que se dirigía a él desde que habían salido, pero Kleria no se mostró ofendida.

—Tantas como considere necesario para saber si aguantaréis el viaje. Hace frío, pero hará más a medida que avancemos hacia el sur. Si no podéis seguir el ritmo, quiero saberlo.

Árgoht volvió a admirarse de la fuerza que desprendía.

—Lo sabréis, podéis estar tranquila.

Muy mal tendría que estar, casi muerto, para que ella le oyera quejarse, pero no quería profundizar en la discusión.

Las tres mujeres marcaban la ruta con Hertania y Ondriva en cabeza, pues Árgoht no conocía el destino al que se dirigían. Habían tomado el sendero que bordeaba el río Gâlon en dirección a la ciudad de Tas. Árgoht no tenía prisa por saber el lugar exacto en el que se situaba la mítica Krahedia, pero en el fondo le corroía la curiosidad.

A punto ya del amanecer del día siguiente, cuando los primeros rayos de sol comenzaban a vestir de dorado el cielo del este, las zágheras decidieron apartarse del camino para hacer un alto. Habían cabalgado toda la noche y estaban agotados, tanto los humanos como los caballos. Se encontraban a unos doscientos metros de un pequeño puente de madera que cruzaba el Gâlon.

Hertania y Ondriva fueron en busca de algo de caza, con el fin de ahorrar en la medida de lo posible sus propias provisiones de carne seca, y Árgoht y Kleria se quedaron a preparar una fogata. Árgoht tenía la pierna entumecida y agradeció el poder bajarse del caballo y ejercitar los músculos. Las Llanuras Azules comenzaban a

mostrárseles en todo su esplendor mientras el sol ascendía, y pudieron localizar un pequeño grupo de árboles bajos perfecto para preparar la hoguera y atar a los caballos. Además, a sus pies encontraron algo de leña seca.

—¿Es Krahedia tal y como la describen las leyendas? —preguntó de pronto el meledino rompiendo el tenso silencio que se había instalado entre ellos.

Kleria se sorprendió con la pregunta, pues una de las cosas que había descubierto de Árgoht era su escasa tendencia a mostrar curiosidad.

—¿Qué se dice en esas leyendas? —quiso saber ella, cautelosa.

—Que es un lugar mágico y paradisiaco, pero que son muy pocos los que han llegado a verla. Que es más común ver a las zágheras fuera de su tierra que a alguien extraño dentro de ella. Que es tan difícil de encontrar que marinos avezados y expertos han recorrido los mares del sur de cabo a rabo sin conseguir dar con ella. Se dice que es una tierra próspera y generosa en la que se puede comer directamente de los árboles que crecen de forma natural, sin necesidad de cultivarlos. Se dicen más cosas, que obviaré por ser evidentes estupideces.

Kleria guardó silencio un rato con una sonrisa en el rostro. Le divertía escuchar todas aquellas cosas sobre su hogar.

Árgoht interpretó correctamente su silencio.

—Supongo que todo eso son tonterías, pero me gustaría saber qué parte hay de verdad.

—Puedo decirles que, en efecto, es más común ver a las zágheras fuera que a forasteros dentro. Durante siglos, Krahedia fue la capital de un pequeño imperio que abarcaba una buena parte del sur del continente, y lo conseguimos con guerra y conquista. Incluso en aquella época, la capital estaba oculta y nunca nuestros enemigos consiguieron conocer su ubicación. Cuando tuvimos que retirarnos, a lo largo de varios siglos, y abandonar las tierras conquistadas, pudimos ocultarnos en nuestra patria sin miedo a ser perseguidas. Nos convertimos en las mejores guerreras del mundo y aún seguimos siéndolo, aunque nuestro espíritu combativo ha sido aplacado por nuestras propias gobernadoras.

Esta vez fue el hechicero el que se sorprendió.

—Sí —continuó ella con un largo suspiro—, el Consejo Carmesí está más centrado en mirarse su propio ombligo que en prosperar. Algunas pensamos que nuestra sociedad decae envuelta en un sistema político decrepito y podrido, que necesitamos abrirnos al mundo y que las leyendas que existen en torno a nosotras sean revisadas a la luz de la verdad, pero somos una minoría que apenas consigue hacerse oír.

Árgoht encendió el fuego con una chispa mágica y ambos se quedaron mirando las pequeñas llamas que poco a poco iban creciendo a medida que se consumían las varas más finas y comenzaban a lamer y ennegrecer los troncos más gruesos.

—Te estás buscando la ruina al llevarme allí, ¿verdad?

Kleria lo miró, buscando algo en aquellos profundos ojos violeta. Finalmente

desvió de nuevo la mirada hacia las llamas, con una expresión preocupada enmarcada en el rostro.

—No sé cómo me van a recibir mis hermanas, pero sé que no serán buenas palabras ni agasajos. El mero hecho de haber salido voluntariamente al exterior me convierte a mi regreso en una Paria, sin derechos, voz ni voto. Y he arrastrado a mis hermanas a ello...

Hizo una pausa mientras agitaba el fuego con un ramita. Árgoht respetó su silencio.

—Pero, para agravar mi situación, volveré con un hombre, algo que me puede costar la vida si no consigo convencer al Consejo de que era la única alternativa.

—Ellas me habrían dejado morir sin contemplaciones.

Kleria volvió a mirar al meledino, pero esta vez había algo más en su mirada: había reconocimiento.

—Sí, lo habrían hecho.

—Os agradezco que seáis diferente, sean cuales sean vuestros motivos.

Kleria sonrió.

—Sé que vuestras razones no son altruistas.

—Es difícil engañaros, hechicero.

Esta vez fue Árgoht quien sonrió, aunque era una sonrisa poco divertida.

—Es mejor no intentarlo.

En ese momento aparecieron Hertania y Ondriva con rostro serio y las mejillas coloradas por el frío, pues un ligero viento se había levantado recorriendo las llanuras de este a oeste, como si estuviera acompañando la salida del sol. Traían un conejo y una enorme ave, carnosa y gorda, que Árgoht no supo reconocer.

El fuego ardía vigoroso y en un rato ambos animales estaban ensartados y puestos a asar.

Desayunaron en silencio hasta quedar hartos, pues el ave resultó de exquisito sabor y carne jugosa, por lo que comieron cuanto pudieron. El olor atrajo a algunos pequeños carroñeros, pero ninguno se atrevió a interferir con el grupo. Árgoht se entretuvo tirándoles los huesos para ver cómo correteaban en torno a ellos. Eran del tamaño de perros pequeños, aunque más delgados y mucho menos atemorizantes. Parecían más hambrientos que peligrosos y demostraron ser más un entretenimiento que una amenaza.

Tras el copioso desayuno, las tres mujeres se pusieron de acuerdo para hacer turnos de guardia y así poder dormir algunas horas al amparo del enorme árbol bajo el que se habían cobijado. Árgoht, como en ocasiones anteriores, se retiró algunos metros y comenzó el ritual del *gehvaal* sentado sobre la fría y marchita hierba de las llanuras.



Esa vez el paisaje, como solía ser habitual, cambió radicalmente. Se encontraba en una playa inmensa cuyos límites se perdían en la distancia. El horizonte aparecía envuelto en una bruma pálida propia del amanecer aunque el sol se encontraba casi en su cenit. Su sombra apenas si se separaba unos palmos de su cuerpo.

Comenzó a andar en una dirección al azar y percibió que estaba desnudo. La arena que pisaba era de un blanco radiante, pero estaba fría y le producía escalofríos a pesar de que podía sentir el calor del sol en el cuerpo. Siguió andando fijándose en el sonido del mar en calma cuyas olas, que apenas levantaban medio metro, rompían con suavidad contenida contra la orilla, como si lo hicieran a regañadientes. Avanzaba en paralelo a una franja de rocas negras y dunas que marcaban el límite de la playa. Más allá podía no haber nada o todo un nuevo mundo, pero Árgoht nunca salía de los límites que su propio *gehvaal* le establecía.

Siguió su camino con la mente en blanco, dejando que la energía de La Madre revitalizara sus células. Aunque allí no cojeaba, el dolor de la pierna era tan pertinaz que lo acompañaba a través del *gehvaal*. Al mirar hacia abajo vio la herida, que también había viajado con él. Sin embargo, la miraba como si fuera un elemento ajeno, como algo que debe ser analizado de forma objetiva en vez de algo que podría causarle la muerte en pocas semanas. Más abajo, sus pies apenas dejaban huellas en la arena.

La arena. La arena fría. ¿Por qué estaba fría la arena, si estaba a pleno sol? Árgoht no sabía a dónde viajaba cuando entraba en *gehvaal*, si es que aquel era algún sitio o tenía un nombre, pero se regía por las mismas normas que el mundo real. Así pues, la arena debía estar caliente. Aquella bruma matinal tampoco encajaba. ¿Qué fallaba, el sol, que estaba en el lugar equivocado, o todo lo demás que creía que aún estaba amaneciendo? Él no podía saber cuál de las opciones era la correcta, pero algo estaba

mal.

Pero no estaba allí para hacer cavilaciones, así que siguió andando sin más. Se sentía mejor a cada paso que daba y el final de la playa seguía fuera de su alcance. Se detuvo un instante y miró hacia atrás, pero nada había cambiado, como si no hubiera avanzado ni un metro.

De nuevo, se olvidó de eso y siguió caminando, aunque giró un poco para acercarse más a la orilla y dejar que la marea le lamiera los pies. El mar, al igual que la arena, estaba inusualmente frío.

Siguió caminando sin parar durante lo que parecieron horas, hasta que sintió el cuerpo renovado y limpio. Decidió que era el momento de volver y comenzó a recitar las palabras que lo sacarían del *gehvaal*. No le había llegado ninguna información del exterior, por lo que supuso que todo seguía en calma y que no se había producido ningún tipo de incidente. De haber sido así, lo habría sentido.

En ese momento, una pesada nube oscureció el cielo. Fue tan repentino que Árgoht detuvo su letanía para fijarse en el fenómeno.

No había sido una nube pasajera que se hubiera interpuesto ante el sol, sino que el cielo entero se había encapotado como si fuera a desatarse una gran tormenta. Había sido en un parpadeo. Al mismo tiempo, sus cabellos comenzaron a agitarse debido al fuerte viento que se levantó desde el mar y que le lanzaba contra el cuerpo aquella arena blanca. Tuvo que taparse el rostro con las manos para cubrirse la nariz y la boca.

¡Aquello era completamente inaudito! Árgoht estaba desconcertado. El mar se había embravecido en un instante hasta el punto de que tuvo que dar un salto hacia atrás para evitar ser tragado por una gran ola espumosa. El agua se había vuelto gris y oscura.

Tenía que volver.

Se giró hacia el norte para evitar que la arena siguiera fustigándole el rostro con la esperanza de poder concentrarse lo suficiente como para terminar el *Serh-arhak*, la letanía que le permitiría regresar.

Al hacerlo, vio algo que le hizo perder el aliento: ante él, de pie y descalza sobre la arena, había una niña pequeña. Parpadeó suponiendo que era una visión, pero después de restregarse los ojos para quitarse los granos de arena que se le habían adherido, la pequeña seguía allí. Aparentaba no más de ocho años y el cuerpo menudo cubierto con lo que parecía ser un camisón de dormir, tenue como el aliento. Estaba allí quieta, mirándolo. No se movía en absoluto: ni su pelo castaño y lacio ni su camisón se agitaban con el vendaval ni su rostro parecía recibir el impacto de la arena. Estaba allí pero parecía no estar.

Árgoht no daba crédito a lo que veía. Entonces, la niña habló y, aunque sus labios no se movieron en lo más mínimo, su voz sonó alta y clara por encima del sonido del temporal.

—Nada es casual, Árgoht de Meledel. Todo sendero tiene un Destino. El tuyo está

sembrado de trampas, pero es esencial que encuentres el correcto.

La niña giró la cabeza hacia el mar. En el horizonte, densas nubes oscuras lanzaban rayos contra la superficie negra del agua. Tras unos instantes en los que el meledino no se atrevió tan siquiera a respirar, volvió a mirarlo a él.

—La sombra se agita. El Equilibrio se ha roto. La Piedra debe ser protegida.

Tras estas palabras, una ola rompió contra sus piernas y, ante la cada vez más atónita mirada de Árgoht, al retirarse se llevó parte de ellas como si fuera un castillo de arena. La siguiente se llevó un poco más y la otra, más aún. La niña no cambió la expresión de su rostro y se limitó a alzar una mano hacia él.

—¡No! —gritó Árgoht mientras se lanzaba hacia ella. Pero cuando llegó hasta donde se encontraba, el mar se la había tragado por completo. Solo una mano quedaba fuera de la superficie, pero pronto quedó engullida también por las oscuras aguas. Un último susurro estalló en su cerebro mientras el viento se arremolinaba a su alrededor como un tornado.

—¡La Piedra debe ser protegida!

Volvió del *gehvaal* con tal brusquedad que parecía que se había caído de un caballo. Sin letanía, sin ritual. Había sido *expulsado*. ¿Había sido la niña? Árgoht recuperó la conciencia bruscamente y con la respiración agitada, desorientado y sin saber dónde se encontraba, como le había sucedido al despertar en casa del maestro Voluthan.

La visión había sido tan intensa... Estaba seguro de que había sido aquella niña la que le había echado, como si una fuerza invisible le hubiera dado un fuerte empujón justo cuando sentía que aquel viento huracanado le absorbería del todo. Nunca le había ocurrido algo así y ahora, tendido de espaldas con la mirada puesta en el cielo, el verdadero cielo, Árgoht sintió algo casi olvidado: el miedo. El territorio del *gehvaal*, aquella tierra íntima que hasta ahora había ocupado solo él, ya no era su feudo inexpugnable. Dos personas habían conseguido entrar pero ¿la niña que había visto era realmente una persona? Parecía estar allí pero sin formar parte del lugar, como un espíritu que salta de un mundo a otro sin presencia en ninguno de ellos.

La Piedra debe ser protegida.

Aquellas palabras se grabaron en su cerebro como a fuego pero ¿qué significaban? Le recorrió la columna vertebral la sensación de que algo terrible se avecinaba. Aquellas nubes oscuras eran portadoras de tormentas. ¿Para él? ¿Para la humanidad? ¿Para toda Thera? No tenía forma de saberlo.

Sintió un sudor frío recorrer sus sienes en dirección al suelo y trató de respirar hondo a fin de serenar el agitado ritmo de su corazón.

El sol había avanzado mucho por el cielo ligeramente encapotado, por lo que calculó que debía llevar unas horas en el *gehvaal*. Se sentó en el suelo y, una arcada le subió a la garganta que le obligó a vomitar. Sentía el cuerpo dolorido como si acabara de salir de un duro combate cuerpo a cuerpo. Esperó un rato antes de volver a

probar y, al segundo intento, consiguió ponerse en pie. Apenas pudo apoyar la pierna herida, que le dolía mucho más que unas horas antes. Por primera vez en muchos años, había salido del trance peor de lo que había entrado.

Cojeando, llegó hasta donde estaban las tres mujeres, que lo esperaban sentadas alrededor de la fogata otra vez encendida.

—¡Vaya! —dijo Ondriva al verlo, con una sonrisa burlona—. ¿Habéis dormido mal?

Árgoht no se dignó a responder a la provocación y se limitó a sentarse sobre una piedra junto al fuego. Tomó un trozo de carne del conejo sobrante sin preguntar si a alguien le parecía mal y lo puso a asar ensartado en una rama fina.

—Tenéis mala cara. ¿Os encontráis bien? —preguntó Kleria.

Kleria no mostraba verdadera preocupación, sino que le preguntaba en el tono neutro de quien quiere saber pero realmente no le importa, pero algo le dijo que en el fondo sí le interesaba y mostraba aquella actitud ante sus hermanas.

—Sí. Solo necesito comer algo.

Kleria sacó de su petate un trozo de pan no del todo duro y se lo lanzó despreocupadamente para que fuera masticando algo mientras el conejo se hacía.

En efecto, después de comer, Árgoht se sintió algo más fuerte y despierto, por lo que pudieron ponerse de nuevo en marcha. A la luz del día, el recuerdo de lo vivido la noche anterior fue disipándose, si bien la sensación de premonición, de que algo terrible se estaba gestando, tardó mucho más en desaparecer. Necesitaba reflexionar sobre lo que había visto, pero aquel no era el momento ni el lugar adecuado.

Cruzaron el puente que habían dejado de lado esa mañana y comenzaron a descender una pequeña pendiente de la llanura. El día, aunque las nubes parecían amenazar lluvia, estaba claro y podían ver al fondo el humo de las chimeneas de la ciudad de Tas.

El flujo de personas que se dirigían a la ciudad aumentaba a medida que avanzaba el día. El río Gâlon fluía en paralelo al sendero, cada vez más ancho a medida que se alejaban del lago Lúrman que lo veía nacer. Las aguas bajaban limpias y frías en dirección a la ciudad y su intersección con el Man-Êrgolon y los caballos bebían de ellas cada vez que se les antojaba. Varios grupos de personas fueron sumándose al sendero principal desde diversos puntos diseminados por las Llanuras Azules.

Cuando empezara a caer la tarde habrían llegado a Tas.



—Debiste buscar otro sitio.

—Tranquilo, que nadie sospecha. Además, Yindala vigila.

Pero Vâhlere no estaba tranquilo para nada. Por muy apartado que estuviera, aquel claro estaba cerca de la ciudad y bastaba que un grupo de niños pasara por allí de casualidad, jugando, para que tuvieran un serio problema. Tres días quizás no fueran suficientes para olvidar que ella había estado aquí hacía poco.

El cabello de la princesa, recogido solo a medias, estaba decorado de una forma graciosa que a Vâhlere le daba deseos de acariciarlo. Como leyendo esa intención en su mirada, ella le besó con pasión. Tenía los labios más fríos aún que el aire que los rodeaba, pero él le devolvió el beso sintiendo cómo el fuego se encendía en él. Por el rabillo del ojo pudo ver con satisfacción cómo Yindala se giraba y les quitaba la vista de encima.

Durante un rato siguieron dando rienda suelta a toda la pasión, frustración, incertidumbre y angustia acumulada por ambos en los últimos días.

Cuando las caricias parecían querer convertirse en algo más, ella lo apartó con suavidad. Tenía las mejillas arreboladas y la pálida piel desprendiendo un calor lleno de vida.

—No tenemos tiempo. Debo volver enseguida.

Él intentó un último beso, pero ella apenas se dejó rozar.

—Necesito saber qué has decidido.

Ahora fue él quien se apartó. Se giró sobre sus talones y comenzó a pasear, repentinamente nervioso, por el calvero. Los árboles aún conservaban el aspecto invernal que le daba a la arboleda un cariz lúgubre aún a plena luz del día.

—Me pones en una situación muy difícil —se encaró de nuevo con ella—. ¿Sigues decidida a hacerlo?

—Por completo.

—¡Debes recapacitar!

—¡No! —esta vez fue el turno de la joven de ponerse a pasear nerviosa—. Ya lo tengo decidido. Necesito saber si estás dispuesto a hacer ese sacrificio por mí.

Vâhlere se acercó y acarició sus hombros con suavidad intentando aplacarla.

—Lo que dices es imposible. No te lo permitirán y lo sabes bien.

—Tenemos que intentarlo, ¿no lo entiendes?

—Claro que lo entiendo. Si te quedas, y la boda sigue adelante, nunca podremos estar juntos, pero tendremos alguna posibilidad de convencer a tu padre. Por lo menos podremos planear algo. Si te vas todo habrá acabado.

—Todo ha acabado ya, Vâhlere. Mi padre nunca reconocerá como válido nuestro amor y, aunque lo hiciera, para él es más importante el reino. Además, si nos vamos, no será el final, sino el principio. Empezaremos una nueva vida juntos, lejos de aquí... ¡No me hagas tener que convencerte!

Loena comenzaba a irritarse.

—Pensaba que esto lo desearías tanto como yo...

—Y lo deseo con toda mi alma —dijo él intentando controlar el tono—, pero este es nuestro hogar. ¿A dónde iremos? No conocemos nada fuera de Quindarst. Nuestro sitio está aquí.

Loena miró largamente a Vâhlere con una mirada difícil de interpretar, como si estuviera intentando leer en el interior de su amante. Se apartó de él varios pasos y se apretó los brazos contra el pecho para protegerse del frío.

—Veo que ya has tomado una decisión.

—Debes recapacitar —insistió él—. Te quiero, pero esto es todo lo que tengo. Toda mi vida está aquí, mi trabajo, mis obligaciones.

—Puede que todo eso esté aquí, en efecto, y aquí seguirá muchos años, pero a partir de ahora te faltará por lo menos una de tus cosas. Yo no estaré. De eso puedes estar seguro. Me iré aunque tenga que hacerlo sola.

—¡No! —Vâhlere cayó de rodillas ante ella—. ¡No puedes hacerlo!

Intentó aferrar la cintura de Loena, pero ella se retiró, muy seria pero con una lágrima asomando en sus ojos y amenazando humedecer sus mejillas.

—Por favor, te quiero, piénsalo bien. No me dejes.

—Ven conmigo, Vâhlere, es lo único que te pediré jamás.

Él rompió a llorar de frustración y dolor, pero fue incapaz de responder.

—Todo queda dicho —concluyó la princesa con un tono de voz más gélido que el agua del arroyo que corría a sus pies—. Adiós pues, Vâhlere, te creía más valiente. Me he equivocado contigo.

Y dicho esto, se dio la vuelta y se dirigió a donde le esperaba Yindala con el gesto compungido. Las lágrimas corrían ahora en torrente por su rostro, pero no le daría a él la satisfacción de verlas. Era una princesa y había sido educada en el orgullo y la dignidad, así que mantuvo la cabeza alta mientras se subía al caballo y abandonaba el

claro sin mirar atrás.



Tas resultó ser, a pesar de su fama de núcleo comercial, una ciudad de lo más insulsa. Llegaron a ella al atardecer junto con otro centenar de personas que acudían a pasar la noche antes de seguir camino. La tarde se alejaba con rapidez y, aunque no había llegado a llover, una densa humedad hacía bajar la temperatura del aire. El cielo mostraba un aspecto gris y dorado muy peculiar. La ciudad crecía en torno y sobre una serie de colinas bajas que le daban el aspecto de una ola de mar en movimiento. Sobre la más alta de ellas se alzaban las torres de la pequeña fortaleza que gobernaba la ciudad, un castillo sencillo de piedra rojiza y aspecto débil que dominaba todo cuanto se extendía a sus pies. En lo más alto de las almenas brillaban tres poderosos fuegos.

Rodeando el grupo de colinas, el Gâlon y el Man-Êrgolon discurrían estrepitosos hasta encontrarse más allá de la ciudad como dos gigantes enfrentados en una eterna lucha. El retumbar de la colisión de las dos aguas llenaba el aire de un murmullo permanente que se metía en la cabeza.

La ciudad era una encrucijada de caminos que se alzaba sin orden ni concierto en mitad de las Llanuras Azules. A pesar de las murallas que delimitaban su contorno, se había desparramado sin control abarcando una amplia superficie con infinidad de puentes que salvaban las turbulencias de ambos ríos para llegar a las tierras de los alrededores, sobre todo hacia el norte. Toda ella era un inmenso mercado plagado de fondas y posadas destinadas a las caravanas de mercaderes que a diario llegaban allí de camino a ciudades más grandes, como Lúrmanis o Quindarst.

Aunque la ciudad no tenía puertas propiamente dichas, el acceso estaba controlado por numerosos guardas en las principales vías que paraban a todo el que entraba para, en el caso de que transportaran mercancías, cobrar los aranceles correspondientes y los sobornos de rigor. Ellos, al ir sin cargas destinadas al

comercio, pasaron sin ser retenidos.

Les llegó el olor de la carne que empezaban a asar en los múltiples campamentos de comerciantes que se arracimaban en las riberas de ambos ríos. Aunque ninguno de los cuatro lo dijo abiertamente, a todos se les hizo la boca agua. Habían acordado parar lo justo para comer y restablecer las provisiones consumidas hasta el momento.

Entraron en la ciudad a lomos de sus monturas y se dirigieron a la primera posada que encontraron. Del interior procedía un fuerte olor a comida y el sonido de risas y cantos. Dejaron a los caballos amarrados en la calle terrosa y entraron en medio de un jolgorio considerable.

—¿Está de fiesta la ciudad? —preguntó Hertania al posadero cuando se acercaron a la barra y señalando con la mirada a un grupo de personas, hombre y mujeres, que bailaban sobre unas mesas con claros síntomas de llevar muchas horas de alcohol sobre los hombros.

—¡Qué va! Esto es así cada noche.

Árgoht pensó en cómo debía de ser vivir en una ciudad en permanente fiesta y sintió ganas de irse de allí lo antes posible. Aquel frenesí era agobiante, pues hasta para pedir algo de comer tuvieron que alzar la voz por encima del griterío y la música de un bardo calvo y barrigón que, al fondo, aporreaba un enorme instrumento de cuerda que el hechicero no quiso ni pudo reconocer.

—Este lugar apesta —dijo Hertania con expresión de asco en el rostro.

Árgoht no podía estar más de acuerdo. La relación entre ellos no había mejorado, y la zághera no perdía la oportunidad de lanzarle algunas miradas cargadas de desprecio siempre que podía. Apenas se cruzaban palabra alguna y se mantenían alejados el uno del otro cuanto les era posible, pero en esa ocasión sintió lo mismo que ella. Aquel lugar decadente olía a alcohol, orina y comida rancia, aunque el ambiente era alegre y contagioso.

El meledino pidió un vaso de licor en la barra, a pesar de ser poco aficionado a ello, y agradeció el calor que le recorrió el cuerpo hasta llegarle a la pierna, aliviándole el dolor. A pesar de que el local estaba a reventar, encontraron una mesa apartada en la que sentarse a cenar.

—No pienso quedarme en este sitio más de lo imprescindible —comentó Ondriva muy seria—. Me da asco.

—Después de comer seguiremos nuestra marcha. Cuando hayamos dejado atrás esta ciudad acamparemos y descansaremos algunas horas —constató Kleria—. Algunos kilómetros al sur hay una pequeña arboleda que nos cobijará y podremos acampar. Pasamos cerca en una ocasión.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Krahedia? —preguntó Árgoht.

—¿Ahora tienes prisa, brujo? —se anticipó Hertania antes de que Kleria pudiera decir nada—. Deberías dar gracias y callar. Lo que hacemos por ti no tiene precedentes.

—Hertania, por favor —dijo Kleria, contrariada por la actitud de su compañera

—. Ahora no es el momento.

—¿Y cuándo es el momento para ti? Esto es...

Hertania no terminó la frase, aunque se contuvo a duras penas. En cambio, se llevo a la boca una cucharada del estofado de carne que les habían servido sin dejar de mirar a Kleria con rabia.

—Si mantenemos el ritmo podremos llegar en una semana. Es un viaje largo...

Una semana. Árgoht no sabía si aguantaría tanto. Si sus cálculos no le fallaban, en ese tiempo llegarían muy al sur, incluso a la costa del Mar Blanco, el mar de hielo. Más allá no había nada excepto el Hielo del Sur, una masa impenetrable de agua helada que nadie había conseguido superar. ¿Qué podría haber allí? Ningún pueblo habitaba en aquella región inhóspita.

Árgoht prefirió no seguir preguntando, pues la mujer podía haberle dado una pista falsa para acallar su curiosidad.

Terminaron de comer y se pusieron de nuevo en marcha, ansiosos por abandonar la ciudad de Tas. A unos tres kilómetros de distancia en dirección sur, como dijera Kleria, los acogió un pequeño bosquecillo de árboles chatos de gruesos troncos. Se internaron en él y, cuando apenas habían recorrido unos centenares de metros buscando donde pararse a descansar, se abrió ante ellos un espectáculo grandioso. La visión de la confluencia de los dos ríos, que los lugareños llamaban sencillamente La Encrucijada, era una visión impresionante en la que las aguas de uno y otro cauce colisionaban con estrépito formando grandes olas. Incluso en la oscuridad de la noche se apreciaba con claridad la espuma generada por ellas y el sonido que producían era como el bramar de un gigante, profundo y eterno. La luz de la luna se reflejaba con dificultad sobre aquella marea bravía, pero permitía percibir la grandiosidad de la maravilla. Árgoht nunca había, en sus múltiples viajes, pasado por aquel punto, y se asombró tanto que detuvo su caballo en silencio para escuchar el bramar del río creciente que, aunque conservaba el nombre de Man-Êrgolon, era ahora otra cosa completamente diferente. Lo que había sido una serena masa de agua era ahora un torrente turbio y arremolinado que formaba rápidos coronados por grandes penachos de espuma marrón.

Antes de llegar a la Encrucijada cruzaron un nuevo puente, esta vez sobre el Man-Êrgolon en dirección sureste, pues el río continuaba su camino en dirección sur y cruzar ahora les ahorraría tener que atravesarlo a saber por dónde más allá. Había otro igual que cruzaba el Gâlon en dirección suroeste. La estructura era de piedra gris de aspecto recio y varios metros de anchura, decorada con diversos símbolos grabados en bajorrelieve por los costados, similares a aquellos que decoraban el Puente Grande. Ambos lados del puente estaban alumbrados por sendas antorchas que, a su vez, iluminaban una garita de guardia que protegía cada orilla del río. Antes de cruzar, dos guardias pertrechados les dieron el alto y, al analizar a los viajeros, les franquearon el paso. Árgoht se hizo una composición de lugar y concluyó que aquellos dos puentes, el de la Llanura al oeste y el Puente Gris, que era el que

cruzaban, eran las únicas formas de acceder a Tas desde el sur y ningún ejército podría pasar por ellos. Así pues, la única forma de atacar la ciudad era por el norte, lo que explicaba la ausencia de murallas en esta zona. Aquella ciudad era prácticamente imposible de asaltar.

Una vez al otro lado, se encontraron en las regiones más meridionales de las Llanuras Azules, casi en el punto en el que estas dejaban de serlo para convertirse en las Quebradas del Arrojo, una sucesión de cañones bajos y colinas de piedra.

—¿Quieres cruzar el Arrojo? —preguntó Árgoht algo sorprendido. Las Quebradas no eran infranqueables, ni mucho menos, pero atravesarlas era lento y pesado, sobre todo para los animales, debido a las continuas subidas y bajadas.

—Es más pesado, pero a la larga el camino es más corto que si lo bordeamos.

Aún recorrieron algunos kilómetros más siguiendo la ribera este del enorme río antes de detenerse a acampar. Avanzaban en silencio a medida que el cansancio iba haciendo mella en ellos. Kleria y el hechicero iban a la cabeza y en paralelo seguidos a varios metros de distancia por las otras dos zágheras.

Por fin, se detuvieron a dar de beber a los caballos en unos charcos que se formaban en un recodo del río, algo más sereno una vez dejados atrás los rápidos generados por la confluencia.

—Pararemos aquí —dijo Kleria mirando a su alrededor.

Árgoht no se lo pensó y se apeó para refrescarse el rostro y mojarse el cabello junto a una gran piedra plana. Sintió cómo el contacto con el líquido le revitalizaba y le dispersaba el amodorramiento que había comenzado a invadirle durante el último kilómetro. El dolor de la pierna arreciaba de nuevo, por lo que el descanso le vendría muy bien.

Al día siguiente entrarían en las Quebradas del Arrojo, y necesitarían todas sus fuerzas intactas para superar la prueba que eso supondría para ellos. Árgoht sabía que las continuas subidas y bajadas de aquel territorio solo conseguirían agravar más rápidamente su estado.

Hertania fue la última en bajarse de su montura, y Árgoht pudo ver con claridad la mirada que clavó en él y su pierna. Aunque él no lo esperaba, no encontró en aquellos ojos ninguna compasión, ni siquiera comprensión, por su estado. Había visto aquella forma de mirar en muchos asesinos justo antes de lanzar el ataque contra sus objetivos. ¿Estaría aquella mujer tramando algo contra él? No tenía mucho sentido hacerlo, pero más le valdría tener mucho ojo y vigilar su espalda.

—Tened cuidado no tropecéis —dijo con sorna.

Árgoht no respondió.

Las mujeres se encargaron de encender el fuego mientras el hechicero se apartaba un poco para retirarse el vendaje y estudiar el estado en el que se encontraba la herida. Notaba la tela del vendaje húmeda bajo el pantalón, y sabía que no era sudor. El aspecto que mostraba era terrible, tal y como sospechaba. La herida supuraba de nuevo. Las curas realizadas por el maestro Voluthan habían quedado atrás y el veneno

había recuperado el terreno perdido. La cuenta atrás comenzaba para él. Sabía que debían avanzar lo más rápido posible, pero también que cada vez tendría que descansar con más frecuencia. Sería una doble carrera contra el tiempo que no estaba seguro de poder vencer.

Sacó de un bolsillo el pequeño frasco que le diera el Pastor y echó un trago corto. Calculó que le quedaban dos tragos más, tres si se moderaba. Sintió el líquido denso bajar por su garganta y caer a plomo en su estómago. Tuvo una arcada, pero pudo controlarla.

«No lo eches a perder», pensó reprendiéndose a sí mismo.

Poco a poco sintió cómo el cuerpo se le relajaba y el dolor comenzaba a remitir. Pronunció unas sencillas palabras y apoyó las manos unidas en forma de uve sobre la pierna herida. Un tenue resplandor azul surgió de ellas y envolvió el muslo. Una refrescante sensación le recorrió la extremidad, pero Árgoht sabía que apenas le hacía efecto. Él no era sanador y sus hechizos curativos eran de escaso efecto. No era su especialidad ni lo sería nunca. De todas formas, sintió que la pierna mejoraba por momentos.

Después de comer y descansar un poco se sentiría mucho mejor, así que volvió junto a las zágheras, que ya habían sacado carne seca de los petates.



El rey Kreón III, regente de Quindarst, llevaba varios días razonablemente satisfecho. Las conversaciones con Marsila iban viento en popa y estaba próximo el momento de establecer una fecha definitiva para el doble matrimonio. Solo faltaba por acordar algunos flecos menores, sobre el protocolo, la música y nimiedades similares, que aburrían al monarca. Esas minucias se las había encargado a Luthar Then que, de mala gana, había aceptado el cometido y estaba realizando el trabajo con la eficacia que le caracterizaba. Esto le permitía ocuparse de sus obligaciones más rutinarias y las estaba disfrutando de lo lindo. Además, tenía tiempo para su familia, y aquí era donde su satisfacción decaía. Loena seguía sin hablarle y evitaba cualquier tipo de contacto con él. En público ejercía su cargo de infanta tan sonriente como siempre, pero en privado le reprochaba con la mirada cada vez que se cruzaban en algún pasillo. Kreón temía que nunca aceptara la decisión que había tomado respecto a su futuro, pero albergaba la esperanza de que el tiempo y la madurez le hicieran entender por qué lo había hecho y pudiera llegar a perdonarle. De momento, intentaba tranquilizar su conciencia diciéndose a sí mismo que hacía lo mejor para su pueblo.

—Y así es —le repetía una y otra vez *Lady Fasila*—. No te tortures más. Solo es una niña, y es normal que coja rabieta. Aún no está capacitada para afrontar la magnitud de esta decisión, pero con el tiempo lo hará.

Kreón siempre respondía que esperaba que así fuera, pero esos días tardaba más de lo normal en dormirse y se revolvía inquieto en la cama, dolido por haber decepcionado a una de sus hijas, a quienes quería más que a nada en el mundo. Él también tendría cosas que superar.

Pero esa mañana estaba más relajado. Los días grises que se habían instalado sobre la ciudad les habían dado un respiro y lucía el sol, haciendo vibrar el mar en el puerto y alegrando el semblante de los pescadores. Aunque el aire estaba frío y había

tenido que subirse bien el cuello de la capa gris plata con la que se cubría los hombros y que escondía bajo su sombra una elaborada túnica de color marrón tierra, estaba disfrutando de los primeros rayos de sol del año, así que se encaró con el astro, cerró los ojos y dejó que el poco calor que llegaba hasta él le lamiera el rostro.

Una puerta se abrió a su izquierda, sacándolo de su deleite. No había nadie más en el jardín trasero de la Torre del Rey, así que sabía que venían a buscarlo a él. En efecto, era Arguedes.

—Disculpe la interrupción, mi señor, pero es la hora.

Kreón sintió cómo el peso de la corona se cernía de nuevo sobre él y se dirigió a la puerta. El asistente le franqueó el paso con una sutil reverencia y cerró tras ellos.

Aunque le gustaba mucho tener contacto directo con el pueblo que gobernaba, ese día resultó ser bastante tedioso. Pasaron ante él cinco personas con diversas peticiones: justicia en un caso insignificante sobre el supuesto robo de una cabra, dos solicitudes de permiso para matrimonio de boca de dos jóvenes parejas que se miraban como si no hubiera nada más en el mundo que el otro y el amor que los unía y poco más en el mismo estilo. Por eso, cuando llegó un mensajero por una de las puertas laterales con cara de sofoco, casi se alegró por la interrupción. Arguedes lo interceptó y charlaron durante unos instantes sin que pudieran llegar hasta él, sentado en el trono en la pared norte de la gran sala de recepciones, sino sonidos incoherentes. Pero algo en la expresión de su asistente y amigo le hizo fruncir el ceño. El mensajero le entregó a Arguedes un pedazo de papel que este leyó con rapidez. Su reacción fue inmediata y brusca. Despidió al mensajero, que suspiró de alivio al salir de nuevo de la sala, y se acercó a paso ligero a la tarima decorada con una tupida alfombra gris sobre la que se situaba el trono.

—Sería mejor cancelar la audiencia por hoy, mi señor —dijo con el corazón acelerado.

Kreón confiaba ciegamente en Arguedes y aceptó su sugerencia de inmediato. Se puso en pie y se dirigió a la audiencia que esperaba al fondo de la sala, junto a la inmensa puerta principal.

—Amigos, mucho me temo que la audiencia ha terminado por hoy. Asuntos urgentes claman por mi atención. Continuaremos mañana en este mismo punto.

Dicho esto, los guardias apostados en los laterales de la sala procedieron a acompañar a los civiles hasta la puerta en orden y silencio. Nadie se atrevió a decir una palabra o proferir una queja. El rey esperó unos instantes a que estuvieran solos para preguntarle al asistente.

—¿Qué ha ocurrido?

Arguedes era un hombre menudo pero recio, de pensamiento rápido y decisivo. Era capaz de mantener la calma incluso en las situaciones más extravagantes. Por eso, cuando Kreón le vio sudar mientras le tendía el pedazo de papel que el mensajero le había entregado, empezó a preocuparse seriamente.

—Debéis leer esto.

Kreón lo tomó y comenzó a leer. Era un trozo de papel sucio escrito con letras pequeñas y apretadas. A medida que avanzaba en la lectura, la ira iba invadiendo su corazón.

Querida Loena:

Entiendo que nuestro amor en estas condiciones es imposible. Aunque me cueste aceptarlo, iré allí donde tú me pidas. Al fin del mundo si fuera necesario. Te amo y haré esto por ti y por todo cuanto nos une. Ni el tiempo, ni la distancia, ni el rey mismo, podrán separarnos jamás. No permitiré que caigas en manos de clemhitas ni de ningún hombre que de seguro no será capaz de apreciar tu encanto y tratarte como yo lo hago.

Escápate conmigo y seremos felices como nunca viviendo como personas normales, lejos de la corte y las obligaciones.

Lo haremos mañana al amanecer de la forma que tantas veces hemos estudiado.

*Te quiere:
Yindala.*

Kreón tuvo que leer el texto tres veces antes de convencerse de que lo que tenía entre manos era real.

—Dime que esto es una broma pesada de mi hija, Arguedes, te lo ruego.

—Lo siento, mi señor, lo hemos interceptado en manos de un niño que llevaba el mensaje a la habitación de la princesa. El pequeño tuvo la sensatez o insensatez, depende de cómo se mire, de dársela al guarda que custodiaba la puerta en vez de a ella directamente. El soldado intuyó algo y la leyó. De inmediato, me la hizo llegar.

—¡Quiero a ese soldado aquí ahora mismo!

—Pero mi señor... —quiso protestar Arguedes.

—¡Ahora mismo! —rugió de nuevo el rey, incontrolable.

Arguedes salió de la sala como alma que lleva el diablo contento de alejarse por unos instantes de Kreón. En ese estado, cegado por la ira, era peligroso. Cuando regresara quizás se hubiera tranquilizado un poco.

Pero la esperanza de Arguedes era injustificada. Tardó unos quince minutos en localizar al guarda y llevarlo de vuelta al salón de audiencias. Cuando llegó, el rey se paseaba arriba y abajo sudando copiosamente y rojo de ira con la nota entre los dedos apretados en un puño. El asistente escuchó con claridad cómo el soldado tragaba saliva mientras se quitaba el yelmo y se lo situaba bajo el brazo izquierdo.

—Tranquilo —le susurró Arguedes—, esto no va contigo. Límitate a contarle lo que ha pasado.

Entraron juntos en la sala y, antes de que ninguno de los dos pudiera hablar,

Kreón gritó.

—¿A quién se lo has contado?

El rey tenía el rostro desencajado. El soldado se cuadró, pero le temblaban las piernas.

—¿Majestad...?

—Sí, ¿quién más lo sabe?

El guarda consiguió reunir algo de valor para contestar.

—A nadie, mi señor. Mi turno no ha terminado aún.

—¡Si me mientes te mato ahora mismo con mis propias manos!

Arguedes se escandalizó, pues nunca había escuchado esas palabras de boca del rey.

—¡Mi señor...!

Kreón cogió aire profundamente, tratando de recobrar el dominio de sí mismo. Tras unos instantes pareció lograrlo a duras penas.

—Mis disculpas —dijo alzando el pequeño papel ante sus ojos—. Solo quiero saber si le has comunicado a alguien lo que has leído en esta nota.

—No mi señor.

—Eso espero. Entonces, solo sabemos de su contenido nosotros tres. ¿Cierto?

—Cierto, mi señor.

—Así pues, si yo, Arguedes, o cualquiera a mi servicio, escucha el más mínimo rumor, susurro o palabra suelta relacionados con este asunto, interpretaré que te has ido de la lengua y tendrás un castigo como no se ha visto jamás en la historia de Quindarst. ¿Lo has entendido?

El soldado volvió a tragar saliva.

—A la perfección, mi señor —consiguió responder. Parecía a punto de orinarse encima.

—Ahora dime exactamente cómo ha llegado esta nota a tus manos.

Kreón consiguió calmarse lo suficiente como para sentarse en el trono, pero al soldado ni se le ocurrió relajar la cuadratura.

—Señor, se la intercepté a un muchacho de unos siete años que se la traía a la princesa Loena. Me pidió que se la entregara. Estaba mal doblado y leí algunas palabras que me llamaron la atención, como *fugarse* o *clemlitas*. Me dio mala espina. No fue por indiscreción, mi señor.

—Lo entiendo —al rey le daban igual las razones por las que la hubiera leído—. ¿Reconocerías a ese niño si volvieras a verlo?

—Lo dudo, majestad. Todos los críos me parecen iguales y desapareció nada más darme la nota.

—¿Qué hiciste a continuación?

—Le pedí a un compañero que me sustituyera ante la puerta y fui a buscar a uno de los mensajeros reales, pues sabía que vos estabais en audiencia y no estoy autorizado a interrumpiros. Después volví a mi puesto y relevé a mi sustituto hasta

que se me reclamó ante vuestra presencia. Eso es todo, mi señor.

El rey guardó silencio unos instantes observando intensamente al soldado pero, si no mentía, había cumplido a rajatabla con su deber.

—Puedes retirarte. Y no olvides lo que te he dicho.

—¡No, su majestad!

El soldado salió de la sala escoltado por Arguedes. Cuando se hubo cerrado la puerta y se quedaron solos el rey y él, Kreón se había hundido en funestas meditaciones enterrado en el trono.

Arguedes le dio unos instantes antes de atreverse a interrumpirle. Kreón parecía haberse olvidado de que él estaba allí.

—Mi señor...

El rey levantó la vista.

—Yíndala, que ha crecido junto a Loena, que ha sido tratada como una más... ¿Cómo se atreve a cometer tamaño acto de traición?

—Yo tampoco me lo explico, señor.

—Tráela aquí. Tráela ahora.

—Sí, señor.

Arguedes volvió a retirarse presuroso. El sonido de la puerta al cerrarse provocó ecos en el alto salón de audiencias como si estuviera vacío. Kreón se quedó solo y comenzó a llorar.



Al amanecer el grupo formado por Árgoht, Kleria, Ondriva y Hertania estaba dispuesto de nuevo para la marcha. Como el meledino sospechara la noche anterior, se sintió mucho mejor tras algunas horas de descanso y comida.

El sol comenzaba a despuntar y a despejarse la bruma que cubría las quebradas, con lo que El Arrojo se mostró ante ellos en toda su magnificencia. Desde la posición que ocupaban a las afueras del pequeño bosquecillo que les había cobijado podían ver toda su extensión con la vista fija en el este. Ante ellos se mostraba lo que parecía ser una interminable sucesión de cañadas y escarpaduras, salpicado de barranqueras, colinas de roca y pequeñas arboledas desperdigadas en las que los árboles aprovechaban las zonas húmedas para hincar sus raíces ancianas. Árida y desolada, era una tierra inhóspita, una sucesión de hondonadas y peñascos rocosos que rompían la superficie de Thera a lo largo de muchos kilómetros, como un mar petrificado en mitad de una tempestad. A simple vista podían observar que sería un terreno difícil de vencer. Abrupto y desnivelado, caminar a su través sería pesado para las piernas y la mente.

Las temperaturas habían descendido mucho durante la noche y su gruesa capa negra amaneció cubierta por una finísima capa de escarcha, al igual que su pelo. Sacó un pesado gorro de lana de una de las alforjas de *Karzan* y se cubrió con él hasta las orejas. El animal relinchó amistosamente mientras le lamía la mano.

—¿Has pasado mucho frío, amigo mío? —le dijo el hechicero dejándose lamer mientras con la otra mano le acariciaba el cuello.

El caballo relinchó de nuevo como asintiendo.

—Yo también, así que no me llores.

Dormir le había hecho bien. Aunque rara vez lo hacía por temor a los sueños premonitorios, en ocasiones su cuerpo estaba tan agotado que no le quedaba más

remedio. Esa noche había tenido suerte y había dormido sin interrupciones intempestivas. Pero tenía otro motivo para evitar el *gehvaal*, y que le costaba reconocer incluso a sí mismo: le atemorizaban las imágenes vividas en las últimas ocasiones. El anciano, la niña, la tormenta... Querían decir algo y él no era capaz de interpretarlas correctamente, quizás por falta de información, quizás por ignorancia. El hecho era que le causaban una gran aprensión, sobre todo porque al pensar en ellas se le instalaba en el pecho una sensación premonitoria de algo terrible y profundo, como un mal apenas intuido al que se dirigía irremisiblemente.

—¿Es imprescindible cruzar estas tierras? —le preguntó a Kleria, con la mirada perdida en la distancia, cuando la zághera se situó a su lado tirando de las riendas de *Bonder*.

—No, pero rodearlo nos demoraría varios días, y no nos conviene retrasarnos.

Esto último lo dijo mirando su pierna herida, y las otras dos guerreras lo miraron serias, como si hubieran asumido que no había otra opción aunque no les hiciera ni pizca de gracia.

Para sorpresa de todos, Ondriva preguntó:

—¿Cómo tenéis la pierna?

No había asomo de ironía o burla en la pregunta, por lo que Árgoht respondió, devolviendo la cortesía.

—Esta mañana me duele algo menos.

—¿Podréis llegar? ¿Aguantaréis el tiempo suficiente?

—Espero que sí.

—Yo también, porque no me gustaría tener que cargar con vos.

—Perded cuidado, zághera, *Karzan* me llevará cuando las fuerzas me hayan abandonado. Ninguna de vosotras tendrá que cargar conmigo.

Un rato después se pusieron de nuevo en marcha. Dejaron atrás la escasa sombra que aquellos árboles deshojados les habían proporcionado y se dispusieron a afrontar el duro camino que les haría atravesar las inhóspitas Quebradas del Arrojo.

Atravesar El Arrojo acabó resultando aún más duro de lo que Árgoht había supuesto en un principio. A medida que el sol iba ascendiendo por la bóveda celeste la temperatura subía y tuvieron que quitarse algo de ropa, fustigados por los rayos inclementes. El suelo era pedregoso y muy molesto para el caminar de los caballos, por lo que la mayor parte del tiempo tenían que apearse de los animales para atravesar pequeños desfiladeros o pendientes de grava que podrían haberles provocado alguna caída. Era un terreno irregular y Árgoht cojeaba debido al esfuerzo hasta el punto de tener que usar una recia vara de madera para apoyarse.

A mediodía apenas habían recorrido unos kilómetros. Incluso podían ver aún los esmirriados troncos de los árboles bajo los que se habían cobijado durante la noche. Cuando pararon para descansar y comer algo, los cuatro sudaban bajo la ropa. Se

detuvieron a la sombra de un gran promontorio rocoso que formaba, junto con otros similares, unos curiosos conjuntos con forma de manos extendidas hacia el cielo. Dieron de beber a los caballos y comieron algo para recuperar fuerzas. Allí donde no daba el sol el aire les llegaba frío y seco, por lo que tuvieron que volver a ponerse la ropa que se habían quitado.

—Lo que nos faltaba es cogernos un enfriamiento —comentó Hertania de mal humor.

Comieron rápido, descansaron un rato y siguieron el camino. Avanzaban buscando siempre las zonas más bajas, evitando las crestas e intentando localizar los collados más aptos para ellos y los caballos. Al mismo tiempo vigilaban los alrededores, pues la zona era idónea para una emboscada de salteadores.

—Ni siquiera esa gentuza querría vivir en estas tierras. Además, ¿quién iba a ir de paseo por aquí como para que se les pudiera robar algo? —dijo Hertania de nuevo.

Árgoht comenzaba a cansarse de las continuas quejas de la zághera. Él, que sí tenía motivos para hacerlo, aguantaba su dolor en silencio, lo que no hacía sino irritarle más cada vez que la escuchaba protestar por algo. Aún así, se mantuvo alerta como los demás.

Pero la gota que estuvo a punto de colmar el vaso de la paciencia de Árgoht llegaría algo más tarde.

Una hora después de haber parado para almorzar, la cojera del meledino era tan evidente que Kleria propuso un nuevo descanso. El hechicero había conseguido evitar tener que tomar otro trago del frasco del Pastor, pero se daba cuenta de que pronto tendría que recurrir de nuevo a ello.

—Que se tome un trago y sigamos. Así no avanzamos.

Árgoht se sentó con evidentes signos de dolor sobre una roca caliente por el sol que los fustigaba desde lo alto y borraba las sombras del suelo. El cielo se mantenía despejado, por lo que no podían esperar la ayuda de alguna nube pasajera que les diera un respiro. Aquellas tierras cuando llegara el verano tenían que ser un infierno.

—No quiero gastar tan pronto el producto de Voluthan.

—¡Así no llegaremos nunca!

—Cálmate, hermana —le pidió Kleria—. Solo pararemos unos minutos.

En efecto, solo descansaron un rato que apenas sirvió para que Árgoht tomara aliento y realizara el hechizo sanador que apenas si le hacía efecto. Por suerte, el terreno se allanó ligeramente y pudieron montar en los caballos mientras atravesaban un ancho desfiladero en el que los cascos de las monturas levantaban un eco sobrenatural que les puso los pelos de punta. Por suerte, salieron pronto de él y siguieron por una pequeña meseta que les daba un descanso a sus cansadas articulaciones. Esa zona estaba un poco elevada con respecto al resto y pudieron echar un vistazo al camino que les quedaba por recorrer. El Arrojo se extendía aún a lo largo de muchos kilómetros, pero esta vez apareció ante su vista algo nuevo. Allí donde terminaban las quebradas, comenzaba una cordillera de montañas bajas, no

cubiertas de nieve sino en la cresta de su cima más alta. Densas nubes chocaban contra sus picos y prometían un tiempo despacible en sus proximidades.

—Dender-oth —dijo Árgoht como para sí.

—Sí —corroboró innecesariamente Kleria—. Ya las atravesamos una vez y no es difícil. Tiene un paso bastante accesible. El invierno se retira despacio, pero espero que se encuentre abierto al paso y no cubierto de hielo como la última vez. Perdimos varios días esperando a que las condiciones fueran propicias.

—A este ritmo se habrá deshelado hasta la cumbre antes de que lleguemos.

Esta vez incluso sus amigas miraron mal a Hertania. Subió entonces a sus curtidas mejillas un rubor avergonzado que el meledino no le había visto hasta el momento. Una cosa era que él, a quien no soportaba, le llamara la atención y otra que le recriminaran sus hermanas, cuya opinión tanto valía para ella. Sin embargo, su orgullo le impidió disculparse.

La meseta se extendía a lo largo de algo más de un kilómetro y los cuatro se alegraron de poder avanzar un poco más rápido a su través, pero pronto quedó atrás y comenzaron de nuevo las crestas. Apenas encontraron animales en aquellos páramos, excepto reptiles, aves rapaces y alguna liebre despistada. Salvo que tuvieran mucha suerte con una de estas últimas, tendrían que recurrir a sus reservas hasta llegar a las montañas, donde previsiblemente podrían encontrar piezas decentes.

De esta forma llegó la noche al Arrojo. El grupo comenzó a buscar un sitio azocado donde acampar, pues en aquel momento el sol empezaba a esconderse en el oeste y pronto sería noche cerrada. Se encontraban en una zona muy escarpada, por lo que no les sería difícil encontrar un sitio apropiado.

El dolor de la pierna comenzaba a ser atroz para el hechicero. Como había sospechado, caminar empeoraba mucho la situación de la herida. Aunque no había comentado nada a las demás, se sentía febril y físicamente extenuado. *Karzan* seguía las huellas de la montura de Kleria por inercia, sin que él hiciera nada por guiarlo.

De pronto, una chispa se encendió en su cerebro, invadiendo todo su cuerpo y poniendo cada músculo en alerta. El dolor quedó a un lado, la fiebre se olvidó de repente, pues una poderosísima fuente de energía mágica acababa de contactar con él. Miró alrededor y observó dónde se encontraban. ¿Cómo había podido ser tan estúpido?

Habían atravesado un estrecho desfiladero entre rocas que antaño quizás fuera el lecho de un pequeño río y que desembocaba en una zona más amplia que se abría casi diez metros en torno a ellos formando un círculo bordeado de paredes de roca. Sobre sus cabezas el cielo era ya completamente negro, pero Árgoht pudo percibir con claridad las runas arcanas, ancestrales, que plagaban la piedra rojiza. Acababan de entrar en un grimageo, un Lugar Muerto.

Árgoht sabía muy bien que el mundo está regido por infinidad de energías en continuo movimiento, transformándose sin cesar. Naciendo y muriendo, explotando y apagándose como velas. La Madre utiliza mucha energía para obrar sus portentos y él

toma parte de ella para hacer sus pequeños, en comparación con esos milagros, hechizos y sortilegios. Pero también sabía que hay energías oscuras y malévolas que se escapan al control de La Madre y sus hechiceros. Existen nigromantes, magos oscuros que se encargan de hablar con los espíritus, de alimentar a los muertos, de abrir puertas a lugares perversos que deberían permanecer siempre cerradas.

Aquel era uno de aquellos lugares: allí se había abierto una puerta a la oscuridad, se había librado una gran batalla y había conseguido cerrarse. Pero aún quedaba algo. Árgoht lo percibía en la piel, en cada poro y cada vello de sus brazos. Incluso las zágheras habían sentido algo y se agitaban inquietas sobre sus monturas, que pafaban intentando huir.

—¿Qué es esto, por la diosa? —dijo Ondriva a voz en grito.

—¡Es un grimageo, una zona muerta! —gritó Árgoht a punto de perder los nervios—. ¡Debemos volver!

En ese momento, los símbolos tallados en la roca comenzaron a brillar con una luz densa y verdosa. De cada uno de los símbolos surgió entonces una forma oscura, como sombras de aspecto vaporoso y color grisáceo. Eran casi transparentes, pero la luz de la luna le daba forma a los contornos. El claro entre las rocas se llenó de gritos agudos que dañaban sus oídos mientras las formas comenzaban a flotar en torno a ellos a toda velocidad, como si llevaran siglos durmiendo y acabaran de ser liberadas, como niños pequeños disfrutando de un descanso de sus tareas.

Árgoht estiró la mano izquierda para coger algo de su petate, pero en el momento en que sus dedos rozaban la vaina de cuero, una de estas formas impactó contra él derribándolo del caballo. *Karzan* se sintió libre y comenzó a correr desbocado. Árgoht no pudo ver a dónde se dirigió, pues enseguida fue golpeado de nuevo.

—¡Brujo! —gritó una voz, gutural y vibrante, como si llevara mucho tiempo sin pronunciar palabras.

—¡Brujo! —nuevas gargantas se unieron a coro hasta que sus oídos se saturaron de voces que le gritaban. Y él sabía muy bien por qué. Si conseguían su energía vital, aquellos entes informes que ahora solo existían para vagar por un limbo intrascendente, podrían recuperar sus formas primigenias, fuesen cuales fuesen.

Se sintió vapuleado y zarandeado, pero sacó fuerzas para levantarse y sacudirse aquellas manos intangibles que sin embargo golpeaban y arañaban. Con uno de sus brazos Árgoht lanzó un golpe contra una de las sombras y sintió el frío contacto en su piel. Para su sorpresa, percibió que el ser reaccionaba a ello. Había recibido el impacto, si bien no con la fuerza que lo habría hecho siendo de carne pero, si ellas podían tocar, ¿no era lógico que también pudieran ser tocadas? Aunque efímeras, aquellas formas eran físicas y existían en este plano de la realidad, por lo tanto podían ser atacadas, aunque no sabía qué daño podrían causarles, si es que les causaba alguno.

Árgoht probó a la desesperada a lanzar un puñetazo contra el que tenía más cerca y notó como en efecto se retiraba tras recibir el golpe, aunque él apenas había sentido

nada. Intentó dar unos pasos a su izquierda para salir de corro que lo cercaba, pero se sintió de nuevo empujado al centro.

Necesitaba algo de tiempo para pensar, para localizar el hechizo necesario. De esa manera no podía concentrarse. De pronto se percató de algo más: cada vez que alguna de aquellas cosas lo rozaba sentía como un pellizco, pero no en la piel, sino en su interior. En cada ocasión, le robaban un poco de vida. Vio que uno de los más osados y que en más ocasiones le había golpeado era más visible que los demás. Se hacían más fuertes con cada soplo de energía vital que le arrebataban.

Árgoht se lanzó a la carrera y se arrojó contra el muro vaporoso que lo rodeaba, atravesándolo y sintiendo en el proceso cómo varios de aquellos pellizcos le mancillaban el alma. Perdió el equilibrio y fue a caer a los pies de Kleria que miraba a su alrededor con la espada en una mano, el escudo en la otra y los ojos desorbitados. No sabía qué hacer, y el hechicero notó que las otras dos estaban en la misma situación. Al ver a Árgoht pareció reaccionar y, cuando una de aquellas cosas intentó acercarse a ellos, le lanzó una estocada que lo atravesó como si fuera humo. La reacción del ente fue como si hasta ese momento no hubiera sabido que había más personas allí. Un nuevo grito les llenó los oídos y se lanzó contra la zághera, que se protegió con el escudo del ataque de lo que parecía ser una garra malformada. Hertania y Ondriva también salieron de su estupor para comenzar a defenderse, pues el resto de criaturas parecieron percatarse de su presencia y se lanzaron contra ellas.

Ahora que Árgoht disponía de algo de margen para pensar, pudo ver el panorama que se desarrollaba en torno a él. Las tres guerreras parecían golpear el aire, como si estuvieran entrenándose en vez de luchando por sus vidas. Se movían con una agilidad felina y cada golpe que daban era certero. Se habían agrupado para defenderse entre sí de forma que ninguna tenía la espalda descubierta en ningún momento. Si bien el daño que causaban era escaso, al menos les permitía mantener a raya a aquellos seres de la oscuridad. Árgoht había estado en otros grimageos, pero aquel era muy poderoso y la energía contenida era de extrema virulencia. Lo que hubiera ocurrido allí siglos, quizás milenios atrás, debió ser apoteósico.

Buscó en su interior algo que pudiera ayudarle en aquella situación y comenzó a elaborar un complejo hechizo de disipación. Para ello tuvo que situarse tras las mujeres guerreras con el fin de evitar que los seres le prestaran mucha atención pues, aunque era él su principal objetivo, ahora mismo estaban concentrados en las zágheras. Era imposible contar cuántas criaturas danzaban por el grimageo, pues se mezclaban unas con otras sin orden ni concierto. Por ello, no pudo saber cuántas se desvanecieron en el interior de los símbolos de los que partieron cuando soltó su hechizo. Situó las manos juntas ante el pecho con los índices en vertical y comenzaron a brillar con una pálida luz roja mientras recitaba las palabras apropiadas. Cuando hubo terminado, la luz se convirtió en un humo rojizo que se mezcló con las criaturas, haciéndolas desaparecer. El efecto del sortilegio era disipar la magia oscura, apenas empleada ya en Thera.

Los gritos se redujeron considerablemente al mismo tiempo que el número de gargantas imposibles, pero las criaturas que quedaron, que aún eran bastantes, volvieron a fijarse en él. El primer impacto llegó enseguida y lo desplazó varios metros en el aire hasta chocar con una de las paredes con un fuerte golpe que le hizo perder el aliento. La capa negra quedó enganchada en algunas viejas raíces que atravesaban la roca y se le desprendió del cuello.

Otro golpe y se sintió desplazado algunos metros más. Esta vez había sido más fuerte y notó como se le abría un corte en la frente que comenzaba a sangrar, enturbiándole la mirada por el ojo derecho. Se limpió con la manga de la camisa e intentó retroceder arrastrándose para ganar algunos metros antes del siguiente impacto. Pero algo le retuvo y no pudo moverse ni medio metro. Al mirar hacia atrás para ver con qué había tropezado su mirada se encontró con las recias patas de *Karzan*, que había vuelto a la lucha. Sin pensárselo dos veces, tomó impulso y se puso en pie de un salto. Por el rabllo del ojo pudo ver cómo Hertania era derribada y su cuerpo chocaba con fuerza contra la pared.

Karzan tenía los ojos desorbitados y soltaba espuma por la boca debido al terror que le inspiraba aquella escena grotesca que era incapaz de entender, pero sabía que debía estar allí. *Árgoht* abrió la alforja de su lado derecho y sacó un paquete perfectamente envuelto en tela marrón. Sin miramiento alguno, retiró la cobertura y apareció entre sus manos la espada *Êralin*, *La Cazadora*. Como cada vez, sintió una corriente de energía sacudir todo su cuerpo, pero era una fuerza más oscura que nunca. Antes había sido clara y pura como las aguas del Man-Êrgolon, pero ahora había cambiado. Sintió dentro de sí cómo aquella sombra que dormía en la espada se crecía en aquel lugar propicio para ella, y llenaba su cabeza de susurros, deseando obtener más poder aún del portador del arma. Pero el hechicero impuso su voluntad con todas sus fuerzas. No podía permitir que aquel murmullo que escuchaba en su cabeza tomara el control. Nunca lo haría.

El rumor calló y fue sustituido por los gritos de las sombras que le rodeaban, pues habían sentido el cambio en él y ahora se agitaban inquietas, indecisas antes de atacar. Las tres guerreras seguían defendiéndose como podían, aunque se les notaba al límite de sus fuerzas. Hertania había caído de nuevo con un golpe en la cabeza que le bañaba de sangre el lado derecho de la cara. Aún así, se defendía con bravura. *Kleria* y *Ondriva*, aunque en pie, no estaban mucho mejor. Ambas estaban heridas y agotadas.

Pero *Árgoht* se sentía mejor que nunca con *Êralin* entre las manos. Todo el cansancio y la pesadumbre habían desaparecido. Con un grito, se arrojó hacia adelante y lanzó un tajo contra el ser que tenía más cerca. La espada cortó su cuerpo etéreo sin resistencia, pero en esta ocasión el efecto fue diferente. El ser comenzó a agitarse y a perder la escasa consistencia de que disponía. Finalmente, todo él se disipó en el aire como si nunca hubiera existido.

De esa forma siguió el meledino dando lo que parecían tajos al aire. Al principio

pensó con angustia que nada ocurría, que el número de seres no disminuía, pero tras un rato comprobó que se equivocaba. El aire a su alrededor se iba aclarando a medida que los espíritus se iban desvaneciendo. Sin embargo, seguía costándole mucho acercarse a las zágheras, que estaban visiblemente heridas ya. Hertania yacía postrada casi sin moverse mientras uno de los entes se aproximaba a ella. Árgoht comprobó con aprensión como la sombra se cernía sobre ella, dispuesta a extraer de su alma hasta el último soplo de vida.

Haciendo un esfuerzo mayúsculo, dio un salto hacia adelante atravesando a varios de sus etéreos contrincantes hasta llegar cerca de la zághera caída. Justo en el instante en el que la criatura se aproximaba al rostro de Hertania para darle un beso mortal, Árgoht alzó a Êralin y la dejó caer a la altura que debería estar su cuello en un tajo diagonal. Durante un instante, cuerpo y cabeza permanecieron flotando en el aire cada uno por su lado. Por fin, tras lo que pareció una eternidad, ambos se disiparon en la noche. Hertania lo miraba sin dar crédito a lo que sus ojos le mostraban.

Ondriva y Kleria se acercaron y cerraron filas en torno a su compañera caída. Parecían haber recuperado algo de energía ahora que veían posibilidades de vencer y combatían con una ferocidad inusitada. Era la garra y la fuerza que les habían hecho ganar el mítico título de mejores guerreras de Thera.

Por fin, ninguna de las sombras quedó vagando por el grimageo, ayudadas por un último hechizo de disipación por parte del meledino. Cuando hubieron terminado, Árgoht y las zágheras sudaban copiosamente y sus pulmones cogían y soltaban el aire como si fuera la última vez. Estaban agotados física y mentalmente, pero permanecieron aún algunos instantes con las espadas en alto, a la espera de que alguna criatura hubiera sobrevivido o permaneciera escondida entre las sombras.

—¿Se han ido? —preguntó Ondriva por fin.

—Eso parece —respondió Kleria.

—¿Se habrá escapado alguna? ¿Las hemos liberado?

—No —respondió Árgoht tajante—. Estaban atadas a este lugar, a las runas de las paredes, no habrían podido alejarse demasiado.

Un quejido a sus espaldas les hizo volver la cabeza. Árgoht lo hizo en el momento justo, pues tuvo tiempo de levantar su espada para defenderse del tajo que le lanzaban. Lo desvió a duras penas y no pudo contener su asombro al ver que era Hertania quien le atacaba.

—¡Tú! —gritó de pronto, y su voz levantó ecos entre las paredes—. ¿Cómo te has atrevido?

Lanzó otro tajo, esta vez en horizontal, y Árgoht consiguió esquivarlo de nuevo al tiempo que daba unos pasos atrás. El golpe había sido terrible. Enseguida comprendió lo que estaba ocurriendo.

Kleria y Ondriva se lanzaron contra ella para retenerla y la agarraron por los brazos mientras Hertania se agitaba intentando desembarazarse.

—Dejadla —dijo Árgoht sereno—, se siente ofendida porque haya sido yo quien

le ha salvado la vida.

—¡Es una deshonra! —Hertania cojeaba y tenía el rostro manchado de sangre, pero aún así tenía fuerzas para seguir luchando—. No le deberé mi vida a ningún hombre, ¡y menos a este brujo!

Hertania le señaló con el dedo índice de la mano libre. Árgoht sabía que aquella furia no provenía solo del orgullo herido. En ella se mostraban todos los días de callada rabia contenida por el viaje que habían iniciado, por la atención que Kleria le mostraba, por saberse inferior a él.

—¡Pelea conmigo, brujo!

—¡No! —intervino Kleria—. No te lo permitiré.

—Sí lo haréis —dijo Árgoht con un tono que no dejaba lugar a la discusión.

Aquello era inevitable, y si no era ese día sería cualquier otro. Se sentía cansado, una vez que el efecto arrollador de tener a Êralin en sus manos comenzaba a disiparse, pero no iba a dejar aquel asunto pendiente. Ella era mejor guerrera, pero él tenía mejores armas.

Si ella quería luchar, lucharían.



Kreón esperaba en su estudio privado paseando de un lado para otro. Los dos sirvientes presentes en la sala no se atrevían ni siquiera a respirar, pues conocían a su rey y sabían que estaba de muy mal humor. Finalmente se sentó, pero no tras su mesa de exquisita madera labrada, sino en un sillón individual y muy alto que, a pesar de su elevada estatura, casi le hacía parecer pequeño. Tenía los brazos aferrados con tanta fuerza al butacón que los nudillos habían palidecido. Los músculos de la mandíbula enmarcaban los dientes apretados.

Toda aquella situación se le estaba escapando de las manos. Había tenido que encerrar a Loena, ¡su propia hija! en una torre del castillo para evitar que se fugara. Su madre había ido a hablar con ella y lo había negado todo, pero la nota estaba muy clara: Loena iba a fugarse con Yindala y las dos estaban enamoradas. Por más vueltas que le daba, no podía creerlo. Que se quisieran, que se abrazaran y besaran, incluso que compartieran lecho y sudor en alguna ocasión era comprensible, pues habían crecido juntas y era algo normal. Pero aquello ponía en peligro el nuevo tratado establecido con Clemthan, y eso era traición. No podía permitirlo pero ¿cómo dar un castigo ejemplar a su propia hija?

En ese momento tocaron a la puerta y uno de los sirvientes, un hombre calvo y achaparrado, vestido con un traje negro y anodino, se apresuró a abrir. Cruzó varias palabras con la persona que esperaba al otro lado y volvió a cerrar.

—Es vuestra hija, mi señor —anunció.

Kreón hizo un gesto con la mano para dar autorización y un segundo después Loena entraba en la estancia mientras los sirvientes salían en silencio. Al contrario de lo que esperaba, la princesa llegó altiva y orgullosa, como si nada hubiera pasado. Aquello irritó aún más al rey.

Loena permaneció de pie ante su padre esperando su permiso para sentarse.

Estaba muy seria.

—Siéntate.

Loena obedeció y se sentó en un sillón de tres plazas, rígido pero confortable. Se alisó el vestido de color rosa palo como si tal cosa.

Durante un buen rato, ninguno de los dos dijo palabra.

—¿Y bien? —dijo por fin el rey.

—¿Y bien qué, padre?

—¿No piensas explicarte?

—No hay nada que explicar. Ya he dicho que no sé nada de todo esto.

El rey sacó la nota manuscrita y se la enseñó a su hija sin dársela. No quería arriesgarse a que ella, en un arrebato, destruyera la única prueba que existía contra Yindala, cuyo juicio comenzaría tras esa conversación.

—¿Esto es nada para ti?

Loena leyó la nota sin cogerla y no pudo evitar que su rostro se congestionara. Aunque su madre le había explicado lo ocurrido, no había podido enseñarle la carta. Loena comenzaba a pensar que ni siquiera existía hasta que la tuvo delante. Y no podía creer lo que estaba viendo.

—Repito: ¿esto es nada para ti?

—Esa nota es falsa. Yindala nunca ha querido fugarse conmigo.

—¿Falsa? Yo creo que las palabras están muy claras y tu madre dice que la letra es suya. ¿Qué más necesito?

—Pues yo te digo que es falsa. Yindala no me ama en ese sentido, ni yo a ella. Alguien la ha falsificado.

Y Loena comenzaba a sospechar quién había sido. Yindala era su mejor amiga y la quería más que a nadie en el mundo. Sabía que, aunque fuera cierto que ella estuviera enamorada, jamás le enviaría una carta que alguien pudiera interceptar. ¡Si estaban siempre juntas!

—Entiendo que la quieras y sé que no la traicionarás, al fin y al cabo habéis crecido juntas, pero...

—Quiero que saques a Yin del calabozo —le interrumpió Loena—. Es inocente y no se merece este trato.

—Tienes razón, no se lo merece. La sacaré y la enviaré a una habitación custodiada, pero será después del juicio.

—¿Juicio?

—Por supuesto. Le daré la oportunidad de defenderse, pero no tiene muchas posibilidades de convencerme. Yo veo la situación clara como el agua. Es evidente que tú no la vas a delatar, así que nos limitaremos a ver qué tiene ella que decir.

—¡No es justo! ¡Ella no ha hecho nada! —las lágrimas comenzaban a asomar en los ojos de Loena—. ¿Cómo tengo que decírtelo? Soy tu hija, tienes que creerme.

—Esa mujer ha cometido un acto de traición, y yo no contaba con que tú confesaras nada. Aún así tenía que darte la oportunidad. En el juicio tú serás la

víctima que no sabía nada. Diremos que ella te amaba y había confundido tus sentimientos de amistad con amor correspondido, lo que la llevó a interpretar las cosas de manera errónea.

Loena rompió a llorar.

—¿Qué le va a pasar?

—Aún no lo tengo decidido, pero la traición se paga con la muerte.

Una hora más tarde, el rey se encontraba junto con la reina, el escribano y algunos testigos, en la Sala de Juicios. En uno de los laterales, un banco daba asiento a los miembros del Consejo, obligados a estar presentes para aportar sus conocimientos si fuera necesario. Era un salón de techo bajo y poco iluminado por la mala situación en la que se encontraba respecto a las murallas. En ese momento entraba la luz del sol por las altas ventanas, pero pronto aquel se escondería tras los muros de la fortaleza y los dejaría en sombras. Las paredes eran de piedra gris sin apenas tratar y el suelo del mismo color. Estaba todo pensado para intimidar al acusado de un delito, de forma que el salón pareciera una extensión misma de las mazmorras. Solo el trono del rey, mucho más sencillo que el de la sala de audiencias, le daba un toque de color con su tela amarilla. La reina se sentaba a su lado en un butacón. *Lady Fasila* estaba compungida y no podía aceptar que aquello estuviera sucediendo.

Ella había adoptado a Yindala como pupila y sirvienta de su hija desde que tenía diez años y Loena cuatro. Habían congeniado muy bien y se reían y pasaban todo el día juntas. Ahora tendrían que juzgarla por traición y, casi con toda seguridad, condenarla a muerte. Una lágrima se le escapó al pensar en ello. Kreón a su lado, permanecía serio con el rostro convertido en una máscara de piedra, tan duro como los muros del salón.

—Que entre la acusada —dijo por fin.

Uno de los sirvientes salió atravesando una alta puerta de madera de jok, una de las más fuertes y recias de toda Thera. Al instante, volvió casi arrastrando por el brazo a una desolada Yindala. Tenía el rostro hinchado de tanto llorar, con la morena piel sucia después de su estancia en el calabozo y desaliñada su larga melena negra. El rey había dado orden de que no se la tocara bajo ningún concepto, pero no podía estar seguro de que los carceleros hubieran obedecido y hubieran mantenido sus manos lejos de aquel cuerpo joven y espléndido.

El sirviente hizo arrodillarse a la chica a unos diez metros del trono.

—Señor, yo no...

—¡Silencio! —el rey permanecía impertérrito.

Yindala guardó silencio, aunque no podía dejar de sollozar.

—Yindala —comenzó Kreón—, se te acusa de traición al reino. Ha sido interceptada esta nota que, puesto que no se te ha dado la oportunidad, será leída en voz alta para tu conocimiento. Dado que la has escrito tú, seguro que te resulta

conocida.

—¡Yo no...!

—¡Silencio! Si vuelves a interrumpir te enviaré de nuevo a las mazmorras y seguiremos el juicio sin ti. Arguedes, comienza.

El sirviente leyó en voz alta y muy despacio la carta que culpabilizaba a Yindala mientras esta abría los ojos cada vez más con cada palabra, presa de la incredulidad.

Cuando hubo terminado, la joven lloraba a moco tendido.

—¿Qué tienes que decir en tu defensa?

Yindala estaba aterrorizada y comenzó a temblar sin control.

—¿No dices nada?

La joven levantó la mirada hacia su señor e hizo un enorme esfuerzo por responder.

—Yo no he escrito esa nota —consiguió decir.

—Pues tu firma está muy clara.

—¡Jamás haría algo así! Os respeto, mi señor y señora, nunca haría nada que os hiciera daño.

Ahora fue la reina quien no pudo contener una lágrima, a pesar de la mirada reprobatoria del rey.

—Conocemos tu historia mejor que nadie, Yindala, pero has cometido un grave error que no puede pasarse por alto. Veo que no tienes nada con lo que defenderte, prueba ni argumento alguno que te exculpe, por lo tanto, con el permiso del Consejo...

En ese momento, Yindala desvió la mirada hacia su izquierda donde se encontraban sentados todos los consejeros. Estaban serios y circunspectos, escuchando con atención todo cuanto se decía pero...

Entonces Yindala lo comprendió todo. De entre los miembros del Consejo había uno que estaba relajado e incluso parecía que esbozaba una leve sonrisa que desapareció de sus labios en el momento en que la sirvienta posó sus anegados ojos en él.

—¡Tú! —murmuró con la mirada clavada en Vâhlere.

En ese momento comprendió y toda su esperanza se vino abajo.



Árgoht podía entender lo que sentía la zághera. Su pueblo había detestado a los hombres desde tiempos inmemoriales, aunque tendría que preguntar a Kleria cuál era la razón primigenia, si es que había alguna y alguien la recordaba.

Además de este odio hacia su género, estaba el hecho de que Kleria se había inclinado hacia él apartando un poco a sus amigas en aquella aventura. Aunque los motivos de la zághera no eran altruistas, ni mucho menos, sus compañeras no eran capaces de ver qué pintaba él en toda aquella historia. Ambas le miraban con malos ojos, pero solo Hertania había mostrado abiertamente su contrariedad y por fin había hablado de la forma que mejor sabía: con la espada en la mano.

Él, por su parte, no tenía nada en contra de la guerrera. Entendía su posición y aceptaba el rencor que ella le profesaba como un proceso intelectual válido, sin afectación de ningún tipo. No le deseaba mal alguno ni pensaba obtener beneficio de aquel combate. Más bien al contrario, sabía que pasara lo que pasara habría un cisma allí, en aquel lugar perdido en las Quebradas del Arrojo y en las páginas del tiempo. Sentía los símbolos arcanos, de una magia mucho más vieja y rancia que la suya, escrutándolo pero sin poder obtener de ellos poder alguno.

Ninguno de los dos estaba en las mejores condiciones. Ambos cojeaban y estaban doloridos por la lucha contra las sombras de humo, pero él además sentía la pulsación de la pierna excepcionalmente fuerte, aunque no diera muestras de ello. Sin embargo, él sabía lo que aquello significaría: no podría emplear hechizos complejos, ya que el dolor le impediría alcanzar el grado de concentración necesario. Pero, en el caso de poder hacerlo, ¿los emplearía contra aquella mujer que solo luchaba con su espada y sus manos? Probablemente no. Él podría acabar el combate en un segundo, y de paso barrer toda la zona, incluyendo a Kleria y Ondriva, pero no lo haría aunque el dolor de la pierna se lo hubiera permitido.

Así pues, lucharían espada contra espada, cuerpo a cuerpo. Él, armado con Êralin, cuyo efecto revitalizador había pasado ya y un peto de cuero como única protección. Ella, con un peto metálico, yelmo y su espada aferrada con ambas manos. Se había limpiado la sangre del rostro, pero seguía teniendo un aspecto horrible. Estaba fuera de sí, cegada por el odio y la rabia. La experiencia le había demostrado que el rival más peligroso era el que parecía débil, y esta mujer parecía increíblemente fuerte y poderosa. Por lo tanto, sería él quien se mostrara débil. Debía dejar que ella se confiara y esperar que diera un traspíe o cometiera un error, pues sabía que no vencería en un intercambio de golpes.

En cualquier caso, aquello no iba a acabar bien.

Ella, como era de esperar, dio el primer paso. Kleria y Ondriva se habían apartado de mala gana y con la preocupación escrita en sus rostros. Ellas también conocían el final de aquella historia. Habría sangre y lágrimas cuando callaran las espadas.

Árgoht se limitó a dar algunos pasos laterales para esquivar el golpe de tanteo de Hertania, sin apenas fuerzas y solo para marcar distancias. El siguiente intentó ser un poco más certero y el meledino tuvo que ser más rápido para evitar que el filo lamiera su carne.

—¿Piensas correr toda la noche?

La oscuridad podía ser un problema muy serio, pues solo la luz de la luna y las estrellas iluminaba sus pasos. Aunque él podía ver sin dificultad, estaba seguro de que ella tendría más problemas para distinguir una piedra mal puesta bajo sus pies.

El tercer tajo sí que estuvo a punto de alcanzarle, y al retirarse chocó de espaldas contra la pared. La hoja cortó el aire más próximo a su mejilla derecha mientras daba un paso providencial hacia su izquierda. Ahora ella estaba muy cerca y con una sonrisa socarrona que se convertiría en su punto débil. Estaba convencida de que iba a ganar.

Árgoht alzó entonces su arma y lanzó una estocada, pero el dolor le azotó la pierna y el arma impactó sin fuerzas contra el filo de la espada contrincante, que contraatacó sin pensárselo con un tajo horizontal a la altura del pecho del hechicero. Este se agachó justo a tiempo y dio una voltereta por el suelo ganando algunos metros de distancia.

Pronunció entonces un hechizo rápido y de su brazo izquierdo surgió un fino haz de luz que se dividió en dos. Cada división comenzó a barrer el aire en sentido contrario la una de la otra formando un círculo perfecto de tal forma que unos segundos después un pequeño escudo redondo de unos cincuenta centímetros de diámetro le protegía ese costado. No era gran cosa, pero le daría alguna ventaja.

—Me preguntaba cuánto tardarías en hacer trampa con tu apestosa magia.

—No es trampa usar las armas que se poseen. ¿Empiezas a asustarte?

La respuesta de la zágghera fue una sonora carcajada y un nuevo ataque veloz. Esta vez Árgoht no esquivó, sino que alzó el escudo recién formado para dejar que el ataque fuera absorbido por él. El aire a su alrededor vibró y zumbó con el impacto,

pero el escudo mágico aguantó, para sorpresa de la mujer.

Esta vez fue Êralin la que cortó el aire en dirección al costado de Hertania, pero esta consiguió dar un paso atrás y colocar su propia arma en el camino. Las hojas chocaron con estrépito metálico y vibraron durante unos segundos.

Así siguieron un rato más: lanzando, defendiendo, respondiendo y retrocediendo en un baile hipnótico y terrible. El rostro de las dos zágheras expectantes se había endurecido. Aquello había pasado a ser una cuestión de honor que les merecía el máximo respeto. Ninguno de los contendientes cedía terreno y Árgoht estaba demostrando ser mejor espadachín de lo que pretendía aparentar. Hasta el momento no había empleado la magia para atacar y luchaba en igualdad de condiciones, aunque se cansaba con mucha mayor rapidez que la zághera, más acostumbrada a aquellos esfuerzos físicos a pesar de sus heridas.

Árgoht también había notado esto último. Él comenzaba a sentirse extenuado mientras que su rival parecía estar disfrutando del ejercicio físico. La energía que mantenía activo su escudo comenzaba a disiparse, por lo que en unos minutos dejaría de protegerle. Árgoht deshizo el hechizo voluntariamente, pues prefería no tenerlo que estar pendiente de cuándo dejaría de existir. Quizás lo descubriera cuando viera un muñón sanguinolento donde debía estar su brazo izquierdo.

Hertania no tardó en darse cuenta de esta circunstancia y se lanzó al ataque con renovados bríos. Ambos tenían ya algunos cortes, aunque poco profundos y ninguno de gravedad. Desprovisto de su escudo, Árgoht solo tenía su espada para defenderse de los terribles golpes que le infringía su contrincante. El odio que se reflejaba en su mirada bastaba para amilanar al más preparado.

El meledino se vio obligado a retroceder mientras esquivaba y desviaba tajos y estocadas, hasta que topó con la pared de piedra del grimageo. La pierna le palpitaba con el esfuerzo y el dolor empezaba a ser agobiante, hasta tal punto que le distraía del combate. Necesitaba descansar, pues pronto su pierna izquierda no podría sostenerlo.

Viéndose acorralado, estuvo tentado de intentar usar su magia para acabar con la lucha de una vez por todas, pero algo en su orgullo le decía que no estaría bien. Sin embargo, no hacerlo podría ser su muerte. Así pues, dio dos pasos hacia su derecha para separarse de la pared y ganar algo de distancia respecto a Hertania. Los brazos le dolían y Êralin comenzaba a convertirse en un peso difícil de sostener. La misma espada, aquella energía oscura que ahora la dominaba, le decía que acabara con aquella farsa, que la barrera con su poderosa magia. «No», gritó para sus adentros. Y la oscuridad calló.

Hertania lo seguía, viendo que se debilitaba con rapidez. Sabía que el hechicero no podría mantener el ritmo y estaba decidida a acabar rápido el combate. Su honor quedaría restablecido y se libraría de aquel obstáculo, de aquella espina que se había clavado en su costado. Ahora podría continuar su viaje junto a sus hermanas y

cumplir el objetivo que se habían fijado cuando partieron de Krahedia.

Solo necesitaba un par de golpes más y el brujo estaría vencido. Le dolía la cabeza, pero no podía permitirse ninguna distracción. Aunque débil, el hombre era hábil con la espada y, si bien apenas le había lanzado estocadas certeras, se defendía con agilidad.

Por fin, con un grito atronador que retumbó en las paredes de roca roja de aquel lugar maldito, lanzó un poderoso tajo que, al impactar contra la hoja de su adversario, se la arrancó de las manos. Esta cayó unos metros a su izquierda llenando el claro rocoso de tintineos argénteos. Árgoht cayó sobre sus posaderas con cara de sorpresa. Se le veía agotado y sudoroso, y se quedó allí sentado esperando el golpe de gracia, aunque mantenía la cabeza erguida para no reconocer su autoridad sobre él. Le daba igual. Lo mataría de todas formas y si él quería permanecer desafiante, era su problema. Alzó su enorme espada para dar el golpe final pero en ese momento, y tan rápido que apenas si pudo ver su movimiento, Árgoht se puso en pie y se introdujo en su guardia. Se acercó tanto que casi parecía que quisiera besarla. Hertania retrocedió dos pasos para mantener la distancia mientras Árgoht se quedaba en pie y completamente quieto frente a ella. Alzó de nuevo su filo y sintió entonces una punzada en la pierna izquierda, como si la armadura le hubiera hecho un corte. Se miró el lugar y, para su consternación, el mango de una daga, apenas una navaja, sobresalía de su inгле por encima de la bota de cuero que le llegaba hasta la mitad del muslo. No sangraba. Por un instante no entendió qué hacía aquello allí y se negaba a aceptar su presencia. No era posible, sencillamente. Dejó caer el brazo de la espada al costado, como si fuera un peso muerto y se hubiera olvidado de ella. En ese momento un surco negro comenzó a brotar de la herida y a impregnar el pantalón alrededor del punto de contacto del filo con la carne. Con la mano izquierda asió el mango y, con un seco tirón, extrajo el arma. Era una pequeña hoja de menos de medio palmo de longitud cuyo brillo estaba apagado por su propia sangre, que la cubría por completo.

Entonces comprendió su error. Un chorro de color rojo oscuro comenzó a brotar del lugar en el que hasta ese momento estaba clavada el arma. Hertania lo miraba sin dar crédito a lo que veía. Miró al hechicero con el desconcierto anclado en el rostro.

—¿Qué has hecho?! —bramó—. Antes solo iba a matarte, pero ahora será mucho peor. Profanaré tu cuerpo, lo cortaré en trozos y los desperdigaré por toda Thera. Tu alma no encontrará la paz. Y los trozos que me apetezcan me los guisaré para cenar.

Hertania dio un paso dubitativo. El charco de sangre bajo ella era ya considerable y seguía creciendo con rapidez. Árgoht la miraba serio e inexpresivo. Otro paso. Se encontraba a dos de él, pero empezaba a costarle levantar los pies.

—Te arrancaré los ojos —continuó, ajena a la realidad que le rodeaba y a la vida que se le iba por la herida de la pierna en forma de líquido vital—, y se los daré a los cuervos. Me quedará esa espada, me gusta para mi colección.

El siguiente paso no lo completó y cayó de rodillas al suelo. Las piernas

empapadas en sangre habían dejado de sostenerla.

En un último intento desesperado, alzó el arma para atacar, pero no llegó ni a completar al movimiento antes de que las fuerzas la abandonaran y tuviera que dejarla caer al suelo con estrépito.

—Te mata...

En ese momento su rostro se contrajo en una mueca mientras una espada asomaba por debajo de su esternón y se retiraba de nuevo. Tras Hertania se había situado Kleria, que se agachó para sostener el cuerpo de su hermana y que no cayera al suelo desmadejado. Tenía lágrimas en los ojos.

Hertania la miró con gratitud en la mirada.

—Gracias —murmuró justo antes de que el último aliento escapara de su cuerpo muerto.



Árgoht se retiró algunos metros y se sentó sobre una piedra para dejar a las dos mujeres despedir a la fallecida a su manera. Aunque ambas tenían lágrimas en los ojos, no se escuchó en aquel lugar muerto queja ni hipido alguno. Contenían su dolor como un embalse contiene a un río, estoicamente y sin protestas.

Él estaba agotado y el dolor de la pierna era insoportable. Tenía infinidad de pequeños cortes, sobre todo en los brazos y los hombros, pero tenía uno en la mejilla derecha que le escocía especialmente. Sacó un trozo de tela de su petate y se limpió la sangre como pudo. Estuvo tentado de echar el último trago del frasco de Voluthan, pero se contuvo decidido a aguantar el dolor. Sabía que le haría más y mejor efecto si esperaba a beberlo antes de dormir. Ahora, en aquellas circunstancias, perdería parte de su efecto por el agotamiento que sentía.

Remojó con agua un trozo de tela y se limpió la herida de la mejilla disfrutando de la picazón que le producía el líquido limpio sobre el corte. No era profundo y sanaría rápido, pero le dejaría una cicatriz. La palpó con cuidado y comprobó que le llegaba desde la ceja derecha hasta mitad de la mejilla. Sería una fea marca cuando se hubiera curado.

Ondriva y Hertania también limpiaban las heridas y la sangre de Hertania con parsimonia mientras pronunciaban lentas letanías funerarias. El rostro de la zághera muerta estaba sereno y solo la lividez demostraba que no fluía vida alguna por aquel cuerpo. Como no disponían de mortaja, envolvieron el enorme cuerpo en mantas. Después, las dos hermanas restantes se sentaron en torno al cadáver y comenzaron una serie de rezos y cánticos en una lengua que a Árgoht le resultó completamente desconocida. Era una imagen hermosa y las voces conjuntadas de ambas mujeres creaban sonidos dulces que llenaban el grimageo, que a su vez los devolvía en forma de ecos que aumentaban el efecto sonoro de las palabras.

Árgoht apenas pudo permanecer despierto mientras duraron los ritos. Estos se prolongaron bastante tiempo y necesitaba comer y dormir, pero no quiso faltar al respeto a las dos zágheras interrumpiendo su ritual. No sabía en qué estado quedarían las relaciones entre ellos a partir de ese momento y no quería forzar la situación antes de tiempo.

Por fin, Kleria se puso en pie y salió del grimageo por la gruta por la que habían entrado. Un rato después, se asomó por la parte alta de una de las paredes con un puñado de leña, apenas unas varas, que lanzó al interior. Tras varios viajes, consiguió un montón bastante digno que dispusieron en torno al cuerpo de Hertania. Ondriva sacó yesca y pedernal y los frotó para conseguir una chispa que prendiera las ramas.

Unos instantes después, las llamas lamían la mortaja improvisada a punto de devorar el cadáver. Entonces se acercó Árgoht y le habló a Kleria en susurros. Ella lo miró extrañada, como si recordara de pronto que él estaba allí. Le pidió autorización para hacer lo que debía hacer a continuación.

—Haz lo que tengas que hacer —fue su lacónica respuesta.

Mientras el cuerpo comenzaba a arder y el humo se alzaba hacia el frío cielo nocturno, Árgoht acompañó los últimos rezos rituales de las zágheras con sus propias palabras. El grimageo, aunque habían destruido a las sombras, seguía activo, pues los símbolos seguían perfectamente tallados en las paredes. Era necesario purificarlo y el fuego era la mejor herramienta para ello. De no ser por la pira funeraria, habría tenido que encender una hoguera para hacerlo. Pero aquellas llamas, que alcanzaban ya el metro de altura, sería mejores que cualquier fogata. Alimentadas con la energía casi extinta de Hertania, resultarían idóneas para eliminar el resto de sombras que pudieran quedar adheridas a los símbolos.

A medida que Árgoht, al límite ya de sus fuerzas, recitaba los hechizos necesarios con las manos alzadas, las llamas se elevaban más y más hacia el cielo. De pronto diez lenguas de fuego partieron como rayos en una tormenta en todas direcciones hasta impactar cada una de ellas en uno de los diez símbolos que salpicaban las paredes. Permanecieron así unos segundos y se retiraron tan raudas como habían surgido. Las zágheras no dieron muestras de haberlo visto, aunque una de las llamas pasó muy cerca del brazo derecho de Ondriva.

—Ahora nunca podrán volver a salir. Este lugar ha quedado limpio —murmuró para sí mismo cuando hubo terminado la purga. El fuego volvió a su tamaño normal y él se retiró al mismo lugar que un rato antes.

Kleria se puso en pie con dificultad. Su rostro estaba ceniciento a la luz de las llamas. Dio dos pasos vacilantes y se tambaleó, teniendo que apoyarse en una de las paredes para no caerse.

Árgoht se acercó a ella y la sostuvo justo en el momento en que perdía el conocimiento, con lo que evitó que se abriera la cabeza contra la piedra. Estaba ardiendo en fiebre y sudaba copiosamente. Ondriva se acercó preocupada y entre los dos la tendieron en el suelo junto a la piedra en la que se había sentado Árgoht.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Ondriva mientras Árgoht la reconocía someramente. La piel se había vuelto grisácea y se había resecado. Árgoht tomó un nuevo trozo de tela, lo humedeció con el agua del odre y se lo pasó a la zágghera por la frente apartándole varios mechones castaños. Al contacto con el agua fría recobró el conocimiento. Tenía los ojos inyectados en sangre.

Árgoht supo enseguida qué le ocurría. Cuando miró detenidamente a Ondriva, notó en ella los mismos síntomas.

—Tú también lo tienes —le dijo.

—Yo me encuentro bi...

Antes de terminar la frase, tuvo una arcada y vomitó un esputo regado de sangre. Se sentó en el suelo junto a su compañera, por miedo a perder también el conocimiento y golpearse inconscientemente.

Árgoht se concentró de nuevo en Kleria.

—Las sombras os han besado demasiado.

El meledino retiró las protecciones de los brazos de la zágghera para poder subirle las mangas de la camisola que vestía debajo y, en efecto diversos lamparones negros, parecidos a hematomas, crecían donde no había metal y habían contactado aquellas criaturas de la oscuridad en su intento por arrebatarles la vida.

—Os han robado fuerza vital y habéis enfermado.

Por supuesto, en aquellas tierras desoladas no encontraría hierbas ni raíces con las que hacer unguento alguno ni infusiones. Tampoco hallarían un sanador y mucho menos un Pastor. Árgoht supo enseguida que solo tenían una opción. Hurgó en uno de sus bolsillos y sacó el frasco que le diera el maestro Voluthan. Solo quedaba un trago para él.

—No —murmuró Kleria al reconocer lo que el meledino tenía en la mano y ver lo que se disponía a hacer.

—Sí. De lo contrario moriréis.

Kleria lo miró a los ojos y supo que estaba decidido a hacerlo. Asintió levemente y Árgoht extendió su mano tras su cabeza para alzársela ligeramente. Apoyó el borde del frasco en sus labios agrietados y le dio un pequeño trago que ella engulló.

A continuación, hizo lo mismo con Ondriva, que ya había perdido el conocimiento. Le puso el frasco en la boca y la obligó a beber el resto del contenido. Cuando estuvo vacío, lo observó durante unos instantes. Reflejaba tenuemente la luz de la pira funeraria. Sabía que podía estar jugándose la vida con lo que acababa de hacer, pero no había dudado ni un instante. Arrojó el frasco a las llamas, que derramó unas últimas e ínfimas gotas que chisporrotearon con el calor. Y allí se quedó a la espera de ser consumido, tan muerto como Hertania, cuyo cadáver se encontraba casi devorado ya por las llamas. Árgoht se preguntó por un instante sí él no habría muerto en ese preciso instante allí, en el grimageo.

«Quizás se cumpla tu deseo, zágghera», pensó lacónico dirigiendo sus pensamientos a la difunta.

Un quejido le devolvió a la realidad de lo que se traía entre manos. Ondriva y Kleria habían caído en un sueño profundo y febril. Árgoht las cubrió con sus mantas y recogió su capa, que había quedado tirada de cualquier manera antes del combate. Se sentó en el suelo y también él se cubrió para protegerse del frío de la madrugada que caía a plomo desde el cielo descubierto. Encima de sus cabezas solo se apreciaba un manto negro, pues tenía las pupilas contraídas debido al brillo de la hoguera. Se quedó con las ganas de ver las estrellas.

Él ya no podía hacer más por las dos mujeres. Ahora solo dependía de ellas el despertar recuperadas con la ayuda del elixir de Voluthan o morir durante el sueño. Así pues, se tendió mientras se arrebujaba y se dispuso a dormir de verdad. Sabía que no lograría alcanzar el gehvaal, así que ni siquiera lo intentó. Antes de cerrar los ojos deseó tener un sueño limpio, sin premoniciones ni pesadillas.

Un segundo después, estaba profundamente dormido y solo el sonido de los grillos, vagando por el Arrojo, perturbaba el silencio de la noche.



Yindala comprendió de golpe y fue como si la abofetearan. Cientos de pensamientos cruzaron por su mente en un segundo. ¿Debía gritar allí mismo, levantarse y señalar a Vâhlere con el dedo? ¿Alguien le creería? Estaba segura de que no, como tampoco podía demostrar sus sospechas. Ella solo era una sirvienta, él un miembro del Consejo. Nadie escucharía su voz y pensarían que solo sería una rabieta para desviar la atención.

En ese momento dos guardias la tomaron por los codos y la obligaron a ponerse en pie con suavidad. No era una criminal, y todos lo sabían.

—Así pues —Kreón había seguido hablando, pero ella llevaba un rato sin escuchar. Ahora volvió a centrar su atención en las palabras que pronunciaba puesto en pie. Sabía que aquella frase terminaría muy mal para ella—, en virtud de las leyes del reino de Quindarst, es mi deber para con mi pueblo condenarte a muerte por traición pues considero que lo que has hecho atenta contra el tratado de paz que hemos establecido con Clemthan y podría habernos llevado a la guerra. Pero no deseo que sufras, por lo que, en atención a quién eres y lo que has hecho por esta familia a lo largo de los años, morirás de forma rápida e indolora. No hay nada más que se pueda hacer.

Yindala se derrumbó, gritando y pataleando, hasta que, presa de la conmoción, perdió el conocimiento y se desplomó en brazos de los guardias que la sujetaban.

Despertó un rato después en la oscuridad de su celda, fría y húmeda. Era una estancia diminuta en la que lo único destacable era la bacinilla en un rincón. La cama era de piedra maciza y un alto ventanuco de dimensiones ridículas le proporcionaba algo de luz natural. Tuvo un acceso de tos y se obligó a relajarse hasta recuperar el aliento. Se

sentó en la esquina opuesta a la de la bacinilla y se frotó los brazos entumecidos para alejar el frío que sentía. Entonces se dio cuenta de que le habían dejado una manta, áspera y raída, y se la echó por encima sin dejar de tiritar.

Un rato después llegó la hora del rancho y se levantó un pequeño alboroto, como cada vez a esa hora, entre el resto de reos. Yindala temía y deseaba al mismo tiempo aquel momento. Un guardia se asomó a la mirilla de su celda de puerta maciza.

—¿Tienes hambre, gatita?

Ella no respondió. Un segundo después se escuchó el sonido de cerrojos al abrirse y se abrió la puerta. Por ella entró un hombre gordo y casi calvo de aspecto sucio y apestoso. Traía en la mano un plato hondo lleno de una pasta marrón de mal aspecto.

—Espero que te guste —dijo con una sonrisa burlona. La puerta tenía una ranura para introducir el plato, así que el hecho de que hubiera entrado en la celda solo podía significar una cosa.

—¿No vienes a buscarlo?

Ella reconoció la irreversibilidad del momento y se puso en pie. Se acercó lentamente hasta llegar al carcelero. Tomó el plato con un movimiento rápido y se dio la vuelta para volver a su sitio. Era ágil, pero el hombretón se le anticipó y de un pequeño salto la tomó por detrás. Sintió su aliento fétido en la nuca y cómo aquella lengua le lamía el cuello mientras le sobaba un pecho con su mano izquierda.

—Tienes suerte, perra, de que el rey haya dado órdenes muy estrictas de no tocarte. Eres más dulce que el azúcar negra.

Entonces, el carcelero la soltó y salió, cerrando la puerta tras de sí con una carcajada burlona. Yindala se quedó allí de pie intentando dejar de temblar. Cuando por fin lo consiguió, se concentró en su comida solo para darse cuenta de que la mitad del contenido del plato se había desparramado por el suelo.

—Mierda —murmuró frustrada.

No supo cuánto tiempo había dormido cuando volvió a escuchar el sonido de los cerrojos al abrirse. «¿Ahora qué?», pensó.

Para su sorpresa, una pareja de la guardia real apareció ante la puerta. Eran dos jóvenes apuestos ataviados con media armadura y capa de gala, tocados con un alto yelmo con forma de águila a los lados de la cabeza. Yindala sabía que pertenecían a la guardia Real, aquella que servía al rey y al Consejo. También era la encargada de los asuntos relativos a presos y a establecer el orden en los juicios y ajusticiamientos, pues en ocasiones los soldados hacían demasiadas buenas migas con los reos. Estos guardias, a pesar de pertenecer al ejército, eran entrenados por separado y llevaban una vida al margen del resto de soldados rasos. Su educación y formación eran exquisitas en comparación con aquellos, pues se contaba con su presencia también en los actos oficiales y visitas de honor, como la de Marsila de Clem, en cuyo encuentro estuvieron presentes.

—Ven con nosotros —dijo uno de ellos muy serio.

La joven no se atrevió a replicar y salió de la celda en pos de la pareja. Además, todo lo que significara salir de aquel antro le parecía fantástico. Justo antes de acceder a la escalera de piedra que ascendía hacia los niveles superiores se cruzaron con el carcelero, que la miró con el aspecto de un niño al que le acaban de quitar un juguete de las manos. Ella no pudo evitar responder a su mirada con una socarrona sonrisa de éxito.

«Ahora vete a sobarte tú solito, cerdo», pensó para sí con gran satisfacción.

La pareja que la escoltaba no dijo ni una palabra mientras recorría la torre subiendo escaleras sin detenerse ni un instante. Ella comenzaba a cansarse y ellos ni siquiera parecían agitados. Por fin, llegaron ante una puerta de madera maciza con varias cerraduras. Uno de los guardias, el único que había hablado hasta ese momento, sacó un manojito de llaves y abrió cada una de ellas, empujó la puerta y se apartó del umbral.

Yindala entendió y accedió a la estancia. Al instante, la puerta se cerró tras ella y escuchó de nuevo los cerrojos cerrándose con el conocido sonido que hace el metal al arrastrarse sobre la madera.

Su nueva prisión era un pequeño dormitorio de paredes revestidas de tapices, lo que le daba una calidez que ya no esperaba sentir. Ante ella, y junto a una ventana que miraba al este, un catre con un fino colchón le invitaba a descansar dignamente. Sobre él, un traje sencillo pero limpio. A la izquierda de la puerta había una jofaina con agua clara. Se desnudó con avidez y se abalanzó sobre la escudilla para lavarse y eliminar de su cuerpo cualquier rastro de aquella mazmorra y su deleznable guardián. Se frotó durante lo que parecieron horas, hasta que sintió su cuerpo helado por el agua y el aire frío que penetraba por la ventana. Por fin, se sentó en la cama y dejó que ese mismo sople le secara la piel. Ver cómo el frío le erizaba el vello de los brazos le hacía sentir viva y electrizada. Pero la primavera recién llegada pudo con ella y terminó por ponerse el vestido y echarse sobre los hombros la manta, tupida y peluda, que cubría la cama.

Un buen rato después, el sonido de las cerraduras invadió de nuevo su silencio. Se puso en tensión y se sentó en la cama. Pensó que podían ser de nuevo los guardias, y le asaltó el pensamiento juguetón de que no le importaría que alguno de ellos intentara... Entonces llegó a su mente la imagen de Gelion y se reprendió a sí misma. Recordó los ojos amables de su amado, su cuerpo cálido y sus manos gentiles, y se ruborizó de remordimiento.

La puerta se abrió y una figura entró en la celda cubierta con una capa verde oscuro y una capucha que impedía que se le viera el rostro. Aún así, supo enseguida quien era y se lanzó a sus brazos al tiempo que empezaba a llorar desconsolada.

—No tengo mucho tiempo —dijo la princesa Loena que también empezó a llorar—, si mi padre me descubre aquí será terrible.

Yindala no se separaba de ella.

—Yin, tienes que escucharme.

Loena soltó los brazos de su amiga para conseguir que esta la mirara a la cara.

—Estás horrible —le dijo pasándole una mano por la cara y el pelo y arrancándole una sonrisa triste a su amiga de la infancia.

—No ha venido Lahmna todavía —ambas rieron recordando a la peluquera que cada semana arreglaba el pelo de la princesa.

Se sentaron en el catre aferradas de las manos.

—¿Por qué no has insistido en tu inocencia? —le preguntó Loena.

—Me quedé sin palabras. No comprendía nada y mi mente no podía pensar. Entonces vi a Vâhlere y me derrumbé. Yo no he sido, Loena, lo juro.

La princesa abrazó a su amiga con fuerza.

—Ya lo sé, ya lo sé. ¿Sospechas lo mismo que yo?

—Creo que sí. ¿Vâhlere podría ser tan miserable? Urdir todo esto solo para evitar que te vayas...

—No puedo creerlo, pero me temo que así es —Loena se puso en pie y comenzó a pasearse por la pequeña estancia—. Le he dado muchas vueltas y no encuentro otra explicación. No tengo ningún enemigo, y tú, menos.

—Supongo que no hay nada que puedas hacer...

—He hablado con mi padre, pero dice que el juicio no puede ser repetido. No tienes nada que te exculpe y acusar a Vâhlere solo supondría un conflicto con el Consejo. Nunca nos creería, sobre todo porque eso implicaría tener que contarle...

—¡No! —la interrumpió Yindala.

—Es la única opción...

—¡Me niego! No permitiré que hagas eso. Tu situación empeoraría mucho, Loena, pues nunca te creerá y pensará que en efecto tus palabras son fruto de nuestro amor, que estás haciendo lo que sea por salvarme. A sus ojos, estarás dándole la razón si me demuestras tanto cariño. No, las cosas deben seguir su curso. Yo casi me he resignado... —Yin bajó la cabeza y continuó con un hilo de voz—. Solo espero que consigas demostrar mi inocencia de otra forma y que le des a Vâhlere, si es cierto que fue él, lo que se merece.

En ese momento sonó un ligero toque en la puerta.

—Debo irme, pero te prometo que haré lo que esté en mi mano, aunque sea confesar...

—¡No! Loena, debes jurarme que no harás eso por mí. No me hagas cargar ese peso en la conciencia.

—Pero...

—¡Júralo!

Otro toque en la puerta, esta vez más apremiante. Loena miró en esa dirección un instante y volvió a concentrarse en Yindala.

—Lo juro —dijo por fin con un suspiro lanzándose de nuevo a los brazos de su amiga que tanto había hecho por ella—. Pero también te juro que encontraré la

manera de demostrar tu inocencia.

—Vete ya. Pero dile a tu padre que me conceda un último deseo: quiero ver a Gelion una última vez, para despedirme.

—Lo haré.

La princesa se acercó de nuevo a la puerta, pero antes de abrir se giró hacia su amiga.

—Te quiero —le dijo en tono quedo.

—Yo también te quiero.

Y salió como una exhalación. Yíndala se derrumbó y comenzó a llorar de nuevo, sabedora que su existencia llegaba a su fin.



El amanecer llegó rápido y muy frío. El sol aún no había entrado en el interior del grimageo y las paredes de piedra se habían enfriado mucho durante la noche una vez que la pira funeraria se hubo apagado del todo. De la zághera muerta solo quedaban algunas brasas frías y restos de huesos.

Árgoht se despertó tiritando. Le había subido la fiebre durante la noche y el dolor de la pierna le había despertado en varias ocasiones. Cuando se levantó encontró que las dos zágheras estaban preparando una fogata, cosa que agradeció. Necesitaba entrar en calor y comer algo. La jornada anterior, con el viaje, la lucha contra las sombras del grimageo y el combate con Hertania había sido de lejos la más agotadora de su vida. Aún necesitaría varios días para recuperarse del todo.

—Buenos días —saludó Ondriva. Tenía el rostro demacrado y profundas ojeras negras le enmarcaban la mirada, pero estaba viva y del veneno de los espíritus no parecía quedar nada. Su piel tenía mejor aspecto.

—Buenos días, ¿cómo os encontráis?

Fue Kleria la que respondió justo en el momento en que prendía las ramas que había recogido.

—Estamos bien, pero estaremos mejor cuando nos hayamos calentado y hayamos podido echarnos algo al estómago.

Las dos mujeres parecían de buen humor, a pesar de todo lo acontecido. Se sentaron en torno a la pequeña fogata y desayunaron a base de pan, queso duro y agua fría.

—Anoche debíamos haber muerto —comenzó a decir Kleria—. Nunca en toda mi vida me había sentido tan mal. Y ahora, miradme. Apenas me queda como recuerdo un fuerte dolor de cabeza.

Ondriva asentía con la cabeza, dirigiéndose al hechicero.

—Os debemos la vida y nuestra gratitud.

Aquello sí que cogió a Árgoht desprevenido. ¿Habían olvidado que había matado a una de ellas la noche anterior?

—No me debéis nada. Yo he matado a una de vosotras y a cambio he hecho lo que estaba en mi mano para ayudaros. Es justo.

—Ella no somos nosotras —era Ondriva la que hablaba, muy serena—. Las cuentas que tuvierais con Hertania quedaron entre vosotros. Ella decidió pelear, eligió sus armas y el momento, cosa que vos no pudisteis hacer. Fue un combate justo y fue su orgullo e intolerancia los que la llevaron a la muerte.

—Por desgracia —intervino Kleria—, ese mal está muy extendido en nuestro pueblo. Además, habéis sacrificado vuestro bienestar cediéndonos el elixir del maestro Voluthan, pues eso ha sido lo que nos ha sanado y, por tanto, lo que nos ha salvado la vida. No pretendáis decir que fue el Pastor quien nos salvó. La bebida era vuestra y habéis decidido dárnoslas a nosotras.

—Las zágheras somos orgullosas y demasiado rudas en ocasiones, pero no olvidamos una deuda.

—No discutiré con vosotras —respondió Árgoht sorprendido y buscando con dificultad las palabras apropiadas—, pues no conozco vuestra costumbres y tradiciones, pero habéis hecho este viaje para salvarme la vida. Además, os necesito vivas para que podáis llevarme hasta Krahedia —desvió la mirada hacia los restos de Hertania—. Si no lo conseguimos, de mi no quedarán más restos que de vuestra hermana, así que no ha sido un gesto altruista.

—No repetiremos nuestra gratitud con vos —sentenció Kleria.

Árgoht las miró de hito en hito. Tenía ante sí a las dos mujeres más impresionantes que había visto nunca, en todos los aspectos.

—Sea, Kleria, acepto pues. No luchar habría sido peor. Espero que lo entendáis.

—Fue un combate justo —repitió Ondriva—. Por lo que a nosotras respecta, respetamos tanto su decisión de luchar como vuestra victoria.

Un buen rato después se dispusieron por fin a abandonar el grimageo. Habían recuperado parte de las energías gastadas y se veían con fuerzas para seguir el viaje. Además, deseaban salir de aquella gruta cuanto antes, sentir el calor del sol y el aire en el rostro.

Las zágheras recogieron con sumo cuidado los huesos que habían quedado enteros de la pira funeraria y los introdujeron en una bolsa de piel. Cuando Árgoht les preguntó la razón, Kleria lo miró muy seria, como si fuera una pregunta estúpida.

—Bäckala nos creó con piedra y fuego. Las llamas limpian el alma y el humo lo acompaña hasta las alturas para que llegue entero al Grenmnar, el hogar de los Diosas. Pero los huesos deben reposar bajo tierra, cerrar el ciclo de la vida y volver al lugar del que partieron. Pero no aquí. Su sitio está en Krahedia, así que seguirá el

viaje con nosotras, aunque eso fuera en contra de su voluntad en vida. No permitiré que sus restos descansen en este lugar maldito. Su sitio está en el sur, en su hogar.

Por fin, para alivio de humanos y caballos, salieron del grimageo. Tras andar algunos cientos de metros entre nuevas grutas de piedra, salieron a campo abierto, donde los recibió el sol que ya se había alzado por encima del horizonte. Los tres se detuvieron unos instantes para dejar que los dorados rayos de luz acariciaran sus pieles frías y ateridas. Enseguida se sintieron mejor, tanto física como anímicamente. Las últimas brumas de la mañana se desvanecían ante sus ojos.

—¿Cuánto tardaremos en salir del Arrojo? —preguntó Árgoht.

—Calculo que otro día a buen paso —dijo Kleria mirando hacia el sureste y haciéndose sombra con la mano para evitar que la luz del sol la cegara.

—Bien, tengo ganas de abandonar estas tierras.

En efecto, tardaron otro día en abandonar el Arrojo, pero lo que les esperaba más allá no era mucho mejor. Ante ellos se alzaban, cada vez más impresionantes, las cimas nevadas de Dender-oth. Era una cordillera inmensa que rompía la tierra de oeste a este. En su extremo occidental era atravesada por el Man-Êrgolon que creaba el profundo y angosto Valle del Eco. A medida que se aproximaban, el frío se hacía más palpable debido a las corrientes de aire que descendían de las altas nieves.

El Arrojo terminó de súbito y se encontraron en una breve pradera de altas hierbas. Decidieron detenerse a descansar junto a un pequeño arroyo, pues a partir de ese momento el terreno se elevaba en suave pendiente hasta llegar a las estribaciones de la cordillera.

—Ahora tomaremos dirección este bordeando El Arrojo hasta llegar el Paso de Arthün, que es el lugar más cercano y seguro para atravesar las montañas. Podríamos habernos dirigido hacia el suroeste y cruzar por el Valle del Eco, pero eso nos habría desviado muchos días de nuestra ruta.

Árgoht miró en la dirección que le señalaba la mujer.

—El Paso de Arthün desemboca en un camino que rodea las quebradas en dirección norte y llega a Tas desde el este. Es un gran rodeo. Atravesando el Arrojo habremos ganado varios días, a pesar de todo...

Kleria miró hacia atrás, hacia las tierras abruptas que acababan de abandonar y su mirada se perdió en la lejanía. El hechicero supo que estaba recordando a su amiga Hertania y decidió terminar con la conversación.

Un rato después mientras comían algo de carne seca y pan duro, Árgoht se atrevió a preguntar:

—¿Cuánto tiempo lleváis viajando?

Aquellas mujeres parecían conocer bien la zona, cosa que intrigaba al hechicero.

—Salimos de Krahedia hace aproximadamente un año y llevamos desde entonces dando tumbos de un lado para otro siguiendo la más mínima pista sobre el paradero del nigromante. Pasamos por aquí en dirección norte y en el camino de las Quebradas nos topamos con el grupo de mercenarios que os atacó en Narmanthia. Los seguimos

hasta allí durante varios días sin que nos vieran. Los muy ineptos no nos habrían detectado ni aunque hubiéramos montado en gigantescos *jarkones*.

Ondriva le rio el comentario, pero Árgoht, que no sabía qué era un *jarkón*, no lo encontró tan gracioso. Aún así, sonrió con la ocurrencia.

—No eran más que una panda de borrachos armados.

—Pues esos borrachos mataron a mi madre —les recordó Árgoht.

—Si hubiéramos intervenido antes...

—No fue culpa vuestra.

Los tres guardaron silencio un rato mientras extendían las manos para calentarse en lo posible con la pequeña fogata.

—¿No habíais estado aquí nunca? —esta vez fue Ondriva la que preguntó.

Árgoht había notado un cambio en la actitud de la zághera hacia él después de lo acontecido en el grimageo. Había esperado que, tras la muerte de su hermana, se sintiera resentida con él, pero no había sido así. Ambas habían aceptado la muerte digna de Hertania con naturalidad. Además, les había salvado la vida y eso podía justificar aquel cambio de actitud. En cualquier caso, le agradaba, pues mientras Hertania vivía ella se había mantenido a su lado y compartido su opinión con respecto a su presencia, aunque no de forma tan radical. Ahora sabía que nada debía temer de ella. Ahora formaban un grupo y no tendría que vigilar su espalda cada noche.

—No tan al este. Estuve en una ocasión en la boca del Valle del Eco y es un lugar muy poco recomendable para viajar. No apto para carromatos, solo es un estrecho sendero que bordea las aguas embravecidas del Man-Êrgolon y cuyo rugido crea ecos interminables en las paredes cortadas a pico de la montaña que parecen gritos, se meten en la cabeza y amenazan con volverte loco. Es un lugar con el que hay que tener mucho cuidado.

Las dos mujeres escuchaban atentas. Se les notaba en la cara que, si no fuera porque tenía prisa, de buena gana se habrían desviado para ver ese magnífico lugar.

Cuando hubieron terminado de comer, Árgoht se quitó las vendas que le cubrían la herida para ver en qué estado se encontraba. Lo hizo a la vista de las zágheras pues consideró importante que ellas supieran cuál era su situación exacta. De ello podía depender su supervivencia.

El aspecto de la pierna era horrible. De nuevo se había ennegrecido toda la zona y unas largas hebras rojas se desarrollaban tanto hacia la ingle como hacia el tobillo, extendiendo el veneno más y más. Una costra negra cubría la herida y empezaba a apestar de nuevo. Árgoht hizo amago de levantarse, pero Kleria lo sostuvo con firmeza por un hombro. Cogió algunas telas que el meledino había sacado de su bolso, y se acercó con ellas al arroyo para empaparlas.

Después se las tendió de nuevo a Árgoht. Al apoyarlas sobre la herida sintió un escalofrío por culpa del agua helada, pero enseguida notó cómo el frío le aliviaba. Pronunció un hechizo de curación, y se sintió un poco mejor. Sin embargo, la fiebre

no remitía. Cogió un trozo de la mojada tela que le había sobrado y se limpió con él la herida del rostro al mismo tiempo que se lo pasaba por la frente caliente.

La tarde caía con rapidez, pero aún disponían de alguna hora de luz.

—Sigamos —dijo al cabo de un instante.

Recogieron el campamento mientras los caballos pastaban y bebían del arroyo, y se pusieron de nuevo en marcha. Llevaban con ellos el animal de Hertania, pues las zágheras no estaban dispuestas a abandonarlo en El Arrojo. Además, era una montura excelente y les servía para cargar con los bultos.

—Cuando volvamos a casa, otra zághera lo montará en honor a Hertania. Es un animal joven y fuerte, todavía apto para ser cabalgado muchos años más —había dicho Kleria mientras lo amarraba a su propia silla para que fuera a su paso.



Después de haber cruzado las Quebradas del Arrojo, aquellas llanuras que precedían a las primeras estribaciones de las montañas eran una delicia para cabalgar. Aunque estaban cubiertas con las últimas nieves del invierno y una bruma continua ocultaba la base de las montañas, era un espectáculo digno de verse. Atravesaron un pequeño riachuelo que nacía en una cascada que caía a pico desde un corte de la montaña, para seguir en dirección oeste, seguramente buscando al Man-Êrgolon. La cascada levantaba una espuma blanca que, mezclada con el sol que asomaba en aquel día despejado, formaba un arcoíris que bailaba sobre las aguas. Al pie se formaba un pequeño estanque en el que se detuvieron unos instantes para abreviar a los caballos.

Cuando la tarde amenazaba ya con dejar paso a la noche, encontraron un sendero. Habían notado que las quebradas a su izquierda eran cada vez menos abruptas, por lo que dedujeron que estaban aproximándose a su linde oriental.

—Es por aquí —dijo Kleria haciendo girar a su animal dirección sur y tomando el camino. La bruma cubría la base de las montañas y comenzaba a bajar de nuevo la temperatura.

El sendero era ancho, de unos cinco o seis metros, muy bien preparado para la circulación de carromatos, por lo que Árgoht supo que debían, en efecto, estar cerca de un paso que cruzara las montañas. El terreno se fue haciendo cada vez más empinado y el camino empezó a serpentear trazando amplias curvas. No se veía ningún viajero, pero había huellas recientes de ruedas de carro marcadas en la nieve, que allí se había mezclado con el fango.

Kleria temía abiertamente por la salud del hechicero. Aunque él apenas hacía comentario alguno sobre el tema, su aspecto se deterioraba con rapidez. Habían surgido profundas ojeras bajo sus ojos y se le veía siempre cansado y demacrado. Él disimulaba y trataba de que no se notara su debilidad, pero era imposible ocultar algo

así. La herida de la pierna lo estaba matando y la muerte siempre marca su terreno. Kleria empezaba a temer que no pudiera completar el viaje.

Ondriva y ella seguían tratando de acostumbrarse a la muerte de Hertania. Sabían que había tenido una buena muerte haciendo lo que más le gustaba. Siempre había dicho que quería morir en un combate digno, y ninguno podría haberlo sido más.

Sin embargo, no podía dejar de sentirse culpable y la echaba de menos. Ella había sido la que había pedido a sus hermanas que la acompañaran a realizar aquel viaje desde un principio y después les había obligado a aceptar la presencia de Árgoht por encima de todas las cosas. Y lo peor era que ni siquiera ella misma terminaba de entender por qué sentía que su presencia era fundamental para el éxito de su misión. Intelectualmente, sabía que iban a enfrentarse con un nigromante, por lo que tener a un mago de su parte podría ser fundamental. Pero había algo más, algo interno. En el fondo, tenía que reconocerse a sí misma que disfrutaba de la compañía de aquel hombre excepcional. Además, había hecho algo muy generoso por ella y le había salvado la vida con ese gesto. Eso era algo que no debía olvidar.

Incluso había notado el cambio de actitud en Ondriva. Ahora hacía algún esfuerzo por conversar con el hechicero y sabía que, si llegaba la ocasión, lucharía a su lado como si fuera un hermano de armas.

Árgoht se acercó a ella y puso a *Karzan* a su paso.

—¿Qué ha cambiado? —parecía haberle leído el pensamiento.

Kleria supo de qué estaba hablando sin necesidad de preguntar.

—Una zágghera jamás olvida sus deudas. Ahora ambas tenemos una con vos.

Árgoht la miró largamente, intentando sopesar aquellas palabras y Kleria sintió el escrutinio bajo la piel. El hechicero estaba buscando la verdad entre sus palabras, intentando distinguir las palabras vacías de las demás. Pero así estaban las cosas. Finalmente, pareció no querer añadir nada más al asunto.

—Vos sois diferente —dijo cambiando de tema—. Vos me respetáis desde el día que nos conocimos. Es más, me atrevería a aventurar que surgió de vos la iniciativa de salvarme de los mercenarios de Nerak. Me inspira mucha curiosidad esta diferencia tan notable.

—No os equivocáis. Yo nací libre... —Kleria se dio cuenta de que no era esa la palabra que buscaba—. Nací fuera de Krahedia, soy una *danha*. Eso me ha dado otra perspectiva de las cosas.

—Os había entendido que nadie puede salir de allí. Pero ¿os dejaron entrar a vos habiendo nacido fuera?

Kleria miró al hechicero a los ojos.

—Sois muy perspicaz. Mi madre, Anteria, salió a recorrer Thera hastiada de estar encerrada y oprimida por las tradiciones obsoletas y milenarias de nuestro pueblo. Sabía que no podría volver, pero lo hizo de todos modos. Estuvo muchos años viviendo en el exterior, aunque nunca habla mucho de ello, pero descubrió que la imagen que siempre hemos tenido del varón es incierta en gran medida. Yo soy una

de las pocas zágheras engendrada por contacto directo entre dos personas que se aman, lo que provocó que el Consejo Carmesí hubiera estado a punto de no permitirme el acceso a nuestra patria.

—¿El Consejo Carmesí?

—Es nuestro principal órgano de gobierno. Como decía, mi madre llegó a las puertas de la ciudad con un bebé nacido en el exterior entre sus brazos, algo extremadamente polémico. Tuvo que rogar y llorar mucho para que le permitieran el acceso y yo he tenido que luchar contra ese estigma. Nadie se sorprendió cuando solicité salir en busca del Despreciable, como si todas estuvieran esperando el momento en que las abandonara. Mi madre me contaba historias fascinantes sobre maravillas que había más allá de nuestras fronteras y me hablaba bien de los hombres. Me decía que había asesinos y degenerados, pero también almas buenas y cariñosas, como aquel que se convirtió en mi padre y del que ella no me habla jamás.

—¿Ya me habéis ubicado a mí en alguno de esos grupos? —preguntó Árgoht con una sonrisa pícara.

Ella respondió sonriendo a su vez.

—Vos sois poco dado a las etiquetas. Es difícil catalogaros.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Preguntáis mucho, pero apenas habláis de vos mismo.

Árgoht respondió con un sonoro silencio. Kleria no se sintió molesta con su mutismo. Desde el principio había sabido que era especialmente reservado.

—No habéis preguntado nada. No acostumbro a hablar por hablar —respondió el meledino cuando ya Kleria pensaba que no lo haría.

Desde que se encontraron por primera vez, había tenido cientos de preguntas que hacerle a aquel hombre fascinante. Cuestiones sobre su pasado, su poder, sus viajes... Pero ahora que le daba la oportunidad, su garganta se quedó sin palabras. Árgoht la miraba, esperando, mientras los caballos seguían avanzando sendero arriba. Solo el sonido de sus cascos y del viento que les llegaba de las cumbres rompía el silencio que los envolvía.

De pronto se vieron envueltos por la bruma. Fue como si una nube los engullera, empapándolos a base de finas gotitas que se iban impregnando en su cuerpo. Su visibilidad se redujo apenas a lo que tenían bajo sus pies.

Tan abruptamente como entraron en ella dejaron la bruma atrás y apareció ante ellos el Paso de Arthün. Las Dender-oth se alzaban ante ellos en toda su magnificencia con paredes verticales que se perdían en las nubes cargadas de nieve de las alturas. El camino seguía serpenteando y ascendiendo hasta que se internaba en una enorme ruptura de la montaña, como si en vez de piedra fuera manteca y hubiera sido cortada con un cuchillo. La noche casi había caído ya sobre ellos y pudieron ver varios puntos de luz a la derecha de la entrada del desfiladero.

—Es una posada —le dijo Kleria sin que Árgoht preguntara y dejando de la lado la conversación anterior—. Nosotras seguimos de largo la vez anterior, pero esta vez

nos detendremos a pasar la noche.

Árgoht asintió a modo de respuesta y siguieron subiendo a paso lento, pues el sendero estaba enfangado y no querían arriesgarse a que los caballos resbalaran.

Cuando por fin llegaron a la posada era noche cerrada y solo las antorchas encendidas en los alrededores del camino permitían ver dónde ponían los pies. La posada era de piedra gris rodeada de una pequeña muralla protegida por un rastrillo. Junto a él y sobre una garita, también de piedra, podía leerse el nombre del establecimiento. Dos hombres les salieron al paso.

—Bienvenidos a Bastión Blanco, viajeros.

Los dos hombres mostraban claros signos de haber estado calentando el estómago con licor desde hacía un buen rato. Vestían unas capas zarrapastrosas y unos yelmos oxidados y mellados, así como una larga pica cada uno, aunque no tenían aspecto de ser muy hábiles en su manejo.

—El acceso está cerrado, pues como sus señorías pueden apreciar, la noche ha caído.

Árgoht sacó una pequeña bolsa de su petate, introdujo dos dedos e hizo girar entre ellos una moneda de plata que brillaba a la luz de las antorchas.

—Seguro que no le negaréis el paso a tres viajeros agotados y ateridos, ¿verdad caballeros?

Y acto seguido arrojó la moneda al aire hacia uno de los porteros, que no tuvo agilidad suficiente para cogerla al vuelo y tuvo que agacharse y rebuscar entre la nieve para recuperarla.

—Por supuesto que no —dijo el otro hombre, mientras entraba a la garita y, tirando de una pesada cadena, levantaba el rastrillo de acceso—. Podéis pasar. Que tengáis muy buenas noches, mis señores.

Aquellos hombres estaban tan borrachos que no se habían percatado de que dos de los viajeros eran mujeres, pues de lo contrario habrían hecho algún comentario al respecto que podía haberles costado un disgusto.

Bastión Blanco era una estructura casi cuadrada que se clavaba en la roca como si fueran una única cosa. Parecía estar construida con piedra extraída de la propia montaña y debió usarse anteriormente como un verdadero bastión, pues aún conservaba las almenas en la parte superior y las ventanas eran pequeños ojos negros. En la parte más alta, casi embutido en la roca, se alzaba un pequeño torreón que debió de servir, en sus buenos tiempos, de atalaya.

Tuvieron que recorrer un pequeño sendero más enfangado aún que el camino de la montaña hasta llegar a una gran puerta de madera remachada de hierro y cadenas. Uno de los hombres que les habían abierto el rastrillo los adelantó hasta llegar a ella y abrirla para franquearles el paso.

A la izquierda de la posada, una pequeña estructura de madera, achaparrada pero recia, servía de cuadra para los caballos. Desmontaron y el hechicero sacó otra moneda de su bolsito para dársela al hombre.

—Que no pasen frío.

—No, mi señor —respondió el hombrecillo con un amago de reverencia antes de tomar a los cuatro caballos de las riendas y llevarlos a los establos. Kleria lo siguió con la mirada, inquieta al pensar que sus animales pudieran no quedar bien atendidos, pero pudo observar que las cuadras estaban bien iluminadas y caldeadas a base de antorchas, lo que la tranquilizó lo suficiente.

Entraron en la posada, y el cambio con respecto al exterior fue tan abrupto que a Kleria se le erizó el vello de la nuca a pesar de la cantidad de ropa con la que se protegía del frío. La puerta daba acceso a un amplio salón rectangular bien iluminado gracias a la gran cantidad de antorchas que festoneaban sus paredes y caldeada gracias a las dos enormes chimeneas que gobernaban la estancia desde los extremos más alejados.

Frente a la puerta, una escalera de madera conducía a las estancias superiores y, bajo ella, una pequeña barra. Detrás, una puerta dejaba entrever una cocina con mucho ajetreo. Aunque no estaban ocupadas la veintena de mesas redondas que llenaban el recinto, sí lo estaban al menos la mitad, lo que hacía que el jaleo fuera considerable. Lo que más le llamó la atención fue el poco bullicio que acompañaba a aquella agitación. La concurrencia charlaba con moderación, intentando no molestar a los demás.

De pronto, un jovencito apareció junto al grupo. Era recio y tenía la piel colorada y curtida por el frío de la montaña.

—¿Qué desean los señores? Podemos ofreceros comida y alojamiento.

—Ambas cosas —dijo Ondriva.

—Estupendo —respondió el chiquillo con sorpresa al ver a dos mujeres bajo las capuchas que ya se retiraban—. Mis disculpas mis señoras —hizo una reverencia—, podéis sentaros donde gustéis.

—Gracias —dijo Kleria con amabilidad. Le gustaba el sitio y le caía bien aquel niño.

Los tres se dirigieron a una mesa cerca de la chimenea más alejada de la puerta. El calor se les iba metiendo en el cuerpo y tuvieron que quitarse las capas de viaje y colgarlas en unos ganchos adosados a la pared.

—Es increíble que haya un lugar así en mitad de la desolación de esta montaña —dijo Ondriva.

El niño se acercó de nuevo a ellos.

—¿Qué os puedo servir?

Los tres viajeros se miraron, esperando a ver quién tomaba la iniciativa. Fue Árgoht quien se decidió a hablar.

—Necesitamos algo caliente para acallar el estómago.

—La especialidad de la casa es el estofado de tergibón —al ver la cara de incompreensión de los clientes, el chico se apresuró a explicarse—. El tergibón es una variedad de muflón, más grande y carnoso, que habita en estas montañas. ¿Son

forasteros los señores... y señoras?

—Lo somos. Tráenos tres buenas raciones de ese estofado.

El joven se retiró de nuevo a toda prisa. Un rato después había vuelto con tres platos de madera llenos a rebosar de tacos de carne bañados en generosa salsa de verduras.

Se fue de nuevo y volvió con tres vasos altos y una jarra que contenía un líquido que ellos no habían pedido, así como una cesta de pan caliente.

—Es una bebida preparada por nosotros a base de hierbas de la montaña. Es muy aromática y sabrosa. Os vendrá bien para alejar el frío del cuerpo.

Y se fue otra vez, dejándolos con sus platos y sus bebidas.

Kleria fue la primera en atreverse a probar de su jarra, de más de un palmo y medio de altura. El líquido era verdoso y la zázghera sintió cómo le bajaba por la garganta como si solo fuera agua. Sin embargo, un regusto de fondo le decía que, si no tenía cuidado con ella, pronto estaría bailando sobre una mesa fruto de sus efectos.

—Está buena.

Con estas palabras se lanzaron los tres a por la comida, que devoraron con avidez. La carne estaba deliciosa y la bebida no le iba a la zaga. Los tres repitieron hasta saciarse.

La comida desapareció con rapidez y la bebida duró apenas un poco más. Sabían que debían retirarse a descansar, pero los tres estaban muy a gusto allí, al calor de las chimeneas. Además, la bebida y la temperatura habían relajado al hechicero, por lo que Kleria dedujo que le aliviaba el dolor de la pierna.

—Vosotras conocéis el paso, ¿es seguro? —preguntó Árgoht.

—Sí —respondió Kleria haciendo un gesto con la mano—. Es amplio y bastante transitado, por lo que es difícil encontrar bandidos. Fijaos en esta posada, sin ir más lejos. Nadie la defiende, ni soldados ni mercenarios... Porque a los dos tipos que encontramos en la entrada no me atrevería a llamarlos soldados... Nadie querría atacarla, pues el servicio que realiza interesa a todos. Nadie se arriesga a estropearlo. No creo que tengamos problemas para llegar al sur.

—¿Al sur? —dijo una voz tras ellos, interrumpiendo su conversación.

Los tres compañeros giraron al unísono sus cabezas para descubrir que quien les había importunado era un hombre mayor que se sentaba en una mesa cercana, de pelo ralo muy escaso y barba gris. Vestía una gastada túnica de viaje y una capa roja muy llamativa. Le faltaban varios dientes ya, pero tenía una voz diáfana y excelentemente modulada.

—Disculpadme la intrusión, pero no he podido evitar escuchar vuestra conversación. ¿Os dirigís al sur?

Árgoht y Kleria se miraron un instante. No parecía haber peligro en decir a dónde se dirigían, pues no era ningún secreto ni necesitaban ocultar sus huellas.

—Así es —respondió Árgoht—. ¿Quién lo quiere saber?

El anciano se levantó y se acercó a su mesa.

—Mi nombre es Janias, y nada debéis temer de mí. Pero sí debéis temer del sur, si es allí donde os dirigís.

—Sentaos, Janias —invitó Árgoht al anciano a pesar de las miradas reprobatorias de las zágheras—, contadnos qué ocurre más allá de las montañas.

El anciano hizo una reverencia con su casi calva cabeza, en cuyo cuero cabelludo podían verse multitud de pequeños punto negros y manchas, y se sentó con dificultad. Árgoht le acercó un vaso con la estupenda bebida verdosa.

—Gracias. En verdad no es que haya mucho que contar: el sur se está muriendo.

Janias hizo una pausa teatral, esperando una reacción que no llegó.

—Vamos, bardo, continuad —le instó Árgoht.

—¿Cómo lo habéis sabido?

Janias arqueó tanto las cejas por la sorpresa que Kleria pensó que le llegarían a la coronilla.

—He viajado mucho y he conocido a más de los que me gustaría. Os reconozco. ¿Nos vais a contar noticias o a inventaros una buena historia para entretenernos?

El viejo pareció ofenderse.

—Jamás me he inventado nada que no sean canciones y poemas. ¡Habrased visto!

Se levantó de la silla dispuesto a marcharse.

—Esperad, maese Janias, que no pretendía ofenderos —se corrigió Árgoht sonriente. Kleria sonreía a su vez ante la reacción exagerada del bardo. En verdad era buen actor.

El aludido se sentó de nuevo y tomó un largo trago. Carraspeó dos veces y siguió por donde lo había dejado.

—Como iba diciendo —miró a los tres viajeros temiendo una interrupción que no llegó—, algo terrible está ocurriendo más allá de las Dender-oth. Al principio apenas lo notas, pues al fin y al cabo estamos casi en invierno aún, pero pronto te das cuenta de que ocurre algo más.

—¿Algo cómo qué? —intervino Ondriva.

—Nadie lo sabe y es difícil explicarlo. Es como si la tierra se estuviera muriendo.

Kleria notó cómo Árgoht se ponía en tensión. Aquello se parecía mucho a lo que los mercaderes de las Llanuras les habían contado muchos días atrás.

—Este año las cosechas no han germinado, los bosques se están pudriendo y las aguas de los ríos bajan rancias, aunque aún potables, por fortuna. Han muerto muchos ya por culpa de la hambruna. Pronto llegarán las caravanas de personas que huyen del horror, abandonando sus casas y sus tierras, buscando territorios más fértiles al norte.

—Nosotras pasamos por allí hace varios meses y las cosas parecían ir bien.

—Habéis dicho bien, mi señora, pues solo lo parecían. Ya por entonces las cosechas no daban fruto y los animales comenzaban a morir por alimentarse de hierba que comenzó a crecer oscura y pútrida. Eran pequeñas historias aquí y allá, apenas anécdotas sin importancia. Pero poco a poco ha ido a más. Los Reyes del Sur, los gobernantes de los Tres Grandes Reinos, no saben qué hacer. Ellos saben luchar y

comerciar, pero no cómo enfrentarse a la propia tierra que se revela. Empiezan a creer que han sido malditos.

—No es para menos —comentó Ondriva estupefacta. En verdad ellas habían cruzado el reino de Terth, uno de los tres Grandes Reinos del Sur, y no se habían percatado de nada.

—¿Vos huis también? —preguntó Árgoht.

—Yo estoy siempre huyendo —contestó con un sonrisa torcida que mostraba los huecos vacíos de su dentadura—. Huyo del aburrimiento y la rutina. Llevaba varios años rodando por aquellas tierras, alternando entre Elriss, Terth y Melkhan, los tres Grandes Reinos y debo decir que era muy apreciado por allí. Pero ahora no piensan en divertirse, sino en comer. Ya no me escuchaban y donde no se me escucha, no sirvo para nada —bajó la mirada y se sirvió un nuevo vaso para sustituir el que acababa de vaciar—. Ahora me dirijo al norte a probar suerte, como ellos harán.

Con la mirada perdida y la mente divagando al pensar en lo que dejaba atrás y lo que le podía deparar el futuro, alargó la mano y extrajo de su petate un hermoso laúd de espléndida manufactura. Con las uñas rotas y los dedos sucios, comenzó a tocar una sencilla melodía a la que sumó una letra triste y melancólica, instantes después.

*El tiempo de los bardos
queda cada vez más atrás.
Lloran las mozas en palacio,
en enormes cárceles de cristal.*

*La tierra escupe su sangre
los ríos se secan sin llegar al mar.
Y las mozas lloran en silencio
en sus castillos su pesar.*

*Ya no hay príncipes hermosos,
valientes guerreros que ganen torneos.
Solo queda el tiempo
que se nos escurre entre los dedos...*

La voz de Janias era mucho más joven que el resto de su cuerpo y, escuchándolo, poco a poco Kleria fue entrando en un suave sopor fruto del cansancio del camino y de las experiencias vividas en los últimos días. Llevada por la triste melodía, sintió cómo una lágrima asomaba a sus ojos al pensar en Hertania. ¿Había comenzado aquel viaje de locura solo por culpa de su propio orgullo? La Maldición de Hilena podía estar destruida y ella estar persiguiendo una sombra y, lo que era aún peor, arrastrando con ella a quienes nada tenían que ver.

Ondriva apoyo su mano en su hombro, detectando la melancolía en ella. Kleria

sonrió con tristeza ante el gesto de su amiga. Se habían leído el pensamiento, como tantas otras veces desde niñas, en tantos combates y peleas. Estaban unidas con un vínculo que pocos podrían acercarse a entender.

Dejaron a Janias cantando para entretener a la concurrencia y tras darle algunas monedas, se acercaron de nuevo a la barra para pedir dos habitaciones.

—Solo nos queda libre una habitación grande. Es la única con chimenea propia.

Los tres se miraron, sabiendo que tendrían que compartirla. La aceptaron, pagaron y se dispusieron a retirarse.

Al pie de la escalera que conducía al piso superior, Ondriva se detuvo un instante.

—Voy a echarles un vistazo a los caballos. Hace mucho frío y quiero asegurarme de que están bien atendidos.

Árgoht comenzó a subir, pero al cuarto peldaño las fuerzas le fallaron en la pierna izquierda y estuvo a punto de caer. Kleria, rápida de reflejos llegó a tiempo para sostenerlo.

—Con cuidado —le dijo mientras le pasaba un brazo bajo el hombro de ese lado. Lo sintió muy ligero y apenas había músculo bajo la ropa.

De esa forma subieron y localizaron el dormitorio que les habían asignado. La escalera daba a un sombrío pasillo iluminado con una antorcha a cuyos lados se abrían las puertas de las diversas habitaciones. Apenas estaba adornado y el olor a madera vieja y leña quemada invadía el aire que respiraban. Dos huecos en cada uno de los extremos del pasillo conectaban con las chimeneas de la planta inferior pero, sorprendentemente, el humo no penetraba allí y seguía su ascenso hacia el negro cielo. Su dormitorio era el más cercano a la escalera y se trataba de una habitación espaciosa, con una minúscula ventana tapiada para que no entrara el aire gélido de la noche, dos catres y una pequeña chimenea encendida.

Kleria ayudó a Árgoht a sentarse en la cama. En el momento en el que se apoyó en ella, no pudo evitar un quejido. Por lo poco que lo conocía, aquella queja significaba que el dolor debía ser insoportable. De nuevo sudaba copiosamente fruto de la fiebre.

—¿Podéis traerme un poco de agua? —le pidió el hechicero.

Kleria bajó al salón y subió de nuevo con una jarra de barro llena de agua fría, casi helada.

—Gracias —le dijo Árgoht mientras sacaba una pequeña taza del mismo material, la llenaba y la ponía a calentar en la chimenea, directamente sobre el fuego. Esperó un rato allí y volvió cojeando hasta la cama con la taza caliente entre las manos. De un pequeño paquete sacó unas hierbas que cogió con los dedos pulgar e índice y los depositó en el líquido para hacer una infusión. La revolvió con un dedo y se la bebió de un largo trago, con tanto ímpetu que parte del contenido se le derramó por las comisuras de su boca.

Kleria dejó al meledino con sus cosas y se dispuso a preparar, con las mantas de viaje y las capas, algún acomodo frente a la chimenea, pues temía que le tocaría

dormir en el suelo.

En efecto, la siguiente vez que miró a Árgoht, estaba profundamente dormido con la taza aún entre las manos. Con un suspiro, terminó de arreglarse la cama improvisada y se dispuso a descansar hasta el día siguiente.

Por la mañana tendrían que enfrentarse a las temperaturas heladas del Paso de Arthün, así que esa noche trataría de absorber todo el calor posible de aquellas llamas juguetonas.



En su último día, Yindala recibió a la mañana tan despierta como si fuera mediodía. Aunque había podido dormir, su sueño había sido ligero y poco reparador.

«Ya no importa», pensó resignada, asumiendo el destino que se acercaba inexorable.

Se encontraba de pie ante la ventana, con los primeros rayos de sol acariciando su piel. Intentaba observar cada detalle, retenerlo todo en la retina por si fuera la última vez que tenía ocasión de apreciarlo. Siempre había sido una mujer vital y trataba de disfrutar de la vida cuanto sus obligaciones para con la princesa le permitían. Bajo ella, la ciudad despertaba y más allá de las murallas podía ver el Tir-Ergonian con su verde manto centenario. Sin saber muy bien por qué, en su mente lo asoció con Vâhlere, como si aquellos árboles fueran parte de los motivos que la habían llevado hasta el punto en el que se encontraba.

«No son los árboles, es el hombre el culpable. Siempre es el hombre».

Pensó en Gelion y estuvo a punto de romper a llorar una vez más.

Los dos días anteriores a aquella funesta mañana habían sido, de lejos, los peores de su corta vida. Después de la visita de Loena, había pasado el resto del día sola y pensativa, sin otra cosa mejor que poder hacer. El tiempo parecía no avanzar y parecía como si Areio, el dios de la Luz que se encargaba de portar el sol, tuviera más problemas que nunca para arrastrarlo por el cielo. Este pensamiento le recordó a su pueblo, muy al oeste, y a los cuentos que su madre le recitaba por las noches a la luz de las hogueras. En Quindarst nunca había oído hablar de Areio, y siempre tuvo vergüenza de preguntar al respecto. Tardó mucho en entender que cada pueblo tiene sus propios nombres para cada dios.

Le apenaba ir a morir tan lejos de su tierra natal.

Se entretenía asomada a la ventana y tratando de reconocer algún rostro, aunque

desde aquella altura era muy difícil apreciar detalle alguno.

A media mañana vino a buscarla la pareja de la guardia real para conducirla a la Sala de Juicios. De nuevo lo hicieron en absoluto silencio y ella los siguió de la misma forma hasta el salón en el que se sellaría su destino.

En su interior la esperaba Ertundias Feger, uno de los sabios del Consejo. Su mirada inteligente se clavó en ella desde que penetró en el salón. Aunque se mostraba serio y formal, Yindala detectó en sus ojos un pozo de tristeza. Al fin y al cabo, ella conocía personalmente a todos los miembros del Consejo y los más viejos la habían visto crecer junto a Loena. Ertundias no tenía ganas de hacer aquello.

Además del consejero, se encontraban en el Salón media docena de miembros de la Guardia Real para mantener el orden y otros tantos testigos.

La joven fue situada a unos cuatro metros de Feger y la escolta la obligó con delicadeza a arrodillarse.

—Yindala —comenzó Ertundias—, se te ha conducido hasta aquí para comunicarte formalmente que la fecha elegida para la ejecución de tu condena es el día de mañana al salir el sol. En atención a quién eres y lo que significas para la familia real, se ha elegido el método de la decapitación —Yindala lanzó una exclamación de angustia— al ser considerado el método más indoloro y rápido para ti.

La joven cayó al suelo, derrotada por las palabras del consejero, presa del llanto y las convulsiones. Por ello, no pudo apreciar la mirada de pesar que cubría los ojos de Ertundias. Aún así, continuó con su obligación.

—Esta misma mañana se proclamará el bando público para dar a conocer la noticia. Además, se te concederá un último deseo y una última comida de tu elección.

Y sin decir una palabra más, se retiró por una puerta lateral. Los dos guardias tomaron a Yindala, casi desvanecida por el dolor, cada uno por un brazo hasta depositarla de nuevo en su celda. Allí estuvo de esa forma, completamente trastornada por la inmediatez de su destino, durante el resto del día. Apenas probó bocado del almuerzo. Uno de los guardias le preguntó cuáles eran tanto su último deseo como su última comida. Yindala solo tenía clara una de las dos respuestas.

Esa noche, antes de que el sol terminara de esconderse más allá del mar, la joven escuchó de nuevo el sonido de las cerraduras al abrirse.

—¡No quiero la estúpida comida! —gritó entre lágrimas.

Pero la puerta terminó de abrirse y el que apareció con la bandeja no fue el guardia habitual, sino Gelion, que entraba en la celda con una sonrisa triste. Era un muchacho alto y fornido de cabellos castaños y ojos negros de mirada amable.

—¡Gelion! —Yindala se tiró literalmente a sus brazos y el muchacho apenas tuvo tiempo de soltar la bandeja antes de que ella se la quitara de las manos con el impulso. Se fundieron en un abrazo y ambos rompieron a llorar desconsolados.

Sorprendentemente, nadie los molestó durante varias horas. Sabiendo que eran los últimos instantes que podrían estar juntos, hicieron el amor con pasión, insaciables cada uno del cuerpo del otro. Agotados, se tendieron en la cama y hablaron sin cesar.

Cuando unos golpecitos en la madera de la puerta anunciaron que el tiempo de la visita se había terminado, estaba todo dicho.

Se dieron un último abrazo y Gelion salió con paso indeciso. Yindala se quedó de pie en el centro de la pequeña habitación y estuvo allí un buen rato dándole vueltas a lo que había hablado con su amante y amigo, el que habría sido el padre de sus hijos cuando llegara el momento. Era un chico bueno y cariñoso, fuerte y generoso. Ahora más que nunca se lo demostraba de nuevo.

Cuando vinieron a buscarla aún era de noche, aunque las primeras luces del alba decoraban el cielo del este. Las estrellas comenzaban a dejar paso al día. Los guardias encontraron a la joven sentada en el catre con el vestido puesto y el pelo mojado, como si en vez de ir hacia el cadalso se dirigiera a una cita. Tenía frío, pero no se permitió mostrarlo ante sus vigilantes.

—Es la hora —dijo uno de ellos, el único que le dirigía la palabra.

Yindala se levantó sin contestar y se puso en marcha tras los soldados. Bajaron de nuevo un centenar de escalones hasta llegar al patio central de la fortaleza y, para su sorpresa, una multitud se habían congregado ya a la espera de ver el lamentable espectáculo. Lo que vio en sus miradas era avidez, el deseo de sangre expresado en ojos humildes. Yindala se sintió asqueada y con ganas de que todo terminase pronto. Saber que aquellos miserables se regodearían con su muerte le dio ganas de vomitar.

El cadalso era una tarima de madera sobre la que se había depositado un enorme tocón y, ante él, una alta cesta de mimbre. A su lado, un hombre gigantesco de aspecto feroz esperaba el momento de su intervención con ambas manos apoyadas sobre una gran hacha de doble filo. Era Tandros, el Albino, de piel muy clara y pelo blanco, un hombre bueno y alegre, cuando no ejercía su trabajo de verdugo. Verlo allí le supuso una cierta satisfacción. Conocía a Tandros de toda la vida y siempre había sido bueno con ella. Sabía que no le causaría dolor.

Frente al cadalso se encontraba la grada del Rey. Era otra estructura de madera, más elevada aún, con tres asientos.

«Le va a obligar a verlo», pensó Yindala al darse cuenta de que los puestos correspondían al rey, la reina, y la princesa. Sabía que a la pequeña Leicar aún no se le permitía asistir a las ejecuciones, así que solo Loena podría ocupar el tercer sillón.

Situaron a Yindala junto a Tandros a la espera de que llegara el rey a presidir el acto.

—Lo siento mucho —murmuró el verdugo sin casi mover la boca ni la cabeza—.

Será rápido.

—Gracias —musitó a su vez la joven y a punto estuvo de quebrársele la voluntad que hasta ese momento conseguía mantener—. Yo también lo siento.

Tandros la miró sin comprender por qué se disculpaba ella y estaba a punto de preguntar cuando sonaron las trompetas que anunciaban la entrada de Kreón en el patio. El sol comenzaba en ese momento a asomar por el este. Por encima de las murallas, la brisa le trajo olores conocidos a sal, algas y tierra húmeda. El rey se sentó en su sitio acompañado, como Yindala sospechara, de su hija Loena, que no podía levantar la mirada del suelo. Pero la reina no apareció. Ocuparon sus asientos y el rey alzó la mano para hacer callar a la multitud.

—Hoy es un día aciago —dijo, y su voz sonó clara en el silencio que se había instalado entre los espectadores—, y es para mí causa de un gran dolor decir las siguientes palabras.

El rey hizo una pausa para coger aire y miró a la joven a los ojos.

—Yindala, se te ha encontrado culpable de traición al reino de Quindarst —un abuceo susurrado se extendió por la muchedumbre, cada vez más numerosa—. Qué comience la ejecución.

Los abuceos se convirtieron en vítores y exclamaciones de excitación.

Sin un instante que perder, los dos guardias obligaron a Yindala a arrodillarse ante el tocón de madera y le apoyaron la cabeza de lado sobre él. La joven pudo oler en ese momento el aroma de la leña vieja, de la savia desecada. «A ti también te ejecutaron», pensó de forma irracional. Parecía como si todos sus sentidos se hubieran puesto a funcionar al límite de sus capacidades. Podía escuchar el aliento contenido de muchas mujeres, las risas ansiosas de algunos hombres, los bostezos de los más pequeños... Sintió, pues tenía la cabeza girada hacia el otro lado y no podía verlo, la enorme masa de Tandros situarse a su lado y el sonido del hacha al alzarse sobre ella.

«Adiós Loena, adiós», pensó sabiendo que sería su último pensamiento, pero sus sentidos exaltados oyeron entonces el sonido del aire al quebrarse y un quejido grave y profundo. El hacha de Tandros cayó de sus manos sin dar el tajo definitivo. Yindala alzó la cabeza y vio una flecha clavada en el antebrazo del verdugo que le había obligado a dejar caer el arma. En sus ojos se veía la sorpresa, y entendió de pronto la disculpa de la joven solo unos minutos antes. Lo comprendió todo enseguida.

Un alboroto se había originado entre la multitud. Un joven corría entre ellos con un arco en una mano y un espada en la otra. La gente comenzó a gritar y a huir cuando las flechas volaron desde las almenas lanzadas por los guardias para detenerle, hiriendo a algunos inocentes. El público entró en pánico y echó a correr en todas direcciones entre gritos. Yindala aprovechó la distracción para ponerse en pie y, de un ágil salto, bajarse del cadalso para ir al encuentro de Gelion. Llegó hasta donde estaba el joven y tomó una daga que le ofrecía después de dejar que, con un hábil gesto, cortara las sogas que le ataban las muñecas.

—Temía que no llegaras a tiempo.

Acto seguido echaron a correr hacia una de las puertas, pero varios guardias se habían situado ya en torno a ellos. Algunas flechas se clavaban a sus pies y Gelion comenzó a lanzar tajos con su arma para mantener alejados a los soldados. Yindala vio que el rey se había puesto en pie mientras algunos guardias tiraban de él para sacarlo de allí, a lo que se resistía con fuerza. Loena también había abandonado su sitio y observaba la escena con angustia en una mirada que se cruzó con la suya. Durante unos segundos, sus pupilas se reconocieron mutuamente, leyéndose como si fueran un mismo ser. Una chispa de comprensión iluminó los ojos de la princesa.

—Ahora —murmuró Yindala para sí misma.

En ese momento, una flecha se clavó en su hombro haciéndola caer hacia atrás. Se puso en pie con dificultad y vio que Gelion también había sido alcanzado en una pierna. Lo agarró antes de que se cayera y los dos quedaron de rodillas en el sucio suelo del patio. Se miraron y se abrazaron con fuerza.

—Te quiero —le susurró.

—Yo también te quiero.

Una flecha se clavó entonces en la espalda de la joven. Tan potente fue el disparo que la saeta atravesó su pecho para ir a enterrarse en el corazón de Gelion.

Y así murieron los dos, de rodillas y abrazados como si fueran una sola persona. Ella con la cabeza hundida en el pecho de él y él con la suya apoyada en su hombro.

Sendas sonrisas se dibujaban en los rostros de los dos.



Kreón no podía creer lo que estaba viendo: a Tandros se le había caído el hacha. Era la primera vez que veía algo así. Entonces, como si fuera una revelación, se dio cuenta del motivo: una flecha asomaba de su antebrazo derecho generando un importante reguero de sangre. Enseguida comprendió que alguien pretendía sabotear la ejecución. Por un momento sintió la tentación de dejar que ocurriera, de permitir que aquella pobre infeliz siguiera con su vida, pero su responsabilidad como rey era mayor que su afecto por la amiga de Loena. Se puso en pie y sin tener que decirles nada, los guardias que lo acompañaban en la tarima lo rodeaban con arcos y espadas en alto.

El tumulto de la muchedumbre se centraba en la figura de un hombre que corría por el patio en dirección al cadalso. Al mismo tiempo, vio cómo Yindala saltaba al suelo y corría a encontrarse con él.

«Gelion», supo enseguida el rey. No podía creer que aquel chico fuera tan estúpido. No tendrían forma de escapar de allí. Era una acción suicida.

En efecto, unos minutos más tarde todo había terminado. El silencio se había apoderado del patio y en el centro reposaban los cuerpos, aún arrodillados, de los dos jóvenes que habían preferido morir juntos antes que vivir separados. Era muy trágico.

—Despejad el patio —dijo Kreón y los soldados comenzaron a desplegarse por la plaza dispersando a los curiosos que aún quedaban tras la desbandada. Había algunos heridos fruto tanto de la avalancha que se había formado como de las flechas perdidas de los soldados. Kreón, al verlos, supo que tendría que dar órdenes más estrictas sobre disparar indiscriminadamente cuando hay tanta gente presente. Si llegara a morir algún inocente por aquel motivo sería terrible.

Pronto, la situación estuvo controlada y el patio despejado. Solo quedaban los soldados en torno a los dos cadáveres, ahora tendidos en el suelo, Tandros con el

brazo vendado y ellos. Entonces se acordó de Loena. Cuando se giró para buscarla, no la encontró por ningún lado.

—¿Dónde está? —preguntó al guardia que tenía más cerca.

—No la he visto, señor.

Kreón preguntó a algunos más y recibió la misma respuesta de todos.

Loena había desaparecido.



Árgoht estaba acostumbrado a los viajes y había estado en diversas latitudes, unas más cálidas y otras más frías. Aún así, no recordaba una mañana tan gélida como aquella cuando amaneció en Bastión Blanco. La temperatura había descendido mucho durante la noche y se había despertado en varias ocasiones, helado hasta los huesos, para echar más leña a la chimenea y avivar el fuego. En una de esas ocasiones encontró a Kleria despierta ante los rescoldos y perdida en sus pensamientos. No parecía sentir tanto el frío como él, lo que le hizo pensar que quizás estuviera acostumbrada a climas menos cálidos, cosa razonable si tenía en cuenta que seguían dirección al Hielo del Sur. Las camas, preparadas para aquellas vicisitudes, estaban bien provistas de mantas.

—Acostaos un rato —le dijo a Kleria.

—No importa —dijo ella, aunque se le iban los ojos hacia el catre.

—Insisto. Además, no tengo mucho sueño. Necesito pensar.

Esto no era del todo cierto. Lo que realmente quería era entrar en el *gehvaal*. Desde que salieran de Lúrmanis no lo había vuelto a intentar, más necesitado de sueño y creyéndose incapaz de concentrarse lo suficiente por culpa del dolor. Pero en ese momento se encontraba algo mejor, y *necesitaba* hacerlo. Se sentía desarraigado tras tantos días lejos de la Madre. Así pues, Kleria ocupó su cama y él se sentó en el suelo cubriéndose con las mantas cuanto pudo. Esperó a que las llamas crecieran de nuevo y aumentara la temperatura que generaban. Realizó el *Terh-arhak* y entró en trance en unos instantes. Sintió un tirón hacia el interior, como si la Madre lo reclamara, cuando era él quien estaba ávido de Ella.

El escenario cambió en esa ocasión. Ni playa ni montaña, esta vez se vio a sí mismo en un desierto, cálido y seco, con los pies medio hundidos en la fina arena ardiente. Se sintió sereno y en calma. Se sentó en el suelo y enterró las manos,

sintiendo la calidez ascender por sus brazos junto con la energía que absorbía. Nada perturbaba su paz y los recuerdos de la playa, las nubes y la tormenta, quedaron relegados en lo más hondo de su cerebro. Sin embargo, cuando la energía llegó a su pierna, notó cómo se estancaba, como si no pudiera seguir avanzando. Era capaz de sentir el flujo recorrerla hasta toparse con la zona infectada y bloquearse allí. La Madre ya no tenía poder para luchar contra la enfermedad, por lo que Árgoht estaba cada vez más convencido de que la naturaleza de aquel veneno tenía que ser oscura. Si en verdad Nerak era un nigromante quizás hubiera encontrado aquella ponzoña a través de un Portal. En ese caso, no habría manos en Thera capaces de sanarle. Si aquel hechicero oscuro era capaz de abrir una puerta al otro mundo, quizás fuera un rival muy duro de batir. Ahora entendía por qué Kleria se esmeraba tanto en mantenerle a su lado: si conocía de qué era capaz el Despreciable, quizás era consciente de que ella sola, espada en mano, no tendría ninguna posibilidad contra él. Él mismo nunca se había enfrentado a un nigromante verdaderamente poderoso, por lo que de su encuentro podría resultar cualquier final. Y eso le trajo a la mente la nueva energía que gobernaba a la espada Êralin. Desde que había matado con ella a la criatura en que se había convertido Manlor cinco años atrás, su esencia se había oscurecido. Había absorbido la naturaleza sombría que le había dado nueva vida al antiguo rey de Ereth, convirtiéndolo en un *talhom*, una criatura de las sombras. Desde entonces intentaba no usarla si no era estrictamente necesario, y cuando lo hacía no sentía la corriente de energía que lo revitalizaba por completo, sino algo diferente, igual de poderoso, pero con una esencia más perversa.

Árgoht sostuvo el *gehvaal* aún un rato más a pesar de que nada podía hacer por su pierna maltrecha. Se encontraba a gusto allí y apenas le molestaba la herida. Al menos se sentía renovado en espíritu y voluntad, que no era poco. Realizó entonces el *Serh-arhak* y volvió a la habitación que habitaba su cuerpo en Bastión Blanco. Para su sorpresa, Kleria se encontraba sentada a su lado, observándolo con ojos curiosos a la luz de unas llamas briosas recientemente alimentadas. Aún era de noche más allá de los postigos cerrados.

—No me gusta que me observen —dijo él muy serio.

—Y sin embargo sois una persona digna de ser observada —respondió ella con una sonrisa pícara.

—Es un nigromante, ¿verdad? —preguntó cambiando de tema.

Kleria se quedó desconcertada con la pregunta.

—El Despreciable a quien perseguís...

—Ah, eso. No sé mucho de magia ni de hechiceros, así que no conozco los tipos que hay. Solo sé que era muy poderoso y capaz de logros increíbles. Pero tenía un lado oscuro que se esmeraba en esconder. Dicen las historias que en alguna ocasión su cuerpo fue poseído por espíritus malignos, pero quizás sean solo habladurías para engordar su negra leyenda. ¿Sentís lo que ocurre a vuestro alrededor cuando estáis en ese estado?

Árgoht no se desconcertó con el cambio de tema.

—Sí, pero atenuado.

—¿Habéis sentido mi contacto?

Árgoht se puso tenso de pronto. ¿Ella lo había tocado sin que él lo sintiera?

—No pude evitarlo —aclaró ella—. Necesitaba saber si volvería a sentirlo, y así fue. Es reconfortante y cálido. Pero podéis estar tranquilo, que apenas os he rozado.

La sonrisa pícaro se ensanchó.

Pero la preocupación de Árgoht no estaba en el contacto en sí, sino en el hecho de no haberlo sentido. Aquella mujer se había acercado lo suficiente como para tocarlo sin que percibiera nada en absoluto. ¿Se había relajado? No había otra respuesta posible. La otra alternativa era que estaba tan concentrado que se había desconectado completamente de la realidad, algo extremadamente peligroso, pues corría el riesgo de perderse para siempre. ¿Cómo había podido pasar? Había leído historias de hechiceros experimentados y muy poderosos que, ansiosos de más poder y conocimiento, se habían dejado obnubilar por el *gehvaal* y no habían sido capaces de encontrar el camino de regreso. ¿Había estado él demasiado desconectado? Tendría que tener mucho más cuidado la próxima vez y echar un ancla poderosa en la realidad, como un faro que iluminara su camino de regreso.

—No temo vuestro contacto.

—Pues algo teméis, y mucho.

—Sois muy inteligente, pero no entendéis todo lo que ocurre a vuestro alrededor.

—No pretendo comprenderlo todo, pero reconozco que siento una imperiosa necesidad de entenderos a vos.

Árgoht fijó su iris violeta en aquella mujer extraordinaria. Llevaba el pelo castaño suelto sobre los hombros cubiertos con una pesada manta, pero a pesar de la hora tardía, su mirada brillaba con una fuerza interior que no había encontrado antes en mujer alguna. Mostraba al mismo tiempo la curiosidad de una niña y la fuerza de una gran guerrera. Se la imaginaba como alguien capaz de dar el pecho a un niño con la misma facilidad con la que ganaba un combate a muerte. Ambas cosas las haría sin despeinarse.

Y de pronto algo cambió en su interior, algo que le hizo sentirse a él mismo como un niño. De repente, se sorprendió observando aquellos labios, viéndolos moverse como si dispusieran de vida propia, reflejando la luz de las llamas, y se vio besándolos con fuerza. Vio aquellos ojos que lo miraban como si fuera un objeto digno del más profundo análisis, y se vio a sí mismo acariciando sus párpados con delicadeza. Árgoht había estado con muchas mujeres en su vida como para reconocer la pasión cuando se le cruzaba por delante.

Sabía que Kleria estaba hablando, pero era incapaz de entender sus palabras. Solo tenía oídos para el crepitar de las llamas reflejadas en sus pupilas. Árgoht se inclinó hacia ella muy lentamente. Ella, al detectar el movimiento, dejó de hablar con las palabras tan congeladas como la montaña que los rodeaba. Él percibió la duda fugaz

que cruzó por su mente en aquellos breves instantes que tardó en recorrer el abismo que los separaba, pero no hizo amago de apartarse ni de evitar lo inevitable.

Pero cuando sus labios estuvieron casi en contacto, Ondriva se agitó en sueños y el crujido del catre pareció llenar el poco espacio que quedaba ya entre ellos, apenas un suspiro. Pero fue suficiente para romper el hechizo que había estado tan cerca de unirlos. Esta vez ambos se retiraron, sabedores de que algo importante acababa de pasar. Se quedaron allí sentados observando las llamas sin atreverse a mirarse por miedo a encontrar en la mirada del otro el reconocimiento de un error casi perpetuado.

—Me vuelvo a la cama —dijo ella al cabo de un buen rato con apenas un hilo de voz. Al levantarse, acarició con su mano, tan tenue como una exhalación, el hombro del hechicero, ansiosa por sentir de nuevo aquel calor, aquella fuerza.

Árgoht se quedó allí, pensando en lo que había estado a punto de pasar.

—Buenas noches —dijo por fin con la mirada clavada en las llamas temblorosas. Pero para entonces, Kleria se encontraba profundamente dormida.



Al amanecer, los tres viajeros estaban listos para reanudar el viaje. Los caballos piafaban ansiosos por ponerse en marcha y entrar en calor. Nubecillas de vapor surgían de sus ollares en cada respiración como si de dragones de leyenda se tratara. Árgoht aplacaba a *Karzan* palmeándole el cuello y susurrándole palabras amables mientras esperaba a que las dos mujeres terminaran de disponer sus monturas. La pierna, gracias al rato que permaneció en *gehvaal*, le daba una tregua temporal y, aunque le palpitaba y le ardía, el dolor era soportable.

El sol, aunque ya se dejaba ver tenuemente por el este, apenas conseguía filtrar sus rayos entre la densa bruma que se abatía sobre el desfiladero. Las llamas de las antorchas aparecían difuminadas como si formaran parte de un sueño ingrato y el Bastión Blanco se dejaba ver apenas como una sombra de la propia montaña.

Por fin, el grupo estuvo listo para partir y salieron de los límites de la posada por un sendero que comenzaba en la misma puerta por la que entraran la tarde anterior. Esta vez los supuestos guardianes apenas si les dirigieron una mirada hosca al verlos pasar, casi convertidos en estatuas dentro de su garita.

Aún les quedaba un buen trecho del camino que recorrer antes de llegar a la entrada del Paso y lo hicieron en silencio, bien cubiertos por las capas y las ropas más abrigadas de las que disponían. La única prueba de lo que había ocurrido entre Kleria y Árgoht la noche anterior fue una contundente mirada. Ninguno de los dos hizo comentario alguno, y el meledino lo prefirió así. No era dado a expresar sus emociones, y en aquellas situaciones el silencio se convertía en el río que se llevaba la incomodidad que se podía instalar entre ellos.

Avanzaban lentamente por un camino cada vez más empinado y helado. El sonido del viento atravesando la garganta que conformaba el paso les llegaba amenazante y cercano, creando ecos que los engullían. Árgoht recordó el grimageo con todo lo que

allí había acontecido y su ánimo se ensombreció aún más.

En un momento, la bruma que los rodeaba se levantó por unos instantes y pudieron ver con claridad el terreno que se abría ante ellos. La montaña se había rajado de arriba abajo, creando un desfiladero de paredes verticales. De estas brotaba por doquier el agua que, saturando los resquicios de la roca, buscaba una salida y empapaba el sendero. Las paredes, cortadas a pico, crecían verticalmente hasta perderse entre las nubes. Árgoht se preguntó qué extraño fenómeno natural podría haber creado una fisura semejante, pero no fue capaz de encontrar una explicación que encajara con sus conocimientos.

«Un nuevo misterio de la Madre», pensó extasiado al presenciar una prueba tan palpable de su poder.

Sin desearlo, rescató de su memoria un dato que ni siquiera recordaba conocer.

—El Paso de Arthün —dijo para sus acompañantes— debe su nombre a los antiguos habitantes del sur del continente, que hablaban un complejo lenguaje ya perdido. Si no recuerdo mal, el título completo del paso era Kah'Arthünaidei, que venía a significar algo así como «el sendero que usan los dioses».

Ninguna de las dos guerreras respondió pero observaron el cañón de arriba abajo, quizás buscando indicios de esos dioses.

Aún tuvieron que recorrer un buen trecho de camino cada vez más sinuoso hasta llegar a la entrada. Tenía la anchura adecuada para que dos carromatos pasaran con holgura. Allí, grabado en la piedra gris y rota, tan anciana como el propio mundo, se podía leer:

Bienvenido al comienzo del mundo.
Estáis a punto de entrar en los Grandes Reinos,
donde todo comenzó,
donde el mundo es como debe,
donde el aire es limpio,
donde la tierra dio la vida,
donde el hombre comenzó a ser.

Estaba escrito en Lesea, el idioma propio de las regiones más meridionales y considerado el más antiguo del continente de Kisea, pero ninguno de los tres tuvo problemas para entenderlo.

—¡Qué humildes! —comentó Ondriva con expresión torcida.

—Los Tres Reinos fueron los primeros en fundarse en Thera, los primeros en expandirse sobre su superficie. Antes, solo había aldeas dispersas y atrasadas. Los Tres Reyes se consideran reyes de todos los hombres y a sus tierras cuna de la humanidad. Según la leyenda y las canciones, fue en el sur donde surgieron los hombres primigenios.

Ondriva y Kleria miraban a Árgoht con interés.

—Conocemos bien el carácter de los hombres de los Reinos. Se consideran amos de todo y arrasan cuanto encuentran a su paso. Aunque llevamos muchos años en paz,

nuestra Historia cuenta con detalle las grandiosas batallas con las que nuestro pueblo tuvo que defenderse del afán expansionista de los Tres Reyes a lo largo de mucho tiempo. Por fin, aprendieron que era mejor no interferir en nuestros asuntos, pero fue a costa de muchas vidas. Pero era otra época, en la que nuestro pueblo convivía con otros y gobernábamos tierras más allá de las fronteras de Krahedia. De hecho, una buena parte del sureste del continente nos pertenecía.

—Los hombres primigenios, ¡bah! —se burló Ondriva—. No son sino bárbaros ignorantes. Nuestra cultura es con diferencia mucho más rica y antigua. Nuestros monumentos son para gracia de nuestras deidades y nunca encontraréis estatua con el rostro de nuestras reinas, pues solo las diosas merecen ser representadas en piedra como ofrenda a su memoria.

Árgoht descubrió por fin el verdadero carácter de aquellas mujeres. Su prejuicio era tan poderoso como sus armas y lo mostraban con orgullo mal entendido.

—¿Vuestras reinas no deseaban perdurar en la memoria? —les preguntó mientras dejaban atrás el grabado en la piedra y se internaban en el Paso que se cubría de nuevo de niebla a cada minuto que pasaba.

—Por supuesto —respondió Kleria—, pero lo hacen a través de la gloria en combate y la aptitud como gobernantes. Sus nombres, si son merecedoras de ello, figurarán en la Historia, pero sus imágenes no serán idolatradas. Al fin y al cabo, solo son mujeres de carne y sus huesos volverán a la tierra de donde salieron.

Árgoht no podía estar más de acuerdo, así que no hizo ningún otro comentario al respecto y siguieron avanzando en silencio. El sonido de los cascos de los caballos, más serenos ahora que habían entrado en calor con el movimiento, resonaba entre las paredes grises como si un gran ejército avanzara con ellos.

—Es hermoso —dijo Kleria en un momento determinado—. Entiendo que mi madre quisiera conocer todas estas maravillas.

Y es que el Paso de Arthün era en verdad imponente y espectacular.

—Cuando no podía dormir, ella me contaba historias de las infinitas cosas que había visto y vivido en los años que permaneció fuera de Krahedia. Por eso no se sorprendió demasiado cuando le dije lo que pretendía hacer. Supongo que en el fondo siempre supo que algún día seguiría sus pasos.

—¿Y os arrepentís?

Kleria miró al hechicero.

—No. Desde que salí no he encontrado sino una maravilla tras otra.

Árgoht creyó leer algo entre líneas en aquella frase y el tono con el que fue dicho, pero prefirió ignorarlo.

—Sois valientes. Ambas. De eso no cabe duda.

Como el meledino sospechara desde que salieran, el dolor de la pierna comenzaba a ganar intensidad a medida que su cuerpo se iba resintiendo de la agitación provocada

por la montura y el frío, pero avanzaron hasta bien entrada la mañana, momento en el que Kleria sugirió hacer un alto para descansar y estirar las piernas. Buscaron un hueco entre las piedras y se detuvieron a comer algo. En la posada habían comprado carne seca y pan y, aunque no encendieron fuego, sentir algo en el estómago fue suficiente para recuperar un poco de energía. A pesar de que el sol ya debería estar bastante alto, sus rayos no conseguían entrar en aquella fractura umbría. Estarían a la sombra hasta que llegaran al otro lado. Mientras comían, un aire frío y denso se levantó de súbito, disminuyendo aún más la sensación térmica.

Pero con el aire frío Árgoht sintió algo más. El viento procedía del sur, barriendo el paso y llevándose parte de la bruma. Pero el aire portaba algo extraño, como si estuviera enfermo y pútrido. Kleria y Ondriva no dieron muestras de notar nada, por lo que el meledino supo que lo que percibía provenía de sus sentidos mágicos. Algo sombrío ocurría en el sur. Entonces recordó las palabras del bardo Janias: *algo terrible está ocurriendo más allá de estas montañas*. ¿Hasta qué punto podía ser malo si hasta la propia magia, la esencia de la vida y el poder, se estaba resintiendo? Árgoht sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral y comenzó a preocuparse seriamente.

Tras descansar un rato, reanudaron el camino. Según les habían comentado antes de partir de Bastión Blanco, tardarían casi todo el día en salir del Paso, y aún otro medio más en descender hasta la llanura, pues la salida se encontraba aún a cierta altitud.

De improviso, una fuerte tormenta estalló sobre sus cabezas descargando un aguacero que les obligó a buscar un precario refugio entre dos piedras que apenas conseguía guarecerlos. Tuvieron que limitarse a taparse con las mantas y esperar a que escampara, dejando que los caballos se mojaran con la resignación dibujada en sus inteligentes rostros.

Cuando llevaban casi una hora de esta forma, escucharon un sonido que procedía del sur. Kleria fue la primera en percibirlo.

—¿Habéis oído eso?

Con el tronar la tormenta era difícil distinguir sonido alguno, pero pasados unos minutos llegó hasta ellos el inconfundible sonido de cascos herrados sobre la roca. Unos instantes después dos enormes caballos negros aparecieron entre la bruma como imágenes espectrales. Las mujeres se pusieron en guardia en un parpadeo, aunque sin abandonar su escondite.

Tras los caballos apareció un carromato cubierto con un toldo marrón oscuro y un jinete que lo flanqueaba. Sobre el cabestrante, un hombre menudo manejaba las riendas con una capucha calada hasta los ojos para no mojarse y cuando pasaron ante ellos no dieron muestra alguna de haberlos visto. Árgoht miró con atención y pudo distinguir entre las sombras el infausto cargamento que portaban.

Kleria avanzó con intención de salirles al paso, pero Árgoht le puso una mano en el hombro para impedirsele.

—Dejadlos. No nos molestarán.

En ese momento, algo se agitó en la carreta y un bulto se desplazó de lugar. Por debajo de la tela, un brazo humano quedó colgando en el vacío. El jinete que la acompañaba llegó a la altura y situó el miembro de nuevo en el lugar que le correspondía. A pesar de las pésimas condiciones, Árgoht pudo escuchar el sollozo que acompañó al gesto.

Varios carros más aparecieron entre la bruma bajo el diluvio. Nadie hablaba salvo el viento y los truenos. Árgoht no se pudo contener.

—Debo hablar con ellos.

Kleria hizo amago de detenerlo, pero no le dio tiempo antes de que el meledino saliera del refugio y se situara junto al segundo carromato. Enseguida, un hombre se aproximó a él, pero no lo hizo con ánimo de defender sus pertenencias, sino con la actitud apática de quien pretende saber si puede hacer algo por ti.

—Un día de perros... —dijo Árgoht a modo de saludo.

El hombre no desmontó y le habló con tono pausado sin descubrirse el rostro.

—Cierto. ¿Necesitáis algo? Tenéis mala cara...

—Este clima me destroza los nervios.

—¿Vais o venís?

—Me dirijo al sur...

El hombre le interrumpió con vehemencia.

—Pues haríais mejor en dar media vuelta. Ya no hay nada allí para nosotros.

—He observado que cargáis una triste mercancía.

—En efecto. Nos llevamos a nuestros muertos a tierras más agradecidas, pues no deseamos que sus huesos descansen en una que corrompe todo cuanto toca.

Árgoht se quedó sin palabras. Se despidió de su interlocutor y se internó de nuevo entre las sombras.

—Es terrible... —murmuraba cuando llegó hasta donde se encontraban las zágheras. Les contó lo que el jinete le había dicho y también ellas quedaron estupefactas.

—Es peor de lo que pensaba... —Árgoht estaba impresionado.

La fúnebre comitiva tardó aún unos minutos en terminar de pasar ante ellos, pero la tormenta tardó aún mucho más en darles un respiro. Cuando por fin escampó era media tarde y apenas les quedaba luz. Decidieron aprovechar el lugar y acampar allí mismo hasta el día siguiente. Estaban empapados y medio congelados, pero no se atrevían a moverse en la oscuridad. Las sombras podían convertirse en brutales enemigas en aquellos parajes.

La noche pasó con dificultad y ninguno de los tres viajeros pudo dormir lo suficiente como para sentirse descansados. Lo único que deseaban era que llegara el día para ponerse en marcha y calentar cuanto antes sus pieles mojadas. La bruma continuaba

anegando el desfiladero y necesitaron varias paradas más antes de vislumbrar la luz del sol, pues era casi mediodía cuando por fin se les despejó el horizonte. Casi sin darse cuenta, la salida del Paso de Arthün se mostró ante ellos como un bálsamo para el ánimo, idéntica a la entrada, con un nuevo grabado en la piedra destinado a quienes salían de los Reinos que rezaba:

Te equivocas, viajero,
abandonando estas tierras benditas.

Pero en esta ocasión su lectura no suscitó ningún tipo de comentario en los entumecidos viajeros. Por fin los rayos del sol consiguieron quebrar el manto de bruma que los había cubierto durante todo el trayecto por el vientre de la montaña y sus corazones se llenaron de luz y nuevos ánimos. Pudieron entonces observar el panorama que se abría a sus pies: en efecto, habían salido aún a cierta altitud, por lo que tendrían que descender por un empinado y sinuoso sendero que salvaba el desnivel entre barrancos y escarpaduras. Más allá comenzaba una ondulada llanura en la que se avistaban varias aldeas cuyas chimeneas lanzaban su aliento gris al cielo. A su izquierda se extendía un enorme bosque de árboles oscuros que se perdía en la distancia. Árgoht sintió de nuevo aquella sensación oscura que lo atormentaba. Algo iba mal, muy mal, en aquellos territorios.

Ignorando por el momento esas sensaciones, el hechicero suspiró por estar ya en alguna de aquellas estancias, caliente y seco, por lo que puso en marcha a *Karzan* sin perder un segundo más. Necesitaba descansar y recuperar energía de la Madre o el dolor lo mataría, pero quería hacerlo lo más lejos posible del frío penetrante de la montaña.

Aún dispondrían de medio día de luz antes de tener que acampar de nuevo.



Loena corría sin parar. Lo hacía a través de las calles de la ciudad en dirección a la salida más oriental. La gente la miraba y tropezaba con frecuencia, pero nada detenía su carrera. Tenía poco tiempo y necesitaba alejarse cuanto pudiera de la fortaleza. Su padre se pondría pronto en movimiento para encontrarla, si no la había hecho ya.

Cruzó la muralla como una exhalación y se dirigió hacia el bosque, confiando en que allí encontraría la protección necesaria para dejar de correr y pensar en su siguiente paso. Todo había sido muy rápido y no había tenido ocasión de analizar sus opciones. Mientras avanzaba, con los pulmones a punto de reventar, recordaba la trágica escena que acababa de vivir y lo dura que había sido para ella la tarde anterior. Había tratado de demostrar la inocencia de su amiga, pero el rey no atendía a razones. Por último, y sabiendo que rompía el juramento que le había hecho a Yindala, le contó la verdad sobre su relación con Vâhlere y sus sospechas de que era él quien estaba detrás de aquel engaño. La respuesta de su padre fue echarse a reír.

—¡Debes creerme, padre! —Loena estaba desesperada.

—Cariño, estás trastornada. A mí también me duele mucho todo esto, pero la carta es una prueba concluyente. Provenía de ella y era su letra. ¿Qué más necesitas saber?

—¡Él pudo copiar su letra! Tenía acceso a cuantos papeles quisiera. En mi habitación aún hay muchos escritos por ella de cuando le enseñé a escribir. ¡Los podría coger cualquiera!

—Eso no significa nada, Loena. Vâhlere es un miembro del Consejo, así que ten cuidado con lo que dices sobre él. Si tuviera alguna pretensión sobre ti, y no entiendo cómo podría ser eso posible, me lo habría dicho con toda confianza.

La princesa se había quedado de piedra con aquellas palabras. Acababa de confesar que estaba enamorada de un plebeyo, por muy consejero que fuera, que

llevaba meses viéndose con él a escondidas... y su padre solo confiaba en que Vâhlere habría hablado con él primero si todo aquello fuera cierto. Había roto su juramento para nada. Tal y como Yindala predijo, el rey no le hacía ningún caso y no daba crédito alguno a sus palabras.

Así pues, tuvo que resignarse y cargar en la conciencia el hecho de que era culpa suya. Lo que jamás habría podido imaginarse era que las cosas fueran a desarrollarse como lo hicieron.

Ella no quería presenciar la ejecución, pero su padre la obligó alegando que era su deber. Su madre fue más lista y puso como excusa que se encontraba indispuesta. Así pues, no solo no podría evitarla, sino que además presenciaría a la fuerza la muerte de su amiga. Sentía el corazón a punto de estallar dentro de su pecho. Sabía que la relación con su padre, a quien veía responsable en gran parte, debido a su ceguera, nunca volvería a ser como antes. Ese día morirían otras cosas además de la pobre Yin, cuyo único delito había sido estar a su lado cada vez que la había necesitado y haberla querido como si fuera su hermana, a pesar de que a veces la tratara bruscamente o con frialdad.

Pero la situación había dado un giro drástico. Al principio no podía asimilar lo que estaba viendo: Tandros alzaba el hacha pero no lo descargaba contra el cuello de Yindala, sino que se le caía de las manos, como si hubiera perdido la fuerza. Ella no vio la flecha hasta un rato después. La multitud comenzó a agitarse y vio una figura correr a su través en dirección al cadalso.

Lo siguiente estaba aún confuso en su mente: lo único que recordaba era la mirada de su amiga, sus ojos clavados en los suyos queriendo decirle algo. Y de pronto, como si fuera un rayo de sol que atravesara una nube de tormenta, lo vio claro. Yin estaba haciendo aquello por ella, para que pudiera escapar. Su mirada lo decía todo. El rey estaba de pie en la tarima y todos sus soldados lo rodeaban temiendo un ataque a su persona, así que nadie la miraba a ella. Tenía que aprovechar el instante que el sacrificio de Yindala y Gelion le proporcionaban, así que se dio la vuelta y se echó a correr. Algunos la vieron, pues aquello estaba atestado de gente, pero debieron pensar que su prisa se debía a la angustia de la escena que se estaba produciendo en el patio. Nadie podía sospechar que los pasos que su princesa daba, con la falda recogida con su mano derecha para no tropezar, la llevarían lejos de Quindarst.

De momento la habían conducido hasta el bosque. Llegó al claro cruzado por el arroyo donde se viera con el infame Vâhlere por última vez y se permitió el lujo de detenerse unos instantes a pensar y coger aire. Necesitaba serenarse y analizar sus alternativas.

No podía seguir en dirección este ni norte, pues no podía arriesgarse a que alguien la reconociera en Clemthan. Su vida como princesa le había obligado a permanecer protegida entre los brazos de sus padres, por lo que no había tenido muchas oportunidades de salir y conocer el reino. Por tanto, apenas tenía conocimientos

reales de las poblaciones que rodeaban a la capital, salvo por lo que había estudiado en los mapas. Tendría que evitar todos los pueblos y aldeas grandes que formaban parte del reino, o sea que tendría que entrar en Clemthan, al fin y al cabo. Quizás en los pueblos más pequeños no la reconocieran. La alternativa sería atravesar el bosque en dirección sur, algo para lo que no se sentía preparada.

Sin dinero, ropa ni comida, se abría ante ella un camino duro y lo sabía, pero por primera vez sintió el aire de la libertad en los pulmones, se vio capaz de cualquier cosa con esas nuevas alas. Fue como si le quitaran un gran peso de encima, aunque sabía que su madre se llevaría un disgusto de muerte. Pero ahora tenía que pensar en sí misma, ser fuerte y afrontar su decisión con valentía.

Se recogió de nuevo la falda y comenzó a andar en dirección sureste con gesto decidido y el rostro bañado de lágrimas.



Kleria cabalgaba junto al hechicero, atenta a cada uno de sus movimientos por temor a que se desvaneciera y su cuerpo acabara tirado en el fango del camino. Eso no ocurrió, ni siquiera por el tortuoso sendero que unía el Paso de Arthün con la llanura del reino de Terth, pero cuando llegaron a la planicie Árgoht parecía a punto de derrumbarse, visiblemente agotado. Si no descansaba, pronto dejaría de poder valerse por sí mismo. En ocasiones se descubría tratando de imaginar el dolor que debía sentir, y automáticamente se reprendía por aquella piedad pueril. El hombre aguantaría lo que pudiera y si no tenía la fuerza suficiente, caería por sí mismo. Árgoht no habría permitido que le tuviera piedad, así que se la guardó y se abstuvo siquiera de pensar en ello.

Recorrieron el camino en silencio poniendo mucho cuidado de controlar dónde pisaban los caballos, pues las zonas umbrías estaban heladas y podían resbalar. Aunque el camino era ancho y la pendiente escasa, no dejaba de ser un pedregoso sendero de montaña que en invierno debía de volverse muy complicado. No podía dejar de pensar en la caravana con la que se había cruzado el día anterior. ¿Estaría el sur tan mal como había contado el bardo Janias? ¿Tanto como para que los comerciantes detuvieran sus carretas o las llenaran de cadáveres en vez de mercancía? En ese momento, Ondriva llamó su atención señalando con el dedo. El sol estaba a punto de ponerse tras las estribaciones más occidentales de las montañas, pero había aún luz suficiente como para apreciar una agrupación de casetas blancas que formaban un campamento a unos kilómetros de distancia, como si el pensamiento de Kleria hubiera llamado a los comerciantes.

—Acércate, hermana, con precaución. No contactes con ellos de momento. Solo quiero saber quiénes son y qué hacen.

Ondriva se adelantó entonces y en unos minutos se había internado en la llanura,

una sombra más entre las sombras de la tarde.

Kleria se olvidó de momento de ella y siguió su descenso junto a Árgoht, que no dijo una palabra mientras observaba también el campamento. Un buen rato después, con el sol ya oculto aunque con algo de la tenue luz de la tarde aún tiñendo el cielo de impresionantes tonos anaranjados, llegaron a la llanura. El sendero mejoraba ostensiblemente una vez que el terreno se hubo allanado, y la capa de hierba colaboraba a que los animales tuvieran mejor agarre.

—Apenas conozco estos territorios —le dijo a Árgoht—. Creo que sería prudente acampar. No quiero avanzar de noche por un terreno que me es ajeno.

—Os entendí que habíais cruzado por aquí meses atrás.

—Así fue, pero no nos detuvimos mucho. Estábamos de paso y no quisimos entretenernos, ya que los Grandes Reyes y las zágheras no somos muy amigos, como ya te comenté. Preferimos evitar sus preguntas, pues nos reconocerían al instante si nos vieran.

Se apartaron del sendero hasta una agrupación de rocas que los abrigaba un poco del viento helado que bajaba de la montaña y Kleria encendió una pequeña fogata que a duras penas calentaba con sus frágiles llamas brotando de la madera humedecida que había recogido por los alrededores.

En ese momento llegó Ondriva con una liebre de las montañas entre las manos, para alegría tanto de Kleria como de Árgoht.

—Me crucé con ella en el camino y no me pude resistir —dijo con una sonrisa orgullosa.

Prepararon el animal mientras les contaba qué había averiguado en su incursión.

—No son mercaderes —les informó—. En las carretas no llevan mercancías. Están cargadas con barriles y cajas, pero sobre todo llevan personas. Cientos de ellas. Llevan mucha prisa y tienen muy mal aspecto.

—Son refugiados —dijo Árgoht en voz baja.

—¿Refugiados de qué? Los Reinos no están en guerra. No tienen de qué huir.

—Huyen de la tierra. Janias tenía razón. Aquí ocurre algo terrible.

A Kleria se le erizó el vello de la nuca con las palabras del hechicero. Era evidente que él sentía cosas diferentes a aquellas que captaban sus propios sentidos.

—¿Y qué es lo que está ocurriendo? —preguntó Ondriva.

—Aún no lo sé —Árgoht cogió un puñado de tierra negra mezclada con hielo— pero esta tierra se está pudriendo. Necesito descansar.

En efecto, parecía que necesitaba dormir un buen rato. Para sorpresa de las dos mujeres, el meledino no se apartó para realizar su extraño ritual, sino que se quedó allí mismo, frente a ellas. En unos instantes había desaparecido. Solo su cuerpo se encontraba con ellas, pues su espíritu había escapado muy lejos.

Kleria y Ondriva se arrimaron a la exigua calidez de la fogata envolviéndose todo lo posible en sus capas. La comida les había calentado el estómago, pero si no se abrigaban bien podrían sufrir el Mal Helado durante la noche y morir mientras

dormían. Ondriva echó más leña al fuego, pero estaba muy mojada y ardía mal. Kleria preparó su lecho y se tendió sin quitarle ojo a Árgoht. Estaba completamente quieto y tenía los ojos cerrados. Tenía el ceño fruncido, como si algo le preocupara, lo que le llamó mucho la atención. De pronto, su respiración comenzó a acelerarse hasta casi jadear. Kleria se incorporó y se acercó a él, preocupada.

—¿Árgoht?

En ese momento, el hechicero cayó de espaldas, desmayado.



En esa ocasión, Árgoht ni siquiera se retiró a un lugar apartado para realizar el *Terharhak*. Sentía en su interior que lo *necesitaba* y empezaba a convertirse en una pulsión en su interior cada vez más apremiante. Como la vez anterior, se vio de pronto *absorbido* y, tras unos segundos, se encontraba de nuevo en el desierto, con la cálida arena rozando sus pies. El cielo tenía el color mortecino propio del atardecer. Un océano de arena, con dunas formando las olas, se extendía hasta el horizonte, donde se fundían los colores de la tierra y el cielo. Aunque no pretendía llegar a lugar alguno, comenzó a caminar hacia el oeste, hacia el sol que pronto desaparecería para dar paso a la noche.

Pero apenas hubo dado un par de pasos, la arena se volvió fría de pronto y perdió el color dorado para convertirse en una ceniza gris y sucia. El cielo se ensombreció y el horizonte se llenó de nubes oscuras, como las que viera en la playa en la que se le apareció la niña.

De pronto recordó las palabras que ella había pronunciado antes de que la enguliese aquel mar embravecido: *El Equilibrio se ha roto. La Piedra debe ser protegida*. Sentía en cada poro de su piel que algo marchaba muy mal. Y entonces supo qué era: no recibía apenas energía de la Madre. Se dejó caer de rodillas y apoyó las manos contra la ceniza. Un cosquilleo recorrió sus palmas, subió hasta sus muñecas y desapareció por completo. Entonces la pierna le dio un latigazo que le hizo agarrársela y lanzar un grito a las nubes que lo cubrían. A su alrededor no había nada, solo muerte y oscuridad. La Madre no estaba.

Así, agarrándose la pierna y tirado de espaldas sobre la capa de cenizas, incapaz de vencer por más tiempo el influjo perverso del veneno que fluía por sus venas, Árgoht perdió el sentido.



Kleria no tardó mucho en darse cuenta de que nada que ella pudiera hacer sacaría al hechicero del estado en el que se encontraba. Había probado a zarandearlo, golpearle y gritarle, pero no reaccionaba. Algo le había ocurrido que estaba más allá de su comprensión. Su corazón seguía latiendo y respiraba, pero por lo demás, Árgoht no estaba allí.

De pronto se le ocurrió una idea que pasó en un segundo a convertirse en una preocupación. Sin pensárselo ni un instante, la zághera procedió a desabrocharle el cinturón y bajarle los pantalones hasta las pantorrillas. La venda que cubría la herida estaba negra y convertida en una enorme costra bajo la que supuraba un pus marronoso y maloliente. Retiró de un tirón el vendaje y dejó a la vista un espectáculo pavoroso: el muslo estaba tan consumido que se insinuaba el hueso entre la piel y los músculos podridos. Toda la zona estaba tan negra que, aún en vida, parecía un cadáver corrupto.

—¡Oh, diosas! —exclamó Ondriva aguantando la respiración—. ¿Cómo ha podido soportarlo todo este tiempo?

Kleria no respondió. Sacó su cantimplora y vertió gran parte de su contenido sobre la herida mientras con un pedazo de tela limpiaba en la medida de lo posible el pus, pero poca cosa pudo hacer, debido al estado de avanzado deterioro en que se encontraba. La mancha negra se extendía casi hasta la cintura. «¿Qué pasará cuando le llegue al corazón?», se preguntaba mientras usaba un trozo de tela de sus propias ropas para vendar de nuevo la herida.

—Debemos irnos. No aguantará mucho.

Ondriva apagó la hoguera y recogió las escasas pertenencias que habían bajado de los caballos durante la fugaz cena. Entre las dos alzaron al meledino, cuyo cuerpo pesaba mucho menos de lo que parecía, lo ataron boca abajo sobre el lomo de *Karzan*

y fijaron bien las correas para que no se cayera durante la carrera. Y es que Kleria pensaba correr. Y mucho.

Un instante después estaban listas para partir.

—¿Cuánto crees que tardaremos? —le preguntó a Ondriva.

—Haciendo las paradas mínimas quizás lleguemos a Virnar en tres días, pues Jerinar-oth nos retrasará.

—Quizás no aguante tanto. Tenemos que hacerlo en dos.

—Mataremos a los caballos. Además, el frío será más intenso.

—Dormiremos lo mínimo imprescindible. Atravesaremos el reino directamente, aunque nos vean. No podemos perderle. No sé qué le ha pasado ni cuánto durará en ese estado pero debemos apresurarnos.

Pusieron en marcha a los caballos y se lanzaron por el camino en dirección al sur, hacia el puerto de Virnar, desde el que pondrían rumbo a Krahedia, el lugar que muchos han buscado y pocos han logrado encontrar.

Cuando por fin llegaron a Virnar, parecía que en vez de un moribundo eran tres. Entraron en el pequeño pueblo pesquero como una exhalación y Ondriva obligó a Kleria a aflojar el paso.

—¡Razona, hermana! No llames la atención.

Habían conseguido salvar la gran distancia que las separaba del Paso de Arthün en dos días y medio, algo excepcional dadas las condiciones climáticas adversas que se habían encontrado. Habían tenido que esquivar un enfrentamiento con guardias de la capital del reino de Terth, Terthanian, que les dieron el alto y que ellas ignoraron por completo. Tuvieron que aflojar bastante el ritmo mientras bordeaban las estribaciones de la pequeña cordillera de Jerinar-oth, unas cimas bajas y erosionadas que separaban la llanura de Terth de la Costa Helada. Una vez dejadas las montañas atrás, el aire gélido procedente del Hielo del Sur no les abandonó en ningún momento, pero ellas siguieron sacándole todo el jugo posible a sus monturas. Solo descansaban cuando veían que no podían más y corrían el riesgo que extenuarlas, incapaces de permitir que sus caballos sufrieran daño alguno en su loca carrera.

Kleria hizo caso a su hermana y aflojó el paso de *Bonder* al tiempo que intentaba tranquilizarse. Se detuvo junto a *Karzan* para comprobar el estado de *Árgoht*. Su situación empeoraba a simple vista. La fiebre le había subido y sudaba copiosamente aún entre el temporal helado que los rodeaba. Temblaba y sus ojos parecían querer desaparecer dentro de las cuencas. Aunque en ocasiones le habían oído gemir, su cuerpo era un peso inerte que nunca recuperaba la conciencia. Kleria casi se sorprendió de que hubiera llegado hasta allí con vida.

Karzan resoplaba y su respiración creaba densas nubes de vapor. Kleria le acarició el cuello con amabilidad.

—Lo siento, viejo, de veras que lo siento. Seguro que tú harías lo mismo por él.

Karzan la miró a los ojos y piafó. Kleria le acarició el morro y sonrió.

—Sabía que lo entenderías.

El pueblo pesquero de Virnar estaba situado en torno a una pequeña cala natural que servía de resguardo frente a las terribles tormentas que se desataban con frecuencia en el Mar de Hielo, la masa de aguas furiosas que separa la Costa Helada de la gigantesca masa de hielo perenne que forma el Guir'oloth, el Hielo del Sur. Lo formaban apenas un puñado de casas y su puerto no era muy transitado, ya que apenas servía para conectarse con otros poblados costeros de los alrededores y para permitir la faena de unas cuantas embarcaciones de pesca de bajura. El pueblo vivía de la captura y venta del *jaramal*, un pez muypreciado en los Grandes Reinos que solo se encuentra en estas aguas bravías y cuya carne se ha usado durante siglos como afrodisíaca sin el menor fundamento que respalde la leyenda de sus cualidades.

Kleria apenas conocía el pueblo, pues había estado allí solo una noche antes de iniciar su aventura por Thera. A pesar de eso, sabía muy bien a dónde acudir y con quien hablar.

El camino que les llevaría hasta la posada *La buena lumbre* estaba enfangado debido a la mezcla de hielo y barro. Había bastante gente por los alrededores, sobre todo pescadores en torno a sus barcos y cargando sus grandes cajas repletas de mercancía que esperaban poder vender más al norte.

—Si las tierras de los Reinos se están enfermando —comentó de pasada Ondriva—, tal vez este pescado adquiera cada vez más valor, porque algo tendrán que comer.

—Esa sensación da, al menos. La otra vez que pasamos por aquí no recuerdo que hubiera tanta actividad. Quizás esta gente sea la única beneficiada de esta extraña situación.

Y es que el aspecto de aquellos marineros, activos y de buen humor, contrastaba con el de muchos de los que se habían encontrado por el camino, a lo largo del reino de Terth, donde se habían tropezado con diversos grupos, y casi todos tenían la preocupación grabada en el rostro. Habían cruzado campos antes exquisitamente cultivados y que ahora estaban secos y pedregosos, como si en vez de hortalizas hubieran germinado piedras. Los labriegos se esmeraban en hincar infructuosamente sus azadones en aquella tierra que les había dado la espalda sin conseguir nada más que ampollas en las manos. Habían pasado por un pueblo en el que el populacho, enfermo de hambre y furia, había asediado el castillo del caballero que lo gobernaba en nombre del rey, hartos de que él siguiera viviendo con todo los lujos mientras ellos pasaban penurias.

—Esto tiene muy mala pinta... —comentó Ondriva mientras pasaban, envueltas en sus capas en un intento de esconder sus ricas armaduras de las miradas de aquella pobre gente y pasar desapercibidas. Además, habían cubierto el cuerpo de Árgoht con un harapo de forma que pareciera un fardo.

—Las cosas han empeorado muy rápido —había comentado a Ondriva en aquel momento.

—Huele a rebelión. Si la tierra no se recupera se regará con sangre. Los nobles intentarán mantener su ritmo de vida aún a riesgo de que su gente muera de inanición. ¡Me dan ganas de unirme a la muchedumbre y sacar a rastras a ese irresponsable de su poltrona!

—Ten calma, hermana. Esta no es nuestra guerra —Kleria le puso una mano en el hombro a su compañera.

—De momento...

Después de eso habían evitado incluso las aldeas más pequeñas salvo para comprar algunos víveres a precios desorbitados, pues temían verse retrasadas por alguna revuelta, y así de paso evitar posibles concentraciones de soldados del reino que pudieran ponerles trabas.

Pero en Virnar no dependían de la tierra, sino del mar, y este no parecía afectado por aquello que estaba matando los Grandes Reinos.

Llegaron ante la puerta de *La buena lumbre*. Era un edificio bajo de dos plantas construido en madera y piedras negras. El cartel colgaba manchado de salitre y agitándose furiosamente al compás del viento procedente del océano. Toda la madera parecía sufrir el ataque de la sal y estaba carcomida en algunos puntos.

—Por favor, quédate un momento aquí y vigila al mago —le pidió Kleria a Ondriva.

El cuerpo de Árgoht seguía cubierto por la manta. Kleria había prestado mucha atención a su comodidad durante el trayecto, temiendo que el ajetreo perjudicara su delicado estado. Aunque no parecía haber empeorado mucho, tampoco se percibía en él mejoría alguna.

Entró en la posada y pronto notó el cambio de temperatura, que pasaba del frío extremo en el exterior a un ambiente cálido y agradable. La zághera recorrió con la mirada toda la estancia buscando a una persona en concreto y no tardó en dar con ella. Era una mujer muy alta que servía mesas con una sonrisa en los labios. Era muy hermosa, con una larga cabellera marrón que casi le llegaba hasta la cintura y que recogía en decenas de trenzas. Como si hubiera notado la mirada de Kleria fija en ella, se giró de pronto y, al verla, su sonrisa desapareció en un instante. Dejó con la palabra en la boca a los comensales a los que acababa de servir y se dirigió con grandes zancadas hacia una puerta abierta a la izquierda de una gran barra de madera. Justo antes de franquearla, le dirigió una mirada que le invitaba a seguirla. Se dirigió también ella hacia ese punto y desapareció tras la barra.

La mujer la esperaba en un rincón de lo que parecía ser un almacén, repleto de sacos de harina y legumbres, en el que se respiraba un aire húmedo y embriagador.

—Hermana Kleria —saludó en Kradhi, su propio idioma, extendiendo su brazo hacia la recién llegada con el rostro serio.

—Hermana Garha —respondió Kleria a su vez extendiendo el suyo y agarrando con fuerza el de su compatriota a la altura del antebrazo.

—¿Cómo va la búsqueda? ¿Has logrado tu objetivo?

—Aún no, pero una circunstancia excepcional me obliga a volver a Krahedia.

—Nuestros barcos están listos y pueden partir desde que lo desees. Pero por tu aspecto creo que deberías descansar y comer algo.

—No tengo tiempo, amiga mía, pues de mi celeridad depende la vida de una persona. Aceptaré tus alimentos si me los ofreces, pero los comeré por el camino.

—Has dicho «persona», y no «hermana». ¿Hay algo que deba saber?

Kleria dio un respingo involuntario, lo que provocó una sonrisa pícara en el rostro de su compañera, pues no esperaba ese alarde de perspicacia. Entonces recordó con quién estaba hablando. Ella era Garha, una mujer excepcional incluso entre las zágheras. Aunque era una *danha*, pues había nacido en el exterior, era una de ellas en todos los demás sentidos y el Consejo Carmesí había decidido que era válida para entrar en su sociedad, pero no lo suficiente como para vivir en Krahedia. Así pues, le habían asignado el control del Puerto Escondido, el único punto seguro para que las zágheras entraran y salieran de su nación en estos tiempos de hermetismo. Pero lo más excepcional de aquella mujer era que había nacido con el rarísimo don del *jogar*, la capacidad de presentir, casi anticipar, los acontecimientos por venir. Era una facultad muy apropiada para alguien que debe ser puerta de enlace entre dos mundos y uno de ellos quiere permanecer oculto. Ghara había evitado en más de una ocasión que algún despistado descubriera la cueva que ocultaba el pequeño puerto desde el que entraban y salían los ágiles veleros que las zágheras manejaban por aquellas aguas bravías como si lo hicieran sobre un estanque sereno. A aquella mujer era difícil ocultarle nada.

—No estoy segura de que quieras saberlo.

—Prueba a ver.

Kleria llevó entonces a Ghara hasta el exterior de la posada. Por el camino, esta ordenó a dos jóvenes que atendieran a la clientela mientras ella estuviera fuera.

—¿Podemos ir a algún lugar discreto? —preguntó Kleria mientras Ghara y Ondriva se saludaban.

La posadera les guio hasta un lateral del edificio en el que se había construido un pequeño establo apto para seis caballos. En ese momento estaban ocupados dos de los espacios disponibles y Ghara llevó a sus hermanas a aquellos más alejados de la calle para evitar miradas curiosas. Entonces Kleria levantó la manta que cubría el cuerpo inconsciente de Árgoht.

—¡Por la diosa! ¿Está muerto?

—No.

—Pues casi lo parece. ¿Qué pretendéis hacer con él? No pensarás...

—Sí —Kleria se mostró seria. No es que tuviera que convencer a Ghara, pues aunque podía ponerle trabas si lo consideraba necesario, no tenía autoridad suficiente como para impedirle el viaje.

—Sabes que no permitirán que entre en Krahedia.

—Necesito hacerlo.

—¿Por qué es tan importante? Este hombre está moribundo, quizás ni siquiera sobreviva al viaje en barco.

Kleria había estado tan concentrada en llevar al hechicero hasta Virnar que no se había planteado que aún quedaba una etapa del viaje, quizás la más dura.

—Es un hechicero muy poderoso. Es importante para mi misión y estoy convencida de que sin él no lo lograré. Hemos llegado a un acuerdo: yo le salvo la vida y él me ayuda en mi búsqueda.

Esto no era cierto, pero en el fondo, pensó Kleria, sí que se había establecido un pacto tácito en términos muy parecidos.

—Yo no tengo los prejuicios que te vas a encontrar allá —levantó el dedo gordo y señaló algún lugar a su espalda—, y aún así me sorprende lo que pretendes. Sabes que no te lo permitirán.

—Tengo que intentarlo. Y debo hacerlo deprisa, pues puede morir en cualquier momento.

—¿Y tú qué opinas de todo esto, Ondriva?

La aludida miró el cuerpo derrotado del hechicero, cuya larga melena negra caída descuidada sobre el lomo de *Karzan*, como si no fuera más que un trozo de trapo tirado de cualquier manera.

—Le debo mi vida. Correré el riesgo. No sé si finalmente será necesario para nuestra búsqueda, pero debemos saldar la deuda que tenemos contraída con él.

Ghara miró a sus hermanas largamente, después se acercó a *Árgoht* y le retiró el cabello del rostro demacrado y anguloso. Lo hizo despacio, con exquisito cuidado, como si quisiera leer en él con la yema de los dedos. La piel parecía estirarse sobre huesos, sin carne debajo.

—Es un hombre extraordinario, lo siento en la piel, pero también veo mucho peligro en él. Su mera compañía es un riesgo para quienes comparten su destino. Compartid su sendero lo estrictamente necesario, pues viaja con él una sombra que amenaza con devorar cuanto se interponga en su camino.

Mientras decía estas palabras acariciaba la piel caliente por la fiebre del hechicero, como si fuera una manta cálida y hablaba casi más para sí misma que para sus hermanas allí presentes. Era desconcertante.

De pronto, Ghara separó sus manos del cuerpo del meledino y se dirigió a ellas, como si acabara de recordar que estaban allí.

—Vamos.

Y sin una palabra más se dirigió al fondo del establo, donde habían apilados varios haces de heno como alimento para los caballos. Retiró unos cuantos y dejó al descubierto una gran puerta de madera que abrió con esfuerzo. Al otro lado apareció un montacargas sostenido por un complejo juego de cuerdas y poleas. Ghara tomó las riendas de *Karzan* y lo introdujo en la jaula mientras Ondriva hacía lo mismo con *Fesdar*.

—Baja con ellos. Solo tienes que hacer girar esta manivela —Ghara le señalaba

una gran palanca metálica que sobresalía en el lateral derecho del montacargas.

Ondriva obedeció sin dudar, a pesar de no saber a dónde le conduciría el descenso, ya que ningún haz de luz penetraba en las sombras.

Un rato después las cuerdas que sostenían el montacargas dejaron de moverse y supieron que el primer viaje había llegado al fondo. Haciendo uso de otra manivela, esta situada a la izquierda, en un hueco preparado para ello, apareció de nuevo la jaula. Entraron las dos mujeres y *Bonder*, el caballo de Kleria.

—No puedes llevarlos a los cuatro, así que debes dejar aquí el caballo de sobra. Yo cuidaré de él.

Kleria asintió sin poner en duda la palabra de su hermana. Ghara cerró la puerta tras ellas tirando de una sogá dispuesta para poder hacerlo desde el interior. Poco después llegaron al fondo del hueco rodeado de paredes de piedra, donde ya Ondriva les esperaba con una antorcha encendida.

—La he encontrado junto a la jaula. Eres una mujer previsora, Ghara.

—Gracias, hermana.

El montacargas las había dejado en la boca de un ancho túnel excavado en la roca solo iluminado por la luz de la tea. Era tan alto que los caballos pasaban sin problemas por él.

—Está diseñado para trasladar mercancías y animales hasta el embarcadero —les había explicado Ghara la vez anterior, muchos meses atrás, cuando llegaron al continente con las miradas asombradas por cuanto veían a su alrededor. Ninguna de las tres que emprendió ese viaje había estado allí con anterioridad a aquel lejano día—. La gruta es natural, nosotras nos hemos limitado a acondicionarla. Ahora mismo es la única ruta segura para entrar y salir de Krahedia. Hay más calas a lo largo de la Costa Helada, pero ninguna lo suficientemente preparada como para un desembarco. Es muy importante que os olvidéis del nombre de este pueblo y que no se lo mencionéis a nadie. Solo conseguiremos mantener Krahedia en secreto si nadie sabe de donde parten los barcos que nos llevan a ella. Es más, si no mencionáis nuestra tierra en absoluto, mejor que mejor.

Aquello había quedado muy grabado en sus mentes y no pronunciaron su nombre ni para indicárselo a *Árgoht*. Eran conscientes de la importancia de su silencio, por mucho que Kleria era más partidaria de dar a conocer su pueblo al resto de Thera. Pero eso no era decisión suya y no tenía derecho a poner en tela de juicio esa decisión en aquel momento. Además, estaba el hecho de que podía costarle la vida si el Consejo Carmesí la descubría dando información inapropiada a personas inadecuadas.

Recorrieron un largo trecho por el pasillo rocoso. El sonido de los cascos reverberaba entre las paredes, creando la sensación de que eran cientos de personas en vez de solo tres.

—Erais tres cuando llegasteis —observó Ghara—. Siento mucho su pérdida.

De nuevo la *danha* dio muestras de su extraordinaria intuición. Ninguna dijo una

palabra más al respecto.

El embarcadero era una enorme gruta protegida del mar embravecido. La luz del sol entraba en ella desde el exterior, creando hermosos juegos de luz que se reflejaban en el alto techo de roca negra. En ella se había construido un largo amarradero en el que descansaban tres naves pequeñas de aspecto veloz con las velas recogidas. Aún había espacio para dos más, si tenían en cuenta los puntos de amarre establecidos mediante recias estacas de madera clavadas en la piedra. Los botes eran amplios y de casco chato por detrás y muy agudo por delante, de forma que podía llevar grandes cargas y al mismo tiempo vencer las olas que continuamente batían el Mar de Hielo. No estaban en perfecto estado, pues el uso que se les daba era escaso, pero su aspecto resultaba más que aceptable.

—Esperadme aquí —pidió Ghara—. En el bote encontraréis mantas. Descansad un rato que yo iré a por víveres. No embarquéis aún a los caballos, pues se ponen nerviosos con el desequilibrio. Cuanto menos estén a bordo, mejor.

Kleria y Ondriva subieron al bote que estaba más cerca de la entrada. Encontraron varios arcones repletos de material de navegación y supervivencia, como mantas y abrigos. Con ellas hicieron un catre improvisado en el fondo de la zona de carga y tendieron allí a Árgoht. El hechicero respiraba cada vez con más dificultad y temblaba. Kleria lo cubrió con una manta. Si para ella el viaje había sido agotador, para él, tendido sobre el lomo de *Karzan* debió ser una agonía. El largo pelo negro estaba desordenado y muy sucio. Fuera lo que fuera aquello contra lo que Árgoht estaba luchando en su interior, estaba consumiendo sus fuerzas con rapidez.

Poco tiempo después volvió Ghara con un saco a sus espaldas.

—No es mucho, pero os dará incluso si el viaje se os complica. Con este tiempo tardaréis al menos cuatro horas en llegar, así que tened paciencia. No necesito explicaros cómo funciona todo.

En efecto, las dos amigas tenían mucha experiencia en navegación, pues desde muy pequeñas formaba parte de su adiestramiento. Se pusieron manos a la obra y un rato después estaban listas para partir, incluso con los animales a bordo. *Karzan*, que nunca había estado sobre un bote, fue el que más problemas dio, pero una vez dentro se relajó y se comportó como el caballo noble que era.

—Gracias por todo, hermana —se despidió Kleria de Ghara—. Si todo va bien volveremos a vernos pronto.

—Te deseo una buena marea y que todo te salga como planeas. Pero te recuerdo que no debes hacerte falsas ilusiones respecto del recibimiento que vas a recibir. Ese hombre te va a traer muchos problemas.

Las dos mujeres miraron el cuerpo derrotado de Árgoht. Lo habían acomodado como mejor habían podido.

—Será lo que tenga que ser.

Y dicho esto Kleria subió a bordo del pequeño bote llamado *Ola Negra* donde ya la esperaba Ondriva con el timón en la mano. Ghara desamarró el cabo que lo

mantenía atado al embarcadero y lo empujó para alejarlo unos metros. Sin más despedidas, se dio la vuelta y se internó de nuevo en el túnel, perdiéndose entre sus sombras.

La quilla del *Ola Negra*, que mostraba el torso desnudo de una guerrera, ricamente tallado y terminado, cortaba el agua con suavidad mientras ambas mujeres remaban, una a cada lado de la embarcación, pues no cogerían viento hasta que salieran de la cueva. La salida estaba detrás de un pequeño recodo que impedía que el amarradero pudiera ser visto desde el exterior.

Desde el mismo momento en que salieron del abrigo de la gruta, el viento implacable llenó las velas del bote y las olas comenzaron a azotar el casco, al tiempo que una lluvia fría empapaba sus cuerpos. Durante unos instantes de tensión, les dio la sensación de que el viento y las olas serían más fuertes que su destreza para controlar la embarcación, pero pronto consiguieron estabilizar el rumbo y las velas se tensaron, llenándose con las corrientes frías que las llevarían hasta Krahedia.



Árgoht no sabía dónde se encontraba. Llevaba lo que parecía una eternidad vagando sin rumbo por aquel desierto de cenizas frías. Sus pies se hundían en ella, dejando profundas huellas que desaparecían a los pocos minutos barridas por el viento, por lo que no podía saber por dónde había pasado ya. Quizás aunque hubiese podido descubrirlo, no habría podido hacerlo. Sentía la cabeza cargada de piedras.

Recordaba haber recuperado el sentido con una presión entre las cejas que le impedía pensar con claridad. Cuando consiguió reunir fuerzas para levantarse, le costó recordar su nombre y no terminaba de entender qué estaba haciendo en aquel lugar. De pronto le había entrado una prisa extraña y se había echado a caminar sin rumbo, sin saber donde estaba ni a donde iba. El movimiento le aliviaba la presión en las sienes, pero no conseguía que se fuera del todo. Sabía que algo iba mal, que no debería estar allí, que aquellas nubes que cubrían el cielo no estaban en su sitio, pero no conseguía hilar un pensamiento con otro. Solo su instinto le decía que tenía encontrar la forma de salir de aquella tierra inhóspita.

Estaba agotado, pero no podía dejar de caminar. Subía y bajaba dunas grises y rocas que le hacían daño en los pies descalzos. De pronto, sintió una punzada en la nuca, como si un insecto le hubiera picado allí. Se tocó con la mano y masajéó la zona distraídamente. La irritación pasó.

Y siguió caminando por aquel páramo. Solo una sombra entre las sombras. Estaba cansado y necesitaba dormir, pero algo le decía que no debía hacerlo, así que resistía el impulso de tenderse allí mismo. Aún con el cerebro embotado y los sentidos saturados, intuía que detenerse era igual que morir. Debía permanecer en movimiento.

El Equilibrio se ha roto. La Piedra debe ser protegida.

Aquellas palabras seguían girando en su cerebro como una mosca alrededor de la

fruta podrida. Las repetía una y otra vez como una letanía, aunque no sabía qué significaban ni dónde las había escuchado por primera vez. Recordaba a una niña, y un escalofrío le recorría la columna vertebral. Veía a esa misma niña muerta a sus pies, su cuerpo consumido entre las cenizas sobre las que caminaba ahora. Temía encontrar ese cuerpo a cada paso que daba.

La Piedra debe ser protegida.

Había cientos de piedras en aquella aridez, y ninguna parecía necesitar protección. Aquel pensamiento hizo reír a Árgoht. Era una risa sin humor que resonó en sus oídos como una vibración extraña.

Pero a pesar del entumecimiento de sus sentidos, una pulsión en su interior le decía que aquel no era su sitio, que caminaba por la senda equivocada. Quería concentrarse en ese pensamiento, pero no conseguía acceder a él. Su mente se distraía y se descentraba. Las cenizas se le introducían en los ojos y se le enredaban en el pelo.

—¿Quién eres? —preguntó de pronto una voz a su espalda, rompiendo el sobrenatural silencio que lo envolvía.

Era una voz grave y profunda que hizo que Árgoht se girara sobre sí mismo como un resorte. Ante él, a unos seis metros de distancia, se encontró con un hombre anciano, aunque de aspecto vital y altivo. Lucía una larga barba blanca y se cubría el cuerpo con una túnica de color gris muy oscuro, casi negro. La luz impactaba sobre él de una forma extraña, como si lo hiciera a desgana.

Árgoht se sintió desconcertado. Sabía en lo más profundo de sí mismo que no debía haber nadie allí, que aquella presencia era inadecuada.

—¿Has perdido el habla además de la memoria? —preguntó el anciano con tono burlón.

—No —prefirió no preguntar cómo sabía que no recordaba nada.

—Mi nombre es Oxios Berimutt —el anciano hizo una leve reverencia a modo de saludo. En su mirada brillaba una luz lejana y espesa que inquietaba a Árgoht. Sentía que estaba escrutando en él, rebuscando en lo más profundo de su ser—. Estás perdido, por lo que veo...

«¿Perdido?», se preguntó Árgoht. Aquella palabra era muy significativa para él, pero no terminaba de encontrarle el sentido.

Oxios debió de interpretar la expresión de su rostro.

—Ni siquiera sabes eso, ¿eh? No te preocupes, intentaremos ayudarte.

—¿Quiénes?

El anciano sonrió condescendiente y se dio la vuelta al tiempo que comenzaba a andar, confiando en que el meledino le seguiría. Este dudó unos instantes, pero miró alrededor y vio lo que allí había: solo más cenizas, más vacío sin sentido. Solo la muerte le esperaba al final del camino.

Así pues, se puso en marcha en pos del viejo, con la esperanza de que aquello comenzara a significar algo para él y se situó unos metros por detrás del hombre, que

caminaba por aquellas dunas de ceniza como si fuera una mullida alfombra de dormitorio. Árgoht dedujo que debía llevar mucho tiempo viviendo en aquellas tierras inhóspitas y extrañas.

Tras un buen trecho caminando, llegaron a un afloramiento rocoso de gran altura. En su base se amontonaban las cenizas y apenas llegaba la débil luz del sol a su base, donde se podía distinguir, aún desde la distancia, la boca de una cueva en sombras. Hacia allí dirigió Oxios sus seguros pasos y penetró en la oscuridad de más allá sin dudar un instante, al contrario que Árgoht, que se detuvo, dubitativo.

—Adelante, amigo —la voz del anciano le llegó con ecos desde el interior de la gruta—, no temas nada. Nosotros podemos ayudarte.

Sin tenerlas todas consigo, Árgoht entró en las sombras con paso inseguro.

A pesar de que la luz exterior no había sido muy intensa, le costó un poco adaptarse a la escasísima claridad que reinaba en las entrañas de la roca. Solo una antorcha anclada a la pared le permitía saber que se encontraba en un angosto pasillo de piedra muy húmedo y de techo bajo. Aún resonaba el eco de la voz de su guía.

Anduvo con cuidado una docena de metros, hasta que el pasillo desembocó en una cueva cuyos techos se perdían en las alturas, aunque las rocas que él viera desde el exterior no parecían tan grandes como para albergar aquella inmensa sala. Varios pilares de piedra acompañaban a las paredes en su viaje hacia el techo y se perdían asimismo entre las sombras. Esta caverna sí estaba bien iluminada con antorchas y una gran hoguera en el centro. Árgoht se preguntó de dónde habría sacado Oxios la leña para alimentarla, pues no había visto ningún árbol en todo el tiempo que llevaba allí. Entonces se dio cuenta de que las llamas ascendían directamente desde la roca desnuda.

El anciano se había detenido ante el fuego, su sombra bailando contra las paredes, y se giró hacia él.

—Bienvenido. Quizás nosotros podamos darte respuestas.

«Otra vez *nosotros*». Entonces fue cuando se percató de que en efecto había más personas allí. Detrás de la hoguera, inconscientemente ocultos entre las sombras, un grupo de personas, una docena o una veintena quizás, miraba al recién llegado con aquellos ojos extraños.

—¿Quiénes sois? —preguntó Árgoht internándose en la cueva.

—Eso no es lo realmente importante, ¿verdad?

Árgoht se dio cuenta enseguida de que Oxios tenía razón.

—¿Quién soy yo?

—Esa pregunta es más inteligente. Sois Árgoht Grandël.

De pronto el hechicero supo que aquello era cierto. Aquel era su nombre, y con esa certeza llegaron muchas otras.

—Y te has perdido —concluyó el anciano.

Árgoht había llegado a aquella conclusión un segundo antes de que Oxios lo dijera en voz alta. Con su nombre llegó también su lugar en el mundo, qué era y qué

hacía. También supo que aquel no era su sitio.

—¿Dónde estoy? —preguntó, aunque, al igual que antes, supo la respuesta antes que se la dijeran.

—Es difícil de decir. Es tu *gehvaal*, pero estamos todos aquí. Al final todos acabamos en el mismo sitio. Tu *gehvaal*, el mío, el suyo —señaló a otro hombre, más anciano aún que él que los observaba con ojos acuosos—, al final todo es lo mismo.

—¿Vosotros estáis perdidos también?

Oxios respondió a su pregunta con una ligera inclinación de cabeza acompañada de una tenue sonrisa. Árgoht recorrió la cueva con la mirada y observó que todos los demás asentían de la misma forma.

—Ahora haz la pregunta que en verdad agita tu corazón —le pidió Oxios.

Árgoht no tuvo que rebuscar mucho en sus entrañas para encontrar aquello que más le inquietaba en ese momento.

—¿Cómo puedo regresar?

La sonrisa del anciano se ensanchó.

—Has perdido tu camino. No se puede regresar.

—No se puede regresar —repitieron todos los demás perdidos a coro, mientras sus voces eran amplificadas por las paredes de la cueva.

—No se puede regresar, no se puede regresar...



Loena se despertó sobresaltada una vez más. Con el rostro empapado en sudor, a duras penas consiguió sofocar el grito que le subía por la garganta procedente del corazón. Las sombras la cubrían y tardó unos instantes en reconocer las lonas que la rodeaban, grises debido a la oscuridad de la noche pero blancas a la luz del sol. Se pasó las manos por el cabello y se sorprendió de nuevo, a pesar de que hacía varios días que se lo había cortado, de no encontrar su larga y hermosa cabellera. Ahora su pelo estaba sucio y apenas le llegaba hasta las orejas.

—Lhaida, ¿te encuentras bien?

Loena tuvo que hacer un esfuerzo para controlarse y no espetarle a la mujer que le preguntaba que aquel no era su nombre, que ella era Loena Taren, princesa de Lahmna.

—Sí —respondió en cambio—, solo ha sido una pesadilla.

—Te ocurre a menudo, ¿verdad?

La mujer era Odema, una agradable señora que desde el principio la había tratado con cariño y cortesía. Ella había convencido a Ferses, el líder de aquella comitiva de comerciantes, de que la dejara unirse a ella para no caer en alguna red de venta de esclavos. Le había costado una buena discusión, pero al final el hombretón, rudo pero de buen corazón, había aceptado.

Llevaba con ellos tres días. La habían recogido en Deis, un pequeño pueblo justo en el linde del Tir-Ergonian en el que había pasado los dos días más terroríficos de su vida, incapaz de encontrar comida, pues nada sabía de caza o pesca, y alimentándose con los escasos frutos que había reconocido como comestibles entre la maleza. Cada animal o insecto con el que se tropezaba la asustaba más que el anterior y a ratos la invadían fuertes temblores fruto del nerviosismo. La primera noche no durmió ni un minuto, aterrorizada con cada ruido que la asaltaba de entre las sombras. Había

estado vagando sin rumbo, tratando de alejarse lo más posible de Quindarst aún sabiendo que si llegaba a perderse en el bosque se encontraría en serios aprietos. Solo esperaba estar avanzando hacia el este, como deseaba.

Se había tendido como había podido entre unas rocas, pero se desveló pensando en la multitud de criaturas que podrían atacarla escondidas en la oscuridad. Por la mañana, decidió que en la espesura del bosque solo conseguiría perderse y morir, que nunca lograría atravesarlo para llegar a Clemthan sin ayuda, sin la guía de alguien que conociese el camino y la dirección correcta. Así que, haciendo un inmenso esfuerzo, intentó recordar las aburridas explicaciones que recibió de niña sobre orientación en función de las estrellas. Aunque le costó y no quedó muy convencida, creyó reconocer el norte, por lo que pudo dirigir sus pasos en dirección oeste con la esperanza de salir del bosque lo antes posible. Se arriesgaba a topar con una patrulla, pero era mejor volver que morir.

Tardó otro día entero, y cuando consiguió por fin salir del bosque estaba sucia, aterida de frío, demacrada y hambrienta. Nada más abandonar las frondas, se topó con una pareja de pastores que cuidaban de sus animales. Sintió miedo por un momento y tuvo el impulso de volver corriendo al bosque, pero le aterraba volver a enfrentarse al Tir-Ergonian. La mujer se acercó a ella corriendo nada más darse cuenta de su lamentable estado. Antes aún que ella, llegó uno de sus perros pastores, que se mantuvieron a una distancia prudencial ladrando amenazadores.

—¡Tak, cállate! —el perro se calló al instante—. Chiquilla, ¿estás bien?

Días más tarde, rememorando aquellas horas, Loena concluyó que la estancia en el bosque había deteriorado lo suficiente su aspecto como para que aquellas buenas personas no la reconocieran.

Loena no pudo responder y cayó desfallecida entre los brazos de la pastora, una mujer ya madura, fuerte y recia como cualquiera de sus reses. La ayudó a sentarse en el suelo y la obligó a beber agua fresca de un odre que colgaba de sus hombros. El agua le sentó de maravilla, lejos del sabor metálico de los arroyos embarrados de los que había tenido que beber. Enseguida sintió que recuperaba parte de sus fuerzas, y la mejoría fue notable cuando hubo comido dos pedazos de queso y tocino que la mujer le obligó a masticar despacio. El pastor se mantuvo a cierta distancia, pero con la preocupación marcada en el rostro sin dejar de quitarle ojo a su ganado.

—Gracias —dijo Loena, que no había sido capaz de pronunciar ni una palabra hasta ese momento.

—¿Estás mejor?

—Sí, mucho mejor. Gracias.

—¿Qué te ha pasado?

—Me perdí en el bosque. ¿Dónde estoy?

Loena no sabía si aquello resultaría creíble, pero no se le ocurrió nada mejor.

—En Deis. No eres de por aquí, ¿verdad? Me acordaría de tu cara. Y por tu aspecto debes venir del norte. ¿Quindarst, quizás?

¿Deis? ¿Cómo era posible? Ella creía haber estado caminando, primero hacia el este, y después sobre sus pasos, hacia el oeste, pero estaba equivocada. Había salido muy al suroeste...

Loena se vio entre la espada y la pared. Mentir descaradamente tendría como consecuencia la suspicacia de la mujer pues, a pesar de la suciedad, su vestido era claramente la ropa de una persona noble.

—Estaba en el bosque con unas amigas —mintió por fin—, cuando se me hizo la noche y me perdí. He pasado mucho miedo.

Loena no quiso añadir nada más y la pastora se limitó a fruncir el ceño.

—Esta noche te quedas con nosotros para que recuperes fuerzas, mañana veremos la forma de hacerte llegar a casa.

La tarde se acercaba con rapidez a la noche, y Loena sabía que necesitaba descansar. Quizás estuviera aún demasiado cerca de Quindarst si una patrulla le seguía los pasos, pero necesitarían tiempo para registrar Deis y los demás poblados de los alrededores.

—Gracias —aceptó Loena para satisfacción de la mujer.

El pastor resultó llamarse Cãrmoz, y era un hombre taciturno pero amable, de formas bruscas pero buen corazón. Tenías unos ojos azules que no se enturbiaban a pesar de su edad y su permanente ceño fruncido. Apenas pronunció palabra mientras se dirigían hacia la granja que era su hogar, en los exteriores del pueblo.

—Yo me llamo Lenas —le dijo la mujer mientras la conducía agarrada por el brazo—. ¿Me quieres decir tu nombre?

Loena no estaba dispuesta a tentar a su suerte dándole su verdadero nombre, así que tuvo que inventar uno sobre la marcha.

—Lhaida es mi nombre. Le agradezco mucho su hospitalidad.

—Quizás cuando hayas descansado un poco y comido algo más tengas ganas de contarme tu historia...

Loena prefirió no responder y se limitó a sonreír, pues no quería ofender a aquella buena mujer que solo pretendía ayudarla.

Tardaron un buen rato en cruzar las tierras de pastoreo y llegar a una humilde granja. Construida en madera, estaba muy deteriorada por el paso del tiempo y necesitaba serias reparaciones. A pesar de ello, en el interior se estaba caliente y era muy acogedora, acorde con sus propietarios. Ya casi se les había echado encima la noche cuando llegaron. Le ofrecieron un dormitorio sencillo pero con un mullido catre de paja y Loena se quedó dormida desde que dejó caer en él su cuerpo agotado.

A la mañana siguiente se sentía una persona nueva, aunque aún le faltaba un buen baño, pues apestaba desde la distancia. Lenas la esperaba con un desayuno a base de queso, pan y jugosas frutas que la princesa devoró con avidez.

—Tranquila, querida, no te ahogues.

Cuando hubo terminado de comer, la mujer se sentó con ella en la mesa.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Aún no lo sé. Supongo que debería volver a casa...

Loena respondió eso sabiendo que era lo que Lenas esperaba escuchar.

—Antes tienes que descansar un poco y recuperarte, y he pensado que tal vez te apetezca echarme una mano hoy.

La joven no pudo negarse, así que para «descansar», se pasó el día trabajando en la granja. Era su forma de agradecer la hospitalidad que le habían demostrado. Consiguió a duras penas evitar responder a sus preguntas, hasta que la mujer dejó de cuestionarle. Esa noche también cayó rendida en el catre, pero convencida de que al día siguiente debía seguir alejándose de Quindarst y así se lo hizo saber a sus anfitriones por la mañana. Incluso Cärmoz, con su parquedad de palabras habitual, le pidió que se quedara unos días, pues sus dos brazos les estaban resultando muy útiles para el trabajo en la granja, pero ella no se dejó convencer. Le sugirieron alquilar un carromato y acompañarla de regreso a Quindarst, pero ella se negó rotundamente. Necesitaba ponerse de nuevo en camino, ahora que estaba recuperada. Su convencimiento de que aquello era lo correcto no hacía sino afianzarse.

—Solo necesito una cosa más —le pidió a Lenas.

Cuando salió de la granja lo hizo sin mirar atrás, aunque se despidió con un sentido abrazo de ambos, ahora queridos como amigos. Sin embargo, cuando hubo recorrido algunos cientos de metros, no lo pudo resistir y se giró. Lenas y Cärmoz estaban aún en la puerta y le hicieron señas con la mano. En ese momento sintió la tentación de volver, de ser Lhaida para siempre y vivir entre aquellas buenas personas en el anonimato, pero sabía que su presencia solo las ponía en peligro. Si alguien la reconocía y la encontraban allí, la pareja podía verse envuelta en un problema que nada tenía que ver con ellos.

Se despidió con un gesto de la mano y siguió su camino dirección norte, hacia Quindarst. Un puñado de monedas tintineaba en su bolsa, pues la mujer había insistido en que no podía ir por el mundo sin dinero y ella aceptó, reconociendo la verdad en aquellas palabras. También le habían provisto de ropa, y vestía unos pantalones de tela basta y una camisa gruesa que la ayudaría a protegerse del frío. Sobre los hombros se echó una capa de viaje que había pertenecido a Cärmoz pero que aún estaba en bastante buen estado a pesar de que olía a viejo. Con la capucha se cubrió la cabeza y sintió la ausencia de su cabellera. Lenas se lo había cortado a regañadientes, pero incapaz de negarse ante su insistencia y bajo la promesa de que era el último favor que le iba a pedir. Ahora era difícil distinguirla de un muchacho. Definitivamente, Loena Taren había quedado atrás.

Cuando se hubo alejado lo suficiente de la granja, dio un rodeo en dirección oeste y volvió a encarar al sur, que era hacia donde realmente quería ir.

Pero eso había ocurrido dos días atrás. Ahora estaba muchos kilómetros más al sur, en dirección a la ciudad de Härenna en compañía de aquellos comerciantes cargados de pieles, ropas y multitud de otros artículos de muy variada índole.

Se habían encontrado la misma tarde en la que había abandonado Deis y

caminaba resuelta por el borde del camino, algo sedienta y preguntándose dónde podría detenerse a pasar la noche. Debido a la urgencia de su salida de Quindarst, no había tenido ocasión de hacer ningún preparativo, como podría haber sido coger un mapa que la ayudara a orientarse.

Escuchó acercarse a varios caballos al trote, pero ella siguió a su paso.

—¡Eh tú! —le gritaron.

Loena se giró y vio a varios jóvenes montados que iban algunas decenas de metros tras ella. Loena se detuvo, inquieta de pronto. Llegaron hasta donde ella se encontraba.

—¿Estás perdido, muchacho? Estas son malas tierras para perderse.

El hombre que le hablaba se bajó del caballo con una sonrisa traviesa en los labios. A Loena no le gustó nada su aspecto. Iba vestido con un peto de cuero sobre una camisa negra y del cinto le colgaban una espada y una daga. El rostro era anguloso y de barba rala. Dos más se bajaron de sus monturas, mientras que un cuarto, el de aspecto más mayor, permaneció quieto.

—¿Estás sordo, o es que eres mudo? —le gritó otro—. Te han hecho una pregunta.

Loena empezaba a asustarse. De pronto, el tercero le retiró la capucha, dejando al descubierto su pelo cobrizo.

—¡Vaya! Pero ¿qué tenemos aquí? Una muchachita perdida.

De pronto sintió que la agarraban por la espalda.

—Este no es lugar para que una guapa jovencita como tú camine sola.

El que la agarraba comenzó a reír a carcajadas y la empujó con tal fuerza que fue a caer en brazos del primero de los hombres, el de la barba rala. Si no la hubiera sujetado, habría caído de bruces al suelo del camino. Comenzó a asustarse de verdad.

—Es cierto, este camino es peligroso —rio también este. De un tirón le arrancó la capa y volvió a empujarla de modo que quedara al alcance del anterior que la agarró de nuevo y le presionó una de las muñecas, haciéndole daño. Con la otra mano le palpó un pecho.

—Vaya, pero si hay algo creciendo aquí debajo... A lo mejor eres una mujer como está mandado y todo...

Lo que Loena vio en el rostro del hombre la dejó aterrorizada. El que la había manoseado tenía el aspecto de un lobo hambriento, con unos ojos muy negros que parecían no tener pupila, lo que le daba una imagen aún más inquietante. Se sintió como un perro atrapado por un grupo de niños traviesos, solo que estaba segura de que a ella no le colgarían ramas de la cola. Cuando estaba a punto de vencer su estupor y comenzar a gritar, una voz surgió tras ellos, grave y rotunda, que hizo a sus atacantes detenerse al momento.

—¿Qué está pasando aquí?

La princesa estuvo a punto de echarse a llorar de alivio al ver que los tres hombres la dejaban para encarar al recién llegado. Era un hombre alto como una gran

roca e igual de ancho y recio. Su cuerpo fuerte contrastaba con su pelo, completamente cano, lo que le hacía parecer mucho mayor de lo que era en realidad. Estaba ataviado con un peto de cuero, al igual que el de la barba rala y su capa era de excelente manufactura, de color verde oscuro. Montado sobre su caballo, un animal grande y poderoso como su jinete, de color marrón, a Loena le pareció un Héroe de la antigüedad. Parecía alguien con quien era conveniente no discutir.

—Tranquilo, Ferses, que solo nos divertíamos un rato.

—Dejadla.

Ninguno de los tres hizo un movimiento.

—No hay que ponerse de esa fo...

—¡Ahora!

Loena notó que el hombre que se hacía llamar Ferses apoyaba su mano derecha sobre el pomo de una gran hacha de doble filo que colgaba del costado del caballo.

Entonces llegó hasta su altura el primero de los carromatos. Al primero le siguió un segundo. Era toda una caravana, cada carro tirado por dos caballos. En unos minutos, varios curiosos habían acudido a presenciar el espectáculo. Loena no pudo evitar acordarse del grupo de curiosos presente durante la ejecución de Yin, y pensó en lo atractiva que resultaba la sangre para las masas.

—Está bien, está bien... —el hombre estiraba las palabras de una forma que a Loena le resultaba muy desagradable—. Tú mandas... como siempre.

Con un gesto de la cabeza, los otros dos soltaron a Loena y se dirigieron hacia sus monturas. Cuando los tres estuvieron sobre sus caballos, se alejaron en silencio. El cuarto se entretuvo un poco más, pero se limitó a mirar fríamente a Ferses antes de ponerse también en marcha. Solo la princesa pudo ver la mirada de odio que el de la barba le dirigió al recién llegado.

—Perdona a mis hombres y sigue tu camino —le dijo el hombretón—. No te molestarán más.

—Gracias por defenderme. No sé cómo puedo pagároslo.

—De ninguna forma. Vete y olvidemos este asunto.

Con estas palabras hizo girar a su caballo y se dispuso a seguir adelante.

—¡Espera, Ferses!

De entre el grupo de curiosos surgió una mujer. Era algo gruesa y llevaba el pelo negro recogido en un moño alto.

—¿Qué quieres ahora, Odema?

—No puedo creer que vayas a dejarla aquí, en el camino. La próxima vez tal vez no estés tú para protegerla.

—Ese no es mi problema —Ferses miraba a la gente que los rodeaba, visiblemente incómodo—. Ella sabrá por qué anda sola por aquí. No nos incumbe, ni a mí ni a ti.

—Pues yo voy a hacer que me incumba —la mujer se dirigió a ella y se acercó hasta donde esperaba Loena, azorada y desbordada por la situación—. Hola guapa,

¿cómo te llamas?

—Lhaida —respondió temerosa. Esta vez el nombre falso le surgió con más facilidad.

—Bueno, Lhaida, ¿a dónde te diriges?

—Al sur...

—Vaya, podías haber sido más precisa. Nosotros nos dirigimos a Trehn. ¿Quieres acompañarnos?

Ferses interrumpió.

—¡Odema! ¿Qué haces?

—¡No es ningún peligro!

Ferses se puso colorado de la rabia. Loena se anticipó antes de provocar un conflicto.

—Por favor, no quiero que discutáis. Mi señora, os agradezco el ofrecimiento, pero no es necesario que intercedáis por mí —se dirigió entonces directamente a Ferses—. Mi señor, me haríais un gran favor si me permitierais acompañaros un tiempo, pues como veis no dispongo de medio de transporte y mi destino está lejos aún. Tengo algo de dinero y podré pagaros si me pedís un precio razonable. No pido clemencia, sino un favor que además os remuneraré. Nada deberéis temer de mí, pues no os molestaré ni estorbaré vuestro paso.

Todos los presentes se quedaron boquiabiertos ante los exquisitos modales que mostraba Loena. Ella lo percibió y estuvo a punto de sonreír. Nada más terminar de hablar, supo que el hombretón aceptaría. No podía negarse a mostrarse compasivo ante su gente.

—Está bien, pero procura no interponerte en mi camino. No te esperaremos. Si te quedas atrás, nadie irá a buscarte. Ya hablaremos del precio más adelante.

Y sin una palabra más, puso en marcha su caballo y se retiró gritando órdenes para que la caravana se pusiera de nuevo en marcha.

Un rato después se encontraba cómodamente sentada en la parte trasera de un carromato notando que las caderas le iban a doler mucho al día siguiente por culpa del continuo traqueteo. Estaba satisfecha con lo que acababa de pasar. Por una vez, su educación le había servido para algo y sentía que lo había logrado por sí misma, que no se lo habían dado sin más, como habría ocurrido en la corte. Empezaba a paladear la libertad, y le estaba gustando lo que descubría, a pesar de los peligros, pues no se olvidaba del hombre de la barba rala y el de los ojos negros. Tendría que tener un ojo abierto siempre para ellos.

A su lado iba sentada Odema. Tras ellas, cubiertos con lonas, media docena de enormes barriles traqueteaban al mismo ritmo atados a la estructura del carro.

—Gracias por ayudarme antes, Odema.

—De nada chiquilla —respondió la mujer tendiéndole un pequeño objeto envuelto en trapos. Cuando Loena los retiró se encontró con una pequeña daga ricamente elaborada y muy ligera—. Estos caminos no son aptos para una joven

aunque parezca un muchacho. No vas armada ni te has escondido a nuestro paso. Perdóname que te lo diga, pero ha sido una estupidez.

Loena recibió aquellas palabras como un pinchazo. Nadie le había dicho nunca que había hecho una estupidez, salvo quizás su madre. De pronto se echó a reír.

—Deberías tomártelo en serio —le respondió la mujer, que no entendía la razón de su risa.

—Lo siento, no me reía por eso. Es cierto que he sido imprudente, pero he aprendido la lección. Tendré más cuidado en el futuro.

—¿A dónde te diriges?

—Creo que seguiré hasta Trehn con vosotros, si Ferses me lo permite.

Odema hizo un gesto con la mano.

—No te preocupes por ese bruto. Mi hermano te dejará venir con nosotras todo el tiempo que necesites. Se le va toda la fuerza por la boca. Eso sí, nunca le lleves la contraria en público, pues puede llegar a ser muy rencoroso. Si alguna vez tienes un desencuentro con él, resuélvelo en privado y te ganará su respeto.

—¿Debo cuidarme de los hombres que me atacaron?

Odema se puso seria y unas arrugas de preocupación le surcaron el rostro.

—Son peligrosos. Son mercenarios que mi hermano contrató para protegernos después del último asalto que sufrimos. Íbamos de camino a Quindarst y nos robaron más de la mitad de la mercancía. Hubo algunos heridos. El de la barba se llama Redast y el que te agarró la muñeca...

—El de los ojos negros como piedras.

—¡Ese! Se llama Jog, y siempre acata las órdenes de Redast. Creo que son primos, o algo así. Nunca se separan. El tercero y el cuarto son menos peligrosos, casi se podría decir que son buenas personas. Tienen una conversación amable y son educados. Sobre todo Daslin, el único que no se bajó del caballo. Es el mayor de los cuatro y el que menos se involucra en sus fechorías. Es un hombre digno que procura hacerse respetar. Habla poco, pero cuando lo hace, los demás acatan su palabra. No termino de comprender las relaciones entre ellos, pero si quieres controlarlos a todos, tienes que atar en corto a Daslin.

Loena no quería seguir la conversación, pero no pudo evitar pensar que una buena persona no habría observado toda la escena sin decir una palabra. No hizo nada por evitarlo, y ella no lo olvidaría.

Pero lo que la había despertado esa noche no tenía nada que ver con aquellos días que llevaba viajando con la caravana de Ferses y Odema. Lo que le impedía dormir con normalidad cada vez que el sol se ocultaba por el horizonte era la dulce voz de Yindala diciéndole sin sonidos que se fuera, que se había sacrificado por ella y debía aprovechar su oportunidad de ser feliz. Lo que la despertaba entre sudores era ver el rostro de su amiga de la infancia mientras la vida iba abandonándola poco a poco con cada respiración. Llevaba aquella carga sobre los hombros y en ocasiones temía que fuera a hundirla en la tierra para no poder levantarse más.

—No es nada —le respondió Loena a Odema, como tantas otras veces.

—¿Por qué no me lo cuentas, chiquilla? A veces eso es suficiente para limpiar el alma.

Loena miró amorosamente a su nueva amiga. Las sombras enmarcaban su rostro moreno por la intemperie.

—Mi alma necesita mucho más que eso para sanar, pero gracias de todas formas.

Se dio la vuelta y se dispuso a dormir de nuevo, pero sabía que no lo lograría. Siempre le pasaba igual: el insomnio era un precio muy pequeño a pagar, se decía una y otra vez. Sintió cómo Odema también se recostaba de nuevo y en unos instantes su respiración volvía a tener esa cadencia suave y regular característica del sueño. Loena estuvo tentada a salir a pasear bajo la luz de la luna, pero estaban en una región completamente desconocida para ella, ya cerca de Härenna, la primera parada que realizarían en su largo viaje hacia Trehn, y no quería arriesgarse a perderse. Se cubrió de nuevo con la gruesa manta que Odema le había prestado desde la primera noche y se dispuso a dormir, pero sus ojos no se cerraban. Vino a su mente una vez más la imagen de su amiga y un río de lágrimas surgió de sus ojos. Lloró por Yindala, por su vida perdida, pero el sufrimiento por el que estaba segura que estaban pasando sus padres, por ese nombre falso que había tenido que inventarse para ocultar su identidad.

Lloró por sí misma y por el futuro incierto que se abría ante ella.



El Tar-Erênior, el Mar Blanco, era sin lugar a dudas el más difícil de navegar de toda Thera. Además del terrible frío y del viento incesante, las corrientes eran inusualmente fuertes y el viajero podía acabar con mucha facilidad encallado contra los gigantescos bloques de hielo que flotaban a la deriva. Kleria y Ondriva navegaban en dirección este con los acantilados de la Costa Helada a la izquierda y los gigantescos muros del glaciar perenne llamado Hielo del Sur muchos kilómetros a la derecha.

Por ese motivo el pequeño continente de Krahedia llevaba tantos años desaparecido de la memoria de la gente. Las zágheras habían guardado con celo su ubicación, incluso en la época en la que controlaban un pequeño imperio que abarcaba parte del sur de Kisea. Los reyes de los Grandes Reinos solo sabían que aquellas increíbles mujeres procedían del sur y aparecían con sus grandes flotas sin que nadie supiera de dónde. Amanecía una mañana y estaban donde hasta el día anterior solo había hielo y bruma. Era su gran secreto, y lo defendían hasta la muerte. Los pocos que concluían que debía estar situada en pleno Hielo del Sur eran tomados por fantasiosos: nada puede sobrevivir tan al sur, solo el agua helada.

Pero todos estaban equivocados.

Ondriva y Kleria llevaban una hora luchando contra las inclemencias del tiempo. Guiaban el *Ola Negra* con maestría, esquivando las grandes placas de hielo y evitando las corrientes más poderosas que podían sacarlas de rumbo al mismo tiempo que aprovechaban aquellas que las acercarían más a su destino. De pronto apareció ante ellas, emergiendo de entre la bruma, el Dragón de Piedra, una gigantesca lengua de roca que se internaba en el mar y a la que el tiempo y el clima habían dado la forma de cráneo de un mítico dragón que descansara sobre la superficie. El cabo era la culminación de una cresta rocosa que configuraba aquella zona de la Costa Helada,

formando impresionantes acantilados en cuya base rompían las inclementes olas. A partir de aquel lugar no encontrarían puerto alguno en el que desembarcar salvo en la propia Krahedia. Era un punto de no retorno desde el que todavía les aguardaban varias horas más de dura travesía virando en dirección sureste y alejándose de la Costa Helada antes de llegar a la Boca de Beckäla, la entrada a la patria de las zágheras. Entraban en ese momento en la parte más dura, totalmente expuestas al oleaje. Solo disponían de su valía y sus conocimientos del mar para llegar sanas y salvas.

La lluvia, empujada con fuerza por el viento, les empapaba las ropas y les cegaba por momentos, pero el bote seguía adelante a buen paso. Kleria se acercó a Árgoht para tapar su cuerpo lo mejor posible y tratar de serenar a los caballos. Los nudos con que los habían amarrado a las argollas clavadas en cubierta especialmente preparadas para ello soportaban bien los esfuerzos a los que el continuo vaivén de la embarcación los sometía. Cuando comprobó que todo estaba en orden, volvió a proa con Ondriva.

—Hacía años que no veía el mar embravecido. Es una visión gloriosa —comentó la guerrera con una gran sonrisa.

En efecto, la imagen de los acantilados de la Costa Helada cayendo a pico y batidos continuamente por el mar bravío, las placas de hielo navegando a la deriva y las olas enfebrecidas eran todo un espectáculo de fuerza de Beckäla, la diosa de la vida, según las creencias de las zágheras. Ambas mujeres lo observaban admiradas sin la menor queja, sabiendo que era injusto protestar de su diosa cuando escupía tormentas y después adorarla cuando favorecía las cosechas con sol y lluvia.

—Beckäla es siempre sabia —Kleria murmuró el dicho de su pueblo como para sí misma, admirada, pero tuvo que concentrar su atención en lo que tenía justo delante cuando un golpe de mar zarandó el *Ola Negra* y a punto estuvo de hacerle perder pie.

—¿Estás segura de que vamos por buen rumbo? —le preguntó a su hermana a voz en grito para imponerse al estruendo del viento. Kleria había cedido el control de la embarcación a Ondriva, más versada en las artes de la navegación, que se limitó a asentir con gesto de concentración.

Por fin, tras varias horas más de dura travesía, apareció ante ellas la ruta de entrada al continente secreto de Krahedia. Si en vez de ser dos zágheras las que gobernaban la nave hubieran sido dos temerarios marineros del vecino pueblo de Virnar, lo más seguro es que les hubiera pasado desapercibida. La Boca de Beckäla era una abertura en la pared del Hielo del Sur que, gracias al efecto óptico que creaba el color blanco brillante del hielo permanente, apenas se distinguía de las sombras creadas por las propias paredes del glaciar. Para poder apreciarla había que saber dónde se encontraba con exactitud pues de lo contrario a un ojo ignorante le pasaría desapercibida.

Pero Ondriva y Kleria sabían bien dónde buscar, así que la localizaron sin

problemas y se dirigieron hacia ese punto exacto. Cuando parecía que la pequeña embarcación iba a chocar directamente contra la pared de hielo, pareció como si la atravesaran por arte de magia.

—Estamos en casa —murmuró Ondriva.

El Paso de Beckäla se abría ante ellas con decenas de metros de anchura y conformado por dos gigantescas paredes de hielo que brillaban con los escasos rayos de sol que conseguían penetrar el denso manto de nubes. El tiempo parecía haberse detenido, pues todos los sonidos que hasta ese momento habían ensordecido sus oídos quedaron atrás. El viento apenas penetraba en aquella gruta natural y el oleaje quedaba retenido en la entrada de forma que, desde que el bote se internó algunos metros en la Boca dejó de mecerse al ritmo de las olas para navegar por lo que se asemejaba a un gran río manso. El cambio era tan brusco que las zágheras tuvieron la sensación de que se habían quedado sordas.

Cuando habían recorrido algunos cientos de metros boca adentro, notaron un movimiento a su alrededor y, como esperaban, en unos instantes se vieron rodeadas por cuatro pequeños botes de remos sobre los que ocho guerreras de aspecto feroz les cortaban el paso armadas con arcos largos de madera negra. Vestían ligeros petos de cuero bajo las pesadas capas de piel con las que se abrigan y cuyas capuchas apenas si permitían ver sus rasgos ensombrecidos.

Kleria y Ondriva usaron los remos para detener el *Ola Negra* sin hacer movimientos bruscos. Eran conscientes de que hacía mucho que habían salido de Krahedia.

—¿Kleria? —preguntó una voz a su espalda.

La aludida se giró a tiempo de ver cómo una de las guerreras que le habían cerrado la retirada se apartaba la capucha de la cabeza y dejaba a la vista un rostro anguloso pero hermoso, con ojos azules y pelo castaño y rizado.

—¡Argeas! —Kleria no podía creerlo—. ¿Qué haces tú en la Guardia de Beckäla?

Mientras decía esto, Argeas acercaba su propio bote al de Kleria y saltaba a bordo para estrechar a su amiga de la infancia en un caluroso abrazo. Estuvieron unos instantes así, riendo de alegría, hasta que Kleria la apartó para poder mirarla bien.

—Mírate, qué lejos has llegado.

En tiempo como aquellos en los que apenas había batallas en las que poner a prueba su destreza como guerreras, pertenecer a la Guardia de Beckäla, aquellas que guardaban el paso y lo defendían de posibles intrusos, era un orgullo y la ambición de muchas.

—¡Gracias! Estuve meses preparándome, pero conseguí entrar de las primeras de la promoción. Y en gran parte gracias a ti.

—No digas eso.

—Pero es cierto, de no ser por tu ayuda en el entrenamiento con el arco, nunca habría superado las pruebas. Siempre fuiste más hábil que yo. De hecho, tú deberías estar aquí en mi lugar.

Entonces las dos amigas cayeron en la cuenta del significado que tenía la vuelta de Kleria. Nunca podría pertenecer a aquel grupo. Ahora era una Paria.

De pronto la mirada de Argeas se desvió hacia el bulto que era Árgoht y sus ojos estuvieron a punto de desorbitarse.

—Este es el verdadero motivo de mi regreso —dijo Kleria antes de que su amiga pudiera preguntar.

—¿Quién es? —Argeas apretaba la mandíbula, en tensión.

—Es difícil de explicar.

Ante la anormal reacción de la Guardiania, dos compañeras más abordaron el bote.

—Exigimos una explicación inmediata —intervino otra—. No te podemos permitir el paso.

Kleria se esperaba aquello, pero aún así se sorprendió de la vehemencia de sus compañeras.

—¡Vamos, habla! Conoces de sobra las leyes al respecto. Esto es muy grave. Traes a un extranjero a nuestra tierra, ¡un hombre!

—Tiene una explicación —Kleria intentó mostrarse tranquila y hablar despacio para hacerse entender a la primera, pues lo contrario podría suponer que pasaría la noche presa—. Este ser es un poderoso hechicero. Está moribundo y necesita nuestra ayuda.

—¿De qué estás hablando? No recibiré ayuda en nuestra tierra.

—Su concurso en nuestra misión es imprescindible. Es vital que sobreviva para poder continuar la búsqueda del Despreciable. Gracias a él tenemos una seria pista sobre su paradero.

Eso no era del todo cierto, pero las Guardianas no tenían forma de saberlo.

—No podemos dejarlo entrar.

—No lo pretendo. Se quedará en el bote hasta que pueda solicitar el permiso adecuado al Consejo. Sé que estoy incumpliendo una ley muy arraigada y antigua, pero es una situación de excepción. Él no entrará en Krahedia, se quedará en el barco y traeré la ayuda aquí. Desde que haya mejorado un poco y su vida no corra peligro, me marcharé de nuevo.

Argeas miraba a su amiga con una expresión extraña.

—¿Qué tiene este hombre de especial para que te arriesgues a ir a prisión por él? Eres una Paria, el Consejo ni siquiera te recibirá.

Kleria miró a la guerrera a los ojos, tratando de interpretar el tono de sus frías palabras.

—Es un ser extraordinario —le dio la sensación de que había dicho esas palabras en demasiadas ocasiones ya—. Presiento que sin él nunca alcanzaré mi objetivo y jamás lograré restablecer el orgullo de nuestro pueblo.

—¿Pretendes decirnos que has traído hasta aquí a este desecho moribundo solo por un presentimiento? Son muchos kilómetros para venir guiada solo por el instinto.

Las Guardianas se echaron a reír al unísono. Kleria se quedó de piedra.

—Lo siento, amiga —dijo Argeas muy seria—, pero tendrás que venir con nosotras.

—¿Nos vais a detener?

—Habéis incumplido la ley y deberéis responder por ello.

Kleria sabía a lo que se arriesgaba cuando decidió llevar a Árgoht hasta allí. Miró a Ondriva, que le devolvía la mirada muy seria, resignada a lo que estaba ocurriendo. Resistirse solo empeoraría las cosas.

Argeas tomó uno de los remos del *Ola Negra* mientras otra de las Guardianas tomaba el otro. Dos más se subieron a bordo para vigilar a las recién llegadas.

—¿Vais a causarnos problemas? —preguntó una de ellas.

—No debéis preocuparos por nosotras —respondió Ondriva.

—Me alegro. No me gustaría tener que derramar vuestra sangre.

Kleria pensó que en verdad sí que les gustaría. Al fin y al cabo eran Parias, poco más que escoria para ellas. De no ser por Argeas, quizás su situación hubiera sido diferente y estarían ahora atadas y trasladadas a la fuerza.

Otro de los botes las acompañó mientras que el cuarto restante se quedaba de vigilancia ocultándose de nuevo entre las paredes de hielo.

A pesar de la delicada situación en la que se encontraban, Kleria admiró una vez más el extraordinario sistema mediante el cual su pueblo conseguía controlar la apertura de la Boca. Incrustadas en la pared de hielo podían verse unas estructuras de piedra, ahora congeladas, que se hundían en las profundidades. Era una compleja red de acueductos que, cuando era necesario ampliar la anchura del paso, se inundaban de agua caliente para derretir el hielo. Era un proceso lento, pero tremendamente efectivo.

Y el agua caliente era la clave de todo, la solución a todo el misterio. El gran secreto de las zágheras.

Tras serpentear durante un rato más por la gruta de hielo, las paredes se alejaron de pronto, perdiéndose de vista en la distancia y creando un vacío gigantesco en cuyo centro se alzaba el pequeño continente de Krahedia. Y el agua caliente era la clave. De diversos puntos de la superficie de la isla surgían manantiales de agua caliente que mantenían la temperatura lo suficientemente alta como para derretir el hielo que de otra forma lo cubriría todo. Además, diversas corrientes cálidas surcaban el mar en los alrededores, manteniendo las paredes de hielo alejadas de las costas, suaves y pedregosas, del continente de las zágheras. Nubes de vapor se alzaban por doquier. Kleria miró al cielo para observar los rayos del sol que allí conseguían atravesar el manto de nubes. Que en aquella zona no hubiera tormenta, sin embargo, no era un fenómeno natural, sino que era la contribución de la magia de las mujeres guerreras a la benevolencia de Beckäla con aquella tierra bendita. Habían aprendido a controlar rudimentariamente la energía que gobernaba las corrientes de aire y el clima, por lo que conseguían luchar contra las grandes tormentas y alejar los nubarrones. En

ocasiones, ni de esta forma mantenían alejados los temporales, terribles y mortales en aquellas latitudes.

Krahedia era una tierra fértil a pesar de ser casi completamente volcánica. De hecho, su centro estaba ocupado por un pequeño volcán inactivo, el Kâditeis, en cuyas faldas vivían las sacerdotisas de Beckâla que a su vez tenían un impresionante claustro casi en la cima del monte. Cada día, un grupo de ellas subía en peregrinación por una escalera de más de mil escalones para rezar en el monasterio. Kleria había tenido que subir en una ocasión y lo recordaba como una experiencia dura que no tenía ganas de repetir.

Ondriva y ella observaban embelesadas su hogar durante la más de media hora que duró la travesía y salvaban la distancia que existía entre la Boca y la costa del continente. Por fin, llegaron a un pequeño amarradero al que las maestras manos de las Guardianas dirigieron el *Ola Negra* para detenerlo allí con exquisita suavidad. Se encontraba al pie de un pequeño risco al que se accedía por una amplia escalera tallada en la roca. No se veía por allí ningún otro punto de atraque, pues el verdadero puerto de Krahedia, allí donde descansaba la flota de las mujeres guerreras, estaba más al oeste, bordeando el continente hasta llegar a la única playa accesible.

Kleria temía el momento en que tomaran tierra. ¿Cómo las recibiría su pueblo? Ya había tenido una muestra con las Guardianas, y no esperaba menos del resto de la población de la isla. Por primera vez se planteó si aquello había sido una buena idea. ¿Tendría que dejar morir al hechicero después de tanto esfuerzo para llegar hasta allí? Miró el cuerpo de Árgoht, tirado como si de un bulto se tratase en el fondo del bote y sintió lástima de él. Si no conseguía ayudarlo moriría de muy mala manera, algo indigno de su poder. Se juró a sí misma que si moría allí y de aquella forma dedicaría lo que le quedara de vida a encontrar a Nerak y vengar su muerte. Ante esta posibilidad, sintió crecer dentro de ella un odio tan intenso que superaba al sentimiento que le había obligado a ir en su búsqueda la primera vez. Ya no le importaría su misión ni el honor de su gente. Buscaría al nigromante para destruirlo por haber matado a Árgoht.

El bote tocó con suavidad el amarradero y una de las guerreras saltó a tierra con la agilidad que otorga la repetición del gesto infinidad de veces.

—Vamos.

Kleria y Ondriva se pusieron en pie y también bajaron a tierra. Dos tímidos rayos de sol cayeron sobre ellas y sintieron renacer las fuerzas tras tantos días bajo las nubes y mojadas hasta los huesos. Allí reinaba una falsa primavera y la temperatura era agradable.

Por la escalera del embarcadero descendió una nueva zágghera.

Todas las guerreras desembarcaron excepto una, a la que Jandries, la mujer que acababa de presentarse ante ellas, tras escuchar lo ocurrido de boca de Argeas entre susurros, le ordenó que se quedara con el extranjero.

La aludida aceptó con gesto hosco la orden recibida, claramente disconforme con

la misión que le habían encomendado. Se situó junto al bote y se quedó allí de pie sin quitarle ojo al bulto que formaba el cuerpo del hechicero.

—Si se mueve en lo más mínimo, llámame de inmediato —ordenó Jandries sin dirigirse en ningún momento a las recién llegadas—. Si intenta algo extraño, lo matas sin miramientos.

Kleria sintió cómo se le erizaba el vello del cuerpo. Ante ellas, una larga escalera de anchos escalones servía de puerta de entrada a Krahedia, la legendaria patria de las mujeres guerreras. Estaba en casa.

Ahora le faltaba saber si algún día podría volver a salir.



La escalera tallada en la roca que ascendía desde el embarcadero llegaba hasta una amplia meseta sobre la que se aposentaba una alta atalaya con varias torres que dominaban el risco y permitían un perfecto control visual de la Boca de Bëckala. El continente contaba con varios asentamientos, aunque solo Krahedia se podía considerar una verdadera ciudad. Existían varias aldeas de diversa importancia y población siempre supeditadas al gobierno de la capital. El verdadero puerto se encontraba más al sur, bordeando la costa, en una amplia cala a resguardo de la vista.

Al final de las escaleras las esperaba un cuerpo de vigilancia dotado de seis Guardianas que les dieron el alto. Una pequeña muralla servía para cortarles el paso. Estaba construida con piedra negra y se elevaba hasta una altura considerable, extendiéndose a lo largo de una decena de metros, interrumpida por la presencia de las tres torres, hasta fundirse con dos paredes de roca natural que servían más fielmente de parapeto que el propio muro. En el centro del camino y tras el grupo de mujeres que les habían abordado, un gran rastrillo de metal tan negro como la piedra en la que se clavaba.

—Jandries, ¿quiénes os acompañan, hermana?

Jandries era la guerrera de más alto rango de las presentes. Era una mujer fornida y de cabello negro y rizado que sostenía con una alta coleta. No llevaba yelmo, lo que dejaba a la vista una profunda mirada de inteligentes ojos verdes. Era muy hermosa, aunque de rostro severo. Su peto de cuero estaba ricamente ornamentado con ligeras piezas metálicas. A la Guardia de Beckäla no se le permitía usar armadura pesada, pues un resbalón inoportuno podría provocar que acabaran en el fondo del mar helado en unos instantes. El cuero pesaba menos y el riesgo de ahogamiento era menor.

—Son Kleria Urgol y Ondriva...

—¿Kleria? —la Guardianas la miró con curiosidad—. ¿Estamos hablando de...?

—La misma —interrumpió la aludida.

—¿Qué se os ofrece?

—Nuestra hermana quiere ser recibida por el Consejo.

Las guardianas de la puerta esbozaron una sonrisa y todas comprendieron el significado.

—Nunca las recibirán —intervino una de ellas.

Para sorpresa de Kleria, Jandries respondió muy seria.

—No nos corresponde a nosotras decidirlo —las sonrisas se cortaron de raíz—. Dejados pasar e id una de vosotras a avisar al Consejo de que Kleria solicita audiencia.

Dos hermanas procedieron a subir el rastrillo mientras otra montaba a caballo para adelantarse a su llegada. Más allá del arco comenzaba un ancho camino empedrado por el que deberían avanzar al menos durante media hora antes de llegar a la verdadera puerta de la ciudad, que al fondo se elevaba contra el cielo bordeando una alta colina. Una pequeña arboleda les franqueaba el paso.

Las mujeres caminaron en silencio el tramo que les restaba para llegar a la ciudad. Kleria sentía en su corazón el peso de cada minuto que pasaban sin que nadie prestara ayuda a Árgoht. Temía volver y encontrar solo su cadáver en el fondo del bote.

La ciudad de Krahedia se mostraba ante ellas tan brillante como siempre, orgullosa de vencer al clima, al exterior y hasta al propio tiempo. Y es que apenas había cambiado en los últimos siglos. Su aspecto esplendoroso se debía a la magnífica temperatura que mantenía los jardines florecidos y frondosos durante todo el año. Pasear por Krahedia era oler continuamente el aroma de la primavera.

Una verdadera muralla rodeaba toda la ciudad. Estaba construida con piedra gris muy oscura y se elevaba muchos metros hacia el cielo. A los lados de la gran puerta de entrada, dos altas torres de vigilancia atestada de guerreras observaban su llegada. Ante el rastrillo, mucho más grande que el que ya habían franqueado en el amarradero, les esperaba una mujer alta y hermosa vestida con una larga túnica de color rojo oscuro. Era Klamda, una de las secretarias del consejo. Aunque Kleria no la conocía personalmente, su rostro le resultaba muy conocido.

—Saludos, Jandries —saludó cuando el grupo de mujeres llegó hasta ella.

La aludida hizo una levísima reverencia.

—Saludos, mi señora Klamda.

—Nos han informado de que solicitas audiencia con el Consejo.

—No soy yo quien desea esa audiencia, sino la hermana Kleria, que ha regresado de su exilio.

Klamda clavó entonces su mirada en Kleria, reconociéndola ahora que había sido mencionada. Una expresión de escándalo se grabó en su rostro.

—Sabes perfectamente que eso no es posible. Tu condición de Paria no te da derecho a hacer esa solicitud. Es una vergüenza el simple hecho de que lo plantees. Me has hecho perder el tiempo.

Dicho esto, la secretaria se giró sobre sus pasos para dirigirse de nuevo al interior de la ciudad.

—¡Esperad!

Por pura inercia, Klamda se detuvo y se giró hacia Kleria.

—¿Cómo osas...?

—Por favor, solo pido que me escuchéis.

—¡No! No tienes derecho a pedir nada. El día que atravesaste estas puertas en dirección al mundo exterior renunciasteis a ese derecho.

—No pido nada para mí, pues sé cuál es mi posición actual. Pido clemencia para otra persona.

—¿Otra?

Jandries intervino.

—La hermana Kleria ha traído consigo a alguien del exterior. Un hombre.

—¡Por todas las diosas! Empeoras las cosas...

—Dice que es un poderoso hechicero y que su supervivencia es vital para su misión.

Kleria no lograba entender por qué Jandries intercedía. No le debía nada.

—¿Su misión? ¿Esa absurda búsqueda del Despreciable?

—El Consejo avaló esa tarea —se defendió Kleria—, y el hombre que me acompaña se ha mostrado de especial trascendencia para el desarrollo de la misma. Necesito su orientación y ayuda, pero la muerte amenaza con apoderarse de él y siento que esa pérdida nos acarrearía problemas.

Por primera vez, Klamda pareció dudar. Tras unos segundos, tomó una determinación.

—No puedo negarte el acceso a la ciudad a pesar de tu condición, pero no podrás acercarte al palacio sin autorización. De hecho, deberéis ser custodiadas por las Guardianas hasta que el Consejo se pronuncie, pues habéis puesto en peligro a nuestra ciudad trayendo aquí a un extranjero. A pesar de eso, trasladaré tu solicitud al Consejo Carmesí, aunque sé perfectamente cuál será la respuesta. Lo haré en honor a la gran mujer que fue tu madre antes de convertirse en Paria. No esperes más favores, será lo mejor para ti.

Entonces se giró y ordenó que le abrieran el rastrillo. Kleria estuvo tentada de gritarle que Árgoht no podría jamás desvelar el paradero de la ciudad, pues había llegado inconsciente y moribundo, pero recordó entonces de qué conocía a aquella mujer: había sido una gran amiga de su madre. Ella se lo había dicho en alguna ocasión en que se habían cruzado sus caminos por la ciudad, pero tras convertirse en una Paria, le había retirado el saludo y había ignorado su presencia. Su orgullo le impedía relacionarse con ella, al igual que le ocurría a muchísimas otras hermanas. No haría caso de sus palabras, pues ya la había juzgado y la había declarado culpable.

La celda en la que las encerraron era bastante mejor de lo que esperaban. Atravesar de nuevo la ciudad había sido una gran satisfacción para Kleria, a pesar de tan adversas circunstancias. Recorrer aquellas calles era como volver a la niñez, aunque hacía apenas un año que las había abandonado. Rodeando el palacio que albergaba al Consejo, diversas calles serpenteaban en varios niveles abarrotados de mujeres en sus quehaceres diarios. Por doquier podían verse muestras del exquisito arte que las zágheras habían conseguido desarrollar con el paso del tiempo: esbeltas estatuas que representaban a las múltiples diosas que eran adoradas por ellas, espléndidas mansiones de piedra ricamente tallada y, sobre todo, las fuentes de las que manaban las aguas termales que tanto contribuían a mantener cálido el ambiente en el continente.

Caminar por su ciudad fue como una suave brisa que se llevó todas sus preocupaciones durante unos instantes.

Pero la realidad cayó sobre ella cuando llegaron al Torreón de la Guardia. Era un edificio chato y robusto que de torreón solo tenía el nombre. Era el cuartel general del cuerpo de Guardia de la ciudad al que pertenecían Argeas y Jandries. A pesar de sus temores, pocas hermanas les prestaron atención cuando se cruzaron por la calle. En el fondo de su corazón, temía ser reconocida y que la señalaran con el dedo, pero pocas parecieron reparar en su presencia y las que lo hicieron no dieron muestras de conocerla.

—Esto tiene mala pinta —comentó Ondriva. Estaba sentada en el catre que conformaba todo el mobiliario de la celda—. El Consejo no nos recibirá.

—Aunque así sea, Árgoht aún no ha entrado en Krahedia en sentido estricto. No pueden acusarnos de nada mientras no baje del bote.

—Eso es una apreciación tuya, no tiene fundamento. El Consejo interpretará lo que quiera.

Kleria sabía que su amiga tenía razón, pero no quería perder toda esperanza. Ahora mismo solo deseaba que las cosas se aceleraran.

—Siento mucho que estés en esta situación —dijo Kleria tras un buen rato de silencio.

Ondriva la miró a los ojos y esbozó una sonrisa triste que acrecentó su belleza.

—Sabía a lo que me enfrentaba cuando me apunté a tu viaje, a tu locura. Soy tu amiga, y afrontaré a tu lado lo que la diosa nos tenga preparado.

Kleria no pudo responder, presa de una emoción que la embargaba por completo. Pero era una guerrera y no estaba dispuesta a mostrar sus sentimientos a la ligera. Aún así, abrazó con fuerza a su hermana.

—Gracias. Significa mucho para mí en este momento.

Ondriva respondió a su abrazo. Kleria sabía que había habido ocasiones en las que ella había estado cerca de reprocharle algunas cosas durante las largas jornadas

de viaje, pero siempre se había reprimido en nombre de la amistad que las unía. No habría días suficientes en su vida para devolverle la fidelidad que le mostraba en aquellos momentos difíciles.

Transcurrió una hora sin que nadie les diera noticias sobre su futuro. Entonces, escucharon pasos que descendían por la escalera de acceso a la mazmorra. La suya era la única celda ocupada, por lo que el silencio era total. Por ello, los pasos de las personas que bajaban resonaron con claridad entre las paredes de piedra. Para sorpresa de las dos detenidas apareció, tras el recodo que daba al pasillo de acceso, Anteria escoltada por dos Guardianas.

—¡Madre! —exclamó Kleria.

Las dos mujeres que acompañaban a Anteria se retiraron algunos metros para dejarla hablar con su hija.

—Hola hija —dijo la mujer, controlando su emoción—. Pensaba que no volvería a verte.

A través de los barrotes se dieron un rápido abrazo.

—¿Qué está pasando? ¿Me escuchará el Consejo?

—No lo sé, no han querido decirme nada. ¿Qué ha pasado, hija mía?

Kleria no sabía por dónde empezar, pero una vez comenzó a hablar, toda la historia surgió como un torrente. Tardó diez minutos en hacer un resumen de todo lo acontecido desde que habían encontrado al hechicero y le habían salvado la vida, desde la pista que les debía llevar a Quindarst hasta la muerte de Hertania en combate contra él, el Paso de Arthün y el riesgo que corría la vida del hechicero. También a Anteria le costaba entender dónde radicaba su trascendencia.

—Fue él el que nos puso sobre la pista de Quindarst y estoy segura de que Nerak está en aquellas tierras. Además, su mera presencia irradia energía, como estar cerca de una hoguera. El corazón me dice que debe estar a mi lado cuando llegue el momento decisivo.

Anteria miró a su hija de forma peculiar y Kleria supo lo que estaba pensando.

—No es lo que crees —se anticipó, poniéndose a la defensiva.

—¿Estás segura?

Kleria no tuvo más remedio que bajar la cabeza y mirar el frío suelo de piedra de la mazmorra.

—No lo estás —respondió su madre por ella—. Sientes algo y eso está perturbando tu raciocinio.

—Supongamos que es cierto —respondió Kleria con brusquedad—. ¿Está mal que sea así?

Anteria sonrió y su sonrisa pareció iluminar toda la mazmorra al tiempo que acariciaba con el dorso de la mano la mejilla de su hija.

—¿A mí me lo preguntas? Yo te diría que lucharas por él si realmente se lo merece, pero también te advierto de las consecuencias de esa lucha. Puedes perder muchas cosas en el camino.

Kleria no tuvo ocasión de responder, pues en ese momento volvieron a hacer acto de presencia las Guardianas, esta vez precedidas por Jandries, que la miraba con rostro serio.

—Debéis acompañarnos —ordenó mientras una de las otras mujeres les abría la celda.

—¿Nos recibirá el consejo?

—Venid.

Las dos amigas salieron de la celda. Enseguida se situaron tras ellas las dos escoltas. Anteria las acompañaba como si fuera una rea más.

De nuevo salieron a la luz del mediodía y se dirigieron hacia la Torre de la Reina, como tantos meses atrás, y otra vez sintió el retortijón en sus entrañas producto de los nervios que le provocaba entrar en el Salón del Consejo Carmesí. Sabía que todas las miradas estarían clavadas en ella, que cada una de sus palabras sería estudiada y analizada. La vez anterior se le había escuchado sin más, pero esta vez iba a ser juzgada y todas las presentes estarían condicionadas contra ella.

Sin embargo, sus temores no se vieron realizados. Cuando llegaron ante las cerradas puertas del Salón del Consejo, su guía, en lugar de detenerse, giró a la izquierda y comenzó a subir por una estrecha escalera de piedra que las llevaría al piso superior. Ondriva y Kleria se miraron sin entender a dónde se las llevaba.

Tras recorrer algunos pasillos iluminados mediante altas vidrieras que convertían toda su longitud en un caleidoscopio de colores, se detuvieron por fin ante una pequeña puerta de madera robusta. Jandries tocó con suavidad y desde el interior una voz las invitó a entrar. La zághera abrió la puerta, franqueó el paso a las detenidas y entró tras ellas, dejando a Anteria y las otras dos guerreras en el exterior.

Kleria ya sabía quién las esperaba en aquella estancia. Era un pequeño estudio repleto de estanterías con libros antiquísimos y raros, dominada por una mesa tras la cual las esperaba Medrixia, la portavoz del consejo. Aquel era su despacho privado y tenía sobre su mesa un pergamino a medio escribir con una letra impoluta. Dejó la pluma que tenía en la mano a un lado y cruzó los brazos delante del pecho al tiempo que clavaba sus ojos negros en cada una de las dos mujeres alternativamente.

—¡Vaya! Quién iba a decir que volverías —dijo sin preámbulos fijándose en Kleria—. Sentaos.

Kleria y Ondriva obedecieron y se sentaron en dos viejas sillas frente a Medrixia. Jandries se apartó hasta una esquina.

—No nos recibirá el consejo, ¿verdad? —preguntó Ondriva con un suspiro.

—Por supuesto que no. Solo podréis hablar conmigo y porque hoy me siento generosa. Es más de lo que una Paria ha recibido jamás, pero es que me ha picado la curiosidad por esa historia que andáis contando de un poderoso hechicero que os acompaña.

—Es cierto —dijo Kleria—, vino con nosotras, pero su estado de salud es muy precario. A estas horas podría estar muerto. Necesita de los conocimientos de

nuestras sanadoras, pues nadie en Thera puede hacer ya nada por él. Si nosotras no podemos, morirá sin remedio.

—¿Y qué si eso ocurre? Un hombre menos sobre la faz de Thera no es ninguna gran pérdida.

Medrixa sonrió burlona.

—Ese hombre puede ser la clave para llevar a cabo mi misión y recuperar la Maldición de Hilena.

La portavoz se puso seria de pronto.

—¡No le habrás contado nada!

—Lo justo para conseguir que se una a nosotras, pero nada sabe del objeto que andamos buscando. Nos ha salvado la vida y él tiene sus propios motivos para acompañarnos.

Una vez más, Kleria tuvo que hacer un pequeño resumen de lo acontecido hasta aquel momento. Su interlocutora escuchó cada palabra sin mudar el gesto ni interrumpir hasta que hubo terminado.

—¿Y si es tan poderoso como decís, por qué no se cura a sí mismo? —preguntó cuando Kleria hubo terminado su relato.

—El veneno que lo está matando no procede de este mundo. Él piensa que Nerak en persona lo creó, ya que ni siquiera un Pastor ha conseguido eliminarlo de su organismo. Necesita que lo traten nuestras sanadoras, pues es su única posibilidad de sobrevivir.

Medrixa se levantó de su silla y se paseó un rato por la estancia con el ceño fruncido. Kleria no conseguía leer nada en su expresión.

—No puedo creer lo que me contáis —soltó al rato—. Habéis violado una ley vital para nosotras trayendo a ese hombre aquí. La última vez que un hechicero pisó nuestra tierra vivimos la situación más humillante de nuestra historia. No permitiré que eso vuelva ocurrir.

Se sentó de nuevo en su silla antes de terminar. Kleria sentía que el peso del mundo caía sobre sus hombros.

—Hablo pues en nombre del Consejo Carmesí cuando estimo que ese hombre no puede entrar en Krahedia y que a vosotras, como castigo y siendo muy clementes, se os ordena volver al exterior a cumplir la misión que os habéis autoimpuesto. Si conseguís regresar con vuestro objetivo cumplido, se estudiará de nuevo vuestro caso y se debatirá si sois merecedoras de que se os retire la condena que esta infracción puede acarrearos. Hasta entonces, no sois bienvenidas aquí. Se os aprovisionará y partiréis de inmediato.

Kleria se negaba a creer lo que estaba escuchando y recibía la sentencia con el rostro desencajado. Acababan de firmar la sentencia de muerte para Árgoht.

—Que mi palabra sea respetada y mis órdenes llevadas a cabo con toda celeridad —dijo mirando a Jandries, que se acercó de nuevo a las dos guerreras, invitándolas con su presencia a ponerse en pie.

—Por favor, ¡recapacítate! —rogó Kleria—. Podemos aprender mucho de él.

—¡No seas insolente! Muéstrame el respeto debido y acata la decisión del Consejo.

—¡Yo no veo al Consejo por ning...!

Kleria calló al notar la mano de su amiga sobre su brazo instándola a guardar silencio. Con un gran esfuerzo consiguió morderse la lengua justo a tiempo, pues Medrixa la observaba esperando a que terminara la frase como si estuviera deseando dar la orden de detenerlas y encerrarlas, retractándose de la orden precedente que las condenaba al exilio. Ondriva la miraba implorándole que recapacitase. Con un suspiro, se deshizo del contacto de su amiga y salió airada de la estancia seguida de cerca por Ondriva y Jandries.

—¿Estás loca? —casi le gritó Ondriva cuando estuvieron a algunos metros de distancia—. Has estado a punto de firmar tu sentencia de muerte. ¡Y la mía de paso!

Kleria bajó la cabeza.

—Tienes razón, discúlpame hermana. Perdí los nervios por un momento. ¡Es que no puedo creer lo que nos ha dicho!

—Así son las cosas y no tenemos el más mínimo derecho a reclamar otra justicia. Ha sido más clemente de lo que esperaba.

Kleria miró a su amiga y vio hasta qué punto la había condenado pidiéndole que la acompañara en aquel viaje. En cierto modo, se alegró de que Hertania no hubiera estado presente en aquella conversación, pues no habría podido controlarse y probablemente ahora mismo estarían de nuevo camino del calabozo. Anteria se unió a ellas.

—No nos ha hecho ni caso —se quejó Kleria.

—No puedo decir que no me lo esperara.

—Pensé que al menos me prestarían oídos...

Jandries las instó a seguir avanzando hasta que llegaron de nuevo a la escalera y salieron al exterior en el más absoluto silencio para dirigirse de regreso a las puertas de la ciudad. Kleria intentó grabar en su mente cada imagen de su tierra natal en la retina, pues no podía saber cuánto tiempo tardaría en volver a poner sus pies en ella. La sombra del volcán Kâditeis se alargaba y comenzaba a disminuir la temperatura. La tarde avanzaba con rapidez, pero la zâghera deseaba que aquel día no terminara jamás. Tiempo atrás había salido de allí por decisión propia y lo había hecho orgullosa, pero ahora que el exilio le había sido impuesto, se corazón le pedía demorar todo lo posible la partida. Ondriva también avanzaba con la cabeza gacha, abatida.

Jandries las guio de nuevo hasta el embarcadero. Cuando llegaron a la escalinata de acceso, Kleria aceleró el paso. Necesitaba saber cómo se encontraba Árgoht, que seguía bajo la estrecha vigilancia de una de las Guardianas, aunque una diferente de la que dejaran allí esa mañana.

—No se ha movido —informó a su superiora.

—Gracias. Retírate.

Con una leve reverencia, la guerrera se retiró a las escaleras mientras Kleria saltaba al interior del bote. Los caballos habían sido desembarcados y pacían, amarrados a la pared de roca a través de unas argollas. Los tres estaban serenos y esperaban pacientes que se les llamara de nuevo.

Cuando Kleria retiró la manta que cubría el cuerpo del hechicero supo que estaba muerto. Había llegado demasiado tarde y había sucumbido al poder del veneno que le recorría el organismo. Tan pésimo era su estado. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que su pecho se movía aún, aunque apenas tenía fuerzas para tomar resuello y las respiraciones eran lentas y demasiado espaciadas. La mujer respiró aliviada. «Aún no es demasiado tarde», pensó, aunque enseguida recordó que lo que les esperaba era el camino de regreso a Virnar, y no sabía si el hechicero tendría fuerzas para soportarlo.

Jandries subió al bote con ellas, pero Anteria se quedó en el amarradero.

—Adiós, hija.

Kleria desvió por un momento la atención de Árgoht y se acercó a abrazar a su madre. Estaba inusualmente seria, dadas las circunstancias, pero no hizo ningún comentario al respecto.

—Cumpliré mi misión y volveré, madre.

—Lo sé, hija mía, pero vuelve sana y salva.

Se abrazaron de nuevo.

—Que el viento te sea favorable y te devuelva a casa.

Dicho esto, se apartó de su hija y fue a apostarse junto a la Guardiania que observaba la escena al pie de la escalera. Ondriva subió a bordo a sus monturas y Jandries comenzó a desamarrar los cabos. En unos instantes, el *Ola Negra* se mecía de nuevo al ritmo de las olas. Mientras aún estaban cerca del embarcadero, la zághera ordenó a la mujer que había sido encargada de vigilar a Árgoht que debía ir a informar a Medrixa de que su orden había sido ejecutada con eficacia. Sin dudarlo, la guerrera se lanzó escaleras arriba a cumplir la orden. En unos instantes se había perdido por la parte más alta de la ancha escalera de piedra.

El *Ola Negra* navegaba en dirección a la Boca de Beckäla desde donde Kleria debería reanudar su búsqueda y asumir que nada más podría hacer por Árgoht. Se sentó en la parte trasera del bote, junto al cuerpo del hombre, y se rindió a la evidencia.

Entonces, cuando ya había perdido toda esperanza, las circunstancias dieron un giro inesperado de mano de la persona más inverosímil.



Argueldes llevaba treinta y dos años al servicio de la casa Taren. Su pelo había encanecido primero y desaparecido después atendiendo a Kreón y antes que a él a su padre. Siempre se le había valorado por su discreción y su eficiencia en cada labor que se le asignaba. En todo ese tiempo nunca se le había llamado la atención ni había recibido reprimenda alguna. Era un hombre que conocía muy bien su lugar en el mundo y lo aceptaba con orgullo. Desde ese lugar podía enterarse de muchas cosas, y a medida que aumentaba su autoridad entre el servicio real, crecían sus responsabilidades. Entre estas se encontraba organizar a los miembros de dicho servicio para que todos se mantuvieran ocupados y nadie holgazaneara. Esta labor le permitía tender una pequeña red de contactos que constaba de muchos ojos y eran muy pocas cosas las que se escapaban de su atención. Era raro que alguna circunstancia le sorprendiera o le pillara desprevenido.

Por ello, la situación que en aquellos momentos se vivía en palacio le desconcertaba especialmente. Con la bandeja de comida en la mano, cogió aire y tocó con suavidad en la puerta que se erguía ante él. Desde el interior le llegó la voz del rey Kreón.

—¿Quién es?

—Soy Argueldes, mi señor. Le traigo la comida.

—Pasa.

El sirviente entró en el dormitorio y sintió el terrible olor que flotaba en el recinto. Las cortinas estaban corridas, por lo que apenas entraba un resquicio de luz a pesar de ser mediodía. Solo un par de velas casi consumidas le permitieron vislumbrar, sentado en el borde de la cama con los brazos apoyados en las piernas y la mirada clavada en el suelo, a su rey.

—Le traigo el almuerzo, mi señor.

Kreón no respondió. Tras unos instantes, Arguedes insistió.

—¿Mi señor?

El rey alzó la cabeza. Arguedes no pudo evitar sentir lástima por aquel hombre destruido. Desde que Loena había desaparecido se había encerrado en su dormitorio, roído por los remordimientos. Enviaba continuamente patrullas a cada rincón del reino, pero todo esfuerzo había resultado infructuoso. No había recibido pista alguna sobre el posible paradero de su hija. Apenas comía y no se había lavado en los cuatro días que llevaba desaparecida. Había perdido mucho peso y le estaba creciendo una barba sucia y descuidada.

—Déjala ahí, viejo amigo. Déjala.

De nuevo hundió la cabeza y clavó la vista en la alfombra.

Ese día parecía estar especialmente abatido, así que depositó la bandeja en una pequeña mesa y salió sin hacer el menor ruido. En el pasillo le sorprendió la reina Fasila.

—¡Mi señora!

—¿Cómo está?

—Mal, como todos estos días. No sé si querrá comer. No me he atrevido a darle las últimas noticias, mi señora. Espero que sepáis perdonarme.

—Está de más decirlo, mi querido Arguedes. Pero a mí sí debes contármelas. Sé que el capitán te está informando directamente a ti y me parece bien, pero quiero saber qué ocurre. Te ruego que me mantengas al día.

—Por supuesto. La última patrulla llegó esta mañana tras cuatro días de búsqueda. Recorrieron cada palmo de terreno hasta la frontera norte, desde Arhan hasta los límites de las minas de Clemthan, pero sin noticias. La princesa no ha dejado rastro alguno.

La reina escuchó las palabras de Arguedes estoicamente, pero él sabía cuánto daño le estaban haciendo. Aunque lo disimulaba mejor, estaba tan abatida como su esposo.

—Gracias Arguedes, puedes retirarte.

El viejo sirviente hizo una leve reverencia y se alejó por el pasillo. Fasila se quedó ante la puerta como antes lo estuviera su más leal asistente. Cogió aire y abrió sin llamar.

Sin hablar, se sentó en la cama junto a su marido. Apenas sintió Kreón la presencia de su esposa junto a él, rompió a llorar y hundió la cabeza en su pecho. Fasila se limitó a abrazarlo y esperar a que se le pasara.

—No puedo soportarlo más —dijo él—. Todo es culpa mía.

Lady Fasila nunca había visto a su amado en aquel lamentable estado. Sucio y demacrado, se había hundido en la desesperación.

—No ha sido culpa tuya. Nadie podía haberlo previsto.

—¡Somos sus padres! ¡Debimos verlo venir!

Kreón se puso en pie y comenzó a pasearse por la habitación. Sus pies descalzos

no hacían ruido en las mullidas alfombras.

—Loena es una muchacha impulsiva, eso sí que lo sabíamos, aunque jamás podríamos haber sospechado que tomaría esa decisión. Pero la encontraremos.

—Ya debería haber vuelto. Nuestras patrullas ya han peinado gran parte del reino.

Se puso en pie ella también y se situó frente a su rey. Con suavidad exquisita, le obligó a alzar la mirada y fijar en ella sus ojos rojos e hinchados.

—Debes ser fuerte. Tu reino te necesita.

—No puedo. Debí ser clemente con Yindala, eso habría evitado todo esto. Quise ser estricto cuando no debía serlo. El exilio habría sido más adecuado. ¡Era Yindala, por los dioses!

Fasila prefirió no responder, pues estaba de acuerdo con esas palabras y decirlo solo conseguiría agudizar el dolor de su marido.

—Esto nunca debió pasar... Si la encuentro, romperé el pacto con Clemthan. Ella es más importante.

Fasila se asustó de pronto. Kreón había perdido completamente la perspectiva debido al dolor.

—Ya hablaremos de eso cuando vuelva. Ahora hay cosas más importantes...

—¿Qué puede haber más importante?

El rey clavó una mirada desafiante en su esposa, que le respondió con una sonrisa cariñosa. Le cogió de la mano y le obligó a seguirla hasta la mesita donde Arguedes había dejado la bandeja con el almuerzo.

—Que comas.

Kreón se sorprendió y no pudo evitar una triste sonrisa.

—Siempre te preocupas por mí.

El rey abrazó a Fasila y le dio un beso en los labios.

—Sin ti estaría perdido. Más aún.

Para satisfacción de la reina, Kreón se sentó y cogió del plato un pedazo de carne y un trozo de pan. Comió despacio y con semblante taciturno y, aunque dejó más de la mitad, Fasila se sintió conforme.

—Espero —dijo cuando supo que no probaría un bocado más—, que me hagas el inmenso favor de lavarte.

Kreón asintió como un niño que recibe una reprimenda, pero con el semblante triste. Se miró a sí mismo como si fuera la primera vez que veía sus propios brazos y piernas.

—Apesto.

Fasila salió al pasillo y mandó llamar a Arguedes.

—Sí amor mío, apestas. Pero eso va a cambiar. Volverás a ser el rey que tu pueblo necesita. Loena regresará, y necesita encontrar aquí a su padre, no a un mendigo quejoso. Además, debes estar fuerte y vigoroso para darle la reprimenda que se merece.

Esta vez Kreón no pudo evitar reírse con las palabras de Fasila. Por un momento,

pareció ser de nuevo el rey de Lahmna, y su reina estuvo a punto de llorar de alegría.



La inmensa pared del Hielo del Sur se alzaba frente a ellas como una barrera insalvable. La costa de Krahedia quedaba cada vez más atrás, pero Kleria prefería no mirar. Ahora solo tenía el futuro y no debía entretenerse pensando en lo que dejaba atrás. Cumpliría su misión y ya vería después cómo se desarrollaban los acontecimientos. Sin embargo, aquellos pensamientos la abatían profundamente, tanto más cuanto más se acercaban a la boca del Paso de Bëckala. Jandries parecía inquieta y miraba continuamente hacia atrás.

De pronto, la Guardiania hizo algo que dejó a Kleria completamente desconcertada. Sin previo aviso, tomó el timón y desvió el rumbo hacia el sur, con lo que comenzaron a navegar en paralelo a la gigantesca pared del glaciar en vez de dirigirse hacia la salida.

—¿Qué...? —quiso preguntar Ondriva.

—No es momento de preguntas aún —la interrumpió la guerrera mirando en todas direcciones con signos evidentes de nerviosismo.

Tanto Kleria como Ondriva se miraron sin saber qué hacer ni qué decir. Era evidente que su hermana quería cambiar por completo el rumbo antes de que se hubieran acercado lo suficiente a la boca como para estar a la vista de las Guardianas allí apostadas, pero lo suficientemente cerca como para que su movimiento no fuera apreciado por las que vigilaban en la atalaya. Las corrientes de aire les fueron favorables y llenaron las velas del bote hasta que consiguieron navegar a una buena velocidad.

El sol se había ocultado ya por completo, aunque el cielo aún conservaba algunos tenues colores anaranjados por el este y la cara oeste del pequeño continente, aquella por la que ellas avanzaban, estaba casi completamente a oscuras, por lo que la presencia del bote debía pasar desapercibida.

Con la mirada, la sorprendente Jandries les dejó claro a sus dos hermanas que no daría explicaciones de momento.

Siguieron navegando a buen ritmo durante un rato y la noche les cayó encima. Kleria tuvo la ocasión de admirar de nuevo uno de los acueductos, pues pasaron bajo uno de sus gigantescos arcos de piedra. La estructura se alzaba muchos metros sobre sus cabezas y estaba construida en piedra gris que a punto estaba de confundirse con la noche. Si seguía su curso con la mirada, observaba cómo se introducía en el hielo del glaciar, formando con aquel una única piedra. En su vida todavía no había tenido ocasión de ver aquella magnífica estructura en funcionamiento, pero su madre le había contado muchas historias sobre ella, sobre cómo necesitaban varias semanas de bombeo continuo de agua caliente de los numerosos manantiales de aguas termales para conseguir aumentar la anchura de la Boca. Debía de ser un espectáculo digno de verse.

De pronto, la nueva capitana de la embarcación movió el timón ricamente tallado del *Ola Negra* y lo dirigió directamente contra la pared que conformaba la costa oeste de Krahedia. Kleria se sobresaltó, pues no entendía el motivo del cambio de rumbo. Contra el acantilado rompían las olas, aunque con suavidad y sin muchos aspavientos. Aún así, solo había piedra ante ellas.

Entonces notó que las sombras cambiaban ligeramente. Ondriva le señaló un punto concreto de la pared y, una vez que Kleria pudo fijar allí la mirada, distinguió una abertura en la roca. El bote se dirigía hacia aquel punto.

Fue como si la pared de roca se las hubiera tragado. En un instante estaban al aire libre bajo la bóveda oscura de la noche, y al siguiente estaban bajo un cielo de roca negra y húmeda que se perdía en las alturas. La gruta tenía el ancho suficiente como para que navegaran por ella dos botes como aquel, pero las paredes parecían querer pegarse a ellas de forma amenazadora. Jandries, sin embargo, maniobró con exquisita delicadeza el timón, esquivando las olas que rompían con la base del acantilado, de forma que en ningún momento se acercaron a la piedra lo suficiente como para que sus improvisadas pasajeras se pusieran nerviosas.

Tras unos minutos, llegaron a una minúscula playa de guijarros negros en los que el bote quedó varado sin dificultad y casi a oscuras.

—Bajad —les dijo la Guardiana sin ánimo de discusión al tiempo que saltaba a las frías aguas que, en aquel punto, le llegaban a los tobillos. Tiró un poco más del bote y lo afianzó con más fuerza entre los guijarros dejando la quilla sobre la orilla.

Kleria y Ondriva también pusieron pie en tierra. La gruta había desembocado en una enorme cueva de altísimos techos y forma casi circular, a pesar de que sus contornos se perdían en las sombras.

—Bajad al hechicero y los caballos.

Kleria y Ondriva estaban completamente desconcertadas. ¿Qué significaba aquello? ¿Había cambiado el Consejo su decisión? No podía creer que fueran a ejecutarlas allí, sin testigos y entre aquellas húmedas paredes. Era indigno. Kleria

desenvainó su espada.

—Primero explícanos qué hacemos aquí.

Jandries se echó a reír para sorpresa de sus dos hermanas al tiempo que se acercaba a Kleria. Esta no percibió hostilidad en ella y permitió que lo hiciera y le pusiera las manos sobre sus hombros.

—Ahora tienes que confiar en mí —le dijo perdiendo la sonrisa—. Si ese hechicero es tan importante para ti, vamos a hacer lo posible por salvarle la vida.

Ahora sí que Kleria no podía entender nada de nada. Guardó su arma lentamente y se dispuso, junto a Ondriva, a bajar a Árgoht de la embarcación. Cada día que pasaba estaba más consumido y apenas pesaba más que un niño de quince años. Entre las dos lo llevaron en volandas y lo depositaron en una gran roca plana sin que se mojara lo más mínimo. Bajar a los caballos fue más complicado, pues se resistían a saltar al agua, pero tras un rato de susurrarles palabras amables consiguieron depositarlos en las rocas secas, junto a Árgoht.

—Ahora debo irme —les avisó Jandries—, pero volveré con ayuda. Cuidad de él y cuidad de vosotras. Este lugar no es ningún secreto, pero es improbable que aparezca alguien esta noche. Sed prudentes e intentad abrigaros.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó Ondriva, incapaz de contener el torrente de preguntas que comenzaban a surgir entre las dos hermanas.

—Todo a su tiempo. Ahora tenemos otras prioridades. Pero confiad en mí, por favor, no os deseo ningún mal.

Kleria decidió confiar y dejó de hacer preguntas. Entre las tres volvieron a empujar el *Ola Negra* hasta dejarlo a flote y Jandries se perdió de nuevo entre las sombras de la gruta de acceso. Desde fuera les llegaba el sonido del viento y las olas rompiendo contra el acantilado. Un instante después, las dos mujeres estaban solas de nuevo.

Kleria se acercó hasta Árgoht. Estaba empapado por la fiebre y temblaba con violencia. Profundas ojeras enmarcaban sus ojos amenazando con devorarlos. La venda de la pierna volvía a estar completamente negra, pero no se atrevió a retirársela por miedo a lo que encontraría debajo. Lo único evidente es que el hechicero se estaba muriendo.

—¿Qué opinas de todo esto? —le preguntó a Ondriva que se había sentado a su lado con un suspiro mientras se quitaba las botas mojadas.

—No sé qué pensar —cuando terminó con el calzado, se soltó el pelo, cansada de la cola con la que se lo sujetaba continuamente. Así, relajada y algo desaliñada, parecía más mujer que guerrera y, aunque no era tan hermosa como Kleria, era muy bonita. Además, era más joven, lo que le daba puntos a su favor—. Parece que no tenemos muchas alternativas. ¿Confías en Jandries?

—Como dices, no tenemos alternativa. Pero no termino de entender qué hacemos aquí ni qué clase de ayuda puede brindarnos ella. Espero que no nos esté vendiendo.

—Si hubiera querido matarnos ya habría podido hacerlo.

Kleria no respondió a aquello. También ella se quitó las botas mojadas.

—Daría lo que fuera por unos leños secos.

Ondriva acercó su petate y sacó algo de comida para pasar el rato. En ese momento Kleria se dio cuenta de que llevaban muchas horas sin probar bocado. Las provisiones que les diera Ghara seguían intactas, pues durante el trayecto hasta la Boca de Beckäla, con el viento y la lluvia, no habían podido comer nada, y después tampoco. Estaban realmente hambrientas.

Entre las provisiones había carne, pan y vino, que se había mantenido fresco. Aquella comida fue como un bálsamo entre tanto sufrimiento que vivían esos días. Kleria se acercó y vertió algo de vino entre los labios de Árgoht, cuyo cuerpo hizo el gesto automático de tragar.

Kleria lo miró intensamente con un profundo pesar.

—¿Dónde estás, maldito hechicero?



Árgoht se encontraba por primera vez en su vida entre iguales. Aquellos hombres y mujeres que lo rodeaban eran todos hechiceros, algunos muy poderosos, cuyos conocimientos de la magia, el poder y los secretos mismos de la existencia superaban incluso sus más atrevidas conjeturas. Cada palabra que salía de sus bocas era el fruto de años de experiencia y sabiduría. Algunos de ellos llevaban siglos perdidos en aquel limbo inexplicable.

Por fin lo había entendido todo. Había sido capaz de recordar quién era y dónde estaba, pero no cómo había llegado allí, el por qué se había perdido en el *gehvaal* y por qué no era capaz de regresar. Se tocó la pierna, un hábito que había adquirido en los últimos días y que ya realizaba inconscientemente. Aunque allí no tenía una forma fiable de medir el tiempo ni si este avanzaba de la misma forma que en el mundo real, calculaba que debían haber pasado ya más de cinco días desde que despertara en aquel lugar, y la herida le dolía cada vez menos, algo que tampoco podía entender. ¿Habría muerto? ¿El veneno habría podido por fin con su resistencia? No tenía forma de saberlo.

—Árgoht, acércate —le dijo una voz en tono jovial.

Era Jexs, un joven hechicero de aspecto infantil aunque con cuerpo de adulto. De todos los presentes, este era el más sorprendente. Según le había contado él mismo, su carácter impetuoso le había llevado a alargar el *gehvaal* más de lo conveniente dada su escasa experiencia. La consecuencia fue que se perdió muy joven, sin haber podido siquiera vislumbrar el camino que debía llevarle hasta el Destino para el que había nacido ni vivir ninguna de sus Claves. Era muy triste, pero él se comportaba como si nada hubiera pasado. Llevaba en aquella cueva ciento seis años, según sus propias palabras, y Árgoht no dejaba de hacerse las preguntas que el propio Jexs no se hacía. ¿Dónde estaba su cuerpo? ¿Habría muerto ya?

El meledino se había percatado de que ninguno de los presentes se molestaba en buscar siquiera el camino de regreso, pues habían perdido definitivamente el vínculo que los ataba a su realidad. Sin embargo, él estaba ansioso por salir a buscar ese resquicio que le permitiera volver, pues no pensaba permanecer allí el resto de su existencia, entre aquellos seres vencidos que se habían rendido sin luchar.

—No todos —le explicó Oxios días atrás—, algunos hemos estado décadas caminando, buscando el sendero, pero sin éxito. Al final, nos pudo el desaliento y nos hemos resignado. Solo nos queda esperar el fin. A ti te ocurrirá lo mismo —terminó con una sonrisa que mostraba muchos agujeros donde debía de haber dientes.

Pero Árgoht no podía aceptar aquello así, sin más, aunque encontrarse entre todas aquellas esencias poderosas causaba un extraño embrujo en él. En cinco días había aprendido las palabras necesarias para ejecutar seis poderosos hechizos que él ni siquiera sabía que existían.

En el momento en que llegaba a la altura de Jexs, observó al fondo de la sala una silueta en la que no se había fijado antes. Era un hombre muy anciano, casi consumido por los años, que se encontraba sentado en una roca alta con las piernas cruzadas, muy lejos de los demás.

—¿Quién es? —le preguntó Árgoht al joven.

Jexs miró en la dirección que le señalaba Árgoht.

—Dicen que se llama Gurceas, pero nadie lo sabe con seguridad porque nunca ha hablado. Ha estado ahí desde el principio. Dicen que fue el primero, el que encontró este lugar. El Primer Perdido. Pero, como te digo, nadie lo sabe con seguridad.

—¿Por qué está tan envejecido?

Oxios le había explicado que allí nadie envejecía, que sus representaciones espirituales no manifestaban el paso de los años.

—De nuevo, no lo sé. Pero dicen que lo hace voluntariamente, para no olvidar que tiene un cuerpo que lo espera fuera.

Árgoht se maravilló con aquel hombre y no pudo dejar de mirarlo durante un largo rato. Gurceas, que parecía mirar al infinito, parpadeó un instante. «¿Me ha mirado?», pensó Árgoht, para descartarlo al instante atribuyendo el efecto a las sombras que envolvían al anciano. Aún así, no pudo evitar comenzar a andar hacia él, como si lo atrajera una fuerza inexplicable e irresistible.

Tuvo que trepar un poco para llegar hasta el punto en el que se encontraba el viejo hechicero y le costó un poco de esfuerzo, pero otra cosa que sabía Árgoht de aquel lugar era que no sentía las necesidades del cuerpo: hambre, sed, cansancio... Aquí solo se mostraban como manifestaciones físicas de una necesidad psicológica. Al no haber cuerpo como tal, no existían sus ataduras.

Árgoht llegó junto a Gurceas. Su cuerpo era apenas jirones de piel arrugada y seca sobre huesos delgados y de aspecto frágil. Todo el pelo se había caído mucho tiempo atrás y solo se cubría con una vieja túnica, raída y rota, que solo le tapaba un hombro y los genitales. El anciano no se movió ni dio muestras de percibir siquiera

su presencia, así que se limitó a sentarse a su lado con la espalda apoyada en la pared de roca. Unos metros bajo ellos podía verse el grupo de hechiceros perdidos dando vueltas por la caverna y Árgoht vio en ellos el símbolo de la decadencia de la magia, de la extrema dejadez. Él estaba dispuesto a luchar, y prefería morir en el camino a esperar allí sentado a que algo ocurriera.

Pasó mucho tiempo, y nada cambiaba. Gurceas seguía envuelto en su mutismo y Árgoht se limitaba a observar a los demás desde aquella posición privilegiada. Nada cambiaba.

Pasó mucho más tiempo. Árgoht empezaba a sentirse impaciente y se agitaba en su interior una llama que pronto le obligaría a ponerse en marcha aunque no supiera a dónde ir. Cansado del silencio de su compañero de atalaya, se puso en pie dispuesto a bajar de nuevo al suelo de la cueva.

En ese momento, Gurceas, el Primer Perdido, cuya voz nadie había escuchado nunca, habló.

—Árgoht Grandël —su voz era como la arena al rozar la roca, grave y seca, áspera y desagradable. Árgoht tuvo que hacer un esfuerzo para creer que en verdad le había hablado, pues su tono apenas pasó de ser un susurro. Volvió a sentarse—, debes encontrar el camino de vuelta. Este no es tu sitio.

Gurceas no lo miraba, ni siquiera movió un músculo de su cuerpo ajado.

—¿Cómo puedo encontrarlo? —se atrevió a preguntar el meledino con el mismo tono serio, tratando de contener su ansiedad.

—Solo ellas pueden.

Árgoht miró hacia abajo. Varias mujeres hechiceras deambulaban entre los hombres.

—¿Ellas?

Esta vez el anciano no respondió.

—Tienes que hallar el camino. Debes salir de aquí. El equilibrio entre los Guardianes se ha roto.

Árgoht se quedó en silencio tratando de interpretar aquellas palabras y temió que no fueran sino delirios de un loco. Nunca había oído hablar de Guardianes. Esperó un buen rato, pero el mago no dijo nada más. Se puso en pie y se dispuso a bajar, pero antes de que hubiera dado un paso, el anciano dijo sus últimas palabras, y esta vez helaron la sangre en las venas del hechicero.

—El Equilibrio se ha roto. La Piedra debe ser protegida.



Apesar de la complicada situación en la que se encontraba, Loena estaba disfrutando mucho con el viaje que estaba haciendo en compañía de Odema y la caravana de comerciantes. Estaba formada por más de una treintena de personas distribuida en una docena de carromatos de diversos tipos: abiertos, cerrados, grandes, pequeños... A veces le recordaba a una pequeña ciudad en continuo movimiento. Entre ellos había toda clase de personas: bardos, herreros, soldados retirados, cocineros, leñadores... Cada necesidad del grupo quedaba cubierta con celeridad por uno u otro miembro de la comunidad. Había también cinco niños, y un bebé que había nacido ante la atónita mirada de la princesa. Se sentía muy a gusto entre aquellas gentes, pero sabía que no podría viajar con ellos mucho tiempo más. Se dirigían a Trehn y, una vez que hubieran terminado allí sus negocios, volverían al norte, cosa que ella no quería hacer. Tendría que separarse de ellos y seguir su camino sola.

En los días que habían transcurrido habían visitado varias aldeas y poblados de cuya existencia Loena apenas había oídos hablar. Eran agrupaciones de casas cuyos moradores se dedicaban al pastoreo y la agricultura. Algunos de ellos le recordaron a Deis, pero había alguno más grande, con murallas incluso, como Häreenna, una ciudad costera que se alzaba en lo alto de un acantilado. Supo que había nacido como una torre de vigilancia, pues desde aquel punto se divisaban muchos kilómetros del Tar-Anmir, el Mar Gris. Alrededor de aquella torre fue surgiendo lo que ahora era toda una ciudad, aunque no había perdido su función de vigilancia y estaba dotada con una gran presencia militar que servía de ojos para los puertos, tanto de Quindarst como de Trehn, más al sur. A los pies de la ciudad, cientos de metros más abajo, el mar rompía con violencia entre los escollos, al pie del acantilado. Ante las puertas se extendía un pequeño pero frondoso bosque que había sido talado en parte para facilitar la vigilancia de los accesos a la urbe.

Mientras avanzaban despacio hacia la ciudad, Loena sintió un retortijón que la obligó a doblarse por la cintura. Iba caminando junto a Odema y otras dos mujeres y la conversación se interrumpió. Odema se acercó a ella, preocupada.

—¿Qué te ocurre?

—No lo sé —el dolor pasó, pero le dejó una extraña sensación en la boca del estómago. Todo ese día se había sentido hinchada y tenía las piernas cansadas—. Me duele el estómago y tengo ganas de vomitar. Creo que estoy enferma.

Una de las mujeres se acercó también y, sin decir una palabra, apoyó la palma de la mano sobre el vientre de Loena. Al instante, alzó la mirada hacia las otras mujeres con una gran sonrisa. Las tres rompieron a reír al unísono.

—No es el estómago que te duele, chiquilla —le dijo la mujer, divertida—. Es que está creciendo una criatura en el interior.

Loena no podía creer lo que acababa de escuchar.

—¿Cómo dices?

—¡Estás embarazada! —Odema comenzó a dar botes, como si fuera una noticia grandiosa.

«¿Embarazada?», pensó Loena. Imposible. Era lo último que necesitaba en aquel momento. De pronto se puso muy nerviosa, como si le faltara la respiración. Era joven aún y en ningún momento había entrado en sus planes traer un hijo al mundo.

—Tranquila, niña —le dijo Odema con una gran sonrisa en los labios y apoyándole una mano en el hombro—. Es normal. Tómalo con calma.

Pero Loena no quería tomárselo con calma, lo que quería era gritar, alejarse lo más posible de allí, de aquellas mujeres que la miraban con expresión maternal y chillar hasta romperse la garganta. No quería aquello. Pero poco a poco, esa sensación pasó. Apoyó una mano sobre su vientre y una extraña calidez la embargó al tiempo que una felicidad tenue e inesperada invadió todo su cuerpo. Sin poder evitarlo, acabó sumándose al jolgorio de sus amigas.

Horas después, desde que pudo alejarse de sus nuevas amigas, buscó una roca algo alejada donde sentarse y reflexionar sobre aquello. Tenía en su vientre un hijo de Vâhlere. ¿Era aquello lo que deseaba? No se atrevía a afirmarlo, y aquello le inquietaba. Siempre había pensado que cuando llegara este momento todo sería algarabía y habría una fiesta en su honor, con su madre llorando de la emoción y su padre con la voz ahogada. En cambio, estaba sola, perdida en mitad del reino y muy lejos de los cálidos brazos de su madre. Se hundió de repente, como si el peso de cuanto había perdido le cayera de pronto sobre los hombros.

En ese momento se sintió la persona más desdichada del mundo.

En Härenna se detuvieron un día entero. Fueron horas de actividad frenética y, aunque Loena estaba deseosa de tener tiempo para dar un paseo por la pequeña ciudad, Odema la tuvo ocupada toda la mañana, insensible al hecho de conocer su

nueva condición. Aunque solo llevaba tres días con ellos trabajaba como una más, y estaba totalmente integrada en el grupo, si bien evitaba a toda costa cruzarse con Daslin y sus secuaces, pues había notado que la miraban mal y les tenía miedo. No sabía qué esperar de ellos, así que prefería evitarlos, aunque nunca les quitaba el ojo de encima.

Odema había descubierto en Loena un talento inesperado: tenía un ojo exquisito para las telas y los vestidos. Gracias a ella habían conseguido varias compras acertadas que les habían reportado buenos beneficios. La mujer en ningún momento le preguntó dónde había adquirido aquellos conocimientos, y ella no quiso comentarlo. Entre las dos se había establecido un tácito acuerdo mediante el cual Loena aportaba todo cuanto podía al grupo y Odema no le hacía preguntas. En los días que la princesa llevaba fuera de Quindarst había cambiado mucho y había erradicado aquellos comportamientos que podrían haber delatado su condición exquisita. Se había embrutecido aposta, lo que le había permitido entrar con más facilidad en el grupo de jóvenes mercaderes que al principio la miraban como un bicho raro. Pocos de ellos sabían leer o escribir, por lo que Loena prefirió no alardear en modo alguno de su educación. Cuanto menos supieran de ella, mejor sería.

Las jornadas pasaban muy plácidas, pero dos hechos rompieron toda su tranquilidad ese día. Loena estaba a punto de tomarse un descanso para comer, cuando escuchó de boca de un cliente noticias sobre Quindarst. No lo estaba atendiendo ella, pero no pudo evitar interrumpir para preguntar.

—Dicen que la ciudad anda muy revuelta, a punto de sumirse en el caos —dijo el hombre.

—¿Cuál es el motivo? —preguntó ella nerviosa.

—Nadie lo sabe con seguridad. Lo único cierto es que el rey ha desaparecido. Hace días que no da señales de vida, y la reina tiene mal aspecto, como si estuviera extenuada. Los rumores dicen que ha debido ocurrir una desgracia en la familia, pero nadie sabe nada con certeza. Ahora es el Consejo el que lleva las riendas, pero sin el rey para otorgar la última palabra, discuten más de lo que gobiernan.

El cliente no fue capaz de añadir nada más a lo dicho y no le dio mayor trascendencia, pues él era del sur, pero aquellas palabras perturbaron mucho a Loena. Por una parte, le consoló saber que no se había hecho pública la verdad, por lo que su búsqueda debía estar haciéndose de forma discreta. Pero su corazón se encogió de dolor y tristeza al comprobar el daño que había provocado a su familia. Y, ¿para qué? Para vivir cómo una nómada, sin hogar ni posesiones, sin saber rumbo ni destino. Se sacudió aquel pensamiento de encima diciéndose que aun era pronto para saber si había tomado la decisión correcta, pero no consiguió alejar de sí la congoja.

Pasó el resto de la tarde escondida lejos de Odema, excusándose en que se encontraba mal para no tener que trabajar, pero es que la angustia le hacía distraerse continuamente. ¿Y si se daba cuenta de que aquello no era lo suyo? Hasta ahora estaba disfrutando mucho de su recién adquirida libertad, pero ¿y si cambiaba de

opinión? ¿Podría volver?

Dedicó la tarde a dar el tan deseado paseo por la ciudad, y volvió a última hora, justo a tiempo para atender a un último cliente que quería comprar unas telas muy delicadas. Estaba deseando terminar para ayudar a recoger y poder irse a la cama. Tenía mucho en lo que pensar. Casi simultáneamente se enteraba de que había problemas en su ciudad y de que estaba embarazada, dos noticias demasiado importantes como para asimilarlas de una sola vez.

En ese momento Redast y Jog, con síntomas de llevar muchas horas de bebida a las espaldas, pasaron frente a ella dando voces. Al verla se detuvieron entre risas.

—¡Eh, guapa! ¿Vienes a divertirte un rato?

Loena lo ignoró y siguió atendiendo al cliente.

—¡Oye, te estoy hablando! —le gritó Redast al tiempo que se acercaba con paso tambaleante.

Loena previó un altercado si seguía ignorándolo, así que prefirió contestar.

—Lárgate Redast, estoy ocupada.

—Vaya, vaya... Fíjate Jog, la jovencita tiene lengua y todo.

Loena notó que el comprador comenzaba a inquietarse. Su atención se había desviado de la tela que ella le mostraba hacia los dos hombres que se acercaban. Mala cosa.

—No encontrará nada mejor en muchos kilómetros a la redonda —dijo para volver a centrar al cliente.

—¡Vente con nosotros! —gritó Jog, interrumpiéndola de nuevo—. Terminemos lo que empezamos el otro día.

Loena les dirigió una mirada fulminante.

—¡Largaos! —le dijo con los dientes apretados.

En ese momento, el cliente, un hombre gordo con los dedos cargados de anillos de plata, soltó la pieza que tenía en la mano.

—Quizás otro día.

Y se fue con paso ligero y una expresión de desagrado en el rostro.

—¡Mira lo que has hecho! Ese hombre iba a hacer una buena compra. ¡Estúpido!

Loena se arrepintió al instante de aquellas palabras, pero no lo suficientemente rápido como para evitar el golpe que le propinó Redast, cuyos reflejos en nada se habían visto mermados por la borrachera. Le pegó una bofetada que le hizo saltar las lágrimas y le dejó la mejilla ardiendo en rubor. Cuando alzó la mirada, no había rastro de ebriedad en el mercenario.

—¡Jamás vuelvas a hablarme en ese tono, perra!

En ese momento apareció Odema.

—¡Redast!

—Vaya —rio Jog con gesto de fastidio—, se acabó la fiesta.

Pero Redast no se reía y no le quitaba la furiosa mirada de encima a Loena.

—¡Redast!

Esta vez Odema consiguió que el aludido la mirara.

—Si vuelves a hacerme perder un cliente me encargará personalmente de que Ferses te corte un dedo de la mano por cada artículo que deje sin vender.

Redast miró de arriba abajo a Odema, desafiante. Tras unos instantes de enfrentamiento silencioso, decidió que era mejor dejarlo correr.

—Tranquila, vieja. No pasa nada, ¿verdad preciosa?

Loena no respondió y se alejó corriendo de allí, llorando de impotencia, dolor y rabia.

—¿Ves? —le dijo Redast a Odema. Su voz de nuevo pastosa y ebria—. Asunto resuelto.

Y siguieron su camino entre risas.

A la mañana siguiente continuaron en dirección a Trehn, ciudad a la que, si todo iba según lo previsto, llegarían en unos tres días más. Cuando apenas habían pasado unas horas de su partida de Härenna, ocurrió lo que Loena más temía.

La casualidad quiso que ella estuviera cerca de la cabeza de la comitiva cuando un grupo de hombres, soldados de Quindarst, llegó al galope, pasó de largo y les dio el alto unos metros más adelante. Ferses asumió el control y se encaró amablemente con el grupo de doce hombres. Iban ataviados con armaduras ligeras y bien armados, prueba de que no estaban solo de patrulla. Iban buscando algo, y Loena sabía muy bien el qué.

La princesa trató de templar sus nervios, pues si la notaban ansiosa lo único que conseguiría sería fijar más la atención sobre ella. Por el mismo motivo, no debía tratar de esconderse aunque se introdujo sutilmente en uno de los carromatos. Había cinco personas allí y se buscó un hueco al fondo. Tendría que confiar en que su cambio de aspecto fuera suficiente para hacerla pasar desapercibida. Sus padres la habrían descubierto con un simple vistazo, pero lo más seguro era que aquellos hombres no la hubieran visto más que de lejos, lo que hacía muy difícil que la diferenciara de cualquier otra muchacha pelirroja.

—Buenos días, caballeros. ¿Va todo bien?

—Andamos buscando a alguien. ¿Quiénes sois y a dónde os dirigís?

—Supongo que no querréis saber el nombre de todos nosotros, pues somos más de treinta. Os bastará saber que yo me llamo Ferses y lidero a este grupo. Somos meros comerciantes y venimos de Deis. Nuestro destino final es Trehn, si tenéis a bien.

—Tendremos que registrar los carros. Estamos buscando a alguien.

—No tengo nada que ocultar. Os invito a buscar si así lo deseáis. Solo os pido que no molestéis a los niños y no revolváis demasiado.

Cinco soldados descabalgaron y se fueron acercando, uno a uno, a todos los carromatos para echar un vistazo a su interior escrutando los rostros de cuantos

viajaban en ellos. Loena se encontraba en el tercero. Una de las personas que la acompañaban era Pova, una muchacha de larga melena castaña y ojos verdes. No era muy agraciada, pero llamaba la atención y estaba sentada cerca de la entrada.

—¡Tú! —dijo de pronto uno de los soldados señalando hacia la joven, que dio un brinco sobre el asiento de madera—. Baja ahora mismo.

Pova miró a Odema con el miedo reflejado en el rostro.

—Tranquila querida, que no pasa nada.

Ella se levantó también y ayudó a la chica a bajar. El temblor de piernas casi le hace caer. Fue una suerte se pareciera ligeramente a ella y coincidiera con la descripción que aquellos hombres tenían de la princesa.

Se llevaron a un lado a la aterrada Pova y desde el interior del carromato Loena pudo escuchar cómo los soldados la interrogaban. Odema respondía por ella, pues la muchacha apenas conseguía balbucear las respuestas. Tras un rato de tensión, los hombres de su padre parecieron convencerse de que en efecto aquella chica no era la persona que andaban buscando, se subieron a los caballos y siguieron su camino al galope. Quizás si no les hubiera llamado la atención Pova se habrían fijado más en ella.

Había tenido mucha suerte.

Esa noche perdió el sueño y estuvo varias horas dando vueltas sobre sí misma antes de dormirse. Se preguntaba una y otra vez qué derecho tenía a poner en riesgo las vidas de aquellas personas que tan amablemente la habían recibido en su comunidad. Justo antes de dormirse, llegó a la conclusión de que, una vez llegaran a Trehn, embarcaría en el primer transporte que partiera hacia el continente de Tasea, muy lejos de allí.

Sería una larga travesía, pero más allá del mar dejaría todo su pasado atrás. No la encontrarían jamás.



El tiempo pasó muy despacio para Kleria y Ondriva. Los caballos se agitaban, inquietos por encontrarse encerrados entre aquellas frías paredes de piedra, sin nada que comer ni a donde ir. Las zágheras no estaban mejor, pero al menos disfrutaban de una paz tensa. Ondriva se había quedado dormida, pero Kleria, a pesar de que se sentía agotada, no quería quitarle la vista de encima a Árgoht. Su respiración era entrecortada y no dejaba de temblar. Lo había abrigado todo lo que había podido, pero sus temblores le venían de dentro, no de la temperatura exterior. De cuando en cuando le escuchaba gemir, y no sabía si aquello era bueno o malo.

Desde que era niña siempre había tenido muy claro el camino a seguir. Su madre le decía que era muy decidida y tozuda, que cuando se marcaba un objetivo, perseveraba hasta que lo lograba. Además, siempre tenía un plan, algo que hacer, una respuesta para todo. Sin embargo, ahora no sabía qué pensar. No tenía ni idea de cómo podía ayudar.

Estaba sentada en el suelo, cubierta con la capa de viaje y con la espalda apoyada contra la pared, cuando escuchó un ruido a la entrada de la gruta. Al principio pensó que era el romper de las olas, pero enseguida distinguió el chapoteo de una embarcación que se acercaba.

—Ondriva, despierta.

La joven no necesitó que se lo repitieran y en unos segundos estaban ambas en pie y alerta, con las manos en sus arcos, dispuestas a defenderse de quien quiera que apareciera ante ellas.

Un resplandor apareció reflejado en las paredes de piedra, más allá del recodo que protegía la cueva de la marea. Un segundo después apareció la fuente de la luz que lo generaba: era una antorcha anclada a la parte delantera del *Ola Negra*, que entraba en la cueva con las velas replegadas y un navegar lento y cuidadoso. En el bote viajaban

Anteria y otras dos mujeres desconocidas para Kleria.

—¡Madre!

Ondriva y ella ayudaron a varar de nuevo el bote y las tres desembarcaron con agilidad. Anteria abrazó a su hija fugazmente.

—Madre, ¿qué está pasando?

—No hay tiempo. Te presento a Himas y Polxes, ellas pueden ayudarnos.

Kleria comprendía cada vez menos, y su estupor aumentó cuando las dos desconocidas se aproximaron al cuerpo derrotado del hechicero y comenzaron a extraer productos de un gran petate que portaban.

—Las preguntas después —se anticipó su madre viendo el profundo desconcierto en el que se habían sumido tanto ella como Ondriva. Una vez más, Kleria tuvo que confiar. Se acercó a ver lo que las dos nuevas mujeres estaban haciendo.

—¿Son...? —comenzó a decir Kleria.

—Sanadoras, sí —concluyó Anteria con una gran sonrisa—. Vete encendiendo un hoguera, hija. Hay leña en el bote.

Kleria no dijo más, pero observó con atención cada paso que daban las dos mujeres al tiempo que recopilaba algo de leña. Ondriva se la quitó de las manos y se encargó ella de hacerlo al ver que su amiga estaba demasiado distraída con la actividad de las sanadoras, que comenzaron retirando el negro vendaje. Cuando la herida quedó descubierta, ambas acentuaron su expresión de preocupación. Había empeorado desde que Kleria la viera por última vez. La carne estaba corrompida desde la rodilla hasta la ingle, con oscuras vetas rojas que atravesaban la piel como relámpagos de sangre coagulada. El hueso se intuía bajo la piel correosa y deshidratada. Con apenas tocarla por parte de las sanadoras, esta se quebró y comenzó a fluir una sangre densa y oscura de muy mal aspecto. Sin perder un segundo, Polxes comenzó a aplicar un ungüento de color amarillo tierra sobre la piel alrededor de la herida mientras Himas mojaba paños en el mar y se los aplicaba a Árgoht en la frente.

—Primero debemos asegurarnos de que los tejidos que aún se pueden salvar no se deterioren más —informó Polxes mientras aplicaba la crema con fruición, cosa que le llevó un buen rato. Al mismo tiempo iba recitando palabras en el antiguo idioma que solo ellas conocían. Se decía que el poder de aquellas sanadoras radicaba tanto en su conocimiento de la medicina como en el de la magia. Y en eso tenía puestas Kleria todas sus esperanzas. El Pastor Voluthan no había sido capaz de erradicar el mal que se había apoderado del hechicero porque no pudo romper el lazo mágico que los mantenía unidos. Sus conocimientos eran mucho más limitados. Pero estas mujeres llevaban siglos perfeccionando la curación mediante magia y se desenvolvían a la perfección con ella.

Cuando hubo terminado con la piel alrededor de la herida, Polxes sacó dos paquetes de hierbas, extrajo de ellos dos pellizcos con los dedos y los mezcló en un pequeño cazo que puso al fuego después de añadirle un poco de agua salada. Himas,

mientras, seguía aplicando paños húmedos con las dos manos apoyadas en sus sienes.

—Es peor de lo que imaginábamos —dijo de pronto con el ceño fruncido—. Se ha perdido.

—¿Cómo que se ha perdido? —preguntó Kleria alterada—. ¿Eso qué significa?

Himas miró a Polxes, que asintió levemente con la cabeza instándola a hablar.

—Los hechiceros son escasos en nuestros días, pero sabemos muy bien cómo funciona su poder. Deben conectar con su fuente para extraer de ella la energía que les permite realizar los hechizos que les son característicos. Cuando se les agotan las fuerzas, deben recuperarlas de esa forma.

—Lo sé. Le he visto entrar en trance en alguna ocasión. La última vez fue justo antes de perder el conocimiento que no ha recuperado desde entonces.

—En efecto, en *gehvaal*. Solo ellos saben qué ven o sienten en ese estado, pero es un peligro si no tienen cuidado. Allí donde van pueden quedar atrapados, sin ser capaces de encontrar el camino que los traiga de regreso a la realidad. Su espíritu queda entonces vagando indefinidamente perdido por ese lugar ajeno hasta que tenga la suerte de recuperar el sendero o su cuerpo muera. Sin su espíritu para alimentarlo, no suelen durar demasiado, pero se han dado casos de hechiceros cuyos cuerpos han perdurado siglos después de que se han quedado perdidos y han sido capaces de volver. Ahora mismo, Árgoht está perdido, no queda nada de él. No siento su presencia en este cuerpo.

—¿Y qué pasa si su cuerpo muere mientras está en ese estado?

—No lo sé.

Kleria no sabía cómo interpretar esas palabras. Nunca había estado muy versada en asuntos de magia. Siempre había sido más partidaria de la espada, pero quizás, reconocía, debía haberle prestado más atención a esas materias.

—¿Qué podemos hacer entonces?

Himas y Polxes volvieron a mirarse entre ellas.

—Hay una forma, en teoría —respondió Polxes—. Pero no ofrece garantías y no sería segura para nosotras —esta vez hablaba mirando a Anteria—. No lo haremos.

Zanjando el asunto, retiró el cazo del fuego y vertió el contenido humeante directamente sobre la herida. Con gestos precisos, fue extendiendo el producto hasta que hubo cubierto con él toda la zona afectada. El ungüento siguió humeando aún un buen rato, pero el aspecto de la herida, en vez de mejorar, parecía empeorar.

Cuando Kleria lo hizo notar, Polxes le explicó el motivo con un suspiro, como si estuviera cansada de interrupciones y de tener que estar dando explicaciones.

—Es *grinosia*, un producto que destruye la carne muerta. Tardará aún un día entero en hacer efecto, quizás más viendo el aspecto que tiene, así que por hoy hemos terminado. Que nadie piense que esto va a ser coser y cantar. Llevará su tiempo y quizás nunca se recupere del todo.

—Él cree que el veneno tiene un origen oscuro —dijo Kleria.

—Es posible, pues no se parece a nada que nosotras conozcamos. Veremos cómo

evoluciona esta noche y mañana. Después, intentaremos otra cosa. Debemos hablar, Anteria.

La aludida se apartó a un lado junto con las dos sanadoras. Tras intercambiar algunas palabras que Kleria, a pesar del interés que puso, no fue capaz de entender, Anteria regresó con su hija mientras las otras dos volvían a subirse al bote y salían de nuevo a la oscuridad exterior.

Kleria se acercó a Árgoht. La herida había sido vendada de nuevo, lo que le confería un mejor aspecto, aunque fuera ficticio.

—Tienes que aguantar —le susurró retirándole el oscuro cabello de las sienes, aún húmedas.

Cubrió de nuevo su cuerpo con una manta y se puso en pie para encontrarse con su madre, que la observaba. También ella se abrigaba con una pesada capa de piel y pelo.

—Creo que tendrás que explicarnos algo —le dijo Kleria.

—Ahora sí puedes preguntar cuanto quieras.

—¿Cómo es posible que hasta hace unas horas estuviéramos abocadas a la desesperanza y ahora estamos aquí, siendo ayudadas y con la orden de exilio sin ejecutar?

—Siéntate —las tres zágheras se sentaron alrededor de la pequeña fogata que Ondriva se encargó de avivar con el haz de leña que Anteria les había traído. No era demasiada, pero les daría para calentarse un par de horas.

Kleria recordó entonces todas aquellas noches en las que su madre le había dicho: «Acuéstate», al tiempo que se sentaba al borde de su cama para contarle un relato fantástico sobre sus aventuras en el exterior. Siempre sentía que tras esa palabra comenzarían a ocurrir cosas maravillosas. Por muy irracional que pareciese, ahora sintió lo mismo, la misma emoción de que algo terriblemente trascendente estaba a punto de serle revelado.

—Estamos intentando cambiar las cosas —comenzó Anteria sin muchos preámbulos—. Algunas mujeres estamos organizándonos, cansadas de la condición de Paria, que tan indigna nos parece, aunque casi todas la aceptemos como el mal menor. Creemos que necesitamos abrir nuestros horizontes y explorar el mundo. No fui la primera ni he sido la última que ha sentido que Krahedia es una cárcel que nos corta las alas. Es un lugar hermoso, de eso no hay duda, y es cierto que hubo un tiempo en el que necesitábamos permanecer ocultas, pero las cosas han cambiado. Salir nos enriquece, no al revés.

—¿Cuántas piensan como tú? —intervino Ondriva, tan escandalizada como interesada.

—Somos bastantes, y cada día se nos unen más. Hay muchas mujeres que permanecen fuera, cansadas de las fronteras de hielo. Sus madres temen el momento de su regreso y que tengan que vivir apartadas de la sociedad y excluidas de cualquier acto público. Pero hay algo más por lo que luchamos: queremos que el hombre

vuelva a formar parte de nuestra sociedad.

Kleria no pudo evitar una exclamación.

—Sí, ya sé cómo suena, pero es natural y necesario. Yo conocí a uno fantástico y viví increíbles momentos a su lado. Nunca me he sentido tan feliz, ni antes ni después de haber estado con él. Son nuestro complemento y llevamos siglos ignorándonos y enfrentándonos a ellos en vez de intentar congeniar. Eso debe cambiar. No podemos seguir por el camino que hemos llevado hasta ahora.

—Supongo que el Consejo Carmesí no sabe nada...

—¡Por supuesto que no! Estamos esperando el momento adecuado, a tener la fuerza suficiente para comenzar a reclamar que se nos escuche. El Consejo se ha quedado obsoleto de tanto mirarse sus propios ombligos.

—¿Himas y Polxes están al tanto? —preguntó Kleria.

—Por supuesto. Himas están en la situación que te he comentado: su hija Trentas se fue en busca de una vida diferente y está convencida de que tarde o temprano volverá. Lo mismo le sucede a Jandries con una de sus hermanas de sangre. Polxes se ha unido a nosotras por convicción moral. Su ayuda es inestimable y su presencia aporta una gran fuerza a nuestra causa, de momento completamente secreta.

Kleria entendió entonces la actitud de la Guardiania y no pudo menos que admirar su coraje y valor. Su posición era especialmente delicada.

—¿Cómo ha justificado Jandries el desobedecer la orden directa que le dio Medrixa?

—Ha tenido que mentir descaradamente. Espero que no la descubran, pues ese sería el fin de su carrera. Ella ha actuado de propia voluntad, pues ha creído tu historia y en la trascendencia que ese hombre tiene en ella, según tú. A Himas y Polxes me ha costado más convencerlas, pero me han dicho que después de verlo están seguras de que deben hacer todo lo posible por salvarle. Han detectado un inmenso poder en él, tanto como para cambiar el mismísimo curso del Destino.

—¿Y tú qué crees, madre?

—Creo que si tú quieres que viva, para mí es motivo suficiente.



Desde que la caravana de comerciantes salió de Härenna, el tiempo empeoró notablemente. La primavera ya había hecho su aparición, y como prueba de ello se apreciaban infinidad de enormes capullos de flores que se esforzaban por alcanzar el cielo, pero el invierno parecía querer despedirse con un gran alboroto: una fuerte tormenta empapó en unos instantes sus ropas y el camino por el que transitaban, lo que ralentizó mucho la marcha y estropeó el buen ambiente reinante entre la comitiva después de los estupendos resultados de las ventas del día anterior. Necesitarían tres días más para llegar a Trehn, pero si el tiempo continuaba así, oyó Loena comentar a Ferses, tardarían cinco.

La tormenta duró toda una jornada y la mañana de otra, algo en verdad insólito. El ánimo de Loena estaba tan oscuro y triste como el clima. No podía dejar de pensar en Quindarst. ¿Ocurría algo malo con su padre? Un extraño presentimiento se había apoderado de ella, como si tuviera un espina clavada en al alma. Algo malo había ocurrido, estaba segura.

Apenas hablaba con nadie y se limitaba a dejarse llevar por el grupo sin ser consciente del camino que seguían. Cuando ya el aguacero hubo amainado, como tantas otras veces, se dio el alto para comer y toda la caravana se detuvo al instante. Loena no tenía ganas de hablar con nadie, así que se apartó un poco y se sentó sobre una piedra, al resguardo de un enorme castaño a cuya sombra y debido a lo espeso de su follaje, se estaba lo suficientemente seca. Había cogido un trozo de carne curtida, pan, queso y agua y estaba disfrutando de su solitario almuerzo, cuando oyó pasos que se acercaban entre los charcos. Al levantar la vista, encontró ante ella a Redast. Antes de que pudiera siquiera reaccionar se sentó junto a ella en la piedra. Su mera presencia le provocaba repugnancia, pero no se levantó por temor a despertar su ira. Para su sorpresa, el mercenario le sonreía y nada en su comportamiento le pareció

agresivo. Estaba tan mojado como ella, con la capucha de la capa cubriéndole inútilmente la cabeza y la barbita rala colgando como un trozo de piel vieja y seca. Le faltaban un buen número de dientes. Loena se quedó desconcertada cuando empezó a hablar:

—Vaya tiempo de mierda... Estoy deseando que llegue el verano. Yo soy hombre de secano.

Loena lo miró sin entender a qué venía aquello de hablar del tiempo.

—¿Qué quieres, Redast?

El hombre la miró como si estuviera realmente ofendido.

—Solo quiero hablar, chiquilla. ¿Está mal eso? Hemos empezado con mal pie nuestra amistad, y nunca es tarde para corregirse.

Esta vez, Loena se quedó muda de sorpresa y desconfianza.

—¿Sabes? Llevo casi un año con esta gente, cuidando de sus culos con mi espada, y tengo que admitir que estoy algo cansado. Para la porquería que el tacaño de Ferses nos paga, trabajamos más que nadie.

Loena se dijo a sí misma que no iba a responder a nada de lo que le dijera, pero no pudo evitar pensar: «Si beber y pelear se puede considerar un trabajo...».

—Tengo ganas —continuó—, de dejar todo esto de lado. De instalarme, encontrar una buena mujer, formar una familia y quizás abrir un negocio. Tanto tiempo con esta gentuza me ha servido para aprender algo de comercio... No soy un patán, ¿sabes?

Loena se limitó a asentir con la cabeza. No conseguía atisbar a dónde quería llegar con aquella cháchara.

—Pero antes de prestar mis servicios a sueldo fui soldado de una pequeña ciudad del este llamada Polik. Era joven y entusiasta... Quizás te hubiera gustado en aquella época. Conocí a mucha gente y me gané algunos buenos amigos. Por supuesto, a muchos de ellos los he perdido de vista, aunque de vez en cuando mis pasos se cruzan con algunos de ellos por puro azar. Eso me pasó ayer mismo. ¿Recuerdas la patrulla que nos alcanzó ayer?

Loena miró a Redast por primera vez. De pronto se había puesto alerta.

—¿Qué pasa con ellos?

—Pues que uno de ellos, el de menor rango, fue compañero mío en Polik. Era un inútil, y dado que aún es soldado raso, debe seguir siéndolo, pero hicimos buenas migas, compartimos algunas misiones y muchas borracheras. Es un buen tipo. Tenían mucha prisa, pero pudo dedicar un rato a saludar a un viejo amigo.

Loena empezó a ponerse muy nerviosa.

—Me aburres, Redast —dijo la princesa tratando de que no se le notara. Se puso en pie dispuesta a irse, pero el mercenario la sostuvo por la muñeca y la obligó a sentarse de nuevo.

—¿Qué haces?

—¿Sabes qué me dijo mi amigo? —Redast ignoró tanto su pregunta como su evidente incomodidad—. Que estaban en una misión secreta, aunque no tuvo

problemas en decirme a mí el motivo del secretismo. Están buscando a alguien muy importante, nada menos que a la princesa Loena Taren.

Loena se puso en alerta máxima.

—¿Sabes qué más? He estado en varios desfiles militares en Quindarst. Sabía que tu cara me resultaba conocida desde que te vi la primera vez. El corte de pelo no te favorece...

La princesa intentó zafarse de la presión de Redast, pero este incrementó la presión. De pronto el tono amistoso que había usado hasta ese momento desapareció por completo siendo sustituido por el que usaría un gato para convencer a un ratón de que se dejara cazar.

—Hasta ayer pensaba limitarme a violarte y darte algunos azotes...

—¡Suéltame, cerdo!

—... pero ahora tengo mejores planes para ti. Ni siquiera se lo he dicho a Daslin. Estoy seguro de que papá Kreón estará dispuesto a pagar una buena cantidad por ti. Aunque ahora que lo pienso, nada me impide violarte por el camino de todas formas...

Redast se echó a reír como un loco, pero agarró con la mano que le quedaba libre el esbelto cuello de Loena. Esta sintió el odio más intenso que había experimentado jamás. Muy despacio, a pesar del dolor que el mercenario le estaba causando, bajó el brazo hasta la cadera, buscando algo que llevaba guardado y que sabía que algún día necesitaría usar.

El mercenario se vio obligado a soltar a su presa y Loena consiguió volver a respirar casi con normalidad tras algunas toses. Redast se miró el pecho. Un poco más arriba de donde su corazón bombeaba la sangre al resto del cuerpo, el mango de una pequeña daga sobresalía desafiante. La miró sin saber muy bien qué significaba, pero pronto cayó en la cuenta. Miró a Loena con el rostro crispado por la furia más terrible.

—¡Perra!

Loena ya se había alejado algunos pasos de él.

Loena observaba la escena sin saber muy bien cómo reaccionar. Era la primera vez que hería a alguien, y sería la primera vez que provocaba una muerte. Y es que, aunque ella nunca lo había vivido tan de cerca, sabía a la perfección que a Redast le quedaban pocos instantes de vida.

El mercenario cayó al suelo de rodillas agarrando la daga que asomaba de su pecho y mirándose las manos empapadas de sangre que se mezclaba con la lluvia para caer al suelo del bosquecillo. En el caso de Loena, eran sus lágrimas lo que se mezclaba con el agua, disimulando el inmenso dolor que sentía en su corazón. Ella nunca había querido aquello, aunque sabía que más tarde o más temprano iba a tener un enfrentamiento con aquel hombre. En silencio, agradeció a Odema que le regalara la daga.

Pero ella no quería quitarle la vida a nadie, ni siquiera a ese ser despreciable y

repugnante que no solo acababa de decirle que iba a llevarla a su casa en contra de su voluntad, sino que había reconocido sin pudor que lo haría causándole el máximo dolor posible. «¿Qué alternativa tenía?», se preguntaba mientras observaba cómo se le iba la vida a Redast por el agujero del pecho.

Por fin, su cuerpo cayó desplomado sobre un charco. El instinto le decía que debía darle la vuelta para que no se ahogara, pero la sangre que comenzaba a teñir el agua de rojo le hizo espabilar. Sin pensárselo dos veces, echó a correr en dirección contraria a aquella en la que esperaba la caravana. No sabía cómo iban a reaccionar Ferses y Odema cuando supieran lo que había ocurrido, pero sobre todo temía la respuesta de Daslin. No, no podía enfrentarse a aquello. Corrió de nuevo, sintiendo en el pecho un dolor tan atroz como el que debía haber sentido Redast mientras un único pensamiento le llenaba el corazón:

«¿Qué va a ser de mi? ¿Qué va a ser de mi?».



—No puedo contarte nada —dijo Vâhlere.

—¡Oh! ¡Vamos! —se quejó su amigo Tremio—. Solo dame una pista. Dime dónde está el rey...

—Pero qué quieres, ¿qué me cuelguen? No insistas.

—Esta bien —se rindió por fin Tremio y tomó una copa de licor que vació de un trago—, pero esta me la debes.

—No te debo nada. No puedo decírtelo y punto.

Los dos amigos rieron. Tremio sabía que Vâhlere no le diría nada de lo que escuchaba en las reuniones del Consejo, y que bastante hacía con estar en aquella posada con él. Ahora era alguien importante, y su mera presencia allí podía causar mala impresión. Mentalmente, Vâhlere se estaba preparando para una reprimenda al día siguiente.

—Pero sí te diré que las cosas andan mal. En palacio nadie sabe muy bien cómo reaccionar. Ves a la gente pasar por los pasillos más angustiados que los habitantes de La Mugre. Nadie sabe lo que está pasando.

—Excepto tú —Tremio comenzaba su cuarta jarra.

—No empieces. Ni siquiera yo lo sé todo.

Durante un rato se limitaron a beber en silencio, observando a los clientes de la taberna. El ambiente había cambiado en los últimos días. Nadie sabía qué estaba ocurriendo, pero los rumores se disparaban en todas direcciones: algunos decían que el rey había muerto, otros que una epidemia asolaba a los habitantes del palacio... Vâhlere ya había escuchado muchos disparates. Se despidió de Tremio y salió de la taberna en dirección a sus habitaciones pues era tarde y a la mañana siguiente tenía una reunión. Estaba cansado de tantas reuniones, pues se habían multiplicado desde la desaparición de Loena. El rey se había sumido en la depresión y la poca coherencia

existente procedía de la reina Fasila. Ella les había delegado temporalmente muchas de las más importantes decisiones, así como la gestión de las tareas menores que a Kreón le gustaba hacer para estar más cerca del pueblo. Así, Vâhlere se vio de pronto asistiendo a juicios, lidiando contratos comerciales o ejerciendo de testigo en bodas cortesanas.

En ocasiones se sentía triste por Loena y por todo lo que había sacrificado. Sus planes se habían visto seriamente modificados desde entonces, pero estaba tan ocupado que apenas había tenido tiempo de echarla de menos. Estaba al tanto de todos los intentos infructuosos de encontrarla, aunque los indicios indicaban que no había salido de Lahmna y que se había dirigido al sur. Una pareja en Deis la había identificado con certeza, pero no habían podido precisar hacia donde se había ido, si bien estaban casi seguros de que les había dicho que volvería a casa. Era evidente que eso no había ocurrido.

El día siguiente fue uno de los más complejos desde que había llegado al Consejo. Ertundias Feger había asumido el mando durante toda aquella crisis. Era un hombre más dado al silencio que a la palabrería y solía escuchar más que opinar. Por ello, cuando exponía su punto de vista sobre algún asunto, era muy tenido en cuenta. Ese día llegó más serio que nunca. Tenía unas profundas ojeras que denotaban que había pasado una mala noche. Aunque era prácticamente calvo, su larga barba gris estaba revuelta.

—Señores —comenzó casi sin dar tiempo a los demás a sentarse—, se nos echan encima los días más difíciles que nos haya tocado vivir. Después de lo que les voy a comunicar debemos ser cuidadosos y muy meticulosos en las decisiones que tomemos, pues de ellas podrá depender el futuro del reino.

—¿Qué ha ocurrido, Ertundias? —interrumpió Luthar Then—. Nos estás poniendo nerviosos.

En efecto, Vâhlere notó que a todos se les había contagiado el estado de ánimo de su compañero, pues se olían una noticia terrible.

—No me andaré con rodeos. Lo que voy a decir debemos considerarlo del más absoluto secreto hasta que llegue el momento. Debemos gestionarlo correctamente si no queremos que se nos vaya de las manos...

Esta vez fue el anciano Hambrik el que interrumpió.

—¡Dilo de una vez!

Feger miró a cada uno de sus compañeros y carraspeó, para decir casi en un susurro.

—El rey ha muerto.

La noticia cayó sobre el grupo como una losa.

—¿Cómo?

—Anoche. Estaba durmiendo junto a la reina, cuando se ha sentido mal. Comenzó a vomitar sangre y un líquido negro y hediondo. Según me ha comentado Fasila, tenía la piel completamente amoratada y se hinchaba por momentos. No pudo

hacer nada. Diez minutos más tarde había caído inconsciente entre gritos de agonía. Al poco, el rey Kreón había muerto. Todo sucedió tan deprisa que la reina no tuvo tiempo de avisar a nadie.

Ninguno de los presentes conseguía salir de su estupor a pesar de que Ertundias había dejado de hablar. Fue el propio Vâhlere el que rompió el silencio.

—¡Qué manera tan horrible de morir! ¿Qué ha pasado? ¿Cuál ha sido la causa?

—Aún no lo sabemos. Los maestros están estudiando el cuerpo, pero me han anticipado que nunca habían visto algo como aquello: *fulminante y brutal* han sido sus palabras. Se temen la existencia de algún tipo de veneno, aunque reconocen que nunca habían visto ninguno que provocara esos síntomas. Están desconcertados, aunque no pierden la esperanza y siguen estudiando discretamente el cuerpo.

Un silencio tenso se abatió entre los miembros del Consejo, cada uno reflexionando a su manera sobre las repercusiones que aquello tendría sobre el reino.

—Es especialmente terrible ahora que por fin Kreón empezaba a sobreponerse a la desaparición de Loena. Parecía haber recuperado fuerzas y no había dado muestra de enfermedad alguna. Es horrible...

—No podemos perder el tiempo en elucubraciones —dijo Hambrik para romper el silencio—. El rey ha muerto, pero el reino debe seguir vivo, así que lo primero es definir la cadena de mando.

—La reina Fasila ostentará el poder hasta que Loena pueda asumir el trono.

—No podemos contar con la princesa Loena —intervino Klarsus Aminar—. Debemos nombrar reina a la infanta Leicar y que *lady* Fasila gobierne como regente hasta que cumpla la mayoría de edad.

Vâhlere no pudo quedarse callado al escuchar aquello.

—Con vuestro permiso, creo que nos precipitaríamos abandonando la búsqueda de Loena. Ella es ahora la reina. Debemos intensificar nuestros esfuerzos por localizarla —no quería aceptar que todo hubiera acabado—. Si ella quiere seguir desaparecida no podremos obligarla a asumir la responsabilidad, pero debe ser ella la que decida.

Hambrik se encaró con él, visiblemente molesto por haber intervenido aunque sin reprenderle abiertamente.

—No, Vâhlere, la estabilidad del reino es lo más importante. Abandonándonos, la princesa Loena ha tomado su decisión. Yo voto por no contar con ella. No dejaremos de buscarla y, si aparece, reconsideraremos nuestra decisión. Pero de momento hay que mostrar firmeza y que el gobierno siga su curso. La noticia de la muerte del rey ya provocará convulsión suficiente para encima depositar la corona en una cabeza ausente. Votemos: mi sugerencia es nombrar a Leicar reina y a Fasila regente hasta que aquella tenga la mayoría de edad.

—Una pregunta —interrumpió Luthar—: ¿Qué haremos ahora con Clemthan?

—Cada cosa a su tiempo. El matrimonio sigue siendo posible, solo que ahora la novia será Leicar.

Aquello puso a Vâhlere los pelos de punta. Ahora que Loena era reina podría decidir con quién casarse, por lo que él se vería beneficiado con aquella triste situación. Pero si Leicar era nombrada reina, todo habría acabado.

Tenía que encontrarla. Era su única oportunidad.

Pero no tuvo tiempo de estudiar otras opciones y su esperanza se vino pronto abajo. Se sometió a votación y la respuesta fue contundente: Leicar Taren, con nueve años de edad, era la nueva reina de Lahmna.



Nerak se había prometido a sí mismo no volver a hacer aquello, pero no tenía alternativa. La opción era recurrir a Margahelar, y eso prefería reservarlo para ocasiones más importantes. Solo pensar en la vieja Krega le ponía los pelos de punta pero, aunque la mitad de las palabras que salían de su sucia boca eran falsedades, no podía dejar de lado el hecho de que su bola y ella eran un único ser y sabía interpretarla a la perfección. En alguna ocasión se había imaginado a sí mismo apretando con sus manos el frágil cuello de la anciana para hacerse con aquel objeto fantástico, pero temía no ser capaz de hacerla funcionar, que el vínculo solo existiera con la bruja. No quería correr el riesgo de convertir la bola en un objeto inútil solo apto para decorar su laboratorio. Era más práctico de esta forma.

—Vaya, vaya —saludó la vieja con su voz desgarrada. Parecía no haberse movido de aquel roído sillón desde su anterior visita—. Mira quién ha vuelto. ¿Necesitas otra vez a la vieja Krega?

—Necesito encontrar a alguien.

Krega se puso tensa de pronto.

—Ha escapado de mi visión. No sé donde está.

Nerak no entendió a qué se refería la vieja. Tras unos instantes cayó en la cuenta. Hacía tiempo que no pensaba en ello, distraído por todo cuanto sucedía a su alrededor.

—Ahora no me refiero a eso, aunque es interesante que a ti te haya perturbado lo suficiente como para buscarlo por tu cuenta... No, necesito a otra persona.

—¿Y quién es, si se puede saber?

—La princesa Loena.

—¿Me estás tomando el pelo? Sabes perfectamente dónde está.

—No es así. Ha desaparecido del palacio.

Krega emitió un ruidillo rasposo que pretendía ser una risa.

—Se suponía que la tenías vigilada.

—¡No tengo que darte explicaciones, bruja!

De nuevo aquella risa fea y seca, como procedente de una garganta ancestral.

—Vale, no hay que ponerse nervioso. Te buscaré a la princesita.

Nerak comenzó a sacar un pequeño saco de cuero lleno de monedas.

—No —interrumpió Krega—, esta vez quiero otra cosa como pago.

Nerak se detuvo en seco. Aquello no le gustaba en absoluto. Miró a la anciana, instándole a hablar.

—Sé qué estás haciendo en tu frío sótano. He visto quién te hace... visitas —una sonrisa cortó el rostro de la bruja, mostrando sus muchos espacios vacíos.

—¡Me has estado espionando! —se indignó Nerak—. ¿Cómo te atreves?

Krega mantuvo su sonrisa imperturbable, ignorando la explosión de ira del nigromante.

—Como te decía, el pago va a ser diferente.

—Te pagaré de la forma habitual.

—Creo que no. Este viejo culo no se levantará de este sillón por un puñado de monedas. Quiero más. Quiero un Soplo.

Nerak se sintió invadido de pronto. Aquel era su mayor secreto, algo que jamás había contado a nadie. Aquella mujer había entrado en su espacio y él, con todo su poder, no había sido capaz de impedirlo.

De pronto sintió la energía mágica chisporrotear a su alrededor. La furia lo invadió poco a poco y reconoció un peligroso hechizo latiendo bajo su lengua. Estaba dispuesto a acabar con aquella intrusa, por muy útil que le resultase.

Krega comenzó a reírse de nuevo, lo cual solo consiguió alterar aún más al nigromante. Sin saber cómo, en un parpadeo tenía la negra bola en sus manos, apoyada en su regazo.

—¿Estás dispuesto a destruirla? —espetó sin dejar de enseñarle los huecos vacíos en sus encías—. Si me matas, ella se viene conmigo.

Nerak se obligó a controlarse. No estaba dispuesto a destruirla por muchas ganas que tuviera de acabar con la vida de aquella vieja presuntuosa. Se detuvo a reflexionar un instante. Un Soplo no era gran cosa, y siempre podía acordar con Margahelar que el efecto no fuera exactamente el deseado.

—De acuerdo, bruja. Hablaré con el espíritu, pero él tiene sus propias reglas y la decisión será suya.

—Acepto, pero te advierto de que estaré vigilando. Si en una semana no he recibido mi pago, te arrepentirás.

La sonrisa había desaparecido del rostro de la anciana, y por alguna razón, lo que Nerak vio en él lo inquietó. Era un rostro viejo como el tiempo, más sabio e inteligente de lo que daba a entender. De pronto se preguntó quién era en realidad aquella bruja y cuánto tiempo llevaría navegando en las profundidades de su bola

negra.

Sin una palabra más, se concentró en la esfera y, como en otras ocasiones, apoyó sus manos sobre ella con suma delicadeza. Al instante, su rostro se puso rígido como una máscara de piedra y sus ojos se giraron hacia dentro, quedando completamente blancos.

Los labios de la bruja comenzaron a moverse sin pronunciar sonido alguno. Su ceño se fruncía, se relajaba, giraba la cabeza... Como un niño rebuscando en un baúl de juguetes sin saber cuál elegir. Pasó un buen rato, pero por fin Krega volvió en sí con un profundo suspiro. Su cuerpo parecía aún más pequeño de lo normal, casi enterrado en el sillón del que apenas se movía.

—¿La has encontrado? —le preguntó Nerak tratando de ocultar su ansiedad.

—He visto un bosque. Corre a través del bosque. Pero también he visto el mar y un gigante de piedra.

La bruja guardó silencio.

—¿Eso es todo? —Nerak sintió cómo la furia crecía de nuevo en su interior—. ¡Eso no me sirve para nada! Maldita seas, bruja...

En ese momento cayó en la cuenta de algo. El mar y un gigante de piedra...

¡La ciudad costera de Trehn!



Al día siguiente volvieron las dos sanadoras. Kleria no le quitó ojo a Árgoht en todo el tiempo que pasó desde su primera visita, de modo que apenas había podido descansar. Aunque no podía ver la herida, que se encontraba vendada, su aspecto había mejorado un poco, y parecía descansar algo más tranquilo. Aún así, la fiebre no remitía y seguía quejándose en sueños, con el ceño fruncido y la mandíbula apretada. En esos momentos Kleria le apoyaba la mano en la frente, tratando de que notara su presencia, a ver si de esa forma conseguía que se relajase.

«¿Contra qué luchas?», se preguntaba. «Ojalá pudiera ayudarte».

El mar lamía las rocas de la cueva con suavidad y Kleria estuvo tentada más de una vez de introducirse en él para asearse pero sabía que la temperatura era demasiado baja y no tenía la opción de secarse al sol, lo que podría provocarle un *asghaiu*, un enfriamiento que tenía la fea costumbre de matar a quien lo sufría si el cuerpo no era calentado inmediatamente. Las llamas de la hoguera, que a duras penas conseguían mantener encendida, no calentaban demasiado en aquella atmósfera fría y húmeda.

Anteria se quedó con ellas y se mantuvo despierta junto a su hija tanto tiempo como pudo.

—¿Crees que podrás conseguirlo? —le preguntó Kleria en un momento en el que intentaba evitar cerrar los ojos. Ambas se encontraban sentadas en una roca plana y con la espalda contra la pared.

—¿El qué exactamente?

—Cambiar al pueblo. Creo que lo relativo a las Parias no será complicado, pero hacer que vuelvan a aceptar al varón... Eso está muy arraigado en las costumbres y las convicciones de todas. Para cambiar eso no tendrás que combatir no solo al Consejo Carmesí, sino a toda la sociedad.

—Ya lo sé —contestó Anteria con un suspiro—, pero estoy segura de que todas, en un momento u otro, han deseado saber qué se siente amando a alguien. Sé de buena tinta que hay muchas que desean tener hijos propios, y no que se les otorgue uno criado en la Colmena. Quieren sentirlo crecer en su interior, pues ese es el mayor don que Bëckala nos otorgó y nosotras lo hemos rechazado. Estoy segura de que también en eso venceremos.

Anteria mostraba tal convicción que se la contagió a su hija.

—Me gustaría poder quedarme y ayudarte...

—Lo que tú tienes que hacer es tan importante como lo mío. No lo dudes ni un momento. Restablecer el honor de nuestro pueblo recuperando nuestro legado será de gran ayuda y podría fortalecer nuestra causa.

—Gracias madre, pues a veces he dudado de mí misma, de si estaré haciendo algo realmente útil o si estaré desperdiciando mi tiempo y las vidas de mis amigas.

Anteria le pasó un brazo sobre los hombros.

—Tu búsqueda nada tuvo que ver con la muerte de Hertania. Ella la buscó y la encontró sola, por lo que me habéis contado. Nunca te culpes por ello, pues tuvo una buena muerte.

Aquello, que tantas veces se había repetido a sí misma, escuchado de boca de su madre le proporcionó un alivio que hasta ahora no había logrado encontrar, a pesar de su aparente fortaleza.

En ese momento, Árgoht se agito y gimió.

—Ayúdalo ahora a él y después sal ahí fuera y tráenos lo que nos pertenece por derecho.

Aún pasaron varias horas hasta que volvieron Himas y Polxes a bordo del *Ola Negra*. Kleria calculó que no debía ser mediodía aún.

—Hola hermanas —saludó Kleria—. Deberíais hundir ese bote en la bahía. Alguien puede reconocerlo.

—Estamos desembarcando muy al sur, donde apenas hay vigilancia. Además, lo necesitas para salir con él, pues el bote debe volver a Virnar si queremos evitar levantar sospechas.

Kleria no se había preguntado aún cómo saldrían de Krahedia cuando se suponía que debían llevar dos días lejos de allí.

—De eso se encargará Jandries —aclaró Anteria.

Las dos sanadoras se acercaron de nuevo a Árgoht y comenzaron a retirar el vendaje que cubría la herida. Kleria se colocó de tal forma que pudiera ver todos sus movimientos. Contuvo la respiración mientras las dos mujeres trabajaban, hasta que hubieron retirado por completo la tela. Ella no esperaba que la herida se hubiera curado en un día, pero no parecía haber cambiado nada en ella.

—Bueno —dijo Himas—, no es una buena noticia, pero tampoco es mala. Los bordes de la herida se han limpiado y ha dejado de deteriorarse la carne. Parece que nuestro ungüento ha conseguido detener el avance. Anoche no dormí intentado

mejorarlo para hacerlo más acorde a las particularidades de este veneno fabuloso.

—¿Fabuloso? —se sorprendió Ondriva.

—Sí, es fabuloso. Nunca había visto nada similar. Se ha comido el tejido como si fuera un gusano, desde el interior. De no haber sido por su extraordinario poder y los cuidados de ese Pastor que mencionasteis, la ponzoña le habría llegado ya al corazón. Desde un punto de vista estrictamente objetivo, es un arma impresionante.

—¿Podéis saber quién lo creó?

—No, pero tampoco puedo afirmar como tú que no sea de este mundo. Es cierto que nunca lo había visto y no soy capaz de adivinar su composición, pero no me atrevería a afirmar su procedencia sobrenatural.

Polxes se situó de nuevo junto a la cabeza del meledino y apoyó las manos en sus sienes mientras comenzaba su letanía. Himas hizo lo mismo mientras extendía el nuevo producto sobre la herida. Ahora que Kleria lo miraba con más detenimiento, sí que parecía apreciarse una ligera mejoría, aunque ella no era la más apropiada para afirmarlo.

Se retiró a un lado y dejó que sus hermanas trabajaran con tranquilidad y pudieran realizar sus rituales con total concentración.

Kleria se preguntó si esa magia procedería del mismo lugar que la de Árgoht o si tendría una naturaleza diferente. Sabía que el hechicero extraía su poder de la misma Thera, pero creía haber escuchado en alguna ocasión que la magia de las zágheras procedía directamente de las diosas.

Dos horas más tarde, Polxes y Himas dieron por terminado el trabajo por ese día.

—Dijisteis ayer que estaba perdido. ¿Cómo está hoy?

—Nada ha cambiado. Ayer estuvimos deliberando y creemos que existe una forma de intentar encontrarlo, pero hacerlo ahora sería matarlo.

—¿Por qué?

—Porque su cuerpo está sufriendo. No sé cómo estará allí donde se encuentra, pero si ahora le hacemos recuperar la conciencia, si su espíritu vuelve a este cuerpo enfermo, el dolor podría matarlo. Nos arriesgaremos a dejarlo así hasta que se haya recuperado lo suficiente.

Kleria asintió, ansiosa por creer que en efecto había una forma de hacerlo volver pero sin atreverse a albergar esperanzas. Polxes siguió hablando.

—Si nuestro ungüento funciona como debiera, mañana habremos notado una mejoría. Tenemos que ser pacientes.

—De acuerdo —se giró hacia su madre—. Ve con ellas, madre, pues temo que tu ausencia levante algún tipo de sospecha. Pasa el día como si nada estuviera ocurriendo y vuelve con ellas mañana. Intenta traer forraje para los caballos, pues no quiero que pasen hambre. Los necesitaré con fuerzas cuando por fin salgamos de aquí.

Anteria dio un beso a su hija y montó en el bote junto a Polxes y Himas.

—No sé cuánto tiempo más voy a aguantar encerrada aquí —comentó Ondriva

viendo cómo se perdían tras el recodo que les llevaría a la salida de la gruta y al mar helado.

—Yo también empiezo a agobiarme —Kleria se tendió junto a Árgoht, que parecía dormir más relajado—. Además no sé cuánto aguantaran los caballos. Están cada vez más nerviosos. Tenemos que salir cuanto antes.

Ondriva se limitó a asentir, echó un nuevo leño a la hoguera y comenzó a preparar algo que cenar.

La mañana siguiente, en efecto, volvieron su madre y las dos sanadoras. Sin embargo, algo en sus rostros hizo preocupar a Kleria.

—¿Qué ha ocurrido?

—Lo haremos hoy. Ahora —dijo Himas saltando del bote y dirigiéndose sin perder tiempo a Árgoht.

—Madre...

—Alguien está haciendo preguntas. No podrán volver aquí sin levantar sospechas. Debemos movernos.

Las sanadoras se afanaron de nuevo en retirar las vendas. La herida, en esta ocasión, sí mostraba una mejora evidente. La carne oscurecida había mejorado ostensiblemente y las vetas rojas que partían de ella parecían aclararse. La respiración del hechicero se había normalizado un poco y dormía más sereno.

—Su cuerpo empieza a sanar, aunque necesitará mucho reposo si conseguimos que recupere la conciencia.

Aquellas palabras perturbaron a Kleria. «Si conseguimos...».

Esta vez, además del producto aplicado en la pierna, trajeron un brebaje que obligaron a Árgoht a tragar levantándole la cabeza.

—El elemento básico es similar al del ungüento. Debemos comenzar a tratar su sangre para que el veneno deje de moverse por su organismo.

Un buen rato después, Himas llamó a Anteria, Ondriva y Kleria a su lado. Las tres mujeres se acercaron.

—Vamos a intentar traerlo —dijo la sanadora—, pero os vamos a necesitar. Nuestra fuerza comparada con la suya es imperceptible, así que se resistirá y su propio poder intentará protegerle aún sin saberlo él. Y eso si es que encontramos el camino.

—Creí entenderos que no lo haríais...

Polxes no respondió y tomó la mano de Anteria. Sacó una pequeña daga ceremonial de oro y plata, exquisitamente tallada, con la que abrió un pequeño tajo en su palma al tiempo que decía:

—Cuando llegue el momento, necesitaremos vuestra fuerza. Os tomaréis de la mano mezclando vuestras sangres —ahora cortaba a Ondriva, que se dejó hacer con cierto recelo— y tomaréis después las nuestras. Si no lo hacéis o tardáis demasiado

podemos romper el vínculo y quizás nunca volvamos a recuperarlo. Contamos con el factor sorpresa para entrar. Si lo perdemos estará preparado la siguiente vez y quizás nunca podamos intentarlo de nuevo. Tendrá que ser a la primera.

—Pero nosotras no sabemos nada de magia —protestó Ondriva.

—No hace falta tener conocimientos. La magia forma parte de todo y está en todos nosotros, recorriéndonos cada día, cada hora, cada minuto. Cada ser vivo forma parte de ella, nutriéndose de su presencia y generándola al mismo tiempo. La magia está en tu interior tanto como en el mío, solo que yo sé cómo llamarla y hacerla reaccionar. Esa es la diferencia.

Finalmente hizo el pequeño tajo en la palma de Kleria y en la suya propia. Se sentó junto a Árgoht y frente a su compañera Himas, que también había vertido su sangre, y se tomaron de las manos. La mano libre la apoyaron sobre el cuerpo del hechicero como forma de establecer el vínculo. Las otras tres zágheras se sentaron a su alrededor a la espera de la señal que les hiciera participar en la ceremonia.

Entonces comenzaron a recitar una letanía al unísono. Kleria sintió el aire vibrar a su alrededor cuando la magia empezó a fluir en torno suyo. Era una sensación muy agradable, como el cosquilleo de una pluma rozando su piel.

Las palabras de las dos sanadoras comenzaron a subir de tono hasta que casi gritaban al tiempo que empezaban a sudar. Kleria interpretó que se estaban enfrentando a las defensas del hechicero e intuyó que no tardaría en llegar su momento.

En efecto, unos minutos más tarde, Himas y Polxes separaron sus manos del cuerpo de Árgoht y las extendieron hacia ella una y hacia Anteria la otra. Ondriva quedaba en el medio, agarrando por la derecha a su amiga y por la izquierda a la madre.

—¡Ahora! —gritó Himas sin mirarlas.

Sin perder un instante, las dos mujeres enlazaron sus manos con las sanadoras. Kleria sintió la energía recorrer todo su brazo y llegar hasta el corazón amenazando con hacerlo estallar. Estaba a punto de comenzar para ella el viaje más fascinante de su vida.



Loena esperaba la noche sentada sobre un promontorio con las mejillas húmedas de tanto llorar. Hacía frío y sentía cómo sus dientes castañeteaban. Desde su posición, sobre una colina de arena floja y hierba fresca que empezaba a despuntar, podía ver la ciudad de Trehn que comenzaba a quedar sumida en el crepúsculo. Desde allí podía distinguir perfectamente la enorme estatua del gigante Klein proyectando su sombra sobre la ciudad.

Según le contó Odema mientras estaban de camino, Klein reflejaba el mito del héroe universal, aquel que protege la ciudad de cualquier enemigo. Era un guerrero armado con un hacha de mano y un escudo redondo que se ofrece a pecho descubierto, tratando de demostrar al aspirante a invasor que los defensores de Trehn irían a luchar por su tierra de cara, sin miedo ni piedad. Pretendía aterrar de una sola mirada, y es que en verdad daba miedo con solo mirarlo. Ella no podía calcular su altura desde allí, pero la gente se veía muy pequeña al pasar entre sus piernas, las cuales conformaban la puerta de acceso a la ciudad, bien protegida por una alta muralla almenada e interrumpida regularmente por numerosas torres cuadradas de vigilancia.

Sintió la tentación de echar a correr en aquella dirección. Quizás llegara a la ciudad antes de que cerraran las puertas, pero no se atrevía a cruzarse con la comitiva de Ferses y Odema. Había matado a uno de sus hombres y le aterraba pensar en las consecuencias que eso podía tener para ella. Antes de que la echaran, antes de sentir el desprecio en la mirada de los que fueran sus amigos, prefirió irse voluntariamente. No pondría a Odema en el trance de tener que defenderla, no sería justo para ella. Ya había hecho bastante.

La princesa se replanteó de nuevo sus opciones. Estaba sola, sin comida, agua ni abrigo. Siempre había sido una chica fuerte, pero aquello había sido una eternidad

atrás. Ahora no se sentía así. Ese día, en aquel momento, lo único que sentía era un miedo intenso y profundo: el miedo a no saber qué hacer al instante siguiente, hacia dónde dirigir su siguiente paso una vez que se hubiera levantado de aquella piedra en la que esperaba, sin saber por qué, la caída de la noche. La soledad le carcomía por dentro. Había dirigido sus pasos hacia Trehn sin tener claro por qué lo hacía. Concluyó que era la inercia la que la empujaba, pero al llegar allí entendió su error. Aunque se había adelantado mucho a ellos, la caravana acabaría por llegar en cualquier momento. Había caminado durante casi dos días enteros, huyendo de los caminos y evitando encontrarse con nadie. A ratos, había sentido la necesidad de echar a correr, ansiosa por llegar a algún lugar. Había pasado por varias aldeas insignificantes en las que había podido robar algo de comida de huertos descuidados, pero aún así estaba hambrienta y, sobre todo, sedienta. Además, por si tenía pocos problemas, las náuseas la atacaban sin contemplaciones, lo que la debilitaba aún más. Aún así, no podía evitar sonreír cada vez que pensaba que un bebé estaba creciendo dentro de ella, y era hijo de Vâhlere, algo que no terminaba de encajar. Era consciente de que aquella situación en la que se encontraba era en parte culpa suya, pero ahora que tenía a su hijo dentro, veía las cosas desde otra perspectiva y ansiaba por momentos sentir sus brazos en torno a ella, calentando su cuerpo helado y consolando sus penas.

Pero no podía ser débil. Él se había mostrado mezquino y manipulador, y no podía perdonarle que hubiera provocado la muerte de Yindala.

Para resolver su angustiada situación solo tenía que llegar hasta la ciudad, buscar un soldado e identificarse. Quizás no la creyeran de entrada, aunque estaba segura de poder convencer a quien hiciera falta. Pero si recurriera a eso nunca podría volver atrás, su aventura habría llegado a su fin casi antes de empezar. Si volviera ahora se convertiría en una presa irremisible de su posición, de esa corona invisible que aún cargaba en su sien. En esos momentos dudaba sin poder evitarlo. ¿Se estaba comportando como una niña pequeña? ¿Debía afrontar su destino, aceptar el matrimonio concertado y convertirse en reina de Lahmna? En momentos como aquel, en los que su futuro era una bruma informe, dudaba de sus propias decisiones. ¿Qué pensaría de ella su propio pueblo? Quizás no supieran siquiera que había desaparecido. Si conocía un poco a su padre, aún no lo habría hecho público para evitar las especulaciones. En el fondo, ella no deseaba decepcionar a su gente, pero tenía que ser fiel a sus deseos y aceptar las consecuencias de sus actos.

Así pues, se puso en pie y se internó en el bosquecillo que rodeaba a Trehn. Necesitaba encontrar un sitio donde descansar y pasar la noche. Mientras caminaba sobre las hojas caídas, intentaba hacerse a la idea de que iba a pasar mucho frío y solo esperaba no morir congelada tirada en el bosque. Sería una forma muy triste de desaparecer, sin que nadie llorara, sin que nadie dejara su nombre escrito en los anales y que su bebé muriera en su interior sin que llegara a saber si era niño o niña.

Pero parecía que la suerte iba a estar con ella ese día. La primera prueba de ello

fue que la noche estaba excepcionalmente despejada y la luna alumbraba su camino con claridad, permitiéndole elegir bien dónde apoyar sus pies. De esta forma, pudo caminar durante casi una hora sin que se viera obligada a meterse a ciegas en cualquier sitio para resguardarse. Esto le permitió llegar a la segunda prueba de su buena fortuna aquella noche.

Estaba ya desfallecida y empezaba a hacerse a la idea de que iba a tener que echarse al cobijo de cualquier piedra, cuando vio el resplandor difuso de lo que parecía ser una hoguera. En un primer momento no quiso dar crédito a lo que estaba viendo y dudaba de poder ser depositaria de tan buena suerte. Por un instante dudó si acercarse o no, pero el estómago le dijo que necesitaba encontrar qué echarse a la boca y beber algo urgentemente.

Como el olor de un asado que atrae a un animal hambriento, Loena se acercaba despacio al origen del resplandor. Intentaba hacer el menor ruido posible, pero su propia tensión le hacía escuchar el sonido de cada paso que daba como si fuera un escándalo ensordecedor que los propietarios de aquellas llamas anheladas escucharían con facilidad.

Pero nadie salió a su encuentro. Se escondió al amparo de un gran árbol y se asomó hacia lo que parecía ser un claro en el bosquecillo, un calvero de apenas siete metros de diámetro. En su centro, dos pequeñas tiendas de lona se sostenían en pie con dificultad. Equipos y ropa se hallaban desperdigados sin orden alguno. La razón de aquel caos era evidente. Un hombre montaba guardia dormido con la espalda apoyada contra su propio escudo clavado en el suelo. A varios metros de su posición descansaba su espada larga. Vestía cota de mallas como única protección, pues el yelmo que debería proteger su cabeza también esperaba su turno vuelto del revés sobre las hojas del bosque. En la mano en la que debería haber estado la espada descansaba un odre del que aún rezumaba alguna que otra gota de un líquido oscuro. La hoguera que había llamado su atención comenzaba a dar síntomas de agotamiento. Solo un caballo pastaba tranquilo en el límite del calvero.

Loena sabía que intentar cualquier cosa contra aquel hombre sería un suicidio pues no sabía cuántos más dormían en el interior de las lonas. El que solo hubiera una montura no significaba necesariamente que hubiera una sola persona.

Lo que hizo que Loena perdiera cualquier temor y se lanzara al interior del claro fue un saco tirado de cualquier manera y abierto que vio junto a la hoguera. Incluso a la luz de la luna y desde aquella distancia pudo distinguir que contenía comida.

No sabía si podría entrar, coger el saco y salir sin que el hombre la viera, pero parecía estar muy borracho y profundamente dormido. Aún así, si se despertaba bastaba que diera una voz para que sus compañeros acudieran en su ayuda. Había visto muchos hombres supuestamente borrachos reaccionar como si sus sentidos no estuvieran embotados si tenían necesidad de ello, y el caso más reciente era el del difunto Redast y el incidente en Härenna.

Con sumo cuidado y midiendo bien sus pasos se internó en el calvero. Buscaba

pisar sobre piedras a fin de que el crujir de las hojas no la delatara, pero de nuevo, aunque apenas generaba un susurro difícil de distinguir de los sonidos del bosque, a ella le parecía excesivo. Se quedó paralizada por el miedo cuando el hombre, a escaso metro y medio de ella, resopló y cambió de posición, aunque no llegó a despertarse. Loena tardó un buen rato en volver a moverse. El saco estaba a su alcance. No podía distinguir con claridad qué clase de alimentos contenía, pero su único interés era cogerlo y ya vería en lugar seguro qué se podía aprovechar. Cogió la bolsa con cuidado y se giró para volver a la seguridad del bosque. Apenas una docena de pasos y podría echar a correr sin peligro.

En ese inoportuno momento, el caballo lanzó un relincho a la oscuridad de la noche que sonó alto y claro como un trueno. Loena miró al guardián y vio con terror que daba un respingo y abría los ojos. Su cerebro percibió al mismo tiempo que, bajo sus pies, dos pasos a la derecha y a medio camino entre ella y el guardián, la espada de este parecía dormir también. Sin pensárselo dos veces, se lanzó a por ella mientras el hombre la miraba sin comprender lo que estaba viendo.

—¡Hey! —exclamó cuando entendió que alguien le estaba robando. Miró a su alrededor buscando su arma, pero en vez de encontrarla tirada en el suelo la halló clavada en su pecho un poco por debajo de la garganta. Sus ojos se desorbitaron más por la sorpresa que por el dolor y un chorro de sangre brotó de entre sus dientes. Loena extrajo el arma por inercia y el hombre cayó de lado gorjeando y aferrándose el pecho intentando que el aire penetrara en sus pulmones. La princesa reaccionó como un felino, sabiendo que el ruido despertaría a sus compañeros. Vio por el rabillo del ojo al caballo que había causado el alboroto y, sin dudarle un instante, saltó a su grupa. En ese momento, un hombre salía de una de las tiendas, la más alejada de ella.

—¿A qué viene tanto ruido? —comenzó a preguntar. Entendió con solo una mirada lo que había ocurrido y dio la voz de alarma.

Loena golpeó con los talones los costados del animal y este se lanzó a la carrera por el bosquecillo. Podía oír a sus espaldas los gritos de los compañeros del difunto intentando organizarse y despotricando contra ella, pero en unos instantes había puesto mucha tierra de por medio. Salvo que tuvieran más caballos escondidos en otro sitio, no podrían perseguirla.

—¡Mira lo que has hecho! —le gritó al caballo.

Como respuesta, el animal se limitó a seguir corriendo.



Árgoht volvió junto a Gurceas de un salto, negándose a creer que había escuchado lo que creía haber escuchado.

El Equilibrio se ha roto. La Piedra debe ser protegida.

Otra vez aquella sentencia que parecía un epitafio.

—¿Qué has dicho? —le espetó al anciano—. ¿Qué significa eso? Explícamelo.

Pero Gurceas no respondió.

—¡Por favor!

Árgoht comenzaba a impacientarse.

—¡Necesito saberlo!

Pero el anciano mago no dijo nada más. Árgoht apoyó una mano en su hombro. Tocarle era como tocar un animal muerto y momificado del que solo queda la piel apergaminada sobre los huesos. En ese momento, el cuerpo de Gurceas se desplazó lateralmente y se recostó sobre un lado, flácido y sin vida.

Gurceas, el Primer Perdido, aquel que había encontrado un sitio al que todos regresaban y cuya edad se perdía en la memoria, había muerto.

—¡No! —exclamó Árgoht frustrado. Sintió la tentación de golpear aquel amasijo de huesos, movido por la desesperación, pero pudo controlarse al entender que nada conseguiría haciéndolo. Su respiración se había agitado, así que intentó controlarse para tomar una decisión adecuada y sin precipitación.

Bajó de la piedra sobre la que se encontraba y fue a reunirse con el grupo que se congregaba en el fondo de la cueva. Fue directamente hacia una mujer mayor que daba vueltas sobre sí misma. Cuando se puso frente a ella, levantó la mirada del suelo y la clavó en el meledino. Aquel brillo que todos tenían en la mirada era más intenso en ella.

—¿Qué quieres? —le espetó de mal humor, molesta porque le había interrumpido

en sus cavilaciones.

—¿Cómo puedo regresar? —le preguntó Árgoht sin rodeos.

—¡No se puede regresar, ya lo sabes!

Árgoht se alejó de ella sin miramientos y se acercó a otra hechicera, algo más joven que la anterior. Su piel era muy oscura y sus ojos, a pesar del misterioso brillo, eran grandes y hermosos. Su cabellera caía rizada y negra hasta la cintura, trenzada en diversos puntos con exquisita maestría. Era una mujer muy hermosa.

—Dime cómo puedo volver —le dijo Árgoht.

La hechicera lo miró de arriba abajo y, de súbito, estalló en carcajadas. Otros hechiceros que se encontraban cerca y que habían escuchado sus palabras rieron también.

—No se puede, hazte a la idea.

No era posible que todos hubieran olvidado que en un tiempo ellos mismos entraban y salían de aquella realidad a voluntad. Todos parecían creer que ese era su verdadero destino. Árgoht se detuvo en seco mientras se dirigía a otra de las hechiceras. ¿Sería aquel el Destino de todos ellos? ¿Caminaba por el mundo buscando lo que diera sentido a su existencia ignorando que aquí es donde tenía que acabar?

«¡No!», protestó. Se negaba a creerlo. «Solo ellas pueden», había dicho el viejo, pero de la tercera mujer a la que preguntó tampoco consiguió extraer ningún tipo de información.

Frustrado, miró hacia arriba, donde estaba Gurceas. Su cuerpo seguía tirado de cualquier manera sobre la roca que tantos años había sido su lugar de reposo.

—¡Maldito seas! —masculló mientras se dirigía a la salida de la gruta a grandes zancadas. No pensaba quedarse allí sentado. No iba a permitir que su mirada adquiriera ese brillo enfermizo. Iba a salir de allí y encontrar el camino para volver.

En el momento en que se disponía a entrar en el pasillo de piedra que lo llevaría al exterior, Oxios se puso frente a él, bloqueándole el paso con una sonrisa.

—¿A dónde vas, amigo? Parece que lleves prisa.

—Voy fuera, debo seguir mi camino.

—Tu camino ha acabado ya. Este es el destino de todos los senderos. Aquí termina todo.

—¡No!

—Mira a tu alrededor, Árgoht. ¿Piensas que todos nosotros no hemos buscado ya por infinidad de caminos?

El hechicero se dio cuenta entonces de que todos se habían detenido a observarlo, igual que el día de su llegada.

—Quizás no lo suficiente.

—Algunos hemos pasado muchos años caminando. Cuando te pierdes, es para siempre.

—Me niego a creerlo.

—Eso es irrelevante. Las cosas son así.

—¡No! Voy a seguir mi camino.

—No —la voz de Oxios fue como la de un amigo que le da un consejo a otro, pero su mirada se endureció como el acero—. Ya es tarde. Ahora eres uno de nosotros. Debes aceptarlo.

—¿Me vas a impedir el paso? —escupió Árgoht, que comenzaba a enfurecerse.

—Eso depende de ti.

Entonces Árgoht entendió que la situación no iba a terminar bien. Aquellos seres se habían abandonado y pretendían que él hiciera lo mismo. Se habían entregado de forma tan completa a la creencia de que no había salida posible, que se negaban a aceptar que pudieran estar equivocados. Si él salía y conseguía regresar, todos ellos tendrían que lanzarse de nuevo a la búsqueda, pero estaban mejor allí, resignados y en una falsa paz.

Árgoht dio un paso al frente, hasta quedar cara a cara con Oxios.

—Voy a salir, viejo, y no me lo vas a impedir.

En ese momento sintió un golpe en la espalda que a punto estuvo de derribarlo sobre Oxios. Una punzada de dolor le recorrió la columna vertebral. Cuando se giró, vio a Jexs con un dedo apuntando hacia él. La punta brillaba con un tono amarillo pálido que se apagaba poco a poco.

—¡Maldito seas! —sus ojos violeta se encendieron con un brillo feroz.

Árgoht hizo un cálculo muy rápido y se dio cuenta de que no podría enfrentarse a todos ellos. No había podido extraer energía de aquella tierra muerta, aunque el descanso de los días que llevaba allí le había permitido recuperar un poco sus fuerzas. Se sentía poderoso y despierto, pero estaba seguro de que ni siquiera con su poder al máximo podría enfrentarse con todos aquellos hechiceros ansiosos por pagar su resentimiento con cualquiera. Veía en sus miradas el ansia porque se resistiese, porque les obligase a luchar. Pero Árgoht sabía que sería una batalla perdida.

Con un suspiro, miró al suelo y la furia desapareció de su rostro.

Oxios pasó entonces un brazo sobre sus hombros.

—Eso está mejor, querido amigo —su sonrisa no se borraba de sus labios, como si nunca perdiera el control de la situación—, acepta tu destino. Sé uno más de nosotros, pues aquí estarás bien y aprenderás misterios que están más allá de la comprensión humana.

Por una fracción de segundo, Árgoht estuvo tentado por esas palabras. Era cierto que entre todos aquellos hombres y mujeres fascinantes había más conocimiento y poder del que él podría aprender en toda una vida. Pero enseguida vio la trampa tras las palabras, el veneno que salía por aquella boca de serpiente.

Entonces, con un rápido movimiento, se deshizo del brazo de Oxios. Habían avanzado juntos algunos pasos, lo que le había separado de la entrada lo suficiente para que Árgoht pudiera colarse. Debido a la sorpresa, ninguno de los hechiceros reaccionó a tiempo, por lo que el primer rayo de energía de Jexs impactó contra la

pared de piedra, un metro detrás del meledino que ya corría por la gruta a trompicones, arañándose los brazos con los muros de roca. Solo temía golpearse la cabeza y caer, pero no podía frenar su avance pues no sabía qué podían hacer aquellos locos si lo capturaban de nuevo. Destellos y explosiones se sucedían a su espalda sin llegar a tocarle, aunque notaba cómo le alcanzaban en la espalda esquivadas desprendidas de las paredes.

De pronto, al doblar un recodo, vio la salida ante él. Solo le faltaban algunos metros y sería libre de nuevo. Apretó el paso y, justo en el momento en que llegaba al final del túnel, una explosión estuvo a punto de alcanzarle. Sintió el golpe de calor a su espalda y se vio alzado al aire y expulsado violentamente al exterior rodeado de una nube de polvo de roca. Cayó varios metros más lejos, sobre aquel manto de cenizas, sucio y polvoriento, bajo el tenue resplandor de un sol continuamente cubierto de densas nubes grises. Había conseguido salir, pero tenía que seguir corriendo, pues sus perseguidores no se darían por vencidos con facilidad.

En efecto, unos instantes después apareció Jexs en la entrada del túnel de piedra, con un odio irracional en la mirada y seguido por otros tres o cuatro magos que comenzaron a atacarle con todo tipo de hechizos. Por suerte, eran muchachos jóvenes y lo que le lanzaban eran ataques directos. Pero él era mucho más experimentado y sabía que aquellos hechizos eran fáciles de esquivar. Generó frente a él un escudo que disipaba con un chisporroteo cada impacto que recibía. Seguidamente, pronunció un poderoso hechizo que creó una potente onda de choque que avanzó velozmente hacia los muchachos, empujándolos contra la roca y golpeándoles muy duro. Tres de ellos quedaron tendidos sobre las cenizas pero Jexs consiguió ponerse en pie. Esta vez, a la mirada de odio le acompañaba una sonrisa grotesca.

—Así que nos vamos a divertir un rato, ¿eh?

Árgoht había ganado unos metros más cuando Jexs consiguió hacerle caer de nuevo lanzando contra él rocas y piedras de diversos tamaños. Una de ellas impactó contra su pierna herida, haciéndole perder el equilibrio y generando un latigazo de dolor que provocó que se le nublara la vista por un momento. Seguía sin entender por qué sentía dolor... Cuando se hubo recuperado, Jexs estaba acompañado por varios hechiceros más, entre ellos la hermosa mujer de largo pelo negro que se había reído de él.

—¿Queréis pelear? —masculló él—. ¡Pelearemos!

Pero Árgoht sabía que eran palabras con poco contenido. Notaba que sus reservas de energía no le permitirían aguantar mucho los embates de varios hechiceros a la vez. Aún así, si tenía que morir, lo haría peleando.

—*Keears-ther-posh* —gritó, y al instante, un remolino de aire se generó ante él y avanzó contra sus atacantes, arrastrando consigo una pequeña tormenta de cenizas que se abatió sobre Jexs y los suyos, cegándolos y evitando que pudieran concentrarse. Árgoht sabía bien que, en mitad de un combate, a veces los hechizos más sencillos eran los más efectivos.

Parecía que iba a ganar tiempo suficiente para escapar cuando notó que era elevado en el aire. Pronunció un contrahechizo y se soltó antes de haber perdido el control, pero entonces sintió que comenzaba a faltarle el aire, lo que lo dejó sin voz con la que pronunciar palabras. Quien lo atacaba sabía muy bien lo que hacía. En ese momento vio a Oxios que aparecía tras el remolino de cenizas que aún envolvía a Jexs.

Luchar contra Oxios era otro asunto. Era un hechicero experimentado y albergaba un gran odio bajo su falsa sonrisa.

—¿Así es como pagas nuestra hospitalidad?

La presión sobre el cuello de Árgoht aumentó un poco más.

—¡Eres un ingrato! Te aceptamos entre nosotros, te dimos conocimientos y cobijo. ¿Así nos lo agradeces?

Alzó su mano hacia Árgoht y su garganta se cerró casi por completo. Su visión se nubló y se llenó de puntos negros. En unos instantes perdería el conocimiento.

Entonces, un resplandor iluminó la escena y Oxios salió despedido hacia atrás, golpeándose muy duro contra las rocas. Árgoht sintió cómo la presión sobre su garganta desaparecía y el aire entraba a raudales en sus pulmones, haciéndole toser. Cuando su visión se aclaró por fin, lo que vio lo dejó atónito. Una silueta, formada íntegramente de luz, se acercaba a él sin dejar huellas en la ceniza. Le tendió la mano y le ayudó a ponerse en pie.

—No tenemos mucho tiempo —dijo y su voz sonó como muchas voces hablando a coro, como si aquella criatura estuviera formada por muchas otras—. Solo podemos mostrarte el camino. Tú debes trazarlo.

—¡No puedo! —casi gritó Árgoht.

—Busca tu vínculo.

Entonces, de entre todas las voces que se cruzaban en la voz de aquella criatura, una le sonó especialmente conocida. Aquella voz le traía recuerdos, le hacía palpar el corazón y le evocaba un tiempo no muy remoto.

—¡Kleria!

La criatura de luz sonrió, satisfecha.

—Has encontrado tu camino —dijo simplemente.

En ese momento, una nueva explosión los hizo estremecer. Había sido muy cerca, pero el ser luminoso se interpuso con las manos en alto y los protegió a los dos. De pronto Árgoht supo lo que tenía que hacer y, lo que era más importante, cómo hacerlo. Ahora lo veía claro. Sin perder un instante comenzó a recitar las palabras que conformarían el *Serh-arhak*, que salían de su garganta como si nunca las hubiera olvidado y la imagen de Kleria le mostraba el camino de regreso a la realidad. Había encontrado su ancla.

—¡No! —gritó Oxios, pero su voz llegaba desde muy lejos.

Árgoht alzó la vista el tiempo suficiente para ver cómo la criatura de luz se defendía de los hechizos que el perdido mago lanzaba contra ellos.

—Rápido —dijeron todas las voces.

Pero no fue necesario. Antes de que los ecos de aquella urgencia terminaran de resonar en su cabeza, un resplandor estalló ante ellos.

Al instante siguiente, tanto él como el ser de luz habían desaparecido.



Cuando la ciudad de Kena apareció por fin ante su vista, Loena no sabía si era un espejismo o era real. Estaba desfallecida de hambre y cansancio. El caballo que había robado la noche anterior le había permitido no tener que caminar, pero para ella, poco acostumbrada a montar aunque lo hiciera a la perfección, era un ejercicio demoledor. La comida robada resultó limitarse a varios panes y dos rollos de carne seca que le habían mantenido y le habían restaurado parte de sus fuerzas. ¿Había merecido la pena matar a un hombre por tan mísero botín? Loena había llorado por aquel desconocido que encontró la muerte sin dignidad ni honra, pero trataba de consolarse a sí misma diciéndose que era una cuestión de supervivencia. Ellos encontrarían más comida, pero ella lo tenía más difícil.

Había cabalgado toda la noche sin saber a dónde dirigirse. Se encaminó hacia el oeste, pues lo único que sabía era que no quería ir a Trehn, pero tampoco debía seguir hacia el sur, donde le esperaban solo las montañas y, más allá, el Desierto de Sal. Se había parado a comer desde que se había sentido segura de haber dejado atrás el claro y sus moradores, devorando con avidez gran parte de la comida. Lo más valioso, sin embargo, fue un pequeño odre de agua fresca que alivió su garganta. Tendría que racionarla, pero no pudo evitar beber de un trago casi la mitad de su contenido. Cuando hubo salido del claro aún llevaba la espada ensangrentada en la mano. Se sintió asqueada y estuvo a punto de dejarla caer, pero recapacitó y la conservó. Tras haber saciado su apetito, se dedicó a limpiarla para borrar de ella todo rastro de sangre y la guardó en una de las alforjas que llevaba el caballo. Era un arma sencilla pero muy efectiva, bien afilada y equilibrada. Ella apenas sabía manejarla, aunque había recibido algunas clases en Quindarst. Su padre se había empeñado por si algún día necesitaba usar una para defenderse. Tendría que recordar agradecerle eso al rey cuando volviera a verlo.

Al amanecer hizo otro alto. Estaba agotada y se sentó a comer el resto del contenido del saco. Había encontrado un camino y se había internado en él con la esperanza de que le guiara hasta una aldea. Aunque evitaba cualquier contacto humano en la medida de lo posible, cuando un grupo de tres hombres y dos mujeres, campesinos a simple vista, se acercó por el sendero, se levantó para preguntar por la ciudad más cercana. Con gran amabilidad, le pusieron en la pista de Kena. Le dijeron que la más cercana era Trehn, pero ella aclaró que de allí procedía y no quería volver.

Esa había sido su prioridad desde ese momento. Si hubiera conocido la dirección correcta desde el principio estaría mucho más cerca, pero se había desviado demasiado hacia el sur y tuvo que corregir la ruta. El caballo, un poderoso alazán blanco y negro al que había bautizado con el nombre de *Gaêl* y al que le contaba su historia cada vez que se aburría o se sentía sola, se convirtió con rapidez en un buen aliado. Mostraba varias cicatrices en los cuartos traseros y el lomo, por lo que se justificó a sí misma por el robo asegurando que estaría mejor lejos de aquellos brutos que le habían hecho daño sin tener idea de cuanta verdad podía haber en ello.

Era casi mediodía cuando por fin llegó a Kena. Se alzaba al sur del Tir-Ergonian y, al igual que todas las demás ciudades del reino, estaba bien protegida por una alta y gruesa muralla de piedra amarilla y terrosa, pues aunque no estaba en la frontera propiamente dicha, que quedaba más al sur, Kena ejercía como escudo, junto con Lehar, para los ataques procedentes de Turmhan y los territorios más meridionales. Era bastante grande y, a medida que Loena se acercaba, más intimidada se sentía por ella. Aunque tenía algo de dinero, no le daría para mucho en una ciudad como aquella. Descansaría allí esa noche y se plantearía su futuro a partir de ahí. Tenía que decidir qué iba a hacer con su vida.

A medida que se fue acercando a la urbe fue notando algo extraño en el ambiente. Desde bastante antes de llegar a la muralla decenas de granjas se apiñaban en torno a ella, pero las casas se encontraban cerradas y nadie había trabajado las tierras. El silencio era sobrecogedor, como si fuera una ciudad muerta.

Intrigada por saber qué estaba ocurriendo, siguió avanzando a paso lento por el camino que llevaba a la puerta principal, una enorme boca de madera y metal de aspecto inexpugnable. El portón se encontraba cerrado a cal y canto y tres guardias lo custodiaban. Cuando llegó le cerraron el paso. Loena se preocupó de pronto al percibir que las banderas de la ciudad ondeaban a media asta.

—¿Quién va? —le habló un soldado raso vestido con una brillante cota de malla bajo una sobrevesta con el emblema de la ciudad y el del reino de Lahmna: un sol que amanece sobre un campo de trigo acompañado en los lados por un pez y un jabalí que representaban la costa y los bosques. Loena siempre había pensado que el emblema de la ciudad era horroroso, pero llevaba siglos implantado y reflejaba a la perfección las virtudes de aquellas tierras.

—Solo un viajero cansado y hambriento. Mi nombre es Lhaida.
Se apeó del caballo.

—La ciudad está cerrada al comercio hoy. El mercado está cerrado.

Loena se asustó. Aquello solo podía significar una cosa.

—¿Qué ha ocurrido?

Los tres soldados se miraron entre sí. El más mayor de los tres tomó la palabra.

—¿En qué agujero has estado metido, niño? ¿No te has enterado de las últimas noticias?

—No, ¿qué ha ocurrido?

—¡Vaya! Y nosotros que creíamos que éramos los últimos en enterarnos de las cosas...

—¡Decídmelo!

Loena empezaba a ponerse muy nerviosa. Los tres soldados se pusieron serios de pronto.

—Disculpadme, mis señores, no quería usar ese tono. Necesito saber qué ha pasado.

—El rey ha muerto. Lo anunciaron ayer.

Loena sintió que le fallaban las piernas. De haber estado en otra situación se habría dejado caer en la primera roca que tuviera a mano. La emoción la embargó y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contener las lágrimas ante aquellos extraños.

—Sí que te ha pillado de sorpresa, amigo...

Loena tardó algunos instantes en responder. Si llegaba a hablar en ese momento habría roto a llorar sin poder evitarlo y no quería quedar en evidencia.

Haciendo un increíble esfuerzo de voluntad, consiguió preguntar:

—¿Cómo ha sido?

—Solo hay rumores. El más fiable dice que fue la propia reina quien lo mató en un ataque de celos porque descubrió que tenía una concubina.

«¿El más fiable?», se preguntó Loena. «Eso es una tontería». No dijo nada.

—Necesito entrar a la ciudad —dijo en cambio.

—Claro —dijo el mayor—, la ciudad no está cerrada. Solo te aviso de que el mercado no está en funcionamiento.

Los soldados abrieron lo justo para que Loena y su caballo pudieran pasar.

—Gracias.

La puerta se cerró tras ella. Nada más entrar sintió cómo se derrumbaba por dentro. Accedió a una pequeña plaza desolada. La ciudad permanecía en silencio, como era menester debido al luto por la muerte del rey. Llorando, volvió a subirse a lomos de *Gâel* y se dirigió hacia el este, en donde se podía ver, majestuosa, la gran fortaleza que albergaba el gobierno de la ciudad, con la intención de encontrar alguien que pudiera indicarle dónde encontrar una posada. Necesitaba comer y descansar, así como intimidad y tiempo para poder llorar y reflexionar. Aquello cambiaba completamente las cosas. Como un golpe en el rostro, cayó en la cuenta de la terrible realidad que significaba aquella noticia: ahora mismo ella era reina de

Lahmna, ¿y qué hacía?, vagar por el reino mientras su padre se moría. ¿Cómo estaría su madre? Los remordimientos comenzaron a roerle las entrañas.

De pronto, un movimiento atrajo su atención unos metros ante ella. Era un hombre que cruzaba la calle por la que ella avanzaba a paso lento. El sonido de los cascos de su caballo generaba ecos entre las paredes de las casas.

—¡Eh! ¡Por favor!

El hombre se detuvo en seco, mirando en todas direcciones. Estaba mal visto que alguien se paseara fuera de las casas cuando la ciudad estaba de luto. Era una falta de respeto.

Loena llegó hasta su altura. Era un hombre de mediana edad que llevaba un gran cesto entre las manos.

—¿Qué haces muchacho? ¡Vete a casa!

—Acabo de llegar a la ciudad, necesito encontrar una posada.

El hombre le indicó una que se hallaba cerca y encontró el camino con facilidad. Se la encontró cerrada a cal y canto. Golpeó con el puño repetidas veces, cada una más fuerte que la anterior y, cuando ya estaba por darse por vencida, oyó como se descorrían los cerrojos y una voz grave que refunfuñaba en el interior.

—¡Está cerrado! ¡Vuelve mañana!

La puerta se abrió algunos centímetros para mostrar el rostro de un hombre pequeño y de aspecto fiero que le escupió las palabras al mismo tiempo que una docena de gotitas de saliva. Apenas le llegaba a Loena por encima de la cintura, pero su voz sonaba tan grave como la de un gigante.

—Por favor, necesito un lugar donde dormir.

—No se me permite abrir en este día ni el siguiente. El negocio está cerrado.

La princesa interpretó por su tono que aquello no le hacía mucha gracia.

—No es necesario que hagamos negocio hoy mismo. Vos me abris, yo elijo una habitación y sin darme cuenta se me caen del bolsillo dos monedas de plata que vos recogeréis y olvidaréis, siempre que ese precio sea aceptable.

El posadero se lo pensó un instante, tras lo cual le dijo:

—Lleva al caballo a la parte de atrás.

Y sin una palabra más, cerró la puerta de golpe.

Loena se dirigió a un lateral del bajo edificio que cobijaba la taberna y encontró una pequeña cuadra para cinco animales. Amarró allí a *Gâel* y le dispuso un poco de agua que encontró en un barreño cercano.

Una puerta se abrió, asomó de nuevo el rostro del hombrecillo y le franqueó el paso. Antes de cerrar, miró en todas direcciones para asegurarse de que nadie estaba observando. No quería problemas.

Loena encontró el interior fresco y oscuro. El olor residual a comida le abrió un apetito feroz.

—Muchas gracias. Solo necesito dónde dormir y algo de comer. Llevo varios días de viaje y estoy agotado.

Se había acostumbrado a usar el masculino al darse cuenta de que podía hacerse pasar por un muchacho siempre que llevara la cabeza cubierta y usara una pose poco femenina. El poco pecho que tenía lo ocultaba con ropas holgadas.

—La cocina está cerrada. Te puedo ofrecer algo frío. Queso, pan y vino.

—Será suficiente. Sois muy amable. Me llamo Lhaida.

El hombre respondió mientras se introducía tras la barra de forma cuadrada que gobernaba el centro de una sala plagada de mesas y sillas.

—Yo me llamo Árgghatar y antes de que me preguntes y para que puedas quitar esa cara de curiosidad, sí, soy un enano.

—No esperaba encontrar aquí un enano...

—¿Y dónde debería estar? ¿En una mina picando piedra, chico?

Loena se sintió azorada y decidió callar. Se sentó en una banqueta y apoyó su cuerpo cansado en la barra. Árgghatar se perdió tras una puerta y volvió unos instantes después con una bandeja en la que acarreaba un gran pedazo de queso blanco y curado, un pan y una jarra de vino oscuro y aromático.

—Si es verdad que vas a pagar con plata, sabrás disfrutar este vino. Está hecho con una variedad de vid que solo crece en el inhóspito Desierto de Sal.

Loena dudó de que aquello fuera cierto, pero aún así sacó un pequeño saco de la bolsa que había sustraído junto al caballo y depositó dos monedas de plata sobre la barra mientras miraba hacia otro lado. El enano apenas dejó que apoyaran sobre la madera y ya habían desaparecido en uno de sus bolsillos.

—No se permiten los intercambios comerciales durante el luto —dijo para justificar su avaricia.

—Lo sé —Loena sintió el dolor despertar de nuevo, pero su apetito superó a sus remordimientos y comenzó a comer con voracidad.

—No sabía que había enanos en Lahmna —comentó entre bocado y bocado—. Os hacía mucho más al norte.

—Un error muy común, sobre todo en gente del sur.

Loena miró a Árgghatar con curiosidad.

—Tu acento te delata, chico, no eres de por aquí. Debes saber que hay muchos enanos en el reino, y hemos dejado las barbas en las montañas. Aquí hace demasiado calor.

En efecto, el enano no lucía las largas barbas famosas entre los de su raza.

Loena no preguntó nada más y terminó de comer en silencio. Una vez hubo dado cuenta de todo, Árgghatar la condujo al piso superior, donde le mostró una habitación vestida con una pequeña cama, una jofaina y un perchero.

—No pasarás frío, pero si necesitas evacuar, tendrás que ir fuera, tras la cuadra. Te lo advierto, nada de guarrerías. Si te da un apretón, sales. Si lo haces aquí, te echaré a patadas.

Loena sonrió. Le caía bien aquel enano. Quizás no llevara barba y no fuera herrero, pero mostraba las mismas malas pulgas que el resto de sus congéneres, si lo

que había oído sobre ellos era cierto.

Por fin se quedó sola. La jofaina tenía agua limpia y fresca. Se desnudó y se lavó lo mejor que pudo. Tenía polvo acumulado y aún manchaban su piel la sangre de Redast y la del hombre del claro. Eliminándolas trató de limpiar también su conciencia, pero no lo conseguía por mucho que frotaba. Esas muertes quedarían para siempre en su interior. ¿Era el precio de la libertad? ¿Aquello era la lucha por la supervivencia?

Loena se sentó en el catre. En el tiempo que llevaba fuera de Quindarst había estado cerca de ser violada, había matado a dos personas y había dormido tirada a la intemperie. Pero también había vivido experiencias vitales y había conocido a gente buena como Odema y el propio Ferses, a su manera. Pero la muerte de Kreón lo cambiaba todo. ¿Qué derecho tenía a renunciar? Ahora su madre la necesitaba más que nunca. Se tendió en el catre y dejó salir al exterior toda su angustia, arrepentimiento, dolor e incertidumbre en forma de lágrimas amargas.

Varias horas después había tomado una decisión. Su periplo había terminado. Tendría que asumir su responsabilidad al frente de su pueblo y si para ello tenía que aceptar un matrimonio concertado, que así fuera. Sería Loena Taren, reina de Lahmna.

Tenía que volvería a casa.



Cuando Kleria recuperó el conocimiento, lo primero que sintió fue que la cabeza le iba a estallar. Una terrible punzada en las sienes le recordó la extraordinaria experiencia que acababa de vivir. Había sido como un sueño, pero visto desde dentro y aún ahora, con los ojos abiertos y mirando al techo de la caverna, en el vientre del minicontinente de Krahedia, le costaba creer lo que había visto.

Al principio había sentido la comunión con sus hermanas zágheras, una unión tan íntima que casi le resultó dolorosa. Las manos le ardían allí donde su sangre se había mezclado con las de ellas. Fue una sensación abrumadora y seductora al mismo tiempo. Por unos instantes pudo acceder a cada rincón de ellas, a sus recuerdos, anhelos y deseos más profundos. Sin embargo, pronto empezó a sentir el miedo ante aquello a lo que se iban a enfrentar. Ella era una guerrera, su dominio estaba en la espada y el escudo, su mundo era el bosque y el caballo. No sabía nada de magia, espíritus ni hechiceros perdidos, así que cuando entró en aquel mundo al que sus hermanas la habían llevado, lo primero que quiso hacer fue volver sobre sus pasos, regresar a su terreno conocido. Su madre, más serena, reconoció su miedo y su voz vibró en su cerebro.

—Ahora es el momento de ser valiente.

No necesitó una palabra más. Hizo acopio de coraje y se unió con más fuerza a sus hermanas. No sabía cómo era posible que estuvieran allí, pero sentía que formaban un único ser. Polxes les advirtió que debían permanecer juntas en pensamiento y alma si querían mantenerse en aquel plano y tener poder suficiente para encontrar a Árgoht y ayudarlo a luchar si fuera necesario. Si se desconcentraban, todo sería en vano.

El lugar al que habían llegado era terrorífico: un desierto oscuro y frío cuyas dunas estaban formadas por cenizas en lugar de arena.

—¿Qué es esto? —preguntó Ondriva.

—Estamos en su interior. Esto es lo que él está viviendo. No pretendamos entender este complejo lugar. Nunca habíamos estado aquí antes ni volveremos jamás, así que no preguntéis más.

—Solo una cosa: ¿habíais hecho esto antes?

—No. Ni siquiera sabíamos si seríamos capaces de llegar aquí. Solo su debilidad nos ha permitido encontrar un resquicio para entrar. Debemos apresurarnos.

El cuerpo que formaban las cuatro mujeres se desplazaba con rapidez sobre las cenizas sometido a las órdenes de Polxes, que lo controlaba como si fuera el suyo propio. Las demás eran meras observadoras.

Parecía que la sanadora las llevaba en una dirección muy concreta, por lo que supuso que había encontrado algún tipo de rastro de Árgoht. Después de la anterior llamada de atención, prefirió no preguntar. Sin embargo, se fijó en cada detalle del escenario que se abría ante ella: una vasta extensión de lo que parecían kilómetros interminables de aquella desagradable ceniza. Aquí y allá podían verse algunos afloramientos rocosos que salpicaban el paisaje como verrugas en una piel vieja. Las nubes cubrían el cielo como una cortina densa y pegajosa. Kleria notó que se dirigían hacia uno de aquellos grupos de piedra negra. No era capaz de decir si caminaban o flotaban sobre el terreno, pero avanzaban con rapidez.

A partir de ese momento todo se había precipitado. Justo al llegar escucharon una explosión y vieron a un hombre salir despedido de una cueva excavada a los pies de la roca. El cuerpo rodó unos metros por la duna más cercana. Enseguida supo que era Árgoht, pero no tuvo tiempo de alegrarse de encontrarlo.

No sabía qué esperaba encontrar allí, dado que era la primera vez que vivía una experiencia de aquel tipo, pero seguro que no era aquello. El hechicero estaba allí y parecía tan real como en la cueva húmeda que habían dejado en Krahedia, pero ahora no había rastro de enfermedad en él. Estaba fuerte y vigoroso. Su sorpresa aumentó, sin embargo, cuando vio salir de la cueva a varias personas más que parecían estar enfrentándose a él. ¿Había más gente allí?

No solo había más personas sino que estaban atacando con muchas ganas a Árgoht. Ellas aún se encontraban a bastante distancia, así que no sabía si llegarían a tiempo para ayudarlo. Lo siguiente pasó en apenas un suspiro y las escenas se sucedieron a una velocidad tal que sus ojos (¿tenía ojos en aquel extraño lugar?) apenas retuvieron nada de lo que ocurrió. De pronto se vio cara a cara con el hechicero y su rostro nada tenía que ver con el del cuerpo moribundo que le esperaba en el otro lado: se le veía poderoso, como la primera vez que lo viera en Narmanthia. Sus ojos violeta irradiaban energía, a pesar de la oscuridad que los rodeaba que parecía pudrir hasta los más vivos colores.

Y después, el techo de la caverna. Ahora que todo había pasado pudo recordar la sensación de la magia recorriendo cada célula de su cuerpo, una sacudida embriagadora y vital que le hacía sentir ganas de volver a vivirlo. Aún tenía el vello

de la nuca erizado cuando se sentó, usando el codo para levantarse despacio, pues se sentía ligeramente mareada.

Himas ya se encontraba consciente también. Las demás aún no habían regresado del todo. El cuerpo de Árgoht no mostraba cambio alguno, lo que hizo que Kleria se preocupara de verdad. ¿Todo aquello no había servido para nada? Himas tocó la frente del hechicero y le levantó los párpados. El negro sobre violeta de sus pupilas se contrajo en respuesta al resplandor de las antorchas. La sanadora alzó la vista hacia Kleria y una sonrisa iluminaba su rostro cansado.

—Parece que ha vuelto —dijo.

Kleria no sabía si creerlo.

—¿Recuperará el sentido?

—No sé cuando, pues eso ahora depende de él. Su cuerpo aún tiene que curarse, pero su espíritu ha encontrado el camino de regreso. Ahora podrá ayudar a su organismo a defenderse de lo que quede del veneno.

Las demás zágheras se fueron recuperando poco a poco de la experiencia vivida y un buen rato más tarde se encontraban las cinco en torno a una pequeña fogata y devorando una cena frugal. El tránsito a ese lugar en el que Árgoht se encontraba había supuesto un gran esfuerzo para todas, y sus cuerpos estaban agotados. Nada más terminar con la comida, Himas y Polxes se pusieron en pie, dispuestas a marcharse.

—Es hora de que nos vayamos. Tenemos mucho sobre lo que reflexionar.

—¿Volveréis?

—No, es demasiado peligroso. Debería recuperar el sentido pronto —le tendió un pequeño recipiente de barro cerrado con una tapa de mimbre—. Toma, ahora te encargarás tú de ponerle el unguento dos veces al día. Eso debería terminar de erradicar el veneno de su sangre, aunque no sé cuánto tardará en desaparecer del todo. Lo demás tendrá que hacerlo él solo. Nosotros hemos hecho lo que estaba en nuestra mano.

Dicho esto, embarcaron de nuevo y deslizaron los remos del bote hasta el agua para salir de la gruta sin apenas un chapoteo. Kleria volvió junto a Árgoht. Aún tenía fiebre, pero su aspecto había mejorado. Los cuidados de las sanadoras habían dado sus frutos.

También ella sentía que tenía mucho en qué pensar. Por un momento pudo vislumbrar lo que debía ser vivir como Árgoht, con todo ese poder recorriendo su cuerpo, y era una sensación maravillosa. ¿Se agotaría él tanto como ella en ese momento? Supuso que no, pues de lo contrario todo su poder no le serviría de nada.

Unas horas más tarde pudo detectar, sobre el sonido del mar que rompía en los acantilados, el chapoteo que ya era familiar. Un bote entraba en la cueva. Pero esta vez era diferente, pues percibía una cierta urgencia en el remar. Kleria se puso en pie y despertó con la punta de la bota a Ondriva, que se había quedado adormilada. Al instante, las dos estaban listas para enfrentarse a lo que fuera que llegaba hasta ellas.

Tras el recodo de piedra apareció el conocido cascarón de proa del *Ola Negra*, y sobre él llegaba Jandries junto a dos nuevas mujeres. Nada más verla, supieron que algo marchaba mal.

Sin esperar a que la embarcación se detuviera, la Guardiania saltó a tierra. La preocupación surcaba su rostro de arrugas.

—¡Nos vamos! —exclamó sin molestarse en saludar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Anteria, que se había unido a ellas.

—Alguien sabe que estáis aquí. Una patrulla se acerca.

Sin perder un instante, todas se pusieron en movimiento y, mientras Jandries y Ondriva se encargaban de subir a los caballos a la cubierta, Kleria y su madre recogían sus pertenencias y subían a bordo el cuerpo aún inconsciente de Árgoht.

«¿Es que no piensas despertar?», pensó Kleria con enfado. «¿Qué más quieres que hagamos?». Por un momento fugaz, se sintió tentada de dejarlo allí, cansada de cargar con él. Pero entonces todo aquel esfuerzo y los riesgos corridos por todas ellas, así como la muerte de Hertania, habrían sido en vano. En poco tiempo tenían todo listo y el barco volvía a ponerse en movimiento. Junto a Jandries, las dos jóvenes recién llegadas usaban los remos con exquisita coordinación.

De pronto salieron otra vez a la luz del sol y el viento llenó las velas del *Ola Negra*. Kleria tuvo que cubrirse los ojos, pues después de tantos días a oscuras, aquel resplandor le hería las retinas. A pesar de la urgencia, dedicó un instante a respirar la brisa marina y admirar la belleza de cuanto la rodeaba. Era media tarde aún y el sol arrancaba destellos de las paredes de hielo.

Jandries dirigía el bote directamente hacia la Boca. Kleria se acercó a ella, que observaba la pared de piedra que dejaban a su derecha, escrutando cada centímetro de la misma.

—¿Estamos en peligro? —preguntó Kleria.

Sin mediar palabra, Jandries dio un soberbio empujón a Kleria que la hizo caer sobre sus cuartos traseros en la dura madera de la cubierta.

—¿Por qué has...?

Kleria interrumpió su furiosa pregunta cuando vio una flecha clavada en la baranda junto a la que hasta un instante antes había permanecido ella. Mientras la miraba, una segunda se le unió, pero esta vez impactó más cerca. A las segunda le siguió una tercera.

—¡Al suelo! —ordenó Jandries.

Kleria levantó la mirada y vio a cuatro mujeres sobre un saliente de roca con los arcos en alto, dispuestas a disparar de nuevo. Estaban a bastante distancia, lo que les impedía tener mucha precisión, pero su pericia era asombrosa. Al fin y al cabo, habían impactado tres de cuatro con la primera andanada.

Mientras intentaban ponerse a cubierto aparecieron otras dos mujeres a sumarse al ataque.

El *Ola Negra* avanzaba a buen ritmo saltando sobre las suaves aguas que

rodeaban Krahedia, así que pronto dejaron atrás al grupo de Guardianas. Kleria alzó la cabeza y vio que una flecha había impactado en el costado de *Bonder* y creyó perder el aliento por un momento. Llegó junto al animal y, con un suspiro de alivio, pudo comprobar que se había clavado en la silla y la punta de la saeta apenas había arañado la piel del caballo, haciendo surgir un efímero reguero de sangre. *Bonder* miró hacia atrás con ojos inquisidores.

—Tranquilo, amigo, pronto acabará todo y podrás correr de nuevo en tierra firme.

Kleria se sorprendió a sí misma sintiéndose mal por el temor de estar mintiéndole al caballo. Una risilla nerviosa le subió a la garganta. A los pies de su corcel, *Árgoht* seguía arrebujado entre su capa.

—¡Cuidado! —gritó de pronto Jandries.

Kleria miró hacia la proa, desde donde la Guardiania guiaba el barco. Más allá podía verse ya la Boca de *Bëckala* y el embarcadero. En él se apostaban una docena de zágheras con los arcos tensos y las flechas dispuestas.

—¡Nos alcanzarán! —exclamó Ondriva.

—Tenemos que seguir —se limitó a aclarar Jandries, más serena pero con el ceño fruncido.

La zághera desvió un poco el rumbo con intención de alejarse todo lo posible del amarradero y del radio de acción de las flechas, lo que las acercó aún más a la Boca. Entonces, tras un recodo de la costa, más allá del amarradero, surgieron tres barcos. Eran mucho más grandes que el bote que Kleria pisaba y mucho más veloces. Su altura era el doble de la del *Ola Negra* y lucía unas magníficas y coloridas velas cuadradas, sostenidas sobre dos mástiles, que se hinchaban con el aire frío que las envolvía. Los mascarones de proa mostraban motivos marineros, como solía ser habitual, de una exquisitez inaudita. No tendrían ninguna posibilidad de llegar a la Boca antes que aquellos botes de guerra, veloces y preparados para la lucha. Eran en verdad majestuosos y por un momento se sintió orgullosa de ellos, pues seguía siendo su ejército, aunque ahora intentara huir de él. De pronto, se sintió tentada de decirle a Jandries que detuviera el avance para entregarse y someterse a la justicia de su pueblo. Aquella huida le dolía en el corazón, pero se acordó de *Árgoht* y del verdadero motivo por el que hacía aquello.

Aunque Kleria no llegó a abrir la boca, notó que reducían la velocidad.

—¿Qué haces? —preguntó Ondriva.

Pero la respuesta era tan evidente que nadie tuvo que responder. Los tres barcos de combate habían llegado a la pared de hielo y tomaban posiciones junto a la Boca de *Bëckala*, dos flanqueándola y uno justo frente a ella. Era imposible pasar. En ese momento les llegó una nueva lluvia de flechas con poca fuerza pero mucha precisión. Kleria se acercó de nuevo a su caballo y sacó de su sitio su escudo, que alzó hacia el cielo.

—No podemos hacer nada —murmuró Jandries—. Debemos entregarnos.

—Tiene que haber alguna forma —respondió Kleria—. Has sacrificado mucho,

no permitiré que se te juzgue como a mí. No es justo.

—He cometido una afrenta contra nuestras leyes. Aunque mis motivos sean honestos según mi punto de vista y el de tu madre, la ley es la ley.

—¡Pero esa es la ley que hay que cambiar! No te rindas.

—¿Qué sugieres pues?

Jandries la miraba con una mezcla de furia y ansiedad. Por un lado sabía que no había alternativa y debían rendirse, por el otro deseaba con todas sus fuerzas que Kleria le dijera que todo iba a salir bien. Pero ella no podría hacerlo. Kleria vio entonces en la Guardiania, bajo aquel aspecto rudo y su magnífica armadura de cuero y sus armas, a una madre desesperada que ve cómo sus esperanzas de cambiar las cosas se van a pique.

Kleria no tenía sugerencia alguna. Y mientras tanto, el *Ola Negra* seguía su avance inexorable hacia el paso cerrado. La lluvia de flechas había cesado, sin duda las daban por derrotadas y no parecían tener intención de matarlas.

—¿Deseas sacrificarlo todo, Kleria? ¿Deseas que nos lancemos de cabeza contra esos buques para que nos destrocen? ¿Quieres morir hoy?

Kleria miró de nuevo a la trampa que las esperaba doscientos metros frente a ellas y cada vez más cerca. Se vio a sí misma sacando su arco y disparando una flecha solitaria en señal de rebeldía, pero también vio lo que ocurriría después: su cuerpo flotando en las frías aguas atravesado por media docena de saetas lanzadas por sus hermanas, su propio pueblo.

—No —dijo por fin con un suspiro—, no quiero morir.

Ninguna de las dos dijo nada más. Ya podían ver a las zágheras que las esperaban a bordo del bote que tenían justo delante y cuyo nombre estaba grabado en letras rojas sobre el casco: *Larga Vida*, un nombre con infinidad de interpretaciones. No se sorprendió al ver a Medrixa sobre la cubierta, ansiosa por saber cómo terminaba todo aquello. Sin duda había entendido aquella situación como una afrenta personal por haber incumplido sus órdenes y había decidido estar presente cuando todo terminara, fuera como fuese. Kleria casi podría jurar que una sonrisa cruzaba su rostro y la odió por estar disfrutando con aquello.

Entonces, el viento llevó el sonido de una voz hasta sus oídos.

—*Gers-anthar-ok-lanias* —era apenas un murmullo rasgado.

Antes de que Kleria pudiese darse la vuelta, el océano plácido sobre el que navegaban comenzó a agitarse y el *Ola Negra* a balancearse. La zághera pudo ver con estupor cómo bajo su embarcación comenzaba a formarse de la nada una pequeña ola que, nada más alzarse, se lanzó contra la Boca de Bëckala. En su recorrido hasta ella ganó tanto altura como velocidad. En el momento en que impactó contra el *Larga Vida* era una poderosa ola de tres metros que desplazó el barco sin que sus tripulantes pudieran hacer nada por impedirlo. A esa primera siguió una segunda y una tercera... En unos minutos un pequeño temporal se había alzado en torno a ellas sin tocarlas. Al contrario, ellas avanzaban entre aquellas olas empujadas a una velocidad tal que

obligó a Kleria a aferrarse con fuerza a la barandilla que evitaba que cayera a aquel mar que parecía haber enloquecido.

Aunque el viento le hacía lagrimear, Kleria se giró. Allí estaba Árgoht, en pie en la popa del bote con las manos alzadas contra el cielo y murmurando algunas palabras que ella era incapaz de escuchar. Estaba delgado y pálido, pero de nuevo emanaba de él aquella fuerza que tanto le fascinaba. Se obligó a mirar al frente y lo que vio la dejó sin palabras. Los tres barcos de guerra se bamboleaban sin control alejándose cada vez más de la entrada de la Boca. Uno de ellos impactó contra la pared de hielo y sus mástiles se partieron, cayendo contra la cubierta entre un revoltijo de telas de colores. El paso estaba libre, pero Kleria no tuvo tiempo de alegrarse, pues de él salían tres pequeñas embarcaciones que se dirigían hacia ellas sorteando las olas con más facilidad debido a su pequeño tamaño. Eran las Guardianas del Paso capitaneadas por Argeas. Sin embargo, no llevaban las armas en alto, quizás porque necesitaban las manos libres para maniobrar aquellos botes. Para su sorpresa, los tres llegaron hasta ellas, las sobrepasaron y se detuvieron algunos metros por detrás. ¿Había habido una mirada entre Jandries y Argeas? Kleria creyó haber visto algo, pero no podía estar segura. Ahora en aguas más tranquilas, su vieja amiga y las demás Guardianas de la Boca sacaron sus arcos y comenzaron a disparar contra sus compañeras apostadas en el embarcadero. Estaban demasiado lejos, pero sirvió para que aquellas se dispersaran para ponerse a cubierto a riesgo de que alguna saeta alcanzara su objetivo.

Kleria no podía entender nada, pero supo entonces que allí se estaban desarrollando acontecimientos que estaban más allá de ella misma o del hechicero Árgoht. Concentró de nuevo su atención en lo que tenía delante. Los tres barcos de combate estaban desperdigados y sus tripulaciones demasiado ocupadas en mantener el equilibrio y recuperar el gobierno como para preocuparse en atacarlas. La Boca de Bëckala, la salida hacia el Tar-Erênior, el Mar Blanco, se les mostraba franca y se dirigían a ella raudas movidas por el viento. Las olas habían cesado y, aunque el mar se había quedado revuelto, las enormes olas habían desaparecido.

Unos instantes después entraron en el pasillo de hielo. Kleria creyó escuchar, al pasar junto al *Larga Vida*, los gritos de Medrixa intentando que no las dejaran escapar. Cuando sintió que estaban a salvo, se giró de nuevo hacia el hechicero, que ahora se encontraba sentado en el fondo del bote y apoyado contra la barandilla, respirando con dificultad, aunque consciente.

Árgoht había regresado.

PARTE SEGUNDA

VENGANZA Y CRISTAL



Marsila de Clem era una mujer muy ocupada. Se encargaba personalmente de decenas de asuntos que otros regentes delegaban en asistentes y consejeros. Ella creía que cuanto más hiciera, más control tendría sobre su gobierno y menos posibilidades de ser engañada o traicionada. En quien único confiaba era en su hijo y heredero al trono, Theronar de Clem, un joven alto y fuerte dispuesto a aprender cuanto pudiera de su madre. Kleinan, en cambio, era más apto para las artes y se distraía con mayor facilidad.

Cuando el mensajero llegó, Marsila estaba en el jardín trasero de la Fortaleza Anthu'r, el hogar de la familia real. Era un enorme terreno plantado con infinidad de árboles frutales, legumbres, verduras, tubérculos, y todo aquello cuanto fuera necesario para satisfacer los exquisitos gustos de Marsila. Se encontraba allí supervisando la plantación de una nueva variedad de patata, de piel violácea y carne blanca, traída desde el continente de Tasea.

Era un hombre bajo y bastante mayor que llegó acompañado por tres guardias que lo habían escoltado desde la muralla. El calor del mediodía le hacía sudar bajo la cota de malla y la camisola con el emblema de Lahmna. Un mal presentimiento invadió a Marsila, que hizo pasar al heraldo de inmediato al interior de la fortaleza y, tras ofrecerle un trago y dejarle descansar un instante, le dejó dar su mensaje.

—Mi señora —comenzó, arrodillándose ante la reina, que se había sentado en un sencillo trono en una enorme sala de decoración austera que empleaba para las recepciones—. Traigo malas noticias.

—No me hagas perder el tiempo. Ve al grano.

El hombre se puso visiblemente nervioso, tragó saliva y continuó hablando.

—El rey Kreón ha muerto.

Marsila no se esperaba eso y se le notó la sorpresa en el rostro.

—Aún se están investigando las causas. Me envía la reina Fasila a informaros de esto y de que la princesa Loena ha desaparecido.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—Tal y como os lo cuento, mi señora. Días antes de la muerte del rey, la princesa se escapó de sus aposentos y permanece desaparecida desde entonces. Mi reina me envía a deciros que, con todo el dolor de su corazón, debe posponer la boda hasta que la princesa Loena vuelva.

Marsila se puso en pie como un resorte.

—¡Esto es inaudito! ¿Cómo se atreve esa mujer a provocarnos tremenda afrenta?

Los sudores del heraldo se convirtieron en temblores de miedo.

—¡Herca! ¡Glermon! —gritó la reina.

Al instante, dos hombres tan mayores como el mensajero entraron en la sala. Mandad detener a este hombre hasta que decidamos qué hacer. Esto no puede quedar así. Hemos sido ofendidos. Convocad al Consejo de inmediato.

Una hora más tarde, el Consejo de Clemthan estaba reunido en torno a una alargada mesa. Una algarabía se había formado entre sus cuatro miembros y solo la reina guardaba silencio, perdida en sus pensamientos. El rey consorte, un hombre menudo que apenas participaba en el gobierno del reino, permanecía a su lado. Se puso en pie y alzó las manos.

—Silencio —aunque no alzó la voz, no tuvo que repetir la llamada de atención para que los cuatro consejeros callaran.

El rey volvió a sentarse y cedió la palabra a Marsila. Tenía el rostro serio y el pelo negro recogido en un alto moño que le daba un aspecto severo.

—Ya estáis al corriente de la situación. Personalmente no me creo una palabra. ¿Qué opináis?

Los asesores se miraron entre ellos esperando a ver quién tomaba la palabra. Todos eran hombres mayores y sabios y, aunque no tenían voto y la decisión final era de la reina, su palabra era muy tenida en cuenta.

—¡Kleos! —intervino Marsila—. Empieza tú mismo.

El aludido carraspeó y se estiró la túnica marrón, adornada con delicadas filigranas grises, en un gesto impulsivo. Tenía la cabeza casi calva y la piel llena de manchas.

—Creo que debemos tener en cuenta la posibilidad de que sea cierto y lo único que nos soliciten sea algo de tiempo, mi señora. En verdad no tenemos prisa alguna por celebrar esta unión.

—Yo pienso —intervino Herca, un hombre delgado y extremadamente pálido, vestido con la misma túnica que su compañero y que le quedaba como a un niño la ropa de un adulto— que nos está tomando el pelo. Ahora están débiles y desconcertados. Si es cierto que Kreón ha muerto, y ya he enviado a alguien a

corroborarlo, estarán en un momento delicado que quizás debiéramos aprovechar.

El silencio se apoderó de los presentes mientras analizaban las implicaciones de estas últimas palabras. Marsila miró uno por uno a cada uno de sus asesores, tratando de leer su opinión en sus expresiones.

—¿Glermon?

Glermon era un hombre fornido, aún no entrado en la senectud aunque con muchas primaveras en sus espaldas. Era atractivo, con una espesa melena casi blanca y los ojos azules y vivaces. Tenía las manos ante el rostro unidas por las yemas de los dedos.

—La opción de Herca no es descabellada. Está claro que han rechazado la unión entre nuestros reinos. La princesa Loena nos ha depreciado y debemos hacer respetar nuestra dignidad como pueblo. Estratégicamente, están en un momento débil. Si Kreón ha fallecido y Loena se ha escapado, Fasila estará deshecha de dolor y es posible que el reino ande sin rumbo.

—¿Qué estáis sugiriendo? —preguntó de nuevo la reina, aunque sabía perfectamente la respuesta, pues ella misma se lo había planteado ya para sus adentros.

Glermon respondió.

—Quizás sería un momento propicio para recuperar nuestro puerto y eliminar la influencia que Quindarst tiene sobre nosotros. Si atacamos ahora, les derrotaremos con facilidad.

La reina guardó silencio meditando la alternativa. Siempre había buscado la ocasión de obtener el control sobre el puerto y eso había ocasionado las Guerras de Hermanos. Ahora se le presentaba la ocasión de conseguir su objetivo de un solo golpe, directo y brutal, que apenas causaría bajas entre sus hombres.

Como leyendo sus pensamientos, Herca volvió a intervenir.

—Si somos rápidos y discretos, podemos tomarlos por sorpresa. Un ataque feroz les obligará a rendirse si no quieren perecer aplastados. El reino entero se congregará durante el funeral de Kreón...

—No atacaremos durante los días de luto —dijo Kleos—, eso sí sería indigno.

—Tiene razón —corroboró Marsila—. Eso queda descartado. Según el mensajero, Kreón murió hace días pero el luto ha comenzado hoy mismo y durará dos días, contando con la jornada de hoy. Podemos emplear estos días para reunir nuestro ejército. Enviad emisarios que reúnan a la milicia de los pueblos más cercanos. A los regulares convocadlos hoy mismo. Partiremos al amanecer de pasado mañana.

—Mi señora, las murallas de Quindarst son fuertes, eso lo sabemos de sobra. Necesitaremos torres de asalto que no podrán atravesar el bosque. Sugiero que la artillería pesada parta cuanto antes y siga la ruta norte, bordeando el Tir-Ergonian. Con un poco de suerte, llegaremos al mismo tiempo a la ciudad. No podemos atacar durante el luto, pero nada nos impide mover a nuestra tropa.

—De acuerdo, así lo haremos —Marsila se puso en pie—. Señores, vientos

favorables soplan para Clemthan. No debemos desaprovechar esta ocasión de recuperar lo que históricamente nos pertenece. Quindarst habría sido un poderoso aliado, pero ahora se convertirá en un poderoso súbdito.

Los consejeros se pusieron en pie y aplaudieron con fervor las palabras de su reina.



Atravesar el reino de Terth fue tan fácil a la vuelta como lo había sido a la ida. El caos en el que se habían convertido sus gobiernos facilitaba el cruzar sus tierras sin tener que responder a demasiadas preguntas. A pesar de que solo habían pasado algunos días, Kleria notó que la situación había empeorado y se tropezaron con varias revueltas en diferentes aldeas. Aquella zona prometía una guerra inminente.

La zághera pensaba en todo esto sentada sobre su manta de viaje a la espera de que el sol terminara de despuntar en el horizonte. A algunos kilómetros de distancia podía ver las cimas de las montañas, nevadas y resplandecientes bajo los tímidos rayos del nuevo sol que despuntaba. Se había despertado antes que los demás, igual que las últimas tres noches, desde que salieran de Krahedia. La preocupación por su madre y su pueblo le robaban el sueño. Se preguntaba una y otra vez si no debería haberse quedado y enfrentarse a la justicia. Huir como una criminal no la iba a ayudar en nada.

Por otro lado, había notado indicios de que algo iba a pasar. Tenía la sospecha de que lo que su madre Anteria estaba tramando era más grande que lo que le había contado, y eso la inquietaba sobremanera.

Habían salido de Virnar hacía tres días sin que nadie los persiguiera, a pesar de lo cual no habían aflojado el ritmo en ningún momento. No se habían parado a descansar, a pesar de que Árgoht aún estaba agotado. Tras una breve explicación del estado de la situación, montó a *Karzan* y fue tan veloz como las zágheras. Si aquello le costó un gran esfuerzo no se le escuchó la más mínima queja. Desde ese momento habían seguido cabalgando sin cesar en dirección al Paso de Arthün sin que ninguno de los tres se planteara si era la opción más correcta. No hablaban mucho y Árgoht

dormía la mayor parte del tiempo, incluso sobre la silla del caballo, tan profundamente en ocasiones que por un terrible instante Kleria llegó a pensar que se había perdido de nuevo.

—¿Otra noche sin dormir?

La voz de Árgoht era un bálsamo para ella en aquellos momentos. Se sentó a su lado.

—He dormido bastante. Me acabo de levantar. ¿Cómo te encuentras tú?

Después de todo lo vivido juntos, habían pasado al trato coloquial como un paso natural en la relación que los unía.

—Mejor a cada día que pasa —el hechicero se tocó la pierna—. Se está curando muy rápido. Ese ungüento es milagroso. Intentaré guardar un poco para llevárselo al maestro Voluthan.

En efecto, la herida de la pierna había mejorado notablemente. Además, una vez que él pudo ayudar a la recuperación con su magia y su voluntad, los restos del veneno que quedaban en su sangre estaban desapareciendo definitivamente, aunque estaba exhausto y tardaría aún muchos días en estar recuperado de la experiencia.

—No me canso de mirarlo —dijo mirando hacia el este, hacia el sol.

Kleria lo miró sin saber a qué se refería.

—Los colores. Allí todo era gris y apagado, como si el pesimismo fuera la tónica general.

Árgoht no había hablado mucho del tiempo que permaneció perdido, quizás porque ni siquiera él tenía muy claro qué había pasado. Ella no le había querido preguntar, pero aprovechó la ocasión ahora que él había sacado el tema.

—¿Qué era aquel lugar, Árgoht?

El hechicero guardó silencio pero, cuando ya parecía que no iba a responder, lo hizo.

—Es difícil de explicar. Es el nexo de unión entre la Madre y yo, aunque es mucho más extenso de lo que nunca había soñado y parece que no es propiedad exclusiva mía.

—¿Y toda aquella gente?

—Perdidos. Hechiceros que no han encontrado el camino de vuelta. Yo aún seguiría allí de no ser por vosotras. Cuando entré a recuperar mis energías me encontré con un lugar muerto, lo que me causó un *shock* terrible. Fue eso lo que me hizo perderme. Perdí mi referencia, mi ancla para volver y me fue imposible hallar el camino de regreso.

Kleria estaba con la boca abierta de la sorpresa. Nunca hasta ese momento el hechicero había contado tanto sobre sí mismo en una misma conversación. Tenía miedo de seguir preguntando por temor a que él se cerrara, pero no se pudo contener.

—¿Pasaste miedo?

La mirada de Árgoht se volvió imprecisa, inescrutable.

—Espero no tener que volver allí otra vez —concluyó Kleria.

—No volveré a perderme. Ahora tengo un ancla firme aquí al que agarrarme.

—¿Y cuál es, si puede saberse?

Árgoht la miró directamente a los ojos durante unos segundos pero no respondió. Kleria entendió.

Los dos guardaron silencio durante un rato. El sol comenzó a iluminar sus rostros. Aunque la primavera comenzaba a ser perceptible, tan al sur el frío seguía siendo muy intenso. Calculaban que aún les quedaba un día para llegar al Paso de Arthün, pero no querían forzar a los caballos más de lo estrictamente necesario.

Habían retomado la idea inicial de acudir a Quindarst a investigar todo lo posible sobre el rastro de los secuaces de Nerak, pero temían que la pista se hubiera enfriado demasiado en las dos semanas que hacía que habían salido de Lúrmanis y que Quindarst se convirtiera en un callejón sin salida.

—¿Quieres cruzar unos golpes?

Árgoht no entendió la pregunta.

—Si estás con fuerzas, podemos comenzar las lecciones que te prometí.

—Estaré encantado de aprender algunas técnicas de mano de una profesional.

—En pie, pues.

Kleria se levantó de un salto, desenvainó su espada corta y quedó a la espera de que Árgoht sacara la suya de la alforja de *Karzan*.

—Primer error. Tu arma debe estar siempre contigo. Hagas lo que hagas, ella debe hacerlo también.

—No entiendes lo que significa portar esta espada.

—No me importa. Si no puedes con esa, usa otra. Tu arma es una extensión de ti; si no te puedes adaptar a ella, no te sirve.

Árgoht sopesó unos instantes aquellas palabras y la verdad que encerraban. Se ató la vaina de Êralin a la cintura y la desenvainó despacio, controlando el movimiento. Al instante, un murmullo se encendió en su cabeza y le invadieron unas ansias locas de lanzarse a por Kleria, clavar la punta en su pecho y disfrutar del espectáculo que supondría ver su sangre brotar de su garganta mientras se atragantaba con ella. De nuevo era el arma quien hablaba. Se concentró y apartó aquellas escenas de su mente.

—Listo —dijo por fin.

Kleria no esperó un instante y le lanzó un tajo vertical descendente que por poco lo pilla desprevenido. La velocidad del ataque hizo que Árgoht apenas tuviera tiempo de defenderse y trastabilló algunos pasos.

—Primera lección: la posición. Debes anclarte al suelo al mismo tiempo que vuelas sobre él. Debes ser libre para moverte con agilidad, pero cuando recibes un golpe o lo das, tu cuerpo ha de enraizarse en la tierra como un árbol milenario. Solo tu estabilidad le dará fuerza a tu arma. Si te duele la pierna, la ignoras. Un desliz te puede provocar la muerte.

Kleria atacó de nuevo y esta vez Árgoht consiguió responder un poco mejor. Siguieron así un buen rato. La zághera era una excelente maestra y sabía en cada

momento corregir los errores de su nuevo aprendiz.

—¿Puedo jugar?

Ondriva apareció ante ellos con una gran sonrisa.

—Te invito, hermana. Nos vienen bien tus conocimientos. Enseña a este novato cómo se lanza una daga, que es tu especialidad.

La siguiente hora la dedicaron a las armas arrojadas. Ondriva era en verdad muy buena con ellas. Eligieron un tronco de árbol ancho y fuerte que usar como diana y la zághera enseñó al hechicero los mecanismos básicos de lanzamiento, algo en lo que se mostró especialmente torpe. Solo uno de sus muchos lanzamientos llegó a clavarse con algo de fuerza y precisión en el árbol. En los demás tuvo que ir a recoger el arma a la tierra.

Por fin, dieron por concluida la lección y comenzaron a recoger el campamento. Árgoht se sentía cansado por el ejercicio y tenía los músculos de los brazos doloridos, pero estaba encantado con los nuevos conocimientos que había adquirido.

Poco después, se dirigían de nuevo hacia el norte.

Árgoht guardaba silencio la mayor parte del camino. Su cabeza estaba llena de sensaciones, pensamientos y reflexiones extrañas. Desde que había vuelto no había tenido tranquilidad suficiente para recapacitar sobre todo lo que había vivido durante el tiempo que estuvo perdido. La huida de Krahedia, aunque a él lo pilló desorientado y confuso, estaba clara en su mente. Tenían que salir de allí o morirían. Kleria se lo explicó todo más tarde. Esa noche había caído rendido y no tuvo ocasión de hablar, pero al día siguiente no se movieron hasta que él hubo satisfecho su necesidad de saber. Obligó a Kleria a contarle con todo lujo de detalles cuanto había acontecido desde que perdiera el conocimiento al poco de entrar en el reino de Terth hasta que lo recuperara en medio de lo que parecía ser una batalla naval. Se sorprendió al comprobar que apenas había pasado una semana. Él tenía la sensación de haber pasado meses en aquella cueva.

Poco a poco, su pierna se iba recuperando y se sentía más fuerte y vigoroso. La sangre alimentaba su cuerpo sin ponzoña, y eso lo notaba en cada respiración, en cada paso que daba, en cada olor que llegaba a su nariz. Se sentía limpio por dentro. Aún sentía dolor, pero iba remitiendo con rapidez. Le dejaría cicatriz, por supuesto, y quizás incluso cojeara durante un tiempo, pero estaba vivo y fuerte. Sentía la fuerza de la Madre dentro de él, aunque muy menguada en aquella tierra de la que parecía haber sido desterrada. No quería intentar siquiera establecer contacto, pues notaba el hedor a su alrededor, la esencia de la muerte. Algo había marchitado la misma existencia en aquel lugar. Una vez hubieran cruzado de nuevo el Paso de Arthün volvería a intentarlo y quizás obtuviera alguna respuesta a lo que estaba ocurriendo allí.

A medida que avanzaba junto a Kleria y Ondriva reflexionaba sobre todas estas

cosas y sobre una de vital importancia: ¿qué lo movía a permanecer involucrado en aquella aventura? La venganza nunca había sido impulso para sus actos, aunque sintiera una ira sorda por la muerte de su madre. Esa sed se iba apaciguando poco a poco y sabía que acabaría desapareciendo. ¿Qué le impedía dar la vuelta y seguir su propio camino? Entonces sintió algo en la nuca, como un ligero cosquilleo. Al girarse, su mirada se cruzó con la de Kleria. Esa era su respuesta. Aquella mujer lo había arriesgado todo por salvarle la vida, y esa deuda sería muy difícil de pagar. Aún así, haría todo lo posible por hacerlo. Además, se sentía extrañamente satisfecho a su lado, algo que no sentía desde hacía muchos años y que no había esperado volver a experimentar. Aquella mujer extraordinaria tenía mucho que enseñarle aún. Sin duda, ella sería su ancla de ese momento en adelante. Evocándola a ella conseguiría regresar de las mismísimas entrañas de la muerte.

Atravesaron las estribaciones orientales de las Jerinor-oth y las llanuras del reino de Terth casi sin detenerse en ninguna población. Aunque no tenían prisa, tuvieron que apretar mucho el paso, pues en ningún sitio en el que se detenían conseguían alimentos y eran recibidos con malas caras cuando no con evidente malestar. El pueblo estaba agitado y convulso debido a la muerte de las cosechas y la hambruna que esto había provocado. Por cada campo que cruzaban no veían sino tierras marchitas y animales enfermos.

Así pues, azuzaron a los caballos y avanzaron todo lo que pudieron con la claridad de los días. En dos jornadas habían atravesado el reino casi en su totalidad dejando la capital, Terthanias, algunos kilómetros al oeste. Entre tanta desolación, solo el Tir-Aramän parecía mantenerse con fuerza, quizás porque sus raíces llevaban muchos siglos ancladas en aquella tierra y sus males tardaban más en afectarle.

—Tarde o temprano, si no se corrige el mal que, como me pasó a mí, enferma la sangre de esta tierra, también el bosque caerá —comentó con Kleria.

Kleria no respondió y se limitó a observar el bosque desde la distancia.

Los picos nevados de la cordillera Dender-oth se alzaban ya ante ellos como dientes de una irregular calavera titánica cuando sucedió algo que los tres viajeros temían desde que pisaran los límites del más grande de los Tres Grandes Reinos.

Habían avanzado durante varias horas desde que amaneciera y estaban a punto de hacer un alto para tomarse un respiro cuando un hombre, sucio y harapiento, apareció ante ellos en mitad del camino que seguían. Se encontraban atravesando un pequeño bosquecillo de árboles jóvenes y de escasa altura. El sendero era claramente visible, por lo que dedujeron que debía de ser una ruta de tránsito habitual. El hombre entró en él caminando despacio y se detuvo en el centro a unos ocho metros de distancia, alzó la mano con la palma en dirección a ellos invitándoles a detenerse. Árgoht supo al instante lo que iba a ocurrir. Sintió, más que verlo, cómo las dos mujeres se ponían en tensión y acercaban sutilmente las manos a sus espadas. Él se limitó a prestar

atención. Sus excelentes sentidos le permitieron percibir varias personas más moviéndose con inútil precaución tanto a su derecha como a su izquierda. Si se acercaban más, los rodearían con facilidad.

—Alto —dijo en voz baja—. No avancéis más.

Las dos zágheras se detuvieron al instante. Árgoht percibió con regocijo que los sonidos a su alrededor adquirirían una nueva cualidad. Escuchó susurros. Dudaban. Árgoht sonrió.

—Podéis acercaros, mi señor —dijo el extraño dirigiéndose a Árgoht. Kleria y Ondriva llevaban el cuerpo cubierto por sus capas, por lo que no se percibía el peto de cuero que les protegía el pecho y la excelente manufactura tanto de este como de las correas que lo mantenían en su sitio. Quizás si hubieran podido verlo, así como la vaina de las espadas, se lo habrían pensado un poco más antes de ponerse en su camino—. Solo deseo pedirlos algo.

—Os oímos desde aquí —respondió el hechicero.

—Insisto.

Esa palabra debía ser la clave, pues en ese momento salieron de entre la maleza los hombres que malamente se escondían en ella. Lo hicieron algunos metros por delante de ellos, en vez de a sus costados como seguramente era su intención. Portaban arcos largos y los apuntaban directamente. Eran cinco y no vestían harapos como el primero de ellos, que seguramente los usaba como disfraz. Sus ropas estaban ajadas y dos de ellos llevaban cotas de mallas sucias y oxidadas bajo la camisa.

—Salteadores de caminos —observó Ondriva sin darle expresión a su voz. No estaba sorprendida.

—Preferimos llamarnos Buscavidas, mi señora. Tenemos hambre y vosotros parecéis cargar más de lo que os hace falta. Os rogamos nos deis todo cuanto llevéis, incluidas vuestras armas y ropas de abrigo.

Árgoht no había previsto los arcos, por lo que la cosa se complicaba, aunque solo ligeramente. Había esperado un puñado de hombres mal armados, no una pequeña patrulla de soldados.

—¿Buscavidas? Desertores buscados y seguro que perseguidos, diría yo —dijo Kleria tratando de desestabilizarlos.

—Las cosas no andan bien por aquí mi señora —dijo el harapiento sacando una espada larga de su vaina y acercándose hasta la posición de sus compañeros—. Hacemos esto para poder comer. Dádnoslo todo y os dejaremos marchar. Tenéis mi palabra.

—Vuestra palabra no vale más que los andrajos que vestís, desertor.

Kleria, educada desde niña en una cultura militarizada, sentía verdadero desprecio por aquellos hombres que habían huido de su responsabilidad. Árgoht se lo notaba en la mirada. El asaltante se puso serio. Eran palabras duras.

—Podemos hacerlo por las buenas o por las malas —amenazó.

Kleria respondió sacando su espada de la vaina. Fue tan rápido que apenas pudo

verse un relámpago de acero. La respuesta de los asaltantes fue igual de tajante: tres flechas volaron contra ellas. Por supuesto, Árgoht había previsto el curso de los acontecimientos tal y como sucedieron. Kleria era una mujer orgullosa y no se dejaría robar con facilidad. Estaba seguro de que prefería acabar herida o muerta antes que entregar sus posesiones sin luchar.

—*Kertha-on-gaish* —murmuró el hechicero casi para sí sin mover un músculo del cuerpo. Las tres flechas estallaron en llamas. Al impactar contra los cuerpos de las zágheras, dos en Kleria y uno en Ondriva, no eran más que cenizas y humo.

El andrajoso se giró hacia él con el rostro congestionado.

—¡Un brujo! —gritó. Dos flechas más salieron disparadas, esta vez hacia él. No tenía hechizo preparado, pero los nervios y la precipitación hicieron que los disparos pasaran muy lejos de su cuerpo y de *Karzan*. Al instante siguiente, las dos zágheras se encontraban desmontadas y el cabecilla del grupo y dos de sus compañeros más decididos se defendían como podían de sus embestidas. Árgoht se debatía entre dejar que aquellos hombres aprendieran la lección o pararlo todo antes de que corriera innecesariamente la sangre. En ese momento, sintió una llamada dentro de sí. Era un ansia, un anhelo, una pulsión que penetró en su cerebro como una de aquellas flechas que habían pasado de largo. Por un instante, sintió deseos de saltar al suelo, desenfundar su arma y hacer bailar su hoja contra los cuerpos de los insensatos que habían osado enfrentarse a él. Árgoht reconoció al instante aquella sensación. Êralin le hablaba en el único idioma que conocía. Luchó contra ella una vez más, y venció de nuevo. ¿Hasta cuándo?

Por fin, se apeó del caballo y se acercó a la refriega. Los tres arqueros restantes comenzaban a ejecutar una discreta aunque decidida huida.

—Basta —dijo Árgoht. No gritó, pero su voz sonó alta y clara—. Kleria, Ondriva. Basta.

Aunque a regañadientes, las dos mujeres dieron dos pasos atrás y detuvieron sus ataques. Al mismo tiempo, los tres hombres, jadeantes y sudorosos, retrocedían también.

—¡No nos mates! —gritó uno de ellos. Estaba al borde de un ataque de pánico.

—Tranquilizaos. No pienso asesinar a un grupo de muertos de hambre. Largaos, pero intentad aprender algo de esto.

Por supuesto, la única respuesta que Árgoht obtuvo fueron los jadeos de los tres hombres mientras huían de allí.

—No se podía esperar menos de una panda de cobardes desertores —dijo Kleria, aún furiosa—. Debiste dejarnos darles una lección.

—Esos hombres no tenían que morir. Lo que necesitan es comida y paz. Estoy seguro de eran buenas personas antes de que ocurriera esto.

—¿Y te parece bien que vayan por ahí robando a la gente? —le espetó Ondriva.

—No —Árgoht volvió a subir a lomos de *Karzan*—, pero eso no implica que quiera matarlos. La cobardía no debe castigarse con la muerte. Yo he matado a

muchos más hombres que todos ellos juntos. Nadie me juzgará más que la Madre, así que no lo haré yo con ellos.

Ondriva y Kleria se miraron sin saber si habían escuchado bien. Si aquello era estupidez o sabiduría, ellas no lo sabían. Pero, en verdad, ¿qué sabían de aquel hombre con el que llevaban ya tanto tiempo viajando? Muy poco.

En silencio, guardaron sus armas y volvieron a sus caballos.



Reanudar la búsqueda de Nerak, objeto inicial de aquella misión que había unido el destino de Árgoht con el de las zágheras, no fue nada fácil. Habían pasado por muchas vicisitudes, sobre todo el meledino, y volver a aquel cometido más mundano les obligó a reestructurar sus esquemas mentales. Les había costado varias conversaciones a la luz de la hoguera decidir el camino a seguir, pues eran conscientes de que la pista de Quindarst y el lethur era demasiado endeble. Habían pasado más de dos semanas desde que concluyeran que la capital de Lahmna debía de ser el siguiente paso y lo que quiera que pudieran descubrir allí debía haberse enfriado ya, pero no tenían nada mejor.

Avanzaban rumbo norte parando solo para descansar y comer. Necesitaban encontrar algo sólido para subir su moral, algo decaída durante todo aquel viaje de vuelta. Kleria y Ondriva estaban especialmente taciturnas debido a las circunstancias en que se había desarrollado su huida de Krahedia y Árgoht se contentaba con terminar de recuperarse. Desde que habían regresado a través del Paso de Arthün el hechicero había sentido el cambio en la energía que lo rodeaba. Volvía a percibir a la Madre fuerte y poderosa bajo sus pies, en cada soplo de aire, en cada árbol cuya sombra los cobijaba. Se sintió revitalizado y en dos días se sentía de nuevo vivo. El tiempo que había pasado perdido le había permitido abrir su mente a nuevos conocimientos y, aunque no había vuelto a intentar entrar en el *gehvaal*, ya estaba deseando hacerlo, como si su cuerpo le pidiera un contacto más directo con la fuente de su poder. Solo el entrenamiento con las armas que las dos zágheras le obligaban a realizar cada vez que se detenían a descansar le alejaba aquellos pensamientos de la mente. Poco a poco iba mejorando su posición, técnica y precisión, sobre todo con la daga arrojadiza. Él mismo tenía una, y comenzó a usarla con mayor disciplina de tal forma que cada vez eran más los lanzamientos que apuñalaban los árboles que los

que tenía que recoger de entre la hierba.

Decidieron bordear El Arrojo por su cara sur y tomaron dirección norte en la frontera del Desierto de Sal para entrar en Lahmna por Lehar, ciudad en la que apenas se detuvieron para abreviar a los caballos y comprar alimentos.

Habían pasado casi diez días desde su salida de Krahedia cuando encararon la ciudad de Kena. En ese periodo, Árgoht había dedicado mucho tiempo y energía a ayudar con sus hechizos a que la herida de la pierna terminara de curar. Sin embargo, el escozor no desaparecía y un dolor sordo aunque débil, seguía presente en su muslo.

En Kena se detuvieron una noche a descansar y recuperar fuerzas. Allí les informaron de que había muerto el rey y que el reino estaba de luto. Aquello no le decía nada a ninguno de los tres viajeros, pues ellos no eran de aquellas tierras y nada representaba para ellos su regente. Árgoht evitó una vez más el *gehvaal* y durmió con normalidad. Tuvo sueños extraños por primera vez en semanas. En ellos veía un grupo de personas de rostros borrosos sentados en círculos. No sabía por qué, pero sentía que no debía pronunciar palabra ante ellos. Era un momento solemne y él no debía estar allí. Parecían estar en algún tipo de cueva y una de sus esquinas estaba completamente en sombras, por lo que era imposible percibir a la persona que se sentaba en aquel rincón. El lugar emitía una energía que le aturdió y le embotaba los sentidos. Está a punto de desmayarse cuando uno de los presentes, un anciano desdentado de larga barba gris, se gira hacia él y lo mira directamente a los ojos. Su rostro no aparece borroso como el resto de la escena. Sin verle abrir la boca, escucha sus pensamientos.

El equilibrio se ha roto. La piedra debe ser protegida.

Árgoht se despertó sobresaltado, sudoroso y con una terrible sensación de impotencia. Aún era de noche, pero se vistió y salió a la calle. Se sentía encerrado entre aquellas paredes. El enano Árgghatar, que ya estaba levantado y preparando la cocina para el desayuno, le saludó. Ellos habían sido los últimos clientes, el día anterior, antes de que tuviera que cerrar la posada en señal de duelo. Aunque no podía recibir nuevos clientes y debían limitar el jaleo, los que ya tenía no podían ser expulsados por las buenas.

—Buenos días. Es temprano aún.

—Lo sé —respondió el meledino sin dejarse afectar por la mirada ofendida del posadero, que solo había intentado ser amable.

Salió a la calle y sintió el aire fresco en el rostro. Aquello lo tranquilizó un poco, pero sabía que solo el *gehvaal* le devolvería la calma. Pero tenía miedo. ¿Y si volvía a perderse? Las cosas habían cambiado, pero aún así un escalofrío le recorría la columna vertebral cuando pensaba en ello, erizando el vello en su nuca, allí donde su Sello marcaba su poder. Pocas personas lo habían visto. Árgoht se pasó la mano por la zona. Le ardía con un escozor que no había sentido nunca. Era la Madre que lo llamaba. Ella no dejaría que volviera a perderse.

Pensando en estas cosas llegó al pie de la gran muralla que rodeaba la Fortaleza

Herbais, hogar de la familia Herbais desde tiempos inmemoriales, cuando aún eran reyes y no meros plebeyos, según le contó la noche anterior el posadero enano.

El sol comenzó a despuntar por el este. Se prometía un día despejado y caluroso, muy alejado del frío que habían atravesado durante su viaje por los Grandes Reinos. Era el momento de regresar. Decidió que esa noche volvería a intentar contactar con La Madre. Necesitaba demostrarse a sí mismo que estaba recuperado. El dolor físico, al menos, casi había desaparecido, a pesar de que ya se le había terminado el ungüento de las zágheras. Su propio cuerpo terminaba el trabajo, aunque sospechaba que tardaría mucho en dejar de cojear.

Árgghatar había cerrado las puertas de la posada, que tenía el nombre de *Grandes Batallas*, pero en su interior la actividad había comenzado y diversos comensales empezaban a ocupar las mesas a lo largo del salón para el desayuno. El enano se movía con agilidad entre ellas, esquivando zancadillas involuntarias y tropezones con agilidad felina. Había solicitado a sus clientes que permanecieran en sus dormitorios mientras durara el luto, para evitar escándalos, y solo durante las horas de las comidas permanecerían abiertos el salón y la cocina. Sus dos compañeras de viaje estaban sentadas en una mesa del fondo del local y el posadero se acercaba a ellas con tres cuencos humeantes sobre una bandeja de madera. Aparte de dos ancianos que ocupaban una pequeña mesa junto a la barra, y tres viajeros con aspecto de monjes, el salón estaba vacío. La noche anterior había más clientes, pero muchos habían partido al alba en dirección a Quindarst para presenciar el funeral del rey.

—Supuse que llegarías a tiempo —Kleria recibió al hechicero con una sonrisa. Estaba radiante después de una buena noche de descanso. Árgoht las notó a ambas más delgadas que cuando las había conocido, y es que el duro viaje había pasado factura. En su caso, notaba el adelgazamiento fruto de la convalecencia en la ropa, mucho más holgada de lo que era habitual en él.

—¿Listo para partir de nuevo?

Árgoht sintió la tentación de decir que no, que no estaba listo, que necesitaba muchos más días allí, pero no para descansar, sino para sentirse parte de algo real, sentir que tenía un hogar como lo sintió durante años en Narmanthia antes de sentir la llamada de su Destino. Desde entonces no había dejado de viajar. Había intentado establecerse en unas cuantas ocasiones, pero no tardaba mucho en darse cuenta de que debía ponerse en movimiento. Comenzaba a sentirse nervioso, inquieto y alterado. Sus pensamientos se oscurecían y se volvía extremadamente pesimista. Solo el ponerse de nuevo en marcha, realizar activamente su búsqueda, le calmaba esa sensación de premura, de inminencia que le embargaba.

—Estaré listo —dijo en cambio—, después del desayuno.

Durante la frugal comida, pudieron escuchar varias conversaciones relativas al tema estrella de aquellos días: la muerte del rey. Hasta el momento no había habido bando oficial que explicara las causas de la muerte o anunciara la coronación de la princesa, pues no había primogénito varón. Las especulaciones se disparaban.

En efecto, desde que terminaron de comer recogieron sus cosas, pagaron su cuenta y se pusieron en marcha. Árgoht se despidió de Árgghatar, pues le caía bien el enano y se prometió a sí mismo volver en otra ocasión. Había conocido muchos de su raza en sus viajes, pero ninguno que se dedicara a esa profesión. Sentía mucha curiosidad por saber qué había llevado a aquel a ponerse un delantal.

A mediodía se encontraban ya a bastante distancia en dirección noroeste por la linde del bosque, a la sombra del Tir-Ergonian, pues pensaban seguir la principal ruta comercial hasta Quindarst. Esa noche se apartaron un poco del sendero para descansar. Habían avanzado a muy buen ritmo y habían salvado gran parte de la distancia que se habían propuesto. Al día siguiente habrían llegado a Deis.

En un momento de la noche, Árgoht se despertó al escuchar pisadas cerca de él. Pronto se dio cuenta de que era Kleria, que se había levantado. Para su sorpresa, se agachó a su lado y se introdujo entre sus mantas.

—Tengo frío —se justificó mientras se abrazaba a él y enterraba la cabeza en su pecho.

Árgoht no sabía cómo reaccionar ante aquella inesperada actitud, tan poco apropiada para lo que conocía de la guerrera, pero sí sabía que no le disgustaba en absoluto. Aunque su primer impulso fue el de apartarla, acabó respondiendo a su abrazo. Percibió su aroma natural y se despertó en él un instinto largo tiempo aletargado. Sin embargo, se resistió y se limitó a abrazar a Kleria y tratar de quedarse dormido.

Con el alba estaban de nuevo en marcha. El ánimo entre ellos era bueno, pues a pesar de la natural indisposición a ello por parte del hechicero, habían trabado buena amistad después de tantos avatares como habían pasado.

Cuando apenas habían avanzado una hora, avistaron tras un recodo del camino un solitario viajero a caballo que avanzaba a paso lento. No era el primero con el que se cruzaban, por lo que no le prestaron mayor atención hasta que vieron con asombro cómo varios hombres salían de entre las sombras del camino y se abalanzaban sobre él, derribándolo y golpeándolo contra el suelo. El viajero comenzó a forcejear tratando de defenderse del ataque, pero ellos eran cinco y, ahora que Árgoht se fijaba bien, el hombre no era tal. Era una mujer. Podría haber pasado desapercibido para otro menos perspicaz, pues su disfraz era bastante creíble.

—¡Santa Bëckala! —exclamó Ondriva.

Al unísono, las dos zágheras sacaron sus armas y se lanzaron al galope. Árgoht se limitó a acelerar el paso, aunque les cedió la iniciativa a las guerreras. Tenía muy claro cuál era su lugar.

El combate fue rápido y al final sí que tuvo que intervenir. Al fin y al cabo, ellos eran cinco y ellas solo dos. Los atacantes se adaptaron pronto a la nueva situación, claramente contrariados por el giro que habían dado los acontecimientos. Mientras se acercaba, el hechicero se fijó en aquellos hombres. Estaban bien armados y protegían sus pechos con corazas ligeras sin emblemas, además de grebas y yelmo. No parecían

bandidos comunes, como aquellos que los atacaran días atrás. Mostraban un alto grado de disciplina y organización. Árgoht concluyó que eran soldados o mercenarios. ¿Por qué atacar a una mujer solitaria con tal despliegue? Una violación no valía tanto armamento.

Árgoht se olió algo extraño.

Cuando por fin llegó al lugar del combate, la mujer atacada había sacado también su propia daga, pero no tenía aspecto de saber usarla debidamente. En efecto, pocos instantes después de sacarla ya se la habían arrebatado de la mano y descansaba inerte en el suelo. La joven comenzó a sollozar, desbordada por la situación.

Dos hombres yacían también. Aunque no estaban muertos, sí heridos de consideración. Las zágheras se habían bajado de sus monturas y atacaban desde el suelo espalda con espalda.

—¡Largaos! —les gritó uno de los hombres, el que parecía llevar la batuta—. ¡Esto no os incumbe! Es un asunto oficial.

Si aquello era cierto, las cosas cambiaban seriamente. Sin embargo, por más que se fijó Árgoht, ninguno de ellos mostraba insignia o emblema alguno que indicara su afiliación a algún ejército. Era un farol.

—¡Atacar a una chica inocente ha hecho que nos incumba! —respondió Kleria. Tampoco ella se había dejado engañar por el disfraz de la joven.

—No sabéis en lo que os estáis metiendo...

Kleria respondió a esas palabras lanzando un nuevo ataque que el hombre repelió con cierta dificultad. Ondriva se vio obligada a defenderse de otro tajo lanzado con habilidad, lo que le obligó a darle la espalda al tercer hombre en la lucha. Este vio su oportunidad y alzó su arma para golpear a la zághera por la espalda.

Aquello hizo arder la sangre de Árgoht en sus venas. Sin sentido del honor, un hombre no era nada.

—¡*Keoldar-lonm!*

Ante su aterrada mirada el arma del hombre se partió en infinidad de pedazos que salieron disparados en todas direcciones. Algunas de las esquirlas se clavaron en sus brazos y su rostro. Gritando de dolor y miedo, salió corriendo por el camino. Árgoht pronunció otro hechizo y los pies del soldado se convirtieron en raíces que se anclaron al suelo, haciéndolo caer. Su cabeza golpeó contra el suelo y quedó allí tendido, inconsciente. Karzan relinchó, divertido.

Pero la escena no era como para reírse. Árgoht miró a la joven. Tenía un poco de sangre en la frente, pero por lo demás parecía estar bien. La herida debió ser fruto de la caída del caballo.

—¿Estás bien? —le preguntó para cerciorarse.

La joven se limitó a asentir con el sucio pelo pegado a la cara y delante de los ojos. Estaba sucia y se la veía agotada. ¿Cuánto tiempo llevaría viajando sola y sin siquiera saber manejar un arma?

Árgoht se concentró de nuevo en el combate a tiempo de ver cómo herían a

Ondriva en su brazo derecho, lo que la obligó a soltar su arma con un desgarrador grito de dolor. La espada cayó al suelo, pero pronto apareció una daga en su mano menos buena. Sin embargo, no sería rival para la espada ancha que blandía el soldado.

No tenía mucho tiempo. Ondriva consiguió esquivar el primer ataque moviéndose hacia un lado, pero aquello la hizo caer de rodillas. Estaba herida y expuesta.

Árgoht pronunció un rápido hechizo al tiempo que alzaba la mano extendida hacia el mercenario. El aire chisporroteó a su alrededor en el momento en que un poderoso rayo saltaba de la palma e impactaba en el pecho del hombre, desplazándolo varios metros en el aire. Su cuerpo fue a dar contra el tronco de un árbol y cayó al suelo desmadejado.

Ondriva lo miró con el agradecimiento reflejado en el rostro. El combate de Kleria también estaba a punto de terminar. El hombre contra el que se enfrentaba estaba visiblemente herido y, en el momento en que el meledino fijaba la mirada en ellos, Kleria se disponía a darle el golpe de gracia.

—¡Espera! —gritó al tiempo que lanzaba un sencillo hechizo para desequilibrar a la zágghera y que fallara el golpe.

—¡Qué haces! —le espetó enfrentándose a él.

—Quiero hacerle algunas preguntas.

Árgoht se acercó a ellos y, en el momento en que llegaba, Kleria le lanzó un puñetazo a la barbilla que a punto estuvo de hacerle caer.

—Jamás vuelvas a hacerme eso —le gritó—. Es mi combate, yo decidiré cómo debe acabar.

Árgoht no pudo hacer otra cosa que aceptar la reprimenda y mirar a la zágghera, divertido. Era la primera vez que le golpeaban de esa forma y el puño procedió de la persona que menos se habría esperado. Kleria se alejó enfadada. Árgoht lo dejó correr y se acercó al soldado herido que se retorció de dolor en el suelo, pero cuando quiso dirigirse a él escupió sangre por la boca, lanzó al aire su último aliento y murió. Las heridas que Kleria le había infligido eran más severas de lo que parecía a simple vista.

Ondriva, mientras, se había acercado a la joven atacada, que temblaba de miedo acurrucada junto a su caballo.

—Tranquila, chica. ¿Estás bien?

La joven se puso en pie, mostrando una buena presencia de ánimo.

—Creo que sí.

—Déjame ver esa herida.

La muchacha pareció dudar unos instantes antes de permitir a la zágghera echar un vistazo a su frente.

—No es grave —le dijo con una sonrisa—. Sobrevivirás.

Ella sonrió a su vez.

—Muchas gracias por vuestra ayuda. No sé qué habría sido de mí sin ella. Os

debo mi vida.

—¿Cómo te llamas?

De pronto la joven pareció dudar durante unos instantes antes de responder.

—Me llamo Lhaida —dijo por fin—. Me dirijo a Quindarst a reunirme con mi madre.

—No deberías viajar sola por los caminos.

—Ya lo he deducido yo sola.

Árgoht se acercó. No podía quitarse de encima la curiosidad. Su afición por los misterios le perdería algún día.

—¿Quiénes eran esos hombres?

Lhaida pareció arrugarse un poco ante la imponente presencia del hechicero, pero se rehízo para contestar.

—No lo sé, me atacaron sin más.

Árgoht no añadió nada, pero mantuvo la mirada clavada en la muchacha, como si estuviera tratando de extraer la verdad desde su interior. Era evidente que mentía pero ¿por qué?

—No debes seguir sola —continuó Ondriva—. También nos dirigimos a Quindarst, así que te unes a nosotras y viajamos juntas.

—Os lo agradezco mucho, mi señora. Acepto vuestra compañía. Empiezo a temer ir sola.

Ni Árgoht ni Kleria se opusieron a la oferta de Ondriva, por lo que Lhaida se sumó al pequeño grupo en su viaje dirección norte.

El hechicero no le quitaba ojo de encima. Presentía que aquella joven era más de lo que decía ser y que de alguna forma estaba relacionada con su misión allí.



A mediodía habían llegado a Deis. Hicieron una parada para comer algo y descansar a la sombra, pero no se detuvieron más de lo estrictamente necesario, por lo que al comenzar la tarde ya estaban de nuevo en camino. La actividad se había reanudado tras los dos días de luto con especial efervescencia, y se empezaba a ver gran cantidad de gente desplazándose hacia la capital para presenciar el funeral que pronto se celebraría.

Loena se había sumido en el silencio, tratando de interpretar todas aquellas cosas que le habían sucedido en los últimos días. Lo que más la inquietaba era el ataque que había sufrido. ¿Quién podía querer atacarla? Hasta ella, que apenas conocía nada fuera de los muros de su ciudad, se daba cuenta de que aquellos hombres no habían sido meros salteadores de caminos. La esperaban a ella, pero no era capaz de encontrar a nadie que pudiera querer verla muerta. Además, nadie sabía que estaba allí.

De pronto, y sin saber por qué, le vino la imagen de Vâhlere a la cabeza. Estaba convencida de que había sido él quien orquestó la muerte de la pobre Yindala. ¿Querría quitarla a ella también de en medio? ¿Sería tan grande su ambición que quería silenciarla a ella por temor a que expresara sus sospechas? No creía que fuera capaz de tanto, pero empezaba a pensar que no podía fiarse de nadie. Había rechazado fugarse con ella por conservar la posición que había adquirido, pero ¿hasta dónde pretendía llegar?

Decidió que tenía que quitarse aquellos pensamientos de la cabeza. Kleria viajaba a su lado.

—¿Sois extranjeros? —le preguntó a la zághera—. No reconozco vuestro acento.

—Sí, venimos del sur. Tanto Ondriva como yo pertenecemos al pueblo de las zágheras.

Loena se sorprendió. Había leído sobre aquellas terribles mujeres, pero no estaba segura de que existieran. Eso explicaba la gran habilidad para la lucha que habían mostrado en su defensa.

—De Árgoht solo te puedo decir que viene de Meledel. El resto de su historia la desconozco.

—Os he oído discutir, si me permitís que os lo diga. ¿Hay algún problema?

Loena temió haberse sobrepasado. Antes de llegar a Deis, los había visto apartarse y tener una acalorada discusión. La curiosidad había podido más que la prudencia. Kleria la miró, dudando durante unos instantes.

—Lo siento —se anticipó la princesa—. Ha sido una indiscreción.

—No importa. Somos guerreras y no sé si entiendes lo que eso significa. Hemos sido educadas en las artes de la guerra y la batalla. Morir en combate para nosotras es una buena forma de acudir a los brazos de Bëckala. La mejor forma, de hecho. Cuando una de nosotras inicia un combate, está en su mano terminarlo. Aceptamos ayuda si es preciso, pero no imposiciones. El hechicero no me permitió terminar el combate, y eso es una grave afrenta.

—¿Lo habéis resuelto?

—Sí. ¿Por qué os atacaron esos hombres?

—Estaba pensando en ello ahora mismo, y no consigo encontrar una explicación. No parecían simples ladrones...

—Eran soldados o mercenarios. Sabían luchar y estaban bien pertrechados. Fueron a por ti por alguna razón.

Loena no sabía hasta qué punto podía fiarse de aquella mujer y, aunque podía decirles la verdad y pagarles por la escolta hasta la ciudad, también podían secuestrarla y pedir rescate por ella. Tenía que ser cuidadosa.

—Pues no sé cuál puede ser esa razón —concluyó la joven. Al instante supo que a la zághera no la había convencido aquella respuesta. Se olía que había algo más, aunque de momento lo dejó pasar.

Cada vez eran más los que se sumaban a la marcha en dirección a Quindarst, por lo que pronto pasaron completamente desapercibidos entre los innumerables grupos de personas que avanzaban por el camino. Loena se sentía ya casi como en casa y se descubrió a sí misma deseando llegar a pesar del miedo que le provocaba el recibimiento que pudieran brindarle.

La riada de gente que poco a poco los iba envolviendo a medida que sus pasos los acercaba más y más a Quindarst comenzó a ralentizar su marcha.

Kleria estaba algo inquieta. No estaba acostumbrada a que hubiera tantas personas extrañas a su alrededor. Además, ya le habían lanzado varias miradas curiosas por parte de algunos otros viajeros, cosa que no le gustaba lo más mínimo. Estaba claro que no pasaban desapercibidas. Se notaba a simple vista que no eran

campesinas que se dirigían al funeral del rey. Aunque llevaban sus armas todo lo ocultas que podían, su mera presencia, con su excepcional altura para ser mujeres, sus caballos poderosos y, sobre todo, su porte y esa fuerza que tanto ella como Ondriva desprendían con su mirada, eran suficientes para destacar.

—Esto nos complica un poco las cosas —comentó Árgoht a Kleria.

—¿En qué sentido?

Kleria había estado muy enfadada con el hechicero. Habían discutido con fuerza a consecuencia del incidente ocurrido en el camino. Aún tenía fresca en la memoria la conversación.

—¡Jamás vuelvas a frenar mi espada! ¡No tienes derecho! —le había espetado.

—Necesitaba a aquel hombre vivo.

—Ya estaba muerto antes de que intervinieras. Iba a darle el golpe de gracia para que tuviera una buena muerte. Nos avergonzaste a ambos.

—No conozco vuestros códigos, pues no soy guerrero, así que discúlpame si te he ofendido. En ningún caso fue esa mi intención.

Kleria le dio la espalda durante unos instantes respirando con fuerza, tratando de contenerse y consiguiéndolo a duras penas.

—¿Para qué lo querías? —acabó preguntando la zághera.

—Hay algo en esa chica que me inquieta. Quería saber quiénes eran y por qué la habían atacado.

—No te lo habría dicho, de todas formas.

—Quizá, pero tenía que intentarlo.

La cosa había quedado ahí y ninguno de los dos volvió a mencionar el tema, si bien a la guerrera le costó que se le pasara el enfado.

—Llegar en días de fiesta —expuso Árgoht—, o luto como en este caso, implica que habrá mucha más gente en la ciudad de lo habitual. Las posadas llenas y las memorias de la gente más entretenidas. Tengo pocas esperanzas de encontrar alguna pista fiable.

—Ahora mismo no tenemos otra cosa.

—Lo sé, pero me molesta avanzar a ciegas. ¿Piensas contarme algún día qué es La Maldición de Hilena?

Kleria se sobresaltó por el cambio de tema y tardó algunos instantes en responder.

—Es uno de los más antiguos secretos de mi pueblo. Si las circunstancias te permiten verlo, no te lo impediré, pero me resulta imposible explicártelo. He sido educada para no hablar de ello siquiera. Es un tema tabú entre mi pueblo.

—Llevo semanas implicado en esto...

—Por favor —le interrumpió ella—, no me presiones.

Sabía que si él insistía lo suficiente, se lo acabaría contando, algo que Ondriva no vería con buenos ojos. Llegado el momento, se prometió, se lo contaría todo. Pero era pronto. Miró de reojo al hechicero, pero no parecía molesto por su negativa. Seguía cabalgando a su lado sin decir nada.

—Me habría gustado poder ver Krahedia —señaló sin venir a cuento.

—Y a mí que la vieras —Kleria sonrió—, aunque en otras circunstancias. Es una tierra fantástica. Solo espero que algún día cambien las cosas y puedas visitarla.

El recuerdo de su madre le asaltó y se preguntó si estaría bien.

—Solo espero volver algún día...

—Cumplirás tu misión, y volverás a casa.

Aún tuvieron que viajar todo ese día antes de llegar a las inmediaciones de Quindarst, capital del reino de Lahmna. El ajetreo en toda la zona era ya considerable. Árgoht observó que Lhaida caía en un profundo silencio reflexivo desde que tuvieron la ciudad a la vista. Esta se alzaba junto al mar en una gran llanura que culminaba en la linde del bosque Tir-Ergonian. Aunque caía la tarde cuando por fin, tras un recodo del camino y al alcanzar una pequeña elevación del terreno, apareció ante ellos en la distancia, el hechicero pudo apreciar con nitidez sus detalles. Era de forma más bien circular y de considerables dimensiones. Pudo observar varios niveles de murallas concéntricas respecto al punto en el que se alzaban las magníficas torres que, con toda seguridad, conformaban la fortaleza del rey. Alrededor de las murallas crecían infinidad de casas de madera y adobe que formaban una segunda ciudad aledaña a la primera. Desde allí podía verse la bahía del puerto con numerosos botes, galeras y barcazas amarradas. El sol, anaranjado ya en dirección al ocaso, le daba al mar un color fulgurante y, junto con la brisa, conformaba un paisaje digno de admiración.

Multitud de pequeños campamentos comenzaban a apiñarse alrededor de la ciudad y centenares de hogueras aparecían en la pradera que la separaba del bosque como diminutas luciérnagas.

—Acampemos por aquí —sugirió Kleria—. Prefiero llegar a la ciudad a plena luz.

Todos estuvieron de acuerdo y, al igual que otras veces, se apartaron del camino para montar su pequeño campamento al pie de unas antiguas estatuas de piedra blanca, rotas y raídas por el tiempo y la intemperie. Tras una cena ligera alrededor de un fuego reparador, Árgoht se apartó del grupo. Era el momento de volver a intentar el *Terh-arhak*. Necesitaba enfrentarse de nuevo a ello. Se sentó en el suelo con las piernas dobladas y relajó el cuerpo y la respiración. Cerró los ojos y comenzó a recitar las palabras en susurros.

De pronto, su corazón se aceleró, apenas terminó la oración, sintió cómo era arrastrado hasta ese otro lugar en el que la realidad cambiaba para seguir igual. Cerró los ojos, temeroso de lo que pudiera encontrar y su pulso tardó más de lo normal en recuperar su ritmo natural. Al llegar allí, un torrente de luz y color lo cegó por un instante. No sabía qué esperar después de lo sucedido la última vez, pero no era aquello. Se halló en un prado, rodeado de alta hierba verde y arbustos en flor, como una primavera exuberante. Un viento ligero agitaba sus cabellos y su capa tras de sí.

El sol brillaba radiante en un cielo sin nubes. Sintió el poder de la Madre recorrer todo su cuerpo, recargando su energía y su vitalidad. Era como beber después de una travesía por el desierto. Sin pensarlo, se echó a correr por aquel lugar fantástico gritando de alegría como un niño mientras la adrenalina sacudía sus nervios. Su cuerpo era consciente de cada hoja, cada sonido, cada chirriar de los insectos. Al fondo, muchos kilómetros a lo lejos, comenzaba un bosque denso de brillante follaje verde. Su miedo se esfumó como si de vapor de agua se tratara, empujado por el viento. Se sentía en casa.

Muchas horas después, comenzó a regañadientes el *Serh-arhak* para regresar. Deseaba permanecer más tiempo en aquel lugar idílico que en nada se parecía al desierto de cenizas en el que tanto sufrimiento había experimentado, pero sabía que no debía dejarse llevar. Tan peligrosas eran las dunas negras como ahora la pradera espléndida: en ambos lugares podía quedar atrapado. En esta ocasión, sin embargo, cuando pensó en volver no necesitó hacer un esfuerzo por recordar el lugar al que tenía que regresar y las palabras que debía emplear para ello. No le hizo falta usar el ancla que tenía preparado para el caso de perder el camino.

Pronunció las palabras adecuadas y regresó a la noche de Quindarst, bajo las familiares estrellas de Thera. La primavera estaba ya sobre ellos y el cielo estaba tan despejado allí como en el otro lado. La noche era agradable y el hechicero no tenía sueño alguno, una vez que se había recargado por completo. Volvió al campamento con la intención de seguir de largo y dar un paseo por los alrededores. Al llegar vio a Kleria y Ondriva apaciblemente dormidas. Lhaida, en cambio se agitaba inquieta bajo su manta. Aunque ella no notó su presencia, él pudo entender enseguida su agitación.

Lhaida lloraba desconsoladamente.

A la mañana siguiente, el número de acampados en la llanura de Quindarst se había multiplicado debido a la cantidad de gente que había llegado durante la noche. Los alrededores de la ciudad parecían un hormiguero gigante que comenzara a entrar en actividad. Aunque apenas había salido el sol por el horizonte, una gran marea de gente se dirigía ya hacia las puertas de la ciudad. Árgoht observaba el espectáculo con cierta aprensión, pues le causaba un profundo recelo integrarse en aquella muchedumbre. Lhaida también parecía nerviosa.

—Es mucha gente —comentó situándose a su lado para observar.

Árgoht no respondió.

—¿Es este tu hogar? —le preguntó el hechicero.

—Sí.

—¿Por qué te fuiste?

Lhaida tardó algunos instantes en responder, como si le costara encontrar las palabras exactas para explicarlo.

—Es una larga historia.

Árgoht no preguntó más. Respetaba mucho a las personas que preferían guardarse su vida para ellas, pues él rara vez compartía nada con nadie. Siguieron un rato más allí en pie, hasta que Kleria y Ondriva se les unieron. Los cuatro se pusieron en marcha. Árgoht se preguntó en voz alta si, esperando un poco, la multitud se dispersaría.

—No creo que eso ocurra —le respondió Kleria cuando planteó la cuestión.

—Al contrario —intervino Lhaida—, la cosa irá a peor. He vivido aquí toda la vida y conozco a mi gente. Les gusta mucho un espectáculo, y ¿cuál hay más importante y llamativo que el funeral de un rey?

Así pues, se integraron en la riada que se dirigía a las puertas de la ciudad amurallada. Una gran muchedumbre se aglomeraba ante ellas alzando la voz y gesticulando. El acceso estaba cerrado. Gritos y empujones se sucedían a su alrededor. Algo estaba ocurriendo.

—¡Han cerrado las puertas! —oyó que gritaban.

La respuesta de la gente fue ensordecedora. Nadie entendía nada.

—¿Por qué cierran? ¡Queremos ver al rey!

Al poco, un soldado fuertemente armado se asomó sobre las almenas de la ciudad y gritó para hacerse oír por la multitud.

—¡Amigos! La ciudad está colapsada. No podemos dejar entrar a nadie más aún. Se abrirán los accesos de nuevo cuando comience el funeral. Es por vuestra seguridad.

Los gritos de protesta arreciaron. Árgoht comenzó a preocuparse, pues sin darse cuenta, se habían quedado en mitad del escándalo. No podían retroceder.

—¡Queremos entrar! —gritó alguien—. ¡Queremos entrar!

Al instante, esas palabras se convirtieron en un grito de guerra repetido por centenares de gargantas. La situación podía ponerse fea de un momento a otro. Entonces, Árgoht vio cómo Lhaida se bajaba del caballo, le daba las riendas a Ondriva y comenzaba a avanzar hacia la puerta haciéndose hueco a codazos, no sin recibir alguna dura mirada por el camino. Gracias a su corta estatura y su agilidad, consiguió llegar hasta la arcada, aunque le costó una buena docena de empujones.

El hechicero se quedó de piedra cuando, de pronto, todos los que estaban alrededor de la enorme puerta de madera remachada con enormes piezas de acero se quedaban en silencio. Un murmullo comenzó a circular a medida que se iba imponiendo el silencio.

—¡Princesa! ¡Princesa Loena! —susurraba la gente con miradas de asombro y los ojos muy abiertos.

Árgoht no entendía nada, pero la puerta comenzó a abrirse de pronto. Los guardias iban a dejar pasar a Lhaida y parecía que la gente no iba a impedirlo. La muchacha avanzó, pero se detuvo de pronto y miró hacia atrás. Lo miraba a él y a las zágheras. Con un gesto de la mano les indicó que se acercaran, ante el estupor de todos los presentes y de ellos mismos. En unos segundos se había formado un pasillo

y cientos de ojos se clavaban en ellos, para incomodidad suya.

—Vamos, amigo —le dijo a *Karzan* con voz suave al tiempo que le acariciaba el cuello para tranquilizarlo. El animal se puso en marcha. Si tenían una oportunidad de entrar, no iban a desperdiciarla por mucha extrañeza que le causara. No le apetecía quedarse fuera y tener que dormir de nuevo a la intemperie entre todos los demás campamentos improvisados.

Las puertas se cerraron tras ellos rodeados por un silencio que nada tenía que ver con el barullo de momentos antes. ¿Qué había ocurrido? Como *Árgoht* había sospechado, aquella joven era más de lo que parecía. Cuatro guardias habían entrado con ellos en la ciudad y rodeaban a *Lhaida* en actitud protectora. Al poco, habían traspasado la muralla y habían dejado atrás al gentío, que había vuelto a su actitud vociferante.

—Os están esperando, mi señora —dijo uno de los soldados cuando se encontraron en el interior—. Ya he enviado un mensajero a vuestra madre. Se emocionará al veros.

—No lo dudo, capitán. Vamos.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó *Árgoht* sin inmutarse.

—¡Cuida tu tono! —le espetó el capitán.

—¿Por qué debería hacerlo? —pero el hechicero ya se imaginaba la respuesta.

—Tranquilos —intervino *Lhaida*—, no nos pongamos nerviosos. Amigos —se dirigió a sus compañeros de viaje—, es importante que os cuente algo antes de seguir. Debo disculparme por el engaño, pero mi verdadero nombre no es *Lhaida*, sino *Loena Taren*, y soy princesa... —sus ojos se entristecieron por un instante antes de corregirse—. Bueno, ahora ya no. Quizás deba decir que soy *Loena Taren*, reina de *Quindarst*.

Si aquella muchacha había esperado que el hechicero se sorprendiera, debió quedar muy decepcionada.

—Vaya —respondió *Árgoht* y se giró hacia *Kleria*—, ¿qué diablos hacemos aquí?



Loena estaba en casa de nuevo. Casi no podía creerlo, pero era así. Diferentes sensaciones se agolpaban en su pecho, y todas ellas diferentes y enfrentadas. El día que se había marchado, su destino era incierto y le era imposible prever el curso que seguirían sus pasos. Ahora que había cruzado de nuevo las murallas de la ciudad, sabía que su vida estaría marcada para siempre. De pronto, se sorprendió a sí misma pensando en ello y descubrió que la angustia que sintiera unas semanas antes había desaparecido. Una suerte de resignación se había apoderado de ella, pues por fin había entendido cuál era su lugar en el mundo. Se sentía tranquila, en paz consigo misma por fin y volvía a respirar el aroma de su hogar, algo que había echado mucho de menos incluso sin saberlo. Lo que más lamentaba y le corroía por dentro era que su padre hubiera tenido que morir para que ella se diera cuenta de que no podía luchar contra su destino y su sangre.

«Y Yindala». El pensamiento le invadió de pronto, como si se lo trajera la marea. Su amiga había muerto para que ella pudiera huir, pero ahora regresaba. Aún así, no sentía que su sacrificio hubiera sido en vano. El tiempo que había pasado fuera le había servido de mucho, pues había madurado y había aprendido mucho de la vida en apenas dos semanas. La experiencia había sido merecedora de ser vivida, aunque el precio pagado fue demasiado alto.

Ahora, de camino hacia los aposentos de su madre, pensaba en el rey y tuvo que contener las lágrimas para no derrumbarse ante sus escoltas. A medida que avanzaba hacia el Barrio de la Esperanza, observaba a sus ciudadanos que atestaban las calles y la miraban tratando de descifrar su identidad en su rostro, pero se lo había cubierto con la capucha para evitar que la reconocieran y se armara un alboroto. Lo único que deseaba era llegar hasta su dormitorio y abrazar a su madre.

Por fin llegaron a la Puerta Soberana, donde les esperaba Arguedes con lágrimas

en los ojos. Nada más estar ante ella, le dio un fuerte abrazo que le hizo crujir las costillas.

—Yo también me alegro de verte.

Loena respondió al abrazo de su viejo amigo.

—Arguedes, por favor, encárgate de que mis compañeros queden bien instalados y se les de comer y un buen baño. Son invitados personales míos y quiero que estén lo más cómodos posible —se dirigió entonces a Árgoht y Kleria—. Ahora debo dejaros, pero se os dará cuanto pidáis. Esperad mis instrucciones mientras os laváis y coméis algo, pues estoy segura que deseáis hacerlo tanto como yo. Descansad cuanto queráis. Yo tengo algunas cosas que resolver.

Y dicho esto, se despidió de ellos y se dirigió al lado opuesto del patio seguida de cuatro de los cinco soldados y Arguedes. Con ellos se quedó el quinto guardia y una niña que había aparecido de la nada y a la que el viejo le había dado instrucciones respecto a ellos.

—Seguidme, por favor.

Otro sirviente, esta vez un chico, se hizo cargo de los caballos. Atravesaron el patio y los llevaron hacia una mole de piedra gris situada a su izquierda.

Loena, por su parte, aún sabiéndose sucia y desaliñada, no quería esperar ni un segundo más para encontrarse con *lady* Fasila. Necesitaba verla, pedirle perdón y llorar en su regazo por la muerte de su padre. Necesitaba una madre.

Apenas se cruzó con personal del servicio en el trayecto pues este se había reducido considerablemente, con motivo del duelo, hasta el día siguiente, en el que se celebraría el funeral. Loena agradeció este hecho, pues lo último que necesitaba era que la fueran entreteniendo continuamente con muestras de afecto. Ahora no.

Cada rincón del castillo le traía a la mente imágenes que había mantenido apartadas a conciencia. Echaba de menos cada piedra de aquellas paredes, cada recodo de los pasillos. Pero sobre todo, echaba de menos el calor de los brazos de su madre y, como si la hubiera llamado con el pensamiento, en ese momento apareció, en lo alto de la escalera que la princesa comenzaba a subir, la reina Fasila con el rostro desencajado por las lágrimas. Vestía completamente de negro. Incluso la diadema real estaba incrustada de piedras preciosas oscuras en señal de riguroso luto. Bajó los escalones como una exhalación y se abrazó a su hija dando rienda suelta a todo el dolor, la angustia, la incertidumbre y la soledad de los últimos días.

Loena pudo notar que su madre había perdido mucho peso y estaba visiblemente envejecida, lo que no hizo más que exacerbar sus remordimientos por haberse marchado. Se unió a las lágrimas de su madre y permanecieron así, abrazadas como un solo ser y sin decir una palabra, durante muchos minutos.

Por fin, Loena se separó del abrazo con exquisita suavidad para mirar a la reina a la cara. Nuevas arrugas enmarcaban sus ojos y había encanecido mucho.

—Madre...

—Loena, pensé que jamás volvería a verte. ¿Dónde has estado?

—Ahora no, madre, más tarde. Subamos. Quiero saber qué ha pasado.

Fasila asintió mientras se limpiaba las lágrimas del rostro. Loena pudo percibir la profunda necesidad de su madre de que ella tomara el control de una situación que se le había escapado de las manos. La reina estaba enfrascada en su dolor, y la princesa supo que era momento de asumir su nuevo rol, sin tener tiempo siquiera de hacerse a la idea. Ella no estaba en condiciones de hacerlo. El traspaso de poder acababa de sellarse con aquel abrazo consolador entre ellas y los pocos afortunados que tuvieron el privilegio de presenciar la escena lo supieron de inmediato.

Loena y Fasila se quedaron por fin a solas en el dormitorio real. Era una estancia enorme dividida en varios aposentos decorados sobria pero lujosamente. El suelo alfombrado amortiguaba el sonido de sus pasos y por las ventanas abiertas penetraba el aire fresco de la mañana al tiempo que agitaba las cortinas descorridas.

Madre e hija se sentaron en un enorme sofá tapizado con una exquisita tela de color caoba y volvieron a abrazarse.

—Cuéntame, Madre, pues necesito saberlo todo. Después te contaré yo.

Fasila se enjugó las lágrimas con un pañuelo. Tenía ya los ojos muy enrojecidos, pero no podía evitar esbozar una sonrisa.

—Temía haberme quedado sola con Leicar, Loena, no sabes lo feliz que me hace tu regreso —la reina tomó aire, intentando con ello que también le llegaran al corazón las fuerzas necesarias para contar lo que venía a continuación—. Tu padre enfermó de pronto una noche. Había estado muy bien, aunque terriblemente abatido desde tu marcha, pero estaba un poco mejor de ánimo. Dos días antes había conseguido que comiera y se bañara, que saliera del ensimismamiento en el que había caído. Cuando se acostó casi parecía él mismo de nuevo, aunque no conseguí que se afeitara y tenía ya la barba muy espesa. Era todavía noche cerrada cuando sentí que se revolvía en la cama. Me desperté sobresaltada y lo vi aferrándose el pecho y la garganta, incapaz de respirar. Tenía el cuello hinchado y los ojos abultados.

Fasila se detuvo de nuevo para coger aire, pues sentía cómo las lágrimas amenazaban con llenar de nuevo sus propios ojos al recordar aquellas terribles escenas.

—Tranquila, madre, despacio.

Tras unos instantes, la reina continuó.

—Le abrí la camisa, intentando aligerar aquello que le estuviera oprimiendo, pero lo que vi me dejó de piedra. Su pecho estaba negro y el estómago abultado como el de una mujer encinta. No era capaz de asimilar lo que estaba viendo. En su agitación, tu padre se cayó al suelo y comenzó a vomitar un líquido negro y denso con el olor más desagradable que he respirado en mi vida. Comencé a gritar pidiendo ayuda, pero solo Arguedes consiguió llegar antes de que muriera entre convulsiones y terribles gritos de dolor. Para cuando apareció el maestro Kodiran, ya nada se podía hacer sino confirmar su defunción. Fueron las escenas más horribles que mis ojos hayan visto nunca y no creo que consiga borrarlas de mi mente jamás. Por la noche

me asaltan pesadillas y me despierto temiendo encontrarme mi propio vientre negro e hinchado.

Loena abrazó a su madre y le acarició la espalda mientras le susurraba:

—No pasa nada madre, ya estoy aquí. Nunca permitiré que te pase nada malo.

Aquella frase le resultó extraña saliendo de su boca, pues solía ser pronunciada en sentido contrario. Sin embargo, supo que iba a ser así. A partir de ese momento sería ella quien atendiera a su madre, y no al revés.

—¿Dónde has estado? —le preguntó su madre por fin.

—He estado buscando mi camino.

La reina la miró largamente a los ojos. Loena temía una reacción, pero se sorprendió cuando Fasila le dijo:

—¿Lo has encontrado?

—Sí. Ya lo tengo claro.

—¿Y cuál es?

—Mi camino es sacar este pueblo adelante. Mi camino es descubrir qué o quién mató a mi padre. Mi camino será Quindarst.

Árgoht habría querido rechazar la invitación para alojarse en la fortaleza, pues consideraba más práctico moverse desde la ciudad para buscar las pistas que seguían en su búsqueda de Nerak, pero Loena no había dado opción, por lo que era imposible negarse sin correr el riesgo de que la princesa lo considerara un agravio. Aunque Árgoht se mantenía firme en su negativa a aceptar vasallaje de ningún tipo, entendía que no era conveniente enemistarse o provocar un desaire a aquella joven. Una cosa era no aceptar la autoridad de la reina y otra diferente provocarle una ofensa. Además, no podía dejar de pensar en una cama mullida y frazadas limpias.

Así pues, habían aceptado. Siguieron a la nueva reina y su escolta durante su avance por la ciudad de Quindarst a caballo mientras los soldados iban abriendo paso ante ellos. Se dirigían hacia una baja colina de piedra en la que se alzaba una imponente construcción de piedra compuesta por tres enormes torres. Desde que comenzaron a subir y superaron la altura de las murallas, Árgoht pudo ver el sol rielando sobre el Tar-Anmir, el Mar Gris. Se permitió disfrutar con la sensación de la brisa meciendo sus cabellos, sucios y apelmazados tras tantos días de viaje y camino. Pudo ver varios grandes veleros cruzar la bocana del puerto bajo un gigantesco arco de piedra que unía dos altas atalayas de vigilancia que protegían la cala que albergaba el mayor puerto de toda la Costa Gris. Era un espectáculo grandioso, y se dijo a sí mismo que allí sería donde comenzaría sus pesquisas.

Tras un rato de marcha llegaron a la base de la colina rocosa y, después de un corto ascenso por un ancho y cómodo camino empedrado, llegaron ante una enorme puerta de reja metálica que cerraba la muralla que la rodeaba por completo. A una orden de la princesa, la puerta se abrió y accedieron a una arcada cerrada por una

segunda puerta, esta vez de recia madera tachonada y protegida con placas de hierro. Solo cuando todo el grupo hubo cruzado la reja y esta quedó cerrada, la puerta se abrió para franquearles el paso. Durante unos inquietantes minutos estuvieron encerrados, engullidos por la piedra marrón de la muralla. Por fin, un crujido les indicó que el paso se abría para ellos y accedieron a un enorme patio en el que nacían como enormes árboles fosilizados las tres torres de piedra. Tras ellas, diversas estancias y edificios se alzaban a diversas alturas de la colina aprovechando los afloramientos rocosos de forma que el conjunto de la fortaleza parecía crecer directamente de la piedra.

Después de despedirse de ellos, Lhaida se dirigió a la más grande de las tres torres mientras que a ellos se los dirigió hacia aquella situada más al oeste. Era una mole de planta circular y piedra muy oscura. Fueron conducidos por aquella niña extraña hasta la cuarta o quinta planta y acomodados en dos dormitorios separados. En uno estarían las dos zágheras y en la otra el hechicero.

—Me gustaría empezar cuanto antes a buscar —le dijo Kleria antes de introducirse en el suyo—. No quiero alargar esto más de lo necesario.

El hechicero no podía estar más de acuerdo. Árgoht no se encontraba cómodo en aquellas estancias a pesar de todo, rodeado de personas que vigilarían cada paso que daba. Le ahogaba, por lo que habría preferido la libertad de movimientos que les hubiera dado el haber permanecido en el exterior de la fortaleza. Tendría que descubrir qué beneficios podía obtener de aquella nueva situación.

El dormitorio era amplio aunque sobrio y disponía de una ventana que daba al oeste. El meledino se asomó y pudo ver de nuevo el puerto, muchos metros a sus pies. La ciudad que se extendía bajo él era grande y compleja, con calles estrechas y enrevesadas, sobre todo en aquella zona aledaña al puerto. Desde allí se escuchaban tímidamente los gritos de los capitanes poniendo en su sitio a la tripulación. El puerto estaba protegido por dos espigones naturales y, como se fijara anteriormente, por dos grandes atalayas de piedra unidas por un alto arco almenado que nacían desde el extremo de cada uno de ellos.

Se retiró de la ventana. A su izquierda encontró una tina llena de agua perfumada. Para su sorpresa, estaba tibia. Se desnudó y se introdujo en ella con suavidad, regodeándose en la sensación del agua limpia sobre su piel sucia con el polvo del camino. Se detuvo algunos instantes a observar la herida de la pierna. La cicatriz avanzaba a buen ritmo y tenía buen color. No quedaba rastro de la infección, aunque sospechaba que el dolor nunca terminaría de remitir y que lo llevaría siempre consigo como muestra de lo que pudo haber sido el fin de sus días y para recordarle que le debía a alguien el que sus pies aún pudieran pisar sobre Thera.

Hundió la cabeza en el agua y se abandonó durante un rato a la sensación de flotar.

Un rato más tarde, cuando terminaba de vestirse con una muda de ropa limpia, o tan limpia como podía considerarse tras tantos días de camino, y recién afeitado, unos suaves golpes sonaron en su puerta. Apoyó a Êralin en un rincón junto al resto de sus pertenencias y abrió.

Ante la puerta encontró de nuevo a la niña. No debía tener más de doce años, aunque era alta para su edad, delgada y pecosa, con pose seria y grave.

—Su majestad, la reina Loena, desea veros. Os espera en el Salón de Recepciones.

La niña se quedó a la espera de una respuesta.

—Dile que iré enseguida.

—Iréis los tres.

Árgoht se limitó a asentir con la cabeza, pues no quería dar pie a que aquella niña repelente siguiera molestándole. Cuando se hubo retirado, Árgoht se ajustó a *la Cazadora* a la cintura y de pronto sintió como si se agitara. No era un movimiento real, pero *sabía* que había sentido algo. ¿Trataba de comunicarse con él o su propia energía se había activado? Un instante después la sensación había desaparecido. Aquello inquietó mucho al hechicero. Era la primera vez que experimentaba algo así, y no le había gustado en lo más mínimo. Sin ánimo para darle más vueltas a ese asunto, salió en busca de las zágheras, pero cuando se dirigía a su dormitorio se tropezó con ellas ante la puerta. Les habían acondicionado una habitación algunos metros más allá en el mismo pasillo circular en el que se encontraba la suya y que bordeaba toda la torre. Pequeñas troneras de apenas veinte centímetros de ancho por cincuenta de alto le otorgaban una luminosidad tenue pero reconfortante. El lugar olía a humedad y moho.

—Maldita la hora en que ayudamos a esa dichosa niña —refunfuñó Kleria cuando Árgoht le dijo que habían sido llamados.

—Tampoco podíamos negarnos —concluyó Ondriva.

Árgoht intentó mentalmente encontrar una excusa para no asistir, pero no encontró ninguna plausible que no provocara un desaire a la reina.

—Veamos que quiere la princesita de nosotros —concluyó.

La niña los esperaba a la vuelta del pasillo para guiarlos al Salón de Recepciones. Cuando llegaron hasta ella, se echó a andar sin decir una palabra ni mirar atrás. Era tan ligera que parecía flotar sobre los escalones. Tras sus pasos, salieron a la luz del sol y atravesaron el patio en dirección a la Torre del Rey, menos imponente que la Torre Gris, pero más alta y estilizada.

El Salón se encontraba en la planta baja y se accedía a él desde el vestíbulo, donde tres guardias armados les franquearon el paso. Nada más entrar apareció Arguedes por una puerta del fondo seguido de la reina, que se acercaba a un sillón alto y tapizado con terciopelo azul situado en la pared más alejada de la puerta, sobre

una tarima de dos escalones, con pasos rápidos y ligeros. Vestía un sobrio traje verde claro con largos encajes y una discreta diadema que sujetaba sus cabellos castaños. En nada se parecía aquella mujer a la joven Lhaida, la muchacha desaliñada y sucia, que los había acompañado hasta Quindarst. Incluso el tono de voz le había cambiado. Fijándose un poco más aún, Árgoht dedujo que ni ella misma se sentía cómoda en su nuevo papel.

—Amigos míos —comenzó tras sentarse y ofrecer asiento a sus invitados en un sillón similar pero alargado y chato—, espero que vuestras habitaciones sean de vuestro agrado.

Dado que Kleria y Árgoht permanecieron en silencio, Ondriva se apresuró a responder.

—Lo han sido, muchas gracias.

—Me alegro mucho. Mañana se celebra el funeral por mi padre. Será un acto multitudinario y durará toda la jornada. Durante ese tiempo, la ciudad permanecerá cerrada y se suspenderá todo el tráfico, ya sea por mar o por tierra. He querido explicaros personalmente el ritual que comenzará en breve para asegurarme de que lo entendéis.

Esta vez, ninguno de los tres dijo palabra, pero Árgoht estaba seguro de que pensaron exactamente lo mismo: «Más retrasos».

—Bien. Esta ciudad ha crecido mucho en poco tiempo y recibimos gente de casi todas partes de Thera, extranjeros como vosotros que han traído prosperidad a mi pueblo. Sin embargo, muchas de nuestras tradiciones y costumbres siguen ancladas en el pasado. Una de ellas es que los actos relativos al funeral serán solo abiertos a los quindu de nacimiento. El Puerto y la Mugre, que son los lugares donde más extranjeros se concentran, así como el Mercado, quedarán cerrados hasta que terminen los actos.

La reina guardó silencio unos instantes a la espera de una reacción.

—¿Entendéis lo que esto significa?

—Que nos quedamos encerrados.

—No quiero que lo veáis de esa forma. Sois mis invitados, pero no puedo permitirlos que salgáis a la ciudad durante el día de hoy. Os quedareis dentro del recinto de la fortaleza, pero nadie os molestará dado que prácticamente todo el personal se encuentra atareado con los preparativos. Incluso los miembros del Consejo han sido movilizados para que organicen las ceremonias de funeral y homenaje. Mañana será el entierro en el panteón real a media mañana, así que a media tarde se dará por terminado todo y podréis moveros a vuestra entera libertad. Durante este tiempo, tendréis a Lia —la reina señaló a la niña que los había ido a buscar y que esperaba en silencio como una sombra junto a las puertas del salón— para que os sirva de guía. Podréis pedirle cuanto deseéis, pues está a vuestro servicio a partir de ahora. Debo retirarme, pues ya me esperan en otro lugar. ¿Tenéis alguna pregunta?

Como ninguno de los tres hiciera amago de abrir la boca, la reina se levantó sin decir una palabra más y salió por donde había venido. Árgoht creyó leer algo de ofuscación en su expresión. Quizás había esperado una discusión de algún tipo, pero tal y como él lo veía, no había nada que discutir.

Solo les quedaba esperar.



Aquella mañana el dolor de cabeza era especialmente fuerte. Había dormido muy mal, atormentado por pesadillas horribles en las que se veía a sí mismo envuelto en una oscuridad impenetrable. Aunque no podía distinguir nada entre las sombras, podía sentir cómo *algo* lo acechaba y perseguía. Había despertado con el corazón acelerado y con aquella migraña recurrente que tanto le molestaba en los últimos meses. Se detuvo a pensar en ello y dedujo que debía de tratarse de algún tipo de alergia, pues habían comenzado cuando se había instalado en Quindarst. Ese día, además, le dolían mucho las piernas. Definitivamente, había pasado una noche horrible.

Se despertó con el alba gracias a los empujones que alguien le propinaba sin consideración alguna. Estuvo a punto de saltar del catre que le servía de acomodo y enfrentarse a quien le molestaba, pero recordó a tiempo dónde estaba y quién era el que le despertaba. Luthar Then lo miraba con frialdad, como siempre que se dirigía a él. Su oscuro bigote, cuyos extremos parecían caerse por las comisuras de sus labios hasta llegar a la parte inferior de la mandíbula como dos densos regueros de cerveza negra, enmarcaba una boca de labios duros que a su vez escondían unos dientes perfectos y blancos. Era un hombre duro y de aspecto peligroso que tenía la fea costumbre de mirar por encima del hombro. El padre del difunto Kreón ya lo tenía como asistente personal, por lo que conocía cada secreto y entresijo de la familia Taren desde que el fallecido era un bebé.

—¡Arriba! Es hora de ponerse en marcha.

Vâhlere refunfuñó molesto por las maneras de Luthar, pero no tenía valor para enfrentarse a él. Aquella posición a la que la reina Fasila los había enviado no era de su agrado, pero a Then le fastidiaba especialmente, pues habría preferido estar en la corte, organizando directamente el funeral.

—Luthar —le había dicho la reina Fasila colocándole una mano sobre el hombro en señal de confianza—, tenemos que controlar muy bien el acceso a la ciudad en estos días. Te necesito en la muralla, en el Bastión del Este, que va a ser el más agitado. Tú sabes cómo manejar a la gente. El funeral lo organizaré yo misma con Ertundias. Pierde cuidado.

Aquellas palabras no tranquilizaron al consejero, que salió de la sala imprecando en voz baja. Aquel encargo le parecía una indignidad.

Pero aquello había sido antes del regreso de Loena. Ahora era ella quien tomaba las decisiones. Él acababa de llegar a la torre de la muralla donde se había instalado el día anterior cuando escuchó el alboroto que se había organizado en la puerta. Cuando se asomó casi se cae de espaldas al ver a Loena que regresaba. Por un momento pensó que tenía que estar equivocado, que sus ojos le engañaban, pero no era así. Era ella. Su corazón se había acelerado y había comenzado a golpear cruelmente contra sus costillas. Había pensado muchas veces en la conversación que habían tenido la última vez que se vieron y no podía evitar sentir remordimiento. Tendría que haber ido con ella. De esa forma podría haber estado más cerca para intentar que volviera y, además, seguirían juntos. Ahora ella había regresado y se había apartado por completo de él. Tenía que buscar la forma de llegar hasta ella, o sus planes se verían frustrados para siempre. Ahora tenía una nueva oportunidad y trataría de aprovecharla por todos los medios.

Then también se había quedado anonadado durante un rato ante la visión del regreso de la princesa. Se había puesto más serio de lo habitual y su ceño se había fruncido durante un rato. No le quitó ojo de encima a la comitiva hasta que se perdió de su vista, en un recodo del camino que ascendía hacia las Tres Torres. Después de eso se había quedado horas en el más completo mutismo. Reacciones similares había observado también en varios guardias que los acompañaban. El regreso de la princesa era una gran noticia, pero nadie podía adivinar los cambios que eso traería, incluidos aquellos que podían afectar a posibles reestructuraciones del Consejo.

Cuando Vâhlere pensó en ello, se puso aún más nervioso. ¿Se vengaría Loena echándolo del Consejo? Se había negado a marcharse con ella precisamente por mantener ese puesto que tan importante era para él. Si decidía sustituirlo, todo se echaría a perder.

No podía dejar de darle vueltas a esa cuestión, lo que le provocaba una cierta desconcentración en sus funciones actuales.

—¡Espabila! —le había dicho Luthar la noche anterior, pues había dejado pasar a un enorme grupo de personas sin identificar—. Como vuelva a pasar, te prometo que conseguiré que te encierren una noche para que sepas lo que es estar atento a lo que ocurre a tu alrededor. Bastante tengo con esta indignidad para encima tener que cargar contigo.

Decidió concentrarse en lo que estaba haciendo si no quería ganarse una seria reprimenda de Luthar por lo que desde ese momento había intentado centrarse más y

alejarse a Loena de su mente. Además, la situación le exigía cada vez más atención, pues más y más gente se agolpaba en el Bastión del Este tratando de acceder a la ciudad desde todas partes del reino y tenían que tener un cuidado exquisito para evitar que entrasen forasteros, algo muy difícil de controlar. Vâhlere comenzaba a preguntarse si sería viable realizar un censo de toda aquella gente para que fuera más fácil el control de la multitud en situaciones excepcionales como aquella.

Cuando se asomó a la mañana desde la torre de la muralla, los primeros rayos de sol comenzaban a bañar de luz el Tir-Ergonian lanzando al aire infinidad de destellos verdes. Sin embargo, lo que realmente llamó su atención fue la masa ingente de personas que se apiñaba a los pies de la muralla buscando una oportunidad de entrar a ver el funeral. La jornada, supo de pronto, iba a ser muy dura, pues serían pocos los que en efecto tuvieran ocasión de acceder. El cupo de personas que tenían cabida en las calles anexas a la muralla de las Tres Torres, donde se expondría el cuerpo del monarca, ya estaba próximo a cubrirse. Iba a ver conflictos, quizás incluso un tumulto.

Vâhlere solo esperaba que no le pillara en medio.



—No sé qué hacemos aquí —se quejaba Kleria, dando vueltas de un lado para otro por toda la estancia.

Se encontraban en un pequeño salón de invitados ubicado en la misma planta que sus dormitorios. Estaba decorado con exquisitez y sobriedad, con tapices y alfombras que le daban un aspecto acogedor. Ondriva y Árgoht se encontraban sentados, ella en un gran sofá y él en un sillón individual. Junto a una mesa adosada a la pared, una bandeja con vino especiado y tacos de carne y pan les esperaba a modo de tentempié. El hechicero se había servido una copa y degustaba su contenido con tranquilidad. No le había gustado que la reina lo tratara de aquella manera, encerrándolo y negándole presenciar el funeral, pero tampoco le importaba esperar un día más para empezar a buscar al Despreciable.

—Tranquila, hermana —dijo Ondriva—, solo es un leve retraso. Quizás estemos ya cerca.

—Eso es lo que más me inquieta, que podamos tener nuestro objetivo al alcance de la mano y no nos permitan alcanzarlo. Además, somos zágheras, ¿cómo se atreven a encerrarnos?

—No lo tienes aún —intervino Árgoht.

—¿Cómo dices?

—Que no sabes si lo tienes cerca o no. No quiero que te hagas muchas ilusiones, pues la pista que nos dieron en Lúrmanis es muy endeble. Debes estar preparada para una decepción.

—No me trates como a una niña, Árgoht. Sé perfectamente que esto puede ser un callejón sin salida pero, si lo es, no quiero perder días enteros antes de descubrirlo. Cuanto antes lo sepamos, antes podremos decidir nuestro siguiente paso.

Árgoht no respondió, y se limitó a beber otro trago de vino. Lia los observaba

desde un rincón, en pie y sin hacer el menor ruido. De pronto, llegó hasta sus oídos el sonido de trompetas. El hechicero se levantó y se acercó a la ventana, depositando la copa en el alféizar. Muchos metros más abajo, a las puertas de la muralla que rodeaba las Tres Torres, el cuerpo del rey Kreón estaba siendo transportado sobre un largo escudo de madera a hombros de soldados vestidos con sus trajes de gala y altos yelmos con penachos rojos. Tras ellos avanzaban, cogidas de la mano, dos mujeres y una niña. Una era la nueva reina, Loena.

—Lia, acércate —la muchacha se aproximó a la ventana sin que sus pasos parecieran apoyar sobre la piedra y las alfombras—, ¿quién es la otra mujer, la que va del brazo de Lhaid... de Loena?

Lia se asomó a la ventana, pero tuvo que ponerse de puntillas para poder ver bien. Aunque era alta, aún le faltaban veinte centímetros para poder observar con comodidad.

—Es la reina... bueno, la madre de la reina, *Lady Fasila*, esposa del rey Kreón. Y a su lado está Leicar, la infanta, hermana de la reina Loena.

Desde aquella altura no podía apreciar los detalles, pero daba la sensación de que la mujer lloraba desconsolada, mientras que la reina se mantenía firme y con la cabeza alta.

Se había construido una enorme tarima de madera en lo más alto de la escalinata. Sobre ella esperaba un altar y varios sillones. El cuerpo fue depositado sobre el altar y los sillones fueron ocupados por las dos mujeres, la niña y varios ancianos, aunque un buen número de ellos quedó vacío. A la derecha del cuerpo, se dispuso un esbelto atril de madera. Al pie de la escalinata de acceso a las puertas, una barrera humana de soldados del reino impedía que la multitud se abalanzara a ver al difunto, pues la cantidad de gente era impresionante. Árgoht extendió la mirada y no fue capaz de encontrar un solo hueco entre las calles en el que se viera un adoquín. Toda la ciudad estaba tomada por una marea que los guardias trataban de contener con enormes dificultades.

Las trompetas seguían sonando, entonando tristes melodías, lanzando al aire sus más melancólicas notas para mantener el tono general del evento en el que los soldados trataban de poner en movimiento a la multitud. Árgoht entendió que pretendía crear una corriente, un camino, de forma que todos pudieran pasar ante el cuerpo para dar el último adiós al monarca sin provocar avalanchas que pudieran desembocar en el caos. A pesar de que el acto acababa de comenzar, al fondo ya podía verse algún tumulto sofocado rápida y brutalmente.

Las trompetas callaron y un hombre alto y anciano se acercó al atril situado junto al féretro improvisado, ataviado con una larga túnica de color verde muy oscuro. Era casi calvo.

—¿Quién es?

—Ese es Garles de Mir, señor, el representante del Consejo. Hablará en nombre de todos para alabar al difunto rey. Después, dejará paso al maestro, que entonará los

cánticos ceremoniales.

Árgoht miró a la niña.

—¿Cómo sabes tanto?

Lia pareció ruborizarse.

—Nadie me ve, pero estoy y escucho.

Árgoht volvió a concentrarse en el funeral. Kleria y Ondriva se habían sumado a la observación. Al fin y al cabo, con algo tenían que entretenerse.

Aunque sus palabras no les llegaban, pues quedaban acalladas por el murmullo constante de la multitud, Garles de Mir parecía estar dando un buen discurso, pues la gente que podía oírle le miraba con estupefacción y admiración, y había una zona de silencio frente a él. Debía estar diciendo cosas muy hermosas sobre su rey. Habló durante un largo rato, y en ese tiempo fueron muchos los dolientes que pasaron frente al cuerpo. Era impresionante observar desde aquella perspectiva la masa de gente que se desplazaba en la misma dirección, con orden y sentido común. Los únicos incidentes parecían encontrarse en las partes más alejadas.

—¿Dónde está el resto del Consejo? Porque supongo que habrá más...

Árgoht buscaba otros hombres de aspecto similar al de Mir, pero no hallaba ninguno.

—La reina los ha enviado a las murallas a controlar los accesos.

Por fin, el consejero pareció dar por concluido el discurso y dio paso a otro anciano que caminaba ayudado por un asistente hasta que llegó al atril. Unos metros por detrás, de Mir saludaba a la reina y su madre, tratando de consolar sobre todo a esta segunda.

—Ese es el maestro Kodiran, asiste a la familia real en cuestiones de salud —explicó Lia sin que nadie le preguntara.

Era un hombre achaparrado y calvo, encorvado y tembloroso, vestido con una larga túnica blanca que le besaba los pies. Árgoht tomó la copa y se la llevó a la boca. De pronto, un temblor le recorrió el cuerpo y el líquido se vertió entre las comisuras de sus labios manchando sus ropas. Todo el vello se le había puesto de punta, como si hubiera tenido un escalofrío terrible. De nuevo, sintió cómo Êralin se agitaba en su vaina, esta vez de forma más perentoria. Algo estaba ocurriendo.

—¿Estáis bien, mi señor? —le preguntó Lia. Kleria y Ondriva se habían alejado de la ventana y hablaban entre sí de forma distraída, por lo que no observaron nada.

—Sí —respondió Árgoht limpiándose la boca con la palma de la mano. Comenzó a buscar entre la multitud. Estaba convencido de que lo que había sentido era la presencia de la magia a su alrededor. Aunque él no era especialmente receptivo para los poderes que le eran ajenos, aquella sensación era inconfundible. ¿Sería Nerak? ¿Estaba allí mismo, entre aquella gente? No sería de extrañar, pensó de pronto, si tenía en cuenta que gran parte de la población del reino se había reunido allí. ¿Por qué no iba a venir a presenciar el evento?

—Ese es Vâhlere Denhon.

La voz de Lia extrajo a Árgoht de sus cavilaciones.

—¿Cómo?

—Que ese es Vâhlere Denhon —Árgoht miró la dirección que señalaba el dedo esmirriado de la niña y vio cómo por una calle lateral se abría paso un pequeño grupo de soldados que escoltaba a dos hombres—. Vos preguntasteis por el Consejo, y ese es uno de sus miembros. El que va un poco por delante es Luthar Then.

Árgoht apenas le prestó atención a las palabras de Lia, pues seguía profundamente inquieto con la sensación que había experimentado y que comenzaba a diluirse, tal y como hiciera esa mañana.

Los dos hombres que la niña les había señalado llegaron hasta la tarima y se acercaron al cuerpo del difunto. Tras entretenerse en él algunos instantes, se acercaron a las dos mujeres y conversaron con ellas. Después, se sentaron en unos sillones dispuestos tras los de la reina. La mañana avanzaba con rapidez y el sol ascendía por el cielo, despejado y azul.

Árgoht se retiró de la ventana y se sirvió otra copa de vino que apuró casi de un trago. Se había quedado desasosegado. El estómago le rugió, por lo que cogió varios pedazos de pan y carne para saciar su apetito. Al poco Kleria y Ondriva se unieron a él.

Cuando se volvió a acercarse a la ventana, más miembros del Consejo llegaban hasta la tarima, le daban el pésame a la reina y ocupaban sus puestos tras el trono. Mientras, la riada de gente no dejaba de avanzar en dirección a la escalinata. De momento, la guardia estaba siendo capaz de controlar a la muchedumbre y el acto se estaba desarrollando con total normalidad, casi tediosamente, pensó Árgoht. Se alejó de la ventana y fijó la vista en la pared más alejada del salón, en la que había una alta estantería repleta de libros polvorientos que parecían no haber sido tocados en mucho tiempo. Se dirigió a ella para ojear los cantos. No eran especialmente atractivos, pero encontró uno sobre geografía de la región y regresó a su sillón para dejar pasar el tiempo mientras trataba de que no se le contagiara el nerviosismo de las guerreras. Como si fuera un tic, comenzó a masajearse la pierna herida.

De pronto, en mitad de la lectura, se le ocurrió una cosa.

—Kleria, ¿qué piensas hacer con Nerak una vez lo encuentres?

La zágghera lo miró como si fuera la pregunta más estúpida que había escuchado.

—Matarlo.

—¿Estás segura? Has dicho que es un hechicero poderoso. ¿Qué te hace pensar que podrás acabar con él?

—Haré lo que sea necesario y moriré si hace falta.

—Y eso será lo más probable.

—¿Por qué lo dices?

—¿Crees que él te dará la oportunidad de pelear que yo le di a Hertania? Si Nerak es la mitad de poderoso de lo que tú dices, intentará aniquilarte a la primera ocasión que tenga. No tendrá piedad.

Kleria se quedó en silencio, pensativa.

—No lo había pensado así. Estaba tan concentrada en encontrarlo que no me había planteado qué hacer cuando lo consiguiera. Quizás tenga que conformarme con recuperar lo que he venido a buscar...

Kleria se levantó del sillón y se acercó a la ventana. La luz del sol bañó su cuerpo y Árgoht pudo ver sus cabellos castaños recogidos en una alta cola y sus ojos verdes, ensombrecidos por el ceño fruncido, de un color diferente, más brillante y luminoso. La claridad perfiló cada detalle de su cuerpo y dio nueva vida a su piel, morena por la intemperie, destacando el vello tenue de sus brazos. Se había despojado del peto de cuero y solo una camisa de algodón, cortesía de la reina Loena, le cubría el torso. El hechicero pudo apreciar el contorno apenas insinuado de sus pechos bajo los que cruzaba los brazos y tuvo que hacer un esfuerzo para desviar la vista y concentrarse en el libro que tenía en las manos.

A duras penas consiguió leer durante un buen rato. Las dos mujeres discutían sobre los siguientes pasos a dar y Lia aguardaba en un rincón. Árgoht recordó que no había visto comer a la niña.

—Lia, come algo por favor. No esperes que te demos permiso. Considérate de descanso y compórtate con naturalidad.

La niña dio un respingo, como si lo que el hechicero acababa de decirle fuera una terrible ofensa, pero enseguida se relajó, se levantó y se acercó a la bandeja de la comida, de la que cogió varios trozos de carne y un vaso de vino. Comenzó a comer, despacio primero, y con más avidez a medida que perdía la vergüenza. Árgoht se preguntó cuánto tiempo llevaría sin comer.

El sol había caminado mucho por el cielo y la tarde comenzaba a caer, cuando el sonido de las trompetas volvió a rasgar el silencio de la Torre Gris. Los tres invitados de la reina habían tenido ocasión de pasear por toda ella y casi la conocían al dedillo ya. No estaban confinados, pero tampoco veían motivo alguno para salir si no podían abandonar del recinto de las Tres Torres. Árgoht volvió a asomarse. La reina Loena y *Lady Fasila* se habían puesto en pie, al igual que el Consejo. La guardia comenzaba a desalojar a la muchedumbre, y los primeros disturbios se encendían entre aquellos que no habían tenido ocasión de llegar hasta el difunto. Más allá de las murallas se encendían las hogueras de los centenares de campamentos que se habían levantado entre los asistentes que tendrían que esperar al día siguiente para retornar a sus hogares con la luz del día. Esa noche sería festiva en la pradera.

—Ahora llevarán el cuerpo al panteón familiar, pero ese es un acto privado al que solo pueden asistir la familia y el Consejo —informó de nuevo la niña.

—¿Desalojarán a todo el mundo? —preguntó Ondriva.

—Eso parece —concluyó Kleria.

También ellas se habían asomado al sonar las trompetas en la segunda de las

ventanas de que disponía el recinto.

—Pues van a tardar un buen rato.

En efecto, parecía que la gente no se iba a retirar nunca. Eran muchos y los guardias para contenerlos demasiado pocos, pero tenían controlada la situación. Poco a poco, consiguieron desplazar a la gente para dejar espacio. Lia siguió contando lo que iba a pasar.

—La entrada al panteón está en la base rocosa de la colina y llega a unas catacumbas. Hay un acceso desde la Torre del Rey, pero no es apto para bajar el cuerpo. Por eso deben usar la puerta exterior, pero para eso tendrán que descender de la tarima, cruzar dos calles y dar un pequeño rodeo, pues la puerta está por el oeste.

Seis guardias alzaron el escudo con el cuerpo de Kreón y se lo echaron sobre los hombros con gesto digno. Las mujeres también se levantaron, pero tuvieron que esperar aún un rato hasta que los soldados, al pie de la escalinata, consiguieran establecer un perímetro de seguridad. Habían despejado varios metros ante la escalera, así como la entrada de una callejuela que se abría hacia la izquierda. Los guardias se pusieron en movimiento seguidos por la reina y el Consejo y, cuando el cortejo llegó a la calle y doblaron por ella, una doble fila de hombres armados se situó a la entrada a fin de evitar que nadie pudiera acceder y así dejar que la familia llegara al panteón en total intimidad. Unos instantes después, se habían perdido calle adentro y se perdieron de vista para Árgoht y las zágheras.

—Bueno, creo que eso ha sido todo. ¿Cuánto durará el entierro? —preguntó Kleria a Lia.

—Toda la noche, señora.

La zághera suspiró. Ya daba el día por perdido.

—Está bien, no hay nada que podamos hacer aquí ya. Me retiro a mi dormitorio.

Y sin una palabra más, tomó varios pedazos de carne y pan, una copa de vino y salió al pasillo en dirección a sus aposentos.

Unos instantes después, Ondriva le siguió los pasos.



Loena nunca pensó que lo que estaba viviendo pudiera ser tan duro. El cuerpo de su padre estaba a punto de ser introducido en la cripta, en el lugar de reposo destinado para él desde el mismo día de su nacimiento. El panteón era una caverna excavada en la roca pura donde descansaban todos los reyes y reinas de la dinastía Taren desde que la ciudad fuera fundada. La gruta se iba excavando según se iba necesitando el espacio, y habían comenzado la ampliación para crear el hueco que un día ocuparían *Lady Fasila* pues, aunque de forma fugaz, había sido reina, y Loena. El lugar estaba completamente a oscuras, excepto por las antorchas que otorgaban una iluminación agobiante y angosta. La tapa del féretro, en la que estaría tallada la escultura en posición tumbada de Kreón, no estaba aún terminada, dado lo inesperado de su muerte, así que de momento se cubriría con una de madera maciza con el emblema de la casa Taren: un barco visto de frente, con una vela cuadrada y dos torres flanqueándolo con una tercera detrás. Los Taren siempre habían sido navegantes, pero cuando se instauraron como reyes de Quindarst, añadieron las tres torres al emblema.

Loena sentía que no podía aguantar más. Había contenido el llanto para mostrarse firme y no parecer una niña ante su pueblo pero ahora, en la intimidad que le daba el panteón, y habiendo dejado al Consejo muchos metros más atrás, no quiso retener ni un segundo más el torrente que amenazaba con ahogarla por dentro. Cuando empezó a llorar, tardó mucho en dejar de hacerlo.

Las dos mujeres permanecerían allí toda la noche, para efectuar la Última Vigilia, como era tradición. Les habían dispuesto dos cómodos sillones y algo de comida para no desfallecer, pero ninguna la había probado aún.

Los miembros del Consejo se retiraron y la aya se llevó a Leicar, pues la reina la había eximido de la vigilia dada su corta edad, por lo que solo quedó Arguedes para

atenderlas en lo que necesitaran durante aquella larga noche que les esperaba.

Loena se propuso no quedarse dormida, y se lo había planteado como su primera gran prueba como reina. Allí, casi a oscuras y en compañía de sus parientes muertos, se sentía más cerca de su padre que nunca. Se vio a sí misma como parte de un todo, de un pueblo único, un eslabón en una larga cadena y su corazón se llenó de arrepentimiento al pensar que había estado a punto de echarlo todo a perder por una pataleta infantil.

Estuvieron varias horas en el más completo silencio, cada una encerrada en sus propios pensamientos. De pronto, Loena sintió una punzada en el bajo vientre. Se aferró el estómago y, unos instantes después, el dolor pasó.

—¿Estás bien? —la voz trémula de su madre resonó en la gruta.

Loena sabía que el secreto que albergaba en su interior no tardaría mucho en ser descubierto. Debían trazar un plan al respecto. Estaban solas y únicamente sus antepasados serían testigos de sus palabras. Y ellos no podrían juzgarla.

—Madre, hay algo que no te he contado y creo que es importante que lo sepas.

Lady Fasila la miró, pero Loena apenas pudo distinguir su expresión entre las sombras proyectadas por las antorchas. Decidió que era inútil darle vueltas y andarse con preámbulos, así que lo soltó de sopetón.

—Estoy embarazada.

Esta vez sí pudo distinguir la expresión de absoluta perplejidad que se instaló en el rostro de Fasila. Sabía que acababa de decepcionarla, pero tenía que seguir hablando, explicarse para evitar que el torrente arrollador en que se convertiría la conversación le impidiera hacerlo.

—Fue un accidente, y no lo tenía planeado. El padre es alguien a quien amé, no un cualquiera. Sé que es el peor momento, pero si no te lo digo ahora no sé cuándo podré hacerlo.

—¿Quién es? —preguntó su madre conteniendo el tono.

Loena guardó silencio.

—Loena Taren, te he preguntado que quién es el padre. No te atrevas a ignorarme. Serás la reina de Lahmna, pero sigues siendo mi hija.

La joven sintió que se rompía por dentro. Por un lado, sentía la tentación de decirle la verdad y que Vâhlere cargara con su castigo, pero por otro sabía que sería injusto. Además, no tenía pruebas de que hubiera sido él quien manipuló la carta que llevó a Yindala a la muerte.

—Madre, te lo diré, pero permíteme tiempo para reunir valor. Sé que voy a destruir la vida de esa persona en cuanto te lo diga, así que es algo que debo meditar con profundidad. Lo importante es que él no significa nada para mí y que no afectará...

Pero Fasila ya no la escuchaba.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó en cambio.

—Un mes aproximadamente.

—Estamos a tiempo. Mañana le pediré a Kodiran que te haga una infusión de reasia...

—¡No, madre!

Loena conocía muy bien esa hierba. Algunas de las sirvientas habían tenido que tomarla por culpa de embarazos no deseados. Provocaba que el feto muriera y saliera de su cuerpo, pero era muy doloroso.

—¡Cómo que no! ¡No tendrás un hijo bastardo!

—No será bastardo, madre...

—¿Cómo no iba a serlo?

—He pensado en una alternativa. Desde que salgamos de aquí anunciaré que la boda con Kleinan sigue en pie y la celebraremos a la mayor brevedad. Aunque es un niño aún, habrá que consumir el matrimonio y no sería la primera en quedar embarazada la noche prima.

—¿Tú te estás oyendo? —Fasila estaba a punto de perder los nervios. Se puso en pie y comenzó a pasearse por las catacumbas.

—Sí, madre, lo he pensado mucho y es la mejor alternativa. No es necesario que sepas quién es el padre, pero quiero tener el niño aunque ese hombre haya muerto para mí. Lo que importa ahora es el bebé. Mi hijo...

Fasila dejó de pasearse por un momento.

—Mi nieto...

—Nadie contará los días desde la consumación. Todos pensarán que es hijo de Kleinan, nuestro primer heredero. Solo tú y yo sabremos la verdad.

Loena deseaba con todas sus fuerzas convencer a su madre y estaba preparada para una larguísima discusión. Por eso, se sorprendió tanto cuando ella se sentó a su lado y se cubrió la cara con las manos.

—Hoy no tengo fuerzas... Estoy cansada —miró a su hija—. Si quieres tenerlo es cosa tuya, no me interpondré, pero más te vale que me digas quién es el padre, porque no descansaré hasta saberlo.

Loena sonrió en la oscuridad.

—¿Te alegras por mí, madre?

Lady Fasila miró a su hija y por primera vez vio una mujer en ella. La atrajo hacía sí y la abrazó con fuerza.

—Me alegro mucho por ti, hija mía. Nunca más volveré a imponerte una decisión. Es tu hijo, al igual que es tu boda. He aprendido de mis errores.

Sin saber cuál de las dos lo hizo primero, unos minutos después ambas lloraban de nuevo. Con aquellas lágrimas pretendían limpiar el dolor y regar la felicidad a partes iguales. Una vida que se iba dando pie a una nueva que llegaba.

A la mañana siguiente, el Consejo al completo volvió a acceder al panteón. Loena sentía a su alrededor la presencia de Vâhlere, pero no quería darse por aludida. Una

mirada equivocada, más intensa de lo habitual o en el momento inoportuno podía ser suficiente para despertar la suspicacia de su madre. Además, tenía la mente ocupada en otra cosa. Dos operarios se situaron a los lados de la tumba, esperando la orden. Garles de Mir se acercó a las dos mujeres, pálidas y ojeras, pero despiertas.

—Mi reina...

Lady Fasila respondió por su hija con un leve gesto de asentimiento. A su vez, de Mir imitó el gesto hacia los dos hombres. Cuando los operarios del panteón cubrieron el cuerpo con la tapa provisional de la tumba y se retiraron a las sombras, Loena se aferró a ella, mojado con sus lágrimas la madera.

—Lo siento —atinó a murmurar—, nunca debí marcharme. Perdóname padre. Haré todo lo que me has pedido, y lo haré en tu honor. Seré una digna sucesora y llevaré tu apellido con orgullo. Haré mío tu sueño y lo cumpliré aunque me cueste la vida.

Tras un largo rato, sintió cómo su madre la aferraba del brazo y tiraba de ella con suavidad.

—Vamos, hija —le dijo con voz tenue—, debemos dejarle descansar.

Loena se resistió un poco, pero por fin se dejó llevar por su madre y salieron del panteón, pero no lo hicieron por la puerta que daba al exterior. En cambio, tomaron un túnel que comenzaba muchos metros más allá, junto a la tumba del primer rey de Quindarst. Era un angosto pasaje que llevaba a una escalera igual de estrecha y húmeda que conducía directamente a la Torre del Rey. Aquella por la que habían accedido quedaba trancada desde dentro y era imposible abrirla desde el exterior sin derribarla.

Una hora más tarde, demasiado cansadas para dormir, madre e hija tomaban una infusión de hierbas de menta y ágrea, un reconstituyente natural propio de las zonas más umbrías del bosque Tir-Ergonian, sentadas en el dormitorio de la reina. El silencio se había cernido sobre ellas como una losa, cada una presa de sus propias reflexiones sombrías. La ausencia de Kreón las rodeaba por completo.

Fue *Lady Fasila* la que regresó antes a la realidad.

—¿Estás segura?

Loena se levantó de su sillón y se acercó a la ventana. Los primeros rayos de sol de la mañana bañaron su cuerpo agotado.

—Sí. La muerte de padre, estos días que he pasado fuera... Me han hecho reflexionar. Me he dado cuenta de que mi sitio está aquí, contigo y mi pueblo. Intentar renunciar a ello es una falacia. Soy lo que soy y así debo asumirlo.

—Hija, quiero que seas la reina de Quindarst, como te corresponde por derecho, pero también quiero que seas feliz. Ahora puedes decidir por ti misma y no podré hacer nada por cambiar esa decisión. Además, ese niño que crece dentro de ti...

—Lo sé, pero estoy convencida. El fin de la guerra era el sueño de mi padre y haré lo posible por verlo cumplido. Si para ello tengo que casarme con Kleinan de Clem, lo haré. El tiempo me enseñará a amarle. Quizás sea un buen padre para mi

hijo.

Lady Fasila se levantó, se acercó a su hija y le dio un fuerte abrazo. Días atrás, una niña se había ido de su lado para vivir su vida. Ahora era una reina.

—¡Argueldes! —llamó Loena. Al instante, el aludido se encontraba ante ella—. Trae pluma y papel. Quiero redactar una carta. Trae también al maestro Kodiran.

Momentos más tarde, el viejo asistente se encontraba preparado para escribir. Loena fue dictando las palabras con tono firme y decidido, sin pararse a pensar ni una vez. Cuando hubo terminado hizo que Argueldes se la leyera y le dio el visto bueno.

—Que salga de inmediato. Es de la mayor urgencia. Que el mensajero no regrese sin una respuesta.

—Sí, mi señora.

Argueldes se marchó a toda prisa, dejando de nuevo solas a las dos mujeres. El rostro de Loena había mudado su expresión, de la pena a la determinación.

—¿Dos días? Es muy precipitado.

—Hay tiempo de sobra para organizar una ceremonia, madre. No pienso alargar esto innecesariamente. Ya se han cumplido los dos días de luto que marca la tradición. Ahora nos toca seguir adelante. Si por mí fuera, lo haría mañana mismo, pero dejemos que la gente pueda llorar un día más a su rey, pues no quiero parecer insensible. Al segundo día, en su honor, los pueblos de Lahmna y Clemthan quedarán unidos para siempre.

En ese momento, unos tenues golpes en la puerta dieron la conversación por terminada. El maestro Kodiran apareció tras ella cuando las dos mujeres dieron permiso.

—Mis señoras... ¿Habéis mandado llamar?

—Así es maestro, sentaos. Servíos una copa de vino, por favor.

El anciano hizo lo que le decían y quedó a la espera.

—Quiero que me informéis de cuanto ha sucedido. ¿Qué habéis averiguado de la muerte de mi padre?

El maestro se aclaró la garganta antes de comenzar, con una voz exquisitamente modulada, a pesar de su edad.

—¿Queréis los detalles, mi señora?

—Sí, podré soportarlo.

—La noche en cuestión, fui llamado a mis aposentos de madrugada porque el rey estaba sufriendo una especie de ataque. Cuando llegué, había dejado de respirar y estaba muerto. *Lady Fasila* me informó de que hasta unos instantes antes dormía plácidamente, pero mostraba el aspecto de un cuerpo que lleva varios días muerto. La barriga estaba hinchada y la piel amoratada —Loena no pudo contener un gemido con estas palabras, pero Kodiran no se detuvo—. Los ojos casi se habían salido de sus órbitas y los dientes y encías estaban negros. Nunca en mi larga vida había visto algo similar.

—¿Cuál es vuestra teoría? —Loena tuvo que controlar el tono, pues la

descripción de la muerte de su padre le había resultado más dura de lo que había esperado y las lágrimas amenazaban con brotar de nuevo.

—He descartado la muerte natural, mi señora, pues no conozco ninguna enfermedad sobre Thera que provoque estos síntomas. Creo que ha sido envenenado.

—¿Habéis descubierto el veneno en cuestión?

—No, mi señora. He inspeccionado la comida de ese día, pero no he encontrado ninguna sustancia extraña. Existen venenos de efecto retardado, pero este debía ser muy potente si no encuentro restos en los alimentos de ese día ni en los del anterior, así como en los ingredientes empleados. Si fue suministrado más de dos días antes, es el mejor veneno que he conocido nunca, si me permitís la licencia, y está fuera de mis conocimientos.

—O sea, que no sabemos quién pudo suministrarle esa sustancia...

—He hablado con todos los cocineros y no ha entrado nadie en la cocina ajeno a ella. Si algún alimento estaba envenenado, tuvo que llegar así desde el exterior, algo que no podemos controlar.

Loena se sumió en el silencio durante un largo rato en el que el único sonido en la habitación era el generado por los sorbos que le maestre daba a la copa de vino. Se levantó y se puso a pasear. Cuando se giró, encontró a su madre frente a ella que, sin mediar palabra, la abrazó con fuerza.

—Ya he hecho todas las preguntas que se me han ocurrido, hija, y no encuentro al culpable. Tampoco el maestre. Ha tenido que ser alguien muy inteligente. He perdido la esperanza de hallarle, pero ya he dado orden de que toda la comida debe ser catada antes de llegar a nosotras. Algo así no volverá a ocurrir jamás.

—Lo mataron delante de nuestras narices... ¿Quién podría querer matarlo?

—Como rey, Kreón, tenía muchos enemigos, pero si estás pensando en Marsila, no creo que se atreviera a tanto.

—Le enviaré una carta y se lo preguntaré...

—¡No, Loena! No es el mejor momento. Deja las cosas como están y sigue adelante con tu plan. Si alguien del entorno de Clemthan ha sido el promotor de este asesinato, tarde o temprano se descubrirá y podremos hacer justicia. Ahora toca ser pacientes y vigilantes para que no vuelva a ocurrir.

Loena la miró con fuego en las pupilas.

—No puedo hacer que padre regrese con nosotras, madre, pero prometo sobre su tumba que encontraré al culpable y le haré pagar por su traición.



Nerak no sabía muy bien cómo enfrentarse a aquella situación a pesar de su larga experiencia. Una inquietud densa y sibilina se le había instalado detrás de los ojos como una sanguijuela. Aquellos últimos días habían sido de un enorme ajeteo en sus obligaciones que no le habían permitido concentrarse en lo que más quería.

Desde que la bruja Krega le había hablado de aquel hombre de ojos violeta solo lo había considerado un escollo lejano que podría solventar desde la distancia. Pero ahora estaba allí, en su ciudad, en Quindarst. Había invadido su propio terreno. ¿Habría detectado su presencia, como le había pasado a él? No podía saber si era un hechicero poderoso, pero debía quitarlo de en medio, pues era un imprevisto que podía echar por tierra el preciso castillo de naipes que había erigido allí para conseguir sus objetivos.

A pesar de que sus hombres fracasaron, Loena había regresado y, aunque ya había empezado a trazar nuevos planes sin contar con ella, su vuelta en cualquier caso facilitaría las cosas. Estaba seguro de que podría retomar el plan tal y como quedó en el momento de su huida, pero debía ser muy cuidadoso y obrar con extrema cautela si no quería delatarse demasiado pronto. Conseguiría el niño para Margahelar y la corona para sí.

Como si pensar en él hubiera sido suficiente, el espíritu se apareció ante sus ojos con una implosión de lo que parecía ser un denso humo negro entre el que flotaban dos grotescos puntos negros.

—Estás preocupado, Nerak. ¿Qué ocurre?

—Sabes muy bien qué ocurre. El hechicero está aquí.

—Lo sé.

La voz con la que aquel ser hablaba no salía de ninguna boca que él pudiera ver, pero era un sonido muy real, grave y rotundo. El tono de alguien que no admite

réplica a sus palabras.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó.

—Tengo que destruirlo antes de que llegue a interferir.

—Ya está interfiriendo.

—¿Eso qué significa?

Margahelar calló durante unos momentos. Parecía estar escuchando.

—Lo he encontrado —dijo, olvidando que Nerak le había hecho una pregunta—.

Una nueva oportunidad se te presenta ahora.

—¿Dónde está?

—Se dirige al Puerto.

—Allí hay demasiada gente, no podré ir contra él.

—¿Desde cuándo te preocupan un puñado de humanos? Piensa en lo que nos estamos jugando. No minusvalores la importancia de lo que tienes que hacer.

—No lo hago, criatura, y no me digas los pasos que tengo que dar. Te recuerdo que todo esto ha sido idea mía y, si ahora mismo hablas conmigo es porque yo abro el portal que te permite acceder desde el Reino Negro. Harías bien en no olvidarlo.

Margahelar tardó un poco en responder, como si estuviera midiendo sus palabras. Cuando lo hizo, su voz era aún más grave y tenebrosa de lo habitual.

—Tú harías bien en no olvidar con quién estás hablando.

Nerak evitó la respuesta preparando un sortilegio. Aquello iba a requerir una táctica más agresiva por su parte. Tras recitar unas palabras en un idioma ronco e ininteligible salvo para él, se abrió ante sí una pequeña región circular en la que el aire pareció licuarse. En su interior apareció un rostro chato y cruzado de cicatrices muy sorprendido.

—Al mercado. Ahora. No me falles.

Sin más palabras, el hechizo se rompió y el aire volvió a ser transparente.

—Ingenuo, ¿crees que las espadas podrán con él? —inquirió Margahelar.

—No, ya he comprobado que no, pero esta vez se llevará una sorpresa. No puedo enfrentarme a él de forma abierta sin delatarme, algo inviable. Falta poco para que mis planes den sus frutos y no voy a echarlo a perder ahora. Ese hombre debe morir sea como sea. Y esta vez no fallaré.



La noche supuso para Árgoht una nueva oportunidad de entrar en contacto con La Madre y por la mañana se encontraba otra vez fresco y renovado sin que nada hubiera interferido en su gehvaal.

Desde temprano, Lia fue a buscarlos para que bajaran a desayunar. Por el camino les informó de que el luto oficial se daba por concluido con el entierro de Kreón, por lo que el mercado se abriría ese mismo día. Aquella noticia alegró sobre todo a Kleria, que tenía ganas ya de recorrer la ciudad, de ponerse en movimiento en la dirección que fuera.

Desayunaron con normalidad en un gran salón de la misma torre junto con otra docena de personas. Esta vez Árgoht se abstuvo de preguntar, pues no quería que Lia comenzara a enumerar los nombres de cada uno de los presentes. De todas formas, la niña se retiró desde que los dejó allí.

—Me reclama la reina. Ya tenéis libertad para moveros por la ciudad. Si me necesitáis, hacedme llamar.

Y con una ligera reverencia se marchó por donde habían llegado. Árgoht esperaba no necesitarla más. Le caía bien, pero le irritaba el tono de prepotencia que empleaba para hablar con ellos.

Cuando terminaron de comer salieron al exterior por la misma escalinata que el día anterior albergara la tarima sobre la que se había dispuesto el cuerpo del rey. La actividad había vuelto a las calles y, aunque las banderas y pendones ondeaban a media asta, el ritmo de la ciudad era frenético tras el luto oficial recién concluido. La gente parecía tener prisa por recuperar el tiempo perdido. A pesar de que era temprano, al avanzar camino del recinto del puerto pudieron observar varias fraguas, panaderías, cesterías y demás, a pleno rendimiento entre gritos de sus capataces y protestas de sus subordinados. La ciudad rebosaba de vida y Árgoht intentaba

empaparse de ella y la comparaba con su ciudad natal, Meledel. Deseaba regresar algún día, pero aún sus pasos no le habían puesto en aquella dirección. Disfrutaba de los olores y sonidos de la urbe, caminando despacio y observando a la gente a su alrededor como si fuera la primera vez que los viera. Después de tantos días de viaje entre bosques y montañas, y tras la asombrosa experiencia vivida al borde de la muerte, estaba ansioso por respirar el aroma de la humanidad.

La calle por la que transitaban serpenteaba varias veces en su discurrir confuso en dirección al barrio del Puerto. Tuvieron que atravesar varias veces los distintos niveles de las murallas vigilados por soldados de aspecto cansado. Contener a toda la población que había invadido la ciudad no debía ser tarea fácil. En dos ocasiones vieron trifulcas poco serias en las que la guardia tuvo que intervenir. Era lo natural cuando se mezclaba mucha gente en el mismo lugar: la falta de espacio provoca inevitables desencuentros.

Por dos veces se equivocaron de camino entre las estrechas calles. La primera, lograron desandar sus pasos y ponerse en la senda correcta preguntando a un transeúnte, pero la segunda vez torcieron por una salida equivocada y desembocaron en una nueva calle muy diferente de las demás. Mucho más sucia y angosta que las otras, el cambio de concurrencia era más que notable. Era una zona depauperada en la que las casas de madera parecían estar a punto de venirse abajo. El meledino afinó el oído y pudo distinguir que algunos ancianos tirados en el suelo y discutiendo entre sí llamaban a aquella zona La Mugre.

De pronto, el vello de la nuca y los brazos se le erizó como si un oscuro presentimiento le hubiera invadido el corazón. Era de nuevo aquella extraña sensación, pero esta vez era diferente. Su mente se llenó de pensamientos oscuros y visiones de fuego, dolor y muerte. Había establecido contacto con algo, sombrío y poderoso. Se llevó las manos a las sienes en un vano intento de alejar de sí aquellas imágenes.

Kleria se detuvo y se acercó a él.

—¿Qué te ocurre? ¿Has sentido algo? —los ojos se le abrieron mucho de pronto, como si hubiera tenido una revelación—. ¿Nerak?

Había cierta inquietud en su voz, un ansia controlada con dificultad. La zághera tenía ganas de acabar con aquello, pero se negaba a aceptar que pudieran tener tanta suerte.

—No lo sé. No creo. Sigamos.

Poco a poco la inquietud fue pasando hasta esfumarse por completo y las visiones desaparecieron dejándole un regusto amargo en el paladar.

Árgoht siguió caminando hacia el puerto sin mirar atrás, pero Kleria se quedó un instante más mirando hacia el punto en el que el meledino se había detenido. Después, se puso en marcha de nuevo.

Algo más tarde llegaron por fin al Puerto. Era un barrio en el que la agitación era la nota dominante. La gente corría de un lado para otro sin que los tres forasteros terminaran de entender qué hacían o a dónde se dirigían. Un coro de gritos gobernaba la zona de amarraderos, constituida por diversas estructuras de madera y piedra que recorrían toda la accidentada costa oeste de la cala. Hacia el norte, se abría una plácida playa de arena negra cuyas orillas eran lamidas por el agua remansada de la bahía.

Enormes barcos de carga y goletas de diversa índole esperaban fondeadas, pues en la zona más cercana a la costa no había profundidad suficiente y solo pequeñas gabarras chatas y movidas a remo podían acercarse para llevar las mercancías del muelle a las embarcaciones. Otros barcos más pequeños sí podían acercarse y conectar pasarelas por las que regueros de porteadores, como hormigas incansables, cargaban y descargaban las bodegas de los más variados productos. Más hacia el oeste, Árgoht distinguió las lonas inconfundibles de puestos de venta y decidieron dirigirse hacia allí. Alrededor del mercado, la actividad se incrementaba aún más.

En el momento en el que se acercaban, un jovencito salió corriendo por una puerta. Tras él, dos soldados comenzaron a perseguirle. El chico habría huido fácilmente, pues se movía con velocidad y agilidad felina entre las piernas de la gente como si aquellas calles fueran su hogar. Pero ese día la fortuna no estuvo con él. Un barril que se soltó de sus ataduras y rodó hasta situarse en mitad de la calle vino a cerrarle el paso. No tuvo tiempo de frenar y tropezó, dando con sus huesos en el suelo. Los dos soldados cayeron sobre él, lo alzaron en vilo como a un saco y lo golpearon como si en efecto lo fuera. Le arrebataron un pequeño bolso que llevaba, el fruto de su fechoría, y lo arrojaron al agua desde el muelle. El chico asomó la cabeza tras el chapuzón y comenzó a despotricar contra los guardias, que se limitaron a reír y volver a su posición. Acabada la escena, la gente que se había detenido a observar siguió con sus cosas y, unos segundos después, fue como si nada hubiera pasado.

—Cuidado con los bolsillos —comentó Ondriva irónica.

El joven, empapado y dolorido, pasó junto a ellos refunfuñando para sus adentros. A Árgoht le vino a la mente la imagen del joven Cheen la primera vez que lo viera, cinco años atrás.

—¡Chico! —llamó.

El muchacho no se dio por aludido y siguió caminando.

—¡Eh, tú! ¡Muchacho!

Ante la insistencia, el joven se giró para buscar quién llamaba y si aquellas palabras iban dirigidas a él. Cuando comprobó que, en efecto, se le reclamaba, se encaró con Árgoht.

—¡Mi nombre es Klauss, no chico ni muchacho!

Hablaba con un acento muy cerrado y sin apenas mover los labios al vocalizar,

como quien está acostumbrado a decir las cosas en susurros.

—Mis disculpas, amigo.

El chico pareció desinflar el pecho al tiempo que escurría su camiseta y un buen chorro de agua mojaba la tarima de madera del muelle.

—Necesitamos encontrar una posada.

Klauss lo miró como quien mira a un niño pequeño muy molesto.

—Hay muchas tabernas en esta ciudad. ¿Buscáis alguna en concreto?

—No.

—Entonces id hacia allí —Klauss señaló hacia el mercado—. Más allá de la plaza encontraréis algunas bastante cerca unas de otras, así que tendréis donde elegir. ¿Queréis que os guíe?

Árgoht aceptó y sacó una moneda con discreción intentando que el chico no se apercibiera del lugar exacto en el que tenía la bolsa y le agradeció su ayuda al tiempo que la ponía en la palma que Klauss se apresuró a extender.

Kleria fue la primera en penetrar en la plaza del mercado. Era un enorme círculo de tierra rodeado de casas de piedra anaranjada, con techos de paja, achaparradas y muy viejas. Aquella zona debió ser el asentamiento original de la ciudad. El olor a pescado, sudor y vino agrio les invadió de golpe. Decenas de mercaderes lanzaban al aire las virtudes de sus productos intentando gritar más que el vecino y centenares de clientes se agolpaban en los distintos puestos de venta dispuestos a regatear cuanto fuera posible en infinidad de idiomas distintos. Árgoht, que se congratulaba de entender muchos de ellos gracias a sus viajes, captó retazos de conversaciones que no fue capaz de entender.

Árgoht no sabía qué esperar de aquellas indagaciones. Se había esperado un puerto próspero, pero no tanto como aquel. Entre tanta gente y tantísimos forasteros, los mercenarios de Nerak podían haber estado semanas dando vueltas por allí sin que nadie hiciera el más mínimo esfuerzo por recordar sus rostros. Empezaba a sospechar que habían llegado a un callejón sin salida. Aún así, no perdían nada por preguntar.

El hechicero se puso en marcha tras sus compañeras, siguiendo a Klauss y abriéndose paso a codazos entre el gentío. El chico se movía como pez en el agua entre la multitud. En un momento determinado, una mirada traviesa atravesó su rostro y Árgoht aferró su muñeca justo un instante antes de que su mano entrara en el bolso de una mujer de aspecto acaudalado que esperaba su turno frente a un puesto de hortalizas.

—Ahora no. No causes problemas.

—¡Pero si era más fácil que robarle un pan a un bebé!

Árgoht lo empujó para que siguiera avanzando y Klauss se dejó llevar sabiendo que tenía la batalla perdida. De pronto, se detuvo de nuevo casi a punto de salir de la plaza del mercado.

—Otra vez no... —comenzó a decir el hechicero.

—No es eso...

El rostro del chico se había puesto serio y miraba a su alrededor, buscando algo.

—¡Cuidado! —gritó, justo en el momento en que notaba que un pequeño espacio se abría a su derecha. Gracias a sus bien educados reflejos, Árgoht consiguió esquivar el puñal que se dirigía feroz hacía su abdomen. Sin tiempo de pensar, lanzó el puño contra el rostro de su atacante, que se vio sorprendido por la velocidad del contraataque y no pudo responder a tiempo. El impacto lo desplazó lo suficiente para que el meledino pudiera hacerse una composición de lugar. Estaban siendo atacados por unos quince hombres armados con garrotes, espadas cortas y puñales que se había ocultado entre la multitud para sorprenderles. El líder del grupo, un tipo enorme de rostro chato y medio deformado por culpa de las cicatrices, blandía un enorme garrote plagado de pinchos de metal.

Antes de que empezara el combate, Árgoht tuvo tiempo de pensar que había sido muy descuidado. Si él había podido detectar algo y que podía ser el propio Nerak, ¿no habría sido lógico pensar que también lo podía detectar a él? Ahora estaba claro: el Despreciable estaba allí, en Quindarst. Su búsqueda había terminado, pero ahora faltaba descubrir si sobreviviría para ver el final de la historia. De nuevo, volvía a atacarle sin motivo alguno.

Miró a su alrededor y no se sorprendió al ver que las dos zágheras ya estaban lista para la lucha, con sus armas en la mano y espalda contra espalda. No llevaban puesta la armadura, pero ante tantos enemigos quizás fuera más valiosa la agilidad que les proporcionaba su ausencia. Sus rostros se habían demudado. Habían dejado de ser mujeres para convertirse en zágheras, en las mejores guerreras de Thera. Aquellos hombres no sabían a qué se estaban enfrentando. Si creían que aquel iba a ser un encargo fácil, estaban muy equivocados, y ese error les costaría la vida a muchos.

El hechicero tuvo que concentrarse en sus propios problemas cuando vio que tres hombres jóvenes y delgados, aunque de cuerpos atléticos, se dirigían hacia él armados con dos espadas cortas y un puñal. Pronunció tres rápidas palabras y dio una palmada ante sí. De sus manos brotó una onda de energía que los hizo caer de espaldas. Una de las espadas se escapó de la mano de su poseedor y fue a parar a los pies de uno de los cientos de espectadores que se habían hecho a un lado para dejar espacio pero no se habían querido perder el espectáculo. El arma desapareció como por arte de magia.

Solo había sido una distracción y Árgoht no desperdició los escasos segundos que el truco le había proporcionado. Con un gesto rápido hizo lo que llevaba tanto tiempo deseando hacer: Êralin, *la Cazadora*, salió de su vaina con suavidad, casi con delicadeza, aunque con el ansia que le daba la sed de sangre. Árgoht sintió una vez más cómo el arma le inflamaba las venas de un poder asombroso. Sintió erizarse cada vello de su cuerpo y su mente se activó, adquiriendo una presciencia inusitada. No podía andarse con chiquitas. Iba a ser un combate a vida o muerte. Tomó el arma con las dos manos y esquivó el ataque de uno de los muchachos, el que portaba la otra espada corta. Cruzaron tres estocadas en las que Árgoht reculó buscando algo de

espacio para poder concentrarse. Con un buen golpe consiguió alejar unos metros a su atacante, lo que le dio el tiempo justo para hablar: *Trea-li-boght*. Cuatro grandes piedras angulosas del suelo de la plaza se desprendieron entonces de entre sus pies y salieron disparadas contra los dos muchachos, impactando contra ellos en el rostro y el cuello, dejando inconsciente a uno y muy dolorido al otro. Sin pensarlo, se giró a ver cómo les iba a las zágheras. Kleria llevaba su espada en una mano y una daga en la otra, trazando un perímetro imposible de penetrar. Por su parte, Ondriva se había armado con dos espadas cortas que parecían bailar a su alrededor. Cuatro cuerpos reposaban para siempre en torno a ellas y varios charcos de sangre comenzaban a regar la tierra, pero tenían encima a cinco más.

Los curiosos se apelotonaban a su alrededor como buitres ávidos de vísceras, así que tenía que ser muy cuidadoso con lo que iba a hacer a continuación. Tuvo que recordarse a sí mismo que aquellos hombres habían sido enviados con toda probabilidad por el mismo individuo que había causado la muerte de su madre, una anciana inocente e indefensa. Eso encendió su determinación.

—*Flam-en-tursei* —dijo, alzando ambas manos. Ante sus palmas, el aire comenzó a retorcerse y vibrar al tiempo que adquiría un resplandor difuso que se iba intensificando por momentos. En unos segundos, una bola de fuego de cincuenta centímetros de diámetro flotaba ante él, provocando sonoras exclamaciones de asombro de los curiosos, que empezaban a retroceder, inquietos. Con un gesto, lanzó la bola en dirección a los hombres que, tras Kleria y Ondriva, esperaban su turno para entrar en la batalla. La esfera ígnea impactó de lleno contra el pecho de uno de ellos, un hombre veterano cuya ropa de cuero comenzó a arder de inmediato. Al chocar, la bola se dispersó en una onda expansiva de fuego que afectó a dos hombres más cuyas cabelleras y capas prendieron también, saliendo en desbandada mientras buscaban cómo sofocar las llamas. Solo Árgoht sabía que no hallarían la forma de extinguirlas. El meledino sintió una satisfacción impropia, un placer enfermizo, y supo que Êralin hablaba por él.

Así pues, de los quince hombres iniciales quedaban cinco, los que se enfrentaban a las zágheras en lo que en principio podría considerarse un combate desigual. Mirando el rostro sonriente de las mujeres, su agilidad felina en la finta y el ataque, así como la total compenetración de que hacían gala, era fácil entender que la ventaja estaba del lado de las mujeres, a pesar de la desigualdad numérica.

Árgoht comenzó a recitar un nuevo hechizo con el que ayudar a sus compañeras, cuando sintió un fuerte golpe en el costado que le hizo caer al suelo. Êralin se escapó de su mano y cayó un poco más allá. Con la respiración agitada, se giró sabiendo quién era su atacante antes de verlo. Se había descuidado y había perdido de vista al líder del grupo. Ahora, el enorme hombretón se acercaba a él alzando su garrote. Solo un pantalón de cuero rígido cubría su cuerpo, dejando el torso al aire, sin ningún tipo de cobertura. Tampoco usaba escudo, pues necesitaba las dos manos para sostener la enorme arma con precisión. Árgoht tuvo tiempo de ver las venas inflamando los

poderosos músculos de sus brazos antes de que el garrote se lanzara implacable contra él. Tuvo el tiempo justo para girar sobre sí mismo y, de un ágil salto, a pesar del latigazo de dolor que le recorrió la pierna, se puso en pie de nuevo. Había intentado aprovechar el movimiento para acercarse a su arma y solo necesitó un paso más para tomarla, justo a tiempo de valerse de ella para esquivar a duras penas el siguiente golpe de su adversario.

Árgoht reculó, pero la envergadura del hombretón conseguía que con cada garrotazo hendiera el aire en un radio muy amplio, por lo que estuvo a punto de golpearlo de nuevo a pesar de su movimiento. Inconscientemente, percibió cómo su postura y estabilidad habían mejorado gracias a las sabias lecciones de las dos mujeres durante el camino hasta allí. Aprovechó el momento y atacó, pero no consiguió acertar en el torso de su contrincante y tuvo que retroceder de nuevo. El hombre se detuvo con una sonrisa en el rostro, invitándole con un gesto de la mano a que lo intentara otra vez. Árgoht se lanzó al ataque. Hizo una finta hacia la derecha y, cuando el gigante movió el garrote hacia ese lado para defenderse, él cambió el movimiento hacia su costado derecho, que había quedado algo expuesto. Debido al cambio de dirección, el golpe no fue potente, por lo que apenas consiguió un tajo poco profundo bajo el músculo pectoral de ese lado, a la altura de las costillas. De un salto, volvió a situarse lejos de su alcance.

El hombretón se miró la herida, que comenzaba a sangrar en abundancia, y lanzó un grito al aire, más sorprendido que dolorido. Era la clase de guerrero poco acostumbrado a recibir daños, a pesar de la multitud de cicatrices que adornaban su cuerpo y no se volvió loco ni se lanzó al ataque sin pensar. Muy al contrario, recapacitó y volvió a hacerle señas para que se acercara.

—Vuelve a intentarlo —le invitó con voz grave y desgarrada.

Pero el meledino no era tan tonto como para usar el mismo truco dos veces. En cambio comenzó a recitar un hechizo. En el momento en que su adversario percibió que se disponía a hablar, se lanzó a por él con intención de desconcentrarlo, cosa que consiguió al obligarle a defenderse del ataque del garrote. Esta vez, aunque consiguió desviarlo usando a Êralin, llegó a impactar contra su hombro, provocándole un dolor terrible. Para su fortuna, fue en el lado contrario al de la espada, pues si hubiera impactado en el otro, la habría soltado. Tuvo que ignorar el dolor y volver a desplazarse para evitar un nuevo ataque. La sonrisa no desaparecía del rostro deforme de su adversario.

El grupo de personas que se apelonaba en torno a ellos no le permitía tomar más distancia, así que debía buscar la forma de ganar espacio de otra manera. Su ira se inflamó aún más al ver que había varios guardias observando el espectáculo sin intervenir.

Árgoht usó un hechizo muy rápido y se lanzó contra el gigante. Este se preparó para el envite agarrando el garrote con fuerza pero, justo cuando parecía que el impacto era inevitable, Árgoht dio una última zancada, se agachó ligeramente y saltó

por encima de su rival. El hechizo le permitió sobrepasar la lucha y llegar hasta una torre de vigilancia de la muralla, a unos diez metros de distancia. La idea casi le cuesta cara, pues estuvo a punto de no llegar a su destino y se apoyó sobre las almenas con la punta de la bota, resbalando sobre la piedra marrón. Consiguió agarrarse en el último momento con la mano izquierda, intentando no perder el agarre de Êralin en la otra. Con un gesto, lanzó la espada sobre la muralla y se aferró con fuerza a la piedra. La caída, cinco o seis metros más abajo, podría ser desastrosa. Por fin consiguió subir, jadeante y sudoroso por el esfuerzo. Abajo, el gigante lo miraba con el odio implantado en la mirada. Árgoht recogió el arma y se alzó sobre el muro al tiempo que pronunciaba de nuevo un hechizo. La bola de fuego apareció otra vez ante su mano. La lanzó e impactó directamente contra el cuerpo del hombretón, que se revolvió entre gritos de dolor. El garrote comenzó a arder como una gran antorcha mientras se apagaba el fuego del cuerpo pues, al no ir vestido ni tener pelo, las llamas tenían más dificultades para adherirse. Además, parecía soportar el dolor, con lo que en unos instantes había conseguido su objetivo. El torso quedó plagado de llagas, así como su rostro, aún más deformado que antes. El meledino lanzó una segunda bola, pero su rival, ya prevenido, la esquivó sin dificultad, chocando contra el suelo y disolviéndose inútilmente. Árgoht pronunció un nuevo sortilegio y una sutil bola de luz envolvió su cuerpo. Aquella energía le protegería, reduciendo el daño de futuros ataques contra su cuerpo.

Mientras tanto, el gigante había llegado a la base de la muralla haciéndose hueco a empujones entre los presentes, que no se convencían de que no les convenía permanecer allí. Sin pensárselo dos veces, lanzó su garrote contra él. Al no esperarse ese movimiento, a punto estuvo de cogerle desprevenido y tuvo que lanzarse a un lado para evitar el impacto. Cuando volvió a levantarse y se asomó por el borde de la muralla, lo que vio lo dejó desconcertado.

El gigante se había encogido sobre sí mismo, como si padeciera un fuerte dolor de tripa mientras gritaba de furia. Ante sus ojos, la piel de su cuerpo comenzó a cambiar de color, adquiriendo un tono grisáceo, como la ceniza de una pipa. Kleria y Ondriva habían concluido sus combates con el cuerpo manchado de sangre y Árgoht vio que se quedaban paralizadas observando la escena, igual que él, sin atreverse a intervenir. Aquello las sobrepasaba.

La columna vertebral del gigante comenzó a convulsionarse y deformarse, hasta que una serie de aristas de hueso desgarró la piel y se abrió paso hasta quedar al aire. Fue en ese momento cuando los curiosos comprendieron que aquella situación podía ponerse fea y comenzaron a abandonar la plaza entre pisotones y empujones dejando un buen reguero de heridos.

Mientras, ante la atónita mirada de Árgoht, aquel ser seguía mutando. Más huesos asomaban desde su interior, esta vez en los codos y rodillas, al tiempo que aumentaba su tamaño entre gritos y temblores. La piel del cráneo se rasgó y comenzó a mostrarse el hueso de la cabeza, aunque no llegó a retirarse del rostro, el hechicero

temía el aspecto que tendría cuando alzara la mirada, pues de momento seguía encogido. La piel se cuarteaba y quebraba por todas partes, mostrando trozos de cortante hueso, y sus músculos seguían creciendo.

Por fin, pareció que el proceso finalizaba. Para entonces, solo quedaban en la plaza las dos zágheras, Árgoht, la criatura y tres soldados que habían conseguido vencer el impulso de salir huyendo. Uno de ellos osó acercarse y atacó a aquel extraño ser, clavando la punta de su lanza en su costado izquierdo.

La bestia se alzó. Había ganado casi un metro de altura y su aspecto era grotesco. De cada una de sus articulaciones, así como de sus nudillos, brotaban puntas de hueso. La piel se había retirado el cráneo y su cabeza había crecido, por lo que los ojos parecían muy pequeños en sus cuencas, quedando entre sombras. La piel de los labios se había rajado y retirado también, por lo que asomaban dos desiguales líneas de dientes sanguinolentos. De la chata nariz apenas quedaba nada. ¿Era aquella transformación la que le dejaba el rostro marcado de cicatrices? Árgoht no quería ni pensar el dolor que aquello podía provocar en ese pobre hombre.

De pronto, con una velocidad inusitada, la criatura se giró sobre sí misma lanzando un golpe contra el guardia que se había atrevido a hincarle la lanza, que parecía insignificante comparada con aquel cuerpo gigante. La protuberancia ósea del codo alcanzó al pobre infeliz, separando la cabeza de su cuerpo con un impacto brutal. Su cuerpo cayó escupiendo sangre.

La criatura se arrancó la lanza, miró a Árgoht y lanzó un grito al cielo. De pronto, se arrojó contra la muralla sobre la que esperaba el hechicero sin saber muy bien cómo actuar. El impacto fue tan brutal que, a pesar del grosor del muro, muchos metros más arriba, Árgoht lo sintió. Al ver que con eso nada conseguiría, la criatura se agachó sobre sí misma y saltó impulsándose con sus poderosas piernas. Árgoht, que no salía de su estupor, vio cómo su rival llegaba sin esfuerzo a su altura y caía sobre el muro con estrépito, destrozando varias almenas en la caída. Tres flechas, lanzadas por guardias apostados en la muralla, se clavaron en su cuerpo sin que la criatura pareciera sentir las siquiera. Árgoht intentó retroceder, pero su rival fue más rápido y le golpeó de lado en las costillas, derribándolo y haciéndole caer de la muralla contra el suelo de la plaza. El impacto fue terrible, pero el hechizo de protección que había lanzado un momento antes evitó daños importantes. Kleria se acercó para ayudarlo a levantarse.

—¿Qué es esa cosa? —le preguntó casi a voz en grito.

—No lo sé —respondió Árgoht entre jadeos, tratando de recobrar el aliento—. Pero en él hay magia muy poderosa.

La criatura se había entretenido en la muralla descuartizando a los osados guardias que intentaban hacerle frente sin ninguna esperanza de éxito.

—¡Tú! —le gritó a un soldado que miraba estupefacto desde su lado—. ¿Quién está al mando?

El hombre no pareció haberle escuchado. El hechicero lo sacudió por los

hombros.

—¿Quién está al mando? ¡Reacciona!

El soldado fijó por fin la mirada en él.

—Yo,...señor.

—Pues dile a tus hombres que se retiren si no quieren morir. Aquí no tienen nada que hacer.

El guardia pareció dudar.

—¡Ahora!

El interpelado comenzó a dar gritos a sus hombres para que se retiraran, cosa que hicieron sin necesidad de que les repitieran la orden. En unos instantes, no quedaba nadie en los alrededores. Árgoht guardó a Êralin y cerró los ojos unos instantes.

—*Hiuntr-loh-mentiar* —los ojos violeta del hechicero se inflamaron en el momento en el que lanzó las manos contra la criatura y una densa bola de energía del mismo color iluminaba la mirada de todos al tiempo que impactaba contra ella, destruyendo de paso un buen trozo de la muralla y rociando de cascotes muchos metros alrededor. El enorme cuerpo de la bestia cayó al vacío, golpeando contra el suelo y haciendo un profundo agujero. Varios trozos de la muralla le cayeron encima. Durante unos instantes se quedó inmóvil, pero el hechicero sospechaba que solo estaba tomando aliento.

Ese momento lo aprovechó Ondriva para lanzar una de sus dagas contra aquel ser imposible, impactando con fuerza en su hombro izquierdo, donde quedó fuertemente insertada. Sin embargo, aquello no impidió que se levantara, se sacudiera los cascotes, lanzara un grito al cielo y volviera a clavar su mirada en el hechicero. El brazo izquierdo colgaba ligeramente, como si la daga, que apenas parecía un alfiler entre la inmensa musculatura, hubiera tocado un punto débil. Varias heridas se habían abierto en el cuerpo de la criatura, fruto de la caída y los impactos de las armas, pero no parecía cejar en su empeño y se dirigió de nuevo contra Árgoht.

Este sabía que tenía que terminar pronto con aquel combate. Tenía unos segundos antes de que aquel hombre mutado llegara hasta él. Cerró los ojos y comenzó a murmurar mientras alzaba una mano ante él con el dedo índice apuntando a la criatura.

—¡Árgoht! —gritó Ondriva.

El ser estaba a escasos metros de él. En tres zancadas más le alcanzaría, cegada por la furia y despreciando el dolor. Inconscientemente, las guerreras retrocedieron varios pasos, por lo que el hechicero se quedó solo en el centro de la plaza.

Cuando ya parecía que el monstruo caería sobre él, Árgoht abrió los ojos y extendió la palma de la mano. Una brusca ráfaga de viento agitó sus cabellos y los de las zágheras cuando el aire se desplazó bruscamente, creando una esfera de vacío entre la criatura y él que, al llenarse de súbito con un estampido ensordecedor, generó una ola de energía tan poderosa que impactó de lleno en el pecho de la criatura, desplazando violentamente su cuerpo hacia atrás. La bestia golpeó contra la muralla

en el punto ya debilitado y la atravesó por completo. Una lluvia de piedra y polvo la envolvió mientras el muro se derrumbaba sobre ella con estrépito.

Pero Árgoht no quedó impune. El efecto de su hechizo también lo desplazó a él haciéndole caer de espaldas y golpearse la cabeza. Quedó inconsciente mientras un reguero de su sangre completaba el tapiz rojo que decoraba el suelo de la plaza.



Vâhlere esperaba ansioso a que comenzara la reunión del Consejo, pues prometía ser muy interesante. Había sido convocado con la máxima premura debido al incidente que había tenido lugar en el mercado apenas una hora antes. Él se encontraba trabajando, estableciendo turnos y organizando a un grupo de personas que había sido seleccionado para excavar zanjas a las afueras de la ciudad con el fin de mejorar las condiciones de los campamentos establecidos allí. Aunque con las primeras luces de la mañana muchos de ellos se habían levantado y sus habitantes se habían puesto de nuevo en marcha de regreso a sus hogares, se esperaba que en los próximos días aún otros se quedaran instalados debido al retraso en las actividades del puerto y el mercado durante el luto.

El funeral había sido un suplicio para él. Durante las horas previas había tenido un nudo en el estómago sabiendo que tarde o temprano tendría que cruzarse con Loena y no sabía qué esperar de ese momento. Cuando el trabajo en las murallas junto a Then hubo terminado se dirigieron directamente al funeral. Él la vio antes de que ella se percatara de su presencia, pues aunque la multitud les abría paso gracias a los esfuerzos poco delicados de los guardias que los escoltaban, seguía siendo mucha gente la que los rodeaba y durante muchos metros pasaron desapercibidos. Ese tiempo lo aprovechó para observar a la nueva reina, que estaba radiante con su regia vestimenta formada por un largo vestido de color negro y bordados en gris perla, ceñido con un corsé que resaltaba sus poco prominentes pechos. Aún con el rostro congestionado, era preciosa.

Las piernas ya le temblaban cuando superó el cordón de seguridad y comenzó a ascender la escalinata en dirección a Loena. El tiempo que Luthar Then tardó en darle el pésame le pareció una eternidad. Por fin, el consejero se retiró y él quedó frente a su amada. Por unos instantes su boca se secó y no supo qué decir, sus palabras se

habían perdido garganta abajo.

—Vâhlere —dijo ella viendo que él no arrancaba.

Eso consiguió sacarlo de su estupor y se agachó para tomar la mano que Loena le ofrecía.

—Mi señora... —por un instante se sintió tentado de soltar todo lo que tenía dentro, decirle que necesitaba sentir de nuevo aquellos brazos rodeando su cuerpo, el sabor de sus labios dulces y tiernos. Pero también supo que hacerlo le habría costado la vida.

Loena lo miraba con una indiferencia glacial.

—Mi más sentido pésame, alteza.

Intentó ser lo más formal posible y Loena se limitó a asentir con la cabeza, sin mostrar el menor signo de reconocimiento hacia él, casi con desprecio. Aunque Vâhlere no sabía qué esperar, tal indiferencia lo dejó descolocado.

Se retiró de su lado, se acercó a saludar a *Lady Fasila* y se sentó en el lugar que le correspondía, en segunda línea.

No había sabido qué pensar en ese momento y seguía sin saberlo al día siguiente. ¿Era una pose de cara a la galería? ¿Era una reacción fruto del dolor que atormentaba su alma? ¿Era un castigo para él? No tenía forma de saberlo y no se atrevía a enviarle una nota. Ahora era la reina y cualquier desliz podía costarle muy caro.

No dejaba de pensar en ello mientras esperaba, junto al resto del Consejo, que apareciera Garles de Mir para dar comienzo a la reunión. Lurs, el tesorero, se acercó a él y lo sacó de sus cavilaciones.

—¿Pudiste verlo? —preguntó no sin cierto entusiasmo infantil en la voz. Era un hombre joven aunque muy curtido en cuestiones de palacio. Tenía el pelo muy rubio y los ojos casi grises de tan azules. A Vâhlere no le caía demasiado bien.

—No —respondió—, pero lo escuché, como casi todo Quindarst.

—Pues yo sí que lo vi. Estaba en una de las torres del mercado cobrando el arancel a uno de los capitanes que estaba a punto de partir. Escuché un estruendo y un griterío. Fue impresionante. Bueno, solo hasta que aquel tipo empezó a transformarse...

—¿Transformarse?

—Sí. El hechicero le había zurrado bien y al ver que iba a perder, pronunció un hechizo y su cuerpo se convirtió en un amasijo de garras y huesos. Era doloroso ver cómo se desgarraba su piel, pero no podía dejar de mirar. Nunca había visto un hechicero y, de pronto, me encuentro a uno en plena acción.

—¿Sabes qué trataremos en esta reunión? —preguntó Vâhlere tratando de cortar el entusiasmo de su compañero.

—No exactamente, pero...

En ese momento se abrieron las puertas del salón e hizo acto de presencia Garles de Mir acompañado por una joven asistente que se quedó en la puerta. El anciano recorrió los metros que le quedaban hasta su sillón apoyándose con dificultad en su

bastón.

Luthar Then lo recibió y, cuando de Mir se hubo sentado y tomó la palabra, su tono de voz fue duro y grave.

—Compañeros, hemos sido reunidos hoy, y de nuevo de urgencia, para tratar un asunto de especial trascendencia para nuestra ciudad. Cuando aún no hemos superado la ausencia de nuestro querido rey Kreón, los problemas ya nos invaden desde lugares insospechados. Un hechicero ha accedido a nuestra ciudad, nada más y nada menos que de la mano de nuestra reina Loena. Sin duda ella ha sido engañada por el brujo para conseguir acceso a nuestra comunidad y poder realizar sus fechorías aquí pensando que no tendría impedimento. Este hombre ha causado el pánico en el mercado, ha matado a varios hombres y ha destruido un buen pedazo de la muralla en su combate, acompañado de dos asesinas profesionales que luchaban codo con codo junto a él. De todos nosotros, el único que ha podido ser testigo es nuestro querido Lurs, a quien invito a levantarse y contar qué fue lo que vio.

El aludido se puso colorado cuando la mirada de todos los miembros del Consejo se clavaron en él esperando ser ilustrados con sus palabras. Lurs se puso en pie y carraspeó para aclararse la garganta. Después narró lo que había visto del enfrentamiento.

—¿Quién inició la pelea? —preguntó Klarsus Aminar cuando el tesorero hubo terminado su relato—. Por lo que dices, tú comenzaste a observar con el caos ya en su punto álgido.

—Cierto. No pude ver quién inició las hostilidades, pues fue el sonido de la lucha lo que me llamó la atención cuando esta ya había comenzado.

—Así que no podemos saber si el incidente fue provocado por el brujo...

—Lo que importa —intervino Luthar— es que él provocó los destrozos y su presencia aquí es un peligro para todos. Debemos tomar medidas y evitar que recorra la ciudad a su antojo.

Esta vez fue de Mir quien intervino, con su voz ajada y rasposa que todo el mundo escuchaba con atención.

—A mi me preocupa más la otra criatura involucrada. ¿De dónde salió ese ser que empieza siendo un ser humano y se transforma ante centenares de testigos en una criatura grotesca y descontrolada? ¿Y dónde está ahora?

—Está muerta y su cuerpo encerrado en un calabozo a la espera de nuestra decisión sobre qué hacer con él.

—¿Y qué debemos hacer?

—Quemémoslo —sugirió Hambrik.

Se hizo una votación a mano alzada y se decidió que la mejor forma de deshacerse del cuerpo era la incineración en la hoguera.

—Que sea discretamente y lejos de la mirada de la gente. No queremos que su imaginación se desborde.

—¿Y el brujo? —insistió Luthar Then.

—Creo que no está clara la implicación... —quiso decir Hambrik.

—¿Cómo que no? Él provocó el caos.

—Intento decir que seamos cuidadosos con este tema, pues también es cierto que los asuntos de los hechiceros debemos mantenerlos lo más alejados posible de nosotros. Debemos hablar con él y que nos explique su presencia aquí.

—Yo opino que dejarle hablar es un peligro para todos —Luthar alzó ligeramente la voz al tiempo que gesticulaba con las manos. Vâhlere, aunque no tenía voz para opinar, estaba completamente de acuerdo con Then y deseaba que el resto del grupo le prestara oídos—. Sugiero su destierro inmediato de nuestro reino. Y si se resiste, veamos qué pueden hacer él y sus asesinas contra todo nuestro ejército.

Hambrik y Garles de Mir se miraron con rostro serio. Vâhlere supo lo que aquello significaba.

—Votemos —dijo de Mir corroborando su intuición.

«Perfecto», pensó Vâhlere a pesar de que él no podría votar. Su pluma tomaba notas apresuradamente de cuanto escuchaba. Uno por uno todos los miembros del Consejo fueron alzando sus manos y exponiendo su postura. Al terminar la ronda, hizo recuento de los votos.

Vâhlere se puso en pie cuando se solicitó que hiciera oficial la decisión.

—El Consejo ha otorgado tres votos a la opción del destierro y dos votos a la opción de la consulta previa y la investigación. Es la opinión del Consejo, es la voz de Quindarst.

—Muy bien, pues —corroboró de Mir—, el Consejo ha hablado. El brujo será expulsado de nuestra ciudad de inmediato...

De pronto, la puerta del Salón se abrió de un portazo y entró la reina Loena como una exhalación.

—¿Qué significa esto? —gritó, aunque conteniendo el tono.

—Mi reina... —todos los presentes se pusieron en pie.

Loena se dirigió hacia Garles de Mir.

—He preguntado qué está pasando aquí.

—Mi reina, estamos votando sobre un asunto menor...

—¿Y por qué no he sido informada?

—Es un asunto de trascendencia menor, mi señora...

—¿Menor? ¡Estáis hablando de desterrar a un invitado personal mío y lo consideraréis un asunto sin importancia!

Todos los presentes bajaron la mirada, pero el que más fue Vâhlere.

De Mir no se dejó impresionar por el tono de la reina.

—Ese hombre ha causado graves daños a nuestra ciudad y ha participado en una reyerta en la que han fallecido quince hombres y seis soldados de la guardia. Su presencia aquí es un peligro.

—También me salvó a mí y me trajo hasta aquí con vida. ¿Es que nadie me estaba escuchando cuando lo dije? Exijo que la decisión que acabáis de tomar sea revocada,

pues no se ha tenido en cuenta mi voto, y os recuerdo que soy miembro de este Consejo. Espero que no me obliguéis a impugnarla por las malas.

Esta vez, de Mir recorrió con la mirada los rostros de sus compañeros y observó que ninguno de ellos estaba dispuesto a pelear esa decisión. Solo Luthar Then parecía morderse la lengua para no protestar.

—De acuerdo, mi señora. Por haber incurrido en un defecto de forma al no haberse contado con el voto del máximo representante de este Consejo, la decisión de desterrar al hechicero queda revocada hasta que se vuelva a tratar el tema con mayor profundidad y se celebre una nueva votación.

—Bien, os lo agradezco —Loena rodeó la mesa y se sentó en el lugar que poco antes ocupara su padre—. Aprovecharé la ocasión para haceros un anuncio de vital importancia. He decidido seguir adelante con el proyecto de mi padre y me desposaré con Kleinan de Clem. La boda será mañana al atardecer en el Tir-Ergonian. Ya se ha enviado un mensajero a Marsila de Clem y ahora os lo comunico a vosotros. Ahora mismo enviaré bandos a todo el reino. Por suerte, gran parte del pueblo se halla aún en las inmediaciones de Quindarst. Los que ya hayan partido, solo tienen que dar la vuelta. Es hora de seguir adelante. Lahmna y Clemthan serán mañana un único pueblo.

Vâhlere no podía salir de su estupor. Su pluma se había quedado parada y estaba ya seca. El resto del Consejo no estaba mucho mejor.

Loena se levantó y salió del Salón a toda prisa.

—Vâhlere.

El joven no hizo menor caso de la llamada.

—¡Vâhlere!

Esta vez sí que alzó la mirada hacia quien le llamaba que no era otro que Hambrik.

—¿Has tomado nota de todo?

Vâhlere no supo por un momento de qué le estaban hablando. Por fin reaccionó y procedió a mojar la pluma en el tintero y comenzó a redactar todo cuanto había sucedido desde que entrara Loena, sin capacidad para asimilar lo que acababa de escuchar.



Árgoht aceptó que le trajeran algo de comida a sus aposentos, cosa poco habitual en él. Sin embargo, la debilidad que sentía y el fuerte dolor de cabeza que le aturdiría eran justificación suficiente para él. Sabía que tenía una buena brecha en la parte trasera de la cabeza, así que procuraba no moverse mucho. Tenía que descansar un par de horas.

El enfrentamiento en el mercado había sido una desagradable sorpresa, y aún le estaba dando vueltas. Tomó una copa de vino de la bandeja de madera que le habían dejado en una mesita baja, se sentó en el borde de la cama y aspiró el delicioso aroma de la carne en salsa que le habían servido. El estómago le rugía de ansiedad.

En el momento en el que pinchaba con un cuchillo el primer pedazo, la puerta se abrió ligeramente y Kleria asomó la cabeza por ella.

—¿Puedo pasar?

Con un gesto, el hechicero le otorgó permiso. Kleria se acercó hasta la cama.

—¿Cómo estás?

—Mejor. Creo que llevo semanas escuchándote hacer esa misma pregunta una y otra vez.

—Es que siempre te estás metiendo en líos y, perdóname que te lo diga, rara vez sales bien parado.

—No he sido yo el que ha buscado esta pelea.

Kleria sonrió y se sentó a su lado.

—¿Ya sabes qué era aquella cosa?

—No, pero sí sé quién la envió.

La zágghera se puso seria de pronto.

—¿Él?

—Estoy seguro. Las cosas que he sentido y ahora ese engendro... Podría ser cualquier otro hechicero, pero sería demasiada casualidad. De alguna forma, él

también me ha detectado. Fue a buscarme hasta Narmanthia y envió hasta allí a sus hombres, y ahora yo he venido hasta él. Se lo he puesto muy fácil. Lo que no termino de entender es que yo fui allí llevado por un impulso, sin ningún tipo de previsión. Él no podía saberlo...

—Entonces hemos tenido mucha suerte —le interrumpió Kleria—. Nuestra búsqueda ha terminado. Si él está aquí, lo encontraremos y acabaremos con él. La Maldición de Hilena debe regresar a su hogar.

—¿Crees que podrás contarme algún día en qué consiste ese objeto?

Kleria fijó su mirada en aquellos profundos ojos violetas. Aún no estaba preparada.

—Quiero contártelo, pero aún no. Cuando lo encontremos y lo tenga bajo mi custodia, te contaré todo sobre él. Te le prometo y pongo a Beckäla como testigo.

Árgoht se dio por satisfecho y siguió comiendo.

—Hoy saldré en su búsqueda —dijo.

—¿Hoy? ¿No debemos trazar un plan antes?

—Primero debo saber dónde está. Si es un hechicero poderoso, quizás no debáis estar presentes cuando dé con él. No sé cómo puede reaccionar.

—Quiero ir.

Árgoht terminó de masticar un pedazo de carne y lo acompañó con un largo trago de vino.

—No es seguro. No tienes experiencia en este tipo de cosas. Si te preocupa ese objeto tuyo, te prometo que si las cosas se ponen feas no registraré sus bolsillos.

Kleria se puso en pie de un salto.

—¿Te estás burlando de mí?

Árgoht se sorprendió. Soltó los cubiertos y se limpió los labios con una servilleta de color verde oscuro decorada con el emblema del reino de Lahmna. En un alarde de confianza poco habitual en él, alargó la mano y tomó a Kleria por la muñeca.

—No, no lo hago.

Kleria lo miró intensamente, pero no se soltó de su contacto. Por fin, con un suspiro, volvió a sentarse.

—Lo único que digo, es que no tomaré nada de él si hay un enfrentamiento. Esta es tu búsqueda y lo respeto. No quiero robarte. Además, no quería arriesgarme a propiciar una persecución hacia mí por tu parte. Eres todo un perro de presa.

Árgoht acompañó sus palabras con una sonrisa y Kleria hizo lo propio. Antes de que se dieran cuenta sus labios se habían unido y se besaban, primero con cierta timidez, y después con pasión. La zághera vestía una blusa holgada y pantalones de tela que le daban un aspecto algo masculino. Llevaba el pelo recogido en una trenza y un cinto con su espada corta colgando. En unos instantes, todas esas prendas descansaban sobre la alfombra de la alcoba. Árgoht abrazó con fuerza a la guerrera, sintiendo sus músculos firmes, exentos de toda grasa. Los tocó con suavidad, acariciando su espalda con delicadeza, y pudo apreciar el movimiento de aquel

cuerpo grácil y perfecto. Ella a su vez le retiraba la camisa con mucho cuidado de no tocar la herida de la cabeza para a continuación arañar con suavidad su espalda y sus brazos, ansiosa de impregnarse del calor, de aquella energía vital que emanaba de su piel y erizaba el vello de su cuerpo. Con agilidad felina, se sentó a horcajadas sobre él y le obligó a tumbarse con las manos apoyadas en su pecho. Sus costillas y clavículas asomaban bajo la piel después de su convalecencia, y ella siguió el contorno de cada hueso con la punta de sus dedos.

Con unas palabras susurradas, Árgoht señaló las cortinas de la ventana y una súbita ráfaga de aire las cerró, dejando la habitación en penumbra.

Cuando el meledino se despertó estaba solo en la enorme cama. Aún sentía el calor del cuerpo de Kleria junto a él, por lo que hacía poco que se había ido. Su ropa estaba recogida y la luz de la tarde que caía volvía a entrar por la ventana sin el obstáculo de las cortinas. Árgoht temió que todo hubiera sido un sueño, pero solo tuvo que hacer un breve intento para recordar el tacto de los pechos de la guerrera entre sus manos y el olor salvaje de su piel.

Hizo un esfuerzo por terminar el almuerzo, frío y sin sabor, sabiendo que necesitaba recuperar fuerzas. Aunque le supo horrible, enseguida sintió que las energías volvían a él, sobre todo gracias al excelente vino. El dolor de cabeza se había mitigado lo suficiente para permitirle levantarse sin provocarle mareos y se vistió. A través de la ventana pudo ver que la tarde caía con rapidez. Quería aprovechar la luz del sol, pues algo en su interior le decía que debía evitar la noche si llegaba la ocasión de enfrentarse a Nerak. Se limitaría a intentar encontrarle, dejando la confrontación para otro momento más propicio.

En el momento en que se disponía a abrir la puerta para salir, esta se abrió y tras ella apareció la joven reina Loena. Por poco no le dio un buen golpe con ella.

—Hola —dijo, un poco sorprendida de verlo en pie—, no esperaba veros tan recuperado.

—Gracias, pero tengo cosas que hacer que no pueden esperar.

—De eso precisamente vengo a hablaros, si tenéis a bien. Dado que estáis en pie, será mejor que lo hagamos en un lugar más discreto.

Y sin más palabras, salió de la estancia entre un alboroto de tela y vuelos de encaje. Árgoht no tenía más remedio que seguirla, así que suspiró y salió en pos de la joven.

Salieron de la Torre Gris escoltados por media docena de guardias y del asistente Arguedes, en dirección a la Torre del Trono. Tras atravesar varias salas y pasillos, llegaron a un pequeño estudio con varios sillones y una chimenea encendida. El calor reinante hizo sudar al hechicero desde que puso un pie en la sala.

Con un gesto, Loena le invitó a sentarse en un mullido sofá mientras ella lo hacía en un sillón individual frente a él. En una mesita baja, entre ambos, dos copas de vino

y una jarra llena esperaban su momento. Argueldes sirvió las bebidas y entregó una a Loena y otra a Árgoht. Sin esperar a que la reina diera el visto el bueno, el meledino echó un largo trago. Argueldes puso expresión de contrariedad, pero Árgoht la ignoró por completo. La reina se limitó a sonreír.

—En verdad no os conozco de nada. Tal vez deba reconsiderar mi posición ante el Consejo.

—¿Perdón?

Árgoht no sabía de qué estaba hablando.

—El Consejo de Quindarst que yo presido está deseoso de echaros de la ciudad. Os consideran peligroso y os temen, una combinación explosiva entre gente que ante todo ha buscado la tranquilidad y la no confrontación.

Loena hizo una pausa buscando una expresión en Árgoht que no encontró.

—Solo mi intervención —continuó— ha evitado que seáis expulsado del reino, pues os debo mi vida y mi gratitud.

—No me debéis nada. Si no me queréis aquí, me iré gustoso. De hecho, lo que tengo que hacer no me llevará mucho tiempo, espero.

—Eso es precisamente lo que necesito saber. ¿Qué os ha traído hasta mi ciudad? ¿Debo temer algo de vos?

Árgoht se sorprendió ante la valentía de la reina y su sinceridad.

—Os debo gratitud, pero si estáis aquí por un motivo oscuro, os prometo que el cielo de Lahmna no será testigo de vuestras actividades. Sois un hechicero y eso me inquieta a pesar de todo. Sin embargo, antes de tomar ninguna decisión, necesito saber qué os traéis entre manos. La trifulca que habéis protagonizado en el mercado ha despertado muchas inquietudes y necesito que vos las despejéis. Así pues, hablad, por favor.

El hechicero miró a la joven reina y vio en ella una mujer poderosa que no se amedrenta ante nada. Supo que sería una buena reina y que llevaría por el buen camino el destino de su pueblo. Reflexionó durante unos segundos si debía contarle sus planes o aceptar su invitación para marcharse, pero dedujo que irse significaría que todo lo hecho hasta ese momento habría sido una gran pérdida de tiempo que no se podía permitir.

—Está bien —aceptó al fin—. Dado que mi misión aquí puede afectaros de alguna forma, creo que es justo que conozcáis algunos detalles. Mis compañeras de viaje y yo hemos recalado aquí siguiendo la pista de un grupo de mercenarios que nos atacaron en Narmanthia. Creemos que fueron enviados por un hechicero llamado Nerak que podría tener aquí su residencia.

—No tengo constancia de que haya ninguno en nuestra ciudad —interrumpió Loena.

—Puede estar oculto entre la población. No tendríais forma de detectarlo. Este individuo tiene en su poder algo que pertenece al pueblo de las zágheras y que les fue robado mediante traición.

—¿Y vos que pintáis en todo esto?

—Mi presencia responde a motivos más personales.

La mirada de Árgoht se endureció en el momento en que recordó la muerte de su madre, su cuerpo liviano entre sus brazos mientras se lo entregaba a un aldeano para que lo enterrara. Loena pareció entender aquella mirada y no siguió preguntando. Tomó una copa de vino y echó un trago.

—¿Cómo puede afectar esto a mi pueblo?

—No tiene por qué afectar en forma alguna, pero no puedo responder de las acciones de Nerak si es que en efecto se encuentra aquí, algo que aún no puedo confirmar.

—Me mantendréis informada.

Árgoht temía escuchar aquellas palabras, pues eran una trabazón para su libertad de movimientos. Ahora hubiera preferido que aquella conversación no hubiera tenido lugar. Sin embargo, tener el apoyo de la reina podría abrirle algunas puertas.

—Así será.

Loena lo despidió amablemente. En el momento en el que se dirigía a abrir la puerta del estudio, esta se abrió y, de nuevo, a punto estuvo de recibir un buen golpe en las narices. Esta vez era Argueldes el que entraba como una exhalación.

—Mis disculpas —dijo apresuradamente, y se dirigió hasta la reina. Tenía el rostro congestionado y sudaba copiosamente.

Árgoht cerró la puerta tras de sí, dejando a la reina con sus problemas, y salió al patio dispuesto a comenzar las pesquisas para encontrar a Nerak. En ese momento se acordó de *Karzan* y, antes de salir del recinto de la fortaleza, acudió a las caballerizas para comprobar que se encontrara bien alojado. Tuvo que atravesar todo el patio hasta el muro este, pasando bajo las sombras de las dos torres que completaban el conjunto arquitectónico. A pesar de que había una notable presencia de guardias, nadie le cortó el paso ni le preguntó a dónde se dirigía. El rumor acerca de la presencia de los tres forasteros y su relación con la reina debía de haber corrido con rapidez.

Karzan se encontraba cómodo y bien alimentado, acompañado de los dos animales de las zágheras y de varios caballos más de aspecto impresionante sometidos a cuidados exquisitos. El meledino permaneció algunos minutos con él, acariciándole el cuello y hablándole al oído. Habían pasado muchos años juntos y cada vez era más evidente que sus días de carreras estaban quedando atrás.

—¿Me seguirás hasta el fin? —susurró Árgoht, más para sí mismo que para el animal. Sin embargo, este bufó y agitó la cabeza en lo que parecía ser un brusco asentimiento. Árgoht sonrió.

Salió de la caballeriza asegurándose el mejor cuidado para su compañero mediante una generosa propina para el anciano encargado de las cuadras. De camino a la Puerta Soberana se fijó en el resto de estructuras que crecían trepando por la pared rocosa de la colina. La distribución de las edificaciones no tenía mucho sentido, como si hubieran sido soltadas allí de cualquier manera. Sin embargo, su integración

con la roca era magnífica, con lo que montaña y fortaleza parecían una única estructura.

De pronto, la sensación agobiante volvió. Fue como un golpe en la espalda que le puso el vello de punta. Una extraña energía invadió todo a su alrededor, una fuerza sombría y densa que le oscureció los pensamientos. Intentó focalizar su origen, pero era tal su intensidad que le resultaba imposible precisar su procedencia. Lo único que consiguió deducir antes de que, con la misma brusquedad con la que apareciera, se disipara, fue que no procedía de ninguna de las tres torres.

Pronunció un sencillo sortilegio y sus ojos se convirtieron en dos canicas de color celeste. El sortilegio le permitía detectar el origen de algún hechizo que hubiera sido realizado en las cercanías. Ante él, el mundo cambió y los colores se transformaron, como si mirara a través de un cristal de multitud de tonalidades diferentes. Miró a su alrededor y localizó una variación en el aire. Era como una tenue neblina de color verdoso, muy difusa y casi disuelta. Era el rastro mágico de algo ocurrido días atrás. Se acercó a ello y observó una pauta, una dirección a seguir.

La magia es una fuerza poderosa e ignota, y ni siquiera los más avezados hechiceros conocen a la perfección sus entresijos y peculiaridades. Cuando se realiza un sortilegio, cualquiera que sea su naturaleza, todo en torno a ese punto cambia y se altera. La misma realidad se ve transformada. Lo que Árgoht seguía en ese momento eran los rescoldos de esa transformación, pues la naturaleza necesitaba restablecerse y la perturbación podía permanecer un tiempo vigente.

El rastro le llevó a través de varios callejones hasta la entrada de una construcción baja de piedra negra con aspecto de ser un almacén. Una puerta de madera vieja cerrada con un candado y varias cadenas protegía su interior de los visitantes, pero esto no significó nada para Árgoht, que lo hizo saltar con un hechizo sencillo que derritió ambas cosas con facilidad.

El interior estaba en sombras y la noche llegaba con rapidez. La escasa luz que aún entraba por la única ventana situada en la fachada, suficiente para que su extraordinaria visión apreciara los detalles, le permitió concluir que en efecto se encontraba en un almacén. Allí, la presencia de la bruma mágica era más densa pero también más difusa. Se concentró cuanto pudo a fin de encontrar su origen, pero allí no parecía haber nada que pudiera generar ningún tipo de energía. Comenzó a recorrer la estancia, repleta de cajas y botellas cubiertas de polvo. El olor a moho lo impregnaba todo y tropezó con varios objetos que ni siquiera se molestó en identificar.

Cuando ya estaba a punto de darse por vencido, algo llamó su atención. En una esquina, casi oculta por varias torres de cajas, vio una alfombra vieja y raída. Tuvo que empujar muchas cajas apiladas para poder descubrir los bordes, lo que levantó una nube de polvo que se mezcló con la bruma mágica que se revolvía a su alrededor. La alfombra mostraba una pequeña prominencia casi en el centro. No era nada extraño que un almacén hubiera un sótano, pero no perdía nada por echar un vistazo.

La energía a su alrededor parecía agitarse como un ente vivo, arremolinándose en torno a él y acariciando su cuerpo. De hecho, observó, parecía concentrarse cada vez más.

Retiró la alfombra y dejó al descubierto una trampilla de madera con un tirador redondo de metal, viejo y oxidado. No había huellas alrededor a pesar de la suciedad y del evidente descuido del almacén, por lo que nadie debía haber pasado por allí en mucho tiempo. Aquello desconcertaba al hechicero. ¿Cómo podían haberse ejecutado hechizos que dejaran su huella si nadie había entrado en el edificio?

La respuesta le llegó en el momento en el que aferró la anilla y tiró para abrirla, con tanta claridad que no tuvo tiempo de preguntarse cómo no se le había ocurrido antes. Un fogonazo de luz invadió sus ojos al tiempo que una terrible fuerza lo lanzaba de espaldas, yendo a chocar contra una pila de cajas de madera que se desmigajaron con el impacto.

¿Cómo había podido ser tan estúpido? Era una trampa, una protección para aquello que se guardaba bajo la trampilla. Como si fuera una respuesta a su pensamiento, la bruma a su alrededor se agitaba como movida por un vendaval. Êralin casi chillaba en su cerebro. La desenvainó y se puso en pie tratando de recobrar el aliento. El contorno de los objetos que lo rodeaban se hizo más claro, permitiéndole hacerse una mejor idea de su situación. Esta mejora en su visión le permitió distinguir aún con más claridad lo que ocurría sobre la trampilla. La bruma se concentraba a toda velocidad, adquiriendo densidad y consistencia.

—*Ter-kah-namal* —dijo mientras alzaba un dedo hacia el desvencijado techo del almacén. Una luz dorada surgió de la punta y comenzó a caer como una lluvia que cubrió por completo su cuerpo. Aquello lo protegería de la magia oscura, pues tenía todo el aspecto de ser cosa de Nerak.

Ante sus ojos, la bruma comenzó a mezclarse con las sombras, agitándose y contoneándose. Una de esas sombras comenzó de pronto a crecer y tomar forma sin que hubiera ser alguno que la generase. Adquirió el tamaño de un hombre grande y comenzó a engordar. De pronto, con un crujido, la sombra se separó de la pared y quedó detenida sobre la trampilla. Árgoht notó que le costaba enfocarla, como si no tuviera bordes definidos.

—No se puede pasar —dijo una voz grave que parecía proceder del mismo aire que respiraba.

Árgoht no sabía qué podía encontrar allí, pero aquellas palabras eran el acicate que necesitaba para entrar a toda costa. Si era tan importante como para situar una defensa mágica de aquel calibre, es que merecía la pena investigarse.

—Pues voy a hacerlo.

La criatura se contoneó y Êralin respondió con una nueva vibración, ansiosa por entrar en acción. Árgoht se preguntó si no sería que la esencia oscura que se había apoderado de la espada deseaba entrar en contacto con aquella sombra.

De pronto, la agitación de la criatura creció y toda su extraña fisonomía se

deformó. De la oscuridad que era su cuerpo comenzaron a surgir nuevas formas, más pequeñas, como erizos de mar del tamaño de perros medianos. Se quedaron a los pies de su anfitrión con lo que Árgoht supuso que debía ser la cabeza, mirando en su dirección. Cuando ya había cuatro de ellas, se lanzaron contra él al unísono. El hechicero apenas tuvo tiempo de esquivar el ataque y las sombras chocaron contra la pila de cajas más cercana. Se descompusieron por un instante, se rehicieron y volvieron a cargar.

Árgoht no sabía cómo reaccionarían al contacto físico. Habiendo comprobado en el grimageo que Êralin era eficaz contra sombras incorpóreas, lanzó una estocada contra la primera criatura. La atravesó cortándola en dos, pero lo único que logró fue que ahora hubiera cinco en vez de cuatro. Una de ellas saltó y se le aferró a la capa. Una de sus garras negras rozó su piel sin herirla, pero fue lo suficiente para sentir el frío mortal que desprendía. La prenda se desgarró y el ser se soltó con un salto. Árgoht retrocedió intentando ganar tiempo para pensar y corrió hacia la puerta tirando cajas tras de sí. Mientras avanzaba, iba hilvanando en su cabeza las palabras necesarias para un nuevo hechizo. En el momento oportuno, se giró de un salto y alzó a Êralin ante él con las dos manos. De la punta de la espada surgió un resplandor cegador que atravesó a las dos primeras sombras que casi estaban ya sobre él. Al contacto con la luz, se desvanecieron con una pequeña explosión de lo que parecía ser polvo negro. Pero las otras tres, ocultas tras unas cajas, desaparecieron de la vista del meledino. Aún le quedaban algunos metros para llegar a la puerta, pero recordó que fuera era de noche, por lo que no obtendría ventaja en el exterior. Aún así, debía intentarlo. Se dio la vuelta para dirigirse a la salida cuando vio que las sombras proyectadas en la pared se desplazaban de forma inusualmente rápida. Las criaturas habían recuperado su forma incorpórea y, adivinando sus intenciones, intentaban cerrarle el paso. Cuando llegaron a la puerta, se detuvieron y volvieron a tomar cuerpo entre él y la salida. De nuevo, la punta de Êralin comenzó a brillar, pero los pequeños seres fueron más rápidos y se ocultaron entre las cajas. De pronto, Árgoht se sintió caer. Dos de ellas le había agarrado por los tobillos y le hicieron tropezar. La espada se resbaló de su mano en el momento en que su muñeca golpeó contra el suelo provocándole un dolor sordo que le recorrió todo el brazo.

Un intenso frío comenzó a trepar por su pierna al tiempo que era arrastrado por el suelo en dirección a una esquina, la más oscura del local. Un grito brotó de su garganta en el momento en el que la sensación llegó hasta la herida del muslo, recordándole los momentos vividos días atrás. Por instinto, trató de llevarse las manos a ese punto, pero las criaturas oscuras seguían tirando de él sin miramientos. Árgoht alzó la cabeza para observar el punto hacia el que se dirigían y no había nada allí aparte de oscuridad, la más densa y sombría que había visto jamás. Árgoht recordó la sensación que tuvo al entrar en la cabeza del talhom que contuviera al rey Manlor, en lo que parecía haber sido otra vida. De pronto, sintió miedo de lo que podía significar llegar a ser absorbido por aquella oscuridad. Intentó aferrarse a las

cajas y objetos junto a los que pasaba, pero no conseguía afianzarse en ninguno.

Entonces tomó una decisión. El hechizo luminoso que había realizado antes era un sencillo conjuro de luz. Ahora tendría que llevarlo hasta el siguiente nivel. Solo lo había hecho en una ocasión y no fue una experiencia agradable.

Relajó el cuerpo e intentó concentrarse. Sintió de pronto cómo el frío a su alrededor aumentaba. La criatura madre, aquella de la que habían surgido las otras más pequeñas, pasó junto a él para situarse en el rincón, desapareciendo en la penumbra.

Árgoht cerró los ojos y cruzó los brazos sobre el pecho en un esfuerzo supremo de concentración. Las palabras adecuadas comenzaron a surgir en su cerebro y las hizo pasar a sus labios. Sintió cómo un intenso calor nacía en su pecho y las palmas de sus manos apoyadas en él mientras pronunciaba el hechizo. Un tenue brillo anaranjado se despertó en mitad de su tórax. Cuando creyó que el pecho le iba a explotar, la última parte del sortilegio brotó de sus labios como un grito al tiempo que abría los brazos.

Una explosión de luz llenó todo su campo de visión y sintió como si se desintegrara y volviera a formarse un millón de veces, como si cada célula le fuera arrancada una y otra vez en una tortura sin final.

Por fin, el dolor cesó y recobró la vista. Una pulsión permanecía en su cráneo, pero por encima de ella, un sonido inquietante le obligó a levantar la cabeza. Las criaturas habían desaparecido, pero algo casi igual de malo amenazaba con suceder. Las gruesas vigas de madera del techo del almacén se quebraban, a punto de ceder y derrumbar toda la estructura sobre él. Miró hacia la puerta y supo que no llegaría a tiempo. Se puso en pie con esfuerzo. La cabeza le daba vueltas y amenazaba con derribarle de nuevo, pero se sobrepuso y echó a correr hacia el único lugar que vio adecuado para escapar.

La trampilla se encontraba a escasos metros a su izquierda. Por el camino se agachó y recogió a Êralin, que descansaba derrotada en el suelo. A su espalda, pedazos de techo comenzaban a caer contra el suelo en un estrépito de crujidos y quiebros. En unos segundos, una lluvia de madera y astillas lo rodeaba por completo. Con un último salto, se situó junto a la trampilla y tiró de la anilla con todas sus fuerzas, abriéndola con un quejido de óxido. El interior estaba completamente oscuro, pero Árgoht saltó y dejó caer la puerta sobre su cabeza. En ese momento, el ruido se incrementó hasta volverse ensordecedor y pudo escuchar, dado que no podía ver nada, cómo el almacén entero se derrumbaba sobre la trampilla y una nubecilla de polvo se colaba por las rendijas.

Había caído en un pozo de piedra y el olor a recinto cerrado y humedad le impactó como un golpe físico. Era un hedor antiguo y penetrante. Ante él se abría un estrecho pasadizo que solo podía percibir por la ausencia de paredes pues, aunque tenía los

sentidos muy desarrollados y podía ver en la oscuridad, siempre necesitaba aunque fuera un poco de luz para poder moverse. En aquella sombra estaba tan ciego como cualquier mortal.

Se detuvo unos instantes a recuperar el aliento después del exigente sortilegio que acababa de realizar. Cuando el ruido cesó sobre su cabeza, intentó empujar la trampilla y descubrió sin sorpresa que no podía moverla ni lo más mínimo. Solo le quedaba la alternativa de avanzar a la deriva por aquel pasadizo y esperar que al otro lado hubiera una salida.

Antes de dar un paso, pronunció unas palabras y extendió la mano con la palma hacia arriba. Al instante, un discreto punto de luz roja surgió de la nada sobre la piel y fue cobrando intensidad poco a poco. Aunque no alumbraba mucho, era lo suficiente para permitirle ver algo y avanzar sin tropezar.

El túnel parecía seguir en línea recta a partir de allí y en ligera pendiente hacia abajo.

Árgoht cogió aire y dio un paso hacia la oscuridad.



Loena no conseguía dar crédito a las noticias que le traía Argueldes mientras caminaba a toda prisa por los pasillos de la Torre del Trono en dirección al Salón del Consejo. La conversación con el hechicero había quedado en el olvido, con los pensamientos volcados en interpretar las palabras de su asistente.

—Repítemelo, Argueldes.

El anciano trotaba con dificultad en pos de la joven intentando respirar, caminar y hablar al mismo tiempo.

—Los mensajeros que portaban la última comunicación a Marsila de Clem han regresado. Dicen que no han podido llegar hasta Clemthan porque han estado a punto de ser interceptados en mitad del Tir-Ergonian por una patrulla de su ejército que no debía estar allí. Consiguieron esconderse y, preocupados por la presencia de soldados en aquella zona, decidieron investigar un poco. Son expertos exploradores y estoy seguro de su palabra. Cuentan que Clemthan ha movilizado un gran ejército y que se dirige directamente hacia aquí.

—¿Por qué? —gritó Loena, sabiendo que Argueldes no tendría la respuesta, pero con necesidad de desahogarse—. ¿Qué hemos hecho mal? Hemos seguido los cauces de comunicación adecuados y hemos mantenido las buenas maneras. No les hemos provocado en forma alguna...

En ese momento se cruzaron con *Lady* Fasila, que se acercaba con el rostro desencajado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con un hilo de voz.

Loena miró a su alrededor para asegurarse de que nadie les escuchaba y le contó las nuevas.

—¡Oh, no! —exclamó Fasila llevándose las manos al rostro.

—¿Qué significa eso? —Loena había detectado algo en la expresión de su madre

—. ¿Sabías algo de todo esto?

—No, hija. Pero hay algo que no te he contado. No pensé que fuera a causar esta reacción. ¡Maldita mujer orgullosa!

—Ven conmigo, madre. Me dirijo a reunirme con el Consejo. Allí nos expondrás lo que me has ocultado.

Fasila se detuvo.

—No, por favor, no quiero enfrentarme a ellos.

Loena la miró con dureza y le habló con voz dura.

—Madre, te creía más fuerte. Has sido reina de Quindarst, compórtate como tal y muestra coraje. Si has cometido algún error afrontarás las consecuencias.

Fasila se sorprendió por lo feroz de la respuesta, pero en seguida su rostro cambió y apareció en él la determinación perdida desde que había muerto Kreón.

—Tienes razón, perdóname. Te seguiré a donde tú vayas.

Loena echó a andar de nuevo y, unos instantes después entraron juntas en el salón en el que, por segunda vez ese día, le esperaba el Consejo para una reunión de urgencia.

—Amigos, sé que es tarde, y sabéis perfectamente que no os habría convocado con la máxima urgencia, sacándoos quizás de la cama, si no fuera de la más imperiosa necesidad. Arguedes nos trae noticias funestas que debo comunicaros de inmediato, pero antes, mi madre quiere compartir algo con nosotros.

Lady Fasila se sonrojó, poco acostumbrada a hablar en público. En ese caso, además, era para admitir un error, lo que empeoraba aún más la situación en la que se encontraba. Por fin, tomó aire y comenzó a hablar.

—Tras la muerte de nuestro querido Kreón y con Loena desaparecida —la joven bajó la mirada y la clavó en la mesa de recia madera que tenía enfrente—, la situación del reino era caótica, vosotros lo sabéis bien. Pues bien, en esos momentos decidí que era necesario postergar la boda de la princesa con el pequeño de Clem hasta que ella volviera y la situación del gobierno real se restituyera. Además, yo no me veía con fuerzas para afrontarlo y necesitaba más tiempo para asumir lo que creía era la destrucción de mi familia.

Fasila guardó silencio a la espera de la reacción del Consejo, que la miraba atónito. Fue Garles de Mir, como casi siempre, quien tomó la palabra. A pesar de su perplejidad, su tono de voz mostró el respeto y amor que le profesaba.

—Debiste contar con nuestra opinión.

—Lo sé, pero fue un impulso. Me equivoqué y reconozco humildemente mi error. Por supuesto, en ningún momento pensé que provocaría este tipo de reacción en Marsila.

—Pero la situación no justifica esa reacción, ni mucho menos un ataque —añadió Luthar Then.

—Mucho me temo —intervino Hambrik, siempre con los aspectos militares de cada situación frescos en su mente— que esa maldita quiere aprovechar nuestra actual debilidad para atacarnos y hacerse con el control del puerto de Quindarst. Usará la cancelación de la boda solo como excusa...

El silencio se hizo entre todos los consejeros mientras sopesaban esa alternativa. Clemthan llevaba siglos reclamando el control del puerto y siempre, de una forma u otra, la familia Taren había conseguido esquivar sus pretensiones, a veces de buenas maneras, a veces a través del enfrentamiento.

—Tenemos a la mitad de la población del reino en los alrededores —dijo Loena algo abatida—, el número de bajas inocentes sería terrible.

—Sin duda ella cuenta con eso —dijo Garles—. Mandará a alguien a negociar nuestra rendición bajo la amenaza de atacar con la población civil de por medio. Sabe que no usaremos a nuestro propio pueblo como escudo. A mí me preocupa otra cosa: el ejército clemhita se acerca atravesando el bosque, pero no es posible que traigan consigo la artillería. Si quiere asaltarnos necesitará arietes y torres de asalto. ¿Piensa derribar nuestras murallas con picas y espadas?

—No —de nuevo era Hambrik Martsar quien hablaba—. Por el bosque se acerca la infantería para propiciar un ataque rápido. Me juego mis galones a que el armamento pesado viene por el norte y tardará algunos días en llegar. Quiere desgastarnos y negociar mientras llegan los refuerzos.

—¿Cuáles son nuestras opciones? —preguntó la reina.

Luthar se puso en pie, con su habitual vehemencia.

—Debemos reunir al ejército y prepararnos para defender la ciudad. Quindarst no es fácil de conquistar. ¡Marsila sabe bien cómo nos las gastamos aquí!

—Tardaremos días en reunir los soldados necesarios —continuó Hambrik.

—¿Días? Pero si tenemos a la población a nuestras puertas. Podemos reunir a la milicia en cuestión de horas.

—Esa gente ha venido a llorar a su rey, no a pelear. No estarán listos.

—Pues les obligaremos a estarlo. El luto ha terminado. Si ahora hay que pelear, peharemos.

Poco a poco, todos los consejeros fueron expresando su opinión al respecto y comenzaron a trazar planes para defender la ciudad. Un plano de la muralla apareció sobre la mesa y se cernieron sobre él cada uno tratando de hablar más alto que el anterior.

Loena les escuchaba tratando de comprender qué estaba ocurriendo. ¿Cómo había podido suceder aquello? Tres días antes estaba recorriendo el reino en libertad, y ahora se encontraba planeando una guerra. Era inaudito y no se sentía preparada para aceptar esa responsabilidad.

—No —dijo de pronto, aunque solo *Lady Fasila* pudo escucharla. La segunda vez se puso en pie—. ¡No!

Esta vez sí se hizo el silencio y todos los consejeros, excepto *Vâhlere* y *Lurs*, que

no se habían levantado ni habían abierto la boca, callaron al instante. A Loena no le gustaron algunas miradas que percibió en sus rostros. Aquellos ojos decían que aún veían en ella a una niña que no debía intervenir en conversaciones de adultos, a una adolescente sin experiencia que poco podía aportar a los planes de guerra.

Fue el conciliador Garles el que habló.

—¿Qué decís, mi señora?

—He dicho que no haremos nada de eso.

—Pero debemos prepararnos para la guerra. Llegarán aquí en cualquier momento...

—No habrá guerra. Este conflicto lo he provocado yo con mi actitud infantil, y yo lo voy a arreglar. Iré al encuentro de ese ejército y exigiré que me dejen hablar con Marsila. Le explicaré lo ocurrido y haré que entre en razón. Esta guerra es estúpida.

—Todas las guerras son estúpidas —dijo Hambrik—, pero eso no significa que no sean necesarias. Nosotros no hemos dado el primer paso, solo nos preparamos para defendernos. Nada garantiza que esa mujer no os haga matar nada más veros o que no os tome como rehén contra nosotros. Es demasiado arriesgado.

Loena miró a cada uno de sus consejeros a la cara, incluido Vâhlere, que no sabía dónde esconderse de su mirada, sobrepasado por la situación.

—No puedo creer lo que oigo. ¿Estáis tan necesitados de guerrear que no estáis dispuestos a plantearos otras opciones? Hay una posibilidad de evitar que se derrame una gota de sangre y voy a aprovecharla hasta las últimas consecuencias.

Y dicho esto, se puso en pie, decidida.

—Esperad, majestad —dijo Luthar antes de que se retirara—, al menos hagámoslo bien. Debemos ir con vos y debe acompañarnos una escolta suficiente como para garantizar en la medida de lo posible vuestra seguridad. Yo me ofrezco voluntario para acompañaros.

—¡Y yo! —dijo Vâhlere, sin pensar. Cuando notó las miradas de todos repentinamente clavadas en él, se sonrojó—. Para poder tomar nota de todo y dar fe de lo que se diga...

Loena le clavó una mirada fulminante. Lo último que quería era tener a aquel hombre a su lado en ese momento tan crítico y decisivo, pero no podía negarse sin dejarle en evidencia de alguna forma.

—Está bien, venid conmigo los dos como representantes del Consejo. Garles, comienza a reunir al ejército. Si todo va mal y hay que pelear, lo haremos, no soy tan estúpida. Quizás por lo menos logre ganar algo de tiempo para organizar nuestras defensas. Hambrik, reúne a trescientos hombres que nos acompañarán como escolta. Ni uno más, pues no quiero que parezca una contraofensiva. Debemos ser discretos y humildes.

Esta vez nadie añadió nada y Loena salió del salón seguida por su madre y Arguedes, que las seguía con pasos apresurados a la espera de sus órdenes.

—¿Estás segura de lo que haces?

—Sí, madre. Si Marsila es la mitad de inteligente de lo que nos quiere hacer creer, sabe que es más beneficiosa para ella la boda que una nueva Guerra de Hermanos. Saldrá bien. Argueldes —se dirigió a su fiel ayudante—, manda a llamar al hechicero Árgoht y a sus acompañantes. Quiero hablar con ellos de inmediato.

El anciano se separó de las dos mujeres y comenzó a descender la escalera que hasta ese instante subían hacia los pisos superiores, en dirección a sus aposentos.

Media hora más tarde, Argueldes tocó a la puerta del dormitorio de la reina. Loena se había cambiado de ropa, vistiendo ahora con pantalones de montar y camiseta ceñida de lana. Una cota de malla y una capa de viaje, gruesa y comfortable, esperaban su turno sobre un sillón. Aún le resultaba extraño no poder amarrarse el pelo, pues apenas le había crecido desde que se lo cortó. Aún así, se lo sujetó con una diadema a fin de evitar que el flequillo le molestara. Con el rostro despejado, sus múltiples pecas resaltaban más de lo habitual. Sin embargo, nada de aquello aniñaba su aspecto lo suficiente como para suplir la dureza que le otorgaba la determinación, que surcaba su ceño con profundas arrugas.

El asistente entró cuando le dio paso.

—Mi señora, os traigo a las zágheras, pero no he conseguido localizar al brujo.

Se retiró y dio paso a las guerreras, que entraron dubitativas vestidas con ropas ligeras.

—Siento haberos sacado de la cama, pero necesitaba hablar con vosotras sin demora. También quería hablar con el hechicero. ¿Dónde está?

—Hace horas que no sabemos nada de él —contestó Kleria. Loena notó algo raro en esa respuesta, en la expresión de la mujer. Supo enseguida que había algo entre ellos, pues de lo contrario no se le habría escapado aquel gesto de preocupación mal disimulado.

—Pues tendremos que hacerlo sin él.

—¿Hacer qué?

—El ejército de Clemthan se dirige hacia aquí. Vamos a ir a interceptarlos. Me gustaría que me acompañarais y permanecierais a mi lado.

Las dos zágheras dieron un pequeño respingo al unísono.

—¿Y eso por qué?

—He escuchado con atención el relato de lo acontecido en el mercado y sé que habéis luchado bien. El número de cadáveres a vuestro alrededor da fe de ello. Necesito guerreras como vosotras, pues aún no tengo a mi ejército al completo.

Kleria no se lo pensó ni un instante.

—No, solo luchamos por nuestro pueblo. No derramaré mi sangre por nadie más.

Loena se acercó a la ventana del dormitorio y le pidió a la zághera que se acercara. Kleria, aunque de mala gana, accedió. A lo lejos, más allá de los muros de la ciudad alumbrados por centenares de antorchas distribuidas entre las almenas, la

noche se había cerrado sobre el Tir-Ergonian. Una pequeña multitud de fogatas iluminaban la pradera.

—No es mi sangre la que quiero proteger. Si el ejército de Marsila llega hasta nuestra puerta, ellos pagarán por nuestros errores. Esa es mi gente, mi pueblo, a quienes he jurado defender en el mismo instante en el que acepté la corona de Lahmna. Ellos no tienen la culpa de mi huida infantil, de mis problemas con mi padre ni de mi incapacidad de previsión. Solo os pido que me ayudéis a proteger a todos esas personas que ahora duermen sin sospechar que la muerte puede estar esperándolos con el alba.

Kleria guardó silencio observando la ciudad sumida en sombras, a todas aquellas personas que podían estar a punto de acudir a la llamada de Bëckala sin siquiera saberlo. Se dio la vuelta y se acercó a Ondriva, que esperaba cerca de la puerta.

—Tú qué dices, hermana.

—No sé qué decir. Esta no es nuestra guerra, pero estamos aquí y tal vez podamos ayudar a evitar una masacre. Mi cerebro me dice que debemos seguir con lo nuestro y dejar a esta gente a su suerte, pero mi corazón me pide ayudar.

Kleria le puso una mano en el hombro.

—No hay más que decir, pues.

Se dirigió a la reina.

—Iremos con vos.

—Se os pagará en correspondencia con vuestros servicios, os lo garantizo. Además, os prometo que pondré todos los recursos del reino a vuestra disposición para encontrar lo que habéis venido a buscar a Quindarst.

La guerrera se sorprendió un momento, pero pronto dedujo que Árgoht debía haber hablado con ella.

—Aceptamos el trato, pero si morís en esta aventura suicida que planteáis, poco pago recibiremos.

Kleria sonrió ante el comentario.

—Pues procurad que no muera.



Fue muy poco lo que Árgoht necesitó usar de sus fuerzas, algo mermadas ya después del enfrentamiento del mercado y el que acababa de concluir en el almacén, para mantener el pasillo iluminado, pues a los pocos metros de haberse internado en él encontró una antorcha adosada a la pared. Aunque tenía aspecto de llevar mucho tiempo sin usarse, prendió con facilidad cuando el meledino pronunció las palabras adecuadas.

A su alrededor pudo ver que el corredor estaba horadado directamente en la roca y pequeños regueros de agua serpenteaban por las paredes. Durante unos pocos metros siguió descendiendo en suave pendiente, hasta que llegó a terreno llano. Tras avanzar otro par de metros, topó con una puerta de madera. Aunque no era muy grande, sí que tenía aspecto de ser dura y recia. Un nuevo candado, grande pero oxidado, la mantenía cerrada. Árgoht guardó silencio intentando escuchar si desde el interior provenía algún sonido, pero solo pudo escuchar el repicar de una gota perdida golpear contra la piedra. Al igual que la trampilla, aquella puerta parecía llevar mucho tiempo sin usarse. Intentó forzar el candado con sus propias manos, pero no estaba tan deteriorado como para ceder con tan poca fuerza, así que usó el puño de Êralin para romperlo, tratando de evitar más gasto de energía. Retiró la cadena y se detuvo un instante. El efecto del sortilegio que le había permitido detectar la magia remanente en el almacén había desaparecido, y se planteó volver a activarlo para detectar otras posibles trampas, pero pensó que sería un gasto inútil de energía. Ya estaba allí y entraría cualquiera que fuese el impedimento que encontrara. Así pues, abrió la puerta.

El interior era una pequeña celda de algunos pocos metros de largo y lo mismo de ancho. No había ventanas ni iluminación natural alguna. En la pared del fondo, una estantería de madera negra carcomida sostenía una docena de libros viejos y

mohosos. En el centro de la sala había una pequeña mesa llena de polvo y papeles revueltos, con algunos libros de los más diversos tamaños esparcidos sin orden alguno. Árgoht paseó la mirada buscando la temida trampa mágica, pero nada pareció cambiar ante sus ojos ni sintió perturbación alguna, aunque podía percibir la oscuridad que lo rodeaba. De pronto, se dio cuenta de que tenía a Êralin en la mano. No recordaba haberla desenvainado, pero allí estaba, expectante. Había algo en el aire que podía sentirse sin necesidad de hechizo alguno. Había una maldad inherente en aquellas paredes, como si la misma piedra hubiera sufrido infinitos padecimientos.

Árgoht se paseó alrededor de la mesa, observando cuanto había en ella: pergaminos escritos en una extraña lengua y decorados con densos ideogramas, una pluma y un viejo tintero medio vacío, sobres para cartas, un sello... Pasó sus dedos sobre los lomos de una alta pila de libros hasta que topó con uno peculiar que estaba al otro lado. Debía ser el último que el habitante de aquella estancia había usado, pues estaba situado en la posición de lectura, sobre la parte despejada. Era un libro grande y muy grueso, con unas exquisitas tapas de piel negra decorada con intrincados ribetes de color grana.

Al tocarlo, el hechicero sintió un estremecimiento. Guardó a Êralin a regañadientes para poder usar las dos manos y se sentó en la silla, desvencijada y apolillada. El libro no tenía título y crujió al mover la tapa, como si llevara siglos sin ser tocada. Sin embargo, no tenía ni una mota de polvo, lo que indicaba que era leído a menudo. Tampoco había título alguno en las páginas interiores, amarillas y sucias. Era un libro antiquísimo, aunque conservado en perfecto estado. Tras pasar tres o cuatro páginas en blanco encontró por fin el texto. Al principio le costó entender lo que estaba viendo, pues estaba escrito con una caligrafía densa y compleja, muy elaborada y rica en su forma. Los bordes de las páginas estaban decorados con dibujos exquisitos. Cuando fijó la vista en ellos observó que todos ellos mostraban escenas de muerte: asesinatos, violaciones, ejecuciones, mutilaciones... Una página tras otra, se repetían una y otra vez los mismos motivos con ilustraciones siempre diferentes y ricamente elaboradas.

Cuando por fin se centró en el texto se dio cuenta de que todo él era una lista de letras y números. No le costó mucho deducir que eran nombres y fechas, pero sí que tardó un poco más en entender su significado. Lo hizo cuando, ante sus ojos, un nombre desapareció. La tinta se fue desvaneciendo muy lentamente hasta que de ella no quedó nada. Pero fue el número lo que le llamó la atención: era la fecha de ese día. Árgoht necesitó unos instantes para asimilar lo que estaba viendo, lo que aquel enorme libro le estaba mostrando. Era una lista de personas junto a las fechas de sus muertes. De pronto, un nuevo nombre apareció para ocupar el hueco vacío en la página, con una fecha muy posterior. Pasó varias páginas y pudo observar el mismo fenómeno en todas ellas: personas que morían y personas que nacían en un baile de letras que no tendría fin.

Entonces llegó a él la idea inevitable. ¿Estaría su nombre en aquella lista?

Comenzó a pasar las páginas sin ton ni son, ya que no había orden de ningún tipo en las listas. Dejó simplemente que sus dedos vagaran por las hojas. Se detenía con frecuencia en alguna de ellas que le llamaba la atención para ver los dibujos o deleitarse con aquel extraordinario ir y venir de tinta negra. Era un espectáculo fascinante. Un nombre y otro en un continuo aparecer y desaparecer. Los dibujos llamaban poderosamente su atención y le hacían detenerse en ellos largos minutos, apreciando la calidad de sus trazos, la delicadeza de sus acabados. Una página más, se decía, y encontraría su nombre. Pero no conseguía dar con él. Iba hacia delante y hacia atrás en el libro, pero no era capaz de deducir una pauta que le permitiera adivinar su situación dentro de él. Pero lo encontraría. *Tenía* que encontrarlo.

Siguió pasando páginas, páginas y más páginas...



Una hora más tarde, Loena se hallaba a la entrada de la Puerta Soberana montada sobre su caballo. La cota de mallas asomaba bajo la capa y reflejaba la luz de la luna, creando una pequeña constelación de estrellas que la acompañaba en todos sus movimientos. En la frente, una diadema sustituía a la corona real. En el patio, los trescientos hombres que Hambrik había reunido esperaban en perfecta formación y silencio las órdenes de su reina. Iban ataviados para la batalla, con yelmos, coraza ligera, espada, lanza y grebas. Montaban a caballo con maestría y, aunque dentro del bosque los animales podían resultar torpes y ser más molestia que ventaja, los necesitaban para llegar lo antes posible a interceptar a la columna de Clemthan la cual, según los últimos informes recibidos, se encontraba a poco más de media jornada de distancia. Necesitaban ser veloces, y con infantería serían demasiado lentos. Todos los hombres portaban en su pecho el emblema del reino.

—Amigos —comenzó a decir Loena recorriendo el frente del grupo—, sé que no era esto lo que esperabais cuando ha caído el sol esta tarde. Todos vosotros desearíais estar en vuestros hogares, al calor de la chimenea o bajo las mantas con vuestras mujeres, pero el destino es como el viento y ahora se os reclamaba para honrar el escudo que lleváis en el pecho. Sois los mejores soldados y estáis perfectamente entrenados para esto. Vamos a ir a enfrentarnos al ejército de Clemthan, pero nuestro objetivo no es entrar en combate, sino evitarlo. Hoy no comenzará la tercera Guerra de Hermanos, pero si Marsila de Clem quiere hacerlo, nuestras espadas estarán afiladas y a la espera de cortar su piel.

Un grito de euforia se levantó entre sus hombres.

—Vamos pues, hermanos. ¡Adelante!

La columna se puso en movimiento al unísono y comenzaron a marchar por la Puerta Soberana con Loena, las dos zágheras y el capitán Herins, que asumiría el

control de los soldados a partir de ese momento. Herins había sido el elegido por Hambrik debido a su excelente visión en la lucha. Había destacado por su capacidad para predecir el movimiento del enemigo y anticiparse a sus ataques. Era un joven alto y fornido de aspecto serio y formal. Según le había explicado el militar retirado, era excepcional en el manejo de la espada. Por eso Loena lo quería cerca, junto a las dos guerreras. Al fin y al cabo, ella no sabía manejar arma alguna y, si entraban en combate, necesitaría otras manos para defenderse, ya que las suyas propias serían inútiles.

La ciudad estaba atestada, pues Hambrik había dado orden de que todos cuantos acampaban en el exterior de la muralla entraran en la ciudad para poder defenderlos si el ejército clemhita llegaba hasta allí y, a pesar de la hora tardía, infinidad de personas salieron a la calle para despedir a la columna. Desde que el último soldado hubo atravesado el Bastión del Este, las puertas se cerraron tras ellos.

La muralla estaba iluminada con cientos de antorchas que definían todo su recorrido alrededor de la ciudad en una estampa impresionante.

Loena puso su animal a buen paso en dirección al Tir-Ergonian. Cuando se hubieron alejado algunos cientos de metros del muro, se dirigió a Herins.

—Capitán, a partir de ahora, estás al mando. Guíanos, pues estos son tus hombres y obedecerán mejor a tu voz que a la mía.

Sin rechistar, el soldado se adelantó un poco y asumió el control de la columna. Era un hombre decidido y valiente al que no atemorizaba estar en presencia de la reina.

El Tir-Ergonian estaba silencioso como una tumba. La luna no conseguía filtrar su luz entre el follaje, por lo que solo las antorchas que ellos mismos portaban iluminaban el sendero. Habían tomado el camino principal, el que unía los dos reinos y por el que los exploradores habían divisado al ejército clemhita. Kleria se planteó por qué Marsila enviaría a sus hombres por allí, sabiendo que había muchas posibilidades de que fueran detectados. La única respuesta que pudo obtener es que no había otra alternativa. Si quería llegar con rapidez a Quindarst, necesitaría seguir el sendero más directo, pues bordear el bosque sería un retraso inaceptable. Las Guerras de Hermanos siempre se habían encontrado con ese problema y muchas de las batallas se habían resuelto entre aquellos árboles, a base de escaramuzas y gracias a la estrategia. Los más viejos del reino dicen que el más terrible enemigo de ambos pueblos era el bosque, pues siempre era el que decidía hacia qué lado se decantaría una lucha y el que siempre permanecía cuando todos los hombres habían muerto. El Tir-Ergonian había ganado todas las batallas.

Cuatro horas más tarde, un explorador llegó con noticias.

—Mi reina —el ejército de Clemthan se encuentra a dos horas de aquí—. Me atrevería a aventurar que nos superan en el orden de diez a uno, pero quizás sean más pues, aunque logré una posición elevada, mi visión era limitada.

—¿Algo más? —Loena trataba de asimilar la noticia. En dos horas, para bien o para mal, todo habría acabado.

—Sí, mi señora. Me temo que me han visto. Ellos han enviado decenas de exploradores, así que saben que estamos aquí. Yo he dado un rodeo para evitar atraerlos directamente, pero creo que ha sido inútil. Igual que yo los he localizado, ellos han debido encontrarnos con facilidad.

—Eso puede ser favorable, si todo sale como yo tengo previsto. Si saben que vamos a su encuentro, no nos atacarán a la desesperada por culpa de la sorpresa. Podremos parlamentar, si esos soldados aún conocen los viejos códigos.

Así pues, no se envió ningún explorador más. Todos los naipes estaban sobre la mesa.

«Lo que tenga que ser, que sea», pensó.



Árgoht seguía buscando entre aquellas preciosas páginas su propio nombre. Entre todos los humanos de Thera, si es que todos estaban allí recopilados, debía estar él y la fecha de su muerte. Cuanto más tiempo pasaba buscándolo, más crecía en su corazón la necesidad de encontrarlo, el ansia de *saber*. Todo hechicero llega al mundo con un Destino, una misión que puede dilatarse en el tiempo indefinidamente. Cuando ese Destino es alcanzado, por norma general, el mago muere de una u otra forma. Por eso era tan importante para él encontrar su nombre. Eso le daría una pista de cuánto le faltaba para completar su misión y hallar la razón de su existencia.

Pero cada página que pasaba era más hermosa que la anterior, y en ocasiones se quedaba mirando una ilustración lo que podían haber sido minutos, horas o días. Sentía de forma difusa que su cerebro se iba embotando, que la realidad a su alrededor se iba alejando de él, pero eso carecía de importancia. El libro era tan hermoso y emanaba de él tanto poder... Su nombre tenía que estar en alguna parte. Mientras, uno tras otro, más y más de ellos aparecían y desaparecían ante sus ojos, resecos y enrojecidos por parpadear menos de lo debido. Sabía que tenía sed, pero su cerebro rechazaba esa ansía para centrarse en aquella otra, más acuciante e importante.

Durante horas, el hechicero permaneció así, pasando hojas al azar, deteniéndose en sus ilustraciones y cada vez más enfrascado en el libro. Había perdido todo contacto con el exterior. Solo existían aquellas páginas.

De pronto, un dolor agudo le sobrevino, haciéndole reaccionar por un instante. Una gota de sangre manchó el margen izquierdo de la hoja que estaba observando embelesado justo en ese momento, enturbiando el dibujo con el que se deleitaba. De pronto se dio cuenta de que la sangre era suya, pues se había cortado con la hoja del papel en la yema del dedo índice. El dolor pasó enseguida, pero un pensamiento

consiguió penetrar la barrera de su ofuscación.

¿Qué estoy haciendo?

El dibujo se había emborronado, por lo que su mirada no pudo seguir apreciando sus detalles.

¿Qué estoy haciendo?

Sus manos comenzaron a moverse con la intención de pasar la página.

¡No!

Los dedos se movían sin su aprobación, como si un titiritero cruel lo hiciera por él.

¡No! ¡No!

Con un gran esfuerzo de voluntad, logró que se detuvieran antes de que hubieran pasado la hoja.

El libro me está atrapando.

Su cerebro le enviaba órdenes difusas, le decía que debía seguir buscando, que su Destino estaba entre aquellas letras desvaídas. Debía seguir buscando.

No soy yo. Yo no estoy pensando eso.

Pero su cuerpo quería obedecer. Sentía que sus manos *deseaban* moverse y solo su concentración conseguía evitarlo. Si perdía de vista los dedos o dejaban de centrarse en ellos, estos seguirían su búsqueda sin fin.

Sois parte de mí. Sois yo, y os ordeno que paréis.

Un cosquilleo comenzó a recorrer su brazo derecho, el que más dificultades estaba teniendo al ser el que pasaba las páginas. Árgoht sintió que ese último pensamiento había llegado hasta las yemas de sus dedos. Había conseguido abrir un resquicio en su obnubilación, un sendero diminuto entre la niebla que aturdió su cabeza. Supo entonces que estaba luchando contra el libro, que de alguna forma quería que permaneciera allí, mirándolo por siempre jamás y pasando sus hojas hasta que sus dedos solo fueran hueso y piel seca.

No lo lograrás. Nadie me controla. No acepto vasallaje ni me postro ante hombre o mujer alguna. No me doblegarás.

Continuó pensando esas palabras como una letanía.

Nadie me controla. No acepto vasallaje ni me postro ante hombre o mujer alguna. No me doblegarás.

Poco a poco, fue notando cómo el poder del libro iba menguando. El cosquilleo en el brazo se extendió al izquierdo y se convirtió en una comezón. Sus manos comenzaron a moverse, pero esta vez seguían sus propias órdenes. Muy lentamente, las fue acercando al libro. Cada milímetro que las desplazaba suponía un esfuerzo monumental, como el más complejo de los hechizos. Sentía su cuerpo como una masa informe tratando de moverse dentro de un tarro de melaza.

Nadie me controla. No me doblegarás.

Las manos se acercaban, casi rozaban ya el libro. Parecía que no lo conseguiría. Los dedos se desviaron y rozaron el papel, amarillento y quebradizo por el paso del

tiempo.

Árgoht comenzó a sudar por culpa del esfuerzo. Su rostro se contrajo en un rictus de dolor y concentración.

¡No! No me doblegarás.

Con un esfuerzo final, lanzó una última orden a sus manos. Estas se alejaron un centímetro de las páginas y se introdujeron por debajo de las tapas. Con un grito, cerró el libro de un tirón. En el momento en que las hojas chocaron una contra la otra, una onda de energía surgió de su interior, como si el volumen quisiera expresar su frustración por haber sido derrotado. Árgoht salió despedido hacia atrás, derribando la silla sobre la que se sentaba y cayendo de espaldas contra el suelo. Todo lo que había sobre la mesa salió volando y acabó desperdigado por la habitación.

Árgoht se quedó tendido tratando de recuperar el aliento mientras el sudor recorría sus sienes en dirección al suelo de piedra. Sentía el cuerpo como pisoteado por una estampida de cuernancks, dolorido y aturdido. Los dedos le ardían y tenía los brazos agarrotados. Se miró los de la mano derecha y los movió para asegurarse de que obedecían sus órdenes. Eran suyos de nuevo.

El meledino trató de entender lo que había ocurrido, pues no era capaz de pensar con claridad. Se había sentado ante el libro, lo había abierto, había comenzado a hojear sus páginas... Y no recordaba nada hasta un instante antes, cuando reconoció sus dedos obedeciendo órdenes que no eran las suyas. Sentía la garganta rasposa y el estómago le rugía, por lo que debía llevar horas ensimismado. ¿Cómo era posible? Aquel libro era una amenaza, una auténtica maldición...

¡Claro!, pensó de pronto, ¡una maldición! Aquello era lo que Kleria buscaba. La Maldición de Hilena era aquel volumen maldito, algo capaz de retener hasta la mente más poderosa embaucado en su contemplación en contra de su voluntad. Aún ahora, con el enlace roto, Árgoht pudo sentir cómo le llamaba para que siguiera buscando.

Se puso en pie con esfuerzo y perdió el equilibrio, cayendo de rodillas un metro más allá. Contuvo el mareo cerrando los ojos y concentrándose en no vomitar con las manos apoyadas en el frío suelo. Cuando quiso ponerse de nuevo en pie, sintió la palma de la izquierda sucia de polvo. Se la miró y percibió que unos granos negros se habían adherido a su piel sudorosa. Siguiendo una intuición, se acercó la mano a la nariz para oler aquella sustancia. El hedor que percibió le provocó nuevas arcadas. De pronto tuvo una nueva revelación: aquel era el veneno que había infectado su pierna y, si no recordaba mal lo que había escuchado en la posada de Kena, el mismo que debía haber matado al rey Kreón Taren. Se acordó de pronto del maestro Voluthan y recogió todo el polvo que pudo, depositándolo en una pequeña bolsita de cuero que introdujo en un bolsillo interior de sus pantalones. Sin duda, era el refugio de Nerak. No cabía ya lugar a dudas. El nigromante estaba detrás de todo lo ocurrido recientemente, pero Árgoht dudaba.

¿Cómo podía haber conseguido aquel extraordinario veneno que un Pastor no fue capaz de reconocer? Con esa pregunta en la cabeza, se dirigió a la salida. Regresó a la

trampilla solo para constatar que seguía sin poder moverla. Volvió a la sala. Sentía de pronto una urgencia instintiva por salir de allí. Nerak no podía estar lejos y quería encontrarlo cuanto antes, pues aunque había deducido que el veneno había salido de allí, seguía sin saber por qué había sido atacado por él. Recordó el pésimo estado en el que estaba la puerta de entrada y el aspecto de no haber sido empleada en mucho tiempo, por lo que dedujo que el nigromante debía emplear otra forma de entrar y salir. Tenía que haber un pasadizo secreto.

Comenzó a palpar de forma minuciosa las paredes en busca de algún resquicio y a golpear con los nudillos esperando hallar algún bloque que estuviera flojo o hueco, pero no consiguió ningún resultado. Tras dar dos vueltas exhaustivas dedujo que no había nada, que Nerak debía emplear otra forma para salir. Entonces le vino una idea extraña.

Un Portal.

¿Sería tan poderoso cómo para crear un Portal? Solo hechiceros muy poderosos podían abrir portales que les permitieran viajar de un lugar a otro. Había leído en una ocasión la historia de aquel que fue capaz de abrir uno que le permitía viajar al pasado. Los resultados fueron desastrosos.

No había otra alternativa. Árgoht cerró los ojos y pronunció de nuevo el hechizo que le permitiría detectar el uso de la magia. Notaba cómo sus fuerzas comenzaban a menguar tras varios días de uso de sus habilidades. De pronto, todo a su alrededor se iluminó con la bruma mágica que sintiera en el almacén saturando el aire que lo rodeaba. Miró en todas direcciones, tratando de encontrar algo, alguna variación en aquella nube que vibraba y se desplazaba como si una invisible corriente de aire la moviera al azar.

Entonces sus ojos tropezaron con algo, una pequeña concentración de aquel Polvo. Estaba situada cerca de la pared a la izquierda de la puerta. Parecía una rendija en el muro, casi en el suelo, pero cuando Árgoht se acercó a ella y la tocó, era tan sólida como el resto de la celda. La ranura no era real. El Portal debía ser activado, pero él no conocía la fórmula o el hechizo para hacerlo.

Deshizo el sortilegio, de forma que la bruma mágica desapareció de su vista e hizo una muesca con su daga en el punto donde se encontraba el Portal. Después regresó a la mesa tratando de no poner los ojos en el libro que reposaba, con aspecto inofensivo, sobre ella. Notaba la pulsión que generaba, pero la urgencia e inquietud que sentía le permitían ignorarla.

En la mesa no quedaba papel alguno en el que pudiera estar escrita la forma de activar el portal, pues todos los papeles reposaban desordenados tirados por el suelo. El meledino miró en los libros de la estantería, pero ninguno le dio la pista que necesitaba. Pero si había algo, debía estar allí, en aquella habitación.

Comenzó a rebuscar entre los papeles del suelo. Tras un buen rato, encontró dos cosas que le llamaron la atención. La primera fue una nota manuscrita con una caligrafía fea y desordenada que fue a parar a uno de sus bolsillos. La segunda fue un

pequeño diario, roto y descolorido que parecía tener muchos años de antigüedad. Árgoht se sentó en el suelo, dispuesto a echarle un vistazo.

La letra en este caso era exquisita y estaba elaborada por un pulso firme y cuidadoso. Entre sus páginas pudo ver infinidad de anotaciones en diversos idiomas, fechas, fórmulas, entradas de diario... Una cosa tuvo clara enseguida: era el diario de un hechicero. Pudo leer sortilegios y fórmulas mágicas para infinidad de propósitos, aunque no entendía todo lo que leía. Tardó mucho rato en interpretar y encontrar aquello que estaba buscando, pero acabó dando con ello. La fecha de la anotación se remontaba la sorprendente cifra de doscientos veintitrés años y podía ser el mecanismo de apertura de un Portal. La tinta estaba desvaída y era difícil de leer, pero pudo entender que era extremadamente difícil hacerlo y que, una vez abierto uno, se podía invocar una y otra vez con mayor facilidad.

Por fin, encontró el ritual adecuado. Había tardado más de una hora en hallarlo, por lo que su ansiedad por salir de allí había crecido notablemente. Si situó en pie ante la ranura con el libro en la mano y se dispuso a vocalizar los términos necesarios. Se preparó para un alarde de paciencia, pues no solo eran necesarias las palabras, sino acertar en la entonación, el ritmo y la cadencia con que se pronunciaban para lograr el efecto deseado. Lo contrario significaría lanzar palabras al aire carentes de sentido alguno o, en el peor de los casos, descubrir efectos indeseados.

Una eternidad más tarde, cuando ya la frustración comenzaba a hacer mella, el cansancio se apoderaba de él y las posibilidades de acertar se habían reducido al mínimo, la ranura de la pared comenzó a destellar tras la última fórmula. Poco a poco el brillo fue convirtiéndose en un fulgor que aumentaba de intensidad. Comenzó siendo un punto de luz y fue creciendo a los lados siguiendo el contorno del bloque. Poco a poco se fue extendiendo a otros ladrillos, recorriendo sus juntas de argamasa hasta que se hubo iluminado todo un perímetro de la altura del hechicero. Por un momento, Árgoht pensó que no ocurriría nada más, pero de pronto todo el trozo de pared contenido por las líneas de luz fue *absorbido* hacia afuera y una fuerte ráfaga de aire azotó el rostro del meledino, agitando sus ropas y sus cabellos con tal intensidad que tuvo que taparse el rostro cruzando los brazos sobre su cabeza.

Cuando el viento remitió y pudo mirar, se encontró observando el vacío. Se acercó a la pared y vio que ante él se extendía una vasta superficie azul. Al mirar para abajo, un acceso de vértigo estuvo a punto de hacerle caer. Allá abajo, a muchos metros de distancia, el suelo le esperaba. Pudo distinguir el bosque Tir-Ergonian y la ciudad de Quindarst en una suerte de maqueta a escala como las que había visto en algunos puestos de mercado vendidas como juguetes para niños y elaboradas con trozos de madera. De pronto, el aire volvió y, al igual que los bloques de la pared fueron absorbidos por el Portal, sintió cómo tiraba de su cuerpo. Aunque sabía que tenía que entrar y dejarse llevar, el instinto, la expectativa de una caída y una muerte dolorosa, aunque supiera que aquello era una ilusión, fue más fuerte e intentó en vano

aferrarse a los bordes del muro que aún era firme y húmedo a los lados de la abertura. Sin embargo, la fuerza que lo arrastraba era demasiado poderosa y no pudo hacer otra cosa que dejarse ir.

Aquello debía de ser una ilusión, pero si así era, era la más real que había experimentado jamás. El aire le golpeaba en la caída, más veloz cada vez. El suelo se acercaba a toda velocidad. Árgoht no pudo evitar gritar y trataba de protegerse con las manos, si bien una suerte de curiosidad morbosa le obligaba a mirar. Podía estar presenciando su propia muerte.

Más abajo, las copas de los árboles del Tir-Ergonian se acercaban a él dispuestas a ensartarlo con sus afiladas puntas.



Así que aquel era el momento. Todo se decidiría en los próximos instantes.

La columna de trescientos hombres comandada por la reina Loena y el capitán Herins había encontrado al ejército de Clemthan. Kleria observaba la tensión que se había apoderado de todos mientras se decidía quién debía acudir a parlamentar. Como guerrera que era, disfrutaba de aquellos instantes, le daban vida y hacían palpar su corazón. Un sabor metálico le subía por la garganta, como si estuviera anticipándose al olor de la sangre.

—No, capitán. Debo ir yo —entonces, ocurrió lo que Kleria temía y deseaba al mismo tiempo. Lo temía porque tenía la esperanza de verse involucrada lo menos posible en aquella historia, pero lo deseaba porque le permitiría estar en primera línea—. Kleria, ¿queréis acompañarme, por favor?

Durante todo el camino a través del bosque, sumido en las sombras de la noche cerrada, la reina se había mantenido a su lado. Por alguna razón, se sentía cómoda al lado de las zágheras y les había consultado varias cuestiones relativas a la guerra. Aunque ella le prestaba toda la atención que podía, no dejaba de preguntarse dónde estaría Árgoht. Después de su encuentro de esa tarde no había vuelto a saber de él. Había abandonado el lecho mientras dormía pues, aunque no se avergonzaba de lo que había hecho, prefería evitar las miradas incómodas que vendrían después. Él no se había puesto en contacto con ella y, según Argueldes, que lo fue a buscar a su dormitorio y las salas comunes de los invitados, no estaba en la fortaleza. El hechicero le había dicho que iba a salir a buscar a Nerak, así que podía estar en cualquier lugar. Lo único que temía era que hubiera dado con él y estuvieran enfrentándose en algún sitio sin que ella pudiera intervenir. Quería ser ella quien acabase con el nigromante personalmente.

—Os acompañaré, si así lo deseáis.

El ejército clemhita esperaba casi un kilómetro más adelante. Habían enviado un mensajero a parlamentar, tal y como Loena esperaba, solicitando la presencia de un representante en un punto intermedio del camino, a la misma distancia de la cabecera de una columna que de la otra.

Kleria preparó sus armas, soltando los cierres de seguridad y colocándolas de forma que fueran fácilmente accesibles en el caso de que hubiera problemas. Loena no tenía armas, pero no era tonta. Dio orden de que cinco minutos después de que ellas partiesen, dos exploradores las siguieran dando un rodeo para presenciar el encuentro desde lejos. Si algo salía mal, tenían orden de volver y avisar a Herins para que se retiraran de nuevo a Quindarst.

Kleria no estaba segura de cómo podían desarrollarse los acontecimientos ahora que se dirigían en solitario contra el enemigo. Se sentía sola y algo desvalida sin Ondriva, sin la certeza de que, si se desataba un combate, tendría su espalda contra la suya. Miraba sin cesar a su alrededor, pero las sombras eran demasiado penetrantes y el resplandor de la antorcha que llevaba en la mano le impedía distinguir nada en la oscuridad. Ninguna de las dos mujeres hablaba. Loena tenía el gesto serio y concentrado, quizás buscando las palabras necesarias para convencer a quienes las esperaban algo más allá de que no las mataran nada más verlas.

Por fin, vieron la luz de varias teas tras un recodo del camino.

—Poneos a mi lado —le dijo la zághera a Loena.

No quería situar a la reina ni delante ni detrás, pues era donde más susceptible de ser atacada estaría. A su lado la podría controlar con más facilidad. Loena obedeció sin rechistar.

Ante ellas aparecieron dos hombres montados a caballo. Iban vestidos con armaduras ligeras y bien armados, cubiertos con capas de viaje. No tenían los yelmos puestos, por lo que Kleria pudo observar dos rostros curtidos en la batalla, de miradas duras y poco expresivas. Fueron ellos los que comenzaron a hablar. Lo hizo el mayor, pues tenía el pelo cano mientras que su compañero aparentaba bastantes años menos.

—Saludos, mi señora. Me llamo Aeras, y soy capitán del ejército de Clemthan. ¿Venís a presentarme vuestra rendición?

—Esas no son palabras para comenzar una negociación, soldado...

—Es que no habrá negociación alguna. Si no os rendís a nosotros, Quindarst y toda la población reunida a su alrededor morirá —Aeras acompañó estas palabras con un sonrisa torcida que dejó entrever varios huecos vacíos en su dentadura.

—Eso no va a ocurrir. Clemthan está actuando de manera indigna, aprovechando el luto que acaba de terminar por la muerte de mi padre para golpearlos en un momento de debilidad...

—La guerra es la guerra, mi señora.

—¡No! —Loena estaba poniéndose nerviosa—. ¡Eso solo es válido para vos! Allí hay miles de personas inocentes que estáis dispuestos a masacrar. ¡Es intolerable!

Loena se dio cuenta de que estaba entrando en el juego del clemhita y cerró la

boca tomando una bocanada de aire.

—De todas formas —continuó—, no es con vos con quien quiero hablar. Exijo ver a Marsila de Clem en persona. Lo que tengo que ofrecer solo lo haré ante ella. Enviad a alguien a buscarla y habrá negociación.

Aeras no pudo ocultar la sorpresa.

—Soy un hombre honrado, y aunque la guerra sea mi profesión, no disfruto asesinando inocentes, por más que vos lo creáis así. Mandaré a buscar a nuestra reina y os haré llegar la respuesta al alba. Buenas noches.

Y sin más, hizo girar a su caballo y se retiró al trote seguido de su subordinado.

Cuando llegaron de vuelta al lugar donde esperaba su columna, Loena ordenó levantar campamento allí mismo y establecer un perímetro de seguridad y defensa con turnos dobles de guardia. A pesar de las últimas palabras del capitán, no se fiaba de él. Los exploradores llegaron unos minutos después.

—Nadie os ha seguido, mi señora, pero han establecido guardias armadas en el punto de encuentro y han delimitado un perímetro con antorchas. Incluso han traído perros.

—Quieren asegurarse de que la zona es segura por si Marsila decide acudir —dijo Herins.

—Acudirá —concluyó Loena, aunque no demasiado convencida.

¿Y si decidía no ir?, pensaba Kleria. Si la reina clemhita se mantenía en su postura de recurrir a la guerra, solo les quedaba esperar que Hambrik hubiera tenido tiempo de organizar las defensas de la ciudad cuando llegara el momento.

Kleria y Ondriva fueron instaladas en su propia tienda, cerca de la reina, que resultó ser una enorme estancia de lona de color verde oscuro, muy propia para el lugar en el que se encontraban. Los hombres que las rodeaban se mostraban firmes y parecían tener muy claro cuál era su trabajo y lo hacían de forma eficiente. En todo momento fueron tratadas con el máximo respeto, pues el rumor sobre sus capacidades y procedencia se había extendido.

—Nos miran de forma extraña —le dijo Ondriva en una ocasión.

—Han escuchado historias sobre nosotras.

Kleria observaba a su hermana de guerra y era capaz de notar un cambio en ella, en su forma de mirar todo cuanto la rodeaba. Mientras los hombres trabajaban a su alrededor terminando de montar las defensas y levantar el campamento, Ondriva los seguía con la mirada, y lo que Kleria veía en sus ojos era curiosidad. El odio ancestral estaba dejando paso a otra cosa, a un interés natural por lo que resulta nuevo. Aquellos trescientos hombres, disciplinados, ordenados y de buen trato, aparte de excelentes guerreros, rompían con todo lo que le habían enseñado durante su

infancia, con todos los prejuicios que habían implantado en su cerebro a base de mentiras y falsas enseñanzas. Kleria decidió en ese momento que, si alguna vez volvía a Krahedia, lucharía contra todas esas cosas. Su pueblo debía abrirse al resto del mundo, a una riqueza cultural que su actual gobierno no era capaz de apreciar, entender ni valorar. Si la mirada de Ondriva y la suya propia podían cambiar, todas podían hacerlo.

Al alba, tal y como fue anunciado, un revuelo sacudió el campamento con la llegada del mensajero. Kleria salió de su tienda a tiempo de ver que un soldado raso acudía a buscarla.

—La reina os manda llamar. A las dos.

Las zágheras se vistieron adecuadamente, o sea, listas para la guerra, y fueron a encontrarse con Loena, que ya estaba dispuesta ante su tienda. Diez hombres ya pertrechados esperaban también. Esta vez la reina no iría desprotegida. Además, quería dar una imagen fuerte ante Marsila, que a buen seguro aún la consideraba una niña.

Una vez llegaron al punto de encuentro, Kleria se dio cuenta de que, en efecto, Loena aún era una principiante en aquellos asuntos. Marsila había acudido acompañada de más de cincuenta hombres que formaban a la perfección tras el trono portátil, ricamente elaborado, en el que había llegado. Vestía con una larga túnica con infinidad de broches, encajes y vuelos, al contrario que Loena que llevaba unos sencillos pantalones de montar y una blusa holgada bajo la capa de piel de magnífica calidad. De no ser por la diadema que le ceñía el pelo, nadie diría que era la reina de Lahmna.

Marsila ordenó descansar a los hombres que portaban su trono. Kleria no pudo distinguir si eran soldados o sirvientes, pero no iban armados y desaparecieron entre la formación. El camino era ancho, pues estaba preparado para el tránsito de carromatos y caravanas, pero aún así todos aquellos guerreros parecían apiñados con sus coloridas corazas brillando con los primeros rayos de sol de la mañana que comenzaba a aparecer entre las copas de los árboles.

La reina de Clemthan se puso en pie y descendió del trono gracias a tres escalones de madera dorada que llegaban hasta el suelo. La hojarasca se adhirió a los bajos de su falda. Al tiempo, diez soldados se situaron a su alrededor. Loena se apeó de su montura de un salto.

—Marsila, mis saludos —comenzó Loena.

Marsila se había dejado suelta la larga y lacia melena negra que enmarcaba sus rasgos duros y afilados.

—Mis saludos, reina de Lahmna.

Tras las cortesías, Loena fue al grano.

—Esto no es necesario, Marsila.

—Discrepo, jovencita. Habéis insultado a Clemthan con vuestros actos. Mi hijo Kleinan está profundamente dolido por vuestra huida, que ha interpretado como un

rechazo igual que he hecho yo. Nos sentimos agraviados y exigimos una restitución.

—No habrá restitución —respondió Loena—, pues no consideramos haber incurrido en agravio alguno. Sin embargo, tendréis las disculpas oficiales. Además, os ofrezco seguir adelante con el plan original de mi padre, como manera de hermanar nuestros pueblos y honrar su memoria.

Marsila pareció dudar un instante.

—Esta guerra acabará ahora mismo si aceptáis. Se puede evitar que nuestra sangre riegue de nuevo las raíces del Tir-Ergonian, pero está en vuestras manos. Si decidís no aceptar, debéis saber que estamos dispuestos a luchar con todas nuestras armas. En este mismo momento, las defensas de la ciudad están siendo alzadas y te aseguro que estarán listas para cuando lleguéis. Tendréis que sudar sangre para conquistarnos.

Kleria temió que Loena se hubiera puesto a la defensiva demasiado pronto, pero notó que Marsila dudaba. Pudo percibir que ella realmente *quería* aquella guerra, aunque también sabía que el costo de la misma podía ser demasiado alto para su pueblo una vez perdido el factor sorpresa.

—Las cosas han cambiado —dijo por fin a regañadientes—. Necesitamos una muestra de buena voluntad fehaciente. Exijo que se reduzcan a la mitad los aranceles para el tránsito de mercancías por el puerto de Quindarst.

—Sigues sin entender nada, Marsila de Clem —la reina se puso tensa de pronto y sus facciones se afilaron más aún—. Si aceptas esta unión, nunca más pagarás aranceles por usar el puerto de nuestra ciudad. Seremos un único pueblo. Mi padre quería una alianza política, pero yo te ofrezco más: te ofrezco la unión real de nuestros reinos. Tendremos dos coronas pero seremos un solo pueblo. No habrá costo para comerciar entre nosotras y nuestros enemigos y rivales conocerán una fuerza comercial, política y militar como no se ha visto al norte de Dender-oth. Solo los Tres Grandes podrán rivalizar con nosotras.

Marsila empezaba a prestar oídos de verdad a lo que decía Loena. Si bien a Kleria le sonaba a implantar las semillas de un imperio, a la reina clemhita le estaba gustando mucho la alternativa. Estaba segura de que ya se estaba imaginando a sí misma controlando todo el sur del continente, las rutas comerciales y ampliando sus fronteras. Antes de que dijera nada, la zághera supo que iba a aceptar.

—Está bien, joven reina, me has convencido. Uniremos nuestra sangre bajo una única bandera, pero lo haremos de inmediato. Hoy se celebrará la boda. No te voy a dar la opción de salir huyendo una vez más.

Loena sonreía al ver que su alegato había funcionado, pero se puso seria para responder.

—Jamás volveré a abandonar a mi pueblo.

A partir de ese momento, la actividad en torno a los campamentos de ambos ejércitos

se volvió febril. Se dismantelaron gran parte de ambos, dejando solo una guarnición que protegiera a cada reina y estableciendo nuevas tiendas y zonas para acoger tanto a aquellos que habían sido llamados para asistir, como participantes, como era el caso de Leicar, Kleinan y Theronar, como de los testigos e invitados, entre los que se encontraban los miembros del Consejo de ambos reinos.

Kleria no tenía clara cuál era su función en todo aquel jaleo y empezaba a sentirse perdida y fuera de lugar. Las cosas no estaban saliendo como ella esperaba y tenía la sensación de estar perdiendo el tiempo. Cada vez se sentía más lejos de Nerak, y su inquietud aumentaba cada segundo que transcurría sin noticias de Árgoht. Estaba a punto de sugerir a Ondriva que volvieran a la ciudad, cuando se toparon de frente de Loena.

—¡Kleria! Acércate, por favor.

Loena se alejó unos metros mirando alrededor en busca de oídos indiscretos.

—Quiero que te quedes —le dijo, para mayor decepción de Kleria, que esperaba poder marcharse sin llamar la atención—. Quiero que seas mi guardia personal durante la ceremonia. Tú y Ondriva, junto con los más altos rangos de mi ejército.

—No creo que mi sitio sea ese. Este no es mi ejército, ni mi tierra. Si estoy aquí es por excepcionales circunstancias. No creo que mi lugar esté a vuestro lado en este momento señalado. Habrá otras personas más adecuadas para ello.

Loena se sintió decepcionada y se le notó en el rostro.

—Entiendo. No te obligaré a hacerlo, pero sí me gustaría que estuvierais presentes como invitadas. No te atrevas a negarme eso, al menos.

La reina pareció más una niña que nunca a ojos de la guerrera. A pesar de todo, a Kleria empezaba a caerle bien aquella joven. Le había impresionado la forma en que había convencido a Marsila, la elocuencia de sus palabras a pesar de su juventud y su fortaleza de carácter. Habría sido una buena zághera.

—De acuerdo, pero no olvidéis la palabra que nos habéis dado.

Loena cambió el rostro de decepción por una gran sonrisa.

—Tranquila, amiga, tendrás lo acordado.

La mañana avanzó a toda velocidad entre un continuo ir y venir de personas organizando, gritando o colaborando en alguno de los múltiples preparativos necesarios.

La boda se celebraría en el Cuerno de Gan, el lugar en el que habían sido firmados los Tratados que habían puesto fin a las Guerras de Hermanos. Ambas reinas lo consideraron el lugar más simbólico para celebrar aquella unión, pues este sería el tratado definitivo, aquel que detendría las hostilidades entre ambos pueblos de una vez para siempre.

Por fin, los preparativos terminaron pasado el mediodía. Sería una ceremonia sencilla y austera. Kleria se encontraba comiendo con Ondriva, sentada sobre una roca a la sombra de un enorme árbol de raíces enredadas cuando se informó de viva voz de que todo estaba preparado. El Cuerno de Gan se encontraba a unos veinte

minutos de caminata bosque adentro. Cuando Kleria se puso en pie, tuvo que contener un silbido de sorpresa. Al mirar al campamento, vio que este se había extendido hasta donde alcanzaba la vista entre la espesura y una marea humana llenaba el espacio que hasta unas horas antes ocupaba el camino y la arboleda. Nadie quería perderse aquel acontecimiento histórico. De pronto, la masa comenzó a desplazarse en dirección al Cuerno de Gan y, por un instante, Kleria sintió miedo de lo que podía pasar si ocurría algo imprevisto, si todas aquellas personas se veían envueltas en una estampida en medio del bosque. Sería desastroso.

Desechando esos pensamientos negativos, cogió sus cosas y se puso también en marcha.



El Cuerno de Gan resultó ser un gran claro en el bosque en cuyo centro brotaba de la tierra una enorme roca inclinada en dirección norte, como si hubiera emergido de las profundidades pero no hubiera tenido fuerzas suficientes para terminar el camino. Tenía varios metros de altura y proyectaba una sombra que comenzaba a alargarse cuando los cuatro prometidos estuvieron por fin ante un improvisado altar de madera y sobre una tarima del mismo material cubierta con una gran alfombra de terciopelo azul oscuro. El maestro Kodiran fue el elegido para llevar a cabo la ceremonia, pues el clemhita más apto estaba enfermo.

Aunque todo se había organizado a la carrera, se había conseguido decorar el lugar de forma bastante digna. Decenas de estandartes de ambos reinos colgaban de los árboles que delimitaban el claro y entre uno y otro se extendían largas guirnaldas de diversas formas y colores. Además, el cielo estaba despejado y luminoso, con los primeros brotes de la primavera decorando el suelo del bosque.

Loena se había vestido de gala, con un traje color verde pistacho muy claro y escotado salpicado de perlas de Lúrman. Su hermana Leicar llevaba un traje muy similar, aunque menos rico y decorado que el de la reina. Por su parte, los hermanos de Clem vestían con el traje de gala militar del ejército de Clemthan, formado por una chaqueta muy ceñida cerrada hasta el cuello y una falda a cuadros con infinidad de colgajos. Todo ello de muy diversos colores y completados con sendas diademas de herederos, pues aún no habían recibido la corona de manos de Marsila. Loena, en cambio, lucía la ornamentada corona real de Lahmna en su condición de regente *de facto*.

Los cuatro estaban muy serios, completamente metidos en la ceremonia. Loena era un palmo más alta que Kleinan, pues era dos años mayor que él. Leicar y su prometido estaban a la par y se miraban sin saber del todo cómo comportarse. Se

limitaban a imitar a los mayores.

Se habían habilitado para las familias reales sendos bancos de madera y se había establecido una zona de seguridad en torno al claro formado por una doble fila de soldados armados con lanzas y espadas. En uno de esos bancos, rodeada por los miembros del Consejo, *Lady Fasila* no salía de su asombro. *Kleria*, que observaba desde algunos metros de distancia, pudo notar que estaba tan sorprendida como cualquiera de los demás por el rumbo que *Loena* había logrado darle a los acontecimientos.

Se hizo el silencio en el claro cuando *Kodiran* comenzó a hablar. Tras dar las gracias a los dioses por estar presentes en aquel momento y lugar, comenzó a enumerar las infinitas virtudes atribuidas a unos y otros prometidos, sus familias reales y sus reinos en conjunto. La guerrera se temía que aquella ceremonia fuera tan larga como aburrida. Por suerte para ella, habían conseguido un sitio a la sombra.

—Esta me la debes —le susurró al oído *Ondriva*, que estaba de mal humor. No entendía qué hacían allí.

Kleria sabía que estaban allí como invitadas, no como escolta, pero no era capaz de concentrarse en la ceremonia y sus ojos se perdían en la muchedumbre, buscando algún peligro potencial. Sin embargo, todos los asistentes observaban en silencio absorto el devenir de la ceremonia, guiada por la lenta y ronca letanía del maestro.

Entonces, algo llamó la atención de *Kleria*. En el segundo banco más cercano al altar, de espaldas a ellas, estaban los miembros del Consejo. Todos ellos observaban concentrados la ceremonia, pero uno parecía especialmente agitado, como si estuviera más tenso de lo normal. Se rascaba, se mesaba el pelo castaño, se alisaba la túnica o se secaba en ella el sudor de las manos. Parecía estar enfermo y de hecho, en una ocasión en que miró hacia atrás, pudo ver que tenía profundas ojeras. Otros asistentes situados cerca le miraban extrañados e incluso le pedían que guardara las formas, pero no parecía prestar oídos a nadie.

Kleria buscó entre la multitud y encontró entre los asistentes a *Lia*, la joven asistente de la reina. Estaba enfrascada en la ceremonia. Se acercó a ella entre codazos.

—¡Hola! —le susurró la niña.

—Hola *Lia* —la guerrera señaló al joven inquieto—. ¿Quién es ese?

Lia la miró, molesta por la interrupción, pero aún así contestó.

—Es *Vâhlere Denhon*, uno de los miembros del Consejo. A su lado están *Luthar Then*, *Klarsus Aminar*...

—Vale, gracias —le interrumpió, no quería que le cantara todos los nombres de los miembros del Consejo. Solo le interesaba *Denhon*, pues había algo en él que no le gustaba ni lo más mínimo. Su instinto le estaba alertando contra él, pero no podía esperar nada malo de un miembro del Consejo...

¿O sí?

Loena casi no podía creer lo que estaba haciendo. Desde la conversación con Marsila, no había tenido tiempo de plantearse de nuevo la situación, pues los preparativos y la organización habían copado toda su atención. El único momento de respiro se lo dio su madre cuando llegó, con el rostro congestionado y colorado por la fatiga, como si hubiera llegado corriendo desde la ciudad.

—No puedo creer que lo hayas conseguido —abrazó a su hija con los ojos empapados en lágrimas—. Has evitado la guerra y has cumplido el deseo de tu padre. Estoy orgullosa de ti.

Le costó un esfuerzo conseguir que su madre se tranquilizara, pero no logró borrar la sonrisa bobalicona de su rostro. No tenía allí la vestimenta adecuada, así que tuvo que hacer llamar a Arguedes para que le llevara su mejor vestido, a pesar de las protestas de su madre y sus sastres, indignados por no disponer de tiempo para confeccionar uno acorde al evento. Aún así, hicieron un buen trabajo con lo que tenían.

La primera prueba de unión entre los dos reinos llegó de mano de los decoradores, que se aliaron a la perfección para gestionar lo poco que se les permitió relativo a los adornos. También ellos protestaron por todo lo alto pues consideraban que era una ocasión que necesitaba de mucha más pompa de la que se les permitiría mostrar. Aún así, habían hecho un trabajo excelente y el Cuerno de Gan había quedado espléndido.

La guardia real también había tenido que emplearse a fondo para contener a las masas, tanto de quindu como de clemhitas, que se habían acercado hasta allí desde que se había hecho el anuncio formal de la celebración. A pesar de las circunstancias, sus hombres estaban realizando un trabajo excelente.

Todos sus antiguos temores infantiles volvieron a ella en el preciso instante en el que el maestro Kodiran tomó su mano y la de Kleinan y las juntó mientras comenzaba a recitar y cantar las alabanzas al matrimonio. Varios ayudantes comenzaron a quemar incienso y hierbas a su alrededor. Según la tradición, aquellas esencias favorecerían la concepción y la fertilidad. Loena estuvo a punto de echarse a reír y se preguntó qué pasaría si supieran que ella ya estaba encinta y que aquellos olores tan penetrantes le estaban haciendo más mal que bien. En su fuero interno, esperaba que aquel chico, que empezaba a mostrar vello en el bigote, tuviera virilidad suficiente como para que su estado resultara consecuencia natural de lo que debía suceder esa noche. Se sintió con ganas de soltarse de aquella mano, de aspecto débil y blando, a pesar de la mirada dura de su dueño, y echar a correr por el bosque de camino a su ciudad. Se encerraría allí y resistiría los ataques que Clemthan quisiera lanzarle. De un plumazo mental, apartó de sí aquellos pensamientos impropios. Ahora era una mujer, la reina de Lahmna, y se iba a comportar como tal. No volvería a decepcionar a su pueblo.

Por el rabillo del ojo observó un movimiento entre los asistentes. Pudo ver con desagrado que era Vâhlere, que se agitaba en su asiento. Le repugnaba pensar que él

estuviera allí, viendo aquello, y que fuera el padre del niño que crecía en su interior. Le gustaría poder borrar todos los días que pasó con él y los sentimientos que albergara una vez. Ahora lo veía como un hombre patético e incapaz que solo pensaba en sí mismo, inepto para el amor y el sacrificio. Allí sentado sin ser capaz de estar quieto y concentrado, parecía un niño pequeño, aunque tenía más aspecto enfermo que infantil. Loena se preguntó con enfado qué hacía allí si no estaba en condiciones y se recordó a sí misma que debía llamarle la atención cuando fuera posible. Era un estorbo en el Consejo y trataría de despojarle del puesto desde que tuviera ocasión.

De pronto, ocurrió lo que más temía. Vâhlere se puso en pie, nervioso y tembloroso. El maestro Kodiran tardó un segundo en darse cuenta de que alguien había interrumpido la ceremonia. Desde que dio dos pasos en dirección a la reina, dos soldados le cerraron el paso con las manos en las empuñaduras de las espadas. Se hizo el silencio en el claro, aunque entre los presentes bajo la foresta se levantó un lento murmullo.

—¡Loena! —gritó Vâhlere—. ¡Loena!

El joven trató de dar otro paso, pero los guardias se lo impidieron.

—¡Loena!

Hambrik se puso en pie con el rostro contraído por la ira.

—Está demasiado nervioso. ¡Lléváoslo!

Vâhlere, ignorando las palabras de Hambrik, siguió gritando. Su voz resonaba en el claro formando ecos.

—¡Loena, escúchame! ¡No te cases con él! ¡Yo te amo! —los dos soldados le aferraron uno por cada brazo—. ¡No te cases con él! ¡Solo quiero hablar contigo!

—¡Lléváoslo! —gritó Hambrik.

—¡Esperad! —Loena intervino, intentando evitar un espectáculo bochornoso que avergonzara a todos, pero sobre todo a sí misma. Miró al maestro y a Kleinan—. Disculpadme, por favor, pues me siento responsable de este hombre, pues es parte de mi Consejo...

Kodiran asintió, aunque el ceño fruncido dejaba ver a las claras su contrariedad. La mirada de Loena se cruzó también con la de Marsila, que la observaba con los ojos fríos y el mentón alzado, como si estuviera ocurriendo justo lo que ella esperaba. Ignorándola, se bajó de la tarima y se acercó a Vâhlere.

—Vete de aquí. Estás alterado. No me avergüences.

Los guardias se apartaron un poco.

—Te amo, Loena, no me importa que la gente lo sepa. No te cases con él. Yo te amaré más de lo que él podrá amarte jamás. He sido un estúpido...

—¡Calla, insensato! No digas ni una palabra más.

—¡No! Necesito saber que me amas, dame una oportunidad.

Loena se mostró fría.

—Guardias, lleváoslo. No puedo convencerlo por las buenas, pues está demasiado

alterado.

En el momento en el que los guardias se dispusieron a aprehenderlo, Vâhlere dio un paso al frente y quedó cara a cara con Loena. Solo la suerte evitó una tragedia pues en el momento en el que alargaba el brazo para clavarle en el estómago el puñal que llevaba oculto en su túnica, la reina dio un paso casual hacia su derecha dispuesta a volver a la ceremonia que le hizo fallar el golpe. Aún así, rozó con la hoja su costado izquierdo, haciendo un profundo tajo en la zona de las costillas.

Loena profirió un grito, más por la sorpresa que por el dolor y la multitud la acompañó con un gemido de estupefacción. Se llevó la mano a la herida de forma inconsciente y, cuando la retiró, estaba empapada en sangre. Los dos soldados se apresuraron a agarrar a Vâhlere y reducirlo, mientras que este se resistía e intentaba abalanzarse de nuevo sobre Loena con los ojos inyectados en sangre y velados por un halo de locura.

Un nuevo sonido invadió el calvero. Empezó como un zumbido grave, como si el mismo aire rezongara. Poco a poco fue aumentando de intensidad hasta que saturó el ambiente. Los presentes se taparon los oídos intentando evitar el dolor que comenzaba a producirles. Loena levantó la mirada, tratando de localizar la fuente del sonido. Ante sus ojos, el aire parecía vibrar y arremolinarse, como si rielara en un día de mucho calor. La hojarasca que cubría el suelo del claro se alzó en torno a la corriente en movimiento. Como si en efecto hubiera habido un aumento de temperatura, las hojas se marchitaron y se deshicieron en polvo gris que permaneció flotando. El sonido desapareció de súbito, pero algo aún más terrorífico ocurría: el polvo en suspensión comenzó a moverse, a unirse y separarse cada vez más rápido. Unos instantes después, una forma se había constituido ante sus ojos. Era difusa y poco definida, pero era *algo* que había aparecido ante ellos.

Una fuerza descomunal surgió de la figura. En un parpadeo, los dos guardas que pretendían sujetar a Vâhlere desaparecieron, convertidos en polvo gris. El propio Vâhlere escapó gracias a que se había tirado al suelo, lloriqueando y tapándose las orejas con las manos.

Varias flechas silbaron de pronto e impactaron contra la forma brumosa. Aunque atravesaron su cuerpo, pareció que por un momento, allí donde la flecha impactaba se abría un hueco en la masa de polvo flotante y, aunque se regeneraba casi espontáneamente, parecía molestar a la criatura.

Loena corrió, al igual que hicieron todos los presentes, buscando donde esconderse. El único lugar que parecía al resguardo y que no estaba hacinado por culpa de la multitud que intentaba huir hacia donde pudiera, fue al pie de la roca que se alzaba en el centro del claro, donde se había instalado la tarima que hasta un instante antes pisara ella misma. Durante su carrera hacia allí, pudo ver cómo la criatura miraba en la dirección de la que habían surgido las flechas y, con un barrido de lo que parecían ser dos enormes brazos terminados en garras informes, convertía en explosiones de polvo a media docena de personas, entre soldados e invitados.

Algo se agitó a su lado y, cuando miró, vio que Ondriva y Kleria habían tenido la misma idea. Se alegró mucho de verlas allí pues sentía que estaba a punto de caer presa de la histeria. Pero había alguien más: Kleinan estaba hecho un ovillo, agarrándose las piernas con el rostro congestionado. Theronar huía junto a Marsila y se perdía entre la floresta.

—¿Qué es esa cosa? —gritó.

—No lo sé, pero tenemos que salir de aquí como sea o nos barrerá de un plumazo.

Kleria se acercó al borde de la alta piedra y se asomó al otro lado. La criatura seguía matando gente sin ton ni son. También pudo ver que había alguien de pie muy cerca de ella. No aparentaba tener miedo, aunque parecía inquieto, como si no estuviera muy convencido de lo que hacía. Reconoció en el hombre a uno de los consejeros de Quindarst, el que se llamaba Luthar Then. La criatura se percató de su presencia y, para su sorpresa, pareció refrenar su ataque contra la gente.

—Margahelar, ¿qué estás haciendo? —gritó para hacerse oír por encima del griterío.

La criatura respondió, y su voz parecía proceder de todas partes al mismo tiempo. Era grave y rasposa, como si saliera de una garganta que no está hecha para pronunciar sonidos.

—He tenido que intervenir. Tú no has sabido protegerlo.

—¡Estaba a punto de hacerlo!

—¡No! Eres débil, Nerak, jamás debí esperar nada de ti.

«¡Nerak!», pensó Kleria. La criatura había usado el nombre del Despreciable para dirigirse a Luthar Then. ¿Cómo era posible? ¿Era aquel el hombre que ella buscaba? No podía ser. Según su Historia, Nerak había robado El Libro de los Nombres más de un siglo atrás, pero ante ella tenía a un hombre maduro pero joven. No podía ser.

—¡Vete! Lo vas a echar todo a perder.

La criatura a la que Luthar había llamado Margahelar alzó la mirada y despedazó a dos hombres más que se habían quedado a mirar. A pesar del pánico, los guardas reales comenzaban a reagruparse y, escondidos entre los árboles, buscaban la forma de atacar a aquel extraño ser, algo contra lo que no se habían enfrentado jamás.

—¿Dónde está? ¿Dónde está aquel que me dará carne?

—Está a salvo, debes tranquilizarte. ¡Vas a estropearlo todo!

—¡No!

La criatura atacó a Then. Lo golpeó con su puño de polvo, pero no deshizo su cuerpo, sino que lo desplazó haciéndolo chocar contra el tronco de un árbol.

—No tienes poder suficiente para llevar a cabo tus planes, Nerak. Eres débil, un hombrecillo insignificante. Nuestro pacto termina aquí y ahora.

En ese momento, Loena rompió a llorar, presa del pánico. Intentó ponerse en pie para echar a correr en dirección al bosque, donde un grupo de soldados la llamaba mediante señas para que se pusiera a salvo y lo habría hecho de no ser porque Ondriva la sostuvo por el brazo. Pero no fue suficiente, pues la criatura había

escuchado sus sollozos y se dirigió raudo hacia donde se encontraban. Las dos zágheras se pusieron en pie de un salto. Su instinto les hizo situarse ante Loena, pues esta estaba desarmada e indefensa.

«¿Y qué haremos nosotras?», pensó Kleria. Tampoco ellas habían visto nunca nada semejante. Aquel ser medía más de dos metros de altura, pero no parecía tener pies que lo sujetaran al suelo. En su cabeza brillaban dos puntos rojos, difusos e inestables como el resto de su cuerpo, si es que se le podía llamar de esa forma. Kleria alzó su espada y su escudo, pues no se le ocurría otra cosa que hacer y sintió que Ondriva hacía lo mismo.

«Así que aquí termina todo, justo cuando encuentro al hombre que vinimos a buscar. No se me permitirá tomar venganza».

Margahelar comenzó a palpar y alzó un brazo, dispuesto a descargarlo sobre ella. ¿Por qué no deshacía su cuerpo como había hecho con los demás? El golpe rompió el escudo de ambas y les hizo soltar sus armas al tiempo que salían despedidas por el aire muchos metros hacia la derecha. Kleria tuvo la desagradable sensación de que el tiempo pasaba muy lento mientras volaba sin control hasta caer al suelo. A pesar de estar cubierto de hojas, no fueron suficientes como para amortiguar su caída y sintió cómo algún hueso se rompía.

La criatura se quedó sola frente a Loena, que estaba inmóvil por culpa del terror. Solo podía mirar a aquella especie de muerte gris con los ojos desorbitados y cuajados de lágrimas.

Un grito surgió de la nada y Kleria vio a Vâhlere correr hacia ellos. Se lanzó contra el ser y lo atravesó, provocando una explosión de humo que deshizo el cuerpo de la criatura. Tras dar varios pasos trastabillados, el consejero cayó algunos metros más allá. Su piel se había vuelto gris de pronto.

Kleria intentó ponerse en pie mientras veía cómo el ser comenzaba a reagruparse de nuevo.

—¡Eh, tú! —le gritó—. Es mejor que termines lo que empiezas.

Su arma estaba algunos pasos a su izquierda y comenzó a caminar hacia allí cuando un profundo dolor le recorrió el brazo izquierdo. Tenía roto el hueso y un fragmento de él asomaba por donde debía estar el codo. Ignorando el dolor, siguió andando pues, de alguna forma, pensaba que sin su espada no tendría ninguna posibilidad. No pensaba morir desarmada y tirada en el suelo. Lo haría de pie y con una última estocada, por muy inútil que fuera.

A duras penas consiguió llegar a su arma justo a tiempo de encararse con Margahelar cuando se hubo terminado de recomponer en un remolino de polvo gris.

—Hablas mucho, humana.

Kleria se preparó para desaparecer.

Pero no desapareció. En cambio, un nuevo sonido llenó el aire del claro. Esta vez fue

un silbido agudo y penetrante. Al igual que el anterior, parecía no provenir de ninguna parte y de todos lados al mismo tiempo. El mismo Margahelar alzó la mirada de la zághera para averiguar de dónde procedía, temiendo un nuevo ataque.

De pronto, un resplandor iluminó el calvero y un punto de luz apareció en su centro, algo a la izquierda del Cuerno. El brillo comenzó a crecer hasta formar un círculo y algo surgió a través de él con un estampido sordo. Kleria habría jurado que lo que había *caído* a través del agujero luminoso era un cuerpo, un cuerpo humano. El círculo se cerró con un último estampido tan rápido como había aparecido. Cuando por fin consiguió enfocar vio que, en efecto, había un cuerpo tendido en el suelo del claro.

Árgoht había llegado.



Cuando Árgoht consiguió abrir los ojos sintió que el mundo se le venía encima, que la realidad estaba vuelta del revés. El estómago le dio un vuelco y la cabeza parecía querer estallar y esparcir sus sesos por todo el... ¿bosque? Sí, había llegado a un bosque, el mismo que viera en su *caída* desde la entrada del Portal. Sentía las hojas secas raspando sus mejillas y el cuerpo dolorido. Le habría gustado quedarse allí tumbado, descansando y reflexionando sobre las últimas experiencias vividas, desde el enfrentamiento contra las sombras en el almacén hasta el viaje a través del Portal, pasando por el agónico trance vivido con el extraño libro. Sin embargo, algo a su alrededor le hizo alzar la mirada. Sentía una gran agitación, gritos y gente corriendo. Aunque la cabeza le daba vueltas, pudo distinguir varios cadáveres y personas que huían pero, sobre todo, pudo ver un increíble ser formado por lo que parecía ser polvo gris que se agitaba con el viento. Al principio creyó que era una visión fruto de su mareo, pero enseguida concluyó que no era así. Aquella extraña criatura era real y estaba a punto de atacar a Kleria, de pie y visiblemente herida. Los sonidos llegaban hasta sus oídos amortiguados e hizo un esfuerzo por sacudirse la neblina que embotaba su cerebro. Fue la voz de la zághera lo que lo sacó de su estupor.

—¡Árgoht! —le gritaba—. ¡Nerak!

Al principio no entendía lo que le decía. ¿Nerak? Entonces vio que la mujer le señalaba algún punto a su derecha, donde un hombre herido hacía esfuerzos por levantarse. Árgoht lo recordaba de verlo en el funeral de Kreón y Lia le había dicho su nombre: Luthar Then. De pronto, las cosas empezaron a cobrar sentido en su mente. ¿Qué mejor forma iba a tener el nigromante de ocultarse en la ciudad que haciéndose pasar por uno de sus miembros más relevantes?

Pero el hechicero no tuvo mucho tiempo para continuar con sus cavilaciones, pues la criatura se había fijado en él y se acercaba veloz. No sabía qué clase de ser

era, pero era evidente que había llegado a través del Portal que Nerak había creado. Con toda la agilidad que pudo y superando los dolores que le embotaban el cuerpo, desenvainó a Êralin y la puso ante sí en posición de defensa. Sintió una vez más cómo se recargaban buena parte de las energías perdidas, revitalizado y reforzado.

El ser estiró sus grotescos brazos, extendiendo la bruma gris hacia él. Árgoht sintió cómo impactaba en la espada y esta la repelía, haciendo que pasara por su lado sin hacerle el menor daño. Aún así, pudo sentir el enorme poder que emanaba de aquella sustancia.

Kleria se acercó e intentó un tajo con su espada, pero esta atravesó el cuerpo intangible de la criatura dejando un surco de aire que no le causó daño alguno. De pronto, Árgoht vio algo que le heló la sangre: del suelo comenzaron a surgir nuevas criaturas. Masas informes al principio, poco a poco se convirtieron en formas humanas, poco más que cadáveres putrefactos. Más allá, Luthar Then murmuraba unas palabras mientras alzaba las manos en el aire. Ya no le cabía ninguna duda de que en efecto ese hombre era Nerak. Los desechos que había invocado, siete en total, comenzaron a avanzar hacia Kleria con los brazos alzados. Entre los jirones de piel colgante podían verse huesos y restos de músculos. Era una poderosa invocación, pero Kleria no se vio sola contra ellos. Ondriva se había recuperado y se situó a su lado para ayudarle a defenderse.

Árgoht se concentró de nuevo en la criatura. Pronunció el hechizo que tan buen resultado le había dado contra las sombras del almacén y de la punta de la espada surgió un haz de luz deslumbrante que impactó de lleno en el ser, pero no le causó el efecto deseado. Sus partículas se descompusieron durante un instante para luego volver a componerse en un remolino gris.

—No derrotarás a Margahelar con tan poco, brujo —se burló la criatura. Con un nuevo movimiento de sus manos, la tierra alrededor del hechicero se alzó en una invertida lluvia de piedras y hojas secas que impactaba contra su cuerpo, causándole heridas y hematomas. Apenas pudo concentrarse lo suficiente como para pronunciar unas palabras que generaron una onda de energía esférica que, naciendo desde su propio cuerpo, se expandió en todas direcciones disolviendo la tierra que golpeaba su cuerpo.

Kleria, mientras tanto, se enfrentaba al pequeño ejército de cadáveres a pesar del brazo roto. Eran criaturas tontas, torpes y la falta de uno de sus miembros no le impedía luchar contra ellos. Sin embargo, les estaba costando más de lo que había pensado al verlas, pues eran inmunes al dolor. Las amputaciones de miembros no detenían su avance y, cuando hacían una presa, no la soltaban aunque les fuera separado el brazo del cuerpo. Ella lo pudo comprobar cuando una de aquellas grotescas criaturas la agarró por la capa. Ondriva lo vio a tiempo y, de un certero espadazo, cortó el miembro a la altura de la muñeca. La mano siguió colgada de la capa mientras su dueño se enfrentaba a la zághera a golpe de muñón. Margahelar y Árgoht estaban enfrascados en su propia guerra, y de momento no parecía que el

hechicero necesitara ayuda, así que se concentró en acabar con aquellos desechos y hacerse hueco hasta llegar a su verdadero objetivo. Nerak estaba más cerca que nunca, ahí mismo, de pie, mirando el combate, inquieto y caminando de un lado para otro. Solo necesitaba acabar con un par de ellos más.

Loena seguía encogida al pie del Cuerno y tres soldados se dirigían a ella para intentar alejarla del peligro más inmediato. Margahelar se dio cuenta del intento y lanzó un grito al aire.

—¡No!

Abandonó el combate con el meledino para dirigirse a donde estaban los soldados. Su bruma gris se dispersó y comenzó a arremolinarse en torno a ellos, cada vez más y más rápido. Los soldados gritaron de dolor cuando la piel empezó a separarse de sus músculos y estos de los huesos. En unos instantes, habían desaparecido por completo.

Árgoht corrió hacia el lugar mientras el ser se acercaba a Loena. En el momento en que iba a alargar sus brazos hacia ella. Árgoht pensó rápidamente en algo que le hiciera ganar tiempo. Decidió con rapidez y generó ante sí una gran bola de fuego, la mayor que había convocado nunca y la lanzó. Esta impactó bruscamente contra el cuerpo de la criatura, desplazándolo y obligándole a separarse de la joven. Por un momento se descompuso y solo quedó una nube informe de partículas y humo flotando en el ambiente. No tardaría mucho en recuperar su forma.

Árgoht entendió demasiado tarde el error que había cometido. Parte de la bola, aquella que no había impactado contra Margahelar, siguió su camino hasta inflamar los árboles que encontró en su camino hasta deshacerse. Sin tiempo para preocuparse por eso, se acercó a la reina, que respiraba sin dificultad. Se había desmayado por culpa del *shock*. A pesar de que era una joven fuerte, aquello la sobrepasaba por completo.

Un nuevo remolino de aire agitó los cabellos del hechicero, por lo que supo que aquella suerte de espíritu maligno estaba recuperando su forma. En unos segundos era casi sólida de nuevo. Árgoht se lanzó de frente contra su adversario con Êralin en alto. Quería comprobar el efecto que *La Cazadora* tenía en su cuerpo intangible y no se sintió decepcionado cuando impactó contra él. Margahelar, sabiéndose inmune a las armas humanas, no trató de evitar el contacto. La hoja de la espada hizo un corte cruzado en la parte que correspondería al tórax si fuera un cuerpo humano. Al contrario de lo sucedido con el arma de Kleria, el corte de Êralin parecía no cerrarse. Margahelar se miró y lanzó un grito de ira, que no de dolor, pues se sintió invadido y vio que aquella arma extraordinaria podía afectarle.

«Pero no lo matará, solo se ha enfadado», pensó Árgoht. Rebuscó en el pozo de sus conocimientos mientras daba unos pasos atrás para alejarse de su alcance. La criatura volvió a atacarle lanzándole una ráfaga de aquel polvo gris que de nuevo repelió poniendo a Êralin en la trayectoria del ataque. ¿Por qué no había matado a Loena? Se había acercado a ella unos instantes antes, como si la estuviera

observando.

Un dolor agudo le invadió el pecho, como si se hubiera quedado sin aire de pronto. A su derecha, Nerak le señalaba mientras susurraba un hechizo. Le había cogido por sorpresa. Estaba tan concentrado en Margahelar que había olvidado que Nerak estaba allí. Aunque los nigromantes no eran hechiceros propiamente dichos, tenían amplios conocimientos de magia y podían hacerse pasar como tales. Su especialidad solía ser la invocación y manipulación de criaturas oscuras y sombras.

La espada cayó de sus manos mientras intentaba concentrarse en hallar un contrahechizo, pero la ausencia de aire comenzaba a afectarle. Además, el ser había llegado hasta él. Con lo que parecía ser una grotesca sonrisa, unió sus manos al hechizo sobre el cuello del meledino. Árgoht sintió cómo, además del aire, la vida comenzaba a abandonar su cuerpo.

Kleria observaba esto con angustia creciente. Nerak se encontraba a escasos metros de ella, pero los engendros eran duros de pelar.

—¡Ondriva! —cúbreme.

Sin dudar, su hermana se situó entre ella y sus atacantes. Kleria se lanzó contra Nerak con la espada en alto. El nigromante ni siquiera la vio cuando dejó caer su arma contra su brazo izquierdo y, como hiciera con las criaturas que él mismo había invocado, seccionó limpiamente la mano a la altura del antebrazo.

El nigromante lanzó un grito infernal, fruto del dolor y la sorpresa. Su rostro se congestionó mientras observaba la sangre manar a borbotones. Sin embargo, consiguió hacer un gesto con la otra al tiempo que gritaba unas palabras que alejaron a Kleria varios metros de un fuerte golpe mágico que la dejó aturdida en el suelo y sangrando por la nariz.

—¡Maldita seas! —Nerak arrancó un gran pedazo de tela de su túnica gris para vendarse la herida. La excelente barba negra que caracterizaba el apuesto rostro de Luthar Then quedó salpicada de sangre.

Cuando hubo controlado a duras penas la hemorragia, se encaró de nuevo con Kleria. Mientras Ondriva había terminado de dar cuenta de los cadáveres vivientes y se había acercado a ayudar a su compañera.

—¡Esta herida! —le dijo Kleria al verla.

En efecto, varios cortes y arañazos surcaban su rostro y sus brazos.

—La lucha ha sido dura. Arriba.

—Siento haberte dejado sola.

—Deja las disculpas para después.

En efecto, era mejor postergar la charla, pues Then ya se encaraba de nuevo con ellas.

—Habéis sido vosotras y ese maldito hechicero las que lo habéis estropeado todo, aunque debo agradeceros que hayáis traído a Loena de su estúpido periplo.

Kleria necesitaba tiempo para coger aire, así que le siguió el juego.

—Ella ha venido sola, Despreciable, pero nosotras también. Por fin te hemos

encontrado. Hoy pagarás por todo cuanto le has hecho a nuestro pueblo.

Nerak puso cara de inocente, de autentica sorpresa.

—¿Vuestro pueblo? No sé ni quién eres, patética mujer.

—¿No nos reconoces, Nerak el Despreciable? Quizás recuerdes mejor a nuestra reina Hilena, y aquello que le robaste vilmente en el lecho de muerte.

Al escuchar el nombre de Hilena, una chispa de comprensión pareció despertar en el nigromante. De pronto, se echó a reír.

—Espero que vuestro viaje no haya sido demasiado largo, porque no es a mí a quien buscáis. Ya quisiera yo poder vivir tantos años como me suponéis.

Estas palabras descolocaron a las zágheras. Nerak aprovechó para continuar su alegato.

—Vosotras buscáis a mi maestro, el verdadero Nerak del que yo tomé el nombre como legado y muestra de respeto. Era lo menos que podía hacer después de matarlo.

Esta vez la risa se convirtió en carcajada.

Kleria recuperó el control tras la conmoción que suponía aquella noticia.

—Si eres su sucesor, también estarás en posesión de nuestra herencia por derecho. Tú pagarás por el daño causado por tu maestro al pueblo de las Zágheras.

—¿Zágheras? Ahora todo encaja mejor... Sois las famosas mujeres guerreras, mi maestro os mencionó en alguna ocasión. Siempre tuve curiosidad por ir a buscar ese supuesto continente perdido... Sin embargo, no recuerdo que me contara que os hubiera robado nada.

—¿Ah, no? No creo que haya olvidado mencionar El Libro de los Nombres.

El rostro de Luthar cambió de pronto, poniéndose mortalmente serio.

—Jamás lo tendréis, me da igual de donde lo sacara el maestro.

—Lo haremos. Lo recuperaremos aunque tengamos que pasar cien veces sobre tu cadáver, ladrón. Además, no tienes poder para utilizarlo, eres una vergüenza.

Kleria sabía que estaba faroleando, pero necesitaba saber si podía poner nervioso a aquel hombre. Las palabras causaban tantas heridas como la mejor de las flechas.

—¿Eso crees? ¿Cómo explicas entonces que todos mis planes se hayan cumplido a la perfección gracias al libro? Mírame. Soy miembro del Consejo de Quindarst y pronto tendré poder suficiente para poseer indefinidamente el cuerpo que desee, no como hasta ahora que me he tenido que valer de ese ser grotesco. Entonces será muy fácil poseer al joven Kleinan como iba a hacer con Vâhlere. Seré rey, y todo será gracias a la información que me ha dado el libro. La fecha de la muerte de Kreón ha sido fundamental... Llevo muchos años planeando este éxito, y aunque los acontecimientos dieron un giro inesperado con la decisión de casar a Loena con el joven clemhita, ya da igual. Vâhlere no sabrá jamás que sus actos eran el fruto de mis decisiones.

Kleria miró hacia donde estaba tendido el cuerpo del joven. Tenía la piel gris y arrugada, muerto o agonizante. Y lo peor, moriría sin saber que el sentimiento que albergaba su corazón era tan falso como un decorado en la obra de un trovador,

impuesto en su alma por aquel ser despreciable.

—Eres un monstruo, y yo me ocuparé de que encuentres justicia.

—¿Y cómo se supone que vas a hacerlo?

Nerak alzó la mano sana y un relámpago surgió de ella, impactando en el pecho de Kleria y lanzándola hacia atrás. Murmuró unas palabras y se desplazó a toda velocidad hasta donde se encontraba Ondriva, que no tuvo tiempo de reaccionar hasta que el nigromante la tuvo agarrada por el cuello. Kleria trataba de levantarse. La camisa quemada dejaba a la vista la cota de malla que le había salvado la vida. Aún así, sentía una terrible opresión en el tórax.

—¿Qué pasa —le decía Nerak a Ondriva pegando mucho su cara a la de la zághera—, tú no hablas? Siempre a la sombra de tu amiga, ¿verdad?

Ondriva se agitaba, pero no conseguía zafarse de aquella presa. El nigromante era más fuerte de lo que aparentaba. De pronto, sus ojos se iluminaron con una intensa luz azul. La guerrera tuvo que retirar la mirada, pero dos relámpagos surgieron de sus pupilas y saltaron a las de ella. Ondriva comenzó a contorsionarse y sus gritos rasgaron el cielo del bosque. Unos segundos más tarde, su cuerpo colgaba inerte en manos de Nerak, que lo arrojó a un lado como si de un trapo se tratara.

—¡Nooo! —Kleria corrió hasta donde había caído su amiga. Tenía el rostro completamente quemado, casi irreconocible. Sin darse cuenta de que lo hacía, comenzó a llorar. Aquella había sido una muerte indigna para una guerrera como ella, no era una buena forma de morir. Lloró de rabia e impotencia. Depositó el cuerpo en el suelo y se puso en pie muy despacio con la mirada clavada en el nigromante. De ella manaba el odio más puro que hubiera sentido jamás. Ya le daba igual el verdadero Nerak, el Libro y todo su maldito viaje. Ahora solo quería ver a aquel hombre atravesado por la punta de su espada.

Con pasos lentos, se aproximó hasta donde su arma descansaba, sobre el suelo alfombrado de hojas y la recogió con parsimonia, saboreando el momento, aquellos instantes previos a la lucha, la emoción de la energía que recorrería su cuerpo. Nerak la miraba fijamente sin moverse con una sonrisa horrible en el rostro.

Con un grito, la zághera se lanzó contra él, dispuesta a enfrentarse con su destino.

Loena había recuperado la consciencia muy lentamente, como si estuviera despertando de una larga siesta. Para su desgracia, los sonidos de lo que estaba ocurriendo a su alrededor la devolvieron enseguida a la cruda realidad. Dedicó unos instantes a observar cuanto la rodeaba. Por un lado se encontraba Kleria enfrentándose a Luthar Then, cuyo aspecto había dejado de ser el de un hombre recto aunque rígido. Ahora una máscara de odio, ira y dolor lo hacían casi irreconocible. Había llegado a escuchar sus palabras sobre Vâhlere y casi no podía creerlas. Ondriva yacía en el suelo y no se movía. Más allá, a su derecha, Árgoht se enfrentaba en solitario a aquella cosa que se había acercado a ella justo antes de que se desmayara.

De pronto sintió un dolor agudo en el vientre y se llevó ambas manos a la zona en un gesto instintivo.

Recordó entonces la sensación que había tenido cuando aquella criatura se había dirigido a ella, justo antes de que todo se volviera negro. Pudo *sentir* cómo se comunicaba con el bebé, aunque no era capaz de entender cómo era posible. Había escuchado sus palabras dentro de su cabeza, como un gran eco generado por la campana de una torre.

Pronto estaremos juntos.

Pero lo peor no era escuchar esas palabras, que aquella criatura tuviera algo que ver con ella o con su hijo nonato. Lo peor era que su bebé se revolvió al escuchar su voz. Su hijo quiso responder a su manera y algo se agitó en su interior. La esencia de la nueva vida que nacía en su vientre tenía algún tipo de conexión con aquel ser aterrador.

«¿Cómo es posible?».

Loena hizo un esfuerzo por levantarse. Miró a su alrededor, pero no había rastro de Marsila. Solo Kleinan estaba allí, aterrado y convertido en una bola insignificante a la que nadie daba importancia. Consiguió a duras penas ponerse en pie. Una convulsión en el estómago a punto estuvo de hacerla vomitar, pero logró contenerse. Tenía que ayudar de alguna forma, pero no veía la forma de hacerlo. En el momento en que intentó dar un paso, sintió un tirón en el pelo que a punto estuvo de hacerla caer.

—¿A dónde vas, niña insolente?

Loena intentó girarse al escuchar aquella voz, cavernosa y rasposa, como si un cadáver intentara hablar. La primera impresión que tuvo de la persona era que, en efecto, era una mujer muerta envuelta en una mortaja. Sin embargo, una mirada más prolongada le hizo distinguir, entre un vestido viejo y sucio como el mismo tiempo, a una anciana arrugada y antigua como el mundo. Pudo percibir el aliento hediondo que salía de una boca casi desdentada.

—No deberías meterte en lo que no te llaman.

La vieja tiraba cada vez más fuerte de su pelo. Loena se sorprendió de que aquella anciana menuda pudiera tener tanta fuerza. Cuando estaba a punto de hacerla tropezar, consiguió desplazarse un poco hacia la izquierda y lanzó hacia atrás su codo derecho, que vino a impactar contra el hombro de la mujer. Aunque apenas le hizo daño, sirvió para que soltara su presa con un quejido.

—¿Quién eres, vieja? —le gritó Loena.

—Soy alguien que lleva aquí más tiempo que tu familia de obtusos.

La mujer retrocedió unos pasos con asombrosa agilidad, dado su aspecto. De pronto, alzó las manos y pronunció unas palabras guturales, tan impropias de aquella garganta como todo lo demás. De las puntas de sus uñas, negras y rotas, salieron disparados unos filamentos blanquecinos que se adhirieron al cuerpo de Loena, que intentó zafarse de ellos sin éxito. En unos segundos la habían rodeado casi por

completo. Intentó agitarse con todas sus fuerzas viendo que cada vez estaba más inmovilizada, pero aquellos hilos parecían apretarse con cada movimiento.

Entró en pánico cuando le llegaron al rostro y comenzaron a cubrirlo, dejándola sin respiración. En un instante, sus gritos se vieron sofocados por aquella tela, convirtiéndola en un capullo incapaz de cualquier sonido o movimiento.

—¡Margahelar! —gritó con su voz repulsiva.

La criatura miró en la dirección de la mujer a tiempo de ver cómo una persona se dirigía a la anciana sin que ella se percatara. Era un niño, y llevaba en la mano una rama gruesa que alzaba como un garrote y la dejaba caer con un grito sobre la espalda de la vieja, haciéndola caer.

El niño alzó de nuevo el palo.

—¡Deja en paz a mi esposa! —a pesar de su tono infantil, ya tenía la voz potente y autoritaria que le ayudaría a gobernar el reino algunos años más tarde. Golpeó de nuevo a Krega. La bruja soportó el golpe y se puso en pie con dificultad agarrando a Kleinan por el pelo y tirando de él hacia atrás. De pronto, tres guardias salieron del bosque, buscando a su joven príncipe.

—¡Suéltalo! —le gritó uno de ellos a la anciana. Margahelar lanzó un grito y se abalanzó en aquella dirección, ignorando a Árgoht, que aprovechó la pausa para recuperar el aliento. Se sentía al límite de sus fuerzas, y ni siquiera Êralin conseguía reponer la energía que consumía. No pudo hacer sino mirar mientras la criatura mataba a los tres guardias de un plumazo. Krega dio un fuerte golpe en el rostro al niño, haciéndolo caer al suelo como a un muñeco.

Margahelar llegó a donde estaba Krega y observó el capullo que había creado con Loena.

—Bien.

—Vámonos —dijo la vieja—. Ya tenemos lo que queremos.

Margahelar se había olvidado por completo de Árgoht, a quien el enfrentamiento comenzaba a resultarle agotador y no creía que fuera a poder aguantar mucho más. Pero lo peor era que no conseguía encontrar la forma de hacerle verdadero daño. El meledino empezaba a sospechar que era en verdad un espíritu y que el Portal que lo había traído hasta ese plano se abría directamente el mundo de los Muertos.

Sus sospechas se vieron confirmadas cuando Margahelar hizo un gesto vertical con una de sus manos. En el aire comenzó a aparecer una línea negra que se fue ensanchando poco a poco. Incluso desde varios metros de distancia, Árgoht pudo sentir el hedor del aire que salía del pozo negro que se estaba abriendo ante sus ojos.

—¡No! —Nerak se había dado cuenta de que su aliado pensaba marcharse—. ¡Esperadme!

Lanzó un fuerte golpe mágico a Kleria con el fin de alejarla de sí y corrió hacia el lugar en el que Krega esperaba. De pronto, se sintió elevado en el aire y su carrera se detuvo en seco.

—Ya no te necesito —dijo Margahelar. Mantenía la mano en alto al tiempo que el

cuerpo de Then se elevaba más y más—. No has sido capaz de traerme lo prometido. Te he mantenido joven todos estos años y no he conseguido un niño en el que reencárname hasta hoy. Ahora tengo lo que quiero. Que la vida que mi poder te ha dado, por mi poder te sea retirada. Que el peso del tiempo caiga ahora sobre ti.

Con un gesto del espíritu, Nerak volvió a caer al suelo entre gritos y sollozos. Árgoht se puso en pie, tratando de elegir a qué rival enfrentarse, pues el nigromante se encontraba en su camino hacia la posición de Margahelar. Pero la decisión estaba clara. El Portal comenzaba a cerrarse y el espíritu desaparecía ya por él.

Krega comenzó a entrar también cuando sintió un tirón hacia atrás que le impidió dar el paso definitivo. Era Kleinan, que la aferraba por la ropa tratando de evitar que se fuera.

—¡No te la llevarás! —gritaba mientras tiraba con todas sus fuerzas. Krega le lanzó un bofetón con tal fuerza que su pequeño cuerpo salió despedido hacia atrás, aunque se llevó con él un buen pedazo de una de sus muchas capas de ropa. El niño quedó tendido en el suelo, dolorido y casi cubierto por la tela.

Árgoht sabía que no llegaría a tiempo, pero aún así corrió en dirección al Portal que se cerraba. Cuando llegó, de él solo quedaba una vibración en el aire y un sonido sordo en sus oídos. Unos segundos después, nada.

Kleria se había acercado hasta Nerak aferrándose el brazo izquierdo y observaba atónita lo que estaba ocurriendo. Ante sus ojos, el apuesto Luthar Then se estaba transformando. Su piel se arrugaba y su cabello crecía a un ritmo desmesurado, como si cientos de años se le hubieran echado encima de golpe. Varios dientes cayeron de su boca mientras lloraba y balbuceaba mirándose las manos, cada vez más delgadas y llenas de manchas oscuras que brotaban como de la nada. Unos minutos después, tenía ante ella a un anciano decrepito que parecía a punto de llegar al final de sus días. Nerak cayó de rodillas al suelo, incapaz de aceptar su nueva situación.

Cuando Kleria llegó hasta él, se limitaba a murmurar y llorar.

—Me ha engañado, ese ser inmundo me ha engañado. ¡Qué estúpido he sido!

También Árgoht llegó a su lado.

—Luthar —le llamó, pero el anciano no le prestó atención—. ¡Luthar Then, escúchame!

Esta vez consiguió que alzara la mirada y lo que el hechicero vio en sus ojos fue la más profunda desesperación.

—Luthar, ¿a dónde lleva ese Portal?

Then ignoró sus palabras y trató de mirar de nuevo al suelo. Parecía estar alejándose de la realidad a marchas forzadas. Árgoht necesitaba que reaccionara. Lo agarró por los hombros y le obligó a que fijara su vista en él.

—¿A dónde lleva ese Portal? —repitió.

—¿Qué más da ahora? Ya tiene lo que necesita. Ahora nadie podrá pararlo.

—¿Qué necesita, Luthar? ¿Qué trato habías hecho con esa cosa?

Then dudó durante unos instantes, después se miró las manos de nuevo.

—Ya no importa... Todo se ha perdido —levantó la mirada hacia Árgoht—. Necesita un bebé en el que reencarnarse. Ahora lo ha conseguido.

—No —intervino Kleria con la ira instalada en los ojos—, no hay ningún bebé aquí.

Then miró a la zághera como si fuera estúpida.

—Sí que lo hay. Está dentro de la reina.

—¿Loena está embarazada?

El anciano asintió despacio.

—¿Quién es el padre?

—El niño fue concebido por Vâhlere, pero estaba poseído por Margahelar en el momento de fecundar a la inocente jovencita, así que ya carga con parte de la esencia del espíritu. Cuando esté a punto de nacer, él se instalará en el cuerpo y verá la luz, renacido en carne.

—¿Y qué ganabas tú en todo esto?

—Es evidente. La inmortalidad. Además, me había prometido poder suficiente para acometer la posesión definitiva. Sería rey poseyendo el cuerpo de Kleinan, aunque al principio nuestra idea era que fuera Vâhlere. La cosa se torció, pero nuestro plan seguía adelante con el joven clemhita. Ahora me ha traicionado.

Nerak miró al espacio vacío por el que acababa de desaparecer el espíritu.

—¿A dónde lleva el Portal, Then? ¡Dímelo!

Luthar comenzó a reír con una risa ronca y antigua. Se comportaba como un hombre que lo había perdido todo y Árgoht sabía que en ese estado les diría lo que querían saber, pero tendría que presionarlo un poco.

—Then, Loena es inocente, y no podemos permitir que ese ser le haga daño. Estás a tiempo de corregir el mal que has hecho. ¿A dónde lleva el Portal?

Then no dejó de reír, pero contestó a la pregunta.

—Nada podrá compensar mis actos, ni lo pretendo. Lo que hice fue por un motivo y no me arrepiento de nada, brujo, no te confundas. De todas formas, no podrás seguirle. Ese camino lleva al mundo de los Muertos de donde Margahelar procede. Ni siquiera yo puedo abrir esa puerta. Mi maestro era el que tenía poder suficiente, y yo solo me he encargado de mantenerlo abierto. Se ha ido para siempre. Solo él decidirá cuándo volver. Y lo hará. Cuando consiga el cuerpo del niño, su poder aumentará de tal forma que harán falta muchos como tú para detenerle. La bruja debe estar tan engañada como yo...

Árgoht ya había escuchado suficiente. No había nada que hacer. Habían perdido a Loena para siempre. Alzó la vista y vio que varios soldados comenzaban a internarse en el claro con la mirada indecisa, sin saber a qué atenerse.

—¡Apagad del fuego! —gritó el meledino y fue como si aquellos hombres vieran por primera vez las llamas que amenazaban con rodearlos. A pesar de que aún los árboles estaban frescos tras el invierno, su hechizo generaba tal cantidad de calor que habían prendido de inmediato. Los soldados, ahora que tenían un objetivo, se

reorganizaron para intentar aplacar el infierno en el que amenazaba con convertirse aquel lugar. Árgoht pudo observar en ellos los estandartes y emblemas de ambos ejércitos, quindu y clemhita. Así pues, ninguno de los dos bandos quiso abandonar del todo el lugar. ¿Y los mandatarios y consejeros? ¿Y Marsila?

Un gemido a su espalda le sacó de sus cavilaciones. Kleinan se agitaba, sentado sobre la hierba del claro. Árgoht se acercó a él y le tendió la mano para ayudarlo a levantarse. A pesar de ser el segundo hijo de Marsila, ya era todo un hombrecito.

—¿Estás bien?

El niño tomó la mano del hechicero rascándose la mejilla, que se le había puesto colorada. A sus pies, el amasijo de telas que le había arrancado a la anciana que había acudido por sorpresa a la ayuda de Margahelar, reposaba como un animal muerto. ¿Quién era aquella mujer? Se iba a dar la vuelta para preguntárselo a Luthar, cuando algo entre los harapos le llamó la atención. En un punto, la tela no reposaba de forma natural, sino que parecía apoyada en algo. Podría haber sido una simple piedra, pero la curiosidad del hechicero le hizo notar algo peculiar. Al tirar de la tela, quedó a la vista un pequeño petate también de tela, gastada y corroída, rota por varios sitios. Solo contenía un objeto esférico en su interior. Árgoht retiró la tela y quedó fascinado con lo que apareció ante sus ojos: era una perfecta bola de cristal, negra como la noche más oscura y de color mate, sin los reflejos propios del vidrio. Había oído hablar de ellas, pero nunca había tenido una delante, y mucho menos entre sus manos. Por un momento, se quedó simplemente allí, mirándola maravillado, perdida la noción del tiempo y el espacio.

En ese estado, no pudo ver cómo varios guardias de Clemthan llegaban corriendo a socorrer a su infante ni escuchar la conversación entre Kleria y Nerak, que había continuado en su ausencia.

—¿Dónde está el libro? —preguntó Kleria muy seria.

Nerak cambió la expresión de su rostro. Toda duda o desesperación se borró de él, siendo sustituida por la determinación más absoluta.

—No te lo diré, perra, es mío —se puso en pie con dificultad. Kleria le lanzó un puñetazo y le hizo caer de nuevo al tiempo que uno de los pocos dientes que le quedaban se desprendía de su encía y caía a la hierba. La larga barba le cubrió el rostro por un momento y, cuando volvió a caer sobre su pecho, el nigromante escupió un esputo de sangre con expresión de sorpresa. No comprendía del todo aquella debilidad que lo embargaba.

—Tu maestro le robó ese objeto sagrado a mi pueblo y tú has asesinado a mi compañera y amiga. Te voy a matar, pero antes me vas a decir dónde encontrar el Libro de los Nombres.

—Antes moriré que decirte nada. No sé de dónde sacó el libro mi maestro, pero ahora es mío y ningún derecho tienes para reclamarlo.

De pronto, se abalanzó sobre ella con un horrible grito y las manos crispadas en dirección a su cuello. Por un instante, pareció el Luthar que hasta unas horas fuera el

más fiero defensor del Consejo de Quindarst y su voz más vehemente. Kleria, sorprendida por la agilidad del ahora anciano, no reaccionó a tiempo. Las manos de Nerak aferraron la garganta de la zághera con fuerza. Esta se resistió y se revolvió, haciendo tropezar a ambos y rodar por el suelo.

Kleria estaba tan desprevenida que no fue capaz de alzar su arma para defenderse. Sintió cómo las manos del nigromante se cerraban en torno a su cuello y apretaban con fuerza, mientras su cuerpo la presionaba contra el suelo pues, aunque la senectud repentina había reducido tanto su peso como su tamaño, seguía siendo más grande y pesado que ella.

De pronto, sintió que la presión se reducía y el aire comenzó a entrar de nuevo en sus pulmones. El rostro de Nerak, frente al suyo y crispado por la rabia, quedó demudado en una expresión extraña y un reguero de sangre surgió de entre sus labios. La guerrera alzó la cabeza por encima del hombro del viejo y vio un bulto asomar por su espalda, desgarrando la ahora sucia túnica gris de consejero. Su espada le había atravesado el abdomen en el momento del choque sin que ella se diera cuenta.

Al final, él mismo había abrazado la muerte que tanto tiempo llevaba esquivando. Con un último suspiro, el rostro de Nerak se relajó y murió. Kleria sintió asco de pronto de tener aquel hombre encima y retiró su cuerpo de un empujón. Se sentía frustrada y denigrada. Aquella no era la muerte que ella tenía preparada para el Despreciable, no era la manera que durante tantos días llevaba rumiando en su cerebro, planeando una y otra vez mil métodos de torturar a aquel hombre por su traición.

Ahora estaba muerto a sus pies y había sido su espada la encargada de quitarle la vida. Aunque no de la forma que ella habría querido, había conseguido poner fin a aquel escarnio y lavar el honor de su pueblo. Pero a pesar de ello, seguía sin saber dónde se encontraba la Maldición de Hilena.

Tendría que regresar a su tierra sin haber cumplido su palabra.



Así que aquello era una Bola de Cristal. Había leído libros y visto ilustraciones, pero nunca había tenido una tan cerca. Era hermosa y parecía vibrar con su propia energía. Aunque su color era mate, sin brillos ni reflejos, cuanto más la miraba, más matices encontraba en ella, más sutilezas y variaciones. Envuelta en trapos y tirada de cualquier manera parecía tan poderosa como si estuviera en un pedestal, limpia y perfectamente expuesta. Allí, agachado, la tenía al alcance, pero algo le impedía tocarla, un temor visceral y profundo.

La voz de Kleria llamándolo lo sacó de su ensoñación. Había llegado a su lado, pero él no se había dado cuenta.

—¡Árgoht! Llevo rato llamándote.

El meledino cubrió de nuevo la bola con los harapos y la recogió del suelo.

—¿Qué es? —preguntó Kleria.

—Es una Bola de Cristal, un objeto muy poderoso.

—¿De quién es?

—Creo que el crio clemhita se la arrebató a la anciana que huyó con el espíritu.

—¿Para qué sirve?

—Aún no lo sé, pero empiezo a sospechar el uso que le podemos dar.

—Estupendo. Nerak ha muerto.

Árgoht miró hacia el lugar en el que el cuerpo del nigromante reposaba sobre la hierba y se acercó a él para observarlo de cerca.

—¿Qué ha pasado?

—Casi se ha suicidado. Se ha lanzado contra mi arma. No pude evitarlo.

Árgoht la miró.

—¿Lo habrías hecho?

—Sí, pues no deseaba esa muerte para él. Le tenía guardada una peor. Ha salido

ganando así.

El hechicero se estremeció, pues la persona que tenía delante no era la mujer con la que había reposado unas horas antes, sino la zághera, la guerrera que lleva la sed de sangre en el corazón. Su mirada era dura y fría como el hielo.

—Tenía esperanzas de que él nos dijera cómo usar la Bola.

Kleria se limitó a encogerse de hombros.

—¿Quién era esa mujer? ¿De dónde salió?

—Debía estar ahí en todo momento. De alguna forma estaba aliada con Margahelar.

—Creía que era aliado del nigromante. Al fin y al cabo son ellos los que tienen poder para invocar a los espíritus y comunicarse con ellos.

—Así es, ella debía tener otra forma de...

Entonces Árgoht lo entendió todo. Con un gesto brusco sacó la Bola y la sostuvo en alto descubriendo su parte superior.

—¿La Bola? —preguntó Kleria.

—Es lógico. Aunque fuera una bruja de verdad, no tendría poder suficiente para realizar una invocación de esa magnitud. Ella tenía que usar un instrumento, y no creo que disponga de otro más poderoso que este.

—¿Encontrarás a Loena con ella?

—No lo sé, nunca he usado ninguna, pero es la única esperanza que tenemos de encontrarla antes de que el espíritu se reencarne.

—A la muchacha no se le nota aún el embarazo, así que tendrá que esperar al menos ocho meses. No me la puedo imaginar tanto tiempo encerrada en manos de esos dos. Intentémoslo.

—Yo lo haré, pero tú no vienes conmigo —Árgoht se puso muy serio.

Kleria lo miró a los ojos dispuesta a protestar, pero el meledino la interrumpió.

—No sé lo que me voy a encontrar ni a dónde me llevará este artefacto, si es que me lleva a alguna parte. Además, te necesito aquí para ayudar a arreglar este desaguisado y atender a Ondriva.

Kleria bajó la mirada.

—Ha muerto.

—Lo siento, entonces más razón para que te quedes. Atiende su cuerpo. No dejes que nadie lo toque. Esta batalla no se ganará solo con espadas y tu brazo no quebrará el escudo con el que me voy a enfrentar.

Kleria dudó, pero acabó por aceptar los argumentos del hechicero.

—De acuerdo —dijo Kleria bajando la cabeza. Cuando la alzó para mirar al meledino, algo en su mirada lo desarmó por completo—. Ten cuidado.

Kleria acarició fugazmente su mejilla con la mano y se dirigió, sosteniéndose el brazo herido y sin decir nada más, al lugar en el que reposaba el cuerpo de su compañera. Árgoht se quedó allí plantado unos instantes más resistiendo la tentación de darse la vuelta, aferrar a Kleria entre sus brazos y no soltarla jamás. En cambio,

miró al frente, al lugar por el que había desaparecido Margahelar llevándose consigo a Loena. Trató de recomponer la situación para encontrarle sentido al bullicio de ideas de comenzaba a formarse dentro de su cabeza. Estaba cansado y empezaba a sentir la necesidad de tenderse y conectar con la Madre, pero sabía que aquello aún no había terminado. El ajetreo a su alrededor aumentaba a medida que el incendio se descontrolaba, pero él intentó serenarse y concentrarse. El humo amenazaba con invadir el claro y podía escuchar el crepitar del fuego a su alrededor.

Por lo que él sabía, Nerak había establecido algún tipo de pacto con el espíritu Margahelar a cambio de conseguir juventud y poder, pero aquel había introducido más peones a sus espaldas, como aquella anciana que había aparecido de pronto llevando la bola de cristal. Nerak era un nigromante, capaz de invocar a los espíritus y comunicarse con ellos, pero ¿y ella? ¿Tenía las mismas habilidades que él? Árgoht lo dudaba. Tenía que tener otra forma de contactar, y la Bola debía ser su mecanismo.

Se apartó un poco de todos, de forma que no pudiera ser interrumpido al tiempo que se alejaba de las llamas. Buscó el lugar por el que el espíritu había desaparecido y sintió el rastro mágico que había dejado en este lado. Se puso de rodillas con la Bola en el suelo. No podía dejar de mirarla. Con infinito cuidado, acercó una mano a su superficie. Incluso antes de tocarla, pudo sentir la vibración del aire a su alrededor, la energía que fluía del cristal a su piel erizando el vello de sus brazos. Árgoht paladeó la sensación y acercó la otra mano. Por fin, las apoyó sobre la superficie.

De pronto, el mundo cambió a su alrededor. Al principio, su mirada se llenó de colores difusos, mezclados e incoherentes, como si se desplazara a una velocidad inconcebible. Se sintió abrumado, como si su cuerpo estuviera sufriendo una caída sin fin. Trató de centrarse y, a medida que iba tomando el control, notó como los colores y las formas se iban enfocando, aunque seguían sin una forma concreta. Se concentró con todas sus fuerzas en aquello que había ido a buscar. Cerró los ojos y la oscuridad se abatió sobre él. En ese estado parecía estar quieto, pues no sentía el aire ni la velocidad, lo que le hizo entender que ese falso movimiento estaba dentro de su mente. Se centró en una sola palabra: Margahelar. ¡Margahelar!

Cuando abrió los ojos, se encontró en un lugar oscuro, como si fuera noche cerrada, aunque podía distinguir formas y colores. Se encontraba en un desierto, muy parecido a aquel en el que pasara tanto tiempo entre los hechiceros perdidos. A sus pies tenía la misma arena gris y, aunque no se entretuvo en analizarla, supo que estaría fría y que no era arena sino ceniza. El terreno se ondulaba en pequeñas dunas y a una centena de metros en línea recta, un promontorio rocoso alzaba sus picos abruptos hacia el cielo, cubierto de densas nubes que no dejaban traspasar ningún tipo de luz. ¿Creaba su propio cerebro esa imagen, tan similar a aquella otra? Al pie de la roca pudo distinguir dos figuras humanas. Una de ellas estaba tendida en el suelo, pero no pudo distinguir si viva o muerta. La segunda estaba en pie y agachada sobre el cuerpo de la

otra.

Árgoht sintió una punzada de temor. La figura tendida debía ser Loena. Sin pensarlo, desenvainó a Êralin y se echó a correr en aquella dirección. A medida que se acercaba, podía observar más detalles de lo que sucedía. En efecto, en el suelo se encontraba el cuerpo desmadejado de la reina, con la cabellera rojiza sucia de ceniza y el rostro contraído en una extraña mueca. Un hombre la miraba con una sonrisa maléfica en el rostro, se arrodillaba junto a ella y extendía sus manos hasta tocar sus sienes. Era un hombre alto, de piel morena y una melena negra como el carbón que llegaba por debajo de sus hombros. Vestía una armadura también negra, pero no podía distinguir sus detalles. De algún modo, supo que aquel hombre era Margahelar y que, ahora que estaban en su territorio, había adoptado su verdadera forma. Comenzó a subvocalizar un hechizo que lo separara de la joven, pero un fuerte impacto en el costado le hizo perder las palabras y rodar sobre las cenizas. No había estado preparado para ese impacto y el aire se escapó de sus pulmones, por lo que necesitó unos instantes para recuperarlo. Se puso en pie de un salto y se encontró de frente con una mujer que le miraba mientras reía de satisfacción. Era una joven rubia y con la piel muy clara. Estaba completamente desnuda y un vapor azulado brotaba de su mano derecha.

—Hacía siglos que no experimentaba esta sensación —dijo mirándose la mano—. Desde que te vi en la Bola estoy deseando que llegue este momento. Me llamo Krega, y mi magia es más poderosa que nunca. Espero que no seas vergonzoso, pero aquellas prendas roídas no me quedaban muy bien.

La mujer comenzó a reír de nuevo y Árgoht entendió. Era la anciana. Margahelar le había dado el mismo pago que a Nerak.

«Así fue que ella la que invadió mis sueños en Narmanthia», pensó Árgoht, molesto al recordar aquella intrusión. Eso explicaba cómo había podido Nerak localizarlo tan lejos y enviar a sus hombres contra él.

—Te noto sorprendido, hechicero, pero creo que no es para tanto. El Soplo, como lo llama el espíritu, es algo fabuloso. Deberías probarlo.

—No, gracias. No eres una hechicera, te habría detectado...

—¿Hechicera? Por desgracia, no. Mi aprendizaje de la magia ha sido más... confuso. He necesitado mucho tiempo para aprender de los libros lo que a ti te enseñan solo con echarte a dormir. No es justo. Yo ansiaba ese poder.

—Sabes que no estás a mi altura —le replicó Árgoht—. Solo eres una bruja, no tienes poder para enfrentarte a mí.

Aquellas palabras enfadaron mucho a la mujer. Con un grito, desapareció de su vista. De ella solo quedaron las huellas de los pies grabados en las cenizas. Supo lo que iba a ocurrir un instante antes de que sucediera, cuando un nuevo impacto le hacía caer.

La mujer había aparecido a su lado y le había golpeado con aquel puño vaporoso. No sabía lo peligrosa que podía llegar a ser, así que decidió esperar un poco. Sin

embargo, una rápida mirada de reojo le hizo darse cuenta de que no tenía tiempo que perder. Margahelar seguía arrodillado junto a Loena con las manos en su cabeza. ¿Le engañaban sus ojos o el vientre de la reina se había abultado?

De pronto sintió que su cuerpo se hundía. La bruja había convertido la ceniza de su alrededor en un líquido oscuro en el que se sumergió rápidamente. No encontró asidero, así que se dejó llevar. Entre aquel líquido no había sonido alguno y obtendría su ventaja. Contuvo la respiración y se aisló de su alrededor. Krega había cometido un error: le había dado tiempo para pensar y concentrarse. El líquido a su alrededor comenzó a hacerse más denso, pues la bruja trataba de convertirlo de nuevo en ceniza. El meledino, que se esperaba aquel paso, relajó su cuerpo y se dejó envolver. En su mente comenzó a recitar unas palabras y sintió como aquella falsa arena se agitaba a su alrededor. Primero muy despacio y cada vez más rápido en torno a sus brazos. Dos remolinos de aire surgieron de sus manos, alejando la ceniza de su cuerpo. A medida que se iba creando espacio y ganaba libertad de movimiento, fue agitando sus brazos a su alrededor, creando un claro en las cenizas. Solo se había hundido unos metros, por lo que la masa gris que caía sobre él llenando el espacio que se quedaba vacío pronto quedó también desplazada.

Por fin, se vio libre de todo peso sobre su cabeza y el aire entró de nuevo en sus pulmones. Detuvo el hechizo y dejó que la ceniza se aposentara antes de abrir los ojos, que se vieron extremadamente blancos entre su piel sucia. Se encontraba en medio de una especie de cráter creado al desplazar la materia de su alrededor. Ascendió por uno de los laterales mientras preparaba un nuevo hechizo. Tenía que acabar con aquello rápidamente. Sabía que el sortilegio que tenía en mente consumiría mucha energía, pero no podía prolongar aquella contienda estúpida con la bruja por más tiempo.

Cuando llegó a la cima de la duna que él mismo había creado, vio más abajo a Krega, limpiándose los ojos, pues se había visto envuelta entre los remolinos. Era el momento de sorprenderla con la guardia baja. Recordó un hechizo aprendido entre cenizas similares a aquellas de boca de Oxios, uno de los perdidos.

—*Tencar-lo-manxas* —dijo en voz baja al tiempo que alzaba las manos contra la mujer.

La ceniza de su alrededor se puso de nuevo en movimiento, agitada por un viento más fuerte a cada instante que pasaba. Una inmensa masa de aire se desplazaba en dirección a la bruja arrastrando con ella polvo y piedras del entorno. Cuando impactó contra su cuerpo ya era un vendaval. Sin embargo, la mujer había tenido tiempo de pronunciar un hechizo de forma que un pequeño escudo de luz apareció ante sus manos levantadas. Era tan alto como ella y brillaba entre aquella negrura como una antorcha en un pozo. El rostro de la bruja se contraía, por lo que Árgoht supo que no tardaría en ceder. Era una mujer ambiciosa que había aprendido algunos trucos y que conseguía dominar la Bola con su voluntad, pero su poder era muy limitado.

Con un chispazo, el escudo de energía cedió y Krega se vio envuelta en el

vendaval. La ceniza y las piedras comenzaron a impactar contra su cuerpo con una velocidad y una fuerza inauditas. Alzó las manos para cubrirse el rostro, pero de nada sirvió. A medida que recibía más y más impactos, pedazos de piel se desprendían de su cuerpo, primero de las manos, después de sus brazos y poco a poco de todo el cuerpo. Tras la piel, comenzaron a desgarrarse los músculos. Goterones de sangre se mezclaban con la ceniza y volaban alrededor de ella. Sus gritos llegaron hasta Árgoht a pesar del estruendo del aire en movimiento.

El meledino sintió la tentación de mantener el hechizo hasta el final, acabar con la vida de aquella mujer maldita. Casi *sintió* la necesidad de hacerlo, pero deshizo el hechizo y una nube gris los cubrió a los dos. Krega cayó al suelo, inconsciente pero viva. Su cuerpo estaba deshilachado por completo y se podían apreciar fragmentos de hueso en algunos puntos. A pesar de que Árgoht había querido ser clemente, quizás habría sido más piadoso matarla. Si despertaba, los dolores serían terribles.

Pero el hechicero no podía entretenerse en eso ahora. Encontró su espada semienterrada, la recuperó y se dirigió de nuevo hacia la roca a cuyo pie estaban Margahelar y Loena para descubrir que sus ojos no lo habían engañado: el vientre de la joven se abultaba a cada instante que pasaba. Árgoht entendió de pronto lo que ocurría. El espíritu tenía el poder de dar juventud, pero también de quitarla. Estaba envejeciendo a Loena de forma que el niño que se gestaba en su interior creciera rápidamente. No quería esperar nueve meses a que el desarrollo del feto se completara. Árgoht se preguntó qué consecuencias podía tener aquello para la madre y apretó el paso.

—¡Margahelar! —gritó enfurecido.

El hombre giró la cabeza muy despacio, como si supiera que estaba allí y solo fuera un invitado molesto al que hay que atender por obligación. Aún así, no separó las manos de la cabeza de Loena. Árgoht pronunció unas palabras, y un rayo de energía surgió de sus dedos para impactar contra el hombre. Aunque ese hechizo habría derribado a cualquiera, aquel ser apenas se inmutó, aunque fue lo suficiente para llamar su atención. Se separó de Loena y se puso en pie mirándolo con furia.

Árgoht llegó hasta su oponente y se detuvo a unos metros de distancia. Se dio cuenta entonces de que aquel individuo era mucho más corpulento que él e iba ataviado con una pesada armadura negra. En el pecho lucía un blasón formado por una cabeza de lobo y una corona de espinas.

—Por fin podemos luchar en igualdad, hechicero.

—Mi nombre es Árgoht, criatura, y te recomiendo mostrar un poco de respeto por aquel que te va a dar muerte.

—Creía que los magos eran más listos. Yo ya estoy muerto, aunque será por poco tiempo. Voy a regresar a la vida con un poder como no se ha visto jamás sobre Thera. Y tú no podrás impedírmelo. Regresaré como soberano de todos, y ni siquiera los Tres Grandes podrán detenerme.

—Te estás anticipando mucho.

Árgoht no sabía si las leyes físicas tendrían sentido allí, pero en cualquier caso él estaba menos protegido con su peto de cuero que su rival. En el momento en que lo pensó, sintió una perturbación a su alrededor. Se miró los brazos y los encontró cubiertos por unos guanteletes de color violeta muy oscuro, casi negro. En su pecho había aparecido un peto metálico del mismo color con un blasón de líneas doradas en el que se podía ver una espada con la punta hacia abajo rodeada por tres símbolos en forma de corona. Árgoht los distinguió de inmediato, pues eran los mismos que figuraban en la marca de su cuello, el símbolo de su poder: las representaciones del fuego, el aire y el agua. Todo su cuerpo a excepción de la cabeza había quedado protegido por una impresionante armadura, aunque no sentía peso alguno sobre sus hombros.

—¡Vaya! ¡Has aprendido rápido! —Margahelar soltó una carcajada—. ¿Te gusta la mía? Es una representación de la que llevé durante años mientras fui rey de Pontre. Es un pequeño reino muy al este y al norte. El trono era mío por derecho, pero fui traicionado y asesinado. Decían que era demasiado... cruel.

Una sonrisa volvió a surcar aquel rostro de rasgos duros. Era el aspecto de un fanático.

—Pero pagarán por su crimen, aunque haga siglos que ocurrió. Allí comenzará mi venganza. Es una pena que Nerak no vaya a poder verlo.

—Tienes una forma muy curiosa de pagar tus deudas.

—Ese inepto no fue capaz de cumplir su parte, así que no tenía deuda alguna con él. He esperado cincuenta años, ayudándole a adquirir conocimientos que él por sí mismo jamás hubiera soñado lograr. Era débil, no como Krega. Tardé en dar con ella, pero también cumplió su papel. Te detectó a tiempo, aunque veo que eres duro de roer. A pesar de todos nuestros esfuerzos, has llegado hasta aquí.

—El Destino es una fuerza poderosa, espíritu. Krega me habrá visto en su Bola, pero debería haber sido capaz de entender que son muy pocos los que tienen poder para cambiar una visión. Ella, desde luego, no, y Nerak tampoco. Ahora entiendo que habría llegado hasta aquí tarde o temprano.

Árgoht supo en ese momento que estaba a punto de vivir una Clave. Aquel momento de su Destino que podía marcar un cambio de rumbo, una inflexión. El resultado del enfrentamiento que tendría lugar a continuación podía decantar su camino y ponerlo en la dirección correcta o, por el contrario, desviarlo para siempre. El hecho de haber topado con una nueva Clave era la confirmación de que las decisiones tomadas anteriormente habían sido las correctas. Llevaba cinco años sin vivir una, y había empezado a sospechar que el rumbo que había tomado su destino tras los acontecimientos vividos en Ereth podía no haber sido el correcto. Ahora sabía que estaba en la senda adecuada.

—Pues aquí estás, hechicero —Margahelar alzó su brazo derecho y comenzó a desenvainar una inmensa espada de doble hoja que salió de su funda con un tenue chillido del metal—, pero no habrá más camino para ti. Tus pasos se detendrán aquí,

justo debajo de mí. El niño está a punto de nacer y volveré a la vida más poderoso que nunca... —una nueva carcajada surgió de su garganta—. Ese infeliz de Vâhlere nunca supo que era yo quien follaba con la princesita. Era tan maleable. La posesión, algo habitualmente divertido, era tan fácil con él que acabé aburriéndome. A Nerak lo venció su propia ambición. Conseguir el bebé de una plebeya habría sido más fácil, pero sus delirios de grandeza le obligaban a estar cerca de la nobleza. Quería ser rey por la vía rápida.

Y sin más palabras, se lanzó al ataque con un grito feroz. Árgoht alzó su arma y se defendió de la estocada, desviando el golpe hacia la derecha. Margahelar se rehízo con un ágil movimiento y en un abrir y cerrar de ojos estaba de nuevo en guardia. Árgoht trató de recordar todas y cada una de las lecciones que había aprendido con Kleria durante el viaje, pues el espíritu era mucho más diestro que él en el arte de la espada. Recordó que no debía detenerse, que tenía que permanecer en continuo movimiento. Margahelar era mucho más grande, así que quizás pudiera extraer algo de ventaja si lograba desplazarse más rápido.

Si había tenido alguna duda sobre las leyes físicas, se disipó en el momento en que esquivó un nuevo ataque de su contrincante. El metal vibró con el impacto haciendo temblar sus muñecas. Aquello era real, y un tajo desafortunado acabaría con su vida.

Árgoht era un hombre de honor, pero no estaba seguro de poder vencer solo con su habilidad como espadachín.

—Ya estás tardando en usar tu magia, brujo —le dijo el espíritu como si leyera sus pensamientos—. Estoy seguro de que te deshonrarás empleando tus artimañas. Este lugar es vasto y hay muchas personas aquí. He aprendido mucho sobre vosotros.

—Hablas mucho y te mueves poco —le replicó Árgoht mientras hacía una finta hacia la derecha y golpeaba en la izquierda. Margahelar no se la tragó y detuvo bien el golpe, pero cuando quiso contraatacar, Árgoht ya se había retirado de su línea de contacto.

El hechicero volvió al ataque sin dejar de mirar a los ojos a su rival, tal y cómo le habían enseñado las zâgheras, y se enzarzaron en un ir y venir de golpes precisos. Uno de ellos consiguió impactar en su pecho y, aunque no fue un golpe claro, la punta de la espada resbaló sobre la superficie violeta hasta llegar a la parte inferior de sus costillas, donde dejó un profundo corte.

Árgoht trastabilló y cayó hacia atrás por una duna de ceniza. Cuando quiso ponerse en pie, un dolor sordo le subió desde la zona de la herida y vio que sangraba abundantemente. Con un esfuerzo de voluntad se puso en pie y comenzó a subir de nuevo. Cuando llegó arriba, Margahelar ya había vuelto sobre Loena. La reina se agitaba, como si algo perturbara su inconsciencia. El espíritu tenía las manos sobre su vientre. La reina abrió los ojos de pronto y lanzó un grito. Margahelar miró a Árgoht con una sonrisa socarrona.

—Vas a ser testigo de algo único, hechicero. Vas a presenciar el renacimiento de

un dios, el hombre que va a gobernar toda Thera solo con su poder. Si te arrodillas ante mí tal vez te deje vivir y te convierta en mi asistente personal.

Margahelar lanzó una risotada y, de pronto, su cuerpo se disolvió hasta convertirse en la nube incorpórea que fuera en el mundo de los vivos. Como si una tenue brisa lo agitara, se desplazó hasta introducirse por la garganta de Loena, que miraba con los ojos desorbitados sin saber dónde estaba ni qué estaba ocurriendo.

Árgoht trató de concentrarse, pero el dolor le impedía cualquier pensamiento coherente. Aún así, trató de llegar hasta Loena. Tenía que intentar algo.

Cuando estaba a escasos metros, de nuevo se sintió impelido hacia atrás. Algo se había colgado de su cuello y tiraba con fuerza.

—¡Noooo, maldito!

Krega apretó sus brazos contra su cuello al tiempo que se aferraba con unas piernas casi esqueléticas a sus caderas. Árgoht intentó sacudírsela, pero estaba agarrada como una sanguijuela. Loena comenzó a gritar y se aferró el vientre que empezaba a convulsionar. Estaba a punto de dar a luz.

El meledino siguió forcejeando con la bruja, pero sentía que cada vez tenía menos aire en los pulmones. La mujer aferraba con fuerza su garganta, a pesar del lamentable estado en el que se encontraba. Cada vez que él tiraba de sus brazos intentando soltarse, pedazos de piel y músculo quedaban prendidos a sus dedos. La mujer intentó morderle el cuello y solo el collarín de la armadura se lo impidió al tiempo que le hacía saltar algunos dientes.

Entonces Árgoht recordó la extraña naturaleza de aquel lugar y aquella armadura. Puso la palma hacia arriba y pensó en una daga. La visualizó con todos los detalles posibles y, un instante después, allí estaba. Tenía la hoja tan negra como la armadura de Margahelar y tenía aspecto mate, como la bola de cristal. «Muy apropiado», pensó mientras lanzaba un golpe hacia atrás con la punta de la daga. La hoja se enterró con un impacto seco entre los ojos de la bruja. Su cuerpo muerto se soltó de Árgoht y cayó a la ceniza. El meledino ni siquiera miró hacia atrás. Se dejó caer de rodillas debido a la falta de aire y al dolor del costado. Se llevó la mano al lugar y vio que sangraba más de lo conveniente.

Un nuevo grito de Loena. Entre sus piernas, una gran mancha empapaba la ceniza, volviéndola aún más oscura de lo que era. El niño estaba a punto de nacer y Árgoht fue plenamente consciente de que no podía hacer nada por impedirlo. Loena lo miraba, pidiéndole con los ojos que hiciera algo, pero no podía más. Sus rodillas se habían clavado allí e incluso Êralin, a sus pies, parecía agotada.

Con un último grito de Loena, Margahelar volvió a la vida. Un bebé enorme había surgido de la reina, empapado en sangre. Árgoht notó que no tenía la forma correcta, con un cráneo más grande de lo debido y unas piernas asombrosamente largas. Era un engendro. Loena lo vio y perdió el sentido justo a tiempo para no ver cómo la criatura alzaba la cabeza y gritaba, enseñando dos hileras de dientes puntiagudos. Árgoht se sobrecogió. El grotesco bebé se puso en pie y se acercó a su

madre dándole la espalda al hechicero, como si no existiera. Su boca se abrió de nuevo.

«Necesita alimentarse», pensó el hechicero horrorizado, «y va a usar lo único que tiene a mano». En ese momento volvió a fijar la mirada en el cadáver de Krega. De su frente sobresalía la daga que había acabado con su vida. De pronto, la voz de Ondriva llenó su cerebro.

«No puedes lanzar con la mano, sino con el corazón. No deben ser tus ojos los que guíen el filo, sino tus entrañas».

Árgoht se estiró y cogió la daga, que salió del cráneo de la bruja como si fuera manteca caliente. La giró en el aire, pues no quería usar la mano izquierda, que usaba para contener la hemorragia todo lo que pudiera, y la aferró por la punta.

Cerró los ojos, respiró hondo y borró de su cerebro cualquier otro pensamiento que no fuera la sensación del peso de la daga, del tacto entre sus dedos enguantados. Borró de su mente el dolor, la furia, el miedo... Hasta que pudo sentir que nada lo perturbaba. Hasta los sonidos habían desaparecido a su alrededor. Por fin, abrió los ojos, y lanzó.

Margahelar se irguió ligeramente y abrió mucho la boca, como si quisiera arrancarle la cabeza a Loena de un bocado. Árgoht sintió como si el tiempo fuera más despacio que nunca y que la daga volaba atravesando melaza en vez de aire.

Por fin, la hoja llegó a su destino y se clavó en la nuca de Margahelar. El bebé-criatura lanzó un grito feroz y se separó del cuerpo de Loena al tiempo que intentaba extraer el arma de su cuello. Pero sus brazos no eran tan largos como sus piernas y mantenían la proporción propia de un recién nacido, por lo que no la alcanzaba. La hoja se había clavado bien y, cuando la criatura se giró en uno de sus movimientos desesperados, Árgoht pudo ver que asomaba por debajo de la nuez.

Tras unos momentos angustiosos, Margahelar cayó al suelo, boqueando e incapaz de recibir aire en sus pulmones. Al final, lograr su objetivo era lo que le había costado la vida.

Por fin, se quedó inmóvil.

Árgoht consiguió ponerse en pie a duras penas apoyándose en Êralin y se acercó a Loena lo más aprisa que pudo. Al pasar junto al cuerpo de Margahelar se entretuvo un instante en rematarlo. Con un golpe de su espada, atravesó su cráneo y esparció sus sesos por las cenizas al tiempo que pensaba en lo paradójico que resultaba el que, mientras era un ente sin cuerpo, no podía dañarlo. Al igual que le ocurrió a Nerak, la máxima ambición de Margahelar había sido lo que lo había matado.

Loena respiraba, aunque con alguna dificultad. El meledino se arrodilló junto a ella y le pasó un brazo bajo el cuello para alzarle la cabeza un poco.

—Loena —la llamó. La joven se agitó al escuchar su nombre, pero no despertó.

Era hora de volver, pero Árgoht se dio cuenta de que la Bola se había quedado en

el otro lado. Recordando la forma en que había llegado, se limitó a cerrar los ojos y pensar en el Cuerno de Gan sin soltar a Loena.

El mundo se volvió difuso de nuevo a su alrededor, pero esta vez se lo esperaba y supo que había hecho lo correcto. Unos instantes después, se encontraba en el claro junto a la Bola de Cristal que les había servido de puerta al mundo de los muertos. Loena se agitaba entre sus brazos.

Un soldado fue el primero en verlos.

—¡Aquí! —desde que se acercó un poco pudo ver el lamentable estado en el que se encontraban—. ¡Qué alguien llame al maestro Kodiran!

Aquellas palabras fue lo último que Árgoht pudo escuchar antes de perder, una vez más en aquella aventura, el conocimiento.



Sigo sin estar convencido, mi señora.

Loena miró a Arguedes, su asistente, con una mezcla de cariño y nostalgia, como si llevara años sin ver aquel rostro adusto y arrugado que durante tanto tiempo había acompañado los destinos de la familia Taren. Un dolor en el bajo vientre le recordó que tal vez el viejo tuviera razón y debería esperar aún unos días para terminar de recuperarse, pero sabía que si lo dilataba demasiado, Marsila tendría más tiempo para echarse atrás.

Le había costado una nueva charla, larga y tensa, con la reina de Clemthan, pues tal y como se desarrollaron los acontecimientos durante la primera ceremonia, de lo único que tenía ganas era de dar media vuelta y volver a su ciudad. Loena tuvo que convencerla de que la seguridad estaría garantizada, que nada de aquello sucedería de nuevo. Marsila quiso que la boda se celebrara en la ciudad, pero ella había insistido en que debía ser en el Cuerno de Gan, ahora más que nunca. Volver allí significaría demostrar a todos que podrían sobreponerse a las adversidades, a pesar de que para ella era muy doloroso recordar todo lo acontecido solo dos días atrás.

Si bien los recuerdos de lo que había sucedido después de que aquella vieja la envolviera en su asquerosa tela eran difusos y no conseguía una imagen clara de ellos, sabía que había tenido un aborto del bebé que esperaba de Vâhlere, lo cual le provocaba una mezcla inidentificable de pesar y alivio. Según le había dicho Árgoht, era mejor para ella no recordar, así que procuraba no esforzarse mucho en hacerlo. Lo más importante era que Marsila no había llegado a saber nada del niño.

Al acordarse del hechicero intentó encontrar sus ojos violeta entre la multitud, pero sabía que no lo encontraría allí. Levantó la mirada por encima de las copas calcinadas de los árboles y vio una humareda más al norte. Allí era donde él estaba.

El sonido de las trompetas la sacó de sus cavilaciones.

—¿Seguro que estáis bien? —volvió a preguntar Argueldes por enésima vez.

—Estoy bien, amigo, relájate.

—Es que pienso que necesitáis más reposo...

Pero Loena ya no escuchaba, sino que avanzaba a paso lento hacia el Cuerno de mano de su madre. *Lady Fasila* cojeaba ligeramente.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Mejor que tú, madre —Loena sonrió. En verdad, *Lady Fasila* estaba bastante dolorida. La estampida provocada por la aparición del espíritu la había tirado al suelo y solo la ayuda de Argueldes, que la protegió, evitó que muriera pisoteada, aunque no dejó de llevarse algunos buenos golpes. Como consecuencia, tenía el brazo izquierdo roto y un tobillo dolorido, aparte de muchos cardenales.

La avalancha de gente había sido lo más catastrófico, más aún que el incendio que había convertido el claro en un mar de cenizas que le resultaba vagamente familiar. El día anterior lo habían dedicado a enterrar a las cuarenta y tres personas que habían fallecido, entre soldados y asistentes. También habían caído Hambrik y Garles de Mir, por lo que el nuevo representante del Consejo era Ertundias Feger. Las sillas vacías de los ausentes estaban decoradas con centenares de flores como homenaje. Todas, excepto la de Luthar Then, que había sido puesta del revés, con las patas hacia el cielo, en señal de desprecio. La única buena noticia había sido la recuperación de Tremonëas, que se había restablecido de su enfermedad y había reclamado el puesto que ocupara temporalmente Vâhlere. Ahora observaba la ceremonia de mano de una joven y guapa asistente.

Pensar en Vâhlere era lo que más dolor le causaba. Su muerte había sido atroz. Su cuerpo había quedado reducido a una concha reseca y vacía de vida. El contacto con el espíritu Margahelar había sido fulminante. Cada vez que recordaba que se había enfrentado a todos en plena ceremonia... Había enloquecido de amor, y eso era algo que nadie jamás volvería a hacer por ella, ni siquiera el joven Kleinan de Clem que ahora le esperaba sonriente delante del maestro Kodiran, moviéndose de un lado para otro sin cesar, presa de los nervios. Le habían contado lo valiente que había sido y comenzaba a sentir un aprecio por él que nunca creyó posible. Era más joven que ella, pero sería un buen rey.

Por fin la comitiva llegó hasta el lugar indicado. *Lady Fasila* besó a su hija y la dejó sola ante su futuro marido. Loena miró a Marsila de Clem quien, con su aspecto serio y enjuto de siempre, le dirigió un gesto de asentimiento con la cabeza. Fue en ese momento cuando por fin supo que todo iba a salir bien, que aquello era lo correcto. Pensó en su padre y se lo imaginó feliz y sonriente. Se sentó en el sillón que le habían acondicionado dado su estado convaleciente, y empezó la ceremonia.

—Hoy es un gran día —comenzó el maestro—. Después de la tormenta viene la calma, según el dicho popular, y nunca será más cierto que hoy. En este día, entre las cenizas purificadoras del fuego, quindu y clemhitas se unirán en un único pueblo, hermanados para siempre en la bonanza y la desesperanza, en la paz y en el caos, en

la vida y en la muerte. Que el fuego que ha arrasado este emblemático lugar, y que servirá para hacer crecer nuevos brotes, renueve también la sangre que corre por nuestras venas. Que Gan sea testigo de nuestro llamamiento, que la vida se abra paso entre las sombras de la muerte, que la luz derrote por siempre a la oscuridad.

Loena siguió con atención toda la ceremonia, pues Kodiran continuó aún un rato más con su discurso. Sentía el cuerpo agotado, pero estaba feliz y se esforzó por ponerse en pie cuando, llegado el momento, el maestro dijo su nombre.

—Loena Taren, ¿es este hombre el que deseas como esposo, aquel que eliges para compartir tu felicidad y tu pena, durante el resto de tus días?

—Sí, lo es.

Kodiran repitió la pregunta para el joven Kleinan y se formó un nudo en su estómago, donde hasta dos días antes crecía un bebé, cuando escuchó su respuesta.

—Sí, lo es.

—En ese caso, a la sombra del Cuerno de Gan, yo os declaro marido y mujer.

Todos los asistentes estallaron en vítores cuando Kleinan tomó la mano de Loena y la besó en el canto. Al ser aún un niño, no estaba bien visto que la besara en los labios, así que aquella era la muestra de cariño más apropiada.

A continuación, se repitió la escena para Leicar y Theronar. La hermana de Loena no había sufrido daños durante el incidente, pero el clemhita se había roto un tobillo y se apoyaba sobre una muleta para no apoyar el pie herido.

Cuando por fin Kodiran dio por concluida la ceremonia, los aplausos se prolongaron durante muchos minutos en los que los recién casados aprovecharon para saludar a todos los presentes. Las madres de ambos se acercaron a saludar a sus nuevos hijos y se saludaron entre ellas.

—Este momento es histórico, y los bardos lo cantarán durante siglos —dijo Marsila sin perder su pose de superioridad.

—Los bardos cantarán mucho más que esto, Marsila. Nos quedan muchos hitos por llevar a cabo juntas.

Arguedes llegó para guiar a los recién casados hacia el carro, exquisitamente decorado con los colores de ambos reinos, que debía llevarlos algunos cientos de metros más al sur, donde se llevaría a cabo la celebración. La multitud se puso también en marcha, un caleidoscopio de colores en movimiento.

«Mi pueblo», pensó Loena con temor y regocijo. De nuevo, su mirada se perdió en el cielo y en la columna de humo que se alzaba más allá. Loena buscó en un bolsillo y sacó un pedazo de papel sucio y arrugado. Se lo había dado Árgoht la noche anterior y no había sido capaz de desprenderse de él. Le había dicho que lo había encontrado en el cubil del nigromante que se hacía llamar Nerak y que durante tanto tiempo había convivido con ella como Luthar Then. Decía lo siguiente:

En la comida de esta noche.

N.

—¿Repasando el discurso? —le preguntó Kleinan con una sonrisa.

—Sí —se apresuró a responder al tiempo que guardaba la nota. Era la prueba de que su padre fue asesinado y necesitaba conservarla hasta la primera reunión del Consejo que se celebraría al día siguiente. En esa reunión anunciaría también la inocencia de Yindala y la restitución de su honor, que había sido robado con una vil mentira. No podía saber si Vâhlere estaba implicado o no, pero se inclinaba a pensar que no habría sido capaz de algo así. Aunque no tenía pruebas que lo demostraran, dictaminaría que Nerak fue el responsable también de aquello. En su conciencia, limpiaría la memoria de su antiguo amante y trataría de recordar solo los buenos momentos pasados junto a él.

Un bache del camino le hizo regresar de sus pensamientos para centrar la mirada en el sendero que tenía por delante. Le esperaban unos días muy ajetreados.



Árgoht observaba a Kleria sin atreverse a decir una palabra. La tea que ardía en su mano parecía resistirse a prender la leña que debía purificar el alma y el cuerpo de su amiga Ondriva. Por fin, las llamas comenzaron a acariciar la pira y la zágghera se retiró para dejar al fuego cumplir con su cometido. Se situó junto a Árgoht en silencio. Al contrario que durante el funeral de Hertania, Kleria no consiguió evitar que las lágrimas mojaran sus mejillas. Cuando vio que el meledino la observaba, se explicó, aunque él no lo pretendía:

—Ha sido una muerte indigna, sin honor ni gloria. No es forma de morir. Ella no se merecía eso. Era buena persona y mejor guerrera. Ezäg la recibirá en los salones de su palacio con honores, pero ella lo habría querido de otra forma. Hertania murió peleando, como debe ser. Ondriva ha sido asesinada.

—Al menos has podido vengarla, y con ella has vengado también a mi madre. El círculo de mi viaje ha quedado cerrado.

—El mío no. No he conseguido lo que venía a buscar. La Maldición de Hilena sigue desaparecida. Supongo que ya no importa que te lo cuente, pues a partir de hoy dejo de buscarlo. Hilena fue nuestra primera reina, aquella que fundó nuestro pueblo y nuestras leyes. Estaba en contacto directo con los dioses que nos dieron nombre y ellos, como premio por sus gestas le hizo un regalo fabuloso pero mortal. Es un libro que contiene la fecha de la muerte de cada uno de los seres humanos sobre la faz de Thera. Es un objeto muy poderoso y, para que no fuera usado con fines malignos, los dioses depositaron sobre él una maldición: si una persona dedica demasiado de su tiempo a observarlo, quedará atrapado entre sus páginas. Nadie podrá conseguir que despierte de ese ensueño. Solo a las puertas de la muerte, cuando su cuerpo ajado esté a punto de rendirse, recuperará el sentido, pero solo para poder apreciar cómo ha perdido el tiempo y desperdiciado su vida antes de morir. Es una maldición muy

cruel.

Árgoht escuchaba sin interrumpirla, consciente de cuál habría podido ser su destino si no hubiera sido capaz de liberarse de aquella losa.

—Según las Crónicas, un día llegó a nuestra tierra un hombre muy poderoso que se hacía llamar Nerak. Fue haciéndose cada vez más popular, hasta que llegó a ser asistente personal de Hilena. Estuvo a su lado todo el tiempo que duró la Maldición. Cuando la reina murió, aprovechando la confusión, robó el libro y desapareció. Nadie hasta hoy ha sabido de su paradero. A partir de ese momento se estableció por ley que los hombres eran desterrados de Krahedia y el odio hacia ellos no hizo sino crecer con el paso del tiempo. El egoísmo y codicia de Nerak se les ha presupuesto a todos los varones.

Kleria calló, dando por concluida su historia y ambos se limitaron a ver crepitar el fuego mientras iba consumiendo los restos de Ondriva, ataviada con sus pertrechos de guerra y sus armas. La columna de humo se elevaba muchos metros sobre sus cabezas. Había elegido una colina al norte de la ciudad para evitar a los curiosos, aunque fue una precaución innecesaria, pues todos estaban presenciando la boda.

—¿Cómo va la herida? —preguntó Kleria de pronto.

—Se cierra rápido. Kodiran es un gran sanador. Yo podría preguntar lo mismo.

Kleria tenía el brazo izquierdo entablillado y sostenido por un pañuelo amarrado al cuello.

—Te respondería de igual forma.

El hechicero no habló más y la zághera comenzó a recitar las palabras rituales, sentándose en el suelo mientras el fuego seguía con su danza. Por fin, tras un largo rato, las llamas dieron paso a las cenizas y Kleria recogió los huesos que habían quedado de su amiga, igual que hiciera con Hertania.

Cuando Árgoht estuvo seguro de que el ritual había concluido, tomó a Kleria de la mano y tiró suavemente de ella.

—¿Qué haces?

—Quiero que veas algo.

Kleria no preguntó y siguió al hechicero. A través de la palma de su mano pudo sentir aquel fuego que ardía en su interior y que la atraía como una llama a una polilla. Se habría dejado llevar hasta el fin del mundo.

Pero Árgoht no fue tan lejos, sino que se dirigió a Quindarst. Entraron en la ciudad y callejearon un rato hasta que se detuvo frente a los restos de lo que debió ser un edificio bajo y achaparrado.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Kleria sin comprender.

—Ayúdame —se limitó a responder Árgoht.

El hechicero se adentró entre los escombros hasta llegar a la parte más alejada de la fachada. Sin una palabra, comenzó a retirar piedras y restos de madera. Kleria le ayudó hasta que dejaron al descubierto el suelo del edificio. Allí apareció una trampilla de madera. Árgoht tiró de la anilla y la abrió con un crujido.

—¿Te has buscado un picadero? —le preguntó la zághera con sorna.

Árgoht guio a Kleria en la oscuridad recorriendo el mismo camino que ya hiciera él anteriormente hasta llegar al que había sido el refugio de Nerak. Encendió las cuatro antorchas que permitían alumbrar la estancia y Kleria tuvo que reprimir un grito de entusiasmo, pues sus ojos se habían fijado ya en aquello que el meledino quería enseñarle. La guerrera se lanzó sobre el escritorio y puso sus manos sobre el Libro de los Nombres.

—¿Es lo que creo que es?

—Estoy convencido.

Kleria fue a abrir el libro.

—Yo no lo haría —dijo Árgoht—. La maldición es real.

—¿Cómo lo...? No me digas que tú...

Árgoht se limitó a asentir sin responder.

—¿Por eso desapareciste durante tanto tiempo?

—Sí. Ese libro es peligroso. Deberías destruirlo.

—¡No! Es mi salvoconducto para regresar a Krahedia. Lo necesito.

—La información contenida en él es muy peligrosa, Kleria. Ahora sé que Nerak la usó para saber la fecha de la muerte de Kreón y orquestar todo en torno a eso para llegar al trono. Mal usada, esa información otorga mucho poder.

—No voy a destruirlo, hechicero. Pertenece a mi pueblo y será en Krahedia donde se dicte su destino.

—En ese caso tendrás que ser fuerte, Kleria. Su llamada es poderosa. ¿Podrás hacerlo?

Kleria dudó unos instantes en los que fijó la vista en los lomos del volumen.

—Tú pudiste salir.

—Pero me costó un gran esfuerzo a pesar de mi poder. Tú no regresarías.

Kleria pareció querer replicarle, pero se lo pensó mejor.

—Haré lo que dices. Lo meteré en el petate y lo olvidaré.

Volvieron a salir a la luz del sol con el libro bajo el brazo y envuelto en telas.

Salieron juntos de Quindarst en dirección sur. *Karzan* y *Bonder* se habían hecho buenos amigos después de tanto tiempo viajando juntos y cabalgaban felices lanzándose bocados mutuamente.

Loena los había despedido con todos los honores posibles aunque en privado, si bien ella había querido celebrar una fastuosa fiesta en su honor. Ellos se negaron rotundamente, pero no pudieron rechazar la multitud de regalos que les hizo en agradecimiento a cuanto habían hecho por ella. Aceptaron los presentes, formados por varias armas exquisitamente decoradas y algunas piezas de armadura, junto con una gran cantidad de monedas de todos los colores. Árgoht alegó que viajarían sin carromato y no tendrían dónde llevar tal carga, y consiguieron dejar la mitad de las

cosas atrás.

Los reyes los acompañaron hasta la muralla, reacios a despedirse de ellos. Finalmente, las puertas de Quindarst fueron quedando atrás y cada vez más pequeñas. Pusieron rumbo a Deis.

—¿A dónde irás? —preguntó Kleria a Árgoht.

—De momento me limitaré a acompañarte.

Kleria sonrió y no añadió nada más. A partir de ese día, cada noche dormían juntos y hacían el amor con pasión, por fin rotas todas las cadenas que se lo habían impedido hasta ese momento.

Pasaron por Deis y por Kena siempre en dirección sureste. Como no tenían prisa, paraban a descansar siempre que les apetecía, por lo que tardaron casi una semana en llegar a Lúrmanis.

La primavera parecía haberse adueñado ya del ambiente y el lago Lúrman resplandecía como si estuviera decorado con guirnaldas de oro. Las nubes sobre las montañas habían dejado de ser negros precursores de tormentas para convertirse en enormes volutas blancas y brillantes de aspecto bucólico. Desde que entraron en la ciudad, ambos se dirigieron al hogar del maestro Voluthan.

Los ojos del Pastor se abrieron como platos al ver ante su puerta al hechicero.

—¡Que la Madre acoja mis restos! Esto sí que es una sorpresa.

Voluthan miraba a Árgoht sin poder creer la recuperación que había experimentado.

—Aún cojeo a veces —le explicaba el meledino—, pero la herida está curada.

—¿Cómo lo hiciste, muchacho?

Árgoht sacó entonces un pequeño frasco que contenía un poco del ungüento que las sanadoras zágheras le habían suministrado.

—No me digas que...

Árgoht sonreía mientras Voluthan cogía el frasco con exquisito cuidado, casi con devoción.

—Ese producto ha sido creado por las mejores sanadoras de Krahedia, así que espero que le deis buen uso. Lo único que os pediré es que nunca reveléis sus ingredientes a nadie.

—Lo juro —respondió apresuradamente Voluthan sin quitar ojo del recipiente.

—Pero hay más.

Árgoht entregó al Pastor un pequeño paquete de piel conteniendo los restos del veneno que había encontrado en la celda de Nerak.

—Ese veneno ha matado a un rey, así que tratadlo con el cuidado que merece. Si no es el mismo que estuvo a punto de acabar conmigo, su naturaleza es igual de oscura. No creo que encontréis nada igual en toda Thera.

Le había costado un poco convencer a la reina para que le dejara llevárselo, pues se lo había mostrado como prueba de que la nota era real y que debía haber ido acompañada por aquel producto que había asesinado a Kreón.

Voluthan lo miraba con ojos asombrados.

—No sabéis lo que esto significa para mí, amigo Árgoht.

—Vos salvasteis mi vida. Os lo debía.

—Nada me debéis, hechicero. Sois un gran hombre. Esto no lo olvidaré. Acudid a mí siempre que lo necesitéis vos, o cualquiera que venga en vuestro nombre.

Aún conversaron mucho más durante los dos días enteros que estuvieron en Lúrmanis. Kleria aprovechó que la primavera había llegado ya con fuerza a aquella región para darse cuantos baños quiso en el lago Lúrman, consciente de que en lo sucesivo lo tendría más complicado para asearse a su gusto.

Esa última noche en la ciudad, Árgoht se abrazó a Kleria, casi dormida ya.

—Voy a Narmanthia. Necesito ver a Erna. Quiero ver su tumba. No pude despedirme.

Kleria se giró hacia él.

—Algo en mi interior lo sabía ya. No esperaba que me acompañaras a casa. Ambos sabemos que es imposible.

Árgoht la besó en los labios.

—Algún día las cosas cambiarán. Mi pueblo debe abrir sus puertas al mundo. Ese día iré a buscarte.

—No lo harás —replicó Árgoht—. Mis pasos son inciertos. Nuestros caminos no volverán a cruzarse, Kleria. Mi vida es una sucesión de despedidas.

La zágghera no añadió nada más.

Árgoht ya dormía mientras ella aún seguía llorando.



EPÍLOGO



Narmanthia estaba envuelta en la bruma propia de las primeras horas del día. El trayecto desde Lúrmanis había sido lento y pesado, sobre todo en comparación con el tiempo que había pasado con Kleria. La despedida había sido emotiva pero sencilla. La zághera comprendía tan bien como él que sus vidas debían avanzar por caminos distintos. Él nunca podría entrar en Krahedia y ella no podría seguir sus pasos constantemente. Su incapacidad para establecerse era un inconveniente insalvable que acabaría muy pronto con el sentimiento que pudiera unirlos. Ella lo sabía y sus ojos no derramaron más lágrimas cuando, a las afueras de Lúrmanis, se despidieron con un último beso.

Ella seguiría siendo su ancla, y sus sueños siguieron saturados de su olor, pero su Destino le llamaba con fuerza.

No le costó encontrar la tumba de Erna en el pequeño cementerio local, al pie de las montañas. Era un sencillo enterramiento cubierto de piedras redondas y lisas. Su nombre estaba grabado toscamente en una pequeña piedra plana puesta de pie y enterrada unos centímetros en la dura tierra.

Árgoht permitió que una lágrima rodara por su mejilla.

Se agachó ante el túmulo y tomó una piedra de los alrededores para depositarla sobre las demás.

—Lo siento, madre.

La palabra *Madre*, le trajo recuerdos amargos. Le recordó a una niña en una playa oscura, iluminada por rayos de tormenta.

El equilibrio se ha roto. La piedra debe ser protegida.

Árgoht seguía sin saber qué significaban aquellas misteriosas palabras, pero tenían algo que ver con su Destino, lo sentía en la piel, en el fondo de su corazón. Algo estaba cambiando a su alrededor. El mundo se estaba moviendo. Lo percibía de

una forma que ni él mismo podía definir. El aire que respiraba, la tierra que pisaba... Había algo diferente.

Se puso en pie y se dirigió hacia donde le esperaba *Karzan*. Antes de subir volvió a echarle un vistazo a sus alforjas, donde la Bola aguardaba bien envuelta en trapos. Tenía mucho que investigar sobre aquel objeto y sus posibilidades. ¿Cuál había sido la Clave, vencer a Margahelar o encontrar la bola de cristal? No tenía respuesta, pero en cualquier caso, debía ser cuidadoso con el uso que le daba y debía actuar con ella con mucha cautela.

Pero eso sería otro día. Ahora se pondría de nuevo en camino, en busca de una nueva Clave que le pusiera en el sendero de su Destino. Árgoht reflexionó un instante y se dio cuenta de que de cuanto había vivido en las últimas semanas, la casualidad había estado presente con demasiada frecuencia. Su encuentro con las zágheras, el paso por el grimageo, tropezar con Loena, localizar la guarida del nigromante... una vez más tuvo que admirarse ante el inmenso poder que la corriente del Destino tenía a su alrededor. Pero ¿estaban sus pasos firmemente predeterminados? ¿Él no tenía opción para torcer ese camino? ¿Hasta qué punto era dueño de sus actos?

Alejando de su cabeza esos pensamientos funestos, cerró la alforja, ajustó bien la correa y palmeó el cuello del caballo.

—Este sitio es demasiado frío, amigo mío. ¿A dónde quieres ir?

Karzan giró la cabeza para mirarlo. El hechicero montó de un salto.

—Yo tampoco lo sé, viejo, así que seguiremos adelante, como siempre.

Golpeó con los talones los costados del animal y dejó que este eligiera el rumbo.

Como una sombra en la noche, ambos se perdieron entre la bruma.

AGRADECIMIENTOS

Querido lector, si ahora tienes este libro en las manos se debe a la participación de una serie de personas que, de una forma u otra, han colaborado conmigo, directa o indirectamente.

En primer lugar, tengo que agradecer a mi madre Emma, que ha ejercido como correctora, aportando sus conocimientos más técnicos para pulir el texto. En segundo lugar, a mi hermano Jonay, mi corrector feroz, que me ha ayudado a dar coherencia y ha detectado los deslices en los que he incurrido con cierta frecuencia. Además, a los dos les agradezco el apoyo incondicional que siempre precede a sus más afiladas críticas.

Escribir es una tarea que requiere mucho tiempo, ratos en los que mi pareja ha prescindido de mí, entendiéndome mi pasión, ayudándome, escuchándome y regalándome su cariño y su amor incluso cuando no me lo merezco. Hermi, gracias.

Desde que vio la luz la primera aventura de Árgoht, han sido varias las personas que han seguido mi trabajo, interesándose en cómo avanzaba esta nueva novela y cuyo apoyo ha sido de mucha importancia: Carlos González, amigo y compañero de profesión, que me ha escuchado cuando más lo necesitaba; Jesús Vilches, que fue mi primer lector oficial, aquel que tuvo valor por primera vez para acercarse a mi obra y por los elogios que vinieron después; José Ramón Navas, que me ofreció su confianza y me miente diciéndome lo bueno que soy.

Una mención muy especial a Víctor Conde, cuya inesperada amistad me ha llenado de orgullo y cuyas palabras en el prólogo de esta obra merecen mi más profundo agradecimiento. Solo espero poder devolverle algún día todo lo bueno que ha hecho por mí.

A mi padre y mis hermanas, Gara y Aida, por estar siempre ahí, a un tiro de piedra y por el amor con el que siempre me reciben.

A Oscar Pérez, por la feliz casualidad que ha hecho posible la preciosa ilustración que ha servido de portada para *La Maldición de Hilena*. A Juan Flores, porque *Éralin* es más real gracias a su fantástica visión.

A Verónica García y Publicaciones Bilenio por tener fe en este proyecto y darme esta oportunidad.

A Carmen Cabello y, por extensión, a todos los miembros de la Federación

Española de Fantasía Épica, por su apoyo y la gran labor de divulgación que están haciendo.

A todos los foreros del foro literario ¡¡*Abretelibro!!* por sus comentarios y por la buena acogida que dieron a mi primera obra y, seguro, darán a esta segunda.

Esta nueva edición en formato digital exige que esta lista crezca con dos personas imprescindibles. La primera es José Gabriel Espinosa, amigo e ilustrador. Gracias por hacer de *Árgoht* algo propio y poner tanto cariño en ilustrar esta fantasía mía.

A Macu Marrero, por ser tan buena gente y hablar tan bien de mi trabajo. Tus palabras inflan el orgullo. Hace falta más gente como ella en este mundo.

Y por último y no por ello menos importante, mi mayor agradecimiento a ti, lector, que has llegado hasta aquí. Sin ti, nada de esto tendría sentido. Gracias.

Rayco Cruz
Las Palmas de Gran Canaria, Marzo 2011

UN ENCUENTRO AFORTUNADO

Ya sé que no me vais a creer, vosotros que me miráis mal, pensando que las cuatro jarras de licor de savia de roble se me han subido a la cabeza. Sé que este tipo de temas suscitan más suspicacias que simpatías. Y lo sé porque yo mismo pensaba de esa manera hasta hace una semana. El tiempo que ha pasado desde ese acontecimiento hasta hoy, que puedo contarlo, se me ha hecho eterno, aún cuando sabía de antemano que mis palabras iban a ser seriamente puestas en entredicho.

Sé que os he contado infinidad de historias, y confieso que tantas son ciertas como las que son falsas, pues esa es mi profesión: cuento historias para que vosotros, calentitos en torno al hogar, dejéis volar la imaginación y conozcáis algo más de Thera, este vasto mundo que os acoge. Pero si confieso ahora haberme inventado alguna noticia para alimentar vuestras mentes y mi estómago, es para limpiar de prejuicios vuestros pensamientos. Y me someto a vuestro juicio para llegar inocente a este relato, de todos el que más necesito que creáis, pues a mí mismo me cuesta y no lo creería si no lo hubiera visto con mis propios ojos y vivido en mis propias carnes.

No suelo viajar solo, muchos de vosotros lo podréis atestiguar, pero en esta ocasión no me quedó más remedio. Mis pasos me dirigían hacia Manghar, pero la comitiva que me acompañaba cambiaba de rumbo en el Puente del Ahogado, tomando el camino que lleva al norte bordeando el río Man-Tronar en sentido contrario al de la corriente. Apenas media jornada me separaba de mi destino y el camino era bastante seguro, por lo que supuse que ningún contratiempo entretendría mi viaje y llegaría aquí al atardecer. Estaba muy equivocado.

El sol comenzaba ya a declinar cuando me interné en el bosquecillo que rodea las tierras aledañas a Manghar. Había pasado por ellas decenas de veces y conozco el camino a la perfección. No es un bosque grande y solo tiene como nombre el que los pueblerinos le han dado, sin que en mapa alguno se haga mención a él. Es una ruta de lo más transitada y el sendero está muy bien definido, rodeado de altos árboles ancianos. Es un hermoso sendero, y estaba disfrutando el paseo con el fresco aire de aquella región azotando mi rostro con delicadeza.

El caso es que, en un momento determinado, mi montura comenzó a inquietarse. Echó las orejas hacia atrás y empezó a bufar, primero con suavidad, y cada vez más fuerte. No veía yo nada a nuestro alrededor que justificara aquella actitud en el

caballo, así que le acaricié el cuello y le di algunas palmadas a fin de calmarlo, y algo conseguí. Sin embargo, mis propios nervios comenzaron a alterarse cuando escuché lo que había alterado a mi animal.

Era un sonido ronco y gutural que se mezclaba con el gorjeo propio del predador que se alimenta, rompiendo huesos y rasgando piel. Lo escuchaba muy cerca, pero no era capaz de verlo. Debo decir en mi defensa que la tarde caía con rapidez y las sombras se alargaban a toda prisa. Por algún instinto visceral, pensé que aquello que comía tan plácidamente no debía escucharnos, que debíamos pasar sin que advirtiera nuestra presencia. El vello de mis brazos se erizaba tanto que casi me dolía la piel.

El sonido provenía de mi derecha, pero seguía sin ser capaz de ubicar su lugar exacto. El caballo se iba poniendo más y más nervioso mientras que yo estaba anclado a la silla intentado decidir qué hacer. Tuve miedo. Había algo allí y, si salía al galope, podía escucharnos y decidir que éramos mejor bocado que aquel que tenía entre dientes. Si estaba saciada, bien podía dejarnos en paz. También era posible que no fuera capaz de seguir el ritmo del caballo al galope, pero ¿y si estaba más adelante y nos cerraba el paso?

Multitud de alternativas como estas y similares se agolpaban en mi cabeza mientras mi espalda se empapaba en sudor. Finalmente hice avanzar al caballo lentamente, decidido a pasar de largo haciendo el menor ruido posible. Sin embargo, el animal hacía mucho ruido, gorjeando y soltando espumarajos por la boca debido a la tensión. Entonces, se hizo el silencio, y pronto comprendí que nos había escuchado. Había detenido su almuerzo para descubrir el origen del nuevo sonido. O quizás nos había olido.

En ese momento, sin saber muy bien porqué, alcé la mirada al cielo y lo vi. Era una criatura horrenda, más fea que nada que hubiera visto jamás. Estaba sentada sobre una gruesa rama muchos metros sobre el suelo y ante ella, un animal grande desgarrado e irreconocible. Tenía una forma casi humana, pero el cuerpo, grande y musculoso, estaba cubierto de un largo pelo gris. Su boca estaba plagada de enormes colmillos, con una lengua larga y gorda, roja y empapada en sangre. Los ojos eran grises también y muy grandes. Pero lo más terrible eran sus extremidades. Las cuatro terminaban en grandes garras afiladas. Con las traseras se aferraba al árbol, mientras que con las superiores agarraba un enorme pedazo de carne y hueso.

Ya sé que esta descripción os parecerá el delirio de un loco y que es imposible que haya podido retener tantos detalles con un único y aterrorizado vistazo, pero os garantizo que tuve ocasión de verlo muy bien.

Como iba diciendo, en ese momento fui presa del pavor. Golpeé con los talones los flancos del caballo y este se lanzó al galope con tal ímpetu que casi parecía estar deseándolo. Pero pronto supe que no llegaríamos muy lejos. Instantes después de haber iniciado nuestra carrera, un largo y agudísimo grito a punto estuvo de perforarme los oídos. Tan intenso era, que tuve que cubrirme con las manos las orejas, cosa que estuvo a punto de hacerme caer de la silla.

La criatura comenzó a perseguirnos. Lo supe porque escuché ruidos de árboles que se movían tras de mí y porque, con un rápido vistazo hacia atrás, pude observar cómo la bestia se desplazaba colgándose de rama en rama a una velocidad sorprendente.

Espoleé al caballo para que diera más de sí, pero no conseguía aumentar la distancia. Es más, en otra ocasión volví a mirar atrás y ahora la criatura había bajado al suelo y corría con sus cuatro extremidades dando largos saltos. En un de ellos, alcanzó al caballo en los cuartos traseros y le hizo perder el equilibrio. Ambos rodamos por el suelo y yo debí golpearme la cabeza contra una buena piedra, pues perdí el sentido y tengo una buena marca para demostrarlo.

Recobré por unos instantes el conocimiento, el tiempo necesario para ver cómo aquella bestia se alimentaba de lo que hasta un rato antes había sido mi fiel compañero de viaje. La criatura tenía el pelaje pegado el cuerpo y empapado en sangre. Tenía tal aturdimiento que no fui capaz apenas de moverme. Debí de perder de nuevo el conocimiento, porque lo siguiente que recuerdo es que era arrastrado por el pie a través del bosque sin el más mínimo miramiento. Recuerdo que pensé que aquella bestia no distinguía hombre de animal. Para ella solo éramos comida, tanto mi caballo como yo.

La siguiente vez que me desperté supe enseguida por qué seguía vivo. Tenía un dolor de cabeza como no había sentido nunca y no me habría sorprendido, al tocar allí donde el dolor era más agudo, haber encontrado un hueco vacío. Pero no, todo parecía estar en su sitio, aunque tenía una gran herida que aún sangraba lentamente.

Me costó mucho ubicarme, pues todo a mi alrededor estaba muy oscuro. La humedad, el tacto de las paredes que me rodeaban y la poca luz de la luna que entraba por una abertura, me hicieron suponer que estaba en la guarida de la bestia. Eso, y el hedor que a punto estuvo de provocarme el vómito. A mis pies, enmarcada por la escasa luz, la bestia parecía dormir. Entonces lo supe: se había pegado un buen atracón esa noche y ahora tenía que reposar la comida. Me había reservado a mí para otro momento, quizás creyéndome muerto.

El miedo me tuvo paralizado mucho tiempo. Era incapaz de moverme, de respirar, y casi de pensar, con el temor enfermizo de que pudiera despertarse con el sonido de mis pensamientos. Pero era consciente de que tenía que salir de allí mientras pudiera, de lo contrario, yo sería el próximo desayuno. Aún así, la luna avanzó mucho por el cielo antes de que me decidiera a intentar huir.

Por fin, sacando fuerzas del terror, me puse en movimiento. Mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y mi mente había superado algo el aturdimiento del dolor. Gracias a ello, pude ver que la cueva en la que estaba era muy angosta, con el espacio justo para la criatura y yo. Un pequeño resquicio quedaba entre ella y la pared más cercana a mí. Era enorme, y su amplio pecho subía y bajaba con cada respiración, al tiempo que emitía un gorjeo casi cómico. Con mucho cuidado, arrastrándome con la espalda pegada a la roca y dejando pasar mucho tiempo entre

paso y paso, comencé a desplazarme por la cueva. Tan despacio y con tanto cuidado iba, que los músculos de las piernas me dolían y amenazaban con comenzar a temblar.

Parecía que lo iba a conseguir. La pared estaba resbaladiza por la humedad, por lo que lograba arrastrar la espalda por ella con mayor facilidad y menos ruido. Pensé que enloquecería al pasar junto a la bestia, tanto de miedo como fruto del mal olor que desprendía su cuerpo casi completamente bañado en sangre que se pudría. Pero conseguí llegar a la entrada. Me habría enorgullecido de mí mismo, de haber podido contener mis nervios.

Veo que ahora sí que me prestáis atención, lo noto en vuestros ojos. Pedid otra ronda, que lo mejor está por llegar.

Justo cuando ya creía haber logrado la libertad, todo se fue al traste. Mi mano, apoyada sobre la pared de piedra, desprendió algunos diminutos cascotes. Fue apenas un rumor, un murmullo que, en la quietud de la noche, pareció un alud. La criatura se estremeció y vi cómo abría, primero un ojo, y luego el otro. Antes de poder echar a correr, abrió la boca y lanzó un rugido como el que le escuchara la vez anterior. Tan agudo era y tan intenso, ayudado por la pequeña dimensión de la cueva que intensificó el sonido, que sentí como algo se quebraba en mis oídos y que unas gotas de sangre brotaban de ellos.

En ese momento, los sonidos se apaciguaron y supe que aquello era irreversible. Si no me había quedado sordo, había estado a punto. Pude notar, justo antes de que mis piernas decidieran por sí mismas echar a correr, que los pantalones se me mojaban entre ellas.

Sí, no me avergüenza reconocerlo. Me lo hice encima de puro terror, como os habría pasado a cualquiera de vosotros.

Pero conseguí salir de allí a todo correr. Sentía cómo las ramas de los arbustos arañaban mis piernas y mi cara, pero no estaba dispuesto a detenerme por nada del mundo. Sobretudo porque, aunque mis oídos dañados no me permitían oírlo, estaba seguro de que la bestia había salido en pos de mi.

Corrí todo lo que las piernas me permitieron. Ahora tengo que dar gracias de no haber tropezado con ninguna rama o haberme despeñado por cualquier desnivel. Os recuerdo que no sabía a dónde me había llevado la criatura, que podía estar en cualquier parte.

Cuando ya llevaba un rato corriendo enloquecido vi por el rabillo del ojo un punto de luz a mi derecha. Sin pensarlo me dirigí hacia él temiendo que solo fuera una ilusión. Si había alguien por los alrededores podría ayudarme a huir o a enfrentarme a aquella cosa.

En esto pensaba cuando entré en un pequeño claro. En el centro había una pequeña fogata casi apagada, apenas unos rescoldos que, recuerdo que pensé, apenas generaban luz suficiente como para que yo la vislumbrara entre los árboles.

Pero no había nadie allí. En ese momento perdí toda esperanza. Me giré muy

despacio mientras retrocedía. Mis pies se movían sin yo quererlo. Seguía casi sordo, pero veía claramente las ramas de los árboles agitándose en la dirección por lo que yo acababa de llegar al claro. Mis pies toparon con un árbol. No me avergüenza reconocer que eché a llorar de desesperación. Cualquiera de vosotros habría cedido al llanto de la misma forma si hubiera tenido la absoluta certeza, como yo en ese momento, de que la muerte se cernía inexorable.

A punto estuve de derrumbarme cuando una mano me aferró por detrás. Habría gritado de no ser porque otra me tapó la boca, casi cortándome la respiración. Con un gesto hábil, me vi arrastrado hacia las sombras del bosque. En ese momento supe dónde estaba el responsable de la fogata. Tenía ante mí el rostro de un hombre cuya edad, incluso ahora, me es imposible determinar. Su pelo largo y negro estaba amarrado en una larga trenza y los brazos con los que me aferraba eran delgados pero firmes. Me soltó la boca y con el dedo índice sobre los labios me indicó que guardara silencio. Yo asentí tanto que mis dientes rechinaron al chocar unos contra otros. Si tuviera que quedarme con una característica de aquel hombre, incluso después de que sepáis lo que aún me falta por contar, es con sus ojos. Eran de color violeta y me miraban de una forma que habrían hecho que le obedeciera ciegamente a cualquier cosa que me dijera. Tal era su poder. Cuando fijó su mirada en mí, dejé de pensar en la criatura que me seguía. Solo existían sus ojos.

Entonces la bestia entró en el claro. Debió tomarse la persecución con mucha calma, pues en el momento de capturarme, se movió entre los árboles con una agilidad que yo nunca antes había visto. Quizás pensaba que era una presa fácil y no quería gastar energía. El caso es que ahora estaba de nuevo allí y una oleada de pánico a punto estuvo de hacerme echar a correr de nuevo. El hombre debió ver mi rostro aterrado, porque me giró hacia él y de nuevo me mandó a guardar silencio.

Debíamos estar muy bien ocultos entre las sombras, porque la criatura no parecía vernos. Se acercó despacio a los rescoldos de la fogata y alzó la cabeza al aire, olfateando. En ese momento debió captar mi rastro, porque dirigió la mirada exactamente al lugar en el que nos encontrábamos. Sorprendentemente, el hombre a mi lado se puso en pie y salió de las sombras al claro, poniéndose a la vista del ser.

Os recuerdo que no podía oír nada, así que no sé si dijo alguna palabra. Lo que sí sé es lo que hizo la bestia. Al principio se quedó solo mirando con cara de sorpresa. Sabía que no era yo, supongo que por el olor. Pero pronto la sorpresa dejó paso a la furia y lanzó al aire un nuevo grito. Aún medio sordo, pude escucharlo. Tal era su intensidad. Sin embargo, el hombre de los ojos violeta ni se inmutó.

Ahora que la luz de la luna bañaba su figura, pude observar que no llevaba armas y como toda protección vestía un peto de cuero. No era pues, un guerrero, y temí por su vida al exponerse así a la criatura. Y en el momento en el que pensaba esto, la bestia se lanzó contra él. Le bastó un pequeño salto, pero el hombre la esquivó con facilidad, si bien una de sus garras llegó a arañar el peto. Aún así, la expresión del hombre, que ahora podía ver gracias a su movimiento, apenas varió. Parecía saber

muy bien lo que hacía.

Poco a poco, mis oídos fueron recuperando audición, así que pude enterarme un poco más de lo que ocurría. Gracias a ello, pude escuchar las palabras, aunque aún tenía un agudo pitido en la cabeza, que el hombre pronunciara justo antes de que la bestia volviera a lanzarse contra él. Las recuerdo ahora como si las acabara de escuchar, y decían algo como: Mena-ther-azam. Entonces, una tenue luz blanca, tan sutil que incluso ahora me cuesta recordar si la vi o la imaginé, surgió del suelo y lo bañó desde abajo por completo antes de desaparecer en el cielo nocturno. No podía creer lo que estaba viendo. ¿Un mago? ¿Podían mis humildes ojos estar viendo un verdadero hechicero? El hombre dio otro salto, este más forzado, y logró esquivar a duras penas otro ataque de la bestia. El claro era bastante pequeño, así que no había mucho espacio por el que moverse. De la hoguera ya no quedaba nada, pues los pasos y saltos de la bestia habían esparcido los restos por el suelo del bosque, apagándolos por completo.

Entonces el hombre hizo algo impensable. Dio un salto adelante y se colocó ágilmente frente a la criatura. Juntos formaban una grotesca pareja de baile, pues la bestia era mucho más alta y corpulenta. Aún así, con un rápido movimiento y sin que pudiera esperárselo, el hombre golpeó con su puño el rostro de la criatura. Yo no podía creer lo que veían mis ojos. ¿Pensaba enfrascarse en una pelea a puñetazos con una criatura mucho más grande, más fuerte y armada con colmillos y garras? Pero enseguida me di cuenta de que no era esa la intención. El movimiento del mago, pues ya estaba convencido de que lo era, sorprendió al animal, lo que le permitió retroceder de nuevo hasta una distancia más segura y pronunciar unas nuevas palabras que hicieron brotar un haz de luz de sus dos manos, extendidas hacia delante, que impactó contra el pecho de su contrincante haciéndole perder el equilibrio de forma que a punto estuvo de caer.

Me puse las manos en los oídos en previsión de lo que iba a pasar, y menos mal que lo hice, porque si no ahora podía estar completamente sordo y contando esta historia escribiéndola en el suelo de tierra de este antro que llamáis posada.

El caso es que, en efecto, la criatura lanzó un aullido más fuerte y agudo que todos aquellos que le había escuchado hasta ese momento escupiendo espuma por las fauces de pura ira. De nuevo, el hombre de los ojos violeta no se dejó impresionar y se mantuvo imperturbable, aunque dio algunos pasos hacia atrás hasta ponerse de espaldas a los árboles más lejanos a mi posición. Se estaba quedando sin espacio para retroceder. ¿Por qué lo hacía? Entonces, para mi sorpresa y confusión, el hombre se sentó al pie del árbol con las piernas cruzadas sin dejar de mirar a los ojos de la bestia jadeante. No hizo el menor movimiento cuando esta se lanzó contra él pero, por extraño que parezca, se detuvo sin llegar a atacar, como si dudara. Tras unos segundos de incertidumbre, lo aferró por la cintura con sus dos garras sin que el mago ofreciera resistencia y lo lanzó hacia el otro lado del claro. Su cuerpo impactó brutalmente contra los árboles, partiendo algunas ramas y quebrando varios troncos

de árboles jóvenes con un crujido que resonó en la oscuridad del bosque.

Yo estaba convencido de que el hombre tenía que estar muerto, pues el golpe fue impresionante. Y si no lo estaba, lo haría en un momento, pues la bestia se dirigía de nuevo hacia él. Sin embargo, justo cuando estaba ante el cuerpo inmóvil, se detuvo a observar el árbol caído y las ramas rotas.

No podía entender qué ocurría, pero ante mis atónitos ojos, la bestia se arrodilló y cogió con suavidad el árbol caído. De su garganta surgió un gemido, un sonido quejumbroso, como si un dolor le oprimiera las entrañas. Un movimiento a su izquierda me hizo darme cuenta de que el hombre estaba vivo. Se puso en pie con dificultad, apoyándose en un árbol y sosteniéndose con el brazo el abdomen. La bestia no le prestó la menor atención y solo tenía ojos para el tronco caído.

—Ahora ya sé lo que eres —conseguí escuchar que decía el mago.

Entonces se acercó a la bestia. Yo estuve a punto de gritar, de preguntarle si estaba loco por acercarse de esa forma, pero la criatura no se inmutó. Apoyó una mano sobre su enorme cabeza de pelo gris, casi plateado a la luz de la luna, y pronunció unas nuevas palabras que no soy capaz de reproducir, y créanme que lo he intentado en la intimidad de mi dormitorio.

Pero lo importante no son las palabras sino el efecto que estas tuvieron. Y es que, tras unos segundos del más absoluto silencio, la bestia alzó la cabeza hacia el hombre, y en ella no había furia, ni salvajismo. Solo dolor, pero no parecía un dolor físico, sino interno, como si le doliera el espíritu, y supe que esa agonía no se la provocaba el hechicero. Entonces, los contornos de la criatura empezaron a volverse difusos y a ondular como rielas el calor del mediodía. Poco a poco, su cuerpo se fue disolviendo en el aire, convirtiéndose en humo gris. Tras unos minutos, toda ella se había mezclado con el aire de la noche y la mano del hombre se apoyaba en el vacío.

Durante unos instantes más, el silencio reinó entre las sombras del bosque. Nada se movía, nada respiraba. Parecía que todo a nuestro alrededor estaba a la expectativa, esperando algún movimiento. Y no fui yo el primero en hacerlo. No podía moverme. Mis brazos se habían clavado al árbol sobre el que me apoyaba y mis pies habían echado raíces para mezclarse con las suyas. No podía asimilar lo que acababa de ver.

—Sal —me dijo el hechicero. Su voz era grave y serena, como si nada hubiera pasado, como si no acabara de disolver a una bestia en humo y lo hubiera dispersado en el aire. Por supuesto, no moví ni un cabello. Si le había hecho aquello a la criatura, conmigo no sabía qué podría hacer.

Pero no parecía que fuera a hacer nada. De hecho, ni me prestó atención. Se acercó de nuevo al centro del pequeño claro y empezó a reunir varas para una nueva hoguera.

Tras un buen rato de indecisión, y cuando ya el fuego estaba encendido, conseguí reunir fuerzas para ponerme en movimiento. Salí de mi escondite sin saber qué

esperar.

—Ven —habló de nuevo el hechicero—, caliéntate un poco.

Lo hice sin dejar de mirale. Él no me miraba a mí sino que tenía la mirada clavada en las llamas. Y lo prefería así.

—¿Qué era eso? —me aventuré a preguntar. Casi no podía oír mis propias palabras, pues aún me zumbaban los oídos.

El hechicero no respondió, pero extendió las manos hacia el fuego. Ahora que estaba más sereno, comencé a notar el frío nocturno que se abatía sobre nosotros, así que imité el gesto del hombre. Si no quería hablarme, por mi perfecto. No quería recordar nada de aquello. Solo quería irme a casa, pero no podía levantarme y marcharme sin más, pues no sabía dónde me encontraba. Estaba totalmente perdido.

Cuando ya había perdido la esperanza, el mago volvió a hablar.

—Era el espíritu del bosque.

Debió de ver en mi cara que no sabía lo que eso significaba, pues alzó la cabeza y clavó en mí sus iris de color violeta. Un escalofrío me recorrió la columna vertebral, pero conseguí, aún no sé cómo, sostenerle la mirada. Me gustaría que alguno de vosotros pudiera ver algún día aquellos ojos. Con la criatura sentí terror, pero ante aquel hombre sentí otra clase de miedo. El miedo a lo desconocido, a lo insondable. Y es que en aquellos ojos flotaba el infinito, el vacío total.

—En ocasiones —continuó— la esencia del bosque toma forma. La energía que lo mantiene se hace corpórea para sentirse a sí mismo. Puede adoptar cualquier aspecto, desde un pequeño mosquito hasta algo como lo que has visto hoy. Y debo decirte que has tenido mucha suerte de sobrevivir.

—Eso no ha sido suerte. Os debo la vida a vos.

—No me debes nada. Solo me he defendido, pues no hacerlo habría significado la muerte para mí también. Cuando se manifiesta lo hace, como dije, para sentirse a sí mismo, por lo que necesita beber la sangre de sus criaturas. No las mata por crueldad ni por instinto asesino. Además de alimentarse, necesita de la energía de las criaturas a las que da cobijo, sentir su esencia. Cuando se considera saciado, el espíritu abandona el cuerpo elegido y lo deja morir. Puede tardar años en volver a mostrarse, o no hacerlo jamás. Pero no todas las criaturas son iguales a sus ojos. Los árboles son parte de sí mismo, así que, cuando destrozó uno de ellos en nuestro combate, no pudo evitar sentir lástima, y esa fue la pista que necesitaba.

No dijo nada más. Cuando nos hubimos calentado un rato más, se puso en pie, apagó la fogata, y se ofreció a mostrarme el camino de vuelta. Caminamos un buen rato y siempre parecía que sabía perfectamente por dónde iba. Mientras que yo tropezaba continuamente, él avanzaba sin vacilar, como si no existiera la sombra para él.

Por fin llegamos al sendero en el que la criatura me había abatido.

—Gracias —le dije a modo de despedida.

Como única respuesta, el hechicero asintió con la cabeza, quitándole importancia

al hecho de que, de no ser por él, ahora mismo sería parte de la energía del bosque, fusionado a su espíritu.

Sin una palabra más, dio media vuelta y se marchó en dirección contraria a Manghar. Yo me quedé un rato mirándolo y, cuando se perdió de vista, aún seguía con la mirada clavada en el espacio que había ocupado. No podía creer lo que me acababa de ocurrir.

Veo por vuestra expresión que os cuesta creer lo que os estoy contando pero, por una vez no me importa. Fui testigo de algo asombroso, y eso es más importante que vuestra opinión o vuestra atención. Solo hay una cosa de la que me arrepiento, y es que no le pregunté al mago su nombre. Quizás no me lo hubiera dicho, pero nunca lo sabré. Sin embargo, tengo una sensación en el pecho, y es que algo me dice, que ese hombre jugará un papel importante en el destino de Thera. Algo me dice que, antes del fin, volveremos a saber de él.



RAYCO CRUZ (La laguna, Tenerife, España en 1979). Desde muy niño se traslada a Las Palmas de Gran Canaria. A pesar de que descubre los libros como afición relativamente tarde, la escritura nace en él de pronto, como una pulsión repentina durante su adolescencia, en la que desarrolló una poesía temprana como mecanismo de expresión que pronto dejó de lado para adentrarse en el relato y la novela corta. De esta época surgen varios relatos y una pequeña novela titulada «*Mea culpa*» que el propio autor afirma nunca publicará. A partir de ese momento la escritura empieza a cobrar cada vez más protagonismo en su vida.

En 2005 desarrolló en solitario el proyecto El cuarto de atrás que consistió en una plataforma multimedia para autores noveles. Constó de una página web (aún activa pero sin actualizar desde 2006) y una revista en formato impreso de la que vieron la luz varios ejemplares hasta que la falta de patrocinio le obligó a cancelar esta faceta del mismo. Sin embargo, el proyecto continuó vivo algún tiempo más en Internet.

Ha visto publicados varios relatos como *La magia del carnaval* (tercer puesto en el I Concurso de Relatos ¡¡Abretelibro!!), *La condena* o *Tiempo muerto*, pero su estreno como autor de novela tuvo lugar en 2009 cuando vio la luz *La sombra de Pranthas* (Mundos Épicos Grupo Editorial), novela de corte fantástico que narra las aventuras del hechicero Árgoht Grandël y que ha tenido una gran acogida por el público asiduo a este complicado género.

En Diciembre de 2010 publicó el relato *El futuro de la humanidad* dentro de la antología *Riqui-Raca 1.0. Cuentos del fútbol canario* (Ed. Mandarin) en la que

compartió cartel con otros grandes autores de la literatura canaria.

En Junio de 2011 salió a la venta su segunda novela, titulada *La maldición de Hilena* (Bilenio Publicaciones), de nuevo con Árgoht Grandël como protagonista.

En Noviembre de 2011 vio la luz su segundo relato publicado con el título de *Hargür pensó* dentro de la antología *Descubriendo nuevos mundos* editada por la Federación Española de Fantasía Épica durante la Imagicon 2011 celebrada en Mislata (Valencia). En este momento este relato se encuentra nominado a los I Premios Scifiworld dentro de la categoría Mejor Relato.

Además entre sus obras están: *El silencio de Sara*, una novela de misterio, la tercera novela de la serie de Árgoht, una obra de fantasía histórica y una antología de cinco relatos titulada *Tú has estado aquí antes*.